

LAS ASOMBROSAS AVENTURAS DE
**KAVALIER
Y CLAY**
MICHAEL CHABON

LITERATURA MONDADORI

Lectulandia

En la alucinante recreación del Nueva York de los años 40 que sigue a continuación caben el amor, los celos, la bohemia, las reflexiones sobre la creación y toda una serie de elementos que recrean nuevamente el mundo glamouroso de Chabon, un mundo que nunca deja de ser tierno, optimista ni divertido y que sorprendentemente nunca resulta cursi.

La novela narra la historia de Sam y Joe, dos jóvenes creadores que por diversas razones combinan sus talentos para ayudar en el esfuerzo de guerra. Crear al Escapista, un superhéroe judío que viaja a Europa a luchar contra Hitler, y librar una guerra privada en el marco de la Segunda Guerra mundial, encontrar el amor (y perderlo) y ver como lo que han construido les puede ser arrebatado cualquier día debido a la tiranía del mercado. También es un repaso brillante a la pulsiones de una época a la gente que trabajaba para crear mitos modernos. Las páginas de este libro están salpicadas de referencias a Chester Gould, Will Eisner, Lee Falk, Alex Raymond, e incluso a Jack Kirby y Stan Lee como parte de la evolución de un género que no siempre tomó el mejor de los caminos.

Lectulandia

Michael Chabon

Las asombrosas aventuras de Kavalier y Clay

ePUB v1.0

Aldog 28.02.12

más libros en lectulandia.com

Título Original: The Amazing Adventures of Kavalier and Clay
Traductor: Javier Calvo Perales
Autor: Michael Chabon
© 2000, Grupo Editorial Random House Mondadori, S. L.
Colección: Literatura Mondadori, 184
ISBN: 8439708327

A mi padre

He aquí una historia de soluciones imposibles a problemas irresolubles.

Will Eisner, *en conversación*

¡Qué fuga tan maravillosa!

Nathaniel Hawthorne, «*Wakefield*»

PRIMERA PARTE

El artista de la fuga

UNO

Muchos años más tarde, cuando hablara con un entrevistador o con un público compuesto por fans maduros en una convención de cómics, a Sam Clay le gustaría explicar, a propósito de la creación más importante de la que era autor junto con Joe Kavalier, que cuando era un chaval encerrado y atado de pies y manos en aquel tanque hermético que era Brooklyn, Nueva York, a menudo soñaba con Harry Houdini.

—Para mí, Clark Kent en una cabina de teléfono y Houdini en un cajón de embalaje eran lo mismo —explicaría con erudición en el WonderCon o en la Feria de Angouleme o al editor del *Comics Journal*—. La persona que salía no era la misma que entraba. El primer número de magia de Houdini, ya saben, cuando estaba empezando, se llamaba «Metamorfosis». Nunca era una simple cuestión de escaparse. También era una transformación.

Lo cierto era que, de niño, Sammy solamente había tenido un interés casual, como máximo, en Harry Houdini y sus hazañas legendarias. Sus grandes héroes habían sido Nikola Tesla, Louis Pasteur y Jack London. Sin embargo, hablar del papel de Houdini —y de su imaginación— en el nacimiento del Escapista, como en todas sus mejores invenciones, resultaba verosímil. Los sueños de Sam siempre habían sido houdinianos: eran los sueños de una crisálida forcejeando a ciegas en su capullo, enloquecida por su anhelo de luz y de aire.

Houdini era un héroe para los bajitos, los chavales de ciudad y los judíos; Samuel Louis Klayman era las tres cosas. Tenía diecisiete años cuando empezaron las aventuras: fanfarrón, no tan veloz a la carrera como le gustaba imaginar y con tendencia, igual que muchos optimistas, a la excitabilidad. No era guapo de ninguna forma convencional. Su cara era un triángulo invertido, con la frente ancha, la barbilla puntiaguda y una nariz roma y pendenciera. Tenía los hombros caídos y la ropa le sentaba mal: siempre tenía aspecto de que lo acababan de asaltar para robarle el dinero del almuerzo. Cada mañana salía de casa con las mejillas impolutas de la inocencia personificada, pero a mediodía el afeitado ya no era más que un recuerdo y la penumbra de vagabundo en el mentón no bastaba para darle un aspecto duro. Se consideraba feo pero era porque nunca había visto su cara en estado de reposo. Había repartido el *Eagle* durante la mayor parte de 1931 para poder comprarse unas pesas, que luego estuvo levantando todas las mañanas durante los siguientes ocho años hasta que tuvo los brazos, el tórax y los hombros fibrados y fuertes. La polio le había dejado unas piernas endebles de niño. En calcetines, medía metro sesenta y cinco. Igual que todos sus amigos, consideraba un cumplido que alguien lo llamara listillo. Tenía un conocimiento incorrecto pero ferviente del funcionamiento de la televisión, la energía atómica y la antigravedad, y albergaba la ambición —entre otras mil— de

terminar sus días en las playas cálidas y soleadas del Gran Océano Polar de Venus. Lector omnívoro con tendencia a la improvisación, le divertían Stevenson, London y Wells, se esforzaba con Wolfe, Dreiser y Dos Passos e idolatraba a S.J. Perelman; su régimen autoimpuesto ocultaba el típico apetito culpable. En su caso la pasión encubierta —una de ellas, por lo menos— eran aquellos cargamentos de sangre y fantasía a bajo precio: las revistas pulp. Había conseguido y leído todos los números quincenales de *La sombra* publicados desde 1933, y estaba en trámites de conseguir las colecciones completas de *El vengador* y *El hombre de bronce*.

La larga vida de Kavalier y Clay —y la verdadera historia del nacimiento del Escapista— empezó en 1939, hacia finales de octubre, la noche que la madre de Sammy entró de sopetón en su cuarto, le estampó el anillo y los nudillos de hierro de la mano izquierda en un costado del cráneo y le dijo que se moviera y que hiciera sitio en la cama para su primo de Praga. Sammy se sentó en la cama, con el corazón latiéndole en los goznes de la mandíbula. A la luz lívida del tubo fluorescente que había sobre el fregadero distinguió a un muchacho delgado más o menos de su edad, encorvado como un interrogante y apoyado en el marco de la puerta, con un montón desordenado de periódicos debajo de un brazo y con el otro tapándose la cara como si tuviera vergüenza. Aquel, dijo la señora Klayman dando un empujón a Sammy en dirección a la pared, era Josef Kavalier, el hijo de su hermano Emil, y había llegado aquella misma noche a Nueva York en un autobús Greyhound procedente de San Francisco.

—¿Qué le pasa? —dijo Sammy. Se corrió hacia un lado hasta que sus hombros tocaron el yeso frío de la pared. Se cuidó de llevarse consigo las dos almohadas—. ¿Está enfermo?

—¿Tú qué crees? —dijo su madre, dando unas palmadas sobre la superficie vacía de la cama como para dispersar las partículas nocivas que Sammy pudiera haber dejado. Acababa de llegar a casa después de su última noche en el turno de noche de Bellevue, en donde trabajaba como enfermera de psiquiatría. Todavía llevaba consigo el aliento rancio del hospital, pero el cuello abierto de su uniforme despedía un vago aroma al agua de lavanda con que rociaba su cuerpo diminuto. La fragancia natural de su cuerpo era especiada y áspera, como de virutas de lápiz—. Apenas se puede mantener de pie.

Sammy miró más allá de su madre, intentando ver mejor al pobre Josef Kavalier con su traje ancho de tweed. Se acordaba vagamente de que tenía primos checos. Pero su madre no le había dicho ni una palabra de que uno de ellos fuera a venir de visita, menos todavía de que fuera a compartir la cama de Sammy. Tampoco estaba seguro de qué papel tenía San Francisco en la historia.

—Ahí lo tienes —dijo su madre irguiendo la espalda de nuevo, aparentemente satisfecha de haber desplazado a Sammy a los quince centímetros más al este del

colchón. Luego se volvió hacia Josef Kavalier—. Ven aquí. Quiero decirte algo. —Le agarró de las orejas como si agarrara una jarra por las asas y le aplastó los labios en cada una de las mejillas—. Lo has conseguido. ¿De acuerdo? Ya estás aquí.

—Muy bien —dijo su sobrino. No parecía convencido.

Ella le dio una toallita y salió. Tan pronto como se hubo marchado, Sammy recuperó unos centímetros preciosos de colchón mientras su primo se quedaba de pie, frotándose las mejillas maltrechas. Al cabo de un momento la señora Klayman apagó la luz de la cocina y los dos se quedaron a oscuras. Sammy oyó que su primo suspiraba y dejaba ir el aire lentamente. El montón de periódicos crujió y luego cayó al suelo con un ruido sordo de derrota. Los botones de su chaqueta golpearon el respaldo de una silla. Sus pantalones susurraron cuando se los quitó. Dejó caer un zapato y luego el otro. Su reloj de pulsera tintineó contra el vaso de agua de la mesilla de noche. Luego él y una ráfaga de aire frío se metieron bajo las sábanas, trayendo consigo un olor a cigarrillos, axilas, lana húmeda y algo dulce y vagamente nostálgico que Sammy identificó como el olor, procedente del aliento de su primo, a las ciruelas del pedazo que había sobrado del pan de carne «especial» de su madre — las ciruelas solamente eran una pequeña parte de lo que lo hacía especial—, que había visto cómo ella embalaba como un paquete con una hoja de papel de cera y colocaba en una bandeja del frigorífico. De forma que ya sabía que su sobrino iba a llegar esa noche. Lo había estado esperando para cenar y no le había dicho nada a Sammy.

Josef Kavalier se puso cómodo en el colchón, carraspeó, se colocó los brazos bajo la cabeza y se quedó repentinamente inmóvil, como si lo acabaran de desenchufar. Se quedó quieto hasta el punto de no flexionar ni un dedo del pie. El Big Ben de la mesilla de noche hacía un tictac estridente. La respiración de Josef se volvió más lenta y pesada. Sammy se estaba preguntando si alguien podía quedarse dormido con tanta facilidad cuando su primo habló:

—Tan pronto como yo consigo algo de dinero, busco alojamiento y salgo de la cama —dijo. Tenía un acento vagamente alemán con un extraño deje escocés.

—Me parece bien —dijo Sammy—. Hablas bien el inglés.

—Gracias.

—¿Dónde lo has aprendido?

—Prefiero no decir.

—¿Es un secreto?

—Es una cuestión privada.

—¿Puedo preguntar qué estabas haciendo en California? —dijo Sammy—. ¿O eso también es información confidencial?

—Llego allí desde Japón.

—¡Japón! —Sammy se sintió enfermar de envidia. Sus piernas flacas como pajitas de refresco nunca habían llegado más lejos de Buffalo y nunca habían cruzado

nada más peligroso que la cinta flatulenta de color verde tóxico que separaba Brooklyn de la isla de Manhattan. En aquella cama estrecha, en aquel dormitorio que apenas era un poco más ancho que la cama, al fondo de un apartamento situado en un edificio marcadamente de clase media-baja en Ocean Avenue, con los ronquidos de su abuela haciendo temblar las paredes como si pasara un tranvía, Sammy albergaba las fantasías de huida, transformación y evasión típicas de Brooklyn. Tenía sueños descabellados en los que se convertía en un importante novelista americano o en alguien de ingenio notorio como el ensayista Clifton Fadiman, o tal vez en un médico heroico. O bien desarrollaba, mediante la práctica y la pura fuerza de voluntad, poderes mentales que le permitían asumir un control sobrenatural sobre los corazones y las mentes de la gente. En el cajón de su escritorio había —y llevaba allí bastante tiempo— las primeras once páginas de una abultada novela autobiográfica que tenía que titularse o bien (a la manera de Perelman) *Mucho ruido en pocas veces* o bien (a la manera de Dreiser) *Desilusión americana* (una cuestión que por aquella época se puede decir que ignoraba). Había dedicado una cantidad vergonzosa de horas de concentración silenciosa —con el ceño fruncido y conteniendo la respiración— al desarrollo de sus poderes latentes de telepatía y control mental. Y se había emocionado por lo menos diez veces con la *Ilíada* del heroísmo médico, *Cazadores de microbios*. Pero como la mayoría de nativos de Brooklyn Sammy se consideraba realista, y en general sus planes de huida se basaban en la obtención de cantidades fabulosas de dinero.

Desde los seis años vendía semillas, barras de caramelo, plantas de interior, líquidos limpiadores, abrillantador de metales, suscripciones a revistas, peines irrompibles y cordones de zapatos puerta a puerta. En un laboratorio de Zharkov instalado en la mesa de la cocina había inventado artefactos cuasifuncionales como sujeciones para botones caídos, abridores de dos botellas a la vez y planchas sin calor para la ropa. En los últimos años la atención comercial de Sammy se había dirigido al terreno de la ilustración profesional. Estaban en pleno apogeo los grandes ilustradores y caricaturistas comerciales —Rockwell, Leyendecker, Raymond, Caniff—, y circulaba la opinión general de que en la mesa de dibujo un hombre no solamente podía ganarse bien la vida sino también alterar el tono y textura de la opinión del país. En el armario de Sammy se amontonaban docenas de blocs llenos de toscos dibujos a tinta de caballos, indios, héroes del fútbol americano, simios inteligentes, aviones Fokker, ninfas, cohetes lunares, vaqueros, sarracenos, selvas tropicales y osos pardos, así como estudios sobre los pliegues de la ropa de mujer, las muescas de los sombreros de hombre, los brillos del iris humano y las nubes del cielo del Oeste. Su dominio de la perspectiva era endeble, su conocimiento de la anatomía humana dudoso y su trazo a menudo inseguro, pero eso sí, tenía una gran iniciativa para robar. Recortaba sus páginas y anuncios favoritos de los periódicos y cómics y los pegaba

en un grueso cuaderno: así había conseguido un millar de posturas y estilos ejemplares. Había empleado a fondo aquella biblia de recortes para falsificar una tira cómica de *Terry y los piratas* de Milton Caniff titulada *El mar de la China Meridional*, dibujada con una fiel imitación estilística de su genial autor. Había imitado a Raymond en algo que él llamaba *Los murajes de los planetas* y a Chester Gould en una tira sobre un agente del FBI de cuello rígido titulada *Nudillos de hierro Doyle*. Había intentado copiar a Hogarth y Lee Falk, a George Herriman, Harold Gray y Elzie Segar. Sus tiras de muestra las guardaba en un abultado portafolio de cartón debajo de su cama, esperando que se presentara su oportunidad, su gran momento.

—¡Japón! —repitió, regocijándose con el exótico aroma caniffiano que desprendía aquel nombre—. ¿Qué estabas haciendo allí?

—Sobre todo estaba sufriendo malestar intestinal —dijo Josef Kavalier—. Y todavía lo sufro. Sobre todo de noche.

Sammy consideró un momento esta información y se arrimó un poco más a la pared.

—Dime, Samuel —dijo Josef Kavalier—. ¿Cuántos ejemplos tengo que tener en mi portafolio?

—Samuel no. Sammy. No, llámame Sam.

—Sam.

—¿De qué portafolio hablas?

—Mi portafolio de dibujos. Para yo enseñar a tu patrón. Por desgracia, he estado obligado a dejar atrás todo mi obra en Praga, pero puedo hacer muy deprisa muchos otros que serán tremendamente bien.

—¿Para enseñar a mi jefe? —dijo Sammy, notando en su propia confusión el rastro persistente de la intervención de su madre—. ¿De qué hablas?

—Tu madre me sugirió que podías ayudar a encontrar mi trabajo en el empresa donde trabajas. Soy artista, igual que ti.

—Artista. —De nuevo Sammy envidió a su primo. Aquella era una afirmación que él nunca sería capaz de hacer sin desviar la mirada fraudulenta en dirección a sus zapatos—. ¿Mi madre te ha dicho que soy artista?

—Artista comercial, sí. Para la empresa Empire Novelties Incorporated.

Durante un instante Sammy protegió con las manos la llamita que había prendido en su interior aquel cumplido de segunda mano. Luego la apagó.

—Estaba hablando sin ton ni son —dijo.

—¿Perdón?

—Que decía chorradas.

—¿Decía qué...?

—Soy encargado de inventarios. A veces me dejan hacer la maqueta de un

anuncio. O cuando añaden un artículo nuevo al catálogo me dejan hacer la ilustración. Me pagan dos dólares por cada una.

—Ah —Josef Kavalier dejó escapar otro largo suspiro. Seguía sin mover un músculo. Sammy no tenía ni idea de si aquella inmovilidad aparentemente completa era el producto de una tensión insoportable o de una calma maravillosa—. Tu madre escribió una carta a mi padre —explicó Josef—. Yo me acuerdo que ella dice que tú hace diseños de inventos y artefactos nuevos sensacionales.

—¿Adivinas lo que hacía?

—Hablar sin ton.

Sammy suspiró, como para corroborar que por desgracia estaba en lo cierto; dejó escapar un suspiro abatido, angustiado... y falso. Sin duda su madre, al escribir a su hermano de Praga, había creído que estaba llevando a cabo un informe preciso. Era Sammy el que había estado hablando sin ton ni son durante el último año, adornando, no solamente para su madre sino para cualquiera que quisiera escuchar, la naturaleza subalterna de su posición en Empire Novelties. Sammy se sintió avergonzado durante un instante, no tanto por haber sido sorprendido y tener que confesar la bajeza de su estatus a su primo como por la evidencia de un defecto en la omnisciente lupa maternal. Luego se preguntó si acaso su madre, lejos de dejarse engañar por sus fanfarronadas, no estaría aprovechando en realidad la forma grotesca en que Sammy exageraba su influencia sobre Sheldon Anapol, el dueño de Empire Novelties. Si se viera obligado a mantener la mentira a la que había dedicado tanta energía e inventiva, entonces también tendría que volver del trabajo al día siguiente con un trabajo para Josef Kavalier en sus dedos mugrientos de empleado de inventario.

—Lo intentaré —dijo, y fue entonces cuando sintió la primera chispa, el cosquilleo de la posibilidad recorriéndole la espalda. Durante otro rato largo, ninguno de ellos dijo nada. Esta vez, Sammy se dio cuenta de que Josef seguía despierto. Casi podía sentir el goteo capilar de la duda filtrándose y mortificando al chaval. A Sammy le dio lástima.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo.

—¿Qué pregunta?

—¿Por qué llevabas tantos periódicos?

—Son los periódicos de Nueva York. Los he comprado en la terminal de Greyhound en Capitol.

—¿Cuántos?

Por primera vez Sammy se dio cuenta de que Josef Kavalier se agitaba.

—Once.

Sammy contó rápidamente con los dedos: había ocho diarios metropolitanos. Diez contando el *Eagle* y el *Home News*.

—Me falta uno.

—¿Te falta...?

—El *Times*, el *Herald Tribune* —se tocó las yemas de dos dedos—. El *World-Telegram*, el *Journal-American*, el *Sun*. —Cambió de mano—. El *News*, el *Post*. Hum, el *Wall Street Journal*. Y el *Eagle* de Brooklyn. Y el *Home News* del Bronx. —Dejó caer las manos sobre el colchón—. ¿Cuál es el que hace once?

—El *Woman's Daily Wearing*.

—¿El *Women's Wear Daily*?

—No sabía que se decía así. El de los vestidos. —Se rió de sí mismo con una serie de carraspeos entrecortados—. Estaba buscando algo sobre Praga.

—¿Encontraste algo? En el *Times* debían de decir algo.

—Algo. Muy poco. Nada de los judíos.

—Los judíos —dijo Sammy, empezando a entender. Josef no buscaba noticias de las últimas maniobras diplomáticas de Londres y Berlín, ni de las bravatas más recientes de Adolf Hitler. Buscaba algún artículo que mencionara la situación de la familia Kavalier—. ¿Sabes judío? Yiddish. ¿Lo entiendes?

—No.

—Es una lástima. En Nueva York tenemos cuatro periódicos judíos. Probablemente digan algo.

—¿Y los periódicos alemanes?

—No sé, pero imagino que los habrá. Tenemos montones de alemanes, eso sí. Organizan marchas y mítines por toda la ciudad.

—Ya veo.

—¿Estás preocupado por tu familia?

No hubo respuesta.

—¿No han podido salir?

—No. Todavía no. —Sammy notó que Josef daba una sacudida brusca con la cabeza, como para terminar la discusión—. Temo que he fumado todos los cigarrillos —continuó con un tono neutro de libro de frases—. Tal vez tú podrías...

—Es que me he fumado el último antes de meterme en la cama —dijo Sammy— Eh, ¿cómo sabes que fumo? ¿Es que huelo?

—Sammy —dijo su madre—, duerme.

Sammy se olió a sí mismo.

—Hum. Me pregunto si Ethel puede olerlo. A ella no le gusta. Si quiero fumar tengo que hacerlo en esa ventana, la que da a la salida de incendios.

—No fumas en la cama —dijo Josef—. Más razón de mí para dejarlo.

—No me hables —dijo Sammy—. Me muero de ganas de tener piso propio.

Se quedaron así durante unos minutos, anhelando cigarrillos así como todas las demás cosas que aquel anhelo parecía condensar y representar en su frustración absoluta.

—Tu plato de ceniza —dijo por fin Josef—. Tu cenicero.

—En la salida de incendios. Es una planta.

—Debe de estar llena de... *¿spacek? ¿kippe?* De los restos.

—¿Quieres decir las colillas?

—Las colillas.

—Supongo que sí. No me digas que te fumarías...

Sin previo aviso, con una especie de descarga de dinamismo que parecía al mismo tiempo la contrapartida y el resultado del estado de calma total que la había precedido inmediatamente, Josef dio media vuelta y salió de la cama. Para entonces los ojos de Sammy ya se habían ajustado a la oscuridad de la habitación, que nunca era completa. Un orillo de radiación azul grisácea del fluorescente de la cocina bordeaba la puerta del dormitorio y se mezclaba con el haz pálido procedente de la noche de Brooklyn, un compuesto formado por los halos de las farolas, los faros de los coches y los tranvías, los fuegos de las tres factorías de laminación de acero que funcionaban en el barrio y el brillo emitido por el reino insular del otro lado del río, que se filtraba en ángulo oblicuo por el espacio entre las cortinas. Bajo aquel resplandor tenue que para Sammy representaba la luz enfermiza del insomnio materializado, vio cómo su primo registraba metódicamente los bolsillos de la ropa que antes había colgado con cuidado del respaldo de la silla.

—¿La lámpara?

Sammy negó con la cabeza.

—La tiene mi madre —dijo.

Josef volvió a la cama y se sentó.

—Entonces tenemos que trabajar en la oscuridad.

Entre los dedos índice y corazón de la mano izquierda sostenía una hoja plisada de papel de liar. Sammy entendió. Se apoyó en un brazo y con el otro separó las cortinas, despacio para que el ruido no los delatara. Luego, apretando los dientes, levantó la hoja de la ventana situada a un lado de su cama, dejando que entrara el zumbido helado del tráfico y una ráfaga susurrante de la medianoche fría de octubre. El «cenicero» de Sammy era una maceta alargada de terracota de estilo vagamente mexicano, llena de un compuesto estéril de tierra para macetas y hollín, y ocupada por el esqueleto semipetrificado, por otra parte bastante apropiado, de una cineraria que no se había vendido durante la época de plantas de interior de Sammy, de forma que era casi tres años anterior a su hábito bastante reciente de fumador. Alrededor de la base de la planta marchita había una docena de colillas aplastadas de Old Gold. Sammy cogió un puñado de ellas con desagrado —estaban un poco húmedas—, como si estuviera recogiendo lombrices de tierra, luego se las dio a su primo, que a su vez le dio una caja de cerillas que de forma evocadora le invitaba a «Comer en Joe's Crab, en el Muelle de los Pescadores» y en la cual solamente quedaba una cerilla.

Rápidamente, pero no sin cierta teatralidad, Josef abrió siete colillas con una sola mano y fue dejando caer las hebras en la hoja arrugada de Zig Zag. Al cabo de un minuto de manipulación había fabricado un cigarrillo.

—Ven —dijo. Cruzó de rodillas la cama hasta llegar a la ventana. Sammy se unió a él, los dos se inclinaron bajo la hoja de guillotina y sacaron la cabeza y la parte superior del cuerpo por la ventana. Josef le dio el cigarrillo a Sammy y a la luz preciosa de la cerilla, que Sammy protegió nerviosamente del viento, este vio que Josef había construido un cilindro perfecto, tan grueso, recto y casi tan liso como si lo hubiera liado una máquina. Sammy dio una larga calada de True Virginia Flavor y le devolvió aquel cigarrillo mágico a su fabricante. Los dos fumaron en silencio hasta que quedó menos de un centímetro. Luego volvieron al interior, bajaron la hoja de la ventana y la persiana, y se tumbaron en la cama, oliendo a humo.

—¿Sabes? —dijo Sammy—. Estamos, hum, hemos estado muy preocupados... Por Hitler... Y la forma en que está tratando a los judíos y... Y todo eso. Cuando fueron... Cuando fuisteis... Invadidos... Mi madre... O sea todos nosotros... —Negó con la cabeza, sin saber muy bien qué decir—. Ten. —Se incorporó un poco y se sacó una de las dos almohadas de debajo de la cabeza.

Josef Kavalier levantó la cabeza y se puso la almohada debajo.

—Gracias —dijo, y se quedó nuevamente inmóvil.

Enseguida su respiración se volvió rítmica y se ralentizó hasta convertirse en un traqueteo congestionado, dejando a Sammy a solas para cavilar, como cada noche, sus habituales proyectos larvarios. Pero en sus fantasías Sammy descubrió que por primera vez en años, era capaz de incluir la ayuda de un aliado.

DOS

Fue un sueño larvario —un sueño de evasión fabulosa— el que finalmente había llevado a Josef Kavalier a través de Asia y del Pacífico y hasta el camastro de su primo en Ocean Avenue.

Tan pronto como el ejército alemán ocupó Praga, en ciertos ambientes se empezó a hablar de poner a salvo el famoso Gólem de la ciudad, el autómatas milagroso del rabino Loew, enviándolo al exilio. Con los nazis llegaron los rumores acerca de confiscaciones, expropiaciones y saqueos, sobre todo de objetos sagrados de los judíos. El gran miedo de sus guardianes secretos era que el Gólem fuera embalado y enviado para adornar algún *Institut* o colección privada de Berlín o Munich. Un par de jóvenes alemanes de mirada taimada y voz susurrante habían pasado casi dos días deambulando con cuadernos por la Vieja Nueva Sinagoga, en cuyos aleros la leyenda situaba al paladín largo tiempo aletargado del gueto. Los dos jóvenes alemanes habían asegurado que eran académicos, que estaban allí por interés personal y no tenían vínculos oficiales con el Reichsprotektorat, pero nadie los creyó. Se rumoreaba que ciertos altos cargos del partido en Berlín eran estudiantes ávidos de teosofía y de las llamadas ciencias ocultas. Parecía cuestión de tiempo que descubrieran al Gólem en su ataúd gigante de madera de pino, durmiendo su letargo sin sueños, y lo robaran.

En el círculo de sus guardianes había cierta resistencia a la idea de enviar al Gólem al extranjero, ni aunque fuera para protegerlo. Algunos decían que como se había formado originalmente con el barro del río Moldava, podía sufrir cierta degradación física si lo alejaban de su clima nativo. Los que tenían inclinaciones historicistas —y que, como todos los historiadores del mundo, se atribuían con orgullo la perspectiva más juiciosa— argumentaban que el Gólem ya había sobrevivido a muchos siglos de invasiones, calamidades, guerras y pogromos sin ser descubierto ni desplazado, y se manifestaban contrarios a reaccionar de forma precipitada ante una simple mala racha más para los judíos de Bohemia. Incluso había unos cuantos en el círculo que, cuando se les presionaba, admitían que no querían enviar lejos al Gólem porque interiormente no habían renunciado a la esperanza infantil de que el gran enemigo de quienes odiaban a los judíos y los acusaban falsamente de crímenes pudiera ser revivido en un momento de extrema necesidad para luchar de nuevo. Al final, sin embargo, la votación se decantó a favor de enviar el Gólem a un lugar seguro, preferiblemente a un país neutral que no estuviera metido en la contienda y donde hubiera población de judíos.

Fue entonces cuando un miembro del círculo secreto que tenía vínculos con la escena de los espectáculos de magia en Praga sacó a colación el nombre de Bernard Kornblum y dijo que era el hombre en quien se podía confiar para llevar a cabo la evasión del Gólem.

Bernard Kornblum era un *Ausbrecher*, un ilusionista especializado en trucos con camisetas de fuerza y esposas, la clase de números que se habían popularizado gracias a Harry Houdini. Hacía poco tiempo que se había retirado del mundo del espectáculo (tenía setenta años por lo menos) para establecerse en Praga, su ciudad adoptiva, y esperar lo inevitable. Pero tal como dijo quien lo había propuesto, era originario de Vilna, la ciudad sagrada de la Europa judía, un lugar conocido, a pesar de su reputación de testarudez, por albergar a hombres con una buena consideración de los gólems. Asimismo, Lituania era oficialmente neutral y supuestamente Hitler había renunciado a toda ambición hacia aquel país en un protocolo secreto del pacto entre Molotov y Ribbentrop. Así pues, Kornblum fue convocado, apartado de su puesto vitalicio en una mesa de póquer de la sala de juegos del club Hofzinsler y llevado al lugar secreto donde el círculo se reunía: en Monumentos Faleder, en una caseta detrás de la sala de exposición y venta de lápidas. Allí le explicaron la naturaleza de su tarea: tenía que hacer desaparecer al Gólem de su escondrijo, prepararlo bien para el trayecto y luego sacarlo del país, sin llamar la atención, y hacerlo llegar a manos de los contactos en Vilna. Los documentos oficiales necesarios —certificados de transporte, documentación para las aduanas— serían proporcionados por los miembros más influyentes del círculo o por amigos situados en lugares elevados.

Bernard Kornblum aceptó de inmediato el encargo del círculo. Aunque como muchos magos era un no creyente convencido y solamente reverenciaba a la naturaleza, esa Gran Ilusionista, sin embargo era un buen judío. Más importante todavía, estaba aburrido y se sentía desgraciado ahora que estaba jubilado, e incluso había estado considerando un regreso a los escenarios quizá poco recomendable cuando lo convocaron. Aunque vivía en una miseria relativa, rechazó los generosos honorarios que el círculo le ofrecía y solamente puso dos condiciones: que no desvelaría ni un detalle de sus planes a nadie y que no aceptaría ningún consejo o ayuda no solicitados. Correría una cortina sobre todo el truco, por decirlo de algún modo, y solamente la abriría cuando la hazaña hubiera tenido éxito.

Estas condiciones no solamente hicieron gracia a los miembros del círculo sino que en cierta forma también les parecieron sensatas. Cuanto menos supiera ninguno de ellos sobre los detalles, más fácilmente podrían alegar, si el asunto salía a la luz, que no sabían nada de la fuga del Gólem.

Kornblum salió de Monumentos Faleder, que no estaba lejos de su propio alojamiento en la calle Maisel, y se dirigió a su casa con la mente ya empezando a construir el armazón de un plan sólido y elegante. Durante un breve periodo en Varsovia en la década de 1890, Kornblum se había visto obligado a delinquir, en concreto a desvalijar casas, así que la perspectiva de escamotear el Gólem de su guarida actual de forma inadvertida despertó viejos recuerdos perversos de luz de gas y joyas robadas. Pero todos sus planes cambiaron cuando entró en el vestíbulo de su

edificio. La *gardienne* asomó la cabeza y le dijo que había un joven esperando para verlo en su habitación. Un joven atractivo, le dijo, bien vestido y con buenos modales. Por supuesto, en circunstancias normales habría hecho esperar al visitante en la escalera, pero le había parecido reconocerlo como un antiguo estudiante de *herr Professor*.

La gente que se gana la vida coqueteando con el desastre desarrolla un talento para la imaginación pesimista, una anticipación de lo peor, que a menudo no se distingue de la clarividencia. Kornblum supo de inmediato que su visitante inesperado tenía que ser Josef Kavalier y se le cayó el alma a los pies. Meses atrás había oído que el chico iba a abandonar la escuela de arte y que emigraba a América. Algo le había ido mal.

Josef se puso en pie al entrar su antiguo profesor y agarró su sombrero sobre el pecho. Llevaba un traje aparentemente nuevo de aromático tweed escocés. Kornblum notó por el rubor de sus mejillas y el cuidado excesivo con que evitaba darse con la cabeza contra el techo bajo e inclinado que el muchacho estaba bastante borracho. Y ya no era precisamente un muchacho. Debía de tener casi diecinueve años.

—¿Qué pasa, hijo? —dijo Kornblum—. ¿Qué haces aquí?

—No estoy aquí —respondió Josef. Era un muchacho pálido y pecoso con el pelo negro, una nariz al mismo tiempo grande y aplastada y unos ojos azules muy separados y demasiado empañados por el sarcasmo para resultar soñadores—. Estoy en un tren rumbo a Ostende. —Fingió teatralmente que consultaba su reloj de pulsera. A Kornblum le pareció que no estaba fingiendo en absoluto—. A esta hora estoy pasando por Frankfurt, ¿entiende?

—Entiendo.

—Sí. Mi familia ha gastado toda su fortuna. Han sobornado a todo el mundo a quien se podía sobornar. Han vaciado nuestras cuentas bancarias. Han vendido la póliza de seguros de mi padre. Las joyas de mi madre y su plata. Los cuadros. La mayoría de los muebles valiosos. El instrumental médico. Las acciones. Todo para asegurarse de que yo, el afortunado, pueda estar sentado en ese tren, ¿entiende? En el vagón de fumadores. —Expulsó una bocanada de humo imaginario—. Atravesando Alemania de camino a *the good old U.S.A.* —Terminó la frase en americano gangoso. A Kornblum su acento le pareció bastante bueno.

—Muchacho...

—Con todos los papeles en orden, *yon betcha*.

Kornblum suspiró:

—¿Y el visado de salida? —aventuró. Había oído historias sobre denegaciones de último minuto en las semanas pasadas.

—Dijeron que me faltaba un sello. Un sello. Les dije que no era posible. Que todo estaba en orden. Yo tenía una lista de control que me había preparado el subsecretario

auxiliar de visados de salida en persona. Y se la enseñé.

—¿Pero?

—Dijeron que los requisitos habían cambiado esa misma mañana. Tenían un orden, un telegrama de Eichmann en persona. Me hicieron bajar del tren en Eger. A diez kilómetros de la frontera.

—Ah —Kornblum se sentó en la cama (sufría hemorroides) y dio unos golpecitos en la colcha a su lado. Josef se sentó. Se tapó la cara con las manos. Dejó escapar un suspiro entrecortado, se le pusieron los hombros tensos y los tendones se le marcaron en la parte de atrás del cuello. Intentaba refrenar las ganas de llorar.

—Escucha —dijo el viejo mago intentando adelantarse a su llanto—. Escúchame. Estoy casi seguro de que podrás salir del apuro.

Las palabras de consuelo le salieron más envaradas de lo que le habría gustado, pero empezaba a sentir una vaga aprensión. Ya era pasada la medianoche y el muchacho tenía un aire de desesperación, de estallido inminente, que ciertamente conmovía a Kornblum pero también le ponía nervioso. Cinco años antes se había visto implicado en un episodio desgraciado con aquel mismo chico insensato y desafortunado del que se había arrepentido considerablemente.

—Vamos —dijo Kornblum. Le dio al chico un golpecito torpe en el hombro—. Tus padres deben de estar preocupados. Te acompaño a casa.

Aquello fue la gota que colmó el vaso: con una exhalación brusca, como un hombre que saltara aterrorizado desde la cubierta en llamas de un barco a un mar congelado, Josef rompió a llorar.

—Ya los he dejado una vez —dijo, negando con la cabeza—. No puedo volver a hacérselo.

Toda la mañana, en el tren que lo había llevado en dirección oeste rumbo a Ostende y América, a Josef le había atormentado el recuerdo amargo de su despedida. No había llorado pero tampoco le había sentado especialmente bien el llanto de su madre y de su abuelo, que había cantado la parte de Vitek en el estreno de 1926 del *Vec Makropoulos* de Janáček en Brno, y, como suele pasar con los tenores, acostumbraba a demostrar abiertamente sus sentimientos. Pero Josef, como muchos chicos de diecinueve años, creía erróneamente que le habían roto muchas veces el corazón y se enorgullecía de la dureza imaginaria de dicho órgano. Su tendencia al estoicismo juvenil le había ayudado a mantenerse impávido al recibir el abrazo lacrimógeno de su abuelo aquella mañana en la Bahnhof. También se había sentido desgraciadamente contento de irse. No le alegraba dejar Praga tanto como le excitaba dirigirse a América, con destino a la casa de la hermana de su padre y de un primo suyo llamado Sam, en el inimaginable Brooklyn, con sus locales nocturnos, sus tipos duros y todo el brío de la Warner Bros. La misma insensibilidad robusta a lo James Cagney que le había permitido ocultar el dolor de abandonar a toda su familia y el

único hogar que conocía también le había ayudado a decirse a sí mismo que solamente era cuestión de tiempo que todos ellos se reunieran con él en Nueva York. Además, la situación en Praga era más adversa que nunca. Por tanto, en la estación, Josef había mantenido la cabeza erguida y las mejillas secas y había estado dando caladas a un cigarrillo, fingiendo que prestaba más atención a los demás pasajeros que llenaban el andén, los soldados alemanes con sus abrigos elegantes, que a los miembros de su propia familia. Había besado la mejilla rasposa de su abuelo, había soportado el largo abrazo de su madre y estrechado las manos de su padre y de su hermano menor, Thomas, que le entregó un sobre. Josef se lo había metido en un bolsillo con indolencia estudiada, ignorando el temblor del labio de Thomas cuando el sobre desapareció. Luego, cuando Josef estaba subiendo al tren, su padre le agarró los faldones del abrigo y le hizo bajar de nuevo al andén. Se acercó a Josef por la espalda y lo rodeó con un abrazo compungido. La sensación que le había producido a Josef el bigote húmedo por las lágrimas de su padre en su mejilla fue mortificadora. Josef se separó.

—*See you in the funny papers* —dijo. Se obligó a mostrarse desenfadado. En mi aplomo, se dijo, reside su esperanza de salvación.

Tan pronto como el tren se alejó del andén, sin embargo, y Josef estuvo sentado en su asiento del compartimento de segunda clase, sintió la brutalidad de su conducta como un puñetazo en el estómago. Pareció al mismo tiempo hincharse, latir y arder de vergüenza, como si todo su cuerpo protagonizara una rebelión contra su conducta, como si la vergüenza pudiera producir en él la misma reacción catastrófica que la picadura de una abeja. El asiento que ahora ocupaba había costado, con el añadido de los impuestos de partida y la reciente «tasa aduanera de transbordo», lo mismo que su madre había sacado con el empeño de un broche de esmeraldas que su marido le había regalado por su décimo aniversario. Poco antes de aquel triste aniversario, *frau* Dr. Kavalier había tenido un aborto en el cuarto mes de embarazo, y de pronto la imagen de aquella hermana que no había llegado a nacer —tenía que ser una niña— adoptó en la mente de Josef la forma de un penacho de vapor resplandeciente y clavó en él una mirada de reproche de color esmeralda. Cuando los oficiales de emigración aparecieron en Eger para hacerle bajar del tren —su nombre estaba entre los muchos de su lista— lo encontraron entre dos vagones, con la nariz moqueando y llorando con la cara apoyada en el brazo.

La vergüenza de Josef por su partida, sin embargo, no fue nada comparada con la ignominia insoportable de su regreso. En el viaje de vuelta a Praga, hacinado en el vagón de tercera clase de un tren local sin aire, en compañía de un grupo de robustas y ruidosas familias de granjeros de los Sudetes que se dirigían a la capital para alguna clase de celebración religiosa, pasó la primera hora disfrutando de una sensación de justo castigo por su insensibilidad, su ingratitud y por haber abandonado a su familia.

Pero cuando el tren pasó por Kladno, el inevitable regreso a casa empezó a abrumarlo. Ahora le parecía que su regreso por sorpresa, en vez de ofrecerle la oportunidad de reparar su conducta imperdonable, solamente serviría para llevar más tristeza a su familia. Durante los seis meses transcurridos desde que empezara la ocupación, el objetivo de los esfuerzos de la familia Kavalier, de su existencia colectiva, había sido enviar a Josef a América. De hecho, aquel esfuerzo había llegado a representar un contrapeso necesario al esfuerzo diario de sobrevivir y una inyección de esperanza contra sus efectos devastadores. En cuanto los Kavalier decidieron que Josef, nacido durante una breve estancia de la familia en Ucrania durante 1920, reunía gracias a un capricho de la política los requisitos para emigrar a Estados Unidos, el complejo y costoso proceso de enviarlo allí había devuelto a sus vidas un componente de orden y sentido. ¡Cómo los iba a devastar verlo aparecer en el umbral a menos de once horas de su partida! Cuando a última hora de la tarde el tren entró arrastrándose en la estación de Praga, Josef se quedó en su asiento, incapaz de moverse, hasta que un revisor que pasó a su lado le sugirió, con amabilidad, que el joven caballero debía apearse.

Josef deambuló por el bar de la estación, se bebió un litro y medio de cerveza y no tardó en quedarse dormido en un reservado al fondo del local. Al cabo de un periodo indeterminado, un camarero lo zarandó y Josef se despertó borracho. Cargó con su bolsa de viaje por las calles de la ciudad que aquella misma mañana había imaginado realmente que nunca volvería a ver. Vagabundó por la calle de Jerusalén, llegó al Josefov y, de forma casi inevitable, sus pasos lo llevaron a la calle Maisel, donde estaba el piso de su antiguo profesor. No podía destrozar las esperanzas de su familia permitiendo que lo vieran de nuevo; de ninguna forma podía permitirlo, al menos a aquel lado del Atlántico. Si Bernard Kornblum no podía ayudarlo a escapar, por lo menos podría ayudarlo a esconderse.

Kornblum le dio un cigarrillo a Josef y se lo encendió. Luego fue a su sillón, se acomodó con cuidado y se encendió otro. Ni Josef Kavalier ni los guardianes del Gólem eran los primeros que acudían a Kornblum con la expectativa desesperada de que su experiencia con las celdas, las camisas de fuerza y los cofres de hierro pudiera ampliarse de alguna forma a franquear las fronteras de las naciones soberanas. Hasta aquella noche había declinado aquellas peticiones no solamente por poco prácticas o por estar fuera de sus posibilidades, sino también por considerarlas radicales y prematuras. Ahora, sin embargo, sentado en su sillón, y viendo cómo su antiguo estudiante rebuscaba infructuosamente entre los pedazos arrugados de documentos triplicados, billetes de tren y cartillas selladas de inmigración que llevaba en la cartera de viaje, los oídos aguzados de Kornblum detectaron el ruido, inconfundible para él, de los pasadores de una enorme cerradura de hierro afianzándose en su sitio. La oficina de emigración, dirigida por Adolf Eichmann, había pasado de la simple

extorsión cínica al robo descarado y ahora se dedicaba a quitarles a los solicitantes todo lo que tenían a cambio de nada. Gran Bretaña y América prácticamente habían cerrado sus puertas: solamente gracias a la insistencia de una tía americana y a la chiripa geográfica que suponía su nacimiento en la Unión Soviética había sido Josef capaz de obtener un visado de entrada en Estados Unidos. Mientras tanto, en Praga, ni siquiera el último terrón inservible de barro del río estaba a salvo del hocico ávido del invasor.

—Te puedo hacer llegar a Vilna, en Lituania —dijo Kornblum por fin—. Desde allí te las tendrás que apañar solo. Memel está ahora en manos de los alemanes, pero a lo mejor puedes encontrar un pasaje desde Priekule.

—¿Lituania?

—Eso me temo.

Al cabo de un momento el chico asintió, se encogió de hombros y aplastó el cigarrillo en un cenicero que tenía dibujados el kreuzer y la espada del símbolo del club Hofzinser.

—Olvídate del sitio del que te escapas —dijo, citando una de sus viejas máximas—. Reserva tu preocupación para el sitio al que te diriges.

TRES

La decisión de Josef Kavalier de entrar en el exclusivo club Hofzinser tuvo su apogeo un día de 1935, a la hora del desayuno, en que se atragantó con un bocado de tortilla de albaricoque en conserva. Era una de las raras mañanas en el piso caótico de los Kavalier, en un edificio profusamente ornamentado estilo secesión junto al Graben, en que todos se sentaban a desayunar juntos. Los doctores Kavalier mantenían una rigurosa agenda de trabajo y, como muchos padres ocupados, tendían al mismo tiempo a consentir a sus hijos y a tenerlos abandonados. *Herr* Dr. Emil Kavalier era el autor de *Grundsätzen der Endikrinologie*, un texto estándar, así como el descubridor de la acromegalia de Kavalier. *Frau* Dr. Anna Kavalier era una neuróloga que había sido psicoanalizada por Alfred Adler y desde entonces había pasado a tratar, en su diván estampado de cachemir, a la flor y nata de las jóvenes promesas de Praga. Aquella mañana, cuando de pronto Josef se inclinó hacia adelante, asaltado por las arcadas, con los ojos inundados en lágrimas y buscando su servilleta a tientas, el padre dejó un momento de lado su *Tageblatt* y le dio unos golpecitos distraídos a Josef en la espalda. Su madre, sin levantar la vista del último número de *Monatsschrift für Neurologie und Psychiatrie*, le recordó por milésima vez que comiera más despacio. Solamente el pequeño Thomas vio, en el instante antes de que Josef se llevara la servilleta a los labios, el destello de algo extraño dentro de su boca. Se levantó de la mesa y fue hasta la silla de su hermano. Se quedó mirando la mandíbula de su hermano mientras masticaba trabajosamente el pedazo conflictivo de tortilla. Josef no le hizo caso y se metió otro trozo en la boca.

—¿Qué es eso? —dijo Thomas.

—¿Qué es el qué? —dijo Josef. Masticaba con cuidado, como si le molestara una muela en mal estado—. Lárgate.

En ese momento la señora Horne, la institutriz de Thomas, levantó la vista de su ejemplar viejo del *Times* de Londres y estudió la situación de los hermanos.

—¿Se te ha caído un empaste, Josef?

—Tiene algo en la boca —dijo Thomas—. Algo brillante.

—¿Qué tienes en la boca, joven? —dijo su madre, señalando con el cuchillo.

Josef se metió dos dedos entre la mejilla derecha y las encías superiores y sacó un objeto metálico alargado y plano con una muesca en el extremo: una horquilla no más grande que el meñique de Thomas.

—¿Qué es eso? —le preguntó su madre, con aspecto de estar a punto de marearse.

Josef se encogió de hombros:

—Una llave dinamométrica —dijo.

—¿Qué iba a ser si no? —le dijo su padre a su madre con un sarcasmo cuya falta

de sutileza resultaba en sí misma sutil y que usaba para no parecer sorprendido por la conducta a menudo sorprendente de sus hijos—. Claro, una llave dinamométrica.

—*Herr Kornblum* me ha dicho que me tengo que acostumbrar a ella —explicó Josef—. Me ha dicho que cuando Houdini murió, se descubrió que se había fabricado dos bolsillos de tamaño considerable dentro de las mejillas.

Herr Kavalier volvió a su *Tageblatt*:

—Una aspiración admirable —dijo.

Josef se había interesado por los espectáculos de magia desde que tenía las manos lo bastante grandes como para manejar un mazo de cartas. Praga tenía una rica tradición de ilusionistas y prestidigitadores, y encontrar a un instructor competente no resultó difícil para un hijo de padres ocupados e indulgentes. Estudió un año con un checo llamado Bozic que se hacía llamar Rango y que estaba especializado en manipulación de monedas y cartas, mentalismo y carterismo. También podía cortar una mosca por la mitad lanzando un tres de diamantes. Josef no tardó en aprender la Lluvia de Plata, el Kreuzer Desaparecido, el Pase del Conde Erno y los rudimentos del Abuelo Muerto, pero cuando sus padres se enteraron de que Rango había estado encarcelado una vez por sustituir las joyas y el dinero del público con bisutería y papel, el chico fue debidamente separado de su tutor.

Los ases y reinas fantasma, las lluvias de coronas de plata y los relojes de muñeca sustraídos que habían compuesto el repertorio de Rango no eran más que pasatiempos. Para Josef, las largas horas frente al espejo del lavabo practicando las desapariciones, los pases y los juegos de manos que hacían que pareciera posible meterse una moneda en el oído derecho, hacerla atravesar la bóveda craneal y sacarla por el oído izquierdo de un amigo o un pariente, o introducir la sota de corazones en el pañuelo de una chica guapa, requerían una intensidad de conciencia masturbatoria que casi le resultaba más placentera que el truco en sí. Pero luego un paciente mencionó a su padre el nombre de Bernard Kornblum y todo cambió. Bajo la tutela de Kornblum, Josef empezó a aprender el riguroso oficio del *Ausbrecher* de uno de sus maestros. A los catorce años ya había decidido consagrar su vida a las evasiones prodigiosas.

Kornblum era un judío «del Este», esquelético y con una poblada barba rojiza que se ataba con una redecilla de seda negra antes de cada espectáculo. «Eso los distrae», decía, refiriéndose a su público, a quienes veía con la mezcla de asombro y desdén que caracteriza a los artistas veteranos. Como trabajaba con un mínimo de palabrería, siempre era importante encontrar otros medios de distraer a los espectadores. «Si pudiera trabajar sin pantalones —decía— saldría desnudo». Tenía una frente inmensa y unos dedos largos y hábiles pero poco elegantes por culpa de los nudillos sarmentosos. Sus mejillas, incluso en las mañanas de mayo, tenían un aspecto irritado y despellejado, como si las azotara un viento polar. Kornblum era de los pocos judíos

del Este a quienes Josef había conocido. En el círculo de sus padres había refugiados judíos de Polonia y Rusia, pero se trataba de médicos y músicos «europeizados», que procedían de grandes ciudades y hablaban francés y alemán. Kornblum, que hablaba mal el alemán y no hablaba palabra de checo, había nacido en un *shtetl* de las afueras de Vilna y había pasado la mayor parte de su vida viajando por las provincias de la Rusia imperial, actuando en los teatros de variedades, barracones y plazas de mercado de un millar de aldeas y pueblos. Llevaba trajes con un corte pasado de moda y estrecho de pecho a lo Valentino. Debido a que su dieta consistía básicamente en pescado enlatado —anchoas, eperlano, sardinas y atún— a menudo su aliento tenía un aroma rancio a mar. Aunque era un ateo acérrimo, mantenía un régimen *kosher*, no trabajaba en sábado y tenía un grabado en acero del Monte del Templo en la pared oriental de su habitación. Hasta hacía muy poco Josef, que por entonces tenía catorce años, había pensado muy poco en su condición de judío. Creía —tal como estipulaba la constitución checa— que los judíos eran una más de las numerosas minorías étnicas del joven país del que Josef estaba orgulloso de ser hijo. La llegada de Kornblum, con su aire báltico, sus buenos modales trasnochados y su yiddish le causaron a Josef una fuerte impresión.

Dos veces por semana durante aquella primavera, verano y ya entrado el otoño, Josef estuvo yendo a la habitación de Kornblum en el piso superior de una casa combada en la calle Maisel, en pleno Josefov, para ser encadenado al radiador o atado de manos y pies con una cuerda larga de grueso cáñamo. Al principio Kornblum no le hacía ni la más pequeña sugerencia acerca de cómo evadirse de aquellas ataduras.

—Así prestarás atención —le dijo la tarde de la primera lección mientras encadenaba a Josef con grilletes a una silla de madera alabeada—. Eso te lo aseguro. Y también te acostumbrarás al tacto de la cadena. Ahora la cadena es tu pijama de seda. Son los brazos cariñosos de tu madre.

Aparte de aquella silla, de un catre de hierro, un ropero y el grabado de Jerusalén en la pared oriental, la habitación estaba prácticamente vacía. El único objeto decorativo era un arcón chino tallado en alguna madera tropical, rojo como un hígado crudo, con gruesas asas metálicas y un par de cerraduras metálicas ornamentadas en forma de estilizados pavos reales. Para abrir el arcón, el mago pulsaba los catorce botones de jade en un orden determinado que parecía cambiar cada vez.

Durante las primeras sesiones, Kornblum se limitó a enseñarle a Josef distintas clases de cerrojos que iba sacando del arcón. Cerrojos de los que se usaban en esposas, buzones y diarios de señora. Cerrojos para puerta de tope y de gacheta. Candados toscos y cerrojos de combinación procedentes de cajas fuertes y puertas blindadas. Sin decir palabra, abría todos aquellos cerrojos con un destornillador y los volvía a montar. Hacia el final de la hora de clase, y todavía sin soltar a Josef, le hablaba de los rudimentos del control de la respiración. Por fin, en los últimos

minutos de la lección, desencadenaba al chico y lo metía en un cajón de pino sin adornos. Luego se sentaba sobre la tapa, bebiendo té y mirándose el reloj de bolsillo hasta que la lección se terminaba.

—Si tienes claustrofobia —le explicó Kornblum—, tenemos que detectarlo ahora y no cuando estés encadenado al fondo del Moldava, metido dentro de una saca de correos y con toda tu familia y vecinos esperando que salgas nadando.

Al inicio del segundo mes le enseñó el plectro y la llave dinamométrica y empezó a aplicar aquellas herramientas prodigiosas a cada uno de los diversos cerrojos de muestra que guardaba en el arcón. Seguía teniendo las manos hábiles y el pulso firme a pesar de que pasaba de los sesenta años. Forzaba los cerrojos y, con objeto de instruir a Josef, los desarmaba y los volvía a forzar con las entrañas expuestas. Fueran nuevos o antiguos, ingleses, alemanes, chinos o americanos, los cerrojos no se resistían más que unos segundos a sus manipulaciones. Además, había reunido una pequeña biblioteca de volúmenes gruesos y polvorientos, muchos de ellos ilegales o prohibidos, algunos marcados con el sello de la temible Cheka bolchevique, en los que se detallaban, en columnas infinitas de letra minúscula, las fórmulas de las combinaciones, por números de serie, de millares de cerraduras de combinación fabricadas en Europa desde 1900.

Durante semanas, Josef le estuvo suplicando a Kornblum que le permitiera tener una ganzúa. Incumpliendo sus instrucciones, había estado practicando con las cerraduras de su casa usando un alfiler de sombrero y un rayo de rueda de bicicleta, con éxito ocasional.

—Muy bien —dijo Kornblum por fin. Le dio a Josef su ganzúa y una llave dinamométrica y lo llevó hasta la puerta de su habitación, en donde había instalado un flamante nuevo cerrojo Rätsel de siete patillas. Luego se desanudó la corbata y la usó para vendarle los ojos a Josef—. Para ver el interior de la cerradura no necesitas los ojos.

Josef se arrodilló en la oscuridad y buscó a tientas el pomo enchapado en latón. Notaba la puerta fría contra la mejilla. Cuando por fin Kornblum le quitó la venda y le hizo una señal para que se metiera en el cajón, Josef había forzado el cerrojo tres veces, la última vez en menos de diez minutos.

El día antes de que Josef causara el incidente en la mesa del desayuno, después de meses de ejercicios de respiración nauseabundos que le hacían sentir un cosquilleo en la nariz y de prácticas que le dejaban las falanges de los dedos doloridas, había entrado en la habitación de Kornblum y le había ofrecido las muñecas, como de costumbre, para que se las esposara y se las atara. Kornblum lo sorprendió con una sonrisa poco habitual. Le dio a Josef una valija de cuero pequeña y negra. Josef la abrió y encontró la diminuta llave dinamométrica y un juego de ganzúas metálicas, algunas de ellas no más largas que la llave y otras el doble de largas y con mangos de

madera pulimentada. Ninguna era más gruesa que una cerda de escoba. Las puntas habían sido cortadas y dobladas imitando ingeniosamente toda clase de formas de luna, diamante y tilde.

—Las he hecho yo —dijo Kornblum—. Son de confianza.

—¿Para mí? ¿Las ha hecho para mí?

—Eso es lo que hemos de decidir ahora —dijo Kornblum. Señaló la cama, en donde había dejado un par de esposas alemanas nuevas y sus mejores cerrojos americanos Yale—. Encadéname a la silla.

Kornblum se dejó encadenar a las patas de su silla con una cadena larga y pesada. Luego Josef encadenó la silla al radiador y el radiador al cuello de su profesor. También le esposó las manos, delante del cuerpo para que pudiera fumar. Sin un consejo ni una queja de Kornblum, Josef abrió todas las cadenas y todos los cerrojos menos uno durante la primera hora. Pero el último cerrojo, un Yale Dreadnought de 1927 de medio kilo con dieciséis patillas y clavijas de arrastre, frustró sus esfuerzos. Josef sudó y maldijo en voz baja, en checo, para no ofender a su maestro. Kornblum encendió otro Sobranie.

—Las patillas tienen voces —le recordó a Josef por fin—. El cerrojo es una línea de teléfono en miniatura. Las yemas de tus dedos tienen oídos.

Josef respiró hondo, metió la ganzúa que terminaba con un garabato diminuto en el agujero del cerrojo y aplicó nuevamente la llave. Fue rozando rápidamente con la punta de la ganzúa cada una de las patillas en una dirección y en otra, notando cómo cedía cada una de ellas, poniendo a prueba la resistencia de las clavijas de arrastre y los muelles. Cada cerrojo tenía su propio punto de equilibrio entre la torsión y la fricción. Si lo girabas demasiado deprisa se atascaba. Si lo hacías demasiado despacio, las patillas no quedaban bien cogidas. Con las columnas de dieciséis patillas, encontrar el punto de equilibrio era una pura cuestión de intuición y estilo. Josef cerró los ojos. Oyó el alambre de la ganzúa zumbándole en los dedos.

Con un chasquido metálico satisfactorio, el cerrojo se abrió. Kornblum asintió, se puso de pie y se desperezó.

—Puedes quedarte las herramientas —dijo.

Por lento que le pudiera resultar a Josef el avance de las clases con *herr* Kornblum, a Thomas Kavalier le parecía diez veces más lento. La interminable manipulación de cerrojos y nudos que Thomas presenciaba secretamente, noche tras noche, bajo la luz tenue de la lámpara del dormitorio que los chicos compartían, le resultaba mucho menos interesante que las aficiones previas de Josef a los trucos con monedas y la prestidigitación con cartas.

Thomas Masaryk Kavalier era un muchacho diminuto y nervioso con una espesa mata de pelo negro. Cuando era muy pequeño, se había manifestado en él el cromosoma musical de su familia materna. A los tres años regocijaba a las visitas con

arias largas y tempestuosas cantadas en italiano macarrónico. Durante unas vacaciones familiares en Lugano, cuando tenía ocho años, se descubrió que había aprendido bastante italiano de verdad con la lectura de sus *libretti* favoritos como para ser capaz de conversar con los camareros del hotel. Convocado constantemente para actuar en las producciones de su hermano, posar para sus dibujos y servir de coartada de sus mentiras, le había cogido gusto al teatro. En un cuaderno pautado había escrito recientemente las primeras líneas del libreto de una ópera, *Houdini*, ambientada en un Chicago fabuloso. Pero aquel proyecto tenía la dificultad de que nunca había visto actuar a un escapista. En su imaginación, las hazañas de Houdini eran mucho más grandiosas que nada de lo que pudiera haber imaginado el antes llamado Erich Weiss: saltos con armadura desde aeroplanos en llamas sobrevolando África y evasiones del interior de bolas huecas lanzadas desde cañones submarinos a guaridas de tiburones. La entrada de Josef, aquella mañana en el desayuno, en el territorio antaño ocupado por el gran Houdini, marcó un gran día en la infancia de Thomas.

En cuanto sus padres se marcharon —la madre a su oficina en Narodny; el padre a coger un tren para Brno, en donde lo habían llamado para tratar a la hija enferma de gigantismo del alcalde— Thomas no paró de hacerle preguntas a Josef acerca de aquella cuestión de Houdini y sus mejillas.

—¿Podía meterse una moneda de dos coronas? —preguntó. Estaba en su cama, tendido boca abajo, mirando cómo Josef devolvía la llave dinamométrica a su valija especial.

—Sí, pero cuesta imaginar por qué habría de querer hacerlo.

—¿Y una caja de cerillas?

—Supongo que sí.

—¿Cómo las habría mantenido secas?

—A lo mejor podría haberlas envuelto en hule.

Thomas se palpó la mejilla con la punta de la lengua. Experimentó un escalofrío:

—¿Qué otras cosas te dice *herr* Kornblum que te metas ahí?

—Me estoy entrenando para ser escapista, no para ser una bolsa de viaje —dijo Josef en tono irritado.

—¿Vas a hacer alguna fuga de verdad?

—Me falta menos cada día.

—¿Y entonces podrás entrar en el club Hofzinsler?

—Ya veremos.

—¿Cuáles son los requisitos?

—Te tienen que invitar.

—¿Tienes que haber burlado a la muerte?

Josef puso los ojos en blanco y se arrepintió de haberle hablado a Thomas del

Hofzinsler. Era un club privado para hombres, ubicado en una antigua posada en una de las calles más retorcidas y decadentes del Stare Mesto, que combinaba las funciones de cantina, asociación benéfica, gremio artesanal y sala de ensayo para los profesionales de la magia de Bohemia. *Herr* Kornblum cenaba allí casi todas las noches. Josef se imaginaba que el club no solamente era la única fuente de compañerismo y charla para su taciturno profesor sino también una verdadera galería de prodigios, un depósito viviente de la sabiduría acumulada durante siglos de prestidigitación e ilusionismo en una ciudad que había dado algunos de los faquires, charlatanes y hechiceros más importantes de la historia. Josef se moría de ganas de que le invitaran a unirse. De hecho, aquel deseo había sido el objetivo secreto de todos sus pensamientos ociosos (un papel que poco después iba a ser usurpado por su institutriz, la señorita Dorothea Horne). En parte, la razón de que le irritaran tanto las preguntas insistentes de Thomas era que su hermano había adivinado la preeminencia constante del club Hofzinsler en sus pensamientos. A su vez, la mente de Thomas estaba llena de visiones bizantinas y atestadas de huríes e higos confitados, en las que hombres con chaqué y pantalones de pachá deambulaban por el interior sombrío y con las vigas de madera al descubierto del hotel de Stupartská, con la parte superior del torso separada de la inferior y haciendo aparecer leopardos y aves lira de la nada.

—Estoy seguro de que cuando llegue el momento me invitarán.

—¿Cuándo tengas veintiún años?

—Tal vez.

—Pero ¿y si hicieras algo para demostrarles...?

Aquello era un eco de los propios pensamientos privados de Josef. Se balanceó en su cama, se inclinó hacia adelante y se quedó mirando a Thomas:

—¿Como por ejemplo?

—Si les enseñaras que sabes librarte de cadenas, abrir cerrojos, contener la respiración, desatar cuerdas...

—Todo eso es fácil. Esas cosas se pueden aprender en la cárcel.

—Bueno, pues si hicieras algo realmente grandioso, no sé. Algo que los dejara asombrados.

—Una fuga.

—Podríamos tirarte de un avión atado a una silla, con el paracaídas atado a otra silla y cayendo por el aire. Así. —Thomas se levantó de la cama y fue a su escritorio, sacó el cuaderno azul en el que estaba componiendo *Houdini* y lo abrió por una de las últimas páginas, en donde estaba bosquejando la escena. Ahí estaba Houdini con su esmoquin, cayendo por el aire de un avión torcido en compañía de un paracaídas, dos sillas, una mesa y un juego de té, todo ello dejando tras de sí unos garabatos que representaban la velocidad. El mago sonreía y le servía un té al paracaídas. Parecía pensar que tenía todo el tiempo del mundo.

—Menuda idiotez —dijo Josef—. ¿Qué sé yo de paracaídas? ¿Y quién me va a querer tirar desde un avión?

Thomas se ruborizó.

—He sido un crío —dijo.

—No pasa nada —dijo Josef. Se puso de pie—. ¿No estabas jugando hace un momento con los trastos viejos de papá, con sus cosas de la facultad de medicina?

—Están aquí —dijo Thomas. Se dejó caer al suelo y se metió debajo de la cama. Al cabo de un momento apareció un cajón de madera cubierto de telas de araña polvorientas y con la tapa sujeta con alambres retorcidos.

Josef se arrodilló y levantó la tapa, revelando extraños componentes de aparatos y suministros médicos que habían sobrevivido a la instrucción médica de su padre. Perdidos en una piscina de virutas de madera, había un matraz Erlenmeyer, un tubo de cristal con forma de pera y tapón de vidrio, un par de pinzas de crisol, la caja forrada de piel que contenía lo que quedaba de un microscopio Zeiss portátil (estropeado mucho tiempo atrás por Josef, que una vez había intentado usarlo para ver mejor el trasero de Pola Negri en una foto borrosa en bañador recortada de un periódico), y unos cuantos objetos extraños.

—¿Thomas?

—Estoy bien. No tengo claustrofobia. Me podría pasar semanas enteras aquí.

—¿No había...? —Josef escarbó en el montón de despojos oxidados— ¿No teníamos antes...?

—¿El qué? —Thomas salió de debajo de la cama.

Josef encontró una vara de cristal larga y reluciente y la blandió tal como habría hecho Kornblum.

—Un termómetro —dijo.

—¿Para qué? ¿Qué temperatura vas a tomar?

—La del río —dijo Josef.

A las cuatro de la madrugada del viernes 27 de septiembre de 1935, la temperatura del agua del río Moldava, negro como una campana de iglesia y resonando contra el muro de contención en el extremo norte de la isla de Kampa, era de 22,2 °C. Era una noche sin luna y sobre el río flotaba una niebla que parecía un velo extendido por la mano de un hechicero. Un viento afilado agitaba las vainas que colgaban de las ramas desnudas de las acacias de la isla. Los hermanos Kavalier habían venido preparados para el frío. Josef los había vestido de lana de los pies a la cabeza, con dos pares de calcetines cada uno. En la espalda llevaba una mochila con un trozo de cuerda, una cadena, el termómetro, media salchicha de ternera, un candado y una muda limpia con dos pares de calcetines para él. También llevaba un brasero portátil de aceite, prestado por un amigo de la escuela cuya familia practicaba el alpinismo. Aunque no planeaba pasar mucho tiempo en el agua —no más de un

minuto y veintisiete segundos según sus cálculos—, había estado practicando en la bañera llena de agua fría y sabía que, incluso en la atmósfera recalentada por el vapor del baño, uno tardaba varios minutos en librarse del frío.

Thomas Kavalier no se había levantado tan temprano en toda su vida. Nunca había visto las calles de Praga tan vacías ni las fachadas tan a oscuras, como una hilera de faroles con las mechas apagadas. Las esquinas que conocía, las tiendas, los leones labrados de una balaustrada frente a la cual pasaba cada día para ir al colegio, todo resultaba extraño y misterioso. La luz flotaba en forma de vapor pálido en torno a las farolas y las esquinas estaban inundadas de sombras. No podía evitar imaginar que si se giraba vería a su padre persiguiéndolos en camisón y zapatillas. Josef caminaba deprisa y Thomas tenía que apresurarse para no perderlo de vista. El aire frío le quemaba las mejillas. Varias veces, y por razones que a Thomas no le quedaron claras, se detuvieron para ocultarse en un portal o refugiarse tras el guardabarros prominente de un Skoda aparcado. Pasaron delante de la puerta trasera abierta de una panadería y Thomas se quedó momentáneamente abrumado por tanta blancura: una pared de azulejos blanca, un hombre pálido vestido todo de blanco, una nube de harina flotando sobre una montaña de masa de pan de color blanco brillante. Para asombro de Thomas, a aquella hora había toda clase de gente: proveedores, taxistas, dos borrachos cantando e incluso una mujer cruzando el Puente de Carlos con un abrigo largo y negro, fumando y murmurando para sí misma. Y policías. Se vieron obligados a esconderse de dos de ellos en su camino a Kampa. Thomas era un niño que cumplía la ley con satisfacción y que tenía una buena opinión de la policía. También le tenía miedo. Su idea de las cárceles y los calabozos estaba muy influida por su lectura de Dumas y no le cabía ninguna duda de que los niños eran sepultados en ellas sin compasión.

Empezaba a arrepentirse de haber ido. Deseaba que nunca se le hubiera ocurrido la idea de que Josef demostrara su valía a la gente del club Hofzinsler. No es que dudara de la capacidad de su hermano. Aquello nunca se le habría ocurrido. Simplemente tenía miedo: de la noche, de las sombras, de la oscuridad, de la policía, de la ira de su padre, de las arañas, de los atracadores, de los borrachos, de las mujeres con abrigo y, sobre todo, aquella mañana, del río, más negro que ninguna otra cosa en Praga.

Por su parte, Josef solamente tenía miedo de que lo detuvieran. No de que lo cogieran: no podía haber nada ilegal, consideró, en atarse a uno mismo y luego intentar salir nadando de un saco para la colada. No creía que ni la policía ni sus padres vieran la idea con simpatía —sospechaba que incluso lo podían denunciar por nadar en el río fuera de temporada— pero no temía el castigo. Simplemente no quería que nada le impidiera realizar su fuga. Tenía muy poco tiempo. Ayer le había enviado por correo una invitación al presidente del club Hofzinsler:

Los honorables miembros del club Hofzinser
están cordialmente invitados
a presenciar una nueva hazaña de autoliberación
de ese prodigio del escapismo
CAVALIERI
en el Puente de Carlos,
el domingo 29 de septiembre de 1935
a las cuatro y media de la madrugada

El texto le gustaba, pero solamente le quedaban dos días para prepararse. Durante las dos semanas anteriores había estado forzando cerrojos con las manos metidas en el lavabo lleno de agua fría y soltándose de sogas y abriendo cadenas en la bañera. Aquella noche intentaría su «hazaña de autoliberación» en la orilla de la isla de Kampa. Dos días más tarde, haría que Thomas lo empujara por encima de la reja del Puente de Carlos. No le cabía ninguna duda de que sería capaz de realizar el truco con éxito. Aguantar la respiración durante un minuto y medio no le suponía ninguna dificultad. Gracias al entrenamiento de Kornblum podía pasar casi el doble de tiempo sin aire. Veintidós grados centígrados era una temperatura inferior a la del agua de las tuberías de su casa, pero no planeaba pasar mucho tiempo sumergido. Llevaba una cuchilla para cortar el saco escondida entre dos capas de la suela del zapato izquierdo. La llave dinamométrica de Kornblum y una ganzúa en miniatura que Josef había fabricado con el filamento de alambre de la escoba de un barrendero permanecían tan bien acomodadas en el interior de sus mejillas que apenas era consciente de su presencia. Consideraciones como el impacto de su cabeza en el agua o en uno de los pilares de piedra del puente, su miedo escénico paralizante delante un público tan eminente o hundirse irremisiblemente no interferían con su idea fija.

—Estoy listo —dijo, dándole el termómetro a su hermano. Estaba como un carámbano cuando Thomas lo cogió—. Vamos a meterme en el saco.

Cogió el saco para la colada que había robado del armario de su ama de llaves, lo abrió y metió las piernas en la boca del mismo como haría con unos pantalones. Luego cogió la cadena que Thomas le ofrecía y se la enrolló varias veces alrededor de los tobillos y entre los mismos antes de unir los extremos con un pesado candado Rätzel que le había comprado a un ferretero. Luego le tendió las muñecas a Thomas, que, siguiendo sus órdenes, las unió con la cuerda y luego las ató fuertemente con un nudo y un par de lazos. Josef se puso en cuclillas y Thomas le cinchó el saco por encima de la cabeza.

—El domingo tendrás que poner cadenas y cerrojos en el cierre del saco —dijo Josef, con una voz amortiguada que angustió a su hermano.

—Pero ¿entonces cómo saldrás? —Al chico le temblaron las manos. Se volvió a poner sus guantes de lana.

—Son para impresionar. No voy a salir por ahí. —El saco se infló de repente y Thomas dio un paso atrás. Dentro del saco, Josef estaba inclinado hacia adelante, con los brazos extendidos y palpando el suelo. El saco se volcó—. ¡Oh!

—¿Qué ha pasado?

—Estoy bien. Llévame hasta el agua.

Thomas miró el bulto amorfo que tenía en los pies. Parecía demasiado pequeño para ser su hermano.

—No —dijo él, sorprendiéndose a sí mismo.

—Thomas, por favor. Eres mi ayudante.

—No lo soy. Ni siquiera salgo en la invitación.

—Lo siento —dijo Josef—. Me he olvidado. —Esperó—. Thomas, me disculpo sinceramente y de todo corazón por mi descuido.

—Vale.

—Ahora llévame al agua.

—Tengo miedo. —Thomas se arrodilló y empezó a abrir el saco. Era consciente de estar traicionando la confianza de su hermano y el espíritu de la misión, y le dolía, pero no podía evitarlo—. Tienes que salir de ahí ahora mismo.

—No me va a pasar nada —dijo Josef—. Thomas. —Tumbado de espaldas y mirando por la boca reabierta del saco, Josef negó con la cabeza—. Estás actuando de forma ridícula. Vamos, ciérralo otra vez. ¿Qué pasa con el club Hofzinsler, eh? ¿No quieres que te lleve a cenar allí?

—Pero...

—Pero ¿qué?

—El saco es demasiado pequeño.

—¿Qué?

—Está muy oscuro. Está demasiado oscuro, Josef.

—Thomas, ¿de qué estás hablando? *Come on, Tommy boy* —añadió en inglés. Así era como lo llamaba la señorita Horne—. Cenar en el club Hofzinsler. Danza del vientre. Delicias turcas. Los dos solos, sin papá ni mamá.

—Sí, pero...

—Hazlo.

—¿Josef! ¿Te está sangrando la boca?

—¡Mierda, Thomas, cierra el puñetero saco!

Thomas retrocedió. Rápidamente se inclinó, cerró el saco y arrastró a su hermano hasta el río. El ruido del saco al caer en el agua lo asustó y rompió a llorar. Por la superficie del agua se extendió un óvalo enorme de ondas concéntricas. Durante un instante frenético, Thomas caminó de un lado a otro del muro de contención, oyendo todavía el estruendo del agua. Tenía los bajos de los pantalones empapados y le entraba agua fría por las lengüetas de los zapatos. Acababa de tirar a su propio

hermano al río, de ahogarlo como a una camada de gatos.

Lo siguiente que supo Thomas es que estaba en el Puente de Carlos, corriendo entre las estatuas, rumbo a casa, a la comisaría y a la celda en la que ahora él mismo tenía ganas de meterse. Pero cuando pasaba por delante de San Cristóbal le pareció oír algo. Corrió al parapeto del puente y se asomó. Distinguió la mochila de alpinista sobre el muro de contención y el resplandor tenue del brasero. La superficie del río permanecía intacta.

Thomas bajó corriendo hasta la escalera que llevaba a la isla. Al pasar por el bolardo redondo que remataba la escalera, el ruido de la palma de su mano contra el mármol pareció exhortarlo a que se enfrentara con el agua negra. Bajó los escalones de piedra de dos en dos, cruzó la plaza vacía a toda velocidad, se deslizó por el muro de contención y se hundió de cabeza en el Moldava.

—¡Josef! —gritó antes de que se le llenara la boca de agua.

Todo aquel tiempo, Josef, ciego, amarrado y atontado por el frío, intentaba exasperado aguantar la respiración mientras, uno tras otro, los distintos pasos de su truco iban saliendo mal. Al tenderle las manos a Thomas, había cruzado las muñecas a la altura de la articulación y después de ser atado había acomodado la parte blanda de ambas manos, pero la cuerda parecía haberse contraído en el agua, consumiendo la media pulgada necesaria para la maniobra. Presa de un pánico que nunca habría imaginado, sintió que se esfumaba casi un minuto antes de liberarse las manos. Aquel triunfo lo tranquilizó un poco. Se sacó de la boca la llave y la ganzúa y, cogiéndolos con cuidado, buscó a tientas la cadena que le ataba las piernas. Kornblum ya le había avisado acerca de lo duro que iba aquel cerrojo casero, pero ahora se quedó perplejo al ver que la llave dinamométrica se doblaba como el tallo de una hoja y se le escapaba de los dedos. Tenía las yemas de los dedos entumecidas por el frío y solamente gracias a una vibración afortunada del alambre logró acertar en las patillas, accionar las clavijas de arrastre y hacer girar el cerrojo. El mismo entumecimiento le fue de mucha más utilidad cuando, al buscarse la cuchilla en el zapato, se hizo un corte en la yema del índice de la mano derecha. Aunque no veía nada, notó un hilo de sangre en la sustancia oscura y resonante que lo rodeaba.

Tres minutos y medio después de tirarse al río, pataleando con sus zapatones y sus dos pares de calcetines, salió a la superficie. Solamente los ejercicios de respiración de Kornblum y un milagro de aclimatación le habían impedido soltar hasta la última gota de aire de sus pulmones en el momento de caer al agua. Jadeando, trepó por el muro de contención y gateó hacia el brasero susurrante. El olor a petróleo era como el olor a pan caliente y a pavimento en un verano templado. Tragó aire a carretadas. El mundo entero parecía entrarle por los pulmones: los árboles retorcidos, la niebla, las farolas que parpadeaban a lo largo del puente, una luz encendida en la vieja torre de Kepler del Klementinum. De pronto se sintió

enfermo y escupió algo amargo, repulsivo y caliente. Se secó los labios en la manga empapada de la camisa de lana y se sintió un poco mejor. Luego se dio cuenta de que su hermano había desaparecido. Temblando, se puso de pie, con las ropas pesándole como cadenas, y vio a Thomas a la sombra del puente, debajo de la figura esculpida de Bruncvik, dando manotazos torpes al agua, intentando dar brazadas, jadeando y ahogándose.

Josef volvió al agua. Estaba tan fría como antes pero esta vez no pareció notarlo. Mientras nadaba sintió algo que le agarraba, que se aferraba a sus piernas y trataba de hundirlo. No era más que la fuerza de la gravedad o la corriente del Moldava pero en aquellos momentos Josef tuvo la impresión de que lo estaba agarrando la misma sustancia repugnante que había escupido sobre la arena.

Cuando Thomas vio que Josef se le acercaba chapoteando rompió a llorar.

—Sigue llorando —dijo Josef, pensando que lo esencial era respirar y que llorar no dejaba de ser una forma de respiración—. Eso es bueno.

Josef pasó un brazo por la cintura de su hermano, luego intentó arrastrar a ambos, a Thomas y a sí mismo con todo su peso, de vuelta al muro de contención de Kampa. Mientras chapoteaban y forcejeaban en medio del río, no dejaron de hablar, aunque más tarde ninguno de los dos recordaría sobre qué habían estado conversando. Fuera lo que fuera, después a los dos les parecería que había sido algo tranquilo y ocioso, como cuando hablaban en cuchicheos antes de quedarse dormidos. En un momento dado Josef se dio cuenta de que notaba los brazos y las piernas templados, incluso calientes, y de que se estaba ahogando. Lo último que percibió de forma consciente fue a Bernard Kornblum avanzando por el agua en dirección a ellos, con la barba poblada atada en una redecilla para el pelo.

Josef se despertó una hora más tarde en su cama. Thomas necesitó dos días más para revivir. Durante la mayor parte de ese tiempo nadie, y menos todavía sus padres médicos, creyeron que fuera a despertar. Nunca volvió a ser el mismo. No soportaba el agua fría y le quedó un catarro perpetuo. Asimismo, tal vez debido al daño sufrido en los oídos, perdió el gusto por la música. El libreto de *Houdini* quedó abandonado.

Las lecciones de magia quedaron interrumpidas a petición de Bernard Kornblum. Durante las difíciles semanas que siguieron a aquella aventura, Kornblum se comportó con corrección y preocupación modélicas, llevó juguetes y pasatiempos a Thomas, intercedió en favor de Josef ante los Kavalier y cargó con toda la culpa. Los doctores Kavalier creyeron la versión de sus hijos de que Kornblum no había tenido nada que ver con el incidente, y como había salvado a los chicos de ahogarse, se mostraron más que dispuestos a perdonarlo. Josef se sentía tan arrepentido y mortificado que sus padres incluso se manifestaron dispuestos a permitirle que continuara sus estudios con el viejo y menesteroso mago, que ciertamente no podía permitirse perder un alumno. Pero Kornblum les dijo que ya no tenía nada más que

hacer con Josef. Nunca había tenido un discípulo con tanto talento, pero no había conseguido transmitirle su disciplina, que en realidad constituía la única posesión de un escapista. No les contó lo que ahora creía privadamente: que Josef era uno de aquellos muchachos desafortunados que se convierten en escapistas para demostrar la capacidad asombrosa de sus cuerpos enfrentados a artimañas descabelladas y a las leyes de la física, pero por razones peligrosamente metafóricas. Personas que se sienten aprisionadas por cadenas invisibles: emparedados, envueltos en telas de lona. Nunca había una hazaña de autoliberación que ellos consideraran la última.

Kornblum no pudo, sin embargo, resistir la tentación de hacerle una última crítica a su antiguo alumno acerca de su actuación de aquella noche:

—Nunca te preocupes del sitio del que te escapas —le dijo—. Reserva tu preocupación para el sitio al que te escapas.

Dos semanas después del desastre de Josef, y con Thomas ya recuperado, Kornblum se presentó en el piso del Graben para llevar a los hermanos Kavalier a cenar en el club Hofzinsler. Resultó ser un lugar bastante normal, con un comedor apretado y mal iluminado que olía a hígado y a cebolla. Había una pequeña biblioteca llena de tomos apolillados acerca de engaños y falsificaciones. En el salón, una chimenea eléctrica proyectaba un brillo nimio sobre una serie de sillones desperdigados, tapizados con velvetón gastado, unas cuantas macetas con palmeras y árboles de plástico polvorientos. Un anciano camarero llamado Max hizo que un puñado de golosinas viejas cayeran desde su pañuelo al regazo de Thomas. Sabían a café quemado. Los magos, por su parte, apenas levantaron la mirada de sus tableros de ajedrez y de sus partidas silenciosas de bridge. Si les faltaban caballos o torres empleaban cartuchos de escopeta usados y montoncitos de *kreuzers* de antes de la guerra. Sus naipes estaban ajados por los años de pliegues, muescas y ocultamientos que les habían infligido los tahúres. Como ni Kornblum ni Josef tenían talento para la conversación, recayó en Thomas la responsabilidad de hablar en la mesa, que él asumió obedientemente hasta que uno de los miembros del club, un viejo nigromante que cenaba solo en la mesa de al lado, le dijo que se callara. A las nueve en punto, tal como había prometido, Kornblum llevó a los chicos a su casa.

CUATRO

Después de haber estado haciendo espeleología con sus linternas eléctricas en las vigas de la Vieja Nueva Sinagoga, la Altneuschul, los dos jóvenes profesores alemanes finalmente se marcharon decepcionados. Porque resultó que el altillo que había bajo el tejado escalonado de la vieja sinagoga gótica era un cenotafio. Hacia finales del siglo XIX, los padres de la ciudad de Praga habían decidido «sanear» el antiguo gueto. Durante un momento en que el destino de la Altneuschul había parecido incierto, los miembros del Círculo Secreto habían hecho las disposiciones para que su contenido fuera trasladado de su antiguo lecho, situado bajo un montón de devocionarios decomisados en el altillo de la sinagoga, a una habitación de un bloque de apartamentos cercano, construido poco tiempo antes por un miembro del Círculo que en su vida pública era un exitoso especulador en bienes inmuebles. Después de aquel momento de desacostumbrada actividad, sin embargo, el Círculo volvió a la inercia y la desorganización propias del gueto. El traslado, que se suponía que tenía que ser temporal, por alguna razón acabó siendo permanente, aun cuando había quedado claro que la Altneuschul iba a ser respetada. Unos años más tarde, el viejo *yeshiva* que tenía en su biblioteca el registro del traslado la palmó y el diario donde estaba el registro se perdió. Como resultado, el Círculo solamente pudo proporcionarle a Kornblum una ubicación aproximada del Gólem, ya que el número actual del apartamento en donde lo habían escondido estaba olvidado o era objeto de controversia. Lo más vergonzoso era que ninguno de los miembros actuales del Círculo recordaba haber visto al Gólem con sus ojos desde 1917.

—¿Entonces para qué trasladarlo otra vez? —le había preguntado Josef a su viejo profesor mientras ambos permanecían frente al edificio *art nouveau*, embadurnado con el hollín acumulado durante mucho tiempo, al que los habían remitido. Josef dio un tirón nervioso a su barba falsa, que le picaba en la barbilla. También llevaba bigote y peluca, todo de color rojo y de buena calidad, y unas gruesas gafas de concha redondas. Al mirarse aquella mañana en el espejo de Kornblum, vestido con el traje de tweed Harris comprado para su viaje a América, se había llevado la impresión de pasar muy bien por escocés. Le resultaba menos claro por qué el parecer escocés iba a hacer que pasara desapercibida la misión que él y Kornblum iban a emprender. Como muchos novatos en el arte del disfraz, se sentía exactamente igual de llamativo que si fuera desnudo o llevara un cartel con su nombre e intenciones escritos.

Miró a un lado y al otro de la Nicholasgasse, con el corazón aporreándole las costillas como un abejorro golpea una ventana. En los diez minutos que habían tardado en llegar desde la habitación de Kornblum, Josef se había cruzado tres veces con su madre, o mejor dicho se había cruzado con tres mujeres desconocidas cuyo parecido momentáneo con su madre lo había dejado sin aliento. Se acordó del verano

anterior (después de uno de los episodios que él imaginaba que habían roto su joven corazón), cuando, cada vez que salía para ir a la escuela, al Club Alemán de Tenis sobre Hierba situado debajo del Puente de Carlos o a nadar en la Militärschwimmschule o la Civilschwimmschule, la posibilidad constante de encontrar a una tal *fraulein* Felix había convertido todas las esquinas y portales en escenarios potenciales de vergüenza y humillación. Sin embargo, ahora era él quien había traicionado las esperanzas de otros. Estaba seguro de que si llegara a cruzarse con su madre, ella sería capaz de reconocerlo a pesar de las falsas patillas.

—Si ni siquiera ellos lo encuentran, ¿quién iba a hacerlo?

—Estoy seguro de que ellos lo pueden encontrar —le dijo Kornblum. Se había recortado la barba, quitándose aquel borbotón de color rojo cobre que, como descubrió Josef con sorpresa, había llevado durante años. Llevaba gafas sin montura, se tapaba la cara con un sombrero negro de ala ancha y se apoyaba con gran realismo en un bastón de roten. Kornblum había sacado los disfraces de las profundidades de su maravilloso arcón chino, pero le aseguró que originalmente habían sido propiedad de Harry Houdini, que había sido usuario frecuente y experto de disfraces en la cruzada que mantuvo toda su vida para embaucar y desenmascarar a médiums falsos —. Supongo que lo que se teme es que tarde o temprano —sacó su pañuelo y tosió en él— van a tener que intentarlo.

Kornblum le explicó al superintendente del edificio, dando un par de nombres falsos y mostrando credenciales y referencias cuya fuente Josef nunca fue capaz de averiguar, que los enviaba el Consejo Judío (una organización pública sin relación con el Círculo Secreto del Gólem aunque en algunos casos co-constituyente con el mismo) para inspeccionar el edificio como parte de un programa para seguir el rastro de los movimientos de los judíos que entraban en Praga y que vivían en ella. De hecho, aquel programa existía, con carácter semivoluntario y emprendido con el terror que caracterizaba todos los tratos del Consejo Judío con el Reichsprotektorat. Los judíos de Bohemia, Moravia y los Sudetes estaban siendo concentrados en la ciudad, mientras que a los judíos de Praga los expulsaban de sus casas y los metían en vecindarios segregados, a menudo hacinando a dos o tres familias en un solo piso. La confusión resultante hacía que al Consejo Judío le resultara difícil proporcionar al protectorado la información precisa que exigía continuamente. De ahí la necesidad de un censo. El superintendente del edificio en donde dormía el Gólem, que el protectorado había designado para ser habitado por judíos, no encontró nada cuestionable en su historia ni en sus documentos y los dejó entrar sin sospechar nada.

Empezando por arriba y descendiendo los cinco pisos hasta la planta baja, Josef y Kornblum llamaron a todas las puertas del edificio, mostraron sus credenciales y apuntaron cuidadosamente los nombres y parentescos. Con tanta gente apiñada en cada piso, y tantos de ellos despedidos de sus empleos, había pocas puertas que no

respondieran en pleno día. En algunos pisos, los habitantes habían establecido acuerdos estrictos o bien existía un tejido feliz de temperamentos que aseguraba el orden, la felicidad y la limpieza. Pero en su mayor parte, las familias no parecían haberse mudado juntas sino más bien haber colisionado, con un impacto que había arrojado en todas direcciones los libros de la escuela, revistas, medias, pipas, zapatos, periódicos, velas, quincalla, bufandas, maniqués de sastre, vajilla y fotografías enmarcadas, esparciéndolo todo por unas habitaciones que tenían el aire provisional del almacén de una casa de subastas. En muchos apartamentos el mobiliario estaba descabelladamente duplicado y triplicado: hileras de sofás como bancos de iglesia, las suficientes sillas desiguales como para montar un café grande, un crecimiento selvático de lámparas de araña colgando de los techos, arboledas de lámparas de pie y relojes colocados unos junto a otros en la repisa de la chimenea, disputándose la hora. De forma inevitable surgían conflictos semejantes a guerras fronterizas. Para marcar las fronteras de los conflictos y las treguas se extendían cuerdas con ropa tendida. Se establecían duelos de aparatos de radio sintonizados en emisoras distintas, con los volúmenes belicosamente subidos al máximo. En aquellas circunstancias, escaldar un cazo de leche, freír un arenque ahumado u olvidarse de cambiar un pañal sucio podían tener un valor estratégico incalculable. Había historias de familias enteras sumidas en silencios hostiles que se comunicaban por medio de notas insultantes. En tres ocasiones, la simple pregunta de Kornblum por el parentesco entre los ocupantes de un piso desencadenó griteríos amargos acerca de los grados de vinculación o disputas testamentarias que en un caso estuvieron a punto de acabar con un puñetazo. En ninguno de aquellos interrogatorios circunspectos a maridos, mujeres, tíos abuelos y abuelas se mencionó a un misterioso inquilino o una puerta que nunca se abriera.

Cuando después de cuatro horas de farsa tediosa y deprimente el señor Krumm y el señor Rosenblatt, representantes del Comité de Censos del Consejo Judío de Praga, terminaron su ronda por los pisos del edificio, solamente les quedaban tres por inspeccionar, todos los cuales resultaban estar en el cuarto piso. A Josef le pareció percibir desesperanza —aunque dudaba que su profesor lo hubiera admitido nunca— en el gesto encorvado del anciano.

—Tal vez —empezó a decir Josef, vaciló un momento y luego se permitió manifestar lo que le pasaba por la cabeza—, tal vez deberíamos dejarlo.

Estaba agotado por aquella farsa, y cuando salieron de nuevo a la calle, abarrotada por un tráfico vespertino de escolares, empleados y comerciantes, amas de casa con bolsas del mercado y paquetes de carne envueltos en papel, todos ellos con rumbo a sus casas, Josef se dio cuenta de que su miedo a ser descubierto, desenmascarado y reconocido por sus padres desencantados había sido reemplazado por un intenso deseo de verlos nuevamente. En cualquier momento esperaba —anhelaba— oír que su madre lo llamaba por su nombre, sentir la caricia húmeda del

bigote de su padre en la mejilla. Quedaba un resto de verano en el azul acuoso del cielo y en el aroma floral de los cuellos desnudos de las mujeres. A lo largo del día habían aparecido carteles anunciando una nueva película protagonizada por Emil Jennings, el gran actor alemán y amigo del Reich, por quien Josef sentía una admiración teñida por la culpa. Seguramente había tiempo para reagruparse, considerar la situación en el seno de la familia y preparar una estrategia menos lunática. La idea de que su plan de escape previo, por los medios convencionales de pasaportes, visados y sobornos, podía reanudarse de alguna forma y ponerse en marcha empezó a susurrarle con aire seductor.

—Tú puedes dejarlo, por supuesto —dijo Kornblum, apoyándose en su bastón con una fatiga que parecía menos fingida que por la mañana—. Yo no tengo libertad para dejarlo. Aunque no te mande a ti, mi obligación previa es la misma.

—Solamente estaba pensando que quizás he renunciado demasiado deprisa a mi otro plan.

Kornblum asintió pero no dijo nada y el silencio se contrapuso a su asentimiento hasta el punto de cancelarlo.

—Esa alternativa no existe, ¿verdad? —dijo Josef al cabo de un momento—. Entre la manera de usted y la otra manera. Si de verdad me voy a ir, tengo que hacerlo a la manera de usted, ¿verdad? ¿Verdad?

Kornblum se encogió de hombros pero su mirada no participó en el gesto. En sus ojos demacrados había un destello de preocupación:

—Esa es mi opinión profesional —dijo.

Pocas cosas en el mundo tenían más peso para Josef que aquello.

—Entonces no hay elección —dijo—. Se gastaron todo lo que tenían. —Aceptó el cigarrillo que le ofrecía el anciano—. ¿Qué quiero decir con «si de verdad me voy a ir»? —Escupió un grumo de tabaco al suelo—. Tengo que irme.

—Lo que tienes que hacer, muchacho —dijo Kornblum—, es intentar acordarte de que ya te has ido.

Fueron al Café Eldorado, se sentaron y dieron cuenta de sendos bocadillos de mantequilla y huevo, dos vasos de agua Herbert y la mayor parte de un paquete de cigarrillos Letka. Kornblum consultaba su reloj cada quince minutos, a intervalos lo bastante precisos y regulares como para que el gesto fuera superfluo. Al cabo de dos horas pagaron la cuenta, hicieron una parada en el lavabo de hombres para vaciar las vejigas y arreglar sus atuendos, luego volvieron al 26 de Nicholasgasse. Rápidamente visitaron dos de los tres pisos misteriosos, el 40 y el 41 y descubrieron que el primero pertenecía a una señora anciana que había estado echando una cabezadita la última vez que los falsos agentes del censo la habían llamado. El segundo, de acuerdo con la anciana, pertenecía a una familia llamada Zweig o Zwang que se había ido a un funeral en Zuerau o Zilina. La confusión alfabética de la mujer parecía ser parte de

una incerteza más general —salió a la puerta vestida con camisón y un solo calcetín y se dirigió a Kornblum sin razón aparente como *herr* Kapitan—, que afectaba, entre otras muchas cosas, al apartamento 42, el tercero de los pisos no inspeccionados, acerca de cuyo ocupante u ocupantes no pudo dar ninguna información. A pesar de que estuvieron llamando a la puerta del 42 durante la hora siguiente, no hubo respuesta. El misterio se acentuó cuando llamaron de nuevo a los vecinos del 43, la última puerta del cuarto piso. Aquella misma tarde, Kornblum y Josef habían hablado con el portavoz de la casa: en sus cuatro habitaciones vivían las familias de dos hermanos, con sus esposas respectivas y sus catorce hijos. Eran judíos practicantes. Igual que antes, el que salió a la puerta era el hermano mayor. Era un hombre corpulento con solideo, pellas y una barba enorme, negra y poblada que a Josef le pareció mucho más falsa que la que él llevaba. Solamente parecía dispuesto a hablar con ellos a través de un hueco de diez centímetros, con una cadena metálica de banda a banda, como si dejarlos pasar supusiera contaminar la casa o exponer a las mujeres y los niños a una influencia perjudicial. Pero su corpachón no pudo evitar que llegaran a ellos los chillidos y las risas de los niños, las voces de las mujeres y el olor a zanahorias cocidas y a cebollas dorándose en una sartén de manteca.

—¿Qué queréis de ese...? —dijo el hombre después de que Kornblum le preguntara por el apartamento 42. Pareció dudar sobre el sustantivo que iba a emplear y se interrumpió—. Yo no tengo nada que ver con ahí.

—¿Ahí? —dijo Josef, incapaz de refrenarse, aunque Kornblum le había ordenado que hiciera el papel de acompañante silencioso—. ¿Qué hay ahí?

—No tengo nada que decir —la cara larga del hombre, un tallador de joyas con unos ojos azules tristes y exoftálmicos, pareció contraerse de disgusto—. Por lo que a mí respecta ese apartamento está vacío. No le presto atención. No os puedo decir ni una palabra. Si me perdonáis.

Cerró de un portazo. Josef y Kornblum se miraron.

—Es el 42 —dijo Josef mientras se metían en el ascensor traqueteante.

—Lo averiguaremos —dijo Kornblum—. Me pregunto si será ahí.

De vuelta a su habitación, pasaron delante de un cubo de basura y Kornblum tiró el fajo de papeles de copia sujetos con un clip en donde él y Josef habían anotado y numerado a los ocupantes del edificio. Antes de avanzar una docena de pasos, sin embargo, Kornblum se detuvo, dio media vuelta y regresó. Con gesto hábil, se levantó la manga y metió la mano en el cubo oxidado. Su cara adoptó una expresión transida y estoica mientras palpaba la basura desconocida que llenaba el cubo. Al cabo de un momento volvió a sacar la lista, ahora manchada de una sustancia verde y asquerosa. El fajo tenía por lo menos dos centímetros de grosor. Con un tirón de sus brazos nervudos, Kornblum lo rompió limpiamente por la mitad. Juntó las dos mitades, las rompió nuevamente en cuartos y rompió los cuartos en octavos. Su

semblante permaneció neutro, pero con cada división el fajo de papeles se volvía más grueso, la fuerza necesaria para romperlo aumentaba consecuentemente y Josef notaba una rabia acumulada en Kornblum mientras rompía en pedacitos el inventario con los nombres y edades de todos los judíos que vivían en el 26 de Nicholasgasse. Luego, con una sonrisa gélida de artista del espectáculo, dejó caer una lluvia de pedacitos en el cubo, como si fueran las monedas del famoso truco de prestidigitación de la Lluvia de Oro.

—Me da asco —dijo, pero a Josef no le quedó claro, ni entonces ni después, a qué o a quién se refería: a la artimaña en sí, a las fuerzas de ocupación que la hacían posible, a los judíos que se sometían a ella sin resistirse o a sí mismo por haberla perpetrado.

Ya pasada la medianoche, después de una cena a base de queso seco, eperlano enlatado y pimientos rojos, y de pasar la sobremesa escuchando a tres bandas las noticias discrepantes de la Rundesfunk, Radio Moscú y la BBC, Kornblum y Josef regresaron a la Nicholasgasse. La extravagante puerta principal, una gruesa lámina de cristal con un marco de hierro forjado en forma de lirios que caían con languidez, estaba cerrada con llave, pero naturalmente aquello no supuso ninguna dificultad para Kornblum. En menos de un minuto estuvieron dentro y subieron la escalera hasta el cuarto piso, pisando sin ruido la alfombra gastada con las suelas de goma. Las lámparas de aplique tenían temporizadores mecánicos y ya hacía rato que las habían apagado. Mientras subían, un silencio aplastante emanaba de las paredes de la escalera y de los pasillos, tan sofocante como un olor pestilente. Josef avanzó a tientas, vacilando y escuchando el susurro de los pantalones de su maestro, pero Kornblum se movía con seguridad en la oscuridad. No se detuvo hasta llegar a la puerta del 42. Prendió el encendedor, cogió el pomo de la puerta y se arrodilló, usando el pomo para mantener el equilibrio. Le pasó el encendedor a Josef. Estaba muy caliente. Se puso todavía más caliente mientras Josef lo mantenía encendido para que Kornblum pudiera abrir la valija de las ganzúas. Con la pequeña valija abierta, Kornblum levantó la vista y dirigió a Josef una mirada interrogante, una amalgama docente de inquisición y ánimo. Dio un golpecito con la yema del dedo en las ganzúas. Josef asintió y dejó que la luz se apagara. Kornblum buscó la mano de Josef con la suya. Josef se la cogió y ayudó al anciano a levantarse con un crujido audible de huesos. Luego le dio el encendedor y se arrodilló a su vez para ver si recordaba cómo forzar una puerta.

Había dos cerrojos, uno montado en el pestillo y el segundo más arriba: un pasador. Josef eligió una ganzúa con la punta en forma de paréntesis doblado y, con un tirón de la llave dinamométrica, terminó de inmediato con la cerradura de abajo, un chisme barato de tres patillas. Palpó y accionó las patillas, buscó sus frecuencias de resonancias como si la ganzúa fuera una antena conectada al inductor tembloroso

de su mano. Pero no recibió señal. Se le habían entumecido los dedos. Primero se impacientó. Luego sintió vergüenza y se puso a resoplar y jadear entre dientes. Cuando lo dejó estar, espetando un *Scheiss*, Kornblum le puso una mano pesada en el hombro y volvió a prender el encendedor. Josef agachó la cabeza, se puso lentamente de pie y le dio la ganzúa a Kornblum. En el instante antes de que la llama del encendedor se apagara otra vez, se sintió humillado por la falta de simpatía en la expresión de Kornblum. Cuando estuviera encerrado en un cajón, dentro de un vagón de mercancías en el andén de Vilna, iba a tener que hacer un trabajo mejor.

Segundos después de que Josef le diera la ganzúa a su maestro, ya estaban dentro del apartamento 42. Kornblum cerró la puerta con suavidad detrás de ellos y encendió la luz. Solamente tuvieron tiempo de apreciar que alguien había llevado a cabo la decisión no muy acertada de decorar el alojamiento del Gólem con abundancia de sillas Luis XV, pieles de tigre y candelabros de ormolu antes de que una voz grave, cortante e irresistible les dijera:

—Manos arriba, caballeros.

La que había hablado era una mujer de unos cincuenta años, vestida con una bata de satén verde y unas pantuflas verdes a juego. Había dos mujeres más jóvenes de pie detrás de ella, con expresiones duras y quimonos ornamentados, pero era la mujer de verde la que llevaba la pistola. Al cabo de un momento, un anciano apareció en el pasillo detrás de las mujeres, con los pies enfundados en medias, los faldones de la camisa colgando y unas piernas blancas, nudosas y flacas como palos de escoba. Su cara aviesa y su nariz de patata le resultaron extrañamente familiares a Josef.

—Max —dijo Kornblum, con una cara y una voz que denotaban sorpresa por primera vez desde que Josef lo conocía. Fue entonces cuando Josef reconoció, en aquel viejo medio desnudo, al camarero que había hecho aparecer caramelos durante la única noche que él y Thomas habían pasado años atrás en el club Hofzinser. Descendiente directo, tal como se vería después, del constructor del Gólem, el rabino Judah Loew ben Bezalel, y del hombre que había recomendado a Kornblum al Círculo Secreto, el viejo Max Loeb escrutó la escena que tenía delante con los ojos entrecerrados, intentando ubicar a aquel tipo de barba gris y sombrero calado con su imperiosa voz adiestrada en el teatro.

—¿Kornblum? —aventuró por fin, y su expresión preocupada se convirtió rápidamente en una mueca de burla y conmiseración. Negó con la cabeza y le hizo una señal a la mujer de verde para que bajara el arma—. Te lo prometo, Kornblum, no lo vas a encontrar aquí —dijo. Luego añadió con una sonrisa amarga—. Llevo años viniendo a este apartamento.

A primera hora de la mañana siguiente, Josef y Kornblum se reunieron en la cocina del apartamento 42. Trudi, la más joven de las tres prostitutas, les sirvió café en tazas festoneadas de Herend. Era una chica poco atractiva, corpulenta e inteligente

que estudiaba para ser enfermera. Después de aliviar a Josef de la carga de su inocencia la noche anterior, valiéndose de un procedimiento que le había tomado menos tiempo del que esa mañana le estaba llevando hacer una cafetera, Trudi se había puesto su quimono de color cereza y se había ido al salón a estudiar un libro sobre flebotomía, dejando a Josef arropado con su cubrecama de plumón, recostado sobre la almohada limpia que todavía conservaba el olor a lilas de su nuca y de su mejilla, en la oscuridad perfumada del dormitorio y padeciendo la vergüenza de su satisfacción.

Cuando Kornblum entró en la cocina aquella mañana, su mirada y la de Josef se buscaron y se evitaron y su conversación se volvió monosilábica. Mientras Trudi estuvo en la cocina, apenas abrieron la boca. No es que Kornblum se arrepintiera de haber corrompido a su joven alumno. El mismo había frecuentado a prostitutas durante décadas y tenía una perspectiva liberal de la utilidad y del sentido del comercio sexual. Las camas de burdel eran más cómodas y olían mucho mejor que la habitación diminuta de Kornblum con su catre individual y sus tuberías ruidosas. Sin embargo sintió vergüenza, y del encogimiento culpable de los hombros de Josef y su mirada huidiza Kornblum dedujo que el joven se sentía igual.

La cocina del apartamento olía a café del bueno y a *eau de lilas*. La luz tenue del sol de octubre atravesaba la cortina de la ventana y proyectaba un entramado de sombra a través de la superficie de pino lisa de la mesa. Trudi era una chica admirable, y las articulaciones viejas y maltrechas de Kornblum parecían haber recuperado la elasticidad en brazos de su compañera de la noche anterior, *madame Willi*, la que los había apuntado con el arma.

—Buenos días —murmuró Kornblum.

Josef se ruborizó por completo. Abrió la boca para decir algo pero pareció acometerlo un ataque de tos y su respuesta quedó rota y dispersa en el aire. Habían pasado una noche de placer en un momento en que muchas cosas parecían depender de la prisa y de su sacrificio.

A pesar de la incomodidad moral, Josef había obtenido una información valiosa de Trudi.

—Ha oído hablar a unos niños —le dijo a Kornblum después de que la chica le plantara un beso con aroma a café en la mejilla, saliera arrastrando los pies de la cocina y enfilara el pasillo para recuperar su cama revuelta—. Hay una ventana en la que nunca se ve a nadie.

—Los niños —dijo Kornblum, con un asentimiento brusco de la cabeza—. Claro. —Parecía disgustado por sí mismo por haber pasado por alto aquella fuente obvia de información sorprendente—. ¿En qué piso está esa ventana misteriosa?

—No lo sabía.

—¿Y en qué lado del edificio?

—Tampoco lo sabía. Se me ha ocurrido que podemos buscar a un niño y preguntárselo.

Kornblum asintió con la cabeza. Le dio otra calada a su Letka, le dio unos golpecitos con el dedo, le dio la vuelta y examinó el simbolito en forma de avión que había impreso en el papel. De pronto se puso de pie y empezó a registrar los cajones de la cocina, mirando en todos los armarios hasta que encontró unas tijeras. Llevó las tijeras al salón dorado y allí empezó a abrir y cerrar armarios. Con movimientos suaves y precisos, inspeccionó los cajones de un aparador ornamentado que había en el comedor. Por fin, en una mesa del recibidor encontró una caja de papel de carta llena de gruesas hojas de papel de tela de color verdeazul pálido. Regresó a la cocina con el papel y las tijeras y se volvió a sentar.

—Le decimos a la gente que nos hemos olvidado de algo —dijo, doblando una hoja de papel de carta por la mitad y cortándolo con seguridad y con pulso firme. Con media docena de dobleces había compuesto el armazón triangular de un barquito de papel, como los que los niños hacían con papel de periódico—. Les decimos que tienen que poner uno de estos en todas las ventanas. Para indicar que los han contado.

—¿Un barquito? —dijo Josef—. ¿Un barquito?

—No es un barquito —dijo Kornblum. Dejó las tijeras, desplegó el pedazo de papel recortado por el pliegue central y mostró una pequeña estrella de David azul.

Josef sintió un escalofrío al verla, atemorizado por la plausibilidad de aquella norma inventada.

—No querrán hacerlo —dijo, mirando cómo Kornblum pegaba la estrella al cristal de la ventana de la cocina—. No se prestarán.

—Me gustaría pensar que tienes razón, jovencito —dijo Kornblum—. Pero necesitamos acuciantemente que te equivoques.

Al cabo de dos horas, todas las casas del edificio habían tachonado sus ventanas de azul. Por medio de aquella estratagema abyecta se redescubrió la habitación que albergaba al Gólem de Praga. Estaba en el último piso del 26 de Nicholasgasse, en la parte trasera. Su única ventana daba al patio de atrás. Como pastores mirando al cielo en los campos de la antigüedad, una generación entera de niños había desarrollado mientras jugaba una historia natural de aquellas ventanas que los contemplaban a ellos como estrellas. Con su vacío perpetuo, aquella ventana, como un planeta en fuga, había atraído su atención y había disparado su imaginación. También resultó ser la única vía simple de entrada para el anciano escapista y su protegido. Existía una puerta, o mejor dicho, había existido alguna vez, pero la habían tapiado y empapelado, sin duda en la época en que se instaló al Gólem en la habitación. Como al tejado se podía acceder fácilmente por la escalera principal, Kornblum pensó que llamarían menos la atención si se descolgaban al amparo de la oscuridad con cuerdas y entraban por la ventana que si intentaban acceder por aquella puerta.

Una vez más volvieron al edificio después de medianoche, en la tercera noche que pasaba Josef como fantasma en la ciudad. Aquella vez llegaron vestidos con trajes oscuros y sombreros de hongo y llevaron consigo unas bolsas negras de aspecto forense que les había proporcionado un miembro del Círculo Secreto que tenía un depósito de cadáveres. Con aquel atuendo funerario, Josef descendió, con una mano enguantada debajo de la otra, por una cuerda hasta la cornisa de la ventana del Gólem. Bajó mucho más deprisa de lo que había pretendido, casi hasta la altura de la ventana del piso inferior, y consiguió detener su caída con un tirón brusco que pareció arrancarle el hombro. Levantó la vista y en la oscuridad pudo distinguir el perfil de la cabeza de Kornblum, con una expresión tan inescrutable como los puños que agarraban el otro extremo de la cuerda. Josef dejó escapar un débil suspiro entre dientes y subió de nuevo a la ventana del Gólem.

Estaba cerrada con pasador, pero Kornblum le había dado un trozo de cable recio. Josef permaneció colgado con los tobillos enroscados en torno al extremo de la cuerda, agarrándose a ella con una mano mientras con la otra metía el cable por la ranura entre la hoja superior y exterior de la ventana de guillotina y la inferior e interior. La mejilla le rozaba con el ladrillo y el hombro le ardía, pero lo único que Josef tenía en mente era una oración porque estaba vez no tenía que tallar. Por fin, justo cuando el dolor en la articulación del hombro estaba empezando a interrumpir la pureza de su desesperación, Josef consiguió abrir el pasador. Palpó la hoja inferior con los dedos, la subió y se balanceó hasta entrar en la habitación. Se quedó jadeando y masajeándose el hombro. Un momento más tarde hubo un crujido de cuerda o de huesos viejos, una respiración entrecortada y las piernas largas y flacas de Kornblum entraron por la ventana abierta. El mago sacó su linterna e inspeccionó la habitación hasta encontrar un portalámparas colgando de un cable retorcido en el techo. Se inclinó sobre su bolsa de empleado de pompas fúnebres, sacó una bombilla y se la dio a Josef, que se puso de puntillas para enroscarla.

El ataúd en donde habían colocado al Gólem de Praga era la caja de pino sin adornos que prescribía la ley judía, pero era tan ancho como una puerta y lo bastante largo como para que cupieran en él dos muchachos adolescentes uno a continuación del otro. Descansaba sobre dos recios caballetes en el centro de la habitación. Después de más de treinta años, el suelo de la habitación del Gólem parecía nuevo: sin polvo, liso y resplandeciente. La pintura blanca de las paredes no tenía manchas y todavía despedía un vago aroma a emulsión fresca. Hasta aquel momento, Josef se había sentido inclinado a no tener en cuenta lo extraño del plan de fuga de Kornblum, pero ahora, en presencia de aquel ataúd enorme, en aquella habitación intemporal, sintió un cosquilleo incómodo en el cuello y los hombros. Kornblum, por su parte, se acercó al ataúd con indecisión manifiesta y extendió hacia su tapa de pino sin pulir una mano que dudó un momento antes de tocarla. Dio una vuelta con cautela en torno

al ataúd, palpó los clavos, los contó, inspeccionó su estado, el estado de las bisagras y el de los tornillos que sujetaban las bisagras.

—Muy bien —dijo suavemente, asintiendo e intentando claramente darse ánimos, igual que Josef—. Sigamos con el resto del plan.

El resto del plan de Kornblum, a cuyo punto medio acababan de llegar, era así:

En primer lugar, usando las cuerdas, sacarían el ataúd por la ventana, lo llevarían al tejado, y desde allí, haciéndose pasar por empleados de pompas fúnebres, lo bajarían por la escalera y lo sacarían del edificio. En la funeraria, en una habitación que se les había reservado, prepararían al Gólem para enviarlo por ferrocarril hasta Lituania. Empezarían por amañar el ataúd, lo cual requería sacar los clavos de un lado del ataúd y reemplazarlos por otros recortados, dejando solamente el trozo de clavo suficiente para que el lado amañado no se soltara del resto del ataúd. De aquella forma, cuando llegara el momento, Josef sería capaz de salir dando una patada sin mucha dificultad. Aplicando el sagrado principio del engaño, el siguiente paso sería equipar el ataúd con un «panel de inspección», es decir, cortar la tapa a una tercera parte de la distancia del extremo donde estaba la cabeza y ponerle a ese tercio superior un pasador, de forma que, igual que la parte superior de una puerta holandesa, pudiera abrirse por separado de la parte inferior. Aquello proporcionaría una buena vista de la cabeza y el torso del Gólem muerto, pero no de la parte del ataúd en la que Josef iría encogido. Después etiquetarían el ataúd, siguiendo todos los complejos procedimientos y reglas y pegándole todos los impresos necesarios para el transbordo de restos humanos. Los certificados de fallecimiento falsos y otros impresos requeridos se los habían dejado preparados y adecuadamente escondidos en el taller de la funeraria. Después de que el ataúd fuera preparado y documentado, lo cargarían en una carroza fúnebre y lo llevarían a la estación de ferrocarril. Mientras iba en la parte trasera de la carroza, Josef tenía que meterse en el ataúd junto con el Gólem y cerrar el panel amañado detrás de sí. En la estación, Kornblum comprobaría que el ataúd pareciera correctamente cerrado y lo dejaría a cargo de los mozos de maletas, que lo cargarían en el tren. Cuando el ataúd llegara a Lituania, Josef, a la primera oportunidad, tenía que darle una patada al panel amañado, salir del ataúd y descubrir qué destino le aguardaba en la orilla del mar Báltico.

Ahora que tenían delante los detalles concretos del truco, sin embargo —y tal como pasaba a menudo—, Kornblum se encontró con dos problemas.

—Es un gigante —dijo Kornblum, negando con la cabeza y murmurando en tono nervioso. Había arrancado los clavos de un lado de la parte superior del ataúd con la palanca en miniatura y había levantado la tapa haciendo crujir las bisagras de latón galvanizado. Se quedó mirando aquel bloque lastimoso de arcilla inocente y sin vida—. Y está desnudo.

—Es muy grande.

—Nunca conseguiremos sacarlo por la ventana. Y aunque lo consigamos, no podremos vestirlo.

—¿Por qué tenemos que vestirlo? Lleva esta ropa. Estos pañuelos judíos —dijo Josef, señalando los chales ceremoniales en que iba envuelto el Gólem. Estaban harapientos y manchados y sin embargo no despedían olor a descomposición. El único olor que Josef pudo detectar que emanaba de la carne cetrina del Gólem era demasiado débil para ponerle nombre, un olor acre y verde, que solamente más tarde lograría identificar con el hedor dulzón del Moldava en una tarde de verano en plena canícula—. ¿No se supone que a los judíos los entierran desnudos?

—De eso se trata precisamente —dijo Kornblum. Explicó que, de acuerdo con una normativa reciente, era ilegal transportar a un judío aunque estuviera muerto fuera del país sin autorización directa del Reichsprotector Von Neurath—. Tenemos que utilizar los trucos de nuestro oficio —sonrió sin mucha convicción y señaló con la cabeza las bolsas negras de la funeraria—. Maquillarle los labios y las mejillas. Taparle la calva con una peluca. Alguien va a mirar dentro del ataúd y cuando lo haga queremos que vea un gigante *goyische* muerto —cerró los ojos como imaginando lo que quería que vieran las autoridades, en caso de que ordenaran abrir el ataúd—. Preferiblemente con un buen traje.

—Los trajes más bonitos que he visto nunca —dijo Josef— los llevaba un gigante muerto.

Kornblum se lo quedó mirando, percibiendo en aquellas palabras una sugerencia que todavía no entendía.

—Alois Hora. Medía más de dos metros.

—¿El del Circo Zeletny? —dijo Kornblum—. ¿La Montaña?

—Llevaba trajes hechos en Inglaterra, en Savile Row. Unos trajes inmensos.

—Sí, sí, me acuerdo —dijo Kornblum, asintiendo—. Solía verlo bastante a menudo en el Café Continental. Unos trajes preciosos —asintió.

—Creo... —empezó Josef. Vaciló. Luego siguió— que sé dónde encontrar uno.

No era poco habitual en aquella época que un médico que trataba a pacientes glandulares guardara un ropero lleno de prodigios, con ropa interior femenina del tamaño de mantas para caballo, sombreros de fieltro no mayores que cuencos de bayas y toda clase de prodigios diversos en materia de ropa para caballeros y lo último en zapatería. Aquellos objetos, que el padre de Josef había adquirido o bien se los habían dado a lo largo de los años, habían estado guardados en un armario de su despacho en el hospital, con el propósito loable pero errado de evitar que se convirtieran en objetos de curiosidad morbosa para sus hijos. Ninguna visita al lugar de trabajo de su padre estaba completa sin que los niños hicieran por lo menos un intento de convencer al doctor Kavalier de que les dejara ver el cinturón, grueso y retorcido como una anaconda, del gigante Vaclav Sroubek, o las zapatillas como

flores de digital de la diminuta señorita Petra Frantisek. Pero después de que el doctor fuera despedido de su puesto en el hospital, junto con el resto de médicos judíos, el ropero de los prodigios había ido a parar a su casa, y su contenido, dentro de cajas selladas, había sido guardado en un armario en su estudio. Josef estaba seguro de que encontraría en ellas algunos trajes de Alois Hora.

Y así, después de vivir en Praga durante tres días como un fantasma, finalmente volvió a casa como fantasma. Ya era pasado el toque de queda y las calles estaban desiertas salvo por unos pocos sedanes largos con banderas en los guardabarros y ventanillas negras impenetrables, y, en una ocasión, un camión cargado de muchachos con abrigos grises y armas de fuego. Josef caminaba despacio y con cuidado, introduciéndose en los portales, agachándose detrás de los coches aparcados y los bancos cada vez que oía el ruido metálico de los engranajes, o cuando la horquilla de los faros de un coche pasaba barriendo las fachadas, los toldos y los adoquines de la calle. En el bolsillo del abrigo llevaba las ganzúas que Kornblum había pensado que necesitaría para la tarea, pero cuando Josef llegó a la puerta de servicio del edificio del Graben descubrió que, como era frecuente, alguien la había dejado entreabierta y calzada con una lata, probablemente alguna ama de llaves que había salido sin permiso o algún marido aficionado a las incursiones nocturnas.

Josef no se encontró con nadie en el pasillo trasero ni en la escalera. No había ningún bebé llorando para que le dieran su biberón ni la música lejana de Weber procedente de una radio encendida a altas horas, ni tampoco ningún fumador anciano empeñado en toser hasta machacarse los pulmones. Aunque las lámparas del techo y los apliques de las paredes estaban encendidos, el letargo colectivo del edificio parecía más profundo que el del 26 de la Nicholassgasse. A Josef aquella calma le resultaba inquietante. Sentía el mismo cosquilleo en la nuca y la misma carne de gallina que al entrar en la habitación vacía del Gólem.

Mientras avanzaba a hurtadillas por el pasillo se dio cuenta de que alguien había tirado un montón de ropa en la alfombra frente a la puerta de su familia. Durante un instante preconsciente el corazón le dio un vuelco al imaginar que, en virtud de alguna lógica onírica, alguien había abandonado allí uno de los trajes que buscaba. Luego vio que no era un simple montón de ropa sino que estaba habitado por un cuerpo: alguien borracho, desmayado o fallecido en el pasillo. Una chica, pensó, alguna de las pacientes de su madre. Era raro, pero había sucedido alguna vez, que algún paciente de psicoanálisis, arrojado por las mareas de la transferencia y la desublimación, buscara cobijarse en el umbral de la doctora Kavalier. O bien que, inflamado por el odio característico de la contratransferencia, se quedara allí en un estado precario, a modo de broma cruel, como quien deja una bolsa de papel ardiendo llena de excrementos de perro.

Pero la ropa pertenecía a Josef y el que estaba vestido con ella era Thomas. El

muchacho estaba tendido de lado, con las rodillas en el pecho y la cabeza apoyada en un brazo que casi tocaba la puerta, con los dedos abiertos en un gesto paralizado, como si se hubiera quedado dormido con una mano en el pomo y se hubiera caído al suelo. Llevaba unos pantalones de pana negra, con las rodillas gastadas, y un grueso jersey de lana trenzada con un agujero grande debajo del brazo y una mancha permanente de grasa de bicicleta con forma de mapa de Checoslovaquia en el canesú que Josef sabía que a su hermano le gustaba ponerse siempre que se sentía solo o enfermo. Por debajo del cuello del jersey le sobresalían las solapas ribeteadas de la parte superior del pijama. Las vueltas de las perneras del pijama le descollaban por debajo de los pantalones prestados. Tenía la mejilla derecha apoyada en el brazo extendido y la respiración le vibraba, regular y ruidosa, a través de la nariz perpetuamente acatarrada. Josef sonrió y se arrodilló junto a Thomas para despertarlo, luego se acordó de que no podía —no podía permitirse— revelar su presencia. No le podía pedir a Thomas que mintiera a sus padres y tampoco confiaba en él a largo plazo. Retrocedió e intentó pensar qué podía haber pasado y qué era lo mejor que podía hacer. ¿Cómo se había quedado Thomas encerrado fuera? ¿Era él quien había dejado la puerta de servicio entreabierta? ¿Qué podría haberle impulsado a arriesgarse a salir tan tarde cuando todo el mundo sabía que una chica de Vinorhady, no mucho mayor que Thomas, se había aventurado una semana atrás en busca de su perro perdido y le habían disparado en un callejón oscuro por violar el toque de queda? Von Neurath se había disculpado públicamente por el accidente pero no había prometido que aquello no volvería a suceder. Si Josef pudiera de alguna forma despertar a su hermano sin ser visto —por ejemplo tirándole una moneda de cinco haleru desde la esquina del pasillo—, ¿acaso Thomas llamaría a la puerta para que lo dejaran entrar? ¿O estaría demasiado avergonzado y preferiría pasar el resto de la noche en el suelo de aquel pasillo oscuro y helado? ¿Y cómo podía Josef llegar hasta la ropa del gigante con su hermano dormido en el umbral, o bien con toda la familia despierta y trastornada por el comportamiento insensato del muchacho?

Aquellas especulaciones quedaron interrumpidas cuando Josef pisó algo al mismo tiempo blando y rígido que crujió debajo de su tacón. El corazón le dio un salto y bajó la vista, retrocediendo con disgusto, pero lo que vio no fue un ratón aplastado sino la valija de cuero llena de ganzúas que Bernard Kornblum le había regalado años atrás como recompensa. Thomas parpadeó, dio un soplido y Josef esperó, estremecido, que se sumiera nuevamente en su letargo. Pero Thomas se sentó de golpe. Con el dorso del brazo se secó la saliva de los labios, parpadeó y dejó escapar un suspiro.

—Oh, Dios mío —dijo, mirando con aire soñoliento y sin dar muestras de sorpresa al ver a su hermano que debería de estar rumbo a Brooklyn inclinado a su lado, tres días después de su supuesta partida, en el pasillo de su edificio en el

corazón de Praga. Thomas abrió la boca para hablar de nuevo, pero Josef se la tapó con la palma de la mano y se llevó un dedo a los labios. Negó con la cabeza y señaló la puerta.

Cuando Thomas miró en dirección a la puerta de su piso pareció despertarse por fin. Frunció la boca como si notara algo amargo en la lengua. Las cejas negras y pobladas se le juntaron encima de la nariz. Negó con la cabeza, otra vez intentó decir algo y de nuevo Josef le tapó la boca, esta vez con menos gentileza. Josef recogió su vieja valija de las ganzúas, que no había visto en meses, tal vez en años, y que las pocas veces que había pensado en ella había imaginado perdida. La cerradura de la puerta de los Kavalier era de un tipo que en otra época Josef habría forzado con éxito tantas veces como se lo propusiera. Ahora consiguió abrirla con cierta dificultad y entraron en el recibidor, grato por su olor familiar a humo de pipa y a narcisos de interior, por el zumbido distante de la nevera eléctrica. Luego entró en la sala de estar y vio que el sofá y el piano estaban cubiertos con edredones. La pecera no tenía peces y la habían vaciado. El arbolito de naranjas chinas y su maceta de terracota adornada con angelotes habían desaparecido. Había un montón de cajas en el centro de la sala.

—¿Se han mudado? —dijo con el susurro más débil que pudo emitir.

—Al once de Dlouha —dijo Thomas en tono normal—. Esta mañana.

—Se han mudado —dijo Josef, incapaz de levantar la voz, aunque no había nadie que los pudiera oír, nadie a quien alertar o despertar.

—Es un sitio asqueroso. Los Katz son una gente asquerosa.

—¿Los Katz? —Eran unos primos de su madre a quienes ella nunca había apreciado mucho y que se apellidaban así—. ¿Viktor y Renata?

Thomas asintió:

—Y los gemelos Moco. —Puso los ojos en blanco—. Y su asqueroso periquito. Le han enseñado a decir «A tomar por el culo, Thomas». —Resopló, se rió por lo bajo cuando lo hizo su hermano y luego, volviendo a juntar lentamente las cejas, se deshizo en una serie de sollozos mezclados con toses, cautelosos y asfixiados, como si le produjeran dolor físico. Josef le dio un abrazo un poco rígido y de pronto descubrió que hacía mucho tiempo que no oía el llanto de su hermano, un sonido que antaño había sido tan frecuente en la casa como el silbido de la tetera o el chasquido de las cerillas de su padre. El peso de Josef resultaba considerable; su cuerpo, extraño y difícil de abrazar. Parecía haber dejado de ser un niño y haberse convertido en un joven en los últimos tres días.

—Tienen una tía brutal —dijo Thomas— y un cuñado imbécil que han de venir mañana de Frydlant. Yo quería venirme aquí. Solamente esta noche. Pero no he podido abrir la cerradura.

—Lo entiendo —dijo Josef, aunque lo único que entendía era que hasta entonces, hasta aquel preciso momento, nunca le habían roto el corazón—. Tú naciste en este

piso.

Thomas asintió.

—Menudo día fue aquel —dijo Josef para intentar animar al muchacho—. No he sentido una decepción tan grande en mi vida.

Thomas sonrió con educación.

—Se ha mudado casi todo el edificio —dijo, apartándose de Josef—. Solamente han permitido quedarse a los Kravnik, los Policek y los Zlatny. —Se secó la mejilla con el antebrazo.

—No me dejes el jersey lleno de mocos —dijo Josef, devolviendo el brazo de su hermano al costado.

—Te lo dejaste.

—A lo mejor mando a buscarlo.

—¿Por qué no te has ido? —dijo Thomas—. ¿Qué ha pasado con tu barco?

—Ha habido dificultades. Pero me tengo que ir esta noche. No puedes decirle a mamá ni a papá que me has visto.

—¿No vas a ir a verlos?

La pregunta, la aspereza lastimera de la voz con que la había formulado Thomas, dolió a Josef. Negó con la cabeza:

—Solamente he tenido que volver a toda prisa a buscar una cosa.

—¿Volver de dónde?

Josef no hizo caso de la pregunta.

—¿Todavía está todo aquí?

—Excepto algo de ropa y los cacharros de la cocina. Y mi raqueta de tenis. Y mis mariposas. Y tu radio —se trataba de un aparato de veinte tubos, con el armazón en forma de pesada maleta de pino barnizado, que Josef había construido a base de componentes, puesto que la radiofonía aficionada había reemplazado al ilusionismo antes de dar paso al arte moderno en el ciclo de las aficiones de Josef, igual que Houdini y luego Marconi habían cedido su puesto a Paul Klee y la inscripción de Josef en la Academia de Bellas Artes—. Mamá la llevaba en su regazo en el tranvía. Decía que escucharla era como escuchar tu voz y que prefería tener tu voz para recordarte que tu fotografía.

—Y luego dijo que nunca salgo bien en las fotos, ¿no?

—Pues sí, la verdad es que lo dijo. El carromato viene mañana por la mañana a por el resto de cosas. Yo voy a ir sentado con el conductor. Voy a llevar las riendas. ¿Qué es lo que necesitas? ¿Qué has venido a buscar?

—Espera aquí —dijo Josef. Ya le había revelado demasiado. Kornblum se iba a disgustar con él.

Fue por el pasillo hasta el estudio de su padre, asegurándose de que Thomas no lo seguía y haciendo lo posible para no fijarse en las cajas amontonadas, las puertas

abiertas que aquella hora ya tendrían que llevar rato cerradas, las alfombras enrolladas y el triste traqueteo de sus tacones en los tablones desnudos del suelo. En el despacho de su padre, el escritorio y las estanterías habían sido envueltas con mantas y atadas con correas de cuero y los cuadros y las cortinas habían sido descolgados. Las cajas que contenían la ropa grotesca de los monstruos endocrinos habían sido sacadas del armario y amontonadas convenientemente junto a la puerta. Cada caja llevaba una etiqueta pegada y cuidadosamente escrita con el pulso firme y regular de su padre, que daba una descripción precisa de los contenidos de las cajas.

VESTIDOS (5) - MARTINKA
SOMBRERO (DE PAJA) - ROTHMAN
VESTIDO DE BAUTIZO - SROUBEK

Por alguna razón, a Josef le conmovió ver aquellas etiquetas. La escritura era tan legible como si fuera de imprenta: las letras bien calzadas y con los pies perfectamente trazados, los paréntesis perfectamente curvados y los guiones ondulados como relámpagos estilizados. Aquellas etiquetas habían sido escritas con amor. Su padre siempre había expresado mejor aquella emoción mediante la preocupación por los detalles. Aquella preocupación paterna —aquella testarudez, persistencia, orden, paciencia y tranquilidad— siempre había reconfortado a Josef. En aquellas cajas de extraños recuerdos, el doctor Kavalier parecía haber escrito una serie de mensajes con el alfabeto de la imperturbabilidad. Las etiquetas parecían demostrar todas las cualidades que su padre y su familia iban a requerir para sobrevivir a la situación desesperada en la que Josef los estaba abandonando. Con su padre a cargo, los Kavalier y los Katz sin duda se las arreglarían para formar uno de los escasos hogares en los que prevalecían la decencia y el orden. Con paciencia y con calma, persistencia y estoicismo, buena letra y un etiquetado cuidadoso, darían la cara a la persecución, la indignidad y la penuria.

Pero luego, al ver la etiqueta de una de las cajas que ponía

ESPADA-BASTÓN - DLUBEK
HORMA DE ZAPATO - HORA
TRAJES (3) - HORA
PAÑUELOS SURTIDOS (6) – HORA

Josef sintió un nudo de terror en el estómago, y de pronto se convenció de que iba a importar un rábano cómo se comportaran su padre o los demás. Ordenados o caóticos, bien inventariados y corteses o apiñados y riñendo, los judíos de Praga no eran más que polvo en las botas de los alemanes, y estos se los iban a sacudir con un manotazo indiscriminado. El estoicismo y el talento para los detalles no les servirían

de nada. En los años por venir, cuando se acordara de aquel momento, Josef sentiría la tentación de pensar que había tenido una premonición, mirando aquellas etiquetas embadurnadas de mucílago, del horror que estaba a punto de llegar. Por entonces era una cuestión más simple. Una descarga irritante de estática le erizó el pelo de la nuca. El corazón le latió en la garganta como si alguien le estuviera presionando con el pulgar. Y durante un instante, sintió que estaba observando la caligrafía de una persona muerta.

—¿Qué es eso? —dijo Thomas cuando Josef regresó al salón con una de las bolsas para trajes extragrandes de Hora—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué es lo que va mal?

—Nada —dijo Josef—. Mira, Thomas, me tengo que ir. Lo siento.

—Ya lo sé. —Thomas sonaba casi irritado. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas—. Me voy a quedar a pasar aquí la noche.

—No, Thomas, no creo que...

—No tienes nada que decir —dijo Thomas—. Ya no estás aquí, ¿te acuerdas?

Las palabras eran un eco del consejo de Kornblum, pero de alguna forma atemorizaron a Josef. No podía quitarse de encima la sensación —supuestamente común entre los fantasmas— de que no era su vida la que carecía de materia, sentido y futuro, sino las vidas de los vivos a los que rondaba.

—A lo mejor tienes razón —dijo al cabo de un momento—. De todos modos no tendrías que estar en las calles de noche. Es demasiado peligroso.

Josef puso las manos en los hombros de Thomas y lo llevó de vuelta a la habitación que habían compartido en los últimos once años. Con algunas mantas y una almohada sin funda que encontró en un baúl, montó una cama en el suelo. Luego rebuscó en las demás cajas hasta que encontró un despertador para niños —la cara de un oso con un par de timbres de hojalata por orejas—, le dio cuerda y lo puso a las cinco y media.

—Tienes que estar de vuelta a las seis —le dijo—. O verán que no estás.

Thomas asintió y se metió entre las mantas de la cama improvisada.

—Ojalá pudiera irme contigo —dijo.

—Ya lo sé —dijo Josef. Le apartó el pelo de la frente a Thomas—. A mí también me encantaría. Pero pronto vas a venir conmigo.

—¿Me lo prometes?

—Me aseguraré de ello —dijo Josef—. No descansaré hasta que vea llegar tu barco al puerto de Nueva York.

—A esa isla que tienen —dijo Thomas, parpadeando—. Con la Estatua de la Liberación.

—Lo prometo —dijo Josef.

—Júralo.

—Lo juro.

—Júralo por el río Estigio.

—Lo juro —dijo Josef— por el río Estigio.

Luego se inclinó y, para sorpresa de ambos, le dio un beso a su hermano en los labios. Era el primero de aquellos besos que se daban desde que el hermano menor era un bebé y el mayor un niño con pantalones cortos.

—Adiós, Josef —dijo Thomas.

Cuando Josef regresó a la Nicholasgasse, se encontró con que Kornblum había resuelto, con su típica sagacidad, el problema de cómo sacar al Gólem. En el delgado tabique de yeso con que se había tapiado la puerta en la época en que el Gólem fue instalado allí, Kornblum, empleando algún instrumento insospechado del oficio funerario, había cortado un rectángulo al nivel del suelo lo bastante grande como para hacer pasar el ataúd de punta. El otro lado del tabique de yeso, en el pasillo, estaba tapado con el mismo papel Jugendstil descolorido, estampado con largas amapolas entrelazadas, que decoraba todos los pasillos del edificio. Kornblum se había cuidado de cortar aquella delgada pantalla externa solamente por tres de los lados del rectángulo, dejando el papel intacto en el lado de arriba. De aquella forma había construido una trampilla.

—¿Y si alguien lo ve? —dijo Josef cuando terminó de inspeccionar el trabajo de Kornblum.

Aquello provocó otro de los *impromptus* de Kornblum, seguido de una de sus máximas irónicas:

—La gente solamente ve lo que tú les dices que vean —dijo— y solamente si se lo recuerdas.

Vistieron al Gólem con el traje que había pertenecido al gigante Alois Hora. Fue un trabajo duro, porque el Gólem era bastante inflexible. No era tan rígido como uno podría haber imaginado, dada su naturaleza y composición. Su carne fría de arcilla parecía ceder un poco bajo la presión de los dedos y un vestigio de movimiento, tal vez el tenue recuerdo de una articulación, persistía en el codo del brazo derecho, el mismo brazo que habría usado, de acuerdo con la leyenda, para tocar la *mezuzah* de la puerta de su creador todas las noches cuando regresaba de su trabajo, llevándose a los labios los dedos besados por las Escrituras. Las rodillas y tobillos del Gólem, sin embargo, estaban más o menos petrificados. Asimismo, tenía las manos y pies muy mal proporcionados, como suele pasar con la obra de los artistas aficionados, y demasiado grandes en comparación con el cuerpo. Los pies enormes se enganchaban en las perneras del pantalón, de forma que resultaba particularmente difícil ponerle los pantalones. Al final, Josef tuvo que meter los brazos en el ataúd y coger al Gólem por la cintura, levantando varios centímetros la mitad inferior de su cuerpo, a fin de que Kornblum pudiera pasarle los pantalones por los pies, por las piernas y enfundárselos en torno a sus nalgas enormes. Habían decidido no preocuparse por el

tema de la ropa interior, pero para darle cierta verosimilitud anatómica —en una muestra de la meticulosidad que había caracterizado su carrera artística— Kornblum rompió en dos mitades uno de los dos chales ceremoniales (besándolo primero), dobló varias veces una de las dos mitades y metió el artilugio resultante entre las caderas del Gólem, en la entrepierna, donde solamente había una superficie lisa de arcilla.

—A lo mejor se supone que era una mujer —sugirió Josef mientras miraba cómo Kornblum le abrochaba la bragueta al Gólem.

—Ni siquiera el Maharal podría hacer una mujer de arcilla —dijo Kornblum—. Para eso se necesita una costilla. —Retrocedió y admiró el aspecto del Gólem. Dio un tirón a una de la solapas de la chaqueta y alisó los pliegues inflados de la parte delantera de los pantalones—. Es un traje muy bonito.

Era uno de los últimos trajes que Alois Hara había encargado antes de su muerte, cuando su cuerpo ya estaba devastado por el síndrome de Marfan, y por tanto le quedaba perfecto al Gólem, que no era tan grande como la Montaña en su mejor momento. Fabricado con excelente estambre inglés, gris y habano, entretejido con hilo de color burdeos, podría haberse dividido fácilmente en un traje para Josef y otro para Kornblum y todavía habría quedado tela, tal como señaló el mago, para los dos chalecos respectivos. La camisa era de sarga blanca de calidad, con botones de madreperla y la corbata de seda color burdeos, con un repujado de rosas de mayo, ligeramente ampuloso, tal como a Hora le gustaban las corbatas. No había zapatos —Josef se había olvidado de buscar un par y de todos modos habrían sido demasiado pequeños— pero si en algún momento inspeccionaban la parte inferior del ataúd el truco se iba a ir al garete, con o sin zapatos.

Una vez estuvo vestido, con las mejillas maquilladas, una peluca en la cabeza reluciente y la frente y los párpados decorados con las diminutas pestañas y cejas postizas que usaban los empleados de la funeraria en caso de quemaduras faciales o enfermedades capilares, el Gólem tenía un aspecto indisputablemente muerto y aceptablemente humano, con la tez de un color gris mortecino como de carne de oveja hervida. Solamente había una huella tenue de caligrafía humana en su frente, de la cual el nombre de Dios había sido borrado hacía siglos. Ahora solamente tenían que sacarlo por la trampilla y salir de la habitación detrás de él.

Aquello resultó bastante fácil. Tal como había comentado Josef cuando lo había levantado para ponerle los pantalones, el Gólem pesaba mucho menos de lo que parecía a la vista de su volumen y su naturaleza. A Josef le dio la impresión de que estaban cargando, por el pasillo, las escaleras y la puerta principal del 26 de la Nicholasgasse, con una caja de madera de pino de tamaño considerable, un montón de ropa y poco más.

—*Mach' bida lo nafsho* —dijo Kornblum, citando el Midrash, cuando Josef

comentó acerca de lo ligera que era su carga—. «Su alma es una carga para él.» Lo que llevamos aquí no es nada. —Señaló con la cabeza la tapa del ataúd—. Solamente un recipiente vacío. Si no fueras a ir tú dentro, me habría visto obligado a rellenar el ataúd con sacos de arena.

La salida del edificio y el viaje de vuelta al depósito de cadáveres en el coche fúnebre Skoda que les habían prestado —Kornblum había aprendido a conducir en 1908, explicó, y había tenido como maestro al gran alumno de Franz Hofzinsler, Hans Kreutzler— tuvo lugar sin incidentes ni encuentros con las autoridades. A la única persona que los vio sacar el ataúd del edificio, un ingeniero sin trabajo y con insomnio llamado Pilzen, le dijeron que el viejo señor Lazarus del 42 había muerto por fin después de una larga enfermedad. Cuando la señora Pilzen fue al apartamento la tarde siguiente con una bandeja de galletas de huevo en la mano, se encontró a un anciano caballero arrugado y a tres mujeres encantadoras aunque un poco indecorosas con sus quimonos negros, sentados en taburetes bajos y con crespones en la ropa y los espejos tapados, condiciones que hicieron gracia a la clientela del establecimiento de *madame* Willi durante los siete días siguientes. A algunos les puso nerviosos la blasfemia de hacer el amor en la casa de los muertos pero hubo otros a quienes les excitó.

Diecisiete horas después de meterse en el ataúd para yacer con aquel recipiente vacío que una vez había sido animado con las esperanzas de la Praga judía, el tren de Josef llegó a la ciudad de Oshmyany, en la frontera entre Polonia y Lituania. Las dos redes nacionales de ferrocarril usaban distintos anchos de vía, y se iba a producir un retraso de una hora mientras pasajeros y cargamento hacían el transbordo del resplandeciente expreso negro de construcción soviética y usufructo polaco al tren local jadeante de la era zarista que representaba la tenue promesa báltica de libertad. La enorme locomotora modelo *Iosef Stalin* se adentró prácticamente en silencio en sus cocheras y dejó escapar un suspiro sorprendentemente sensible, incluso compungido. Lentamente en su mayor parte, como si no quisieran llamar la atención con un nerviosismo indecoroso, los pasajeros, muchos de ellos jóvenes de la edad de Josef Kavalier, vestidos con abrigos plisados, calzones y sombreros de Chasidim, bajaron al andén y avanzaron ordenadamente hacia los funcionarios de emigración y aduanas que esperaban, junto a un representante de la Gestapo local, en una habitación recalentada por una estufa panzuda y ronroneante. Los maleteros de la estación, una pandilla triste de viejos maltrechos y lisiados, pocos de los cuales parecían capaces de transportar una sombrerera, no digamos ya el ataúd de un gigante, abrieron las portezuelas del vagón donde viajaban el Gólem y su compañero polizón y miraron con los ojos guiñados en expresión dubitativa la carga que supuestamente debían bajar y transportar durante veinticinco metros hasta un vagón de carga lituano.

Dentro del ataúd, Josef permanecía inconsciente. Se había desmayado con una lentitud atroz y a ratos casi placentera durante un periodo de unas ocho o diez horas, a medida que el balanceo del tren, la ausencia de oxígeno, la falta de sueño y el exceso de nerviosismo que había acumulado durante la última semana, así como la circulación reducida de su sangre y una emanación extraña y soporífera procedente del mismo Gólem que parecía relacionada con su olor fétido a río en pleno verano, a medida que todo aquello conspiraba para vencer el fuerte dolor en sus piernas y espalda, los calambres en los músculos de sus brazos y piernas, la práctica imposibilidad de orinar, la insensibilidad hormigueante y a veces casi electrizante de sus pies y piernas y el ronroneo de su estómago, además del terror, el asombro y la incerteza del viaje en que se había embarcado. Aunque no se despertó cuando levantaron el ataúd del tren, su sueño adquirió un matiz de peligro apremiante pero inconcluyente. No recobró la conciencia hasta que un hermoso chorro de aire fresco con olor a abeto le chamuscó los orificios nasales, inflamando su sueño con una intensidad únicamente igualada por el pálido haz de luz solar que penetró en su prisión cuando se abrió de repente el «panel de inspección».

Una vez más fueron las instrucciones de Kornblum las que salvaron a Josef de perder el control en el primer instante. En el primer momento de pánico deslumbrante que siguió a la apertura del panel, momento en que Josef quiso gritar de dolor, éxtasis y miedo a la vez, la palabra «Oshmyany» pareció colocarse fría y racional entre sus dedos, como una ganzúa que iba a liberarlo finalmente. Kornblum, cuyo conocimiento enciclopédico de las líneas férreas de esta parte de Europa iba a recibir un apéndice doloroso unos años más tarde, le había instruido prolijamente, mientras trabajaban para amañar el ataúd, sobre las etapas y detalles de su viaje. Sintió el tirón de unos brazos, el balanceo de las caderas de los hombres que cargaban con el ataúd, y aquello, junto con el olor a bosque septentrional y un fragmento susurrante de conversación en polaco, le infundió en el último momento el conocimiento de dónde se encontraba y qué le estaba ocurriendo. Eran los propios maleteros quienes habían abierto el ataúd mientras lo transportaban del tren polaco al lituano. Pudo oír y entender vagamente que se estaban maravillando tanto de la enormidad de su carga como de su falta de vida. Luego dejaron caer el ataúd y los dientes de Josef chocaron con un chirrido repentino de porcelana. Josef guardó silencio y rezó porque el impacto no hiciera saltar los clavos amañados y lo hiciera salir dando tumbos. Confiaba en que ya lo hubieran metido en el segundo vagón, pero se temía que únicamente fuera el impacto con el suelo de la estación lo que le había llenado la boca de sangre de su lengua mordida. La luz se oscureció y se ocluyó y él suspiró, a salvo en la oscuridad sin aire y eterna. Luego la luz volvió a brillar.

—¿Qué pasa? ¿Quién es este? —dijo una voz en alemán.

—Un gigante, *herr* teniente. Un gigante muerto.

—Un gigante lituano muerto. —Josef oyó un susurro de papeles. El oficial alemán estaba hojeando el fajo de documentos falsificados que Kornblum había pegado en el costado del ataúd—. Se llamaba Kervelis Hailonidas. Murió en Praga hace dos noches. Un cabrón feo de cuidado.

—Los gigantes siempre son feos, teniente —dijo uno de los maleteros en alemán. Los demás maleteros manifestaron su acuerdo de forma general, y algunos ofrecieron ejemplos a modo de demostración.

—Buen Dios —dijo el oficial alemán—, es un crimen enterrar un traje como ese bajo tierra. Tú. Coge una palanca. Abre ese ataúd.

Kornblum le había proporcionado a Josef una botella vacía de Mosel, en la que tenía que introducir de forma esporádica la punta del pene y aliviar su vejiga con moderación. Pero cuando los maleteros empezaron a golpear y arañar las junturas del ataúd gigante no tuvo tiempo de colocarla en su lugar. La costura de los pantalones de Josef ardió y se enfrió al instante.

—No hay palanca, *Herr* teniente —dijo uno de los maleteros—. Lo tenemos que abrir con un hacha.

Josef forcejeó contra un ataque de pánico que le arañaba la caja torácica como un animal.

—Ah, no —dijo el oficial alemán, riendo—. Olvidadlo. Soy alto, pero no tanto. —Un momento después la oscuridad regresó al ataúd—. Continúa.

Hubo una pausa y luego, con una sacudida, Josef y el Gólem fueron alzados de nuevo.

—Y también es feo —dijo uno de los hombres, con una voz que solamente Josef pudo oír—, pero no tan feo.

Unas veintisiete horas más tarde, Josef caminaba dando tumbos, deslumbrado, parpadeando, cojeando, inclinado, asfixiado y oliendo a orina rancia, bajo la luz gris veteada por el sol de una mañana de otoño en Lituania. Miró desde detrás de una columna manchada de hollín de la estación de Vilna cómo dos miembros de aspecto adusto del Círculo Secreto recogían el peculiar ataúd gigante procedente de Praga. Luego fue renqueando hasta la casa del cuñado de Kornblum, en la calle Pylimo, donde fue amablemente acogido con comida, un baño caliente y un catre estrecho en la cocina. Fue mientras estaba allí, intentando conseguir un billete desde Priekule hasta Nueva York, cuando oyó hablar por primera vez de un cónsul holandés en Kovno que estaba emitiendo temerariamente visados para Curaçao, confabulado con un oficial japonés que concedía permisos de tránsito a través del imperio japonés a todos los judíos que se dirigieran a la colonia holandesa. Dos días más tarde cogió el Expreso Transiberiano; una semana más tarde llegó a Vladivostok y de ahí partió en barco hacia Kobe. Desde Kobe navegó hasta San Francisco, donde envió un telegrama a su tía de Brooklyn pidiendo dinero para el autobús a Nueva York. Fue en

el vapor que lo llevó de un lado a otro del Golden Gate cuando metió la mano por el agujero del forro del bolsillo derecho de su abrigo y descubrió el sobre que su hermano le había entregado solemnemente casi un mes antes. Contenía una sola hoja de papel, que Thomas había introducido a toda prisa en el sobre aquella mañana mientras la familia salía de casa, juntos por última vez, a modo de expresión de los sentimientos de amor, miedo y esperanza que le inspiraba la huida de su hermano o como sustituto de los mismos. Era el dibujo de Harry Houdini tomando una plácida taza de té en medio del cielo que Thomas había hecho en su cuaderno durante su carrera abortada como libretista. Josef lo examinó y mientras navegaba rumbo a la libertad se sintió completamente ingrátido, como si hubiera sido desposeído de todo lo que había en él de valor.

SEGUNDA PARTE

Un par de jóvenes genios

UNO

Cuando el despertador sonó a las seis y media de aquel viernes, Sammy se despertó para descubrir que Sky City, una bandeja de cóctel cromada llena de botellas modernistas, cocteleras y bastoncitos para agitar, estaba sufriendo un ataque a gran escala. En el cielo que rodeaba la ciudad natal flotante de D'Artagnan Jones, el fornido héroe rubio de *Los murajes de los planetas*, la historieta de Sammy, aleteaban cinco demonios con alas de murciélago, cornamentas laboriosamente retorcidas en espiral como caracoles marinos y unos músculos difuminados con pinceladas finas. Una araña gigante y peluda con ojos de mujer colgaba de la superficie inferior resplandeciente de Sky City mediante un hilo del grosor de un cabello. Otros demonios con patas de cabra y caras de babuino, blandiendo sables, bajaban por escaleras de mano y colgaban mediante sogas de la cubierta de una carabela fantástica provista de un enjarciado de antenas y hélices laboriosamente dibujado. Al mando de aquellas fuerzas siniestras, inclinado sobre la mesa de dibujo, vestido solamente con unos calcetines negros con rombos rojos hasta la rodilla y enfundado en unos calzoncillos anchos checoslovacos de color hueso, estaba sentado Josef Kavalier, garabateando con una de las mejores plumas de Sammy.

Sammy se deslizó hasta el pie de su cama para mirar por encima del hombro de su primo:

—¿Qué demonios estás haciendo con mi página? —dijo.

El capitán de las fuerzas diabólicas invasoras, enfrascado en su despliegue militar y peligrosamente inclinado hacia atrás sobre el taburete alto, se llevó un buen susto. Dio un respingo y el taburete se inclinó, pero pudo agarrarse al borde de la mesa y mantener el equilibrio, luego extendió el brazo justo a tiempo para agarrar el bote de tinta antes de que se volcara también. Era rápido.

—Lo siento —dijo Josef—. He tenido mucho cuidado de no dañar tus dibujos. Mira. —Levantó una hoja superpuesta a la ambiciosa viñeta a página completa estilo *El príncipe valiente* en la que Sammy había estado trabajando y los cinco pestilentes demonios-murciélago desaparecieron—. He usado papeles distintos para todo —separó los cinco asaltantes demoniacos con cara de babuino y levantó la araña de papel por el extremo de su hilo. Con unos pocos movimientos de sus largos dedos, el asedio infernal a Sky City se levantó por completo.

—¡Que me aspen! —dijo Sammy. Le dio una palmada a su primo en el hombro pecoso—. ¡Joder, será posible! ¡Déjame ver eso! —Cogió la hoja con forma de riñón que Josef Kavalier había llenado de demonios babeantes con cuernos y ojos como tizones y recortado para superponerla al dibujo de Sammy. Las proporciones de los demonios musculosos eran perfectas, sus poses dinámicas y verosímiles, el entintado amanerado pero vigoroso. El estilo era mucho más sofisticado que el de Sammy, que,

aunque firme y claro y ocasionalmente audaz, nunca había ido más allá de la caricatura—. Sabes dibujar de verdad.

—Estudié dos años en la Academia de Bellas Artes. En Praga.

—La Academia de Bellas Artes. —Al jefe de Sammy, Sheldon Anapol, le impresionaba la gente que tenía una educación sofisticada. El plan deslumbrante e imposible que había estado torturando la imaginación de Sammy durante meses pareció encontrar de repente la posibilidad de remontar el vuelo—. De acuerdo, sabes dibujar monstruos. Pero ¿y coches? ¿Edificios? —preguntó, fingiendo el tono desapasionado de una entrevista de trabajo e intentando ocultar su excitación.

—Pues claro.

—Tu anatomía no está nada mal.

—Es un fascinación para mí.

—¿Sabes dibujar el sonido de un pedo?

—¿Perdón?

—En Empire Novelties tienen un montón de artículos que simulan pedos. Pedos, ¿no sabes lo que son? —Sammy se llevó la palma ahuecada de una mano a la axila del otro brazo y movió el brazo, emitiendo una batería de estallidos bruscos y húmedos. Su primo, con los ojos muy abiertos, pareció entenderlo—. Naturalmente, no podemos decirlo abiertamente en los anuncios. Tenemos que decir algo como: «La Funda Chillona para Sombreros emite un sonido más fácil de imaginar que de describir». Así que tienes que apañarte para que se entienda con un dibujo.

—Ya veo —dijo Josef. Pareció asumir el reto—. Dibujaría una ráfaga de viento —trazó cinco líneas horizontales en un trozo de papel—. Luego pondría cositas como estas. —Llenó su pentagrama de estrellas, arabescos y notas musicales quebradas.

—Me gusta —dijo Sammy—. Josef, te diré una cosa. Voy a intentar hacer algo más que conseguirte un trabajo dibujando la Armónica de Fricción Gravmonica, ¿de acuerdo? Vamos a montarnos en el dólar.

—Montarnos en el dólar. —De pronto Josef parecía hambriento y demacrado—. Eso estaría bien de tu parte, Sammy. Necesito montarme en un dólar. Ya lo creo.

A Sammy le sorprendió la avidez que vio en la cara de su primo. Luego comprendió para qué quería el dinero y aquello le dio un poco de miedo. Ya era bastante duro decepcionarse a sí mismo y a Ethel sin tener que preocuparse por un montón de judíos que se morían de hambre en Checoslovaquia. Pero se las apañó para dejar de lado aquel momento de duda y le ofreció su mano:

—Muy bien —dijo—. Chócala, Josef.

Josef le tendió la mano, luego se echó atrás. Puso lo que debía de imaginar que era acento americano, un extraño deje nasal de vaquero británico, y frunció la cara en un intento de mirada chulesca a lo James Cagney.

—Llámame Joe —dijo.

—Joe Kavalier.

—Sam Klayman.

Empezaron a estrecharse la mano otra vez y ahora fue Sammy el que retiró la suya.

—En realidad —dijo, sintiendo que se ruborizaba—, mi nombre profesional es Clay.

—¿Clay?

—Sí, emmm, opino que suena más profesional.

Joe asintió.

—Sam Clay —dijo.

—Joe Kavalier.

Se dieron la mano.

—¡Chicos! —llamó la señora Klayman desde la cocina—. El desayuno.

—No le cuentes nada de esto a mi madre —dijo Sammy—. Y no le digas que me he cambiado el apellido.

Fueron a la mesa de madera contrachapada de la cocina y se sentaron en dos de las sillas acolchadas de acerocromo. Bubbie, que nunca había conocido a su progenie checa, estaba sentada al lado de Joe ignorándolo por completo. Había conocido, para bien o para mal, a tantos seres humanos desde 1846 que parecía haber perdido las ganas, o tal vez incluso la capacidad, de reconocer caras o sucesos procedentes de cualquier momento posterior a la Gran Guerra, momento en que había llevado a cabo la gesta inimaginable de marcharse de Lamberg, su ciudad natal, con setenta años, para venirse a América con la menor de sus once hijos. Sammy nunca se había sentido nada más a los ojos de Bubbie que una especie de sombra vagamente querida en la que se proyectaban los rasgos familiares de docenas de hijos y nietos anteriores, algunos de los cuales llevaban sesenta años muertos. Era una mujer grande y blanda que se posaba como una manta vieja sobre las sillas del apartamento y con sus ojos grises contemplaba fantasmas, fantasías, recuerdos y el polvo atrapado por los haces oblicuos de luz. Tenía unos brazos surcados de estrías y marcas de viruela como mapas en relieve de planetas enormes y las pantorrillas gigantescas embutidas como relleno de carne en unas medias elásticas de color pulmón. Conservaba una vanidad quiijotesca y dedicaba una hora todas las mañanas a maquillarse la cara.

—Comed —espetó Ethel, depositando delante de Joe un montón de rectángulos negros y un charco de mucílago amarillo que se sintió obligada a identificar para su sobrino como tostadas con huevos. Él se llevó el tenedor a la boca y masticó el desayuno con una expresión circunspecta tras la cual Sammy creyó detectar un asomo de disgusto genuino.

Sammy llevó a cabo la rápida serie de operaciones —que combinaba elementos de doblar ropa mojada, recoger cenizas húmedas con una pala y tragarse un mapa

secreto en el momento de ser capturado por las tropas enemigas— que en la cocina de su madre pasaban por comer. Luego se puso de pie, se secó los labios con el dorso de la mano y se puso su blazer bueno de lana.

—Vamos, Joe, tenemos que irnos —se inclinó para enclastar un beso en la mejilla de cuero de Bubbie.

Joe dejó caer su cuchara y, en el gesto de recuperarla, se dio un fuerte golpe en la cabeza con la mesa. Bubbie soltó un chillido y hubo una pequeña conmoción de vajilla y chirriar de sillas. Luego Joe se levantó también y se secó los labios delicadamente con su servilleta de papel. Cuando terminó la volvió a alisar y la dejó en su plato vacío.

—Delicioso —dijo—. Gracias.

—Ten —dijo Ethel, cogiendo un traje limpio de tweed colgado con una percha del respaldo de una silla de cocina—. Te he planchado el traje y le he quitado las manchas a la camisa.

—Gracias, tía.

Ethel rodeó las caderas de Joe con el brazo y lo estrujó con orgullo.

—Este sí que sabe dibujar un lagarto, ya lo creo.

Sammy se ruborizó. Se trataba de una referencia a las peculiares dificultades que Sammy había sufrido un mes antes con un artículo llamado Camaleón Vivo («¡Llévalo en la solapa para asombrar e impresionar!») que Empire había añadido recientemente a su línea de productos. A una falta de habilidad aparentemente congénita con los reptiles se le añadió el hecho de que no tenía ni idea de qué clase de reptil se podía comprar enviando veinticinco centavos a Empire Novelty, puesto que no había existencias de Camaleones Vivos y no las habría hasta que Shelly Anapol dijera cuántas se encargaban si es que se encargaba alguna. Se había pasado dos noches estudiando minuciosamente enciclopedias y libros de la biblioteca, dibujando cientos de lagartos gordos y delgados, del Viejo Mundo y del Nuevo, con cuernos y con sombrero, y había terminado haciendo algo parecido a una ardilla calva y aplastada. Había sido su único fracaso en el puesto de encargado de los bocetos en Empire, pero su madre, por supuesto, parecía verlo como algo señalado.

—No tendrá que dibujar lagartos ni cámaras baratas ni ninguna otra de esas porquerías que venden —dijo Sammy, y luego añadió, olvidando la advertencia que le había hecho a Joe—. No si Anapol está de acuerdo con mi plan.

—¿Qué plan? —Su madre guiñó los ojos.

—Cómics —exclamó Sammy, mirándola a la cara.

—¡Cómics! —Ella puso los ojos en blanco.

—¿Cómics? —dijo Joe—. ¿Qué es eso?

—Basura —dijo Ethel.

—¿Tú qué sabes? —dijo Sammy, agarrando a Joe del brazo. Eran casi las siete.

Anapol descontaba dinero de la paga a los que llegaban más tarde de las ocho—. Los cómics dan mucho dinero. Conozco a un chaval, Jerry Glovsky... —arrastró a Joe hacia el pasillo que llevaba al vestíbulo y la puerta principal, sabiendo exactamente lo que su madre iba a decir a continuación.

—Jerry Glovsky —dijo ella—. Bonito ejemplo. Es retrasado. Sus padres son primos hermanos.

—No la escuches, Joe. Sé de qué estoy hablando.

—Joe no quiere perder el tiempo con esa idiotez de los cómics.

—Lo que él haga —dijo Sammy entre dientes— no es asunto tuyo. ¿Entendido?

Tal como Sammy había sospechado, aquello la hizo callar. La cuestión de si las cosas eran o no asunto de uno ocupaba una posición central en la ética de Ethel Klayman, cuyo principio fundamental era la importancia suprema de ocuparse cada cual de sus cosas. Los chismosos, los entrometidos y los fisgones eran los demonios de su cosmología personal. Estaba universalmente peleada con los vecinos y sospechaba hasta la paranoia de todos los médicos, vendedores, empleados municipales, enviados de la sinagoga y marchantes que venían de visita.

Ethel se giró para mirar a su sobrino.

—¿Tú quieres dibujar cómics? —le preguntó.

Joe permanecía cabizbajo y con un hombro apoyado en el marco de la puerta. Mientras Sammy y Ethel discutían, había fingido que examinaba con cortesía incómoda la alfombra de pelo corto y color mostaza, pero ahora levantó la mirada y le llegó el turno a Sammy de sentirse avergonzado. Su primo lo miró de arriba abajo, con una expresión que era tanto un examen como una admonición.

—Sí, tía —dijo—. Sí que quiero. Solamente una pregunta. ¿Qué es un cómic?

Sammy abrió su portafolio, sacó un ejemplar arrugado y profusamente leído del último número de *Action Comics* y se lo dio a su primo.

En 1939 el cómic americano, como les ocurría a los castores y las cucarachas en la prehistoria, era más grande y, a su propio modo engorroso, más espléndido que su descendiente moderno. Aspiraba a las dimensiones de una revista elegante y al grosor de un pulp, ofreciendo sesenta y cuatro páginas de papel chillón (incluida la portada) por el precio ideal de diez magros centavos. Aunque la calidad de sus ilustraciones interiores solía ser execrable en el mejor de los casos, las portadas aspiraban en cierta medida a la pericia y el diseño de las revistas elegantes y al brío de las revistas pulp. En aquellos días lejanos, la portada del cómic era un póster que anunciaba una película soñada, con una duración de dos segundos, que cobraba vida en la mente y desplegaba su esplendor justo antes de que uno abriera aquellos fajos grapados de papel basto y las luces se encendieran. A menudo las portadas eran pintadas a mano, en lugar de simplemente entintadas y coloreadas, por hombres con reputaciones sólidas en el ramo, oficiales ilustradores que sabían dibujar con precisión ayudantes

de laboratorio encadenadas, lánguidos jaguares de la jungla con todo detalle y cuerpos masculinos muscularmente correctos cuyos pies parecían realmente sustentar su peso. Al cogerlos en las manos, aquellos primeros números de *Wonder Comics* y *Detective Comics*, con sus tripulaciones multicolores de piratas, envenenadores hindúes y vengadores con sombrero de paje y con su abundante tipografía al mismo tiempo tosca y elegante, todavía hoy parecen prometer aventuras de una diversidad ligera pero verdaderamente satisfactoria. Demasiado a menudo, sin embargo, la escena descrita en la cubierta no guardaba relación con el mejunje desvaído de sus páginas. En el interior —de donde en la actualidad emana un olor de mercadillo a corrupción y nostalgia— el cómic de 1939 se encontraba, morfológica y artísticamente, en un estado mucho más primitivo. Como sucede con todas las formas mestizas de arte y con los idiomas criollos, en sus inicios atravesó un periodo necesario e intensamente fértil de confusión genética y gramatical. Hombres que durante la mayor parte de sus vidas habían leído tiras cómicas de periódicos y revistas pulp, muchos de ellos jóvenes y sin experiencia con el lápiz, el pincel de entintar y los crueles plazos de entrega del trabajo a destajo, luchaban por ver más allá de los estrictos requisitos espaciales de la tira de prensa, por un lado, y de la atronadora y exuberante elocuencia del pulp por el otro.

Desde el principio hubo una tendencia entre educadores, psicólogos y el público en general a contemplar el cómic como un simple descendiente degenerado de la tira cómica, entonces en el apogeo de una gloria que pronto habría de empezar a marchitarse, leída por presidentes y por chóferes de coches Pullman, un orgulloso primo americano, por su gracia y vitalidad indígenas, del béisbol y del jazz. Parte del oprobio y de la sensación de vergüenza que nunca abandonarían al formato del cómic se debía al hecho de que en su principio se resentía inevitablemente, incluso en el mejor de los casos, de la comparación con el esplendor manierista de Burne Hogarth, Alex Raymond, Hal Foster y los demás reyes del dibujo de viñetas humorísticas, con el humor sutilmente modulado y la ironía adulta de *Li'l Abner*, *Krazy Kat* y *Abbie 'n' Slats*, con el talento narrativo sostenido y metronómico de Gould y Gray y *Gasoline Alley* o con el diálogo vertiginoso y nunca superado entre relato visual y relato verbal de la obra de Milton Caniff.

Al principio, y hasta muy poco antes de 1939, los cómics no habían sido en realidad nada más que compilaciones reimpresas de las tiras más populares, sacadas de sus contextos originales en la prensa y obligadas, no sin violencia ni tije retazos, a meterse entre un par de cubiertas baratas y chabacanas. El ritmo medido de tres o cuatro viñetas de las tiras, con sus continuadas de los viernes y sus recapitulaciones de los lunes, se resentía de los confines más espaciosos del «libro de viñetas», y lo mismo que había sido elegante, excitante o hilarante cuando se administraba a cucharaditas en dosis diarias resultaba entrecortado, repetitivo, estático e

innecesariamente prolongado en las páginas, por ejemplo, de *More Fun* (1937), el primer cómic que Sammy Klayman compró en su vida. En parte por esta razón, pero también para evitar pagar a las agencias existentes por los derechos de reimpresión, los primeros editores de cómics empezaron a experimentar con contenido original, contratando a artistas o equipos de artistas para que crearan sus propios personajes y tiras. Si tenían experiencia, estos artistas carecían por lo general de éxito o talento; los que tenían talento carecían de experiencia. Esta última categoría incluía en su mayor parte a inmigrantes o hijos de inmigrantes, o bien a chavales del campo recién bajados del autobús. Tenían sueños, pero sus apellidos y su falta de contactos les impedían toda posibilidad real de éxito en el mundo majestuoso de las portadas del *Saturday Evening Post* y los anuncios de las bombillas Mazda. Muchos de ellos, hay que decirlo, no sabían hacer un dibujo realista del apéndice corporal reconocidamente complejo con el que confiaban en ganarse la vida.

El descenso de calidad que siguió a la revolución del contenido original fue inmediato y vertiginoso. Las líneas se volvieron vacilantes, las posturas extrañas, las composiciones estáticas y los fondos inexistentes. Los pies, notoriamente difíciles de dibujar con realismo en profundidad, desaparecieron por completo de las viñetas, y las narices se redujeron a variaciones simplistas de la letra vigésimo segunda del abecedario. Los caballos parecían perros larguiruchos y fornidos, y los automóviles estaban cuidadosamente rodeados de líneas de velocidad para disimular que no tenían puertas, que nunca guardaban la escala y resultaban todos idénticos. Las chicas guapas, una flecha imprescindible en la aljaba de todo dibujante, obtenían resultados algo mejores, pero los hombres solían ir con trajes sin arrugas que parecían fabricados a base de hojalata para conductos de estufa y con sombreros que parecían pesar más que los automóviles, todos en posturas forzadas, con barbillas enormes y dándose de puñetazos entre ellos en unas narices que parecían marcas de visto bueno. Los forzudos de circo, los criados hindúes gigantes y los señores de la jungla con taparrabos exhibían invariablemente musculaturas fantásticas, quinticeps y octoiceps y beltoides, y sus abdomenes parecían las quince bolas de billar metidas en el triángulo de saque. Las rodillas y los codos se doblaban en ángulos dolorosos y articulaciones dobles. El color era turbio en el mejor de los casos y en el peor apenas había colores. A veces solamente había dos tonos de rojo o dos de azul para toda la historia. Pero en la mayoría de casos, los cómics no adolecían de falta de trabajo —puesto que en ese sentido había una vitalidad considerable y un fervor colectivo nacido de la Depresión, e incluso algún dibujante ocasional con talento que estaba pasando una mala racha— sino de una tendencia gravísima a la copia. Todo eran versiones, a veces sin apenas alteraciones, de una tira de prensa o de un héroe pulp radiofónico. El Avispón Verde de la radio dio lugar a avispas, escarabajos y abejas de todos los colores. La Sombra se vio seguido como si de sombras se tratara por una legión de justicieros con traje y

sombrero de fieltro y entrenados por lamas. Todas las villanas eran versiones descaradas de Dragon Lady. En consecuencia, el cómic empezó a languidecer casi en el mismo momento de inventarse, o muy poco después, carente de sentido y de distinción. No había en él nada que uno no pudiera encontrar mejor hecho, o más barato, en alguna otra parte (y en la radio se podía conseguir gratis).

Luego, en junio de 1938, apareció Superman. Lo habían enviado por correo desde Cleveland a las oficinas del *National Periodical Publications* un par de jóvenes judíos que le habían otorgado el poder de un centenar de hombres, de un mundo lejano y de toda su esperanza y su angustia de adolescentes con gafas. El dibujante, Joe Shuster, aunque técnicamente no era nada del otro mundo, pareció entender desde el principio que la enorme página rectangular del cómic ofrecía posibilidades para narrar y componer que no existían en los periódicos. Para representar todo el brío parabólico de uno de los saltos patentados de Superman desde un rascacielos unió tres viñetas verticalmente (en aquel punto de su carrera, el Hombre de Acero no sabía volar propiamente), y elegía los ángulos y disponía las figuras con cierto gusto cinematográfico. El guionista, Jerome Siegel, había forjado, gracias al potencial combinatorio de su amor fanático y su conocimiento enciclopédico de los pulps y sus antecedentes, una magnífica aleación de diversos arquetipos y personajes previos desde Sansón hasta el Hombre de Bronce, dotada de una elasticidad, una dureza y un lustre irrepetibles. Aunque lo habían concebido originariamente como a un héroe de tira de prensa, Superman nació en las páginas de un cómic; allí prosperó y, después de su nacimiento milagroso, empezó a tomar forma, dejó atrás su timidez transitoria y se construyó una meta en el mercado de los sueños de diez centavos: transmitir el ansia de poder y el gusto por la indumentaria chillona de una raza de gente desprovista de poder y sin permiso para elegir su ropa. Los cómics eran cosas de niños, pura y ciertamente, y llegaron precisamente en el momento en que los niños de América empezaban, después de diez años de terribles penurias, a ver cómo alguna moneda de diez centavos superflua llegaba a sus bolsillos.

—Esto es un cómic —dijo Sammy.

—Y dices que se montan en el dólar —dijo Joe, con pinta de tener más dudas ahora que en toda la mañana.

—Cincuenta dólares por semana. Tal vez más.

—¡Cincuenta dólares! —dijo Ethel, con su tono usual de incredulidad modificado, o eso le pareció a Sammy, por un matiz de incerteza, como si la naturaleza obviamente aberrante de la afirmación pudiera ser garantía de su veracidad.

—Cuarenta por lo menos.

Ethel se cruzó de brazos y se quedó allí, mordiéndose el labio inferior. Luego asintió.

—Te tengo que encontrar una corbata mejor —le dijo a Joe. Se volvió y entró de nuevo en el apartamento.

—Eh, Sam Clay —susurró Joe, sacando el pequeño fardo, envuelto en una servilleta de papel, donde había escondido su desayuno sin comer. Se lo mostró con una leve sonrisa—. ¿Dónde puedo tirar esto?

DOS

Las oficinas de Empire Novelty Company, Inc., estaban en el cuarto piso del edificio Kramler, en un tramo desolado de la calle Veinticinco cerca de Madison Square. El edificio Kramler, un bloque de oficinas de catorce pisos con paredes de piedra de color cuello de camisa sucio y con las ventanas tiznadas de hollín, adornado con diminutos zigzags modernistas, destacaba como el único símbolo de optimismo comercial en una manzana llena de *taxpayers* bajos de ladrillo (estructuras mínimas que generaban justo lo suficiente en cuestión de alquileres para pagar los impuestos sobre la propiedad de la tierra que ocupaban), locales de exposición y venta de lana con las ventanas entabladas y cuarteles apolillados de sociedades benéficas que atendían a las poblaciones menguantes y dispersas de inmigrantes de países que ya no estaban en el mapa. Se había inaugurado a finales de 1929, luego lo había reposesido el banco que detentaba el derecho de retención al lanzarse el promotor inmobiliario por la ventana de su despacho en el piso catorce. En los diez años que habían pasado desde entonces, había conseguido atraer a una pequeña pero variada población de inquilinos, entre ellos un editor de revistas pulp eróticas; un distribuidor de peluquines, barbas postizas, corsés masculinos y suelas ortopédicas, así como los agentes de reservas para la costa Este de un circo de tercera fila del Medio Oeste. Todos ellos atraídos, igual que Shelly Anapol, por los alquileres bajos y el ambiente de picaresca universitaria.

A pesar del aire de fracaso y descrédito que rodeaba el vecindario, Sheldon P. Anapol —cuyo cuñado Jack Ashkenazy era el propietario de Racy Publications, Inc., con sede en el séptimo piso del edificio Kramler— era un hombre con talento para los negocios, simpático y cruel. Había entrado a trabajar para Hyman Lazar, el fundador de Empire Novelty, en 1914, con veinte años, como viajante pobre como una rata, y quince años más tarde había ahorrado lo bastante como para comprarle la empresa a Lazar cuando este tuvo problemas con sus acreedores. La combinación de cinismo adquirido con esfuerzo, gastos indirectos mínimos, una gama de productos de calidad recalcitrantemente baja y la voracidad insaciable de los chicos americanos por las radios enanas, las gafas de rayos X y los timbres de broma no solamente habían permitido a Anapol sobrevivir a la Depresión sino también mantener a sus dos hijas en una escuela privada y tal como a él le gustaba explicarlo, invocando una imaginería inconsciente de barcos de guerra y buques de pasajeros Cunard, «mantener a flote» a su enorme y carísima esposa.

Igual que todos los grandes vendedores, Anapol había vivido la tragedia y la decepción. Era el huérfano de un pogromo y del tifus y había sido criado por parientes que no lo querían. Su envergadura física, heredada de generaciones enteras de Anapoles voluminosos con mandíbulas de mármol, le había convertido durante

gran parte de su infancia y juventud en objeto de chistes y de la burla de las mujeres. De joven, había tocado el violín lo bastante bien como para tener esperanzas en una carrera musical, hasta que un matrimonio apresurado y los posteriores gastos de mantenimiento de sus dos hijas acorazadas, Belle y Candace, lo habían empujado a una vida de vendedor itinerante. Todo esto lo endureció, lo aporreó, lo curtió y le hizo adicto a ganar dinero, pero milagrosamente no le agrió el carácter. Durante sus días de viajante, siempre había sido bienvenido en las tiendas solitarias de los vendedores de artículos de broma, hombres que a menudo iban por su tercera o cuarta gama de productos y que en prácticamente todos los casos habían perdido toda noción, después de años de apostar y fracasar, de qué era divertido y qué no lo era. La imagen abiertamente cómica de Anapol, con sus trajes enormes sin abotonar, sus calcetines desparejados y sus ojos tristes de violinista, enseñando una peluca rubia de pelo de caballo o haciendo una demostración de un dentífrico que ponía los dientes de la víctima negros, había sido la piedra angular de muchas grandes ventas en Wilkesbarre o Pittsfield.

En la última década, sin embargo, no había ido más lejos de Riverdale. Y durante el último año, después del recrudescimiento de las perennes «dificultades» con su esposa, Anapol apenas había salido del edificio Kramler. Se había hecho llevar allí una cama y una mesilla de noche de los almacenes Macy's y dormía en su despacho, detrás de un viejo cobertor de punto de hilo de estambre colgado de una cuerda de tender la ropa. Sammy había recibido su primer aumento el otoño anterior después de encontrar el perchero vacío de un vendedor ambulante abandonado en la Séptima Avenida y llevarlo rodando de una punta a otra de la ciudad para que sirviera como ropero de Anapol. Anapol, que había leído todo lo escrito sobre ventas y de hecho estaba trabajando desde hacía una eternidad en una combinación de tratado y autobiografía al que se refería a veces como *La ciencia del oportunismo* y en otras ocasiones más atribuladas como *Tristeza en mi maletín de muestras*, no solamente predicaba la iniciativa sino que la recompensaba, un espíritu en el que Sammy proyectaba ahora sus esperanzas.

—Habla, pues —dijo Anapol. Como siempre a primera hora, solamente llevaba puestos los calcetines, las ligas y unos calzoncillos largos con dibujos de colores vivos lo bastante grandes, pensaba Sammy, como para entrar en la categoría de mural. Estaba inclinado sobre un lavamanos diminuto al fondo de su despacho, afeitándose. Como todas las mañanas, se había levantado antes del amanecer para decidir los movimientos de las partidas de ajedrez que jugaba por correo con individuos de Cincinnati, Fresno y Zagreb; para escribir a otros amantes solitarios de Szymanowski a los que había organizado en forma de asociación internacional de aficionados; para escribir amenazas mal disimuladas a deudores especialmente recalcitrantes con su prosa intensa, chirriante y semigramatical en la que había

huellas de la influencia de Jehová y de George Raft: y para redactar su carta diaria a Maura Zell, su amante, que era corista en la compañía itinerante de *Perlas de Broadway*. Siempre esperaba hasta las ocho en punto para asearse y parecía darle gran importancia al efecto que su persona imperial semidesnuda tenía en sus empleados cuando llegaban a trabajar—. ¿Qué idea es esa que tienes?

—Déjeme preguntarle primero, señor Anapol —dijo Sammy. Estaba de pie, con el portafolio en la mano, sobre el óvalo raído de la alfombra china que cubría la mayor parte del suelo de madera del despacho de Anapol, una sala grande separada mediante mamparas de madera enchapada y cristal de los escritorios de Mavis Magid, la secretaria de Anapol, y de los cinco empleados de envíos, inventario y contabilidad. Un perchero para sombreros, las sillas para invitados y un escritorio de tapa corrediza eran de segunda mano: los habían rescatado en 1933 de las oficinas de una compañía de seguros vecina que había quebrado y los habían traído en carretillas por el pasillo hasta su ubicación actual—. ¿Cuánto le cobran este mes los de la National por la contraportada de *Action Comics*?

—No, déjame que yo te haga una pregunta a ti —dijo Anapol. Se apartó del espejo e intentó, como todas las mañanas, obligar a unos cuantos mechones de pelos largos a extenderse sobre su calva. Todavía no le había dicho nada a Sammy de su portafolio, que hasta entonces el joven nunca había tenido el valor de enseñarle—. ¿Quién es ese chaval que está ahí sentado?

Anapol no se giró; no había apartado la mirada del espejito de afeitarse desde que Sammy había entrado en la sala, pero veía a Joe a través del espejo. Joe y Sammy estaban sentados dándose la espalda, separados por la mampara de cristal y madera que separaba el despacho de Anapol del resto de su imperio. Sammy alargó el cuello para echarle un vistazo a su primo. Joe tenía sobre el regazo un bastidor de madera de pino, un cuaderno de bocetos y varios lápices. En la silla de al lado había un portafolio barato de cartón que habían comprado en una tienda de gangas de Broadway. La idea era que Joe lo llenara a toda velocidad de excitantes bocetos de héroes musculosos mientras Sammy le vendía su idea a Anapol y hacía tiempo. «Tendrás que trabajar deprisa», le había dicho a Joe, y Joe le había asegurado que diez minutos le bastaban para reunir un panteón entero de justicieros con leotardos. Pero luego, de camino, mientras Sammy se camelaba a Mavis Magid, Joe había perdido unos minutos preciosos hurgando en el envío de Radios Enanas Maravillosas cuya llegada el día anterior por la mañana desde Japón había encolerizado a Anapol; el cargamento entero era defectuoso e invendible incluso para sus criterios relajados.

—Es mi primo Joe —dijo Sammy, echando otro vistazo por encima del hombro. Joe estaba encorvado sobre su trabajo, con la vista clavada en los dedos y girando lentamente la cabeza de derecha a izquierda, como si sus ojos proyectaran un haz de fuerza invisible que arrastrara la punta de lápiz sobre la página. Estaba dibujando la

mole de un hombro gigantesco unido a un grueso brazo. Fuera de este brazo y una serie de pautas débiles y crípticas, no había nada más dibujado en la página—. El sobrino de mi madre.

—¿Es extranjero? ¿De dónde es?

—De Praga. ¿Cómo lo ha sabido?

—Por el corte de pelo.

Anapol fue hasta el perchero del vendedor ambulante y cogió un par de pantalones de su percha.

—Llegó anoche mismo —dijo Sammy.

—Y está buscando trabajo.

—Bueno, naturalmente...

—Espero, Sammy, que le hayas dicho que yo no tengo trabajo para nadie.

—En realidad... La información que le he dado sobre esa cuestión tal vez haya sido un poco distinta, jefe.

De nuevo Anapol asintió, como si se acabara de confirmar otro de sus infalibles juicios instantáneos. A Sammy empezó a temblarle la pierna izquierda. Era la que tenía peor de las dos y la primera que se le debilitaba cuando se ponía nervioso o estaban a punto de descubrir una de sus mentiras.

—Y todo esto tiene algo que ver —dijo Anapol— con cuánto me cobran los de National por la contraportada de *Action Comics*.

—O de Detective.

Anapol frunció el ceño. Levantó los brazos y desapareció en el interior de una camiseta de lino enorme que no parecía exactamente recién lavada. Sammy escrutó el trabajo de Joe. Había empezado a aparecer una silueta enorme, una cabeza cuadrada, un pecho fornido y casi tubular. Aunque dibujada con trazo firme, la figura parecía vagamente hinchada. Las piernas eran robustas y los pies estaban calzados con botas, pero eran unas botas recias de obrero, anudadas prosaicamente por la parte delantera. El temblor de la pierna de Sammy aumentó. La cabeza de Anapol resurgió de su camiseta. Se cubrió la panza peluda de morsa con ella y luego se la metió dentro de los pantalones. Seguía frunciendo el ceño. Se pasó los tirantes por encima de los hombros y se los colocó en su sitio. Luego, sin apartar la mirada del pescuezo de Joe, fue a su escritorio y golpeó un interruptor.

—Ponme con Murray —le dijo al altavoz—. Es una semana con poco trabajo —le dijo a Sammy—. Esa es la única razón por la que te permito esto.

—Lo entiendo —dijo Sammy.

—Siéntate.

Sammy se sentó y se apoyó el portafolio en las piernas, aliviado por la oportunidad de dejarlo. Estaba lleno a rebosar de sus propios bocetos, ideas, prototipos y páginas terminadas.

Mavis Magid anunció que Murray Edelman estaba al teléfono. El director comercial de Empire Novelty dijo, tal como Sammy había sabido que diría porque todas las semanas hacía horas extras voluntarias en el departamento de Edelman, absorbiendo lo que podía de la visión sesgada y exclamatoria del anciano acerca del juego de la publicidad, que la National estaba cobrando casi siete veces la tarifa vigente por el espacio de la contraportada de sus títulos más comerciales: el número de agosto de *Action*, el último sobre el que había cifras, había vendido casi un millón y medio de ejemplares. De acuerdo con Murray, había una razón y solamente una para que se hubieran disparado salvajemente las ventas de algunos títulos del mercado relativamente incipiente de los cómics.

—Superman —dijo Anapol cuando colgó el teléfono, con el tono de alguien que pide un plato desconocido en un restaurante estrafalario. Empezó a caminar detrás de su escritorio con las manos juntas detrás de la espalda.

—Piense en el volumen de productos que podríamos vender si tuviéramos nuestro propio Superman —se oyó decir Sammy—. Podríamos llamarlos Joy Buzzer Comics. Whoopie Cushion Comics. Piense cuánto se ahorraría en anuncios. Piense...

—Basta —dijo Anapol. Dejó de caminar y pulsó otra vez el interruptor de la consola de su teléfono. Su expresión facial se había alterado y había adoptado una mueca tensa y vagamente aprensiva que Sammy podía relacionar, después de un año como empleado, con el presentimiento cauteloso de dinero. Su voz era un susurro ronco—. Ponme con Jack —dijo.

Mavis pasó la llamada a las oficinas de Racy Publications, Inc., en el piso de arriba, los editores de *Racy Police Stories*, *Racy Western* y *Racy Romance*. Jack Ashkenazy se puso al teléfono. Confirmó lo que ya había dicho Murray Edelman. Todos los editores de revistas y pulps de Nueva York estaban al corriente de las ventas explosivas de la publicación de la *National Action Comics* y de su estrella con capa y botas.

—¿Sí? —dijo Anapol—. ¿Sí? ¿De veras? ¿Y ha habido suerte?

Se apartó el auricular de la oreja y se lo puso debajo de la axila izquierda.

—Arriba ya están buscando un Superman propio —le dijo a Sammy.

Sammy saltó de su silla.

—Podemos conseguirle uno, jefe —dijo—. Podemos darle un nuevo Superman para el lunes por la mañana. Pero entre usted y yo —añadió, intentando sonar como su gran héroe, John Garfield, duro y fino al mismo tiempo, como un chico de la calle dispuesto a llevar trajes elegantes e ir a donde estuviera el dinero—. Le aconsejo que se quede una tajada de esto para usted.

Anapol se rió.

—Eso es lo que tú harías, ¿no? —dijo. Negó con la cabeza—. Lo tendré en cuenta. —Mantuvo el auricular debajo del brazo y sacó un cigarrillo de la pitillera de

su escritorio. Lo encendió e inhaló, mientras rumiaba la cuestión, con su enorme mandíbula tensa y protuberante. Luego recuperó el auricular y expulsó el humo en el micrófono—. Tal vez será mejor que bajas, Jack —dijo. Colgó y señaló con la barbilla en dirección a Joe Kavalier—. ¿Ese es tu dibujante?

—Los dos —dijo Sammy—. Quiero decir que dibujamos los dos —decidió contrarrestar la indecisión de Anapol obligándose a experimentar un rápido estallido de confianza. Fue hasta la mampara y golpeó el cristal haciendo una floritura. Joe levantó la mirada de su trabajo, sobresaltado. Como no quería poner en peligro su propio despliegue de confianza, Sammy evitó mirar de cerca lo que Joe había hecho. Al menos parecía que había llenado toda la página.

—¿Puedo...? —le dijo a Anapol, señalando en dirección a la puerta.

—¿Por qué no le haces entrar?

Sammy hizo una señal a Joe para que entrara, como un maestro de ceremonias dando la bienvenida a un trapeceista famoso bajo los focos. Joe se puso de pie, recogió el portafolio y sus lápices y entró sigilosamente en el despacho de Anapol, sujetando el cuaderno contra el pecho, con su traje ancho de tweed, con su cara famélica y su corbata, con una expresión al mismo tiempo cautelosa y conmovedoramente ansiosa por complacer. Miró al propietario de Empire Novelty como si todo el dinero que Sammy había prometido estuviera embutido en el caparazón hinchado de Sheldon Anapol y al más pequeño pinchazo o fuga pudiera brotar en forma de un torrente incontrolable de color verde.

—Hola, joven —dijo Anapol—. Me han dicho que sabes dibujar.

—¡Sí, señor! —dijo Joe, con una voz que sonó vagamente estrangulada y que los sorprendió a todos.

—Dame eso. —Sammy intentó coger el cuaderno y, sorprendido, se encontró con que Joe no lo soltaba. Durante un instante temió que su primo hubiera hecho algo tan abominable que ahora no se atrevía a enseñarlo. Luego vislumbró la esquina superior izquierda del dibujo de Joe, donde una luna hinchada asomaba detrás de una torre retorcida y un murciélago retorcido revoloteaba delante de la misma. Comprendió que lo que pasaba era, simplemente, que su primo no lo soltaba.

—Joe —dijo en voz baja.

—Necesito un poco más de tiempo —dijo Joe, dándole el cuaderno a Sammy.

Anapol salió de detrás de su escritorio, se colocó el cigarrillo encendido en la comisura de la boca, y le cogió el cuaderno a Sammy.

—¡Caramba! —dijo.

El dibujo mostraba un callejón a medianoche, adoquinado y surcado de sombras amenazantes. Se entreveían tejados inclinados, ventanas emplomadas y charcos helados en el suelo. Un hombre alto y musculoso acababa de salir de las sombras y ahora caminaba bajo la luz de la luna surcada de murciélagos. Su cuerpo era tan

robusto y macizo como sus botas con tachuelas. Iba vestido con una túnica de pliegues amplios, un grueso cinturón y un enorme y amorfo gorro de tela que parecía salido de un cuadro de Rembrandt. Aunque regulares y armoniosos, los rasgos del hombre parecían congelados y su mirada intrépida estaba vacía. Llevaba cuatro caracteres hebreos grabados en la frente.

—¿Es el Gólem? —dijo Anapol—. ¿Mi nuevo Superman es el Gólem?

—Yo no... Es un concepto nuevo para mí —dijo Joe, encallándose un poco con el inglés— He dibujado la primera cosa que yo pienso que se parece... Para mí, ese Superman es... Quizá... Solamente un Gólem americano —miró a Sammy en busca de apoyo—. ¿No es verdad?

—¿Eh? —dijo Sammy, pugnando por disimular su consternación—. Sí, claro, Joe, pero... El Gólem es... Bueno... Judío.

Anapol se frotó la robusta barbilla, mirando el dibujo. Señaló el portafolio:

—Déjame ver qué más llevas ahí.

—Tuvo que dejar toda su obra en Praga —se apresuró a decir Sammy mientras Joe desataba la cinta del portafolio—. Ha empezado a reunir algo de material nuevo esta misma mañana.

—Bueno, no trabaja muy rápido —dijo Anapol cuando vio que el portafolio de Joe estaba vacío—. Tiene talento, eso salta a la vista, pero... —La mirada dubitativa volvió a su cara.

—Joe —exclamó Sammy—. ¡Dile dónde estudiaste!

—En la Academia de Bellas Artes de Praga —dijo Joe.

Anapol dejó de frotarse la barbilla.

—¿La Academia de Bellas Artes?

—¿Qué es eso? ¿Quiénes son estos dos? ¿Qué está pasando aquí? —Jack Ashkenazy entró a saco en el despacho sin avisar ni llamar a la puerta. Todavía no se le había empezado a caer el pelo y vestía con mucha más elegancia que su cuñado, con una marcada preferencia por los chalecos a cuadros y los zapatos de dos tonos. Debido a que había prosperado con más rapidez que Anapol, al menos para los criterios del edificio Kremler, no se había visto obligado a desarrollar el encanto acartonado de vendedor de su pariente, pero sí que compartía la ansiedad de Anapol por aligerar a la juventud americana del opresivo manto nacional de aburrimiento, vendiéndoles dosis de remedio a diez centavos. Se sacó el puro de la boca y le quitó el cuaderno de las manos a Anapol.

—Precioso —dijo—. Pero tiene la cabeza demasiado grande.

—¿La cabeza demasiado grande? —dijo Anapol—. ¿Eso es lo único que sabes decir?

—Y el cuerpo demasiado pesado. Parece hecho de piedra.

—Está hecho de piedra, idiota. Es un Gólem.

—De arcilla —dijo Joe. Tosió—. Puedo hacer algo más ligero.

—Puede hacer lo que ustedes quieran —dijo Sammy.

—Lo que sea —corroboró Joe. Entonces la inspiración pareció asaltarlo, abrió mucho los ojos y se volvió hacia Sammy—. A lo mejor tendría que enseñarles mi pedo.

—Solamente ha leído un cómic —dijo Sammy, ignorando su sugerencia—. Pero yo los he leído todos, jefe. He leído todos los números de *Action*. He estudiado el tema. Sé cómo se hace. Miren —cogió su portafolio y desató los cordeles. Era un portafolio barato de cartón comprado en Woolworth's, como el de Joe, pero ajado, arañado y cuidadosamente mellado. No se podía aparecer en la sala de espera de un director artístico con un portafolio que pareciera nuevo. Todo el mundo se daría cuenta de que uno era principiante. El otoño pasado, Sammy se había pasado una tarde entera golpeando el suyo con un martillo, pisándolo con un par de zapatos de tacón de su madre y derramando café encima. Por desgracia, después de comprarlo solamente había sido capaz de alimentarlo con dos historietas, una de ellas en una revista completamente carente de humor llamada *Jajá* y la otra en *Belle-Views*, la revista corporativa del hospital psiquiátrico donde trabajaba su madre.

—Yo puedo hacer de todo —se jactó, sacando un puñado de páginas de muestra y repartiéndolas. Lo que quería decir, con mayor exactitud, era que él podía robar de todo.

—No están del todo mal —dijo Anapol.

—Pero no son preciosas —dijo Ashkenazy.

Sammy fulminó a Ashkenazy con la mirada, no porque hubiera insultado su trabajo —nadie era más consciente de sus limitaciones artísticas que el mismo Sam Clay— sino porque Sammy sentía que estaba a las puertas de algo maravilloso, de una tierra donde las cataratas furiosas de dinero y el río desbocado de su propia imaginación podrían, por fin, arrastrar su pequeña balsa de fabricación propia y llevarla hasta la libertad sin límites del mar abierto. Jack Ashkenazy, cuyos ojos llorosos Sammy imaginaba que se podrían apuñalar fácilmente con el abrecartas del escritorio de Anapol, amenazaba con interponerse en su camino. Anapol vio la mirada de intenciones asesinas de Sammy y se arriesgó a valerse de ella.

—¿Qué te parece si dejamos que estos chavales se vayan a casa el fin de semana e intenten traernos un Superman? —Clavó una mirada afilada en Sammy—. Un Superman a nuestro estilo, claro.

—Por supuesto.

—¿Cómo de larga es una historia de Superman?

—Probablemente doce páginas.

—Quiero un personaje y una historia de doce páginas para el lunes.

—Vamos a necesitar más que eso —dijo Ashkenazy— Esos cómics suelen tener

cinco o seis personajes por revista. Ya sabes, un espía. Un detective privado. Un vengador secreto de los indefensos. Un chino malvado. Estos dos no pueden inventarse todo eso y además dibujarlo. Yo tengo artistas, Shelly. Tengo a George Deasey.

—¡No! —dijo Sammy. George Deasey era el director editorial de *Racy Publications*. Se trataba de un viejo periodista malhumorado y tiránico que inundaba los ascensores del edificio Kremler con su olor brutal a whisky de centeno—. Es mío. Nuestro, mío y de Joe. Jefe, yo puedo hacerme cargo de todo.

—Absolutamente, jefe —dijo Joe.

Anapol sonrió.

—No te pierdas a este chaval —dijo—. Tú límitate a traerme un Superman —continuó, poniendo una mano a modo de placaje en el hombro de Sammy—. Luego ya veremos de qué te puedes hacer cargo y de qué no. ¿De acuerdo, tío?

—Los radios —dijo Joe—. Los radios pequeños de ahí fuera.

—Oh, olvídate de las malditas radios, Joe, ¿quieres? —dijo Sammy.

—¿Las radios enanas? —dijo Anapol.

Joe asintió.

—Todos tienen problema de cables. Todos de la misma manera. Un cablecito no está, emmm. Así. —Juntó la yema de un índice con la del otro—. Pegado al resistidor.

—¿Quieres decir a la resistencia?

—¿Entiendes de radios? —Anapol frunció los ojos con gesto de duda—. ¿Estás diciendo que podrías arreglarlas?

—Oh, seguro, jefe. Fácil para mí.

—¿Cuánto me costaría?

—Nada. Unos centavos para el... No conozco la palabra —puso los dedos en forma de pistola—. *Wcichlöte*. Hay que derretirlo.

—¿Un soldador? ¿Una pistola de soldar?

—Eso es. Pero quizá puedo pedirlo prestado.

—Solamente unos centavos, ¿eh?

—Tal vez un centavo por radio, cada uno.

—Eso me deja casi en precio de coste.

—Pero no pasa nada, no cobro por el trabajo.

Sammy miró a su primo, asombrado y solamente un poco molesto porque hubiera secuestrado la negociación. Vio que Anapol miraba a su primo con una ceja levantada y una expresión que podía resultar prometedora o amenazante.

Por fin Jack Ashkenazy asintió.

—Solamente una cosa —dijo. Cogió a Joe del brazo, sujetándolo antes de pudiera escurrirse fuera del despacho, con su Gólem de ojos vidriosos y su portafolio vacío

—. Estamos hablando de un cómic, ¿de acuerdo? Tal vez «no del todo mal» sea preferible a «precioso».

TRES

La primera reunión oficial de su sociedad se convocó en la puerta del edificio Kramler, en medio de un nimbo formado por las respiraciones de los chicos y el humo subterráneo que salía de una rejilla en la acera.

—Ha ido bien —dijo Joe.

—Ya lo sé.

—Ha dicho sí —recordó Joe a su primo, que estaba dándose golpecitos con una mano en la parte delantera de su abrigo y tenía una expresión de pánico en la cara, como si acabara de darse cuenta de que se había dejado algo importante en el despacho de Anapol.

—Sí, es verdad. Ha dicho que sí.

—Sammy. —Joe extendió un brazo y agarró la mano errática de Sammy, deteniendo su registro de los bolsillos, del cuello y de la corbata—. Ha ido bien.

—Sí, ha ido bien, mierda. Solamente le ruego a Dios que podamos hacerlo.

Joe soltó la mano de Sammy, asombrado por aquella repentina manifestación de duda. Le había cautivado por completo la audaz aplicación que había hecho Sammy de la ciencia del oportunismo. Toda la mañana, incluyendo el trayecto traqueteante por la oscuridad fluctuante bajo el East River, la corriente ascendente de bocinas y los bloques de oficinas elevados que los habían acompañado hasta la estación del metro, las docenas de miles de hombres y mujeres que los habían rodeado de inmediato, el ruido de teléfonos y el parloteo interrumpido por el estallido de globos de chicle de los empleados y secretarias de las oficinas de Sheldon Anapol, la mole agobiada y calculadora del propio Anapol, la conversación sobre cifras de ventas, competencia y grandes ingresos, todo esto había resultado tan parecido a las ideas sobre la vida en América que Joe se había hecho viendo películas, que si ahora un avión aterrizara en medio de la calle Veinticinco y de él desembarcara una docena de hadas de la democracia en bañador con la intención de otorgarle la presidencia de General Motors, un contrato con la Warner Bros y un ático en la Quinta Avenida con piscina en el salón, también habría dado la bienvenida a todo aquello con la misma ausencia irreal de sorpresa. Hasta ahora no se le había ocurrido pensar que el despliegue de audaz confianza empresarial de su primo pudiera haber sido un farol absoluto, que estaban a ocho grados y él no tenía sombrero ni guantes, que tenía el estómago vacío, la cartera también y que él y Sammy no eran más que una pareja de jovencitos imberbes atrapados por una promesa precipitada y cuestionable.

—Pero yo tengo fe en ti —dijo Joe—. Confío en ti.

—Me alegra oír eso.

—En serio.

—Me gustaría saber por qué.

—Porque —dijo Joe— no tengo elección.

—Ajá.

—Necesito dinero —dijo Joe, y luego intentó añadir—. Maldita sea.

—Dinero. —La palabra pareció tener un efecto regenerativo en Sammy y lo sacó de su estupor—. Vale. Muy bien. En primer lugar, necesitamos caballería.

—¿Caballería?

—Tropas. Hombres.

—Dibujantes.

—¿Por qué no los llamamos «hombres» de momento?

—¿Sabes dónde podemos encontrar a alguno?

Sammy pensó un momento.

—Creo que sí —dijo—. Ven.

Tomaron una dirección que a Joe le pareció que debía de ser al oeste. Mientras caminaban, Sammy pareció enfrascarse rápidamente en sus pensamientos. Joe intentó imaginar el tren de los pensamientos de su primo, pero no tenía nada claros los detalles de la tarea que tenían entre manos y al cabo de un momento lo dejó estar y se limitó a seguir sus pasos. El ritmo de Sammy era pausado y sinuoso, y a Joe le resultó todo un reto no adelantarse a él. Por todas partes se oía un zumbido que al principio atribuyó a la circulación de la sangre en sus propios oídos y después comprendió que era el ruido que hacía la propia calle Veinticinco, compuesto por un centenar de máquinas de coser en un taller de mala muerte por encima de sus cabezas, las rejillas de salida de humos al fondo de un almacén y los trenes que circulaban muy por debajo de la superficie negra de la calle. Joe renunció a pensar como su primo, a confiar en él o a poner en él su fe y se limitó a caminar, con la cabeza bullendo, en dirección al río Hudson, aturdido por la novedad del exilio.

—¿Quién es? —dijo Sammy por fin, mientras cruzaban una calle ancha que un letrero identificaba, de forma casi inverosímil, como la Sexta Avenida. ¡La Sexta Avenida! ¡El río Hudson!

—¿Quién es? —dijo Joe.

—¿Quién es y qué hace?

—Vuela.

Sammy negó con la cabeza.

—Superman vuela.

—¿Y el nuestro no?

—Yo había pensado...

—Ser original.

—Si podemos. Por lo menos intentar que no vuele. Que no vuele, que no tenga la fuerza de cien hombres, que no tenga la piel a prueba de balas.

—Vale —dijo Joe. El zumbido pareció amortiguarse un poco—. ¿Y qué hacen los

demás?

—Bueno, Batman...

—Vuela como murciélago.

—No, no vuela.

—Pero es ciego.

—No, solamente se disfraza. No tiene ningún atributo de murciélago. Usa los puños.

—Parece aburrido.

—En realidad es muy siniestro. Te gustaría.

—Tal vez otro animal.

—Hum, bueno, vale. El Halcón. El Hombre Halcón.

—El halcón está bien. Pero tiene que volar.

—Sí, tienes razón. Tacha la familia de las aves. El, emmm, el Zorro. El Tiburón.

—Ese ha de nadar.

—Podemos hacer uno que nade. Pero mejor que no. Conozco un tipo que trabaja en el taller de Chesler y me dijo que ya estaban haciendo uno que nadaba. Para la Timely.

—¿Y un león?

—El León. El Hombre León.

—Podría ser fuerte. Y ruge muy alto.

—Tiene un super rugido.

—Que da el miedo.

—Rompe los platos.

—Los malos se quedan sordos al oírlo.

Los dos se echaron a reír. Joe dejó de reír.

—Creo que tenemos que ser serios —dijo.

—Tienes razón —dijo Sammy—. El León no tiene buena pinta. Los leones son perezosos. ¿Qué tal el Tigre? El Hombre Tigre. No, no. Los tigres matan. Mierda. Veamos.

Empezaron a registrar las filas del reino animal, concentrándose naturalmente en los depredadores: el Gato, el Lobo, el Búho, la Pantera, el Oso Negro. Consideraron a los primates: el Mono, el Hombre Gorila, el Gibón, el Simio, el Mandril con su culo multicolor maravilloso que usaba para aturdir a sus oponentes.

—Seriedad —le reprendió nuevamente Joe.

—Lo siento, lo siento. Oye, olvídate de los animales. Todo el mundo va a pensar en animales. Créeme: en dos meses, para cuando nuestro héroe llegue a los quioscos, va a haber tipos corriendo disfrazados de todos los malditos animales del zoo. Pájaros. Insectos. Héroe submarinos. Y te apuesto lo que sea a que habrá cinco tipos que serán superfuertes, invulnerables y puedan volar.

—Va tan deprisa como la luz —sugirió Joe.

—Sí, supongo que ir deprisa está bien.

—O tal vez puede hacer que las cosas ardan. Puede... ¡Escucha! Tal vez puede, ya sabes. Echar fuego con los ojos.

—Se le derretirían los globos oculares.

—Pues con los manos. ¡O por qué no se convierte en fuego!

—También lo han hecho en la Timely. Tienen a uno de fuego y a otro que va por el agua.

—Se convierte en hielo. Hace que haya hielo por todas partes.

—¿Picado o en cubitos?

—¿No es buena idea?

Sammy negó con la cabeza.

—Hielo —dijo—. No creo que el hielo dé muchas historias.

—¿Se convierte en electricidad? —probó Joe—. ¿Se convierte en ácido?

—Se convierte en salsa de asado. Se convierte en un sombrero enorme. Escucha, déjalo. Déjalo estar, ¿vale?

Se pararon en medio de la acera, entre la Sexta y la Séptima Avenida, y entonces fue cuando Sam Clay experimentó un momento de visión global, un momento que más adelante percibiría como el único roce que le iba a ser concedido en toda su vida con el faldón diáfano y de color de dólar de la túnica del Ángel de Nueva York.

—No se trata de eso —dijo—. No se trata de que se parezca a un gato o a una araña o a un puto lobezno. Ni de que sea enorme, sea diminuto, pueda lanzar llamas o hielo o rayos letales o Vat 69. Ni de que se convierta en fuego, en agua, en piedra o en caucho. Podría ser un marciano, podría ser un fantasma, podría ser un dios o un demonio o un hechicero o un monstruo. ¿De acuerdo? No importa. Porque ahora mismo, fíjate, en este momento, todo el mundo se está subiendo al mismo carro. Te lo aseguro. Todos los chavalines como yo de Nueva York que creen que hay vida en Alfa Centauri y a quienes zurren en la escuela y que son capaces de oler un dólar están intentando subirse al carro. Todos están con un lápiz en el bolsillo de la camisa, diciendo: «Es como un halcón, no, es como un tornado, no, es como un puto perro salchicha». ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y no importa lo que se nos ocurra ni cómo lo vistamos. Seguro que algún otro personaje con el mismo truco, con el mismo estilo de botas y el mismo dibujo en el pecho ya está en las calles o sale a la venta mañana o lo van a inventar copiándolo de nuestro héroe al cabo de una semana y media.

Joe escuchaba con paciencia, esperando la conclusión de la perorata, pero Sammy parecía haber perdido el hilo. Joe siguió la mirada de su primo por la acera pero solamente vio a una pareja de lo que parecían ser marineros británicos encendiendo

sus cigarrillos con una sola cerilla que protegían con las manos.

—Así pues... —dijo Sammy—. Así pues...

—Así pues no se trata de eso —le apuntó Joe.

—Eso es lo que estoy diciendo.

—Continúa.

Siguieron caminando.

—No se trata de cómo. No se trata de qué —dijo Sammy.

—Se trata de por qué.

—Se trata de por qué.

—Por qué —repitió Joe.

—¿Por qué lo hace?

—¿Hace el qué?

—Vestirse de mono o de cubito de hielo o de una puta lata de maíz.

—Para combatir al crimen, ¿no?

—Bueno, sí, para combatir al crimen. Para combatir el mal. Pero eso es lo que hacen todos los demás. Es lo único que hacen. Se limitan... Ya sabes, es lo correcto y por eso lo hacen. ¿Tan interesante es eso?

—Ya veo.

—Solamente Batman, ya sabes... Sí, fíjate, él está bien. Por eso Batman está bien y no resulta aburrido, aunque solamente sea un tipo que se disfraza de murciélago y se lía a puñetazos.

—¿Cuál es la razón de Batman? ¿El por qué?

—A sus padres los mataron. A sangre fría. Y él lo vio con sus propios ojos, cuando era niño. Los mató un atracador.

—Es una venganza.

—Eso es interesante —dijo Sammy—. ¿Lo ves?

—Y se volvió loco.

—Bueno...

—Y por eso se pone el disfraz de murciélago.

—En realidad no llegan nunca a decir que se haya vuelto loco —dijo Sammy—. Pero supongo que está entre líneas.

—Así pues, necesitamos averiguar cuál es el porqué.

—«Cuál es el porqué» —ratificó Sammy.

—Eh, Flattop.¹

Joe levantó la vista y vio a un joven de pie delante de ellos. Era corto de talla y regordete y su cara, salvo por unas enormes gafas negras, resultaba invisible debajo de una intrincada combinación de pañuelo, gorro y orejeras.

—Julius —dijo Sammy—. Este es Joe. Joe, este es un amigo del vecindario, Julie Glovsky.

Joe le ofreció la mano. Julie la examinó un momento, luego le ofreció su propia mano diminuta. Llevaba un sobretodo de lana negra, un gorro de cuero con forro de pelo, unas orejeras enormes y unos pantalones de pana verde demasiado cortos.

—El hermano de este tipo es el que te dije —le dijo Sammy a Joe—. El que gana tanto dinero con los cómics. ¿Qué estás haciendo aquí?

Julie Glovsky se encogió de hombros desde las profundidades de su ropa de abrigo.

—Necesito ver a mi hermano.

—Qué coincidencia. Nosotros también necesitamos verle.

—¿Sí? ¿Y por qué? —Julie Glovsky tembló—. Pero cuéntamelo deprisa porque se me van a caer las pelotas.

—¿Se te van a caer por el frío o, ya sabes, por la atrofia?

—Qué gracioso.

—Soy gracioso.

—Por desgracia no lo eres en la acepción de «dotado de sentido del humor».

—Qué gracioso.

—Soy gracioso. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—¿Por qué no vienes a trabajar para mí?

—¿Para ti? ¿Haciendo qué? ¿Vendiendo cordones de zapato? En casa todavía tenemos una caja. Mi madre los usa para coser los pollos.

—Nada de cordones. ¿Conoces a mi jefe, Sheldon Anapol?

—¿Por qué lo iba a conocer?

—Pues bueno, es mi jefe. Va a asociarse con su cuñado, Jack Ashkenazy, a quien tampoco conoces, pero es el editor de *Racy Science*, *Racy Combat*, etcétera. Van a editar cómics y están buscando nuevos talentos.

—¿Qué? —La cara de tortuga de Julie pareció asomar desde las sombras de su caparazón de lana—. ¿Y crees que me contratarían a mí?

—Lo harán si yo se lo digo —dijo Sammy—. Porque resulta que soy el director artístico en jefe.

Joe miró a Sammy y levantó una ceja. Sammy se encogió de hombros.

—Joe y yo estamos planeando el primer título. Todo serán aventuras de héroes. Todos con disfraces —dijo, improvisando—. Ya sabes, como Superman. Batman. Blue Beetle. Cosas de esas.

—Leotardos.

—Exactamente. Leotardos. Máscaras. Grandes musculaturas. Se va a llamar *Masked Man Comics* —continuó—. Joe y yo ya nos estamos encargando de la serie principal, pero necesitamos apoyo. ¿Te parece que puedes hacer algo para nosotros?

—Joder, sí, Flattop. Cuenta con ello.

—¿Y tu hermano?

—Claro, siempre está buscando más trabajo. Lo tienen haciendo *El Conejo Romeo* por treinta dólares a la semana.

—Muy bien, pues, también estás contratado. Los dos estáis contratados. Con una condición.

—¿Qué condición?

—Necesitamos un sitio donde trabajar —dijo Sammy.

—Entonces hecho —dijo Julie—. Supongo que podemos trabajar en el Nido de Ratas. —Se acercó a Sammy mientras empezaban a alejarse y bajó la voz. El chaval alto y flaco de la narizota se había quedado unos pasos rezagado para encender un cigarrillo—. ¿Quién demonios es ese tipo?

—¿Este? —dijo Sammy. Cogió a su primo del codo y tiró de él hacia delante como si lo estuviera arrastrando al centro del escenario para recibir una merecida ovación. Le agarró un mechón de pelo y le dio un tironcito, meneándole la cabeza de un lado a otro sin soltarle el pelo y al mismo tiempo sonriéndole. Si Joe fuera una chica, Julie Glovsky casi habría pensado que Sammy estaba tirándole los trastos—. Este es mi socio.

CUATRO

Sammy tenía trece años cuando su padre, la Poderosa Molécula, llegó a casa. El circuito de vodevil de Wertz había cerrado sus puertas aquella primavera, víctima de Hollywood, la Depresión, la mala gestión, el mal tiempo, la falta de talento, la ignorancia filistea y una lista de otros azotes y furias cuyos nombres el padre de Sammy invocaba, con furia de ensalmo, en el curso de los largos paseos que dieron juntos aquel verano. Entre la gente a quien echaba en algún momento la culpa de su repentino desempleo, sin demasiada lógica o coherencia, se contaban banqueros, sindicatos, jefes, Clark Cable, los católicos, los protestantes, los dueños de los teatros, los homosexuales, los números caninos, los números con monos, los tenores irlandeses, los canadienses anglófonos, los canadienses francófonos y el propio señor Hugo Wertz.

—Al infierno con ellos —terminaba invariablemente con un gesto de desdén que, en el crepúsculo de un día de julio, quedaba dibujado por el arco luminoso de su puro—. Un día la Molécula les dirá a todos que los follen.

El uso libre y despreocupado del lenguaje obsceno, así como los puros, la furia lírica, el gusto por los gestos ampulosos, los errores gramaticales y el hábito de hablar de sí mismo en tercera persona, todo ello le resultaba maravilloso a Sammy. Hasta aquel verano de 1935, había tenido pocos recuerdos o impresiones nítidas de su padre. Y todas las cualidades mencionadas (entre otra muchas que poseía la Molécula), constituían, en opinión de Sammy, razón suficiente para que su madre expulsara a la Molécula de su casa durante otra docena de años. Solamente venciendo grandes recelos y gracias a la intervención directa del rabino Baitz ella consintió en que el hombre volviera a casa. Y sin embargo Sammy comprendió, desde el momento en que reapareció su padre, que solamente la pura necesidad podía haber inducido al Genio de la Cultura Física a volver con su mujer y su hijo. Durante los últimos doce años había deambulado, «libre como un maldito pájaro en la maleza», por las misteriosas ciudades septentrionales del circuito de Wertz, desde Augusta en Maine, hasta Vancouver en la Columbia Británica. Un nerviosismo casi patológico, combinado con la nostalgia que empañaba su cara de simio, diminuta e inteligente, siempre que hablaba de sus años en la carretera, le mostraba con claridad a su hijo que tan pronto como se presentara la oportunidad se pondría de nuevo en marcha.

El profesor Alphonse von Clay, la Poderosa Molécula (nacido Alter Klayman en Drakop, un pueblo rural al este de Minsk) había abandonado a su mujer y su hijo poco después de nacer Sammy, aunque a partir de entonces enviaría todas las semanas un giro por valor de veinticinco dólares. Sammy llegó a conocerle únicamente por las historias furibundas de Ethel Klayman y por los extraños y falaces recortes de fotos de prensa que la Molécula enviaba, sacados de las páginas de

espectáculos del *Tribune* de Helena, de la *Gazette* de Kenosha o del *Bulletin* de Calgary, y metidos, junto con restos de ceniza de puro, en un sobre sellado con la huella de una copa y el nombre de algún hotelucho de mala muerte. Sammy iba recopilando aquellos recortes dentro de una bolsa de terciopelo azul que colocaba debajo de su almohada antes de irse a dormir por las noches. Soñaba a menudo e intensamente con aquel hombrecillo diminuto y musculoso con bigote de gondolero que era capaz de levantar una caja fuerte de banco por encima de la cabeza y de derrotar a un percherón en el juego del tira y afloja. Las aclamaciones y honores que se describían en los recortes, y los nombres de monarcas de Europa y de Oriente Próximo que supuestamente los habían otorgado, cambiaban con el paso de los años, pero las mentiras básicas de la biografía de la Poderosa Molécula siempre eran las mismas: diez años de soledad estudiando textos de la antigua Grecia en las polvorientas bibliotecas del Viejo Mundo; horas de dolorosos ejercicios diarios desde los cinco años de edad, un régimen alimentario consistente únicamente en legumbres frescas, mariscos y fruta, todo crudo; una vida entera dedicada al cultivo meticuloso de pensamientos puros, sanos e inocentes y la abstinencia total de conductas inmorales e insalubres.

Con el paso de los años, Sammy consiguió arrancarle a su madre gotas escasas y preciosas de información factual sobre su padre. Averiguó que la Molécula, que sacaba su nombre artístico de la circunstancia de que, calzado con unos borceguíes de lamé dorado hasta los muslos, medía poco más de metro cincuenta y cinco de altura, había sido detenido por el zar en 1911 y recluido en la misma celda que un forzado de circo de Odessa con ideas políticas conocido como Belz el Tren de Mercancías. Sammy sabía que había sido el anarcosindicalista Belz y no los sabios de la antigua Grecia quien había entrenado físicamente a su padre y le había inculcado la abstinencia del alcohol, la carne y el juego, aunque no de las mujeres y los puros. Y sabía que había sido en 1919 en el Kurtzburg's Saloon del Lower East Side donde su madre se había enamorado de Alter Klayman, que acababa de llegar del campo y estaba trabajando como vendedor ambulante de hielo y transportista autónomo de pianos.

La señorita Kavalier tenía casi treinta años cuando se casó. Era cuatro pulgadas más bajita que su diminuto marido, nervuda, de mandíbula prominente y con los ojos del color gris pálido del agua de lluvia encharcada en un plato olvidado en el alféizar de una ventana. Llevaba el pelo negro invariablemente recogido en un moño. A Sammy le resultaba imposible imaginar cómo debía haber sido su madre en aquel verano de 1919, una chica ya no tan joven trastornada y elevada por una repentina ráfaga de erotismo, transfigurada por los brazos surcados de venas de aquel homúnculo garboso que le guiñaba el ojo mientras metía bloques de cincuenta kilos de hielo en la penumbra de la taberna de su primo Lev Kurtzburg en Ludlow Street.

No es que Ethel fuera insensible: al contrario, podía ser, a su modo, una mujer apasionada y sensible a los embates de la nostalgia lacrimógena, propensa a escandalizarse y a que las malas noticias, la mala suerte o las facturas del médico la hundieran en pozos negros y profundos de desesperación.

—Llévame contigo —le dijo Sammy a su padre una noche después de la cena, mientras paseaban por Pitkin Avenue, de camino a New Lots o Canarsie o a donde fuera que el impulso errático de la Molécula los dirigiera aquella noche. Sammy se había dado cuenta de que la Molécula, como los caballos, no se sentaba nunca. Inspeccionaba todas las habitaciones donde entraba, primero iba de arriba para abajo, luego de adelante hacia atrás, miraba detrás de las cortinas, sondeaba los rincones con la mirada o con la punta de un zapato, comprobaba los cojines de la silla o del sofá con una sentadita cautelosa y luego se ponía otra vez en pie de un salto. Si por alguna razón se veía obligado a permanecer de pie sin moverse, se balanceaba de adelante hacia atrás como cuando uno tiene que ir a orinar, haciendo tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo. Nunca dormía más de cuatro horas por noche, y aun así, de acuerdo con la madre de Sammy, dormía con inquietud, revolviéndose, respirando entrecortadamente y gimiendo. Y parecía incapaz de quedarse quieto durante más de una o dos horas. Aunque le enfurecía y le humillaba, el proceso de buscar trabajo, de cruzar una y otra vez el Lower Manhattan y Times Square y visitar las oficinas de los agentes y gerentes de circuitos, se le daba bien. Los días que se quedaba en Brooklyn deambulando por el apartamento, conseguía poner nervioso a todo el mundo a base de ir de un lado para otro, balancearse y con sus viajes cada hora a la tienda en busca de puros, plumas, programas de las carreras de caballos, medio pollo asado o cualquier otra cosa. En el curso de sus paseos de después de la cena, padre e hijo llegaban muy lejos y apenas descansaban. Exploraban los distritos del Este y llegaban hasta Kew Gardens y East New York. Cogían el ferry desde la Bush Terminal hasta Staten Island, donde paseaban desde St. George hasta Todt Hill y regresaban bastante pasada la medianoche. En las escasas ocasiones en que se subían en un tranvía o cogían el tren, iban de pie, aunque el vagón estuviera vacío. En el ferry de Staten Island, la Molécula rondaba por las cubiertas como un personaje de Joseph Conrad, mirando el horizonte con inquietud. De vez en cuando en el curso de una caminata, se detenían en una tienda de puros o en un drugstore, donde la Molécula pedía un tónico de apio Cel-Ray para él y un vaso de leche para el chico y, despreciando el taburete de acerocromo con su asiento de vinilo, se tomaba su Cel-Ray de pie. Y una vez en Flatbush Avenue, habían entrado en un cine donde estaban pasando *Tres lanceros bengalíes*, pero solamente se habían quedado a ver el noticiario antes de volver a la calle. Los únicos lugares adonde la Molécula no quería ir eran Coney Island, en cuyas barracas más inmundas había sufrido tormentos no especificados tiempo atrás, y Manhattan. Ya se hartaba de Manhattan durante el día, decía, y lo que es más, la

presencia en aquella isla del Palace Theatre, el pináculo y meca sagrada del vodevil, era como un reproche constante para la susceptible y rencorosa Molécula, que nunca había pisado los varios pisos de su escenario y nunca llegaría a hacerlo.

—No puedes dejarme con ella. No es sano para un chico de mi edad vivir con una mujer así.

La Molécula se detuvo y miró a su hijo. Iba vestido, como siempre, con uno de los tres trajes negros que tenía, planchado y gastado en los codos. Aunque todos sus trajes estaban hechos a medida, a pesar de ello amenazaban con romperse por la presión de su cuerpo. Tenía la espalda y los hombros tan anchos como la calandra de un camión, los brazos tan gruesos como los muslos de un hombre normal y sus muslos, cuando estaban juntos, rivalizaban en contorno con su pecho. Su cintura tenía un aspecto extrañamente frágil, como la garganta de un reloj de arena. Llevaba el pelo casi al rape y un anacrónico bigote de manillar. En sus fotos publicitarias, para las que a menudo posaba sin camisa o con un leotardo ajustado, aparecía liso como un lingote pulimentado, pero con ropa de calle tenía un aspecto rígido y cómico, y el pelo oscuro que le salía por los puños y el cuello le daba un aspecto como de simio con pantalones salido de una viñeta que satirizara la vanidad humana.

—Escúchame, Sam —la Molécula parecía desconcertado por la petición de su hijo, casi como si coincidiera con sus propios pensamientos o tal vez, la idea le pasó por la cabeza a Sammy, como si lo hubiera pillado a punto de largarse de la ciudad—. Nada me hace más feliz que llevar a ti conmigo —continuó, con la irritante imprecisión que le confería su falta de dominio de la gramática. Alisó el pelo de Sammy con su manaza abierta—. Pero entonces uno piensa, joder, mierda, menuda idea de locos.

Sammy empezó a protestar, pero su padre levantó la mano. No había terminado de hablar, y en el balance de su discurso Sammy intuyó o imaginó un leve resquicio de esperanza. Sabía que había elegido una noche particularmente propicia para hacer su ruego. Aquella noche sus padres se habían peleado en la mesa por la cena. Ethel se burlaba del régimen alimentario de la Molécula, afirmando no solamente que el consumo de verduras crudas no tenía ninguno de los efectos positivos que su marido le atribuía sino que además el hombre aprovechaba la menor oportunidad para escurrirse hasta la esquina de la calle para comer en secreto filetes, chuletas de ternera y patatas fritas. Aquella tarde, el padre de Sammy había regresado al apartamento de Sackman Street (todavía no se habían trasladado a Flatbush) después de haber pasado la tarde buscando trabajo con una bolsa llena de calabazas y calabacines italianos. Dejó caer la bolsa en la mesa de la cocina con un guiño y una sonrisa como si fuera un cargamento de material robado. Sammy nunca había visto nada parecido a aquellas verduras. Eran frías y lisas y al frotarlas entre ellas hacían un ruido como de goma. Se podía ver el sitio por donde las habían cortado de la

planta. Sus tallos amputados, hexagonales y con textura de madera, sugerían una maraña verde y frondosa que parecía llenar la cocina con su vago aroma a tierra. La Molécula partió una de aquellas calabazas por la mitad y acercó su pulpa pálida y brillante a la nariz de Sammy. Luego se metió una mitad en la boca y hundió los dientes en ella, sonriendo y haciendo un guiño a Sammy mientras masticaba.

—Es bueno para las piernas —dijo, saliendo de la cocina para quitarse los sinsabores del día con una ducha.

La madre de Sammy hirvió las verduras hasta convertirlas en una masa de filamentos grises.

Cuando la Molécula vio lo que había hecho, hubo palabras duras y amargas. Luego la Molécula había agarrado con brusquedad a su hijo, como un hombre que cogiera su sombrero, y lo había arrastrado fuera de la casa hasta la noche calurosa. Llevaban caminando desde las seis. Hacía rato que el sol se había puesto y el cielo del oeste era una mancha neblinosa de púrpura, naranja y azul gris pálido. Habían estado caminando por la avenida Z, peligrosamente cerca de la zona prohibida de los viejos barracones que la Molécula asociaba con el desastre.

—No creo que tú imagines como es la vida ahí fuera para mí —dijo mientras caminaban—. Crees que es como en el circo de las fotos. Todos los payasos y el enano y la mujer gorda sentados alrededor de un buen fuego comiendo goulash y cantando canciones con un acordeón.

—Eso no es lo que creo —dijo Sammy, aunque aquella observación había sido asombrosamente precisa.

—Si te llevara conmigo —y es una simple conjetura— tendrías que trabajar muy duro —dijo la Molécula—. Solamente te aceptarán si eres capaz de trabajar.

—Soy capaz —dijo Sammy, y extendió un brazo en dirección a su padre—. Mira esto.

—Sí —dijo la Molécula. Palpó cuidadosamente los brazos robustos de su hijo por encima y por debajo, más o menos de la misma forma en que Sammy había tocado el calabacín aquella tarde—. Tus brazos no están mal. Pero tus piernas no están muy bien que digamos.

—Caramba, papá, tuve la polio. ¿Qué quieres?

—Ya sé que tuviste la polio. —La Molécula se detuvo nuevamente. Frunció el ceño y en su cara Sammy vio rabia y arrepentimiento y algo más que parecía casi nostalgia. Pisó la punta de su puro, se desperezó y se estremeció un poco, como si intentara sacudirse de encima las ataduras con que su mujer y su hijo le habían rodeado los hombros—. Menudo día de mierda he tenido. Joder.

—¿Qué pasa? —dijo Sammy— Eh, ¿adónde vas?

—Necesito pensar —dijo su padre— Necesito pensar sobre lo que me estás pidiendo.

—De acuerdo —dijo Sammy. Su padre había empezado a caminar de nuevo, girando a la derecha por la avenida Nostrand, dando zancadas con sus piernas cortas y gruesas mientras Sammy intentaba seguir sus pasos. Así llegó a un edificio en concreto, de estilo árabe, o tal vez simplemente se suponía que tenía que parecer marroquí. Estaba allí en medio de la manzana, entre el tenderete de un cerrajero y un patio lleno de maleza donde había lápidas amontonadas sin inscribir. Dos torretas finas, rematadas con churretes puntiagudos de yeso descascarillado, señalaban al cielo de Brooklyn en cada esquina del tejado. No tenía ventanas y su amplia fachada estaba recubierta con un mosaico exageradamente elaborado de baldosines cuadrados, de color azul como la panza de una mosca y de un gris jabonoso que alguna vez debió de haber sido blanco. Muchos de los baldosines faltaban, estaban rotos, se los habían llevado o se habían caído. Se entraba por un arco amplio de baldosines azules. A pesar de su aspecto abandonado y de su aire efectista de oriente Misterioso estilo Coney Island, tenía algo cautivador. A Sammy le hizo acordarse de la ciudad de cúpulas y minaretes que se podía vislumbrar, lejana e ilusoria, al fondo de las letras de un paquete de Chesterfield. Junto al arco de la entrada, en letras de azulejos blancos bordeados de azul, había la inscripción GRAN HAMMAM DE BRIGHTON.

—¿Qué es un hammam? —dijo Sammy cuando entraron. De inmediato le asaltó la nariz un aroma acre a pino, el olor a chamusquina de la ropa planchada, a ropa mojada y a algo más penetrante por encima de todo, un olor humano, salado y rancio.

—Son unos baños —dijo la Molécula—. ¿Sabes lo que son unos baños?

Sammy asintió.

—Cuando es hora de pensar —dijo la Molécula—, me gusta tomar unos baños.

—Oh.

—Odio pensar.

—Sí —dijo Sammy—. Yo también.

Dejaron sus ropas en el vestuario, en una casilla negra y alta que chirrió y se cerró con el estrépito metálico de un instrumento de tortura. Luego chapotearon por un largo pasillo embaldosado hasta la sala de vapor principal de los baños de Brighton. Sus pasos arrancaban eco del suelo como si estuvieran en una sala muy grande. El calor era atroz y Sammy sintió que no podía hacer llegar bastante aire a sus pulmones. Quería volver corriendo al fresco de la noche de Brooklyn, pero continuó caminando lentamente, avanzando a tientas entre los penachos de vapor, con una mano en la espalda desnuda de su padre. Se encaramaron a un banco bajo revestido de azulejos, se sentaron y Sammy sintió cada azulejo como un cuadrado de fuego en su piel. Había muy poca visibilidad, pero de vez en cuando una corriente perdida de aire, o bien los caprichos de la maquinaria invisible y zumbante que producía el vapor, abrían una brecha en la neblina y le permitían ver que ciertamente estaban

dentro de un espacio enorme, atravesado por bóvedas de porcelana, con incrustaciones de cerámica vidriada blanca y azul, ocasionalmente agrietadas, húmedas y amarillentas por culpa del paso del tiempo. A juzgar por lo que él podía ver, no había más hombres ni muchachos en la sala, pero no podía estar seguro y le daba un poco de miedo que surgieran repentinamente de la oscuridad una cara desconocida o un miembro desnudo.

Estuvieron mucho rato sentados, sin decir nada, y en un momento dado Sammy se dio cuenta, en primer lugar, de que su cuerpo estaba sudando a mares como nunca lo había hecho en la vida, y en segundo lugar, que todo el rato que llevaba allí había estado imaginando su existencia en el vodevil: llevando en brazos un montón de vestidos de lentejuelas por un pasillo oscuro y largo del Royal Theatre de Racine, Wisconsin, pasando por delante de una sala de ensayos de donde salían unas notas de piano y saliendo por la puerta trasera en dirección al furgón que esperaba, la noche de sábado estival en el Medio Oeste llena de abejones de mayo y cargada del olor a gasolina y rosas, cargando con aquellas ropas que olían a cerrado pero también al sudor y al maquillaje de las coristas que acababan de quitárselas. Todo esto lo había estado viendo, oliendo y oyendo con la nitidez de un sueño, aunque si no andaba errado, estaba totalmente despierto.

Entonces su padre dijo:

—Ya sé que tuviste la polio. —Aquello sorprendió a Sammy. Su padre parecía extremadamente enfadado, como si se avergonzara de haber estado sentado allí todo aquel tiempo alimentando su rabia cuando se suponía que tenía que haber estado relajándose—. Yo estuve allí. Yo te encontré en las escaleras del edificio. Habías perdido el conocimiento.

—¿Tú estuviste allí? ¿Cuando yo tuve la polio?

—Sí que estuve.

—No me acuerdo.

—Eras muy pequeño.

—Tenía cuatro años.

—Sí, tenías cuatro años. No te acuerdas.

—De eso sí que me habría acordado.

—Yo estaba allí. Te metí en aquella habitación que teníamos.

—En Brownsville. —Sammy no podía contener el escepticismo de su voz.

—Yo estaba allí, maldita sea.

Como empujada por una ráfaga de furia, la cortina de humo que separaba a Sammy de su padre se abrió de repente y Sammy pudo ver, por primera vez realmente, el enorme espectáculo pardusco de su padre desnudo. Ninguna de las fotos de estudio cuidadosamente preparadas le habían preparado para aquella visión. Su padre brillaba, enorme, salvajemente cubierto de pelo. La musculatura de sus brazos

y hombros era como muescas y surcos de ruedas en una extensión de tierra oscura y densa. Las raíces de un árbol anciano parecían bifurcarse y recorrer la superficie de sus muslos, y donde su piel no estaba cubierta de pelo oscuro, la recorrían extrañas telarañas desordenadas de una especie de tejido subcutáneo. Su pene descansaba a la sombra de sus muslos como un cabo de sogas gruesa y retorcida. Sammy se lo quedó mirando y luego se dio cuenta de que lo estaba mirando. Desvió la mirada y el corazón le dio un vuelco. Había un hombre con ellos. Estaba sentado con una toalla amarilla alrededor de la cintura al otro lado de la sala. Era un joven moreno y de pelo oscuro con una sola ceja y el pecho perfectamente liso. Su mirada se encontró con la de Sammy durante un instante, luego se apartó y luego volvió a encontrarse con ella. Sammy volvió a mirar a su padre, con un mejunje de vergüenza, confusión y excitación en el estómago. Por alguna razón su cuerpo hirsuto y magnífico era más de lo que podía soportar. De forma que bajó la vista hacia la toalla que envolvía sus propias piernas finas como palos de escoba.

—Pesabas un montón —dijo su padre—. Yo pensaba que tú eras muerto. Y sin embargo, te notaba muy caliente con las manos. Vino el médico y te pusimos hielo y cuando despertaste ya no podías caminar. Y luego cuando volviste del hospital empecé a cogerte y a llevarte a pasear. Te cogía y te llevaba conmigo y te obligaba a caminar. Te hacía caminar hasta que se te llenaban las rodillas de arañazos y magulladuras. Hasta que llorabas. Primero te apoyabas en mí, luego en las muletas y por fin sin muletas. Tú solo.

—Caramba —dijo Sammy—. O sea, buf. Mamá nunca me contó nada de todo eso.

—Qué sorpresa.

—De verdad que no me acuerdo.

—Dios es piadoso —dijo la Molécula en tono cortante. No creía en Dios, tal como su hijo bien sabía—. Lo pasaste realmente fatal. Y me odiaste a muerte.

—Pero mamá mintió.

—Estoy horrorizado.

—Siempre me dijo que te habías ido cuando yo era un bebé.

—Y me fui. Pero volví. Me quedé y te enseñé hasta que pudiste caminar.

—Y luego te marchaste otra vez.

Aparentemente, la Molécula decidió no hacer caso de aquella observación.

—Por eso ahora intento que pasees mucho —dijo—. Para que se te pongan fuertes las piernas.

Aquella posible motivación secundaria para sus paseos —además del talante inherentemente infatigable de su padre— ya se le había ocurrido antes a Sammy. Se sintió halagado. Creyó en su padre y en el poder de los paseos largos.

—Así pues, ¿me vas a llevar contigo? —dijo—. ¿Cuándo te vayas?

La Molécula vaciló.

—¿Y qué pasa con tu madre?

—¿Estás de broma? Está loca por librarse de mí. Odia tenerme en casa tanto como odia tenerte a ti.

La Molécula sonrió al oír aquello. A juzgar por todas las apariencias externas, el regreso de su marido a casa no era más que una molestia para Ethel, o peor: una traición a sus principios. Ella criticaba sus costumbres, su ropa, su dieta, las cosas que leía y su forma de hablar. Siempre que intentaba escapar de los grilletes de su inglés torpe y obscuro y le hablaba a su mujer en el yiddish que los dos dominaban, ella no le hacía caso, fingía que no lo oía o simplemente decía en tono cortante: «Estás en América. Habla americano». Tanto delante de él como a su espalda, lo reprendía por su tosquedad, sus historias interminables sobre su carrera en el vodevil y su infancia bajo el Reglamento para Judíos del zar Nicolás II. Le decía que roncaba demasiado fuerte, que se reía demasiado fuerte y que simplemente vivía de una forma demasiado ruidosa, más allá del límite de lo tolerable por seres civilizados. Todo su discurso hacia él parecía consistir únicamente en animadversión e invectivas. Y sin embargo la noche anterior, y todas las noches desde su regreso, ella lo había invitado a su cama, con la voz temblorosa de vergüenza adolescente, y le había permitido disfrutar de ella. Con cuarenta y cinco años, no era muy distinta de como había sido con treinta: enjuta, fibrada y lisa, con la piel del color de cáscaras de almendra y una maraña suave y cuidada de pelo negro como el carbón entre las piernas, que a él le gustaba agarrar y tironear hasta hacerla gritar. Era una mujer carnal que había carecido durante una década de la compañía de un hombre, y al regresar su marido inesperadamente, ella le había dado acceso incluso a aquellas partes y usos de su cuerpo que en su antigua vida ella había tendido a guardarse para sí misma. Cuando terminaban, ella se acostaba a su lado en la oscuridad del cuartucho que habían separado de la cocina mediante una cortina de cuentas, le acariciaba el pecho enorme y velludo y le volvía a repetir al oído en tono susurrante todas las viejas ternezas y manifestaciones del cariño que le profesaba. De noche, en la oscuridad, ella ya no lo odiaba tanto. Fue pensar en esto lo que le había hecho sonreír.

—No estés tan seguro —dijo.

—No me importa, papá. Quiero irme —dijo Sammy—. Maldita sea, lo único que quiero es largarme.

—Muy bien —dijo su padre—. Te prometo que te llevaré cuando me vaya.

A la mañana siguiente, cuando Sammy se despertó, su padre ya se había marchado. Había encontrado trabajo en el viejo circuito de Carlos, en el sudoeste, según decía su nota, y allí pasaría el resto de su carrera actuando en teatros calurosos y polvorientos desde Kingman hasta Monterrey. Aunque Sammy continuó recibiendo postales y recortes, la Poderosa Molécula nunca volvió a acercarse a menos de mil

quinientos kilómetros de Nueva York. Una noche, aproximadamente un año antes de que llegara Joe Kavalier, llegó un telegrama diciendo que Alter Klayman había muerto aplastado bajo las ruedas traseras de un tractor Deere que estaba intentando poner vertical en una feria a las afueras de Galveston. Con él moría la esperanza más vana de Sammy en el plan para escapar de su vida: la de trabajar con un socio.

CINCO

Durante los diez años antes de que la derribaran junto con el resto del vecindario para hacer sitio a un gigantesco bloque de apartamentos de tejado escalonado llamado Patroon Town, los dos pisos superiores de cierta antigua casa adosada roja en la zona de Chelsea fueron una célebre tumba de esperanzas de dibujantes. De las muchas docenas de jóvenes John Held y Tad Dorgan que visitaron el lugar en busca de residencia bajo sus vigas podridas, con sus flamantes portafolios regalados el día de su graduación, sus diplomas recibidos por correo de escuelas de dibujo y sus manchas orgullosas de tinta bajo las uñas desgastadas, solamente uno, un chaval de New Haven con una sola pierna llamado Alfred Caplin, había llegado a alcanzar el éxito que todos habían creído que encontrarían, y aun así el creador de los *shmoo* solamente había pasado allí dos noches antes de trasladarse a un alojamiento mejor al otro lado de la ciudad.

La casera, una tal señora Waczukowski, era la viuda de un humorista de la agencia Hearst que había firmado sus tiras cómicas como «Wacky» y que a su muerte le había dejado a su mujer únicamente el edificio, un desprecio manifiesto por todos los dibujantes ya fueran nuevos o veteranos y una participación considerable en su problema común con la bebida. Originalmente, en los dos pisos superiores había habido seis dormitorios separados, pero con el paso de los años estos habían sido recombinados formando una especie de dúplex ad hoc con tres dormitorios, un estudio grande, un salón donde solía haber uno o dos dibujantes extra instalados en un par de sofás descartados, y lo que la gente llamaba, generalmente sin ironía, la cocina: la antigua habitación de una criada equipada con un hornillo, una despensa fabricada con un armario para medicinas de acero robada del Polyclinic Hospital y un estante de madera sujeto con soportes a la cornisa exterior de la ventana, sobre el cual, en los meses fríos, se podía almacenar leche, huevos y beicon.

Jerry Glovsky se había trasladado allí unos seis meses antes, y desde entonces Sammy, en compañía de su amigo y vecino Julie Glovsky, el hermano menor de Jerry, habían hecho varias visitas al apartamento. Aunque no sabía apenas nada del pasado del apartamento, Sammy no era insensible al encanto con olor a humareda de puros de la camaradería masculina, de los años de trabajo duro y de sufrimiento al servicio de absurdas y gloriosas visiones en blanco y negro. En la actualidad había otros dos ocupantes «permanentes», Marty Gold y Davy O'Dowd, que al igual que el mayor de los Glovsky se dejaban la piel para Moe Shiflet, también conocido como Moe Skintlint, un «productor» de tiras originales que vendía su material, normalmente de mala calidad, a las agencias establecidas, y, más recientemente, a los editores de cómics. El sitio siempre parecía lleno de jóvenes manchados de tinta, bebiendo, fumando y tumbados con el dedo gordo del pie sobresaliendo de la punta

del calcetín. En toda la ciudad de Nueva York no había un sitio más lógico para ir a contratar a la clase de trabajadores que Sammy necesitaba para poner la piedra angular de la barata y fantástica catedral que sería la obra de su vida.

No había nadie en casa, por lo menos nadie consciente. Los tres jóvenes aporrearon la puerta hasta que la señora Waczukowski, con el pelo atado con nudos de papel rosa y una bata echada sobre los hombros, subió por fin a rastras desde el primer piso y les dijo que se largaran.

—Un minuto más, señora —dijo Sammy—. Y ya no la molestaremos más.

—Traemos unas cuantas antigüedades famosas —dijo Julie, imitando el habla entre dientes de Mr. Peanut.²

Sammy guiñó el ojo y los dos jóvenes sonrieron a la mujer enseñando todos los dientes hasta que ella se giró, los envió a todos al infierno con un gesto elocuente de la mano y se retiró escaleras abajo.

Sammy se giró hacia Julie.

—¿Dónde está Jerry entonces?

—Ni idea.

—Mierda, Julius, tenemos que entrar. ¿Dónde están todos los demás?

—A lo mejor se han ido con él.

—¿No tienes una llave?

—¿Acaso vivo aquí?

—A lo mejor podemos entrar por la ventana.

—¿De un quinto piso?

—¡Mierda! —Sammy le dio un débil puntapié a la puerta—. ¡Ya es mediodía y todavía no hemos dibujado una línea! ¡Joder! —ahora tendrían que volver al edificio Kramler y pedir que les dejaran trabajar en las mesas con surcos de las oficinas de Racy Publications, un camino que los acercaría inevitablemente al siniestro radio de acción de la mirada de George Deasey.

Joe estaba arrodillado junto a la puerta, recorriendo la hoja con los dedos una y otra vez y acariciando el pomo.

—¿Qué estás haciendo, Joe?

—Puedo meternos dentro, pero me he dejado atrás las herramientas.

—¿Qué herramientas?

—Sé forzar cerraduras —dijo—. Me enseñaron cómo hacerlo, cómo salir de cosas. De cajas. Cuerdas. Cadenas —se puso de pie y se señaló el pecho—. *Ausbrecher*. Escapador. No, ¿cómo se dice? Escapista.

—Te han entrenado como escapista.

Joe asintió.

—A ti.

—Como Houdini.

—¿Quieres decir que sabes salir de cosas —dijo Sammy—, así que también puedes meternos?

—Normalmente. Dentro, fuera, es lo mismo pero en la otra dirección. Pero desgraciadamente me he dejado las cosas en el Fiat Bush —se sacó una pequeña navaja del bolsillo y empezó a manipular la cerradura con su hoja.

—Espera —dijo Julie—. Espera un segundo, Houdini. Sammy. No creo que debamos entrar forzando la puerta...

—¿Estás seguro de lo que estás haciendo? —dijo Sammy.

—Tienes razón —dijo Joe—. Tenemos prisa. —Dejó la navaja y empezó a bajar las escaleras. Sammy y Julie lo siguieron.

En la calle, Joe se encaramó al espigón que remataba la balastrada derecha de la escalera frontal, una bola de cemento descascarillada en la que algún inquilino huido largo tiempo atrás había dibujado a tinta una caricatura cruel de la cara lunar y quejumbrosa del difunto señor Waczukowski. Se quitó la chaqueta y se la tiró a Sammy.

—Joe, ¿qué estás haciendo?

Joe no contestó. Se apoyó un momento en el espigón de ojos saltones, rodeándolo con sus largos pies calzados con zapatos de cordones y suela de goma, y examinó la escalera de mano retráctil de hierro de la salida de incendios. Se sacó un cigarrillo del bolsillo de la camisa y encendió una cerilla protegiéndola con la mano. Dejó escapar una nube reflexiva de humo, se colocó el cigarrillo entre los dientes y se frotó las manos. Luego saltó desde lo alto de la cabeza del señor Waczukowski con los brazos extendidos. La salida de incendios repicó cuando sus manos la alcanzaron, la escalera se combó y se deslizó hacia abajo con un chirrido oxidado, primero apenas quince centímetros, luego treinta y por fin medio metro, antes de atascarse y dejar a Joe colgado a un metro y medio de la acera. Joe flexionó los brazos, intentando que se soltara, y balanceó las piernas de atrás a adelante. Pero no lo consiguió.

—Vamos, Joe —dijo Sammy—. No va a funcionar.

—Te vas a romper el cuello —dijo Julie.

Joe soltó la mano derecha de la escalera, dio una calada a su cigarrillo y se lo volvió a colocar en la boca. Luego agarró otra vez la escalera y se balanceó, impulsando todo su cuerpo y describiendo un arco más amplio con cada balanceo. La escalera rechinó y repicó contra la salida de incendios. De pronto Joe se dobló por la mitad, soltó la escalera por completo y aprovechó el impulso para dar un salto de carpa, hacia arriba y hacia fuera, hasta el rellano inferior de la salida de incendios, donde aterrizó de pie. Fue una actuación completamente gratuita, hecha puramente por efectismo o por el placer de hacerla; podría haber subido fácilmente por la escalera. Y podría haberse roto fácilmente el cuello. Se detuvo un momento en el rellano, con ceniza volando de la punta del cigarrillo.

En aquel instante, el viento del norte que llevaba todo el día acosando a las nubes sobre la ciudad de Nueva York consiguió por fin dispersarlas y despejó una sección de cielo azul tenue encima de Chelsea. Un haz de luz de sol amarilla se proyectó en sentido oblicuo, engalanado de volutas de humo y vapor, como un chorro de miel derramándose, como un rayo de cuarzo amarillo veteando el granito gris y liso de la tarde. Las ventanas de la vieja casa adosada roja se llenaron de luz, luego la luz las desbordó. Iluminado desde atrás por el resplandor de una ventana, la figura de Josef Kavalier se volvió incandescente.

—Míralo —dijo Sammy—. Mira lo que puede hacer.

Muchos años después, rememorando los viejos tiempos delante de amigos, periodistas o, más adelante todavía, para los editores reverentes de revistas de fans, Sammy inventaría y contaría toda clase de historias fundacionales, fantasiosas y mundanas y a veces contradictorias, pero lo cierto es que el Escapista nació de la conjunción del deseo, del recuerdo enterrado de su padre y de la iluminación aleatoria de la ventana de una casa adosada. Mientras observaba a Joe de pie, resplandeciente, en la escalera de incendios, Sammy sintió un dolor en el pecho que se convertiría, como ocurre tan a menudo cuando la memoria y el deseo se conjugan con un efecto pasajero del clima, en la punzada de la creación. El deseo que sintió, viendo a Joe, era inequívocamente físico, pero en el sentido de que Sammy sintió el impulso de ocupar el cuerpo de su primo, no de poseerlo. Era, en parte, un ansia —bastante común entre los inventores de héroes— de ser otra persona. De ser más que el resultado de doscientos regímenes y situaciones y campañas de autoayuda que siempre incurrían en una incapacidad permanente para encontrar el yo al que debían ayudar. Joe Kavalier tenía un aura de competencia, de fe en sus propias capacidades, que Sammy, mediante un esfuerzo constante realizado durante toda su vida, únicamente había aprendido a fingir.

Al mismo tiempo, mientras contemplaba el ejercicio temerario que Joe llevaba a cabo con su cuerpo largo y displicente, aquel despliegue de fuerza sin objeto y por el puro placer de exhibirse, el despertar de la pasión quedó inevitablemente eclipsado, o alimentado, o complementado por el recuerdo de su padre. Tenemos la idea de que nuestros corazones, una vez rotos, cicatrizan con un tejido indestructible que evita que vuelvan a romperse nunca por el mismo sitio. Pero mientras Sammy observaba a Joe, sintió el mismo dolor en el corazón que aquel día de 1935 en que la Poderosa Molécula se había marchado para siempre.

—Notable —dijo Julie en tono seco, con una voz que sugería que había algo gracioso, y no precisamente en la acepción de «dotado de sentido del humor», en la expresión facial de su viejo amigo—. Ahora solamente le falta saber dibujar.

—Sabe dibujar —dijo Sammy.

Joe subió a toda prisa la escalera de la salida de incendios, arrancando un ruido

metálico de los peldaños, hasta la ventana del cuarto piso. Levantó la hoja y se metió de cabeza en la habitación. Un momento más tarde salió del apartamento un chillido imposiblemente musical a lo Fay Wray.

—Hum —dijo Julie—. Este tipo podría ganarse la vida en el negocio de las viñetas humorísticas.

SEIS

Una chica con tirabuzones castaños y desordenados y aspecto de estar a punto de llorar salió corriendo a la escalera. Llevaba un abrigo de punto cruzado de hombre. Joe estaba en mitad del apartamento, con la cabeza inclinada en un ángulo ovino bastante cómico, frotándose el pescuezo. Sammy había tenido el tiempo justo de ver que la chica llevaba un par de botas negras de maquinista en una mano y unas medias negras enredadas en la otra antes de que pasara corriendo junto a Julie Glovsky, casi haciéndolo caer por encima de la balaustrada, y bajara precipitadamente las escaleras con las piernas desnudas. En el momento inmediatamente posterior a su paso, los tres jóvenes se quedaron mirándose entre ellos, aturridos, como cínicos que acabaran de presenciar un milagro irrefutable.

—¿Quién era esa? —dijo Sammy, acariciándose la mejilla que acababa de ser rozada por el perfume de ella y por su bufanda de alpaca—. Creo que era bastante guapa.

—Lo era. —Joe fue hasta una silla desvencijada de cuero de caballo y cogió una cartera grande que había en ella—. Creo que se ha olvidado esto. —Era de cuero negro, con unas correas negras y gruesas y unas complicadas hebillas de metal negro—. Su bolso.

—Eso no es un bolso —dijo Julie, examinando la sala de estar con aire nervioso, calculando los daños que ya habían causado. Miró a Sammy con el ceño fruncido como si notara que otro de los planes disparatados de su amigo estaba empezando a torcerse—. Probablemente es de mi hermano. Déjala donde estaba.

—¿Es que Jerry ha empezado a transportar documentos secretos? —Sammy le cogió la bolsa a Joe—. ¿De pronto es Peter Lorre? —Desabrochó las hebillas y levantó la gruesa solapa.

—¡No! —dijo Joe. Arremetió para quitarle la bolsa, pero Sammy la apartó a tiempo—. No está bien —le reprendió Joe, extendiendo el brazo para intentar arrebatársela—. Tenemos que respetar sus intimidades.

—Esto no puede ser de ella —dijo Sammy. Sin embargo, dentro de la bolsa negra de correo encontró una cajita de concha de aspecto caro, un folleto doblado varias veces con el título «Por qué la cerámica moderna es el arte del pueblo», una barra de labios (Andalucía, de Helena Rubinstein), un pastillero esmaltado de color dorado y una billetera con dos billetes de veinte y uno de diez. En la billetera también había varias tarjetas de visita que la identificaban con el nombre vagamente extravagante de Rosa Luxemburg Saks e informaban de que trabajaba en el departamento de arte de la revista *Life*.

—Creo que no llevaba medias —dijo Sammy.

Julie se quedó demasiado impresionado por esta revelación para poder decir nada.

—No llevaba —dijo Joe. Los otros lo miraron—. Entré por la ventana y ella estaba durmiendo —señaló el dormitorio de Jerry—. En la cama. Oísteis el grito, ¿sí? Luego ella se puso el vestido y el abrigo.

—Tú la viste —dijo Julie.

—Sí.

—Y estaba desnuda.

—Muy desnuda.

—Apuesto a que no puedes dibujarlo —Julie se quitó el jersey. Era del color de la harina de trigo Wheatena, y debajo llevaba otro idéntico. Julie siempre se estaba quejando de que tenía frío, incluso cuando hacía calor. En invierno la ropa le hacía abultar el doble de su tamaño normal. A lo largo de los años, su madre, basándose únicamente en la información obtenida de las páginas de los periódicos en yiddish, le había diagnosticado diversas enfermedades agudas y crónicas. Todas las mañanas lo obligaba a tragar un montón de pastillas y tabletas, a comerse una cebolla cruda, a tomar una cucharadita de laxante Castoria así como tónico vitamínico. Julie era un formidable perpetrador de desnudos y era objeto de gran admiración en el vecindario de Sammy por sus dibujos de Fritzi Ritz, Blondie Bumstead y Daisy Mae sin ropa, que vendía por diez centavos. Asimismo, por veinticinco dibujaba a Dale Arden, cuya hermosa mata púbica dibujaba con unos trazos vigorosos que según el consenso general serían precisamente los mismos trazos con que Alex Raymond en persona la habría caracterizado de haberlo permitido la moral pública y los requisitos del viaje interplanetario.

—Claro que lo puedo dibujar —dijo Joe—. Pero no quiero.

—Te doy un dólar si me haces un dibujo de Rosa Saks desnuda en la cama —dijo Julie.

Joe le quitó a Sammy la bolsa de Rosa y se sentó en la silla de cuero de caballo. Parecía estar comparando su necesidad material con el deseo que sentía, igual que Sammy, de aferrarse a aquella aparición maravillosa y quedársela para él. Por fin suspiró y dejó a un lado la bolsa.

—Tres dólares —dijo.

A Julie no le hizo ninguna gracia, pero asintió de todas formas. Se quitó otro jersey.

—Que sea bueno —dijo.

Joe se arrodilló para coger un trozo de carboncillo Conte que había en un cajón de leche vuelto del revés a sus pies. Cogió un aviso de retraso sin abrir de la Biblioteca Pública de Nueva York y lo puso plano sobre el cajón de leche. Los largos dedos de su mano derecha, con las yemas amarillas de nicotina, se deslizaron con agilidad por el dorso del sobre. Sus rasgos se animaron de forma cómica: guiñó los ojos, frunció la boca y movió los labios de un lado a otro, haciendo muecas. Al cabo de unos

minutos, y tan de repente como había empezado, su mano se detuvo y sus dedos soltaron el carboncillo. Sostuvo el sobre en alto y arrugó la frente como si estuviera considerando lo que acababa de dibujar y no solamente cómo lo había dibujado. Su expresión se volvió mustia y arrepentida. No era demasiado tarde, parecía estar pensando, para rasgar el sobre y quedarse aquella hermosa visión para sí mismo. Luego recuperó su semblante habitual, adormecido e indiferente. Le pasó el sobre a Julie.

Su corto vuelo a través de la ventana le había hecho aterrizar en el suelo del dormitorio, y Joe había decidido dibujar a Rosa Saks tal como la había visto en aquel primer momento, cara a cara cuando se disponía a levantarse del suelo y miró más allá de la bellota labrada que remataba el pie de la cama. Estaba tumbada de espaldas y dormida, con la pierna derecha extendida sobresaliendo por debajo de las mantas y dejando al descubierto más de la mitad de un trasero grande y atractivo. Su pie derecho se veía en primer plano, esbelto y con los dedos retorcidos. Las líneas de su pierna desnuda y las de la pierna cubierta con la manta convergían, en su punto último de fuga, en un matorral de sombras tosco y negro. Más al fondo, las cavidades y el largo valle central de su espalda se unían con un Niágara de cabello negro como el tizón que cubría toda su cara salvo la parte inferior, los labios separados, la mandíbula amplia y tal vez un poco demasiado grande. Era una instantánea de cuatro pulgadas por nueve recién arrancada de la memoria de Joe, pero a pesar de su inminencia, sus trazos eran firmes y tranquilos y el conjunto mostraba una precisión al mismo tiempo anatómica y emocional: uno podía sentir el cariño de Joe por aquellos piecillos enroscados, aquella espalda cóncava, aquella boca durmiente y entreabierta que emitía su última exhalación inconsciente. Uno deseaba que continuara durmiendo con tal de poder seguir mirando.

—¡No le has hecho las tetas! —dijo Julie.

—Por tres dólares, no —dijo Joe.

Gruñendo y mostrando ostentosamente su reticencia, Julie pagó a Joe y se metió el sobre en el bolsillo del abrigo, metiéndolo para protegerlo dentro de un ejemplar de *Planet Stories*. A su muerte, cincuenta y tres años más tarde, encontrarían el dibujo de Rosa Saks desnuda y dormida entre sus efectos personales, en una caja de caramelos Barracini, junto con un yarmulke de recuerdo del bar mitzvah de su hijo mayor y una chapa de Norman Thomas, y lo expondrían erróneamente, en una retrospectiva del Cartoon Art Museum de San Francisco, como obra del joven Julius Glovsky. En cuanto a *Errores comunes del dibujo en perspectiva*, el libro de la biblioteca cuyo préstamo había vencido, investigaciones recientes han revelado que fue devuelto en 1971, durante un programa de amnistía general en la ciudad.

SIETE

Tal como han hecho desde tiempos inmemoriales los jóvenes sometidos a presión, decidieron tumbarse un rato y perder el tiempo. Se sacaron los zapatos, se remangaron las camisas y se aflojaron las corbatas. Hicieron circular los ceniceros, tiraron al suelo montones de revistas, pusieron un disco y actuaron en líneas generales como si fueran los dueños del lugar. Estaban en la habitación donde los jóvenes genios tenían sus mesas de dibujo y sus taburetes, una sala a la que a lo largo de los años sus ocupantes habían dado los apelativos diversos del Calabozo, el Foso, el Nido de Ratas y los Estudios Mala Sombra. Este último era un nombre que se aplicaba a menudo a todo el apartamento, al edificio, ocasionalmente al vecindario entero, e incluso, en las mañanas lúgubres, de resaca y tos persistente en que la salida del sol por la ventana del lavabo era del color del bourbon y la ceniza, a todo el mundo de mierda. En algún momento del siglo anterior había sido un elegante dormitorio femenino. Conservaba las instalaciones de gas curvilíneas de metal y las molduras de ovas y dardos, pero la mayor parte del papel moiré de color verde musgo había sido arrancado para dibujar en él cuando se terminaba el papel de dibujo, dejando las paredes cubiertas únicamente por una red pardusca y enorme de cola agrietada. Pero a decir verdad, Sammy y Joe apenas eran conscientes del lugar en que estaban. No era más que el calvero al que habían llegado para plantar la tienda de campaña de sus imaginaciones. Sammy estaba tumbado en un sofá purpúreo y descascarillado. Joe, en el suelo, fue momentáneamente consciente de que estaba tumbado en una alfombra trenzada de forma oval y olor rancio, en un apartamento del que acababa de marcharse una chica que, en los breves instantes de su encuentro, le había parecido la chica más guapa que había visto en la vida, en un edificio cuya fachada había escalado con el objeto de poder empezar a dibujar cómics para una empresa que vendía cojines que se tiraban pedos, en Manhattan, Nueva York, adonde había llegado pasando por Lituania, Siberia y Japón. Entonces se oyó la cisterna de un retrete en otra parte del apartamento, Sammy se quitó los calcetines dejando escapar un suspiro de felicidad y de la mente de Joe se borró la conciencia de la situación vital extraña en que se encontraba, del enorme vacío y el largo e irremontable camino que lo separaban de su familia.

Todos los universos, incluyendo el nuestro, empiezan con la conversación. Todos los gólems de la historia del mundo, desde la simpática cabra del rabino Hanina hasta el Frankenstein de arcilla de río del rabino Judah Loew ben Bezalel, cobran vida mediante el lenguaje, mediante los murmullos, recitados y parloteos de la Cábala: literalmente, nacían de una orden. Kavalier y Clay —cuyo Gólem consistiría en líneas negras y en los puntos de cuatricromía del litógrafo— se tumbaron, encendieron el primero de las cinco docenas de cigarrillos que iban a consumir

aquella tarde y empezaron a hablar. Cuidadosamente, con cierto humor compungido inspirado en parte por la conciencia de su propia precariedad gramatical, Joe contó la historia de sus estudios interrumpidos con el *Ausbrecher* Bernard Kornblum, y describió el papel que su antiguo maestro había desempeñado en su huida de Praga. A Sammy le contó simplemente que había salido a escondidas dentro de un cargamento de artefactos no especificados que Sammy se imaginó en voz alta como voluminosos grimorios hebreos cerrados con broches de metal. Joe no lo sacó de su error. Ahora le daba vergüenza el hecho de que, cuando le habían pedido un Superman ágil y volador, él había dibujado un Gólem torpón con gorro frigio, así que ahora le parecía que cuanto menos hablara de gólems, mejor. Sammy quería conocer los detalles de la autoliberación y no paró de hacer preguntas. ¿Era cierto que hacía falta tener articulaciones dobles, que Houdini tenía los codos reversibles y las rodillas cóncavas? No y no. ¿Era cierto que Houdini podía dislocarse los hombros a voluntad? De acuerdo con Kornblum, no. ¿Qué era más importante en aquel arte, ser fuerte o hábil? Hacía falta más astucia que habilidad y más resistencia que fuerza. ¿Generalmente para salir se cortaba, se forzaban cerrojos o se hacían trucos? Las tres cosas y otras muchas: había que hacer palanca, que retorcerse, que romper y dar patadas. Joe recordaba algunas cosas que Kornblum le había contado de su carrera en el mundo del espectáculo, las condiciones precarias, los viajes interminables, la camaradería de los artistas, la transmisión laboriosa y continua entre magos e ilusionistas de la sabiduría acumulada.

—Mi padre se dedicaba al vodevil —dijo Sammy—. Al mundo del espectáculo.

—Lo sé. Una vez me hablaron de tu padre. Era forzado, ¿sí? Era muy fuerte.

—Era el Judío más Fuerte del Mundo —dijo Sammy.

—Y ahora no...

—Está muerto.

—Lo siento.

—Era un hijo de puta —dijo Sammy.

—Oh.

—No literalmente. No es más que una expresión. Era un capullo. Se largó cuando yo era niño y ya nunca volvió.

—Ah.

—Era todo músculos. No tenía corazón. Era como Superman sin Clark Kent.

—¿Es por eso que no quieres que nuestro hombre —había adoptado la expresión de Sammy— sea fuerte?

—¡No! Lo único que quiero es que nuestro hombre no sea como todos los demás, ¿entiendes?

—Lo siento —dijo Joe. Sin embargo, sentía que tenía razón. Notaba la admiración en la voz de Sammy incluso cuando declaraba que el difunto señor

Klayman era un bastardo.

—¿Cómo es tu padre? —dijo Sammy.

—Es un buen hombre. Es médico. No es el judío más fuerte del mundo, por desgracia.

—Eso es lo que necesitarían por allí —dijo Sammy—. O alguien como tú. Tú saliste. A lo mejor lo que necesitan es una especie de Super-Komblum. Eh. —Se puso de pie y empezó a golpearse la palma de la mano izquierda con el puño derecho—. Ooh. Ooh, ooh. Genial. Espera un minuto. —Ahora se apretó las bases de las manos contra las sienes. Casi se podía ver la idea abriéndose paso a codazos dentro de su mente, como Atenea en el cráneo de Zeus. Joe se sentó. Repasó mentalmente la última media hora de conversación y, como si estuviera recibiendo una transmisión directa desde el cerebro de Sammy, vio en su propia mente el perfil, el contorno oscuro, las contorsiones de ballet, de un héroe disfrazado cuyo poder sería el de la fuga perpetua e imposible.⁴ Estaba imaginando, previendo o, extrañamente, rememorando a ese gallardo personaje cuando Sammy abrió los ojos. Tenía la cara contraída y ruborizada por la excitación. Para usar una de sus propias expresiones, tenía bastante pinta de que se le estaban sublevando las tripas.

—Muy bien —dijo—. Escucha esto. —Empezó a caminar entre las mesas de dibujo, mirándose los pies, declamando en un tono grave y engolado de tenor que Joe reconoció como el de los anunciantes de la radio americana—. A, emmm, a todos aquellos que, emmm, sufren el yugo de la esclavitud...

—¿Yugo?

—Sí. —Las mejillas de Sammy se ruborizaron y abandonó su voz radiofónica—. O las cadenas. Tú escucha. Es un cómic, ¿vale?

—Vale.

Siguió caminando, volvió a componer el tono de anuncio radiofónico y se puso a emitir una serie histórica de exclamaciones.

—¡A todos aquellos que sufren el yugo de la esclavitud y, emmm, los grilletes de la opresión, les ofrece la esperanza de la liberación y la promesa de la libertad! —Su discurso iba ganando confianza—. ¡Provisto de un entrenamiento físico y mental fabuloso, un equipo de ayudantes de primera y una sabiduría ancestral, recorre el mundo entero, llevando a cabo gestas prodigiosas y acudiendo en ayuda de quienes languidecen en las garras de los tiranos! Es —hizo una pausa y clavó en Joe una mirada jubilosa e incontrolable, a punto de perderse por completo dentro de su propio relato—: ¡El Escapista!

—«El Escapista» —repitió Joe. A sus oídos extranjeros sonaba magnífico: sonaba a alguien de confianza, útil y fuerte—. Es un artista de la fuga disfrazado. Que combate al crimen.

—No solamente lo combate. Libera al mundo. Libera gente, ¿lo entiendes? Sale

por las noches. Vigila oculto en las sombras. Guiado solamente por la luz de... La luz de...

—Su Llave de Oro.

—¡Genial!

—Ya veo —dijo Joe. El disfraz tenía que ser oscuro, azul oscuro, del color de la medianoche, simple, funcional, adornado únicamente con el emblema de una llave maestra en el pecho. Joe fue a una de las mesas de dibujo y se subió al taburete. Cogió un lápiz y una hoja de papel y empezó a hacer un boceto rápido, cerrando su párpado interior y proyectando sobre él, por decirlo de algún modo, la imagen de un ágil acróbata recién aparecido en su mente, un hombre en el acto de posarse en el suelo, como un gimnasta descendiendo de sus anillas, con el talón derecho a punto de tocar el suelo, la pierna izquierda levantada y flexionada a la altura de la rodilla, los brazos en alto, las manos extendidas, intentando captar los movimientos físicos de un hombre, el toma y daca de los grupos de músculos y tendones, forjar, como no lo había hecho nunca un artista del cómic, los fundamentos anatómicos de la gracia y el estilo.

—Uau —dijo Sammy—. Uau, Joe. Es bueno. Es estupendo.

—Ha venido a liberar al mundo.

—Exactamente.

—Permíteme que te haga una pregunta.

—Pregunta lo que quieras. Lo tengo todo aquí. —Sammy se golpeó la cabeza de una forma chulesca que a Joe le trajo un recuerdo casi doloroso de Thomas. Un minuto después, cuando Sammy oyó la pregunta de Joe, pareció decaer de la misma forma.

—¿Cuál es el porqué?

Sammy sintió lentamente. Luego se detuvo.

—El porqué —dijo—. Mierda.

—Tú dijiste...

—Ya lo sé, ya lo sé. Ya sé lo que dije. Muy bien. —Recogió su abrigo y cogió el último paquete de cigarrillos—. Demos un paseo —dijo.

OCHO

El propio telón es legendario: sus dimensiones, su peso, su color más oscuro que el chocolate, la excelente calidad de su material. Cuelga formando amplias ondulaciones como escarcha vertida desde el arco del proscenio del teatro más famoso del edificio más célebre de la ciudad más grande del mundo. Llamémosla Empire City, donde está el Excelsior Building, con su aguja en lo alto, el edificio más alto nunca construido. Donde está la Estatua de la Liberación, en su isla en el medio de Empire Bay, desafiando a los tiranos del mundo con su espada en alto; y donde está también el Empire Palace Theatre, cuyo legendario Telón Negro tiembla ahora cuando a la derecha del escenario se abre una fisura minúscula en el denso y oscuro *impasto* de su velvetón. Por la estrecha fisura asoma la cara de un muchacho. Su cara, habitualmente inexpresiva, confiada y coronada por una mata alborotada de rizos rubios, ahora está fruncida en una mueca de preocupación. No está calculando el público que ha venido: se han vendido todas las entradas, igual que todas las noches de función. Está buscando a alguien o algo que nadie menciona, algo que únicamente ha deducido, la persona o la cosa sin nombre que lleva todo el día preocupando a la compañía.

Luego, una mano tan enorme y dura como el asta de un alce, unida por duros tendones al brazo como la rama de un roble, agarra al chico del hombro y lo arrastra de vuelta a los bastidores.

—Será mejor que no hagas eso, jovencito —dice el gigante, de casi dos metros y medio de altura, a quien pertenece la mano gigantesca. Tiene frente de simio, complexión de oso y acento de profesor de medicina vienés. Puede rasgar un bidón de acero como si fuera una lata de tabaco, levantar un vagón de tren por una esquina, tocar el violín como Paganini y calcular la velocidad de los asteroides y los cometas, uno de los cuales lleva su nombre. Se llama Alois Berg y el cometa en cuestión se llama el cometa de Berg, pero para el público que va al teatro y para sus amigos es simplemente el Gran Al—. Ven, hay un problema con el tanque de agua.

Entre bastidores, los instrumentos de tortura y encierro permanecen en su sitio, con un aspecto al mismo tiempo amenazador y estrafalario, listos para que los tramoyistas los arrastren, los hagan rodar o los lleven en voladas hasta el escenario escalonado del Palace. Hay una cama de manicomio, llena de correas de sujeción; una lechera larga y fina de hierro remachado; una rueda medieval y un incongruente perchero de acerocromo con ruedas, de cuyas prosaicas perchas de alambre cuelga un fantástico surtido de camisas de fuerza, sogas, cadenas y gruesas correas de cuero. Y está el tanque de agua, un enorme depósito alargado de cristal, lo bastante grande como para introducir en él un delfín y situado a un extremo del escenario: una cabina telefónica inundada. El cristal tiene una pulgada de grosor, templado y a prueba de

falsificaciones. Los cierres son seguros y herméticos. El entramado de madera del cristal es robusto y fiable. El chico sabe todo esto porque él mismo ha construido el tanque. Ahora vemos que lleva un delantal de cuero lleno de herramientas. Tiene un lápiz detrás de la oreja y un trozo de tiza en el bolsillo. Si el tanque tiene algún problema, él puede arreglarlo. Tiene que hacerlo: el telón se alzarán dentro de cinco minutos.

—¿Qué problema hay? —El chico, que en realidad es casi un hombre, se dirige al tanque con aplomo, pese a la muleta que lleva bajo el brazo para apoyarse, sin importarle la pierna izquierda de la que ha cojeado desde que era niño.

—Parece que no se mueve, joven amigo. —El Gran Al va hasta el tanque y le da un empujón amistoso. La cisterna de trescientos kilos se inclina y el agua de dentro se agita y chapotea. Podría llevar el tanque al escenario sin ayuda de nadie, pero están las normas del sindicato y además es más espectacular que lo lleven los cinco tramoyistas que el número requiere—. En una palabra, está atascado.

—Hay algo enganchado en esta rueda. —El joven se agacha ayudándose de la muleta, como si bajara por una cuerda, se tumba de espaldas y se escurre por debajo de una esquina de la base enorme del tanque. En cada esquina hay una rueda con revestimiento de goma y llanta de acero. En una de las esquinas se ha metido algo entre la llanta y la goma. El joven coge un destornillador de su cinturón de herramientas y empieza a hurgar.

—Al —dice desde debajo del tanque—. ¿Qué le pasa hoy?

—Nada, Tom —dice el Gran Al—. Solamente está cansado. Es la última noche de este espectáculo. Y ya ha dejado de ser joven.

Se les ha unido sin decir nada un hombre pequeño y esbelto con turbante. Su cara es morena y atemporal, sus ojos oscuros y sensibles. Nunca ha intervenido en ningún grupo, fiesta o discusión de ninguna forma que no fuera en silencio. El sigilo forma parte de su naturaleza. Es lacónico, cauteloso y escurridizo. Nadie sabe qué edad tiene ni cuántas vidas ha vivido antes de empezar a trabajar para el Maestro de la Fuga. Puede que fuera médico, piloto, marinero o cocinero. En todos los continentes parece encontrarse cómodo y conocer bien el argot de los policías y ladrones. A nadie se le da tan bien como a él sobornar a un carcelero antes de un número de fuga carcelaria para que deje una llave en la celda o a un reportero para que exagere el número de minutos que el Maestro ha permanecido bajo el agua después de saltar desde un puente. Se llama Omar, un nombre tan teatral que, junto con el turbante y la piel morena de color desértico, la mayor parte del público lo considera parte de la atmósfera, un simple disfraz, un truco más del arsenal del gran Misterioso. Pero mientras que su origen y su verdadero nombre son objeto de incertidumbre, su tez morena es genuina. En cuanto al turbante, nadie fuera de la compañía conoce la vanidad con que oculta la caída de su cabello.

—De acuerdo, pero a vosotros, ¿qué os pasa? —insiste el joven—. A ti y a Omar. Lleváis todo el día comportándoos de forma extraña.

Omar y el Gran Al se miran. Para ellos la revelación de secretos es peor que un anatema. Va contra su naturaleza y su formación. Serían incapaces de contárselo al chico por mucho que quisieran.

—Imaginación —dice por fin Omar, en tono firme.

—Demasiadas novelas baratas —dice el Gran Al.

—Cuéntame algo, entonces. —El joven, Tom Mayflower, sale deslizándose de debajo del tanque. Tiene en la mano un botón de cuero negro perdido de un abrigo o de una manga y con un curioso símbolo grabado, como tres óvalos entrelazados—. ¿Qué es la Cadena de Hierro?

El Gran Al mira nuevamente a Omar, pero su camarada ya ha desaparecido, tan silenciosamente como llegó. Aunque el Gran Al sabe que Omar ha ido a avisar al Maestro, lo maldice igualmente por haberlo dejado solo para decidir si contesta la pregunta. Coge el botón, de cuyo ojete cuelga un trozo de hilo, y se lo mete en el bolsillo de su chaleco gigante.

—Faltan dos minutos —dice, volviéndose de pronto tan reservado como su amigo del turbante—. ¿Lo has arreglado ya?

—Está perfectamente —dice Tom, aceptando la mano enorme como un asta que el Gran Al le ofrece y levantándose sobre sus piernas inseguras—. Como todo lo que hago.

Más tarde recordará esta respuesta burlona y se arrepentirá de ella con un rubor de vergüenza. Porque el tanque no está perfectamente. En absoluto.

Tom llama a la puerta cuando pasan cinco minutos de las ocho. En la puerta hay una estrella y debajo, pintada en una tarjeta, las palabras SR. MISTERIOSO. El tío de Tom, Max Mayflower, nunca ha llegado tarde a un telón. De hecho, su número está cronometrado al segundo, preparado a medida e infinitamente ajustado a las capacidades y, cada vez más, a las limitaciones de su estrella. Su demora inédita ha provocado que el Gran Al guarde silencio y que Omar deje escapar una retahíla de maldiciones en una lengua bárbara. Pero ninguno de ellos tiene valor para molestar al hombre al que llaman el Maestro. Es la señorita Plum Blossom, la diseñadora de vestuario, la que ha empujado a Tom hasta su puerta. Naturalmente, circula el rumor muy extendido de que la inmarcesible modista china está secretamente enamorada de Max Mayflower. Y naturalmente sí que está secretamente enamorada de él. Incluso hay rumores acerca de ellos dos y la paternidad algo confusa de Tom Mayflower, pero aunque ama a la señorita Blossom y a su tío, Tom toma esos rumores por los cotilleos infundados que son. La señorita Blossom tampoco se atrevería nunca a molestar al Maestro en su camerino antes de una actuación, pero sabe que Tom puede penetrar en los misterios y los estados de ánimo de su tío más que ninguna otra

persona. Desde detrás, ella le da otro empujoncito en la espalda.

—Soy Tom —dice el joven. Como no recibe respuesta, se toma la libertad sin precedentes de abrir la puerta del camerino.

Su tío está sentado a la mesa de su camerino. Su cuerpo se ha vuelto fibroso y compacto, como un tallo que se endurece al marchitarse. Sus piernas flacas ya están enfundadas en el tejido azul oscuro y ajustado de su disfraz, pero su torso permanece desnudo y con las pecas al descubierto, ligeramente salpicado de las briznas de color naranja opaco que le quedan de la mata de pelo de color jengibre que una vez lo cubrió. Su melena de color naranja llameante se ha convertido en un rastrojo gris. Sus manos están surcadas de venas y sus dedos tienen nudos como las cañas de bambú. Y sin embargo, hasta esta noche, Tom nunca ha visto en él —ni en su cuerpo, ni en su voz ni en su corazón— una sola huella del triunfo de la edad. Ahora se comba, medio desnudo, con la cabeza descubierta reluciendo ante el espejo iluminado como un *memento mori*.

—¿Cómo está el teatro? —dice.

—Solamente hay sitio de pie. ¿No los oyes?

—Sí —dice su tío—. Los oigo.

Algo en el tono del anciano irrita a Tom, un matiz cansino de autocompasión.

—No tendrías que despreciarlos —dice—. Yo daría lo que fuera por oírlos aclamarme a mí de esa forma.

El viejo se incorpora y mira a Tom. Asiente. Coge el jersey azul oscuro y se lo pone por la cabeza, luego se pone con sendos tirones las botas blandas de acróbata de color azul que le hizo especialmente para él en París el famoso diseñador de ropa de circo Claireaux.

—Tienes razón, claro —dice, dándole una palmada al chico en el hombro—. Gracias por recordármelo.

Luego se pone la máscara, una especie de pañoleta con agujeros para los ojos, que se ata en la parte trasera y le cubre la mitad superior de la cabeza.

—Nunca se sabe —le dice mientras sale del camerino—. A lo mejor algún día te llega el momento.

—No es probable —dice Tom, aunque es el más profundo de sus deseos, y aunque conoce los secretos, los mecanismos, los procedimientos y los riesgos del arte de la fuga mejor que cualquier hombre salvo uno—. No con mi pierna.

—Cosas más extrañas han sucedido —dice el anciano. Tom permanece de pie, mirando con admiración la forma en que el anciano endereza la espalda al salir, la forma en que recoloca los hombros y sus pasos recuperan el brío sin dejar de ser tranquilos y mesurados. Luego Tom recuerda el botón que ha encontrado metido en la rueda del tanque de agua y corre detrás de su tío para avisarlo. Para cuando llega a los bastidores, sin embargo, la orquesta ya ha atacado la obertura de *Tannhäuser* y

Misterioso ya ha entrado en el escenario con los brazos extendidos.

La actuación de Misterioso no tiene pausa: desde la primera reverencia hasta la última, no abandona el escenario para cambiarse de traje ni siquiera después de quedar empapado durante el truco de la Tortura Oriental del Agua. Las entradas y salidas de escenario sugieren trampas, sustituciones y cambiazos. Igual que el traje ajustado destinado a que se vea que no hay herramientas escondidas, la presencia constante del artista garantiza supuestamente la pureza y la integridad de la actuación. Por eso en la compañía se produce una alarma considerable cuando —después de la salva de aplausos que sigue a la salida de Misterioso, sin cadenas, sin ataduras y sin grilletes, con el costado derecho primero y respirando todavía, del tanque de la Tortura Oriental del Agua— el artista se dirige dando tumbos a los bastidores, tapándose con las manos una mancha creciente, más oscura que el agua y de aspecto pegajoso, que acaba de aparecerle en el costado. Cuando un momento más tarde los cinco tramoyistas sacan rodando el tanque de agua, la mirada afilada de Omar distingue rápidamente el rastro de agua que ha dejado sobre el escenario y lo va siguiendo hasta un pequeño —y perfecto— orificio en el cristal del panel delantero. Una viruta de color rosa pálido serpentea en el agua verde del tanque.

—Dejadme —dice el anciano, tambaleándose en dirección a su camerino. Se quita de encima a Omar y al Gran Al—. Encontradlo —les dice, y ellos desaparecen en dirección al teatro. Se dirige al director de escena—. Bajad el telón. Dile a la orquesta que toque el vals. Tom, ven conmigo.

El joven sigue a su tío al camerino y observa horrorizado cómo el anciano se quita el jersey mojado. En sus costillas ha aparecido una mancha de sangre asimétrica en forma de estrella. La herida que tiene debajo del pecho izquierdo es pequeña pero borbotea como un vaso.

—Saca otro traje del baúl —dice Max Mayflower, y de alguna forma el orificio de bala le confiere a sus palabras una autoridad mayor de la que habrían tenido en otro momento—. Póntelo.

Tom adivina de inmediato la increíble petición que su tío está a punto de hacerle y, lleno de miedo y de excitación y con *El Danubio azul* resonándole en los oídos, no se le ocurre discutir ni disculparse por no haber construido el tanque con cristal a prueba de balas y por no haberle preguntado ni siquiera a su tío quién le ha disparado. Se limita a ponerse el disfraz. Ya se lo había puesto antes, por supuesto, en secreto. Ahora se lo pone en un momento.

—Solamente tienes que hacer el ataúd —le dice su tío—. Y habrás terminado.

—Mi pierna —dice Tom—. ¿Qué se supone que debo hacer?

Entonces es cuando su tío le entrega una llavecita, dorada o bañada en oro, anticuada y recargada. Parece la llave de un diario de mujer o del cajón del escritorio de un hombre importante.

—Guárdatela —dice Max Mayflower—. No te pasará nada.

Tom coge la llave, pero no siente nada. Se queda allí, agarrando la llave con tanta fuerza que la siente latir en su mano, y observa cómo su amado tío se desangra bajo la dura luz del camerino de la estrella en la puerta. La orquesta empieza a tocar el vals por tercera vez.

—El espectáculo debe continuar —dice su tío en tono cortante, así que Tom se va, metiéndose la llave de oro en uno de los treinta y nueve bolsillos que la señorita Blossom ha escondido por todo el disfraz. No es hasta que está saliendo al escenario, en medio de los aplausos frenéticos y burlones con que la audiencia protesta por el vals, que se da cuenta no solamente de que se ha dejado la muleta en el camerino, sino que por primera vez en su vida no está cojeando.

Dos enterradores con feces lo atan con cadenas y lo ayudan a meterse en una pesada saca de correo de lona. Una señora de barrio residencial asegura la boca de la saca y fija los extremos de la cuerda con un candado del tamaño de un jamón. El Gran Al lo alza en volandas como si estuviera levantando a un niño envuelto en pañales y lo lleva cuidadosamente hasta el ataúd, que antes han inspeccionado cuidadosamente el alcalde de Empire City, el jefe de policía y el director del departamento de bomberos, y ha sido declarado sólido como una roca. Ahora esas mismas autoridades, para deleite del público, reciben martillos y una veintena de clavos enormes de veinte centavos. Luego sellan a Tom con jovialidad en el interior del ataúd. Si alguien se da cuenta de que en los últimos diez minutos Misterioso ha engordado seis kilos y ha crecido tres centímetros, se guarda ese descubrimiento para sí. ¿Qué diferencia hay, en todo caso, si no es el mismo hombre? Seguirá teniendo que luchar con cadenas, clavos y con dos pulgadas de madera de fresno. Y sin embargo, por lo menos entre las mujeres del público, se produce una reacción vagamente distinta, una profundización o un oscurecimiento de su miedo y su admiración. «Mira qué hombros tiene —le dice una mujer a otra—. Nunca me había fijado.»

En el interior del ataúd meticulosamente amañado, que finalmente ha sido introducido en un elaborado sarcófago de mármol por medio de un cabrestante que luego se ha usado para hacer descender la tapa del sarcófago hasta encajarla en su sitio con un estruendo a rebato final, Tom intenta borrarse de la cabeza las imágenes de manchas de sangre en forma de estrella y de orificios de bala. Se concentra en la rutina del truco, en la serie de pasos rápidos y pacientes que tan bien conoce. Y uno tras otro, los pensamientos necesarios ahuyentan a los terribles. Se libera de ellos. Mientras abre la tapa del sarcófago con la palanca que ha sido convenientemente sujeta a su superficie inferior, su mente está en paz y vacía de todo pensamiento. Cuando sale bajo las luces, sin embargo, casi resulta arrollado por los aplausos, barrido como por una enorme marea limpiadora. Todos sus años de cojera y de falta

de confianza en sí mismo han sido borrados. Cuando ve a Omar haciéndole señales desde los bastidores, con la cara más grave todavía que de costumbre, odia hacerlo pero tiene que renunciar a ese momento.

—¡Tengo que salir otra vez para saludar! —dice mientras Omar se lo lleva de allí. Es el segundo comentario del día del que tendrá que arrepentirse.

El hombre conocido profesionalmente como Misterioso lleva muchos años viviendo —el detalle está inspirado descaradamente en Gaston Leroux— en un apartamento secreto debajo del Empire Palace Theatre. Se trata de un lugar sombrío y suntuoso. Hay un dormitorio para todo el mundo —la señorita Blossom tiene sus propios aposentos, naturalmente, en el extremo del apartamento opuesto a los del Maestro—, pero cuando no están viajando por el mundo, la compañía prefiere quedarse en la enorme y consabida Sala del Órgano, con su Helgenblatt catedralicio de ochenta tubos, y es en ella donde muere Max Mayflower, veinte minutos después de entrar la bala en su caja torácica y alojarse junto a su corazón. Antes de morir, sin embargo, le cuenta a su pupilo, Tom Mayflower, la historia de la llave de oro, a cuyo servicio —y no al de Thalia o Mammón— él y muchos otros han dado un millar de vueltas al globo.

Cuando era joven, le dice, más o menos de la edad que ahora tiene Tom, era un gandul, un vividor y un mocoso. Un buscavidas, malcriado y libertino. Cada noche salía de la mansión de su familia en Nabob Avenue y se adentraba en los peores antros de perdición de Empire City. Perdía montones de dinero en apuestas y por ello tenía problemas con ciertos tipos muy desagradables. Cuando vieron que no podían recuperar el dinero prestado, aquellos tipos secuestraron a Max y exigieron un rescate tan desorbitado que las rentas que diera podrían sufragar su objetivo secreto, que no era otro que asumir el control de todo el crimen y todos los criminales de Estados Unidos. A su vez, razonaban ellos, aquello les permitiría controlar el país entero. Los hombres maltrataron violentamente a Max y se burlaron de sus súplicas de compasión. La policía y los federales lo buscaron por todas partes sin éxito. Mientras tanto, el padre de Max, el hombre más rico del estado del que Empire City era la capital, se fue debilitando. Amaba a aquel hijo libertino. Quería recuperarlo. El día antes de que venciera el plazo máximo para el rescate, tomó una decisión. La mañana siguiente los repartidores del *Eagle* salieron a las calles y levantaron al cielo sus campanillas experimentadas: «¡LA FAMILIA PAGA EL RESCATE!», gritaban.

Imagínate que en alguna parte, dice el tío Max, en uno de los lugares secretos del mundo (Tom se imagina un cruce difuso entre una bodega y una mezquita), un ejemplar del *Eagle* de Empire City con aquel titular escandaloso fuera arrugado violentamente por una mano iracunda unida a una manga perfectamente confeccionada de hilo blanco. El propietario de la mano y del traje de lino permanecía oculto entre las sombras. Pero sus pensamientos eran claros, su furia

clamaba justicia y de la solapa de su traje blanco colgaba una llavecita dorada.

Resulta que Max estaba cautivo en una casa abandonada en las afueras de Empire City. Varias veces intentó escapar de sus ataduras pero no consiguió liberar ni un dedo. Dos veces al día lo liberaban parcialmente para poder usar el baño, y aunque en numerosas ocasiones intentó salir por la ventana, ni siquiera pudo descorrer el pestillo. Así pues, al cabo de pocos días ya había quedado sumido en el infierno gris e intemporal del prisionero. Soñaba despierto y dormía con los ojos abiertos. En uno de sus sueños, un hombre misterioso con un traje de lino blanco entraba en su celda. Simplemente atravesaba la puerta. Era un hombre agradable que lo tranquilizaba y se preocupaba por él. Los cerrojos, dijo, señalando la puerta de la celda de Max, no significan nada para nosotros. En pocos segundos, desató las cuerdas que ataban a Max a la silla y lo liberó. Tenía un bote esperando, o quizá un coche o un aeroplano: a su edad avanzada y con la muerte tan cercana, el viejo Max Mayflower ya no se acordaba. Entonces el hombre le recordó a Max, en tono grave pero elegante y experimentado, que la libertad era una deuda que solamente podía pagarse comprando la libertad de los demás. En aquel momento entró en la sala uno de los secuestradores de Max. Llevaba un ejemplar del *Eagle* con la noticia de la capitulación del padre de Max y parecía muy feliz hasta que vio al desconocido del traje blanco. Desenfundó su pistola y disparó al desconocido en el vientre.

Max montó en cólera. Sin reflexionar ni pensar en su propia seguridad, se abalanzó encima del gángster e intentó quitarle el arma. Hubo un disparo que le retumbó en los huesos y el gángster cayó al suelo. Max volvió con el desconocido, le cogió la cabeza y se la puso en el regazo. Le preguntó su nombre:

—Me gustaría poder decírtelo —dijo el desconocido—. Pero tenemos normas. Oh —se estremeció de dolor—. Escucha, me han liquidado. —Tenía un acento peculiar, refinado y británico, con un extraño deje del Oeste—. Coge la llave. Cógela.

—¿Yo? ¿Que coja yo tu llave?

—Sí, es verdad que no pareces la persona apropiada, pero no tengo elección.

Max abrió el broche de la solapa del hombre. De él colgaba una llavecita dorada, idéntica a la que Max le había dado a Tom media hora antes.

—Deja de malgastar tu vida —fueron las últimas palabras del desconocido—. Ahora tienes la llave.

Max pasó los diez años siguientes buscando infructuosamente la cerradura que se abría con aquella llave. Consultó a los mejores cerrajeros y ferreteros del mundo. Se sumergió en el arte de las fugas y los faquires, de los nudos marineros y de los rituales de cautiverio de los indios Arapaho. Estudió las obras de Joseph Bramah, el cerrajero más grande de todos los tiempos. Buscó el consejo de los espiritistas que se escapaban de cuerdas y que fueron los pioneros del arte de la fuga e incluso estudió, durante una época, con el propio Houdini. Entretanto, Max Mayflower se convirtió en

un maestro de la autoliberación, pero el proceso fue arduo. Gastó la fortuna de su padre pero no consiguió averiguar ni remotamente cómo usar el regalo del desconocido. A pesar de todo siguió insistiendo, apoyado sin saberlo por los poderes de la llave. Al final, sin embargo, su pobreza lo obligó a buscar trabajo. Entró en el mundo del espectáculo, abriendo cerraduras por dinero, y así fue como nació Misterioso.

Fue mientras viajaba por Canadá con un cabaret roñoso cuando conoció al profesor Alois Berg. Por aquella época el profesor vivía en una jaula llena de desperdicios, encadenado a los barrotes, vestido con harapos y royendo huesos. Tenía pústulas y apestaba. Gruñía al público, sobre todo a los niños, y en un lado de su jaula, en letras grandes y rojas, había pintada la inscripción: «¡ENTREN Y VEAN AL OGRO!». Como todo el mundo en el espectáculo, Max evitaba al ogro, considerándolo el más tosco de los fenómenos de feria. Sin embargo, una noche profética su insomnio se vio aliviado por una inesperada melodía de Mendelssohn que flotaba en el aire de la templada noche estival de Manitoba. Fue en busca del origen de aquella música y llegó, para su asombro, a la miserable carreta de hierro situada al fondo de los terrenos de la feria. Bajo la luz de la luna leyó las cuatro palabras «¡ENTREN Y VEAN AL OGRO!». Fue entonces cuando Max, que en todo aquel tiempo nunca había considerado la cuestión, se dio cuenta de que todos los hombres, sin importar su patrimonio, poseían resplandecientes almas inmortales. En aquel mismo momento decidió comprar al propietario del espectáculo la libertad del Ogro, y lo hizo con la única posesión valiosa que le quedaba.

—La llave —dice Tom—. La llave de oro.

Max Mayflower asiente.

—Yo mismo le solté los grilletes de la pierna.

—Gracias —dice ahora el Ogro, en la sala de debajo del escenario del Palace, con las mejillas surcadas de lágrimas.

—Has pagado tu deuda muchas veces, viejo amigo —le dice Max Mayflower, dándole unos golpecitos en la mano enorme y callosa. Luego reanuda su historia—. Mientras yo le estaba quitando el grillete de hierro de su pobre tobillo inflamado, un hombre salió de las sombras. De entre los carromatos —dice mientras su respiración se vuelve entrecortada—. Iba vestido con un traje blanco y al principio pensé que era él. El mismo tipo. Por mucho que supiera... Que ya estaba donde... Yo voy a ir ahora.

El hombre le explicó a Max que por fin había encontrado sin buscarlo la cerradura que se abría con la llavecita de oro. Le explicó muchas cosas. Dijo que tanto él como el hombre que había salvado a Max de sus secuestradores pertenecían a la antigua sociedad secreta conocida como la Liga de la Llave de Oro. Eran hombres que iban por el mundo actuando, siempre de forma anónima, para procurar la libertad ajena, ya fuera física o metafísica, emocional o económica. Su trabajo era

obstaculizado sin tregua por los agentes de la Cadena de Hierro, cuyas metas eran contrarias y siniestras. Habían sido agentes de la Cadena de Hierro los que años atrás habían secuestrado a Max.

—Y los de esta noche —dice Tom.

—Sí, hijo mío. Esta noche han sido ellos de nuevo. Se han vuelto fuertes. Su antiguo sueño de gobernar un país entero se ha hecho realidad.

—Alemania.

Max asiente débilmente y cierra los ojos. Los demás se agolpan a su alrededor, sombríos, con las cabezas inclinadas, para oírle contar el resto de la historia.

El hombre, dice Max, le dio una segunda llave de oro, y luego, antes de regresar a las sombras, les encomendó a él y al Ogro la tarea de continuar con su trabajo de liberación.

—Y lo hemos hecho, ¿no es cierto? —dice Max.

El Gran Al asiente, y, mirando a su alrededor a las caras angustiadas de la compañía, Tom se da cuenta de que todos están aquí porque fueron liberados por el Gran Misterioso. Omar había sido esclavo de un sultán de África; la señorita Plum Blossom había sufrido muchos años en los talleres de mala muerte oscuros y abarrotados de Macao.

—¿Y qué hay de mí? —dice, casi para sí mismo. Pero el anciano abre los ojos.

—Te encontramos en un orfanato de Europa Central. Era un sitio muy cruel. Solamente me arrepiento de que entonces pudimos salvar a muy pocos de vosotros. —Tose y su esputo está lleno de sangre—. Lo siento —dice—. Tenía intención de contártelo todo. Cuando cumplieras veintiún años. Pero ahora... Te encomiendo la tarea que me fue encomendada. No malgastes tu vida. No permitas que las debilidades de tu cuerpo sean las debilidades de tu espíritu. Paga tu deuda de libertad. Ahora tienes la llave.

Esas son las últimas palabras del Maestro. Omar cierra los ojos. Tom se tapa la cara con las manos y llora un momento, y cuando vuelve a levantar la vista ve que todos lo están mirando.

Tom llama al Gran Al, a Omar y a la señorita Blossom para que se reúnan a su alrededor, luego sostiene la llave en alto y hace el juramento sagrado de que se dedicará a luchar en secreto a las fuerzas malignas de la Cadena de Hierro, en Alemania o donde sea que levanten sus puños perversos, y trabajará para la liberación de todos los que sufran cautiverio: será el Escapista. El sonido de sus voces se eleva por el intrincado y antiguo sistema de ventilación del antiguo gran teatro, sube y va produciendo ecos por los conductos hasta emerger por una rejilla en la acera, donde pueden oírlo claramente un par de jóvenes que pasan andando, con los cuellos de los abrigos levantados para protegerse del frío de la noche de octubre, soñando su elaborado sueño, formulando su deseo, haciendo cobrar vida a su Gólem.

NUEVE

Llevaban horas caminando a la luz de las farolas, bajo una lluvia intermitente, sin hacer caso de nada más, fumando y hablando hasta conseguir que les doliera la garganta. Por fin pareció que ya no les quedaba nada más que decir y se volvieron a casa en silencio, transportando la idea entre los dos, caminando por la trémula línea divisoria que separaba Nueva York de Empire City. Era tarde. Estaban hambrientos y cansados y ya no les quedaban cigarrillos.

—¿Qué? —dijo Sammy—. ¿Qué estás pensando?

—Que me gustaría que fuera real —dijo Joe, repentinamente avergonzado de sí mismo. Ahí estaba, con una libertad que su familia únicamente conocía en sueños, ¿y qué estaba haciendo con aquella libertad? Charlar por la calle e inventar un montón de chorradas sobre alguien que no podía liberar a nadie ni hacer nada más que borrones negros en un trozo de papel barato. ¿Qué sentido tenía? ¿Para qué tanto caminar y hablar y fumar cigarrillos?

—Apuesto a que sí —dijo Sammy. Puso una mano en el hombro de Joe—. Apuesto a que te gustaría.

Estaban en la esquina de la Sexta Avenida con la calle Treinta y cuatro, en medio de un tumulto de luces y de gente, y Sammy le dijo que aguardara un minuto. Joe se quedó allí, con las manos en los bolsillos, intentando con júbilo avergonzado disponer sus ideas en las filas y columnas de viñetas con que planeaba redondear la primera aventura del Escapista: aquella en que Tom Mayflower recibía la máscara y el disfraz de color azul oscuro, con el emblema de una briosa llave de oro bordado a toda prisa en el pecho por la aguja experta de la señorita Plum Blossom. Tom seguía al espía nazi hasta su guarida. Había una página entera de puñetazos y luego, después de esquivar unas cuantas balas, aporrear unas cuantas cabezas y caerse unas cuantas vigas, una explosión: el nido de víboras de la Cadena de Hierro quedaba arrasado. Y la última viñeta: la compañía reunida en la tumba de Misterioso. Tom apoyado en la muleta que en adelante le serviría de disfraz. Y la cara espectral del anciano observándolos desde el cielo.

—Tengo cigarrillos. —Sammy sacó varios puñados de paquetes de cigarrillos de una bolsa de papel marrón—. Y tengo chicle. —Sacó varios paquetes de chicle Black Jack—. ¿Te gusta el chicle?

Joe sonrió:

—Me parece que tengo que aprender.

—Sí, ahora estás en América. Aquí masticamos mucho chicle.

—¿Qué es eso? —Joe señaló los periódicos que Sammy llevaba enrollados debajo del brazo.

Sammy puso una cara grave.

—Quiero decir algo —dijo—. Y es que vamos a arrasar con esto. Quiero decir que arrasar es bueno. No puedo explicar cómo lo sé. Es simplemente... Es una sensación que he tenido toda la vida, pero no lo sé, cuando apareciste... Simplemente supe... —Se encogió de hombros y miró a otra parte—. No importa. Lo único que intento decir es que vamos a vender un millón de ejemplares de esto y a ganar un montón de dinero, y que tú vas a poder coger ese montón de dinero y pagar lo que haga falta para sacar a tu madre, tu padre, tu hermano y tu abuelo de allí y traerlos aquí, donde estén a salvo. Yo... Es una promesa. Estoy seguro, Joe.

Joe sintió que el corazón se le llenaba de ganas de creer a su primo. Se secó los ojos con la manga rasposa de la chaqueta de tweed que su madre le había comprado en la English Shop del Graben.

—De acuerdo —dijo.

—Y en ese sentido, fíjate, sí que será real. El Escapista. Hará lo que nosotros digamos que puede hacer.

—Muy bien —dijo Joe—. Sí, sí. Te creo. —Le impacientaba que lo consolaran, como si las palabras de aliento dieran todavía más crédito a sus miedos—. Vamos a arrasar.

—Eso he dicho.

—¿Qué son esos periódicos?

Sammy guiñó el ojo y le dio un ejemplar de los ejemplares del viernes 27 de octubre de 1939 del *New Yorker Staats-Zeitung und Herold* y de un diario en checo llamado *New Yorkse Listy*.

—Me ha parecido que a lo mejor encontrabas algo en estos —dijo.

—Gracias —dijo Joe, conmovido, lamentando la sequedad con que había respondido a Sam—. Y bueno, gracias por lo que acabas de decir.

—No es nada —dijo Sammy—. Espera a oír mi idea para la portada.

DIEZ

Los ocupantes actuales de los estudios Mala Sombra, Jerry Glovsky, Marty Gold y Davy O'Dowd, llegaron a casa sobre las diez, con medio pollo asado, una botella de vino tinto, una botella de agua de Seltz, un cartón de cigarrillos Pall Mall y en compañía de Frank Pantaleone. Entraron por la puerta principal protestando escandalosamente, uno de ellos imitando una trompeta asordinada, luego guardaron silencio. Un silencio tan absoluto, de hecho, que uno habría dicho que esperaban encontrar intrusos. Con todo, cuando llegaron al piso de arriba, les sorprendió descubrir que en cuestión de horas los estudios Mala Sombra se habían transformado en el centro neurálgico creativo de Empire Comics. Jerry le dio tres bofetones a Julie en la oreja.

—¿Qué estáis haciendo? ¿Quién os ha dicho que podíais venir aquí? ¿Qué es esta mierda? —Apartó a un lado la cabeza de Julie y cogió el bastidor donde Julie había estado dibujando a lápiz la página dos de la aventura que él y Sammy habían escrito para la flamante creación de Julie, la escalofriante historia del Morador de los Lugares Oscuros, el Enemigo de la Maldad en Persona.

—*El Sombrero Negro* —dijo Jerry.

—No recuerdo haber dicho que podíais usar mi mesa. Ni mi tinta —Marty Gold se acercó y agarró el frasco de tinta china en la que Joe estaba a punto de mojar su pincel, luego le quitó el taburete salpicado de tinta, haciendo caer varios lápices y plumas sobre la alfombra y perdiendo la calma por completo. Marty perdía fácilmente la calma. Era moreno, rechoncho, sudaba mucho y Sammy siempre lo había considerado bastante remilgado, pero sabía copiar a Caniff mejor que nadie, sobre todo en su manejo de los negros: aplicaba pinceladas, manchas y continentes enteros de negro con una soltura que Sammy nunca se habría atrevido a mostrar, y siempre firmaba su trabajo con una O dorada extragrande—. Ni tampoco mis pinceles, por cierto.

Intentó arrebatarse el pincel a Joe de la mano. Un manchón de tinta cayó sobre la página que Joe estaba entintando, estropeando diez minutos de trabajo en la temible maquinaria de los bastidores del Empire Palace Theatre. Joe miró a Marty. Sonrió. Extendió el brazo de forma que el pincel quedara fuera del alcance de Marty y luego se lo ofreció con una floritura. Al mismo tiempo pasó su otra mano lentamente por la mano en la que tenía el pincel. El pincel desapareció. Joe mostró las palmas desnudas, con cara de sorpresa.

—¿Cómo habéis entrado aquí? —dijo Jerry.

—Tu novia nos ha dejado entrar —dijo Sammy—. Rosa.

—¿Rosa? Ah, no es mi novia. —No lo declaró a la defensiva sino en tono indiferente. Jerry tenía dieciséis años cuando Sammy lo había conocido y ya por

entonces salía con tres chicas a la vez. Por entonces aquella situación todavía le parecía novedosa y hablaba sin parar de ellas. Rosalyn, Dorothy y Yetta: Sammy todavía recordaba sus nombres. Desde entonces la novedad había dejado de serlo. Ahora para Jerry tres novias significaba un periodo de sequía. Era alto, tenía una belleza vulpina y se peinaba el pelo rizado y engominado en forma de rizos románticos. Cultivaba una reputación, sin demasiado respaldo de sus amigos, de tener un sentido del humor agudo, al que atribuía, sin que a Sammy le acabara de convencer el argumento, su éxito incontestable con las mujeres. Dibujaba con un estilo *bigfoot*⁴ afanado a partes iguales a Segar y McManus, y Sammy no estaba del todo seguro de cómo se las apañaría con el cómic de aventuras.

—Si no es tu novia —dijo Julie—, ¿por qué estaba desnuda en tu cama?

—Calla, Julie —dijo Sammy.

—¿La visteis desnuda en mi cama?

—Oh, no —dijo Sammy.

—Solamente estaba bromeando —dijo Julie.

Joe dijo:

—¿Huelo a gallina por aquí?

—No están mal —dijo Davy O'Dowd. Tenía el pelo rojo cortado al rape, unos diminutos ojos verdes y complexión de jockey. Era de Hell's Kitchen y había perdido parte de una oreja en una pelea cuando tenía doce años. Eso era lo único que Sammy sabía de él. El muñoncito rosáceo de su oreja izquierda siempre le daba un poco de asco a Sammy, pero para Dave era motivo de orgullo. Fue levantando las hojas de papel de calco que cubrían las páginas y examinó detenidamente las cinco de «La leyenda de la Llave de Oro» que Sammy y Joe ya habían terminado. A medida que examinaba las páginas se las iba pasando a Frank Pantaleone, que gruñía.

Davy dijo:

—Es un rollo a lo Superman.

—Es mejor que Superman —Sammy se bajó de su taburete y fue a ayudarlos a que admiraran su trabajo.

—¿Quién ha entintado esto? —dijo Frank, un tipo alto y encorvado de Bensonhurst, con unas mejillas flácidas y tristes y que aunque todavía no había cumplido veintidós años ya estaba perdiendo el cabello. A pesar de su aspecto abatido, o tal vez en concordancia con el mismo, era un dibujante con talento. Había ganado un premio de arte de la ciudad en su último año en Música y Arte y había estudiado en Pratt. En Pratt había buenos profesores, pintores e ilustradores profesionales, artistas de nivel. Frank pensaba en el arte y en sí mismo como artista, igual que Joe. De vez en cuando conseguía trabajo como pintor de decorados en Broadway. Su padre era un pez gordo del sindicato de tramoyistas. Había creado una tira cómica propia, *Los viajes de Marco Polo*, una viñeta dominical elaborada con

profusión fosteriana de detalles, y se rumoreaba que King Features podía estar interesada en ella—. ¿Lo has hecho tú? —preguntó a Joe—. Es un buen trabajo. También has hecho el lápiz, ¿verdad? Klayman no habría podido hacer esto.

—Yo he hecho la composición —dijo Sammy—. Joe ni siquiera sabía lo que era un cómic hasta esta mañana. —Sammy fingió sentirse insultado, pero estaba tan orgulloso de Joe que se sintió un poco aturdido por los halagos de Frank Pantaleone.

—Joe Kavalier —dijo Joe, ofreciendo su mano a Frank.

—Mi primo. Acaba de llegar de Japón.

—¿Ah, sí? ¿Y qué ha hecho con mi pincel? Era un sable rojo Windsor and Newton de un dólar —dijo Marty—. Me lo dio Milton Caniff en persona.

—Eso es lo que siempre has dicho —dijo Frank. Examinó las páginas restantes, mordiéndose el bello, con una mirada fría y animada por algo más que el simple interés profesional. Saltaba a la vista que estaba pensando que, si tuviera ocasión, él podría hacerlo mejor. Sammy no se podía creer su suerte. El día anterior su sueño de publicar cómics no había sido más que eso: un sueño menos creíble todavía que el grueso de sus fantasías habituales. Hoy tenía un par de héroes disfrazados y una plantilla que pronto podía incluir un talento como el de Frank Pantaleone—. Esto no está nada mal, Klayman.

—*El... Sombrero Negro* —repitió Jerry. Negó con la cabeza—. ¿Qué hace, lucha contra el crimen por las noches y regenta una tienda de moda para caballeros de día?

—Es un playboy rico —dijo Joe con gravedad.

—Vete a dibujar tu conejo —dijo Julie—. Yo cobro siete cincuenta la página, ¿verdad, Sam?

—Totalmente cierto.

—¡Siete cincuenta! —dijo Marty. Empujó a toda prisa el taburete hacia Sammy y Joe con servilismo burlón y volvió a colocar el frasco de tinta junto al brazo de Joe—. Por favor, Joe-san, usa mi tinta.

—¿Quién paga esas cantidades? —preguntó Jerry—. Donenfeld no. Él no os contrataría a vosotros.

—Donenfeld me va a suplicar que trabaje para él —dijo Sammy, que no estaba seguro de quién era Donenfeld. A continuación explicó la oportunidad maravillosa que todos ellos tenían si estaban dispuestos a aprovecharla—. Veamos. —Sammy adoptó la más grave de sus expresiones, chupó la punta de un lápiz y garabateó algunos cálculos rápidos en un trozo de papel—. Además del Sombrero Negro y del Escapista, necesito treinta y seis, cuarenta y ocho... Tres historias más de doce páginas. Con eso tenemos sesenta páginas, más el reverso de la portada. Además, según tengo entendido, debemos tener dos páginas de texto. —A fin de que sus productos pudieran tener la categoría de revistas, y por tanto enviarse en segunda clase, los editores de cómics se aseguraban de incluir las dos páginas mínimas de

texto que requería la ley postal, normalmente en forma de relato ligero, escrito en prosa de serrín—. Sesenta y cuatro. Pero lo importante es esto. Todos los personajes tienen que llevar máscara. Ahí está el truco. El cómic va a llamarse *El Hombre Enmascarado*. Eso quiere decir que nada de chinos, nada de detectives privados y nada de viejos lobos de mar con puños de acero.

—Todos con máscara —dijo Marty—. Buen truco.

—¿Empire, eh? —dijo Frank—. Francamente...

—¡Francamente! ¡Francamente! ¡Francamente! —corearon todos. Frank decía «francamente» muy a menudo y a los demás les gustaba recordárselo.

—... Me sorprende un poco —siguió, sin hacerles caso—. Me sorprende que Jack Ashkenazy pague setenta y cinco por página. ¿Estáis seguros de que ha dicho eso?

—Seguro, sí. Además, claro, ¿cómo he podido olvidarlo? Pondremos a Adolf Hitler en la portada. Ese es el otro truco. Y Joe —dijo señalando con la cabeza a su primo pero mirando a Frank— va a dibujarlo sin ayuda de nadie.

—¿Yo? —dijo Joe—. ¿Quieres que dibuje a Hitler en la portada de la revista?

—Recibiendo un puñetazo en la mandíbula, Joe —Sammy dirigió un puñetazo lento y rotundo a Marty Gold deteniéndose a una pulgada de su barbilla—. ¡Pam!

—Déjame ver esto —dijo Jerry. Le cogió una página a Frank y levantó la hoja de papel de calco—. Es idéntico a Superman.

—No lo es.

—Hitler. Vuestro villano va a ser Adolf Hitler —Jerry miró a Sammy, con las cejas arqueadas y un asombro que no acababa de resultar del todo respetuoso.

—Solamente en la portada.

—No lo van a aceptar de ninguna forma.

—Jack Ashkenazy no lo aceptará —Frank se mostró de acuerdo.

—¿Qué tiene de malo Hitler? —dijo Davy—. Es broma.

—A lo mejor deberíais llamarlo *Racy Dictators* —dijo Marty.

—¡Lo aceptarán! Largaos de aquí —chilló Sammy, echándolos de su propio estudio—. Dadme eso. —Sammy le arrebató las páginas a Jerry, las sujetó contra el pecho y volvió a subirse a su taburete—. Bien, escuchadme todos, hacedme un favor, ¿de acuerdo? ¿No queréis participar en esto? Muy bien, entonces no molestéis. A mí me da igual. —Echó una mirada general de desdén al Nido de Ratas: era John Garfield, dándose la gran vida con su traje de seda, echando un vistazo al piso frío como el hielo donde había terminado el buenazo de su amigo de infancia—. Probablemente ya tenéis más trabajo del que podéis hacer.

Jerry se dirigió a Marty.

—Está siendo sarcástico.

—Ya me he dado cuenta.

—No estoy seguro de que me apetezca que me dé órdenes este listillo. Hace años

que tengo problemas con los listillos.

—No me extraña.

—Si Joe el de Tokyo me entinta —dijo Frank Pantaleone— podéis contar conmigo. —Joe asintió con la cabeza—. Pues entonces me apunto. Franca... Para ser sincero, hace tiempo que tenía unas cuantas ideas en esta misma dirección.

—¿Me prestas una? —dijo Davy. Frank se encogió de hombros—. Entonces yo también me apunto.

—Muy bien, muy bien —dijo Jerry por fin, haciendo un gesto de rendición con las manos—. De todas formas ya habéis tomado al asalto la mayor parte del Foso. —Empezó a bajar otra vez las escaleras—. Voy a hacer un poco de café. —Se volvió y señaló a Joe con el dedo—. Pero alejaos de mi comida. El pollo es mío.

—Y tampoco pueden dormir aquí —dijo Marty Gold.

—Y vas a tener que explicarnos cómo puede ser que vengas de Japón, seas primo de Sammy y tengas tanta pinta de judío —dijo Davy O'Dowd.

—También estamos en Japón —dijo Sammy—. Estamos en todas partes.

—Acuérdate del judo —le recordó Joe.

—Esa es buena —dijo Davy O'Dowd.

ONCE

Ninguno de ellos durmió en dos días. Se bebieron hasta la última gota del café de Jerry, luego empezaron a traer en bandejas de cartón las tazas de papel de color azul y blanco llenas de líquido negro y amargo del griego que abría toda la noche en la Octava Avenida. Tal como había prometido, Jerry administró con crueldad el pollo, pero aun así desapareció la mitad, además de varias bolsas de sándwiches, perritos, manzanas y dónuts. Del armarito de hospital consumieron tres latas de sardinas, una de espinacas, una caja de Wheaties, cuatro pastillas de caldo y algunas pasas. El apetito de Joe continuaba atascado en alguna parte al este de Kobe, pero Sammy compró una rebanada de pan y Joe la untó de mantequilla y se la fue comiendo a lo largo del fin de semana. Se fumaron cuatro cartones de cigarrillos. Ponían la radio a todo volumen y cuando las emisoras se despedían ponían discos, y en los momentos de silencio se enloquecían los unos a los otros con sus silbidos. Los que tenían novia cancelaron sus citas.

Casi desde el principio quedó claro que Sammy, despojado de su biblia de viñetas copiadas y posturas sableadas, era el artista con menos talento del grupo. Al cabo de doce horas de empezar su carrera como dibujante de cómics, se retiró. Le dijo a Joe que continuara él y se encargara del resto de los bocetos del Escapista, ayudándose si le hacía falta de algunos de los números de *Action*, *Detective* y *Wonder* que atiborraban el suelo del Foso. Joe cogió un ejemplar de *Detective* y lo empezó a hojear.

—Así que la idea es que yo dibuje tan mal como estos tipos.

—Estos tipos no se proponen dibujar mal, Joe. Parte de lo que hacen está bien. Hay un tío, Craig Flessel, que es bastante bueno. Intenta tener una mentalidad abierta. Mira esto. —Sammy cogió un ejemplar de *Action* y lo abrió por una página donde Joe Shuster mostraba a Superman liberando a Lois Lane de las garras de unos matones de espaldas anchas: especuladores de guerra, si Sammy no recordaba mal. Los fondos se habían reducido a su esencia: simples jeroglíficos que significaban laboratorios, cabañas de troncos y cimas de montañas escarpadas. Las mandíbulas eran prominentes, la musculatura convencionalizada. Los ojos de Lois eran ranuras con forma de pluma—. Es fácil. Está esquematizado. Si te sentaras ahí y llenaras las viñetas con tus murciélagos, charcos y ventanas de cristales manchados, y si dibujaras con detalle cada músculo y cada diente y lo basaras en Miguel Ángel y te cortaras la oreja por ello, entonces sí que estaría mal. Lo importante es que uses los dibujos para contar una buena historia.

—¿Las historias son buenas?

—A veces las historias son buenas. Nuestra historia es de puta madre, aunque sea yo quien lo diga.

—Puta —dijo Joe, pronunciando lentamente como quien saborea una calada.

—¿Puta qué?

Joe se encogió de hombros.

—Solamente lo estaba diciendo.

Resultó que el verdadero talento de Sammy no estaba en el lápiz ni el pincel, sino en otra parte. Todos pudieron verlo con claridad cuando Davy O'Dowd regresó al Foso después de un breve intercambio de ideas para su personaje con Frank. Frank ya estaba montado en su propia idea, o en la ausencia de la misma; se había puesto a trabajar en la mesa de la cocina y, a pesar de lo que le había prometido a Davy, no quería que nadie lo molestara. Davy volvió de la cocina rascándose la cabeza.

—Mi héroe vuela —dijo Davy O'Dowd—. Eso lo tengo claro.

Joe miró a Sammy, que se dio una palmada en la frente.

—Oh, no —dijo.

—¿Qué?

—Vuela, ¿verdad?

—¿Hay algo malo en eso? Frank dice que todo esto se basa en las fantasías privadas.

—¿Eh?

—Las fantasías privadas. Ya sabes, pues que es lo que todos los niños fantasean con hacer. Como si tú, por ejemplo, quieres no volver a tener una pierna coja. Pues zas, le das a tu héroe una llave mágica y ya puede caminar.

—Ajá —Sammy había preferido no contemplar el proceso de creación de personajes de una forma tan cruda. Se preguntaba qué otros deseos podía haber subsumido sin saberlo en el personaje del cojo Tom Mayflower.

—Siempre he creído que me gustaría volar —dijo Davy—. Supongo que igual que a mucha gente.

—Es una fantasía habitual, sí.

—Pues a mí me parece que por esa misma razón no se pueden hacer muchos personajes que vuelen —intervino Jerry Glovsky.

—Muy bien, pues: que vuele —Sammy miró a Joe—. ¿Joe?

Joe levantó un instante la mirada de su trabajo:

—Por qué.

—¿Por qué?

Sammy asintió.

—¿Por qué puede volar? ¿Por qué quiere hacerlo? ¿Y cómo es que usa sus poderes de vuelo para combatir al crimen? ¿Por qué no se convierte en el mejor desvalijador de casas del mundo?

Davy puso los ojos en blanco.

—¿Qué es esto, catequesis sobre cómics?

—Vayamos por partes. ¿Cómo lo hace?

—No lo sé.

—Deja de decir que no lo sabes.

—Tiene unas alas enormes.

—Piensa en algo más. ¿Una mochila a propulsión? ¿Botas antigraedad? ¿Un sombrero con hélices? ¿Los poderes mitológicos del viento? ¿Polvo interestelar? ¿Una transfusión de sangre de una abeja? ¿Hidrógeno en las venas?

—Frena, frena —dijo Davy— Por Dios, Sam.

—Soy bueno en este rollo. ¿Tienes miedo?

—Solamente me das apuro.

—Elige una opción. Vamos allá, es un fluido. Un fluido antigravitatorio en las venas. Tiene una maquinita que lleva en el pecho y que le bombea la sustancia en las venas.

—¿Ah, sí?

—Sí, y necesita la sustancia para no morir, ¿entiendes? Lo de que vuela es como... Como un beneficio secundario inesperado. Es científico. Médico. Estaba trabajando en una especie de, digamos, sangre artificial. Para usarla en el campo de batalla. La sustancia se llama sinteglobina. Tal vez, joder, no lo sé, tal vez está hecha de meteoritos de hierro molidos del espacio exterior. Lo que sea. Pero entonces unos criminales, no, unos espías enemigos entran en su laboratorio e intentan robársela. Como él no les deja, le disparan a él y a su novia y los dan por muertos. A ella no se la puede salvar, vale, muy triste, pero nuestro hombre consigue enchufarse a la bomba de fluido antes de morir. Es decir, sí que muere, médicamente hablando, pero la sustancia, el meteorito líquido, lo trae de vuelta del abismo. Y cuando se despierta...

—¡Puede volar! —Davy miró con alegría a su alrededor.

—Puede volar y va detrás de los espías que le robaron a su chica, y ahora puede hacer realmente lo que siempre ha querido hacer, que es ayudar a las fuerzas de la paz y la democracia. Pero nunca puede olvidar que tiene una debilidad, que sin su bomba de sinteglobina es hombre muerto. Nunca puede dejar de ser... De ser... —Sammy chasqueó los dedos en busca de un nombre.

—El Casi Cadáver Que Vuela —sugirió Jerry.

—Blood Man —dijo Julie.

—El Vencejo —dijo Marty Gold—. El pájaro más veloz del mundo.

—Dibujo alas muy bonitas —dijo Davy O'Dowd—. Preciosas y llenas de plumas.

—Oh, de acuerdo, mierda —dijo Sammy—. Puede llevarlas solamente de adorno.

Lo llamaremos el Vencejo.

—Me gusta.

—Nunca puede dejar de ser el Vencejo —dijo Sammy—. Ni un puñetero minuto

al día —se detuvo y se frotó la boca con el dorso de la mano. Le dolía la garganta y tenía los labios resecos y la sensación de que llevaba una semana hablando. Jerry, Marty y Davy se miraron entre ellos, luego Jerry se bajó de su taburete y entró en su dormitorio. Cuando salió, llevaba una vieja máquina de escribir Remington.

—Cuando termines con el de Davy, haz el mío —dijo.

Jerry se las arregló para escaparse un rato, a última hora del sábado, y devolverle a Rosa su bolso, y luego otra vez el domingo por la tarde, durante un par de horas, de las que volvió con la marca en el cuello de la mordedura de una chica llamada Mae. En cuanto a Frank Pantaleone, desapareció en algún momento cerca de la medianoche del viernes y volvió a aparecer completamente vestido en la bañera vacía, detrás de la cortina de la ducha, con el bastidor apoyado en las rodillas. Cada vez que terminaba una página, gritaba: «¡chico!», y Sammy corría escaleras arriba para llevársela a Joe, que no levantó la vista del rastro resplandeciente de su pincel hasta las dos de la madrugada del lunes.

—Estupendo —dijo Sammy. Hacía varias horas que había terminado con sus guiones pero se había quedado despierto, bebiendo café hasta que empezaron a temblarle los ojos, a fin de que Joe tuviera compañía hasta que terminara la portada que él le había diseñado. Era la primera palabra que alguno de los dos había dicho desde hacía más de una hora—. Vamos a ver si queda algo de comer.

Joe se bajó de su taburete y llevó la portada hasta el montón de treinta centímetros de altura de bastidores y papel de calco que se convertiría en el primer número de su cómic. Se tiró hacia arriba de los pantalones, hizo girar varias veces la cabeza sobre el pivote crujiente de su cuello y siguió a Sammy hasta la cocina. Allí encontraron y procedieron a devorar una cena ligera consistente en la semi-carcasa triplemente saqueada de un pollo a aquellas alturas antediluviano, nueve galletitas saladas, una sardina, un poco de leche, así como un taco amarillo de queso duro como el diamante que encontraron empotrado, debajo de la botella de leche, entre los listones de la repisa exterior de la ventana. Frank Pantaleone y Julie Glovsky se habían ido hacía mucho rato a sus casas en Brooklyn. Jerry, Davy y Marty estaban durmiendo en sus habitaciones. Los primos se comieron su refrigerio en silencio. Joe miró por la ventana al patio arruinado y negro por culpa del hielo. Sus ojos de párpados gruesos estaban rodeados por negras ojeras. Apoyó la frente amplia en el cristal frío de la ventana.

—¿Dónde estoy? —dijo.

—En Nueva York —dijo Sammy.

—Nueva York —consideró la idea—. Nueva York, Estados Unidos —cerró los ojos—. Eso no es posible.

—¿Estás bien? —Sammy le puso una mano en el hombro—. Joe Kavalier.

—Sam Clay.

Sammy sonrió. Una vez más, igual que cuando había escrito por primera vez su nombre recién americanizado en el pulcro rectángulo de tinta que daba cuenta de su asociación en la página uno del debut del Escapista, Sammy sintió que su vientre se inundaba de un calor incómodo y sus mejillas se ruborizaban. No era solamente el orgullo lo que le provocaba aquel sonrojo, ni tampoco el placer secreto que le producía oficializar de aquel modo su afecto creciente por Joe. También sentía una tristeza por la desaparición del profesor Von Clay, medio afectuosa y medio avergonzada, que nunca antes se había permitido. Le dio un apretón en el hombro a Joe.

—Hemos hecho algo grande, Joe, ¿te das cuenta?

—Montarnos en el dólar —dijo Joe. Abrió los ojos.

—Cierto —dijo Sammy—. Un montón de dinero.

—Ahora me acuerdo.

Además del Escapista y del Sombrero Negro, su revista incluía ahora la aventura inicial, entintada y rotulada por Marty Gold, de la carrera de un tercer héroe: el Hombre de Nieve de Jerry Glovsky. Básicamente venía a ser el Avispón Verde con un calzoncillo de cuerpo entero azul y blanco, además de un sirviente coreano, una pistola que disparaba «gas congelante» y un coche de dos plazas sin capota que el texto de Sammy describía como «del mismo color azul gélido que los ojos adiestrados para detectar el mal del Hombre de Nieve». Jerry se las había apañado para refrenar su estilo bigfoot, dejando que emergiera únicamente en la representación de Fan, el sirviente dentado pero versado en lucha, y del adversario babeante, con garras y monóculo del Hombre de Nieve, el temido Mano de Obsidiana. También estaba la primera entrega del Vencejo, con sus sedosas y exuberantes alas a lo Alex Raymond, y la de Onda de Radio, que, dibujado por Frank Pantaleone y entintado por Joe Kavalier, no acababa de estar a la altura, tal como Sammy se vio obligado a admitir. Y era culpa de Sammy. En la creación de Onda de Radio le había cedido la palabra a la experiencia de Frank y a su habilidad con el lápiz y no se había atrevido a ofrecerle su ayuda en el desarrollo argumental de la historieta. Aquel acto de deferencia había resultado en un héroe asombrosamente dibujado, con un traje elegante, una musculatura suntuosa y un magnífico entintado, pero sin novia entrometida, ayudante pendenciero, identidad secreta irónica, inspector de policía incompetente, talón de Aquiles, ejército de aliados secretos ni búsqueda de venganza personal. Solamente la capacidad explicada a toda prisa, bien dibujada y bastante turbia de viajar por el aire «siguiendo los raíles invisibles de las ondas de radio», y de saltar inesperadamente desde la rejilla de una radio Philco al escondrijo de una banda de ladrones de joyas aficionados al jazz. Pronto a Sammy le resultó evidente que en cuanto los criminales de la ciudad de Onda de Radio supieran de su existencia, lo único que tenían que hacer era apagar sus transistores para poder

enriquecerse tranquilos, pero para cuando tuvo oportunidad de revisar la historieta, Joe ya había entintado la mitad.

Julie había hecho un buen trabajo con su historia del Sombrero. Había ilustrado uno de los argumentos reelaborados y adaptados de *La Sombra* con un estilo plano y ligeramente caricaturesco no demasiado distinto del que usaba Joe Shuster con *Superman*, aunque dibujando mejor los coches y los edificios; y en cuanto a la aventura del Escapista, Sammy estaba bastante satisfecho, aunque los diseños de Joe eran, para ser honestos, un poco estáticos y demasiado elaborados, y hacia el final se volvían apresurados y esquemáticos.

Pero la gloria indiscutible de la revista era la portada. No era un dibujo sino una pintura, ejecutada con abundancia de temperas, con un estilo elegante de ilustrador, al mismo tiempo idealizado y muy realista, que a Sammy le recordaba a James Montgomery Flagg pero que en realidad Joe había tomado, decía, de un ilustrador alemán llamado Kley. A diferencia de las grandes portadas anti-nazis que estaban por venir, no había *melées* de tanques ni aeroplanos en llamas, no había subalternos con casco ni mujeres gritando. Solamente había dos protagonistas, el Escapista y Hitler, sobre una tarima neoclásica cubierta de banderas nazis con un cielo azul de fondo. A Joe solamente le había costado unos minutos diseñar la postura del Escapista: las piernas extendidas, el enorme puño derecho trazando un arco sobre la página para propinar un directo inmortal; luego había tardado horas en pintar las sombras y los relieves que hacían que la imagen fuera tan realista. El tejido azul oscuro del disfraz del Escapista tenía pliegues y arrugas perfectamente palpables, y su cabello —habían decidido convertir la pañoleta en una máscara que dejara ver el cabello— soltaba destellos dorados y al mismo tiempo parecía revuelto por el viento. Su musculatura era enjuta, sutil y creíble, y las venas de su brazo estaban hinchadas por el esfuerzo del puñetazo. En cuanto a Hitler, salía disparado hacia atrás en dirección al lector, proyectado limpiamente fuera de la ilustración por un gancho de derecha, con la cabeza echada hacia atrás, el rizo despeinado sobre la frente, los brazos extendidos y la mandíbula dejando tras de sí un rastro sanguinolento de dientes. La violencia de la imagen era sorprendente, hermosa y extraña. Despertaba sensaciones misteriosas en el espectador, de odio satisfecho y miedo estremecedor transformado en compensación fantástica, sensaciones que pocos artistas de los que trabajaban en América en otoño de 1939 podrían haber plasmado de forma tan sencilla y efectiva como Joe Kavalier.

Joe asintió y apretó la mano de Sammy a cambio.

—Tienes razón —dijo—. Tal vez hayamos hecho algo bueno.

Joe se apoyó en la pared de la cocina y resbaló hasta llegar al suelo. Sammy se sentó a su lado y le ofreció la última galleta salada. Joe la cogió pero en lugar de comérsela empezó arrancar trocitos y a tirarlos al Foso. Vista de perfil, su nariz

parecía una vela hinchada por el viento. El pelo le caía en rizos exhaustos sobre la frente. Parecía estar a un millón de kilómetros de allí, y Sammy imaginó que estaba recordando con nostalgia algún lugar de su tierra natal, alguna maravilla que había visto tiempo atrás, la melodía de un anuncio de gomina, un pollo bailando en un museo de baratijas, las patillas de su padre, el reborde de encaje de la combinación de su madre. De repente, como la flor de papel escondida dentro de una de las cápsulas del Jardín Milagroso Instantáneo de Empire Novelty, en el corazón de Sammy brotó con un estallido de color la conciencia de todo lo que su primo había dejado atrás.

Luego Joe dijo, medio para sus adentros:

—Sí, me gustaría volver a ver a esa Rosa Saks.

Sammy se rió. Joe lo miró, demasiado tímido para preguntar qué pasaba, y Sammy se sintió demasiado cansado para explicárselo. Pasaron unos cuantos minutos en silencio. A Sammy le cayó la barbilla sobre el pecho. Después de mecerse allí un momento, su cabeza volvió a rebotar hacia arriba y sus ojos se abrieron.

—¿Era la primera mujer que veías desnuda?

—No —dijo Joe—. En la academia de arte dibujaba modelos.

—Ah, ya.

—¿Tú has visto alguna?

En aquella pregunta había más cosas implícitas, naturalmente, que la mera observación de una mujer sin ropa. Hacía mucho tiempo que Sammy había preparado un relato detallado de su pérdida de virginidad, la conmovedora historia de un encuentro debajo de las tablas del paseo marítimo con Roberta Blum en la última noche que ella pasaba en Nueva York, la víspera de su marcha de la escuela. Sin embargo, ahora se encontró con que no tenía energía para contarla. De forma que se limitó a decir:

—No.

Cuando Marty Gold subió las escaleras una hora más tarde, buscando desesperadamente un vaso de leche que contrarrestara los efectos del café que se había bebido, se encontró a los primos dormidos en el suelo de la cocina, medio abrazados entre ellos. Insomne y ulcerado, Marty estaba de muy mal humor, así que hay que reconocerle que, en lugar de montar en cólera porque habían violado la prohibición de dormir en el apartamento, echara una manta del ejército por encima de Joe y Sammy: una manta que había regresado de Ypres con el hijo de los Waczukowski y que había calentado los cinco dedos del pie de Al Capp. Luego cogió la botella de leche de la repisa de la ventana y se la llevó a la cama.

DOCE

El lunes amaneció la mañana más bonita de la historia de Nueva York. El cielo era tan azul como la cinta de un cordero ganador de un premio. En lo alto del edificio Chrysler, las gárgolas aerodinámicas brillaban como una sección de vientos. Gran parte de los 6.011 manzanos de la isla estaban cargados de fruta. El aire transportaba un aroma agrícola a manzanas y bosta de caballo. Sammy estuvo silbando *Frenesí* durante todo el trayecto a través de la ciudad y al entrar en el vestíbulo del edificio Kramler. Mientras iba silbando, tuvo una fantasía en la que él aparecía, pocos años más tarde, como propietario de Ediciones Clay, S.A., publicando cincuenta títulos al mes, desde pulps hasta revistas serias, con una plantilla de doscientas personas y tres plantas del Rockefeller Center. A Ethel y a Bubbie les compraba una casa con jardín en Long Island, allá en la Cochinchina. Para Bubbie alquilaba un enfermero, alguien que la bañara y se sentara con ella y le mezclara las pastillas con papilla de plátano. Alguien que permitiera descansar a su madre. El enfermero era un tipo fornido y pulcro llamado Steve. Los sábados jugaba al fútbol con sus hermanos y amigos. Llevaba un gorro de cuero y una sudadera que decía EJÉRCITO. Los sábados, Sammy salía de su despacho impecable de granito y acerocromo y cogía el tren para ir a visitarlos, dándose en su vagón comedor privado un festín de carne de tortuga, la más sucia y abominable de todas las carnes, que la Poderosa Molécula había probado una vez en Richmond y no había olvidado hasta el día de su muerte. Sammy colgaba su sombrero en la pared de la soleada y encantadora casa de campo de Long Island, besaba a su madre y su abuela e invitaba a Steve a jugar a cartas y fumar un puro. Sí, en su última y bonita mañana de su vida como Sammy Klayman, se sentía peligrosamente optimista.

—¿Me habéis traído un Superman? —dijo Anapol sin preámbulos cuando Sammy y Joe entraron en su despacho.

—Espere a ver esto —dijo Sammy.

Anapol hizo sitio en su escritorio. Abrieron los portafolios uno detrás de otro y empezaron a amontonar las páginas.

—¿Cuánto habéis hecho? —dijo Anapol, levantando una ceja.

—Una revista entera —dijo Sammy—. Jefe, permítame que le enseñe —puso voz grave e hizo una floritura con las manos en dirección al montón— el primer número del título estrella de Empire Comics, *El Hombre...*

—¿Empire Comics?

—Sí, es lo que he pensado.

—No Racy Comics.

—Tal vez sea mejor.

Anapol se acarició su barbilla recia como el peñón de Gibraltar.

—Empire Comics.

—Y su título estrella... —Sammy levantó la hoja de papel de calco que cubría la pintura de Joe—. *El Hombre Enmascarado*.

—Pensaba que se iba a llamar *Joy Buzzer* o *Whoopee Cushion*.

—¿Es así como quiere llamarlo?

—Quiero vender artículos de broma —dijo Anapol—. Quiero mover mis radios.

—Pues entonces *Radio Comics*.

—*Amazing Midget Radio Comics* —dijo Joe, evidentemente convencido de que sonaba muy bien.

—Me gusta —dijo Anapol. Se puso las gafas y se inclinó para examinar la portada—. Es rubio. Muy bien. Está pegando a alguien. Muy bien. ¿Cómo se llama?

—Se llama el Escapista.

—El Escapista. —Frunció el ceño—. Está pegando a Hitler.

—Qué le parece.

Anapol gruñó. Cogió la primera página, leyó las dos primeras viñetas de la historia y ojeó el resto. Luego ojeó sin detenerse las dos páginas siguientes. Por fin lo dejó.

—Ya sabes que no tengo paciencia para tonterías —dijo el distribuidor más importante de mandíbulas rechinantes a cuerda de todo el Nordeste. Apartó las páginas de su vista—. No me gusta. No lo entiendo.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué es lo que no entiende? Es un escapista sobrehumano. No hay grilletes que lo puedan encerrar. Ningún cerrojo es seguro. Acude al rescate de los que sufren el yugo de la tiranía y la injusticia. Como Houdini, pero mezclado con Robin Hood y un poco de Albert Schweitzer.

—Ya veo que se te da bien esto —dijo Anapol—. No lo digo por nada. No estoy diciendo que sea bueno. —Sus rasgos grandes y acongojados se tensaron y dio la sensación de que le estaba repitiendo el desayuno. Huele dinero, pensó Sammy—. El viernes, Jack habló con su distribuidor, Seaboard News. Resulta que Seaboard también está buscando un Superman. Y no somos los primeros de los que tiene noticias. —Pulsó el botón que le comunicaba con su secretaria—. Ponme con Jack. —Descolgó el teléfono—. Todo el mundo está intentando apuntarse al rollo este de los personajes disfrazados. Tenemos que subirnos al carro antes de que la burbuja estalle.

—Ya tengo un equipo de siete personas, jefe —dijo Sammy—. Incluyendo a Frank Pantaleone, que acaba de vender una historieta a King Features. —Aquello era casi cierto—. Y a Joe. ¿Ha visto el trabajo que es capaz de hacer? ¿Qué piensa de esa portada?

—¿De darle un puñetazo a Adolf Hitler? —dijo Anapol, inclinando la cabeza en gesto dubitativo—. No sé qué pensar. Hola, ¿Jack? Sí. De acuerdo. Muy bien. —

Colgó—. No veo a Superman mezclado en política. Y eso que no me importaría ver a Hitler recibiendo una buena zurra.

—De eso se trata, jefe —dijo Sammy—. A un montón de gente no le importaría. Cuando vean esto...

Anapol hizo un gesto con la mano para atajar la controversia.

—No lo sé, no lo sé. Siéntate. Deja de hablar. ¿Por qué no puedes ser un chico amable y calladito como tu primo?

—Usted me ha preguntado...

—Y ahora te pido que te calles. Por eso las radios tienen interruptor. Ten. —Abrió un cajón de su mesa y sacó su cigarrera—. Lo habéis hecho bien. Coged un puro. —Sammy y Joe cogieron sendos Lonsdale de veinte centavos y Anapol se los encendió con el Zippo plateado que le habían regalado como muestra de gratitud por acuerdo general de la International Szymanowski Society—. Sentaos. —Se sentaron—. Veamos qué le parece a George.

Sammy se recostó en el respaldo de su asiento y expulsó una jactanciosa nube bífida de humo azul. Luego se inclinó hacia delante:

—¿A George? ¿A qué George? No será George Deasey.

—No, a George Jessel. ¿Pues qué crees?, claro que a George Deasey. Es el director editorial, ¿no?

—Pero yo pensé... Usted dijo... —la protesta de Sammy quedó interrumpida por un ataque furibundo de tos. Se puso de pie, se apoyó en el escritorio de Anapol e intentó controlar los espasmos de sus pulmones. Joe le dio unos golpecitos en la espalda—. Señor Anapol, pensé que el director iba a ser yo.

—Yo nunca he dicho eso —Anapol se sentó y los muelles de su silla chirriaron como el casco de un barco en peligro. El hecho de que se sentara era mala señal. Anapol solamente hacía negocios de pie—. Ni lo voy a decir. Ni Jack tampoco. George Deasey lleva treinta años en el negocio. A diferencia de mí y de vosotros, fue a la universidad. A la Universidad de Columbia, Sammy. Conoce a escritores, conoce a artistas, trabaja con plazos de entrega y no desperdicia el dinero. Tiene la confianza de Jack.

Visto ahora, resulta fácil decir que Sammy tendría que habérselo imaginado. Lo cierto es que estaba horrorizado. Había confiado en Anapol, lo había respetado. Anapol era el primer hombre de éxito que Sammy había conocido en persona. Era un trabajador tan entregado, un aventurero tan incansable, tan imperioso y tan alejado de su familia como el padre de Sammy, y ser traicionado también por él fue un golpe terrible. Día tras día, Sammy había escuchado las disertaciones de Anapol sobre tomar la iniciativa, sobre la Ciencia del Oportunismo, y a medida que estas encajaban con sus propias nociones de cómo funcionaba el mundo, Sammy se las había creído. No pensaba que nadie pudiera mostrar una mayor iniciativa, o buscar la oportunidad

de forma más científica, que él en aquellos tres últimos días. Sammy quería discutir, pero una vez despojado del apoyo básico de la recompensa empresarial, los argumentos a favor de hacerlo director a él y no al incuestionablemente calificado y probado George Deasey, le resultaron repentinamente ridículos. De forma que volvió a sentarse. Se le había apagado el puro.

Un momento después, vestido con una chaqueta de color maíz combinada con unos pantalones de terciopelo verde y una corbata a cuadros naranjas y verdes, entró Jack Ashkenazy, seguido de George Deasey, que, como siempre, parecía estar de mal humor. Tal como Anapol había mencionado, estaba licenciado en Columbia, en la promoción de 1912. En el curso de su carrera, George Debevoise Deasey había publicado poesía simbolista en el *Seven Arts*, había cubierto América Latina y las Filipinas como corresponsal del *American* y el *Examiner* de Los Ángeles. Y había escrito más de ciento cincuenta novelas pulp bajo el suyo y una docena de otros nombres, incluyendo, antes de convertirse en director editorial de todos los títulos de Racy, más de sesenta aventuras de su producto más vendido: el Duende Gris, un émulo de la Sombra que era la estrella de *Racy Police Stories*. Y sin embargo no se enorgullecía ni se mostraba satisfecho por aquel ni por ningún otro de sus logros o experiencias, debido a que cuando tenía diecinueve años, su hermano Malcolm, a quien idolatraba, se había casado con Oneida Shaw, el amor de la vida de Deasey, se la había llevado a una plantación de caucho en Brasil y allí los dos habían muerto de disentería amebiana. El recuerdo amargo de aquel episodio trágico, aunque corrompido por el tiempo transcurrido y convertido en un polvillo gris ceniciento en su pecho, se había endurecido de puertas afuera hasta generar una serie bien conocida aunque no exactamente apreciada de manías y costumbres, entre ellas el hábito de beber mucho, una capacidad enorme para el trabajo y un cinismo arrasador, así como un estilo editorial firmemente basado en la observancia implacable de los plazos de entrega y en la administración por sorpresa, irregular y devastadora como el impacto de los meteoritos del espacio exterior, de las broncas escabrosas y llenas de cultismos con que despellejaba regularmente a sus temblorosos subordinados. Alto y corpulento, llevaba gafas de concha y un bigote rojizo de puntas caídas y todavía se vestía con las camisas de cuello rígido y los chalecos abotonados hasta arriba de su generación de literatos. Aseguraba despreciar los pulps y nunca perdía la oportunidad de ridiculizarse a sí mismo por ganarse la vida con ellos, pero al mismo tiempo se tomaba su trabajo en serio, y sus novelas, todas ellas redactadas en dos o tres semanas, estaban escritas con garbo y con un toque erudito.

—Así que ahora van a ser los cómics, ¿no? —le dijo a Anapol mientras se estrechaban las manos—. El desmembramiento de la cultura americana da otro gran paso adelante. —Se sacó la pipa del bolsillo del pantalón.

—Sammy Klayman y su primo Joe Kavalier —dijo Anapol. Puso la mano encima

del hombro de Sammy—. Sammy es en gran medida el responsable de todo esto. ¿Verdad, Sammy?

Sammy tenía temblores. Los dientes le rechinaban. Tenía ganas de agarrar un objeto pesado y salpicar el tapete de la mesa de Anapol con sus sesos. Quería salir llorando de la habitación. Se limitó a quedarse mirando a Anapol hasta que el patrón apartó la vista.

—¿Están seguros de que quieren trabajar para mí? —dijo Deasey. Antes de que pudieran contestar, soltó una risita maliciosa y negó con la cabeza. Acercó una cerilla a la cazoleta de su pipa y dio media docena de chupadas breves de humo dulzón— Bueno, echemos un vistazo.

—Siéntate, George, por favor —dijo Anapol, y como pasaba siempre que estaba delante de un gentil con diploma, su habitual altivez saturnina dio paso a la adulación más vergonzosa—. Creo que estos chicos han hecho un trabajo muy bueno. —Deasey se sentó y arrastró el montón de páginas hacia su derecha. Ashkenazy se le acercó por detrás para mirar por encima de su hombro. Mientras Deasey levantaba la hoja protectora de papel de calco que cubría la portada, Sammy miró de reojo a Joe. Su primo estaba rígidamente sentado en su silla, con las manos en el regazo, mirando la cara del director. El aire de integridad arruinada y confianza en sus propios juicios de Deasey había causado impresión en Joe.

—¿Quién ha hecho esta portada? —Deasey examinó la firma, luego miró por encima de sus gafas redondas a Joe—. Kavalier es usted, ¿no?

Joe se puso de pie, agarrando el sombrero con una mano, y le extendió la otra a Deasey.

—Josef Kavalier —dijo Joe—. ¿Cómo está usted?

—Yo estoy bien, señor Kavalier. —Se estrecharon la mano—. Y usted está contratado.

—Gracias —dijo Joe. Se volvió a sentar y sonrió. Estaba simplemente feliz por haber conseguido el trabajo. No tenía ni idea de lo que Sammy estaba pasando, de la humillación que estaba sufriendo. ¡Tanto jactarse ante su madre! ¡Tanto pavonearse delante de Julie y los demás! ¿Cómo demonios iba a ser capaz de mirar otra vez a Frank Pantaleone a la cara?

Deasey dejó a un lado la portada, cogió la primera página y empezó a leer. Cuando terminó, la puso debajo de la portada de Joe y leyó la página siguiente. No volvió a levantar la vista hasta que el montón estuvo entero a su izquierda y lo hubo leído de cabo a rabo.

—¿Usted ha inventado esto, hijo? —sonrió a Sammy—. Supongo que sabe que es pura basura. Superman también es pura basura, por supuesto. Y Batman, y el Blue Beetle. Y el zoológico entero.

—Tiene razón —dijo Sammy entre dientes—. Pero la basura vende.

—Por Dios que sí —dijo Deasey—. Puedo dar fe de ello.

—¿Es todo basura, George? —dijo Ashkenazy—. A mí me gusta el tipo ese que sale de la radio. —Se giró hacia Sammy—. ¿Cómo se te ocurrió eso?

—Me da igual que sea basura —dijo Anapol—. Lo único que quiero saber es si es la misma clase de basura que Superman.

—¿Puedo hablar con vosotros dos en privado? —dijo Deasey.

—Perdonadnos, chicos —dijo Anapol.

Sammy y Joe fueron a sentarse a las sillas que había frente al despacho de Anapol. Sammy intentó escuchar a través del cristal. Se oía a Deasey murmurar en tono grave pero indescifrable. Al cabo de unos minutos, Ashkenazy salió, guiñó el ojo a Sammy y Joe y abandonó las oficinas de Empire. Cuando volvió al cabo de unos minutos, llevaba un ruidoso fajo de papeles. Parecía un contrato legal. A Sammy empezó a picarle la pierna izquierda. Ashkenazy se detuvo frente a la puerta del despacho de Anapol y les hizo un gesto solemne para que entraran.

—¿Caballeros? —dijo.

Sammy y Joe lo siguieron al interior.

—Queremos comprar el Escapista —dijo Anapol—. Os pagaremos ciento cincuenta dólares por los derechos.

Joe miró a Sammy con las cejas levantadas. Se habían montado en el dólar.

—¿Y qué más? —dijo Sammy, aunque había esperado como mucho cien dólares.

—Por los demás personajes, los de apoyo, os pagaremos ochenta y cinco dólares en total —continuó Anapol. Al ver que Sammy hacía una ligera mueca de decepción, añadió—. Iban a ser veinte dólares por cada uno, pero a Jack le pareció que el señor Radio merecía un pequeño extra.

—Y eso son solamente los derechos, chico —dijo Ashkenazy—. Además os contratamos a los dos, a Sammy por setenta y cinco dólares la semana y a Joe por seis dólares la página. George te quiere de ayudante, Sam. Dice que ve mucho potencial en ti.

—Está claro que domina usted la basura —dijo Deasey.

—Además a Joe le pagaremos veinte dólares por cada portada que haga. Y para todos vuestros amigos y socios, cinco dólares la página.

—Aunque por supuesto, tenemos que conocerlos primero —dijo Deasey.

—Eso no es bastante —dijo Sammy—. Yo les he dicho que la tarifa por página serían ocho dólares.

—¡Ocho dólares! —dijo Ashkenazy—. No pagaría ocho dólares ni a John Steinback.

—Pagaremos cinco —dijo Anapol con tranquilidad—. Y queremos una portada nueva.

—¿Ah, sí? —dijo Sammy—. Ya veo.

—Eso del puñetazo a Hitler, Sammy, nos pone nerviosos.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Joe se había distraído un poco durante las discusiones financieras: había oído ciento cincuenta dólares, seis dólares por página y veinte por la portada. Las cifras le sonaban muy bien. Pero ahora le parecía haber oído a Sheldon Anapol declarar que no quería usar la portada en que le rompían la mandíbula a Hitler. Joe nunca había pintado nada que lo dejara tan satisfecho. La composición era natural, sencilla y moderna; las dos figuras, la tarima circular, la insignia azul y blanca del cielo. Las figuras tenían peso y masa. El escorzo del cuerpo de Hitler en pleno vuelo era arriesgado y un poco impreciso, pero de alguna forma resultaba convincente. El dibujo de la ropa estaba bien. El uniforme del Escapista estaba logrado: no parecía simple carne coloreada, sino tela de jersey, arrugada en algunos sitios pero ajustada. Pero por encima de todo, el placer que a Joe le había producido aquel golpe brutal era intenso, duradero y extrañamente redentor. En algunos momentos durante los últimos días, se había consolado con la idea de que de alguna forma un ejemplar de aquella revista llegaba finalmente a Berlín y acababa en la mesa de Hitler. De que el *führer* en persona contemplaría la pintura en la que Joe había canalizado toda su rabia reprimida, se acariciaría la mandíbula y se palparía los dientes con la lengua para asegurarse de que no faltaba ninguno.

—No estamos en guerra con Alemania —dijo Ashkenazy, blandiendo un dedo en dirección a Sammy—. Es ilegal burlarse de un rey, de un presidente o algo así, si no se está en guerra con ellos. Nos pueden demandar.

—Les sugiero que, si quieren mantener a Alemania en la historia, cambien los nombres y no los llamen alemanes. Ni nazis —dijo Deasey—. Pero tendrán que pensar en otra clase de imagen para la portada. Si no, se la puedo encargar a Pickering o a Clemm o alguno de mis portadistas habituales.

Sammy miró a Joe, que tenía la cabeza gacha y estaba asintiendo débilmente con la cabeza, como si ya se hubiera imaginado que todo terminaría así. Cuando levantó la vista, sin embargo, su expresión era resuelta y su voz tranquila y mesurada.

—A mí me gusta la portada —dijo.

—Joe —dijo Sammy—. Piénsalo un minuto. Podemos inventar otra cosa. Algo igual de bueno. Sé que para ti es importante. Para mí también. Creo que también debería ser importante para estos señores, y francamente, en estos momentos me avergüenzo un poco de ellos. —Fulminó a Anapol con la mirada—. Pero piénsalo un minuto. Es lo único que te pido.

—No necesito hacer eso, Sam. No acepto hacer otra portada. De ninguna forma.

Sammy asintió, luego se volvió a Sheldon Anapol. Cerró los ojos con fuerza, como si fuera a saltar de cabeza a un torrente helado. Su fe en sí mismo se había visto quebrada. No sabía qué debía hacer ni el bienestar de quién tenía que perseguir. Si rompían el trato por aquella cuestión, ¿estaría ayudando a Joe? Si se quedaban y se

comprometían, ¿estaría perjudicándolo? ¿Estaría beneficiando a los Kavalier de Praga? Abrió los ojos y miró fijamente a Anapol.

—No podemos hacerlo —dijo Sammy, aunque le costó un grave esfuerzo—. No, lo siento, la portada tiene que ser esa —apeló a Deasey—. Señor Deasey, esa portada es dinamita y usted lo sabe.

—¿Quién quiere dinamita? —dijo Ashkenazy—. La dinamita explota. Se puede perder un dedo.

—No vamos a cambiar la portada, jefe —dijo Sammy, y luego, poniendo en juego todos sus poderes de coraje fingido y bravuconería falsa, cogió uno de los portafolios y empezó a llenarlo de bastidores. No se permitió a sí mismo reflexionar sobre lo que estaba haciendo—. El Escapista lucha contra el Mal. —Cerró el portafolio y se lo dio a Joe, sin mirar a la cara de su primo. Cogió otro portafolio—. Hitler es el Mal.

—Tranquilo, joven —dijo Anapol—. Jack, podríamos subir la tarifa por página para los otros hasta seis dólares. ¿Qué me dices? Seis dólares la página, Sammy. Y ocho para tu primo. Venga, señor Kavalier, ¡ocho dólares la página! No seáis tontos.

Sammy le dio el segundo portafolio a Joe y empezó con el tercero.

—Todos los personajes no son de ustedes, no se olviden —dijo George Deasey—. Tal vez sus amigos vean las cosas de forma distinta.

—Vamos, Joe —dijo Sammy—. Ya has oído lo que ha dicho antes. Todos los editores de la ciudad van detrás de esto. No vamos a tener problema.

Se dieron media vuelta y se dirigieron al ascensor.

—¡Seis y medio! —les gritó Anapol—. ¿Y qué pasa con mis radios?

Joe miró por encima del hombro, luego miró a Sammy, cuyos rasgos respingones habían asumido una mueca impasible. Sammy apretón el botón de BAJAR con un golpe decidido del dedo. Joe inclinó la cabeza en dirección a su primo.

—Sammy, ¿esto es un truco? —murmuró—. ¿O vamos en serio?

Sammy consideró la cuestión. El ascensor soltó un timbrazo. El ascensorista abrió las puertas.

—Dímelo tú —dijo Sammy.

TERCERA PARTE

La guerra de las historietas

UNO

Con los oídos zumbándole todavía por culpa de los obuses de la artillería, el estruendo de los cohetes y la batería de Gene Krupa que sonaba en la radio Crosley en el rincón del estudio, Joe Kavalier dejó su pincel sobre la mesa y cerró los ojos. Durante los últimos siete días apenas había hecho otra cosa que dibujar, pintar y fumar. Se dio una palmada en el pescuezo y llevó a cabo una serie de rotaciones de los huesos que sostenían su cabeza azotada por las batallas. Las vértebras chasquearon y crujieron. Notó un latido de dolor en las articulaciones de la mano y el fantasma de un pincel apretado contra el dedo índice. Cada vez que respiraba, sentía un taco pequeño y duro de nicotina y flema rascándole en los pulmones. Eran las seis de la mañana de un lunes de octubre de 1940. Se sentía bastante bien porque acababa de ganar la Segunda Guerra Mundial.

Se bajó del taburete y fue a contemplar la mañana de otoño a través de las ventanas del edificio Kramler. Salía humo de los orificios del pavimento. Un equipo de media docena de trabajadores con monos de cañamazo oscuro y gorras blancas de visera encasquetadas en la cabeza estaban usando una manguera y unas escobas largas y desvencijadas para desplazar una marea mugrienta a lo largo de las alcantarillas hasta los sumideros de la esquina con Broadway. Joe abrió la hoja traqueteante de la ventana y asomó la cabeza. El cielo del este era del mismo azul brillante que el traje de Superman. El aire de octubre transportaba un olor rancio a lluvia con el débil matiz agrio de una fábrica de vinagre situada junto al East River, a siete manzanas de allí. Para Joe, en aquel momento, era el olor de la victoria. Nueva York nunca resulta tan bonita como cuando la mira un joven que acaba de terminar algo que sabe que va a dejar a todo el mundo estupefacto.

En el decurso de la última semana, ataviado con el disfraz del Escapista, el maestro de las fugas, Joe había volado a Europa (en un autogiro de color azul oscuro), había asaltado el *Schloss* coronado de torres del nefando Guantelete de Acero, había liberado a Plum Blossom de su profunda mazmorra, había derrotado al Guantelete en una larga pelea a puñetazos, lo habían capturado los esbirros del Guantelete y lo habían llevado a Berlín, donde lo habían atado con correas a una extraña guillotina múltiple que lo tenía que hacer rodajas como si fuera un huevo duro ante la mirada petulante del Führer. Naturalmente, su paciencia y su carácter indómito le habían permitido liberarse de las cadenas de acero remachado y lanzarse a la garganta del dictador. En aquel punto —cuando todavía faltaban veinte páginas para llegar al anuncio de Charles Atlas del reverso de la contraportada— toda una división de la Wehrmacht se había interpuesto entre los dedos del Escapista y la tan deseada laringe. En el decurso de las dieciocho páginas siguientes, la Wehrmacht, la Luftwaffe y el Escapista se daban de puñetazos en una larga serie de viñetas que se

empujaban, se apelotonaban, se amontonaban las unas sobre las otras y amenazaban con rebasar los márgenes de la página. Con el Guantelete de Acero fuera de escena, la pelea estaba igualada. En la última página, un momento trascendental en la historia de las fantasías privadas, el Escapista capturaba a Adolf Hitler y lo arrastraba frente a un tribunal mundial. Con la cabeza finalmente gacha por la derrota y la vergüenza, Hitler era condenado a muerte por crímenes contra la humanidad. La guerra había terminado. Se declaraba una era universal de paz y los pueblos prisioneros y perseguidos de Europa —entre ellos, implícita y apasionadamente, la familia Kavalier de Praga— quedaban libres.

Joe se inclinó hacia adelante, con la base de las manos apoyada en el alféizar y el extremo inferior de la hoja de la ventana clavado en la espalda, e inhaló una ráfaga fresca de aire matinal con olor a vinagre. Se sentía satisfecho y lleno de esperanza y, aunque no había dormido más de cuatro horas seguidas en la última semana, no estaba nada cansado. Miró a un lado y al otro de la calle. Le asaltó una sensación repentina de hallarse conectado a ella, de saber adónde llevaba. El mapa de la isla — que le parecía un hombre con el Bronx por cabeza y levantando un brazo a modo de saludo— se dibujó claramente en su cabeza, cortado transversalmente como un modelo anatómico para mostrar su sistema circulatorio de avenidas y rutas de trenes, tranvías y autobuses.

Cuando Marty Gold hubiera entintado las páginas que Joe acababa de terminar, el chaval de Iroquais Color las sujetaría con correas a la parte trasera de una motocicleta y se las llevaría Broadway abajo, pasando por Madison Square, Union Square y Wanamaker's, hasta la fábrica de Iroquais en Lafayette Street. Allí, alguna de las cuatro amables mujeres de mediana edad, dos de las cuales se llamaban Florence, adivinaría con agresividad y aplomo sorprendentes la coloración adecuada de las narices aplastadas, de los aeroplanos Dornier en llamas, del traje blindado alimentado con diesel del Guantelete de Acero y de todas las demás cosas que Joe había dibujado y Marty había entintado. Las grandes cámaras Heidelberg con lentes rotativas de tres colores fotografiarían las páginas a color, y los negativos, uno cian, uno magenta y otro amarillo, serían proyectados por el viejo grabador italiano de ojos guiñados, el señor Petto, en su visor de celuloide de color verde rancio. Los fotograbados a media tinta resultantes serían enviados de nuevo a los barrios altos, siguiendo las ramificaciones arteriales, hasta el enorme edificio de almacenes de la calle Cuarenta y siete con la Undécima Avenida, donde una plantilla de hombres con sombreros cuadrados de papel de periódico accionarían las enormes prensas a vapor para publicar las nuevas entregas del odio extasiado de Joe al Reich alemán, de forma que pudieran ser llevadas de vuelta a las calles de Nueva York, esta vez ya convertidas en cómics doblados y grapados, atados con cordeles en forma de miles de fardos que las furgonetas de Seaboard News llevarían a los quioscos y tiendas de chucherías de la

ciudad, hasta los confines más alejados de la periferia, donde serían colgados de los expositores como ropa limpia o amonestaciones matrimoniales.

Joe no acababa de sentirse en casa en Nueva York. Nunca se lo habría permitido. Sin embargo, sentía mucha gratitud hacia su cuartel en el exilio. Después de todo, Nueva York lo había conducido a su vocación, aquella nueva forma chiflada y genial de arte americano. Había puesto a sus pies las prensas, las cámaras de litografía y las furgonetas de reparto, que aunque no le permitían librar una guerra de verdad, al menos le proporcionaban un sustituto tolerable. Y estaba ganando bastante dinero: ya tenía en el banco siete mil dólares, el rescate de su familia.

Luego terminó el programa de música y el locutor de la WEAJ tomó la palabra para informar de que aquella misma mañana el gobierno de la Francia no ocupada había anunciado la promulgación de una serie de estatutos, creados a imagen de las leyes alemanas de Nuremberg, que permitirían «supervisar», según la extraña fórmula usada por el noticiario, a su población de judíos. Aquello concordaba con informaciones previas, recordó el locutor a sus oyentes, de que algunos judíos franceses —comunistas en su mayoría— estaban siendo transportados a campos de trabajo en Alemania.

Joe metió el cuerpo de nuevo en las oficinas de Empire, golpeándose la coronilla con el marco de la ventana. Fue hasta la radio, frotándose el chichón que acababa de hacerse en la cabeza, y subió el volumen. Pero al parecer ya no había nada más que decir de los judíos de Francia. El resto de noticias de la guerra trataban de los ataques aéreos a Tobruk y Kiel en Alemania y del continuo acoso por parte de los submarinos alemanes a los barcos de carga aliados y neutrales que iban a Gran Bretaña. Se habían perdido otros tres barcos, entre ellos un buque cisterna americano que llevaba un montón de aceite de girasol de Kansas.

Joe se sintió desinflado. La ráfaga de triunfo que lo acometía cada vez que terminaba una historieta era siempre pasajera y parecía volverse más fugaz con cada trabajo. Esta vez había durado un minuto y medio antes de convertirse en vergüenza y frustración. El Escapista era un héroe imposible, ridículo y sobre todo imaginario, y libraba una guerra que nunca se podría ganar. Las mejillas le ardían de vergüenza. Estaba perdiendo el tiempo. «Estúpido», se dijo, secándose las lágrimas con el brazo.

Joe oyó el gruñido del viejo ascensor del edificio Kramler, el silbido y el traqueteo de la puerta de su jaula corriéndose a un lado. Vio que la manga de su camisa no solamente estaba manchada de lágrimas sino también de café y emborronada de grafito. El puño estaba deshilachado y sucio de tinta. Fue consciente del polvo y del residuo pegajoso de falta de sueño que le impregnaba la piel. No estaba seguro de cuánto tiempo había pasado desde su última ducha.

—Mira esto. —Era Shelly Anapol. Llevaba un traje de zapa de color gris claro que Joe no conocía, tan enorme y brillante como la lente de un faro. Tenía la cara roja

y quemada por el sol y se le estaban pelando las orejas. Unas gafas fantasmales de color claro le rodeaban los ojos tristes, que por alguna razón, aquella mañana de otoño, parecían estarlo bastante menos que de costumbre—. Ya sabía yo que estarías aquí a primera hora, si es que no te has quedado toda la noche.

—Acabo de terminar *Radio* —dijo Joe en tono lúgubre.

—¿Y cuál es el problema?

—Que es una mierda.

—No me digas que es una mierda. No me gusta oírte hablar así.

—Ya lo sé.

—Eres demasiado severo contigo mismo.

—No es verdad.

—¿Es una mierda?

—No son más que chorradas.

—Las chorradas ya me están bien. Déjame ver. —Anapol cruzó la zona que antes había estado ocupada por las mesas y archivadores de los encargados de los envíos de Empire Novelties, pero que ahora estaba ocupada por los bastidores y mesas de dibujo de Empire Comics, Inc., algo que todavía sorprendía a Anapol.

El pasado mes de enero, *Amazing Midget Radio Comics* había debutado con una tirada de trescientos mil ejemplares que se agotó por completo.⁵ En la portada del número que ahora estaba en los quioscos —destinado a ser el primero de los títulos de Empire (actualmente había tres) que rompiera la barrera del millón de ejemplares distribuidos—, las palabras «Amazing» y «Midget», que se habían ido encogiendo cada mes hasta convertirse en manchas del tamaño de hormigas en la esquina superior izquierda de la portada, habían desaparecido de forma definitiva, y junto con ellas se había abandonado del todo la idea de promocionar artículos de broma mediante los cómics. En septiembre, Anapol se había visto forzado por los argumentos implacables del sentido común a vender el inventario y la contaduría de Empire Novelties, Inc. a Johnson-Smith Co., la primera empresa de artículos de broma del país. Fue el hito de aquella venta y su recaudación lo que había financiado el viaje de dos semanas a Miami Beach del que Anapol acababa de regresar, con la cara roja y brillante como una moneda de diez centavos. Tal como había explicado a todo el mundo varias veces antes de partir, llevaba catorce años sin tomarse unas vacaciones.

—¿Qué tal por Florida? —dijo Joe.

Anapol se encogió de hombros.

—Debo admitirlo, lo tienen muy bien montado en Florida. —Parecía reticente a admitirlo, como si a lo largo de los años hubiera invertido un esfuerzo considerable en criticar Florida—. Me gusta el sitio.

—¿Qué hizo allí?

—Comer, básicamente. Me sentaba en la terraza. Cogía el violín. Una noche jugué al pinacle con Walter Winchell.

—¿Juega bien a las cartas?

—Eso parece, pero le di una buena tunda.

—¿Ah, sí?

—Sí, a mí también me extrañó.

Joe le pasó el montón de páginas a Anapol y el editor se puso a hojearlas. Ahora tendía a tomarse un mayor interés en su contenido y a mostrar un entendimiento ligeramente mayor que en su primer contacto con los cómics. Anapol nunca había sido un devoto de las historietas, de forma que le había costado un poco el mero hecho de aprender a leer un cómic. Ahora se los leía todos dos veces, la primera cuando estaba en producción y la segunda cuando llegaba a los quioscos: se compraba un ejemplar de camino al tren y lo leía de camino a Riverdale.

—¿Alemania? —dijo, parándose en la primera viñeta de la segunda página—. ¿Ahora los llamamos alemanes? ¿Esto lo ha aprobado George?

—Mucha más gente los llama alemanes, señor —dijo Joe—. El Terror de los Espías. La Antorcha Humana. Va a quedar usted como un idiota si es el único que no lo hace.

—¿Así que ahora voy a quedar como un idiota? —dijo Anapol, torciendo una comisura de la boca.

Joe asintió. En sus tres primeras apariciones, el Escapista y su excéntrico séquito habían recorrido una Europa apenas disfrazada, en donde habían entusiasmado a las élites razis de Zotenia, Godosilvania, Draconia y otros oscuros bastiones seudónimos de la Cadena de Hierro, mientras que en secreto se dedicaban a su verdadera ocupación de organizar fugas de líderes de la resistencia y aviadores británicos presos, ayudaban a grandes científicos y pensadores a escapar de las garras del perverso dictador, Attila Haxoff, y liberaban a cautivos, misioneros y prisioneros de guerra. Sin embargo, pronto Joe vio que nunca iba a bastar con aquello, ni para los aliados ni para él mismo. En la portada del cuarto número, los lectores se quedaron pasmados al ver al Escapista levantando un pánzer sobre su cabeza, vuelto del revés, y haciendo caer de su trampilla a un montón de soldados godosilvanos como un niño haciendo caer centavos de una hucha.

En el interior del número 4 de *Radio Comics* se revelaba que la Liga de la Llave de Oro, representada por primera vez en su «santuario montañoso secreto en la cima del mundo», había convocado en aquellos momentos de crisis un cónclave extraordinario de sus maestros dispersos por el mundo. Había un maestro chino, un maestro holandés, un maestro polaco y otro con una capucha de piel que tal vez fuera lapón. Los maestros reunidos parecían ser en su mayor parte ancianos e incluso tenían cierto aspecto de gnomos. Todos se mostraron de acuerdo en que nuestro

héroe, Tom Mayflower, aunque era nuevo en el juego y todavía joven, luchaba con más ahínco y obtenía más éxitos que ningún otro. Por ello votaron para nombrarlo «CAMPEÓN DE LA LIBERTAD de emergencia». El poder de la llave de Tom Mayflower se multiplicó por veinte. Descubrió que ahora podía arrancar el revestimiento de un aeroplano, echarle el lazo a un submarino con un cable de acero arrancado de un puente cercano o hacer el obligatorio nudo de amor de todo buen superhéroe con una batería de cañones antiaéreos. También introdujo una mejora en el viejo truco del mago Ching Ling Soo de atrapar balas en el aire: el Escapista podía atrapar obuses. Le dolía y se quedaba aturdido, pero podía hacerlo. Luego se ponía en pie dando tumbos y decía algo así como «¡Me gustaría ver si Gaby Hartnett puede hacer esto!».

A partir de entonces había estallado una guerra sin cuartel. El Escapista y su banda luchaban en tierra, en mar y en los cielos sobre Fortaleza Europa, y la intensidad del castigo que sufrían los subalternos de la Cadena de Acero aumentaba dramáticamente. Pronto, sin embargo, se vio claro que si su ritmo mensual de páginas no aumentaba —o sea, si no se pasaba veinticuatro horas luchando—, Joe podía verse vencido por la futilidad aprisionadora de su rabia. Por esa época, afortunadamente, las primeras cifras completas de circulación del número 2 de *Radio Comics* mostraron ventas superiores al medio millón. Inmediatamente Sammy hizo la propuesta natural de añadir un segundo título al sello. Después de conversar un momento, Anapol y Ashkenazy autorizaron la creación de dos, que se llamarían *Triumph Comics* y *The Monitor*. Sammy y Joe emprendieron una serie de largos paseos, trasladándose de las calles de Manhattan a las de Empire City y de vuelta, hablando, soñando y caminando en círculos tal como dicen las normas que han de hacer los creadores de gólems. Cuando regresaron del último de estos paseos arcanos, habían hecho nacer al Monitor, al Ametrallador y al doctor E. Pluribus Hewnham, el Científico de América, y habían poblado ambas publicaciones de personajes para que los dibujara la plantilla ahora habitual de Empire: Gold, los dos Glovsky y Pantaleone. Tal como preveía Sammy, ambos títulos arrasaron. Y pronto Joe se vio responsable de más de doscientas páginas de dibujos y de masacres imaginarias al por mayor a una escala que, muchos años después, todavía conseguiría horrorizar al bueno del doctor Fredric Wertham cuando se pusiera a investigar los orígenes violentos de los cómics.

—Dios mío —dijo Anapol, estremeciéndose. Había llegado el momento, cerca del final de la historia, en que el Escapista se ponía manos a la obra con las divisiones de Panzers y las tropas de asalto de la Wehrmacht—. Buf.

—Sí.

Anapol señaló con uno de sus gruesos dedos.

—¿Esto que sobresale del brazo de este tipo es un hueso?

—Se supone que debe sugerir eso.

—¿Podemos enseñar un hueso sobresaliendo de un brazo humano?

Joe se encogió de hombros.

—Puedo borrarlo.

—No, no lo borres. Solamente es que... Joder.

Como solía pasarle cuando examinaba el trabajo de Joe, Anapol tenía cara de estar a punto de marearse. Sin embargo, Sammy le había asegurado a Joe que no era disgusto por la violencia representada sino por el descubrimiento, siempre doloroso por alguna razón para Anapol, de la magnitud de la nueva salvajada del Escapista que iba a llegar a manos de los niños asombrosamente sedientos de sangre de América.

Fueron las escenas bélicas de Joe —el tipo de viñeta o serie de viñetas que en el negocio se conocían como festival de balas— lo que dio a conocer en un primer momento su trabajo, tanto en el negocio como ante los jóvenes patidifusos de América. Sus escenas eran descritas como brutales, frenéticas, violentas, extremas e incluso brueghelianas. Había humo, fuego y relámpagos. Había densos enjambres de bombarderos, flotillas picudas de buques de guerra, jardines enteros de florecientes estallidos de obuses. En una esquina, un castillo bombardeado se yergue lúgubre sobre una colina. En otra esquina, una granada está explotando en un gallinero y todos los pollos y los huevos salen volando. Los Messerschmitt bajan en picado y los torpedos con sus aletas aran la tierra. Y en medio de todo el Escapista forcejea, amarrado con cadenas de barcos a la cabeza de un profético misil del Eje.

—Un día de estos vas a ir demasiado lejos —dijo Anapol, negando con la cabeza. Volvió a juntar el montón de bastidores y se dirigió a su despacho—. Alguien va a resultar herido.

—Alguien ya está resultando herido —le recordó Joe.

—Bueno, pero no aquí. —Anapol abrió su puerta con llave y entró. Joe le siguió sin ser invitado. Quería que Anapol entendiera la importancia del combate, que sucumbiera a la propaganda que él y Sammy estaban manufacturando sin reparos. Si no podían conseguir que los americanos se enfurecieran con Hitler, entonces la vida de Joe, la misteriosa libertad que le había sido concedida a él y negada a otros, carecía de sentido.

Anapol miró el mobiliario escaso de su despacho, las estanterías combadas y la lámpara de mesa con su pantalla resquebrajada, como si fuera la primera vez que lo veía.

—Este sitio es un vertedero —dijo. Luego asintió, como mostrándose de acuerdo con alguna crítica inaudible, posiblemente, pensó Joe, de su mujer—. Me alegro de que nos larguemos de aquí.

—¿Se ha enterado de lo de Vichy? —dijo Joe—. ¿De las leyes que han aprobado? Anapol dejó una bolsa de papel sobre su mesa y la abrió. Sacó una bolsa de

redecilla llena de naranjas.

—Pues no —dijo—. ¿Una naranja de Florida?

—Están planeando restringir los movimientos de los judíos.

—Eso es terrible —dijo Anapol, ofreciéndole una naranja. Joe se la metió en el bolsillo de los pantalones—. Todavía no me puedo creer que vaya a estar en el Empire State. —Sus ojos miraron a lo lejos—. Empire Comics y Empire State, ¿no ves la conexión?

—Y también tienen leyes así en Checoslovaquia.

—Ya lo sé. Son unos animales. Tienes razón. Dime, ¿qué noticias tienes de tu familia?

—Lo de costumbre —dijo Joe. Llegaban sobres con la extraña dirección de la calle Dlouha a un ritmo de un par al mes. La caligrafía garabateada y barroca de su madre aparecía tatuada de esvásticas y águilas. A menudo en aquellas cartas no había nada parecido a noticias. El censor las había vaciado de toda información. Joe se veía obligado a escribir sus respuestas a máquina, porque aunque en las páginas de sus cómics tenía una de las caligrafías más firmes del sector, cuando se sentaba para escribir a su hermano —la mayoría de sus cartas estaban dirigidas a Thomas— la mano le temblaba demasiado para coger una pluma. Sus cartas eran lacónicas, como intentando refrenar la incoherencia de las emociones. En cada una de ellas, le pedía a Thomas que no desesperara, le aseguraba que no había olvidado su promesa y que estaba haciendo lo posible para llevarlos a todos a Nueva York—. No ha cambiado nada.

—Mira —dijo Anapol—. No te voy a impedir que les cortes las malditas cabezas si es lo que quieres, siempre y cuando vendas bastantes cómics. Ya lo sabes.

—Ya lo sé.

—Es solo que... Me pone nervioso.

Todo el fenómeno de los cómics, por lo visto, ponía un poco nervioso a Anapol. Durante quince años se había roto la espalda viajando a las remotas y sombrías regiones interiores de Pennsylvania y Massachusetts. Había dormido poco, había coqueteado con la bancarrota y había conducido seiscientas millas al día. Había comido cosas atroces, había desarrollado una úlcera, había abandonado a sus hijas y se había dejado la salud para conseguir que los vendedores de artículos de broma se rieran. Ahora, de pronto, sin haber hecho nada más que dejarse convencer por alguien a quien hasta entonces había considerado un joven chiflado para reunir siete mil dólares que a duras penas se podía permitir, era un hombre rico. Todas las tablas y ecuaciones para calcular la naturaleza del mundo habían quedado en cuestión. Había terminado su aventura con Maura Zell, había vuelto con su mujer y asistido a los ritos del rosh hashanah por primera vez en cuarenta años.

—Me preocupas tú, Kavalier —continuó—. Supongo que lo único saludable que

puedes hacer es sacarte de dentro los instintos asesinos o lo que sea que tengas de esta forma. —Hizo un gesto vago en dirección al estudio—. Pero no puedo evitar pensar que a largo plazo solamente te va a poner... A poner... —Pareció perder el hilo de sus pensamientos. Había estado hurgando dentro de la bolsa de papel, sacando más souvenirs de su viaje. Había una caracola de suntuoso reborde rosado. Había una cabeza de mono sonriente hecha con dos mitades de coco. Y había la fotografía enmarcada de una casa, coloreada a mano en tonos chillones. La casa de la foto ocupaba una parcela de césped de color verde vibrante. El cielo era de color azul pálido. Era una casa modernista, baja, de color gris claro y con el tejado plano, tan bonita como una huevera. Anapol colocó la foto sobre su mesa, junto a las fotos de su mujer y sus hijas. El marco era sobrio, de esmalte negro sin adornos, como sugiriendo que la foto que contenía era un documento de rara importancia, un diploma o una licencia del gobierno.

—¿Qué es eso? —dijo Joe.

Anapol parpadeó, mirando la foto.

—Es mi casa en Florida —dijo en tono vacilante.

—Pensaba que habían ido a un hotel.

Anapol asintió. Parecía intranquilo, feliz y dubitativo al mismo tiempo.

—Fuimos a un hotel. Al Delano.

—¿Y se compró una casa allí?

—Al parecer sí. Ahora me parece una locura —señaló la foto—. Ni siquiera es mi casa. No hay casa. Solamente hay un montón de arena húmeda rodeada por una cuerda atada a una serie de estacas. En medio de Palm River, Florida. Solo que Palm River tampoco existe todavía.

—Fue a Florida y se compró una casa.

—¿Por qué no me gusta tu forma de repetirlo todo el tiempo? ¿Por qué me siento como si me estuvieras acusando de algo? ¿Me estás diciendo que no tengo derecho a tirar mi dinero en la primera estupidez que me apetezca, Kavalier?

—No, señor —dijo Joe—. No me pasaría por la cabeza. —Dejó escapar un bostezo profundo y convulsivo que le hizo temblar todo el cuerpo. Estaba agotado, pero el bostezo que lo sacudió no era producto de la fatiga sino de la rabia. La única gente que estaba ganando la guerra que Joe libraba desde enero en las páginas de Empire Comics eran Sheldon Anapol y Jack Ashkenazy. Entre los dos se habían embolsado una cantidad cercana, según los cálculos de Sammy, a los seiscientos mil dólares—. Discúlpeme.

—Mejor que sí —dijo Anapol—. Ve a casa. Duerme un poco. Tienes un aspecto horrible.

—Tengo una cita —dijo Joe en tono cortante. Se puso el sombrero y se echó la chaqueta por encima del hombro—. Adiós.

DOS

En circunstancias ordinarias, el viaje al centro de la ciudad para visitar el consulado alemán ya descorazonaba a Joe. Hoy le resultaba difícil el mero hecho de entrar en el metro. Se sentía misteriosamente furioso con Sheldon Anapol. Se sacó un cómic del bolsillo de la chaqueta y trató de leer. Se había convertido en un consumidor constante y meticulado de cómics. Merodeando por los tenderetes de libros de la Cuarta Avenida, había conseguido un ejemplar de casi todos los que se habían publicado en los últimos años. De paso, había adquirido también montones de ediciones dominicales viejas del *New York Mirror* a fin de poder estudiar el trabajo vehemente, preciso y pictórico de Burne Hogarth en *Tarzan*. La misma intensidad de concentración masturbatoria que Joe había aplicado antaño al estudio de la magia y los aparatos de radio ahora la aplicaba a aquel arte novato, bastardo y abierto a todo el mundo en cuyas pícaras redes había caído. Se dio cuenta de lo importante que era la influencia del cine para artistas como Joe Shuster y el Bob Kane de *Batman*, y empezó a experimentar con un vocabulario cinematográfico: un primerísimo plano, por ejemplo, de la cara de un niño aterrorizado o de un soldado, o un zoom que se acercaba gradualmente a lo largo de cuatro viñetas a las almenas y la torre del homenaje de un siniestro reducto zotenio. De Hogarth aprendió a preocuparse por captar el momento emocional, por decirlo de alguna forma, de una viñeta: a elegir cuidadosamente, entre la infinitud de instantes posibles a detallar, aquel en que las emociones de los personajes eran más extremas. Y leyendo los cómics donde aparecían dibujos del gran Louis Gine, como el que tenía ahora mismo en las manos, Joe aprendió a ver al héroe de cómic, con sus disfraces ajustados, no como una absurdidad pulp sino como una celebración (aunque fuera entintada) del lirismo de la forma humana en movimiento. No solamente había violencia y castigo en las primeras historias de Kavalier y Clay. El trabajo de Joe también representaba el placer puro del movimiento sin trabas, de la potencia corporal, de una forma que no solamente reflejaba los anhelos de su primo cojo sino también los de una generación entera de alfeñiques, patosos y chivos expiatorios de patio de escuela.

Hoy, sin embargo, no podía concentrarse en el ejemplar de *Wonderworld Cómics* que llevaba encima. Sus pensamientos iban de la irritación por el atolondramiento y la indecencia de la reciente prosperidad de Anapol al terror que le causaba su cita con el adjunto para el traslado de minorías del consulado alemán de Whitehall Street. No era la prosperidad en sí lo que le enfurecía, puesto que constituía un reflejo del éxito de Sammy y del suyo propio, sino más bien la parte desproporcionada de los beneficios que iba a parar a Anapol y Ashkenazy, cuando eran él y Sammy los que habían inventado al Escapista y habían hecho todo el trabajo para darle vida. No, ni siquiera era eso. Era la impotencia del dinero, de todas las fantasías belicosas

reprimidas con que lo había obtenido, con la única consecuencia de enriquecer el guardarropa y engordar las cuentas financieras de los propietarios de Empire Comics lo que lo frustraba y lo llenaba de rabia. Y no había nada que prometiera subrayar con intensidad todavía mayor su impotencia fundamental que pasar una mañana con el adjunto Milde en el consulado alemán. No había trámites más desalentadores que los trabajos de chinos de la inmigración.

Siempre que se encontraba con una mañana libre o una semana sin entregas, Joe se ponía un buen traje, una corbata seria, un sombrero meticulosamente alineado y se ponía en marcha como esa mañana, cargado con una cartera cada vez más abultada de documentos, a fin de intentar hacer algún avance en la causa de los Kavalier de Praga. Hacía incontables visitas a las oficinas de la Hebrew Immigrant Aid Society, al United Jewish Appeal for Refugees and Overseas Needs, a agencias de viajes, a la oficina en Nueva York del President Action's Committee y al maravillosamente educado adjunto del consulado alemán con quien tenía una reunión a las diez de esa mañana. Para una muestra representativa de empleados en aquella ciudad de sellos, de papel carbón y pinchapapeles, Joe ya era una figura familiar: un joven alto y esbelto de veintidós años, buenos modales y traje arrugado, que aparecía en mitad de una tarde agobiante, fingiendo alegría con esfuerzo evidente. Se quitaba el sombrero. El empleado o la secretaria —una mujer la mayoría de las veces—, incapaz de moverse de su silla dura bajo media tonelada cúbica de aire rancio y cargado de humo que se pegaba como pasta de rebozar en las hojas de los ventiladores, ensordecida por el rugido de los archivadores, dispéptica, desesperada y aburrida, levantaba la vista, veía la espesa mata de rizos de Joe deformada por el sombrero y convertida en una especie de gorro negro reluciente, y sonreía.

—Vengo a fastidiar otra vez —decía Joe en su inglés cada vez más impregnado de jerga. Luego se sacaba del bolsillo del pecho de la chaqueta una cigarrera con cinco panatelas de quince centavos, o, si la empleada era una mujer, un abanico de papel con un estampado de flores de color rosa, o simplemente una botella de coca-cola fría y perlada de gotitas de agua. Ella cogía el abanico o la coca-cola, escuchaba sus peticiones y le aseguraba que le encantaría poder ayudar. Todos los meses aumentaban los ingresos de Joe y todos los meses conseguía ahorrar más y más dinero, solamente para descubrir que no había nada en que gastarlo. Los sobornos y lubricaciones burocráticas de los primeros años del protectorado ya formaban parte del pasado. Al mismo tiempo, obtener un visado de Estados Unidos, algo que nunca había sido fácil, se estaba volviendo casi imposible. El mes anterior, cuando se había aprobado su propia residencia permanente, había reunido y enviado al Departamento de Estado siete declaraciones juradas de distintos endocrinólogos y psiquiatras atestiguando el hecho de que los tres miembros adultos de su familia serían aportaciones extraordinarias y valiosas a la población de su país de adopción. Con

cada mes que pasaba, sin embargo, el número de refugiados que llegaban a América se reducía, y las noticias de casa se volvían cada vez más oscuras y fragmentarias. Se hablaba de traslados y reasentamientos. Los judíos de Praga iban a ser todos llevados a Madagascar, a Terezin, a una gigantesca reserva autónoma en Polonia. Y Joe se encontró acusando recibo de tres desalentadoras cartas oficiales del subsecretario de visados y de una educada invitación a que no continuara haciendo peticiones en aquel sentido.

Su sensación de estar atrapado en las tribulaciones de la burocracia, de ser impotente para ayudar o liberar a su familia, también encontró una salida en los cómics. Puesto que a medida que aumentaban los poderes del Escapista, las ataduras necesarias para contenerlo, ya fueran impuestas por sus enemigos o (cada vez con menos frecuencia) por sí mismo como parte de actuación, se volvían más elaboradas, barrocas incluso. Había trampas para osos gigantes con mandíbulas afiladas como cuchillas, tanques llenos de tiburones eléctricos. El Escapista se encontraba atado a inmensos fogones de gas en los que sus captos solamente necesitaban tirar una colilla de puro para calcinarlo, amarrado a cuatro pánzers rugientes avanzando hacia los puntos cardinales, encadenado a un pomo de hierro al fondo de un enorme tambor giratorio de acero en donde vertían un «batido» espumeante de cuarenta toneladas de cemento fresco, colgado del percutor accionado mediante un muelle de un cañón inmenso que apuntaba a la capital de la «Letavonia Ocupada» de forma que si se liberaba, miles de civiles inocentes morirían. El Escapista era colocado, atado y esposado, en el camino de máquinas trilladoras, de camiones gigantes, maremotos y enjambres de abejas prehistóricas gigantes revividas por la ciencia malvada de la Cadena de Acero. Lo aprisionaban en hielo, en enredaderas estranguladoras y en jaulas de fuego.

Ahora parecía hacer mucho calor en el vagón del metro. El ventilador que había en el centro del techo no se movía. Un goterón de sudor salpicó una viñeta de la historieta sobre la Llama lanzadora de fuego, esbelta y danzarina al estilo del gran Lou Fine, que Joe había estado fingiendo que leía. Cerró el cómic y se lo volvió a meter en el bolsillo. Empezó a notar que le costaba respirar. Se aflojó la corbata y fue hasta el final del vagón, donde había una ventanilla abierta. Una ráfaga débil y oscura de aire entraba procedente del túnel, pero era agria y no resultaba refrescante. En la estación de Union Square, un asiento se quedó libre y Joe lo ocupó. Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. No podía quitarse de la mente la expresión «supervisar su población de judíos». Sus peores miedos por la seguridad de su familia parecían esconderse en el envoltorio de aquella primera palabra. En el pasado año, a su familia les habían congelado las cuentas bancarias. Los habían echado de los parques públicos de Praga, de los vagones litera y de los vagones restaurante de los ferrocarriles públicos, de las escuelas públicas y las universidades. Ya no podían ni

subir a los tranvías. En los últimos tiempos las normas se habían vuelto más complejas. Tal vez en un intento de que los yarmulke quedaran bien a la vista, a los judíos se les prohibía ahora llevar sombrero. Ya no podían llevar mochilas. No se les permitía comer ajo ni cebolla. También les habían prohibido comer manzanas, queso o carpa.

Joe buscó en su bolsillo y sacó la naranja que le había dado Anapol. Era grande y lisa y perfectamente esférica, y más naranja que nada que Joe hubiera visto. Sin duda en Praga habría parecido un prodigio, algo monstruoso e ilícito. Se la llevó a la nariz e inhaló, intentando encontrar alguna clase de alivio o consuelo en los relucientes y volátiles perfumes de su piel. Pero en cambio, lo único que sintió fue pánico. Su respiración era poco profunda y laboriosa. El olor amargo a túnel que entraba por la ventanilla abierta parecía aplastar todo lo demás. De pronto, el tiburón de terror que nunca dejaba de nadar por sus entrañas ascendió a la superficie. No los puedes salvar, dijo una voz muy cerca de su oído. Se giró. No había nadie.

Se encontró a sí mismo mirando la contraportada del periódico, un ejemplar del *Times*, que estaba leyendo el hombre que tenía sentado delante, y su mirada se posó sobre la columna de llegadas por mar. El *Rotterdam*, leyó, llegaba a puerto a las ocho de la mañana: dentro de veinte minutos.

A menudo Joe había tenido la fantasía de que un día iría a recibir a su familia que estaría desembarcando del *Rotterdam* o del *Nieuw Amsterdam*. Sabía que los muelles Holanda América estaban al otro lado del río, en Hoboken. Cuando el tren paró en la estación de la calle Ocho, Joe se bajó.

Caminó por la calle Ocho hasta Christopher Street, luego hasta el río, abriéndose paso como un carterista a través de la muchedumbre que acababa de bajar de los ferries de Nueva Jersey: hombres de mandíbula prieta con sombreros almidonados, trajes y zapatos de obsidiana y periódicos doblados debajo del brazo. Mujeres bruscas, de labios muy pintados, con tacones duros y vestidos florales. Bajaban en estampida por las rampas que terminaban en Christopher Street y luego se dispersaban como gotas de lluvia estrelladas contra un cristal. Empujado por la gente, disculpándose, ofreciendo sus disculpas cuando trastabillaba, medio abrumado por la miasma de humo de cigarro y de toses violentas que traían con ellos de la otra orilla, Joe estuvo a punto de renunciar y dar media vuelta.

Pero entonces llegó a la enorme nave descascarillada que servía a los ferries Delaware, Lackawanna y Western Railroad en el lado de Manhattan. Era un viejo galpón cuyo tejado central estaba rematado de forma inverosímil por el frontón jovial de una pagoda china. La gente que desembarcaba aquí procedente de Nueva Jersey retenía cierta atmósfera de viento y aventuras, con los sombreros ladeados y las corbatas aflojadas. El olor del río Hudson que llenaba el edificio despertaba recuerdos del Moldava. A Joe le maravillaban los ferries. Eran embarcaciones amplias, bajas,

con los extremos curvados hacia arriba como sombreros abollados, expeliendo tras de sí nubes de humo negro de sus chimeneas solemnes. El par de timoneras enormes a cada lado de los barcos ponía la imaginación de Joe en marcha por el río Mississippi lleno de osos hasta Nueva Orleans.

Permaneció de pie en la cubierta de proa, con el sombrero en la mano, escrutando a través de la neblina con los ojos guiñados a medida que se acercaban la terminal de la compañía Delaware, Lackawanna and Western y los tejados bajos y rojos de Hoboken. Inhaló humo de carbón y una bocanada de sal, ahora despierto y excitado por el optimismo de la espera. El color del agua cambiaba de tonos que iban del verdegris al color café frío. El río estaba tan abarrotado como la propia ciudad: montones altos de barcas repletas de basura y gaviotas; buques cisterna cargados de petróleo, queroseno y aceite de linaza; barcos de carga negros y anónimos y, a lo lejos, a la vez emocionante y terrible, el magnífico vapor de la línea Holanda-América del brazo de su orgulloso remolcador, majestuoso y distante. Detrás de Joe quedaba la confusión de Manhattan, al mismo tiempo regular y aleatoria, extendida como el pavimento de un puente entre los altos elevados del Midtown y de Wall Street.

En cierto momento de la travesía, hacia la mitad de la misma, lo empezó a hostigar una aparición esperanzadora. Las agujas descabelladas de Ellis Island se superpusieron a la elegante torre de la terminal de New Jersey Central y formaron una especie de corona roja torcida. Por un momento fue como si la misma Praga estuviera allí flotando, frente a los muelles de Jersey City, en medio de la resplandeciente neblina otoñal, a menos de dos millas de distancia.

Sabía que las posibilidades de que su familia apareciera de pronto, sanos y salvos y sin previo aviso, en la pasarela del *Rotterdam*, eran nulas. Pero mientras caminaba por River Street en Hoboken, por delante de las tascas y los hoteles baratos para marineros, hasta el muelle de la calle Ocho, entre toda la gente que iba a recibir a sus seres queridos, descubrió que no podía reprimir una llamita de emoción en su pecho. Cuando alcanzó el embarcadero, parecía haber cientos de hombres, mujeres y niños gritando y abrazándose y yendo de un lado a otro. Había una hilera resplandeciente de taxis y había limusinas negras. Los maleteros merodeaban con sus carretillas de mano, gritando «¡Maletero!» en tono de ópera bufa. La elegante nave blanca y negra, con sus 24.170 toneladas, parecía una montaña con esmoquin.

Joe vio cómo varias familias se reunían. Pocos de ellos parecían haber estado separados por el simple capricho de viajar. Venían de los países en guerra. Oyó a gente hablando en alemán, en francés, en yiddish, polaco, ruso e incluso en checo. Dos hombres cuyo parentesco Joe no pudo adivinar, pero que finalmente decidió que debían de ser hermanos, pasaron a su lado, cogidos del hombro, uno diciéndole al otro en checo con solicitud jovial: «¡Lo primero que vamos a hacer es emborracharte

hasta que te caigas, cabrón!». De vez en cuando, Joe se quedaba absorto contemplando a una pareja que se besaba a un grupo de hombres de aspecto vagamente gubernamental estrechándose las manos, pero la mayor parte del tiempo miraba a las familias. Era una visión increíblemente alentadora. Le maravillaba el hecho de no haber ido nunca antes a recibir al *Rotterdam*. Se sentía excluido y les tenía una envidia tremenda, pero lo que experimentaba con mayor intensidad era la felicidad radiante que rodeaba a sus reencuentros. Era como un sorbo de vino que no podía probar y que a pesar de ello le embriagaba.

Mientras miraba a la gente que aparecía bajo la toldilla de la pasarela, le sorprendió ver al doctor Emil Kavalier. Su padre apareció en medio de dos mujeres, frunciendo los ojos miopes detrás de las lentes con mica de sus gafas, con la cabeza inclinada de forma casi imperceptible hacia atrás, examinando las caras de la gente, buscando una en particular, y sí, era la de Joe, echó a andar en su dirección y en su cara apareció una sonrisa. Lo abrazaba una mujer corpulenta y rubia con un abrigo de lobo gris. No era su padre. Era la sonrisa, no la mujer, lo que había provocado el error. El hombre vio que Joe lo estaba mirando y cuando él y su amante pasaron a su lado se llevó la mano al sombrero y lo saludó con la cabeza con un gesto que de nuevo resultaba extrañamente idéntico al de su padre. El pitido triste del silbato de un sobrecargo le provocó un escalofrío a Joe.

De vuelta en la ciudad, aunque llegaba tarde a su cita, fue caminando desde Christopher Street hasta Battery. Iba resoplando y le dolían las orejas de frío, pero el sol empezó a reconfortarlo. Se le había pasado el ataque de pánico del tren, la desesperación que le habían provocado las noticias de Vichy y su resentimiento por la prosperidad de Anapol. Se compró un plátano en un tenderete de fruta y enfiló las manzanas que le faltaban para llegar. Siempre le habían apasionado los plátanos: eran la única indulgencia que se permitía ahora que de pronto le sobraba el dinero. Llegó al consulado alemán en Whitehall Street con diez minutos de retraso, pero le pareció que no importaba. Era una simple cuestión de papeleo y sin duda la secretaria podría hacer el trabajo ella sola. Tal vez a Joe ni siquiera le hacía falta ver al adjunto.

La idea era seductora. El adjunto, *herr Milde*, era un hombre educado y jovial que parecía decidido a hacer perder el tiempo a Joe: en realidad, parecía que disfrutaba haciéndolo. Aunque nunca prometía ni predecía nada, y nunca parecía estar en posesión de información que fuera ni aunque remotamente pertinente para la situación de la familia Kavalier, se negaba de forma firme e incluso pedante a rechazar la posibilidad de que la familia de Joe pudiera algún día obtener sus visados de salida y sus permisos para partir. «Siempre existe una posibilidad», afirmaba, aunque nunca ponía ejemplos. La crueldad de Milde impedía a Joe hacer de una vez por todas lo que su cabeza aconsejaba y su corazón rechazaba: renunciar a toda esperanza de que su familia pudiera abandonar el país antes de que Hitler fuera

derrotado.

—No pasa nada —dijo *fraulein* Tulpe cuando Joe entró en el despacho de Milde. Estaba en el rincón más remoto del consulado, que ocupaba la planta de en medio de un anodino bloque de oficinas neoclásico cerca del Bowling Green, al fondo de todo, entre el mostrador agrícola y el lavabo de hombres. La secretaria de Milde era una joven huraña con gafas de concha y pelo del color de la paja. También era invariablemente educada con Joe de una forma que, en su caso, parecía destinada a transmitir un desagrado amable—. Todavía no ha vuelto de su desayuno.

Joe asintió y se sentó junto a la fuente de agua. La fuente soltó una especie de eructo que subió burbujeando por su cisterna a modo de comentario.

—Un poco tarde para desayunar —dijo en tono indeciso. La mirada de ella pareció detenerse en él un poco más que de costumbre. Escrutó sus pantalones arrugados, el dobléz semipermanente de su corbata y las manchas de tinta en sus puños. Su cabello tenía un aspecto lacio y pegajoso. No había duda de que olía mal. Por un momento se arrepintió de no haber parado en los estudios Mala Sombra para ducharse antes de bajar al centro, en lugar de perder una hora en un viaje estúpido a Hoboken. Luego pensó, que le den. Que se fastidie y aguante mi hedor a judío.

—Es un desayuno de despedida —dijo ella, volviendo a su máquina de escribir.

—¿Quién se marcha?

En ese momento entró *herr* Milde. Era un hombre fornido y de aspecto atlético, de barbilla robusta y frente despejada. Sus rasgos eran adustos y agradables, estropeados únicamente cuando su labio superior se retiraba para mostrar unos dientes enormes y amarillos de caballo.

—Yo me voy —dijo el adjunto—. Entre otros. Lamento haberle hecho esperar, *herr* Kavalier.

—¿Vuelve usted a Alemania? —dijo Joe.

—Me transfieren a Holanda —dijo—. Parto el jueves en el *Rotterdam*.

Entraron en su despacho. Milde invitó a Joe a sentarse en una de las dos sillas con patas de acero y le ofreció un cigarrillo. Joe lo rechazó. Luego encendió uno de los suyos. Era un gesto insignificante, pero le dio satisfacción. Si Milde se había dado cuenta, no dio muestras de ello. Juntó las manos sobre el secante de su mesa y se inclinó sobre ellas, echándose un poco hacia delante, como si estuviera ansioso por ayudar a Joe de alguna forma. Era parte de su política de crueldad.

—Espero que esté usted bien —dijo.

Joe asintió.

—¿Y su familia?

—Todo lo bien que se puede esperar.

—Me satisface oírlo.

Se quedaron un momento sentados. Joe esperó a que el adjunto acabara con aquel

número de teatro. Daba igual lo que le hicieran, hoy podía soportarlo. Había presenciado, en el muelle de Hoboken, a personas semejantes a los suyos que se reunían en la otra punta del mundo. El truco todavía era posible. Lo había visto con sus propios ojos.

—Ahora, si le parece —dijo Milde, un poco cortante—. Tengo la agenda bastante apretada y llevo un poco de retraso.

—Por supuesto —dijo Joe.

—¿De qué deseaba hablarme?

Joe se mostró confundido.

—¿Que qué deseo yo? —dijo—. Ha sido usted el que me ha telefoneado.

Ahora fue el turno de Milde de manifestar su confusión.

—¿Yo?

—*Fraulein* Tulpe. Me ha dicho que han encontrado ustedes algún problema con los papeles de mi hermano. Thomas Masaryk Kavalier —insertó el segundo nombre a modo de gesto patriótico.

—Ah, sí —Milde asintió con el ceño fruncido. Estaba claro que no tenía ni idea de qué le estaba hablando Joe. Buscó entre la pila de dossiers que se amontonaban en una bandeja de alambre sobre su mesa y encontró el de Joe. Lo estuvo hojeando unos minutos con aire de gran diligencia, pasando las páginas arrugadas de papel cebolla que contenía. Negó con la cabeza y chasqueó la lengua.

—Lo siento —dijo, haciendo el gesto de volver a colocar la ficha sobre la bandeja—. No puedo encontrar ninguna referencia a... Caramba.

Una hoja de papel amarillo claro que parecía arrancada de una máquina de teletipos cayó del dossier. Milde la recogió. Examinó sus contenidos con detenimiento, con la frente llena de arrugas, como si presentara un argumento que resultara difícil de seguir.

—Bien, bien —dijo—. Esto es lamentable. Yo no... Parece que su padre ha muerto.

Joe se rió. Durante un instante fugaz, pensó que Milde estaba bromeando. Pero Milde nunca había hecho una broma en su presencia, y Joe se dio cuenta de que ahora tampoco estaba de guasa. Se le tensó la garganta. Sintió que le ardían los ojos. Si hubiera estado solo se habría derrumbado, pero no lo estaba, y prefería morir antes de dejar que Milde lo viera llorar. Se miró el regazo, refrenando sus emociones y apretando la mandíbula.

—Acabo de recibir una carta... —dijo en voz baja, con la lengua estorbándole entre los dientes—. Mi madre no decía nada...

—¿Cuándo se echó la carta al correo?

—Hace casi un mes.

—Su padre solamente lleva muerto tres semanas. Aquí dice que la causa fue

neumonía. Mire.

Milde le pasó la hoja arrancada de papel amarillo claro a Joe de un lado a otro de la mesa. Era un pedazo de una lista mucho más larga de nombres. El nombre de KAVALIER EMIL DR era uno entre diecinueve, empezando por Eisenberg y avanzando por orden alfabético hasta llegar a Kogan, cada nombre seguido de una anotación escueta de la edad y la causa de la muerte. Parecía ser una lista parcial de los judíos que habían muerto en Praga o en sus alrededores durante los meses de agosto y septiembre. El nombre del padre de Joe estaba rodeado por un círculo a lápiz.

—¿Por qué...? —Joe no conseguía ordenar la serie de pensamientos que interferían con sus pensamientos—. ¿Por qué no se me informó? —consiguió decir por fin.

—No tengo ni idea de cómo ese pedazo de papel, que estoy viendo ahora por primera vez, ha llegado hasta su dossier —dijo Milde—. Es un misterio total. La burocracia es una fuerza misteriosa. —Pareció darse cuenta de que los comentarios humorísticos tal vez no fueran apropiados en aquel momento. Tosió—. Es lamentable, tal como le he dicho.

—Puede que sea un error —dijo Joe. ¡Debe serlo, pensó, porque acabo de ver a mi padre esta misma tarde en Hoboken!—. Un caso de confusión de identidades.

—Siempre existe una posibilidad —dijo Milde. Se puso de pie y ofreció su mano a modo de condolencia—. Escribiré un memorándum a mi sucesor acerca del caso de su padre. Me encargaré de que se haga una investigación.

—Es usted muy amable —dijo Joe, levantándose lentamente de la silla. Sintió un acceso de gratitud hacia *herr* Milde. Se iba a hacer una investigación. Al menos podía conseguir aquello para su familia. Por lo menos ahora alguien se tomaría cierto interés por su caso, aunque solamente fuera en ese sentido—. Adiós, *herr* Milde.

—Adiós, *herr* Kavalier.

Más tarde, Joe descubrió que no recordaba cómo había salido del despacho de Milde, recorrido el laberinto de pasillos, bajado en el ascensor y llegado al vestíbulo. Deambuló por Broadway hasta la siguiente manzana antes de pensar siquiera adónde se estaba dirigiendo. Entró en un bar y llamó al despacho. Se puso Sammy. Empezó a hablar de las páginas de Joe en tono grandilocuente, pero cuando percibió el silencio de su primo, dejó de hablar y preguntó:

—¿Qué pasa?

—Vengo del consulado —dijo Joe. El teléfono que tenía en las manos era de los antiguos, con un tubo para hablar y un auricular cilíndrico. Habían tenido uno igual en la cocina de la casa del Graben—. Tenían malas noticias para mí. —Joe le contó que había descubierto de forma casi accidental que su padre había muerto.

—¿No puede ser una equivocación?

—No —dijo Joe. Ahora ya podía pensar con claridad. Temblaba un poco pero le parecía que tenía las ideas claras. Su gratitud hacia el adjunto Milde había vuelto a convertirse en furia—. Estoy seguro de que no se trata de un error.

—¿Dónde estás? —dijo Sammy.

—¿Dónde estoy? —Joe miró a su alrededor y se dio cuenta por primera vez de que estaba en un bar de Broadway, en el corazón de la ciudad—. Dónde estoy. —La segunda vez que lo dijo ya no parecía una pregunta—. Estoy de camino a Canadá.

—No —oyó que decía Sammy mientras colgaba el auricular. Fue a la barra.

—Tal vez me pueda ayudar —le dijo al camarero.

El camarero era un anciano de calva brillante y ojos azules legañosos. En el momento en que Joe lo había interrumpido, estaba intentando explicar a un cliente cómo funcionaba el ábaco que usaba para hacer las cuentas. El cliente pareció contento por la interrupción.

—Para Montreal, Canadá —repitió el camarero cuando Joe le dijo adónde quería ir—. Creo que tiene que salir desde la estación Grand Central.

El cliente se mostró de acuerdo. Dijo que Joe tenía que tomar el Adirondack.

—¿Para qué quiere ir allí? —dijo—. Si no le molesta que meta las narices.

—Me voy a alistar en la RAF —dijo Joe.

—¿De veras?

—Sí, sí. Estoy harto de esperar.

—Bien por usted —dijo el cliente.

—Allí arriba hablan francés —dijo el camarero—. Ándese con ojo.

TRES

Joe no se paró en casa para hacer una bolsa. No quiso correr el riesgo de encontrarse con alguien que intentara convencerlo de que abandonara su plan. En todo caso, no necesitaba nada que no pudiera comprar en un drugstore o encontrar en la máquina expendedora de una estación. Su pasaporte y el visado los llevaba siempre encima. La Royal Air Force lo vestiría, lo calzaría y le daría de comer.

En el tren se distrajo un rato pensando en su entrevista con la oficina de alistamiento. ¿Acaso su situación de extranjero residente en Estados Unidos sería un impedimento para alistarse en la RAF? ¿Le encontrarían algún defecto físico que él desconocía? Había oído de gente a la que rechazaban por tener los pies planos o problemas de vista. Si la fuerza aérea no lo quería, se uniría a la Royal Navy. Si no cumplía los requisitos para la marina, entonces probaría suerte con la infantería.

En Croton-on-Hudson, sin embargo, su ánimo empezó a desfallecer. Intentó animarse fantaseando con tirar bombas sobre Kiel o Tobruk, pero sus fantasías le recordaban desagradablemente a sus festivales de balas en las páginas de *Radio, Triumph* y *The Monitor*. Al final, ni la inquietud ni la bravuconería pudieron seguir distrayéndole de la idea de que ya no tenía padre.

Él y su padre se habían querido a su modo jocoso y recatado, pero ahora que su padre había muerto, Joe solamente sentía arrepentimiento. No era solamente los remordimientos por las cosas que no se han dicho, la gratitud nunca expresada y las apologías reprimidas. Joe todavía no se arrepentía de las oportunidades futuras perdidas de conversar sobre sus temas comunes favoritos, como los directores de cine (reverenciaban a Buster Keaton) o las razas de perros. Dicho arrepentimiento solamente llegaría más tarde, unos cuantos días después, cuando se diera cuenta de que la muerte quería decir realmente que uno nunca iba a volver a ver a la persona muerta. Lo que más lamentaba ahora era simplemente el no haber estado presente cuando había sucedido. Que había dejado a su madre, su abuelo y su hermano la tarea atroz de ver morir a su padre.

Emil Kavalier, como muchos médicos, había sido siempre un paciente terrible. Se negaba a admitir que podía caer enfermo y nunca en la vida se había quedado un solo día en cama. Cuando tenía la gripe tomaba pastillas mentoladas, consumía cantidades enormes de caldo de pollo y seguía trabajando como si nada. Joe no podía ni siquiera imaginárselo enfermo. ¿Cómo había muerto? ¿En un hospital? ¿En casa? Se lo imaginaba tumbado en una cama de madera labrada en medio de un apartamento desordenado como los que había visto en el edificio donde había estado escondido el Gólem.

¿Qué habría sido de su madre, su abuelo y su hermano? Sus nombres podrían haber aparecido ya en alguna otra lista de muertes que nadie se había molestado en

hacerle llegar. ¿Era contagiosa la neumonía? No, estaba casi seguro de que no lo era. Pero podía ser resultado de la mala salud y la miseria. Si su padre había sido vulnerable a algo así, ¿en qué estado se encontraría Thomas? Se imaginaba que la poca comida o medicinas que pudieran poseer serían para Thomas de forma prioritaria. Tal vez su padre había sacrificado su salud en beneficio de la de Thomas. ¿Había muerto toda su familia? ¿Cómo lo podía averiguar?

Para cuando el Adirondack llegó esa tarde a Albany, la incursión de Joe en el mundo desconocido de la guerra había llegado a resultar demasiado desconocida para soportarlo. Se había convencido a sí mismo de que era mucho más probable que tanto su madre como Thomas estuvieran todavía vivos. Y de ser esto cierto, necesitaban que los rescataran igual que lo habían necesitado antes. No podía abandonarlos más todavía marchándose a toda prisa para intentar acabar la guerra él solo como si fuera el Escapista. Era necesario que se concentrara en sus posibilidades reales. Por lo menos —era una idea cruel pero no pudo evitar tenerla— ahora había un visado menos por el que pelear contra el Reich.

Se bajó del tren en la Union Station de Albany y se quedó en el andén, estorbando a la gente que intentaba subir. Un hombre con gafas redondas sin montura pasó rozándolo y Joe se acordó del hombre en la pasarela del *Rotterdam* a quien había confundido con su padre. Visto ahora, le parecía una profecía.

El conductor apremió a Joe a que se decidiera. Joe titubeó. Todas sus dudas fueron contrarrestadas por el deseo imperioso de matar soldados alemanes.

Joe dejó que el tren se marchara sin él. Luego sufrió violentas punzadas de arrepentimiento y reproche. Se quedó junto a la parada de taxis. Podía coger un taxi y ordenar al conductor que lo llevara a Troy. Si perdía el tren en Troy, podía hacer que el taxista lo llevara hasta Montreal. Tenía mucho dinero en la cartera.

Cinco horas después, Joe estaba de vuelta en Nueva York. Había cambiado varias veces de opinión mientras seguía el curso del Hudson. Se había pasado todo el viaje de vuelta en el vagón bar del tren y estaba borracho. Ya era de noche cuando bajó dando tumbos. Parecía que había llegado una borrasca. El aire le quemó en la nariz y los ojos se le irritaron. Deambuló por la Quinta Avenida, luego entró en un Longchamps y se pidió un whisky con soda. Luego fue otra vez al teléfono.

Sammy tardó media hora en llegar allí. Para entonces, Joe estaba bastante borracho, por no decir como una cuba. Sammy entró en el bullicioso Longchamps, le quitó el taburete a Joe y lo cogió en brazos. Joe lo intentó pero esta vez no se pudo controlar. Su llanto sonó a sus propios oídos como carcajadas tristes de caballo. Nadie de los que estaban en el bar sabía qué pensar de él. Sammy lo llevó a un reservado al fondo del bar y le dio su pañuelo. Después de que Joe se tragara el resto de sus pucheros, le dijo a Sammy lo poco que sabía.

—¿Y no podría ser una equivocación? —dijo Sammy.

—Siempre existe una posibilidad —dijo Joe con amargura.

—Oh, Dios —dijo Sammy. Había pedido dos botellas de Ruppert's y estaba mirando el cuello de la suya. No bebía nunca y todavía no había dado ni un sorbo—. Odio tener que decírselo a mi madre.

—Tu pobre madre —dijo Joe—. Y mi pobre madre. —La idea de que su madre ahora era viuda lo hizo llorar de nuevo. Sammy dio la vuelta a la mesa y se sentó a su lado del reservado. Los dos permanecieron un rato sentados. Joe se acordó de esa misma mañana, en que había asomado la cabeza a la calle y se había sentido tan poderoso como el Escapista, insuflado de las energías místicas tibetanas de su cólera.

—Inútil —dijo.

—¿Qué?

—Soy un inútil.

—Joe, no digas eso.

—No sirvo para nada —dijo Joe. Le entraron ganas de irse del bar. No quería continuar sentado, bebiendo y llorando. Quería hacer algo. Quería encontrar algo que hacer. Agarró a Sammy de la manga y el hombro de su chaquetón y le dio un empujón que casi le hizo salir despedido del reservado.

—Fuera —dijo—. Vámonos.

—¿Adónde nos vamos? —dijo Sammy, poniéndose de pie.

—No lo sé —dijo Joe—. A trabajar. Nos vamos a trabajar.

—Pero si acabas... Bueno —dijo Sammy, mirando a la cara de Joe—. Tal vez no sea mala idea. —Salieron del Longchamps y descendieron a la penumbra fresca y de olor rancio del metro.

En el andén dirección sur, a pocos metros de los dos primos, había un caballero moreno y ceñudo: examinando el corte de su abrigo o alguna emisión indefinible que irradiaba de su barbilla, de sus ojos o de su corte de pelo, Joe estuvo seguro de que era alemán. El hombre los estaba mirando mal. Incluso Sammy tuvo que mostrarse de acuerdo más tarde en que el hombre los había estado mirando mal. Era un alemán salido de una viñeta de Joe Kavalier, enorme, atractivo de una forma prognata y lupina, vestido con un traje elegante. A medida que la espera del tren se prolongaba, Joe decidió que no le gustaba lo que consideraba el aire de superioridad con que el hipotético alemán los estaba mirando. Consideraba una variedad de formas posibles, en alemán y en inglés, de expresar sus sentimientos sobre el hombre que los estaba mirando mal. Por fin se decidió por una declaración más universal: escupió, como de forma casual, en el andén cerca del hombre. Escupir en público era bastante habitual en aquella ciudad de fumadores, y el gesto habría sido bastante neutro de no ser porque el proyectil de Joe rebasó su objetivo. La saliva manchó la punta del zapato del hombre.

Sammy dijo:

—¿Acabas de escupir a ese hombre?

—¿Qué? —dijo Joe. Parecía un poco sorprendido—. Ah, sí.

—Lo ha hecho sin querer, señor —le dijo Sammy al hombre—. Es que está un poco nervioso.

—Entonces que se disculpe él —sugirió el hombre con bastante razón. Su acento era muy fuerte e incuestionablemente alemán. Esperó a que llegara la disculpa con el aire de alguien acostumbrado a que la gente se disculpe cuando él lo dice. Se acercó un paso a Joe. Era más joven de lo que Joe había pensado al principio y todavía más imponente. Parecía más que capaz de defenderse en una pelea.

—Oh, Dios mío —dijo Sammy en voz baja—. Joe, creo que este tipo es Max Schmeling.

Había otra gente esperando el tren y empezaban a interesarse por la escena. Empezaron a discutir sobre si el hombre en cuyos zapatos había escupido Joe era o no Max Schmeling, el Toro Negro del Uhlan, antiguo campeón mundial de pesos pesados.

—Lo siento —balbuceó Joe, de forma más o menos veraz.

—¿Qué has dicho? —dijo el hombre, llevándose la mano a la oreja para oír mejor.

—Que te vayas a la mierda —dijo Joe, esta vez con mayor sinceridad.

—Capullo —dijo el hombre, esmerándose con su inglés. Con rapidez pugilística, puso a Joe contra una columna de hierro, lo agarró con una mano del cuello y le dio un puñetazo ágil en el estómago. Joe se quedó de golpe sin una gota de aliento y se cayó hacia delante, aterrizando con la barbilla en el suelo de cemento del andén. Se sentía como si alguien le hubiera abierto un paraguas dentro de la caja torácica. Se quedó así, tumbado boca abajo, sin parpadear como si fuera un pez, en espera de ver si podía volver a respirar alguna vez. Luego dejó escapar un gemido largo y ronco, de forma gradual, probando los músculos del diafragma. «Uau», dijo finalmente. Sammy se arrodilló a su lado y le ayudó a incorporarse apoyándose en una rodilla. Joe empezó a respirar dando grandes bocanadas de aire. El alemán se volvió al resto de gente que había en el andén con un brazo levantado en gesto de desafío o tal vez, le pareció a Joe, de apelación. Todo el mundo había visto cómo Joe le escupía en el zapato, ¿no? Luego el grandullón se dio media vuelta y se marchó con aire ofendido a la otra punta del andén. El tren llegó, todo el mundo se subió y así se terminó todo. Cuando volvieron a los estudios Mala Sombra, Sammy, a petición de Joe, no dijo nada del padre de Joe. Pero sí le dijo a todo el mundo que a Joe le había dado una tunda Max Schmeling. Joe recibió sus felicitaciones irónicas. Le informaron de que era muy afortunado de que Schmeling le hubiera dado aquel puñetazo.

—La próxima vez que vea a ese tipo —dijo Joe, para su sorpresa—, se lo voy a devolver.

Joe no volvió a encontrarse con Max Schmeling o con su doble. En todo caso, hay buenas razones para creer que Schmeling no estaba en Nueva York sino en Polonia, puesto que había sido enrolado en la Wehrmacht y enviado al frente como castigo por haber sido derrotado en 1938 por Joe Louis.

CUATRO

No podría haber habido más de un par de millares de ciudadanos alemanes en Nueva York en esa época, pero en las dos semanas siguientes, allí donde Joe fuera en la ciudad, conseguía encontrarse por lo menos con uno. Parecía haber adquirido, tal como observaba Sammy, un superpoder propio: se había vuelto un imán para alemanes. Se los encontraba en ascensores, en autobuses, en el Gimbel's y en los restaurantes Longchamps. Al principio se los quedaba mirando o los escuchaba, calibrándolos como alemanes buenos o perversos con total certeza aunque solamente estuvieran hablando de la lluvia o del sabor de su té, pero no pasó mucho antes de que empezara a acercarse a ellos y a intentar entablar conversaciones amenazadoramente anodinas y llenas de sugerencias. A menudo sus intentos encontraban cierta resistencia.

—*Woher kommen Sie?* —le preguntó a un hombre al que encontró comprando una libra de filete en la carnicería de la Octava Avenida, junto a la esquina de los estudios Mala Sombra.

El hombre asintió con cautela.

—Stuttgart —dijo.

—¿Qué tal va todo por allí? —notaba el matiz de intimidación impregnando su voz, la insinuación amenazante—. ¿Está bien todo el mundo?

El hombre se encogió de hombros, se ruborizó y levantó una ceja mirando al carnicero a modo de petición de ayuda silenciosa.

—¿Hay algún problema? —le preguntó el carnicero a Joe. Joe dijo que por supuesto que no. Pero cuando salió de la carnicería con sus chuletas de cordero, se sintió extrañamente complacido consigo mismo por haber incomodado al hombre. Suponía que tendría que avergonzarse de sentirse de aquel modo. Creía que lo estaba en alguna medida. Pero no podía evitar recordar con placer su mirada furtiva y sus mejillas ruborizadas cuando se había dirigido al hombre en su idioma.

El día siguiente, sábado —aquello era una semana después de que Joe se hubiera enterado de la muerte de su padre— Sammy lo llevó a ver un partido de los Dodgers de Brooklyn. La idea era que a Joe le diera el aire y se alegrara un poco. A Sammy le hacía gracia el fútbol y parecía gustarle en particular el defensa de los Dodgers, Ace Parker. Joe había visto partidos de rugby inglés en Praga y en cuanto había decidido que no había una gran diferencia entre aquello y el fútbol americano dejó de prestar atención al partido y se dedicó a fumar y beber cerveza en medio de la brisa helada. El estadio de Ebbets tenía un aire vagamente destartalado que le recordaba los dibujos de alguna tira cómica, de *Popeye* o de *Toonerville Trolley*. Las palomas revoloteaban a la sombra de las tribunas. Olía a brillantina, a cerveza y un poco también a whisky. Los hombres del público se pasaban petacas y murmuraban

sentimientos cómicamente violentos.

Al cabo de un rato, Joe se dio cuenta de dos cosas. La primera era que estaba bastante borracho. La segunda era que, dos filas por detrás de donde él estaba y un poco a su izquierda, había sentados un par de alemanes. Estaban bebiendo cerveza en unos vasos enormes de plástico. Eran un par de tipos sonrientes, rubios y de aspecto estólido, tal vez hermanos. No paraban de hacer comentarios en tono excitado y, en conjunto, parecían estar disfrutando del partido, aunque no parecían entenderlo más que Joe. Animaban cada vez que se recuperaba un *fumble*, independientemente de quién lo recuperara.

—Ignóralos —le avisó Sammy, receloso de la buena suerte agresiva de su primo para encontrarse con alemanes.

—Me están mirando —dijo Joe, bastante convencido.

—No es verdad.

—Están mirando hacia aquí.

—Joe.

Joe no paraba de mirar por encima del hombro, introduciéndose a la fuerza en su conciencia y en su experiencia del partido: prácticamente sentándose en sus regazos. Al final, incluso estando borrachos, se dieron cuenta de que los estaba mirando. Hubo ceños fruncidos y miradas torvas. Uno de los hermanos —tenían que serlo— tenía la nariz rota y una cicatriz en la oreja, lo cual indicaba que estaba familiarizado con el uso de los puños. Al final, hacia la conclusión del tercer cuarto, a Joe le pareció oír un comentario antisemita que el hombre con aspecto de boxeador le dirigía a su hermano o amigote. A Joe le pareció que había dicho «Judío hijo de puta». Joe se puso de pie. Saltó por encima del respaldo de su asiento. La fila de espectadores de detrás de la suya estaba llena, y mientras intentaba rebasarla le dio un codazo a un individuo en la oreja. Llegó a la fila de los alemanes, casi perdiendo el equilibrio. Los alemanes se rieron y el brazo de una butaca se le clavó dolorosamente en el costado, pero consiguió aguantarse de pie y sin decir una palabra, le dio un puñetazo al boxeador que le hizo caer el sombrero. El sombrero cayó en un charco de cerveza derramada y restos de cacahuetes a los pies del otro hombre. El hombre de la oreja mellada puso cara de sorpresa y luego de asombro cuando Joe lo agarró por el cuello de la camisa. Joe le dio un tirón tan fuerte que tres botones se soltaron y salieron disparados en todas direcciones con un silbido audible. Pero el hombre tenía los brazos largos y consiguió pasarle una mano a Joe por detrás del pescuezo. Tiró de Joe hacia sí y al mismo tiempo le asestó un puñetazo con la otra mano a un lado del cráneo. Mientras Joe permanecía inmovilizado de aquella forma, doblado sobre el asiento con la nariz aplastada sobre la rodilla izquierda del hombre, el otro hermano le aporreaba la espalda sin parar como si estuviera clavando clavos en una plancha con un martillo en cada mano. Antes de que Sammy y algunos hombres sentados en

los asientos vecinos pudieran apartar a los dos alemanes, ya le había cerrado un ojo, partido un diente, amoratado la caja torácica y estropeado un traje nuevo. Luego vino un conserje y echó a Joe y Sammy del estadio de Ebbets. Se marcharon en silencio, con Joe apretándose un vaso de papel lleno de hielo contra la órbita hinchada del ojo. El dolor era intenso. En la rampa que conducía a las puertas del estadio había un olor a urinarios, un olor masculino, agrio y revulsivo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sammy—. ¿Te has vuelto loco?

—Lo siento —dijo Joe—. Me ha parecido que decía algo.

—¿Por qué sonrías, me cago en la puta?

—No lo sé.

Esa noche, cuando él y Sammy fueron a cenar a casa de Ethel Klayman, se agachó para recoger la servilleta que se le había caído y cuando se volvió a incorporar tenía una herida sangrante en forma de signo de interrogación en la mejilla.

—Necesitas suturas —le dijo su tía en un tono completamente incontestable.

Joe protestó. Había explicado a sus amigos que le daban miedo las agujas y los médicos, pero la verdad era que se sentía dignificado por la herida de su cabeza. No es que sintiera que se merecía el dolor hasta el punto de gustarle. No importaba lo bien que limpiara el corte, lo bien que lo cubriera de compresas, lo prieto que fuera el vendaje, al cabo de una hora aproximadamente, el primer punto rojo reaparecería. Era como el recuerdo de casa, un tributo a la negación estoica que había llevado a cabo su padre de la enfermedad, las heridas o el dolor.

—Se curará —dijo.

Su tía lo agarró del codo con sus cinco dedos de hierro y lo sentó en la tapa del retrete, en el baño. Mandó a Sammy a por una botella de slivovitz que un amigo de su difunto marido se había dejado olvidada en 1935 y que nadie había tocado desde entonces. Luego le pasó el brazo izquierdo por encima de la cabeza y lo cosió. El hilo era de color azul oscuro, exactamente el mismo color del uniforme del Escapista.

—No vayas buscando líos —le pidió mientras le hundía la aguja larga y fina bajo la piel—. Muy pronto ya tendrás bastantes problemas.

Después de aquello, Joe empezó a buscarse líos. Sin ninguna razón, empezó a ir cada día a Yorkville, donde había bastantes cervecerías alemanas, restaurantes alemanes, clubes sociales para alemanes y americanos de origen alemán. La mayor parte del tiempo se limitaba a merodear un rato y volvía casa de sus incursiones sin causar incidentes, pero a veces una cosa llevaba a la otra. Los vecindarios étnicos de Nueva York siempre han estado alerta ante las incursiones de extranjeros desafortunados. Consiguió que le dieran otra vez de puñetazos en el estómago, en la calle Noventa Este, mientras esperaba el autobús, esta vez un hombre a quien no le hizo gracia la sonrisa despectiva que Joe adoptaba cada vez que se aventuraba en los barrios altos. Una tarde, delante de una tienda de caramelos, Joe llamó la atención de

unos chavales del vecindario, uno de los cuales, por razones que no tenían nada que ver con la política o las teorías raciales, le alcanzó la nuca con el enorme medallón líquido de un escupitajo. Todos aquellos chicos eran lectores habituales del Escapista y admiradores de la obra de Joe Kavalier. Si hubieran sabido quién era, probablemente se habrían arrepentido de acribillarlo. Pero simplemente no les gustaba el aspecto de Joe. Se habían fijado, con la agudeza implacable de los chicos, que había algo raro en Joe Kavalier, en su traje arrugado, en su aire de irritación acumulada y recalcitrante, en los mechones rizados que se le encrespaban en el cabello imperfectamente engominado hacia atrás como un mecanismo destruido. Parecía una presa fácil para bromistas y gamberretes. Parecía un tipo que estuviera buscando líos.

En este momento hay que decir que una cantidad muy grande de neoyorquinos alemanes se oponían vehementemente a Hitler y los nazis. Escribían cartas indignadas a los editores de los principales periódicos, condenando la inacción de los aliados y de los americanos después de la Anschluss y de la anexión de los Sudetes. Se unían a ligas antifascistas, se peleaban con los camisas pardas —Joe no era para nada el único joven que salía aquel otoño a las calles de Nueva York buscando pelea— y apoyaban enérgicamente al presidente y sus políticas cuando emprendían acciones contra Hitler y su guerra. Sin embargo, había un buen número de alemanes de Nueva York que se enorgullecían abiertamente de los logros, tanto civiles como culturales, deportivos y militares, del Tercer Reich. Entre estos había un pequeño grupo que participaba regularmente de forma activa en diversas organizaciones patrióticas, nacionalistas, generalmente racistas y a veces violentas afines a las metas de su país. A menudo Joe regresaba de Yorkville con periódicos y folletos antisemitas que se leía de cabo a rabo, con el estómago tenso por la rabia y que luego metía en alguna de las tres cajas de fruta que usaba a modo de archivador (las otras dos contenían sus cartas de casa y sus cómics).

Un día, cuando estaba merodeando por las calles de Yorkville, Joe vio un letrero pintado en la ventana de una oficina en una segunda planta:

LIGA ARIA-AMERICANA

Allí de pie, mirando la ventana, Joe tuvo la oscura fantasía de subir corriendo a aquella oficina y entrar a saco en aquel nido de serpientes, con el pie proyectado hacia el exterior de una viñeta en dirección al lector mientras saltaban astillas de la puerta en todas direcciones. Se vio a sí mismo arremetiendo contra un grupo alborotado de camisas pardas, puños, botas y codos, y encontrando en aquella marea violenta de hombres, el triunfo, o por lo menos cierto desagravio, recompensa o liberación. Estuvo observando aquella ventana durante casi media hora, intentando vislumbrar a algún miembro del partido. Nadie entró en el edificio ni pasó por delante

de la ventana del segundo piso. Joe se cansó y se marchó a casa.

Inevitablemente, volvió a Yorkville. Había un *konditorei* llamado Haussman justo delante de los cuarteles de la LAA, y desde una mesa junto a la ventana Joe descubrió que tenía una buena vista de la puerta que daba al vestíbulo del edificio y a la ventana. Pidió un trozo de la excelente tarta sacher de la casa y una taza de café que resultó ser inusualmente bebible para ser Nueva York y esperó. Otro pedazo y dos tazas más tarde seguía sin haber ni rastro de ningún ario-americano en funciones. Pagó la cuenta y cruzó la calle. El directorio del edificio, tal como ya había observado antes, mencionaba a un optometrista, un contable, un editor y a la LAA, pero ninguno de estos negocios parecía tener pacientes, clientes ni empleados. El edificio —que se llamaba edificio Kuhn— era un cementerio. Cuando subió las escaleras al segundo piso, se encontró la puerta de las oficinas de la LAA cerrada con llave. La luz del día grisácea que atravesaba el cristal esmerilado de la puerta sugería que no había lámparas encendidas dentro. Joe probó el pomo. Luego se apoyó sobre una rodilla y examinó la cerradura. Era una Chubb, vieja y sólida, pero si hubiera tenido sus herramientas no le habría presentado ningún problema. Por desgracia, sus ganzúas y su llave estaban en un cajón junto a su llave en los estudios Mala Sombra. Se palpó los bolsillos y encontró un portaminas cuyo clip para sujetarlo al bolsillo, unido al lápiz por un par de anillos, podía servir bastante bien si se deformaba como llave dinamométrica. Pero seguía habiendo el problema de la ganzúa. Bajó de nuevo las escaleras y dio la vuelta a la manzana hasta encontrar una bicicleta infantil encadenada a las rejas de una ventana en la calle Ochenta y ocho Este. Tenía aspecto de ser nueva; era de color rojo caramelo, con las partes de acerocromo brillantes como espejos y los neumáticos relucientes y nada desgastados. Esperó un momento para asegurarse de que no venía nadie. Entonces agarró los manillares brillantes y, dando patadas brutales con el talón a la rueda de delante, consiguió que se soltara un rayo. Lo acabó de arrancar del aro de la rueda y volvió corriendo a la esquina de la calle Ochenta y siete y York. Usando una reja de hierro como molde para doblar y el bordillo de la acera como lima, consiguió fabricarse una ganzúa operativa con el alambre fino y fuerte del rayo de la rueda.

Cuando volvió a las oficinas de la Liga Aria-Americana, llamó al marco de roble mellado de la puerta. No hubo respuesta. Se tiró hacia arriba los pantalones, se arrodilló, pegó la frente a la puerta y se puso a trabajar. La tosquedad de las herramientas, la falta de práctica y el latido de su propio nerviosismo en las arterias y articulaciones hizo el trabajo mucho más difícil de lo que debería haber sido. Se sacó la chaqueta. Se remangó. Se quitó el sombrero y lo dejó en el suelo a su lado. Por fin se abrió el cuello de la camisa y se apartó la corbata a un lado. Maldecía, renegaba y escuchaba con tanta avidez por si sonaba el ruido de la puerta de la calle que no podía oír la cerradura que tenía entre manos. Le costó casi una hora entrar.

Cuando estuvo dentro, no se encontró el intrincado laboratorio o factoría de fascismo que había esperado sino una mesa de madera, una silla, una lámpara, una máquina de escribir y un archivador alto de madera de roble. Las persianas venecianas estaban torcidas, llenas de polvo y les faltaban lamas. El suelo de madera no estaba enmoquetado y estaba lleno de quemaduras de cigarrillos. Joe levantó el auricular y descubrió que el teléfono no tenía línea. En la misma pared había una litografía a color enmarcada del Führer en actitud romántica, con la barbilla levantada en un ángulo poético y una brisa alpina agitando el rizo oscuro de su frente. En la pared de delante había una estantería con montones de publicaciones diversas, en inglés y en alemán, cuyos títulos aludían a las metas y predicciones del nacional socialismo y del sueño pangermánico.

Joe fue al otro lado de la mesa. Apartó la silla y se sentó. El secante estaba perdido entre un torbellino de anotaciones y memorandos, algunos escritos a máquina y otros caligrafiados con una letra diminuta y angulosa.

*La hipnosis usada con FT lo puede demostrar
FT y haschisshin viejo de la montaña seguir estudiando
FT espadachín experto*

Había billetes de autobús, envoltorios de caramelo, una entrada para el campo de polo. Había un ejemplar de un libro llamado *Thuggee*. Había numerosos recortes de periódico y artículos sacados de *Photoplay* y *Modern Screen*. Todos los artículos de revistas, se fijó Joe, parecían tener por objeto a la estrella del cine Franchot Tone. E intercalados entre las capas de basura y anotaciones crípticas había docenas de cómics: *Superman*, *Marvel Mystery*, *Flash*, *Whiz*, *Sltield-Wizard*, así como, tal como Joe no pudo evitar ver, los últimos números de *Radio*, *Triumph* y *The Monitor*. En algunos puntos, los montones de papel se volvían auténticas montañas. Había clips, tachuelas y plumillas desperdigadas por todas partes, como signos convencionales de un mapa. Una empalizada irregular de lápices asomaba de una lata de café Savarin vacía. Con un par de movimientos amplios de los brazos, Joe barrió todo el contenido de la mesa. La tachuelas golpearon el suelo con un ruidito metálico.

Joe registró los cajones. En uno de ellos encontró una comunicación de New York Telephone advirtiéndole, de forma verídica a juzgar por lo que estaba viendo, de que si la LAA seguía sin pagar se le iba a desconectar el servicio telefónico; un manuscrito mecanografiado; e, inexplicablemente, el menú de una recepción de boda reciente, en el hotel Trevi, de Bruce y Marilyn Horowitz. Joe sacó el cajón y le dio la vuelta. El manuscrito se dividió en dos montones que se dispersaron como las cartas de un mazo caído. Joe cogió una página y la leyó. Parecía ser ciencia ficción. Alguien llamado Rex Mundy estaba apuntando con su pistola de rayos al pellejo supurante de un repulsivo zidio. Alguien llamado Krystal DeHaven colgaba boca abajo de una

cadena sobre las fauces abiertas de un torco hambriento.

Arrugó la página y reanudó su redada de los cajones. Uno contenía una fotografía enmarcada de Franchot Tone, en la esquina inferior izquierda de la cual, metida entre el cristal y la parte interior del marco, había una viñeta que Joe reconoció como un recorte de las páginas del número 1 de *Radio Comics*. Era un primer plano del viejo Max Mayflower en sus años de joven rico y alocado. Tenía una expresión fantasiosa, hoyitos en las mejillas y en el bocadillo las palabras «¿Qué me importa a mí? Lo único que cuenta es divertirse». Joe se dio cuenta de que el ángulo de la cabeza de Max, cierta expresión sardónica en su cara y su nariz puntiaguda eran similares, por no decir idénticas, a los de Franchot Tone en la fotografía promocional. Era un parecido en el que nadie había reparado antes. Tone no era un actor con cuya obra o con cuya cara Joe estuviera especialmente familiarizado, pero ahora, mientras estudiaba la cara larga, esbelta y melancólica de la fotografía de revista —tenía la dedicatoria «A Carl con los mejores deseos de Franchot Tone»— se preguntó si tal vez hubiera modelado al personaje inconscientemente a partir de Tone.

En el cajón de abajo y la derecha, al fondo del mismo, había un pequeño diario encuadernado en piel. En la guarda había una inscripción con fecha de Navidad de 1939. «A Carl, un lugar para que ponga orden a sus brillantes ideas, con amor, Ruth.» Durante las primeras cincuenta páginas aproximadamente, el diario desarrollaba una disquisición en caligrafía diminuta y furiosa, el meollo de la cual —por lo que Joe pudo entender— parecía ser que Franchot Tone era miembro de una liga secreta de asesinos sufragada por la empresa que dirigía el padre de Tone, American Carborundum, cuya meta era eliminar a Hitler. La revelación se interrumpía en la mitad, y el resto de páginas del diario estaban ocupadas por varios centenares de variaciones sobre las palabras «Carl Ebling», escritas con una auténtica enciclopedia de estilos que iban de lo florido a lo desmañado, una y otra vez. Joe abrió el diario por su centro, agarró los dos extremos y lo rompió en dos pedazos por el lomo.

Cuando hubo terminado con la mesa, fue a la librería. De forma fría y metódica, envió todos los montones de libros y panfletos al suelo. Tenía miedo de que si se permitía algún sentimiento, ya no sería rabia ni satisfacción sino únicamente compasión por la nulidad loca y polvorienta de la liga unipersonal de Carl Ebling. De forma que procedió sin sentir nada, con las manos abotargadas y las emociones pinzadas como un nervio. Descolgó el cuadro de Hitler de su gancho y lo dejó golpear el suelo con un tintineo. A continuación fue al archivador, sacó el cajón de arriba, A-D, le dio la vuelta y dejó que cayera su contenido, como cuando el Escapista hacía caer a los soldados de la torreta de un tanque. Sacó el cajón E-J y estaba a punto de dejar que sus contenidos se volcaran sobre el montículo de la A a la D cuando vio la inscripción a máquina en una de las primeras carpetas del cajón: «Empire Comics, Inc.».

La carpeta considerablemente abultada contenía los diez números de *Radio Comics* que habían aparecido hasta la fecha. Adjuntas con un clip al primer número había unas veinticinco hojas de papel cebolla densamente mecanografiadas. Era un informe, en forma de memorando «A todos los miembros de la liga, de Carl Ebling, presidente de la sección de Nueva York, LAA». El objeto del memorando era, nada menos, el artista de la fuga con superpoderes conocido como el Escapista. Joe se sentó en la silla, encendió un cigarrillo y se puso a leer. En el párrafo inicial del memorando de Carl Ebling, el héroe disfrazado, su editor y sus creadores, los «humoristas judíos» Joe Kavalier y Sam Clay, eran identificados como amenazas a la reputación, dignidad y ambiciones del nacionalismo alemán en América. Carl Ebling había leído un artículo en el *Saturday Evening Post*⁶ sobre el éxito y la circulación creciente de la línea de cómics de Empire y explicaba el efecto negativo que toda aquella burda propaganda antialemana tendría en las mentes de aquellas personas en cuyas manos estaba el futuro de los pueblos sajones: los niños de América. Luego llamaba la atención hipotética de sus lectores sobre el notable parecido entre el personaje de Max Mayflower, el Misterioso original, y el agente secreto de los aliados Franchot Tone. Después de eso, sin embargo, el autor parecía olvidarse de sus propósitos críticos. En los párrafos que venían a continuación, Ebling se contentaba —no hay mejor manera de explicarlo— con resumir y describir las aventuras del Escapista, desde el primer número que explicaba sus orígenes hasta los últimos que habían llegado a los quioscos. Los resúmenes de Ebling eran en su conjunto cuidadosos y precisos. Pero lo más asombroso era la forma en que, a medida que avanzaba, añadiendo cada mes una nueva entrada a su dossier sobre Empire, el tono de burla y desdén de Ebling se iba moderando y por fin desaparecía del todo. Hacia el cuarto número, ya había dejado de llenar sus descripciones de términos como «vergonzoso» y «ofensivo». Simultáneamente, las entradas se volvían más largas y detalladas, deteniéndose a veces para llevar a cabo recitaciones viñeta a viñeta de la acción de las revistas. El último resumen, del número más reciente, tenía cuatro páginas y estaba lo bastante vacío de lenguaje crítico como para resultar completamente neutro. En la última frase, Ebling parecía darse cuenta de lo mucho que se había alejado de su proyecto original y añadía a modo de apéndice descuidadamente redactado que implicaba una recuperación avergonzada de su propósito inicial: «Por supuesto, todo esto es la típica propaganda [sic] belicista judía». Pero a Joe le resultaba evidente que el memorando de Ebling no tenía ningún propósito más allá de la exégesis, los registros precisos, de diez meses de diversión pura. Carl Ebling era, a pesar de sí mismo, un fan.

Joe había recibido cartas de lectores en los últimos meses, chicos y chicas —sobre todo chicos— procedentes de toda la geografía de Estados Unidos desde Las Cruces a LaCrosse, pero normalmente estas cartas se limitaban a transmitir su

admiración y a pedir ilustraciones firmadas del Escapista, hasta el punto de que Joe había ideado una postura estandarizada que al principio dibujaba cada vez pero que hacía poco había fotocopiado, junto con su firma, para ahorrar tiempo. La lectura del memorando de Ebling fue el primer momento en que Joe fue consciente de la posibilidad de un público adulto de su trabajo, y el grado de la pasión de Ebling, su entusiasmo erudito repleto de notas a pie, análisis temático y listas de personajes, por reticente y avergonzado que fuera, lo conmovió de una forma extraña. Era consciente —no podía negarlo— de su deseo de conocer a Ebling. Miró a su alrededor al caos que había creado en las oficinas míseras y tristes de la Liga Aria-Americana y sintió una punzada momentánea de arrepentimiento.

De repente le llegó el turno de sentirse avergonzado, no solamente por haber extendido aunque fuera de forma momentánea el alcance de su simpatía a un nazi, sino por haber producido una obra que gustara a semejante hombre. Joe Kavalier no era el único creador de cómics de aquella primera época que percibía el fascismo reflejado inherente en su superhombre antifascista: Will Eisner, otro dibujante judío, había vestido deliberadamente a sus Blackhawks aliados con los elegantes y siniestros atuendos de la Waffen SS. Pero Joe fue tal vez el primero en sentir la vergüenza de glorificar, en nombre de la democracia y la libertad, la brutalidad vengativa de un hombre muy fuerte. Durante meses se había estado convenciendo a sí mismo, y escuchando también los argumentos de Sammy, de que estaban acelerando, gracias a su aplastamiento ilusorio de Haxoff o Hynkel o Hassler o Hitler, la intervención de Estados Unidos en la guerra de Europa. Ahora se le ocurrió preguntarse si todo lo que habían estado haciendo hasta ese momento no era dar rienda suelta a sus peores impulsos y facilitar la creación de otra generación de hombres que únicamente reverenciaran la fuerza y la dominación.

Nunca llegó a saber si es que no consiguió oír cómo Carl Ebling entraba en el edificio, subía las escaleras y accionaba el pomo forzado de la puerta porque estaba tan inmerso en sus propios pensamientos o porque Ebling caminaba con paso ligero, o si es que el hombre había percibido al intruso y trataba de cogerlo por sorpresa. En todo caso, no fue hasta que los goznes de la puerta chirriaron que Joe levantó la vista y vio a una versión más entrada en años y pálida de Franchot Tone, con la barbilla más blanda y la frente despejada más cercana a la calvicie. Estaba en el umbral de la Liga Aria-Americana, enfundado en una raída parka gris. Llevaba una gruesa cachiporra negra en la mano.

—¿Quién demonios es usted? —Su acento no era el elegante deje de Tone sino algo más o menos local—. ¿Cómo ha entrado aquí?

—Me llamo Mayflower —dijo Joe—. Tom Mayflower.

—¿Cómo? ¿Mayflower? Pero si ese... —Su mirada se posó en la abultada carpeta de Empire. Abrió la boca y la volvió a cerrar.

Joe cerró la carpeta y se puso en pie lentamente. Sin apartar la vista de las manos de Ebling, empezó a rodear la mesa.

—Ya me iba —dijo Joe.

Ebling asintió y frunció los ojos. Parecía frágil, tal vez tísico, alrededor de la cuarentena, con la piel pálida y pecosa. Parpadeó y tragó saliva varias veces. Joe se aprovechó de lo que percibió como una naturaleza indecisa y echó a correr hacia la puerta. Ebling lo alcanzó en la nuca con la cachiporra. El cráneo de Joe sonó como una campana de cobre, sus rodillas temblaron y Ebling le pegó otra vez. Joe se agarró a la entrada, luego se giró y un tercer golpe lo alcanzó en la barbilla. El dolor borró lo que quedaba de la vergüenza y los remordimientos que habían estado nublandole el pensamiento y fue consciente de una rápida oleada de rabia en su interior. Embistió contra Ebling, agarró el brazo que blandía la cachiporra y tiró de él con tanta fuerza que la articulación soltó un chasquido. Ebling soltó un grito. Joe lo agarró del brazo y lo lanzó contra la pared. Ebling se golpeó la cabeza con la esquina de la estantería en la que habían estado apilados los libros nazis y cayó al suelo como un par de pantalones vacíos.

En las postrimerías de su primera victoria, Joe deseó —y nunca olvidaría este deseo salvaje y perverso— que el hombre hubiera muerto. Permaneció jadeando y tragando saliva, con las orejas pitándole, junto a Ebling y deseó que el alma retorcida le abandonara el cuerpo. Pero no, todavía respiraba, el cuerpo frágil del nazi americano todavía subía y bajaba. La visión de aquel movimiento involuntario como de conejo contuvo el flujo de la rabia de Joe. Volvió a la mesa y recogió su chaqueta, sus cigarrillos y sus cerillas. Estaba a punto de marcharse cuando vio la carpeta de Empire Comics, con una esquina del memorando de Ebling sobresaliendo de la parte superior. Abrió la carpeta, soltó el memorando de su clip y le dio la vuelta. En el reverso de la última página, usando su portaminas, hizo un boceto rápido del Escapista en la postura convencional que había inventado para las ilustraciones firmadas: el Maestro de la Fuga sonriente, con los brazos extendidos y las mitades rotas de unas esposas sujetas a las muñecas.

«A mi amigo Carl Ebling —escribió debajo en una caligrafía cursiva americana grande y jovial—. Mucha suerte. El Escapista.»

CINCO

Poco después de las tres de la tarde del viernes, 25 de octubre de 1940 (tanto según su diario como según la declaración que hizo a la policía), James Haworth Love, accionista mayoritario y presidente de la junta directiva de Industrias Textiles Oneonta, estaba sentado con Alfred E. Smith, presidente vitalicio de la Empire State Building Corporation, en el despacho abarrotado de souvenirs de este último en la planta treinta y dos del edificio más alto del mundo, cuando el gerente del edificio entró «pálido como la cera», según explicaría el industrial en su descripción privada de los sucesos del día, «y con pinta de ir a vomitar de un momento a otro». Después de mirar cuidadosamente de reojo a Love, el gerente del edificio, Chapin L. Brown, informó a su jefe de que tenían una situación complicada en la planta veinticinco.

Alfred Emmanuel Smith —derrotado aplastantemente por Herbert Hoover en su campaña de 1928 para la Casa Blanca— había sido aliado político y socio en los negocios de Love ya desde sus días como gobernador de Nueva York. De hecho, Love estaba en la oficina de Smith aquella tarde, para enrolar a Smith como testaferro de una agrupación para intentar resucitar el viejo sueño de Gustav Lindenthal de un puente sobre el Hudson, de doscientos cincuenta metros de altura y setenta de ancho, a la altura de la calle Cincuenta y siete, cuya entrada oriental debía construirse en una enorme parcela del West Side que había pasado recientemente a manos de Love. Smith y Love no eran en absoluto confidentes —James Love se las arreglaba sin confidentes, por lo que Smith sabía— pero el magnate textil era un hombre de discreción casi legendaria, cercana al secretismo, bien conocido por guardarse sus opiniones. Señalando confidencialmente con la barbilla a su invitado, en un gesto destinado a mostrar su confianza implícita en la discreción y buen juicio del señor Love, Smith vino a decir que era mejor que Brown fuera y lo soltara de una vez. Brown saludó a su vez con la cabeza al señor Love, apoyó las manos en las caderas como para mantener el equilibrio y dejó escapar un suspiro que parecía destinado a transmitir al mismo tiempo incredulidad y resentimiento.

—Puede que tengamos una bomba en el edificio —dijo.

A las tres en punto, continuó, un hombre que aseguraba representar a un grupo de nazis americanos —Brown lo pronunció «nadsis»— había telefoneado para decir, con un tono falso de barítono resultado de hablar a través de un pañuelo, que había escondido en alguna de las oficinas de los inquilinos de la planta veinticinco, un potente artefacto explosivo. La bomba tenía que explotar, de acuerdo con el autor de la llamada, a las tres y media, mataría a todo el que se encontrase cerca y posiblemente dañaría la estructura del célebre edificio.

En su declaración a la policía, el señor Love explicaba que Su Señoría se tomó la noticia con tanta gravedad como le había sido transmitida, aunque en su diario

anotaba que no había nerviosismo capaz de hacer que palidciera su cara rubicunda.

—¿Ha llamado usted a M'Naughton? —dijo Smith. No levantó su voz áspera y se mantuvo en calma, pero en su tono había un matiz estrangulado, como de rabia suprimida, y sus ojos castaños, que tendían a mostrar esa forma ligeramente triste que es habitual entre hombres cordiales, parecieron salirse de su cara mofletuda de bebé grande. El capitán M'Naughton era el jefe del equipo de bomberos privado del edificio. Brown asintió de nuevo.

—Están evacuando la planta —dijo—. Los chicos de M'Naughton están allí ahora, buscando ese trasto maldito.

—Llame a Harley y dígame que bajo —dijo Smith. Se puso de pie y rodeó su mesa en dirección a la puerta. Smith era un nativo del Lower East Side, un chico duro del antiguo Cuarto Distrito, y sus sentimientos hacia el edificio del que era símbolo a ojos de Nueva York y del país eran intensamente posesivos. Echó un último vistazo por encima del hombro a su despacho mientras salía, como considerando la posibilidad, pensó Love, de que nunca más fuera a verlo. Estaba abarrotado como un viejo ático de trofeos y recuerdos de su carrera, que había estado a punto de llevarlo a Washington pero que al final lo había dejado reinando sobre este reino mucho más armonioso (normalmente) en el cielo. Smith suspiró. El día de hoy marcaba el inicio del último fin de semana de la grandiosa aventura de dos años de la Feria Mundial de Nueva York, cuya sede oficial estaba en el Empire State, y para esa noche había programada una cena suntuosa en el comedor del Empire State Club, en la planta veintiuno. Smith odiaba ver cómo un banquete suntuoso se echaba a perder por la razón que fuera. Negó con la cabeza, compungido. Luego se puso su idiosincrático bombín marrón, cogió a su visitante del brazo y lo llevó hasta la zona de ascensores. Había diez ascensores en aquella planta, todos ellos ascensores locales que iban de la veinticinco a la cuarenta y uno.

—A la veinticinco —dijo en tono seco al ascensorista cuando entraron. Bill Roy, el guardaespaldas de Smith, se unió a ellos para proteger su viejo cuerpo irlandés—. La veinticinco —repitió Smith. Miró a Brown con los ojos guiñados—. ¿Son la gente de las historietas?

—Empire —dijo el señor Brown. Y añadió en tono agrio—. Muy gracias.

En la veintinueve, frenaron como si fueran a pararse, pero el ascensorista apretó un botón y el ascensor local continuó bajando como si hubiera recibido una especie de ascenso en el campo de batalla a ascensor expreso.

—¿Qué es eso de Empire? —preguntó Love—. ¿Qué historietas?

—Los llaman cómics —dijo el señor Brown—. La empresa se llama Empire Comics. Son unos inquilinos nuevos.

—Cómics. —Love era viudo y no tenía hijos, pero un par de veranos antes había visto a sus sobrinos leyendo cómics en Miskegunquit. Por entonces únicamente se

había fijado en la escena bucólica: los dos muchachos tumbados sin camisa y descalzos, en una hamaca colgante extendida entre un par de olmos robustos, en una banda moteada a la derecha de la luz del sol, con las piernas aterciopeladas y enredadas, cada uno de ellos enfrascado por completo en una mancha de colores chillones toscamente grapada y con la inscripción *Superman*. Love había seguido la subsiguiente conquista por parte del fornido héroe con leotardos de los periódicos, las cajas de cereales y recientemente del Mutual Broadcasting System, y alguna vez se lo había visto ojeando alguna historieta llena de aventuras de Superman—. ¿Y qué pueden tener los del Bund⁷ contra esa gente?

—¿Alguna vez ha visto uno de esos cómics, Jim? —dijo Smith—. Si yo tuviera diez años, me asombraría que todavía quedaran nazis en Alemania, a juzgar por la forma en que nuestros amigos de Empire los han estado machacando.

Las puertas del ascensor se abrieron al espectáculo desconcertante y onírico de un centenar de personas avanzando en completo silencio hacia las escaleras. Salvo por algún recordatorio urgente, y no especialmente educado, por parte de uno de las docenas de agentes de policías que llenaban la zona de ascensores de que empujar y dar codazos solamente conseguiría que alguien terminara con una pierna rota, lo único que se oía era el ruido sordo a piel de tambor de las botas de goma y los impermeables, el chirrido y el traqueteo de las suelas y los tacones y el golpeteo impaciente de las puntas de los paraguas contra el suelo. Mientras él y sus acompañantes bajaban del ascensor, James Love se dio cuenta de que un policía fornido, haciendo una señal con la cabeza a Chapin Brown, se colocaba detrás de ellos para bloquear las puertas. Todos los ascensores habían sido acordonados por guardias de casacas azules que ahora estaban apoyados en los talones, con las manos juntas tras la espalda, formando una hilera impenetrable de caras adustas.

—El capitán Harley cree que es mejor que los saquemos en grupo y los mantengamos juntos —dijo Brown—. Yo estoy bastante de acuerdo.

Al Smith asintió.

—No hace falta asustar a todo el edificio —dijo. Se miró el reloj de pulsera—. Por lo menos, todavía no.

El capitán Harley se acercó a ellos con paso ligero. Era un irlandés alto y grueso con una cicatriz en la órbita izquierda, cerrada como un puño en torno al broche azul y blanco del ojo.

—No tendría que estar aquí, gobernador —dijo. Miró con disgusto a Love— He dado órdenes de vaciar la planta. Con el debido respeto, eso lo incluye a usted y a su invitado.

—¿Ha encontrado usted la bomba, Harley, o no? —dijo Smith.

Harley negó con la cabeza.

—Todavía están mirando por ahí.

—¿Y qué va a hacer con toda esta gente? —dijo Smith, mirando cómo los últimos rezagados, entre ellos un joven con gafas, de espalda encorvada y aspecto sombrío que parecía ir enfundado en cuatro o cinco capas de ropa, eran conducidos a la escalera.

—Los estamos llevando a la comisaría del edificio...

—Envíe a toda esta buena gente a Nedick's. Cómpreles una naranjada de mi cuenta. No los quiero dando vueltas en la calle y yéndose de la lengua —Smith bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspiratorio no del todo desprovisto, incluso en aquellas circunstancias, de buen humor—. De hecho —dijo—. No. Le diré qué vamos a hacer. Que uno de sus muchachos los acompañe a Keen's, ¿de acuerdo? Y dígame a Johnny, o a quien sea, que le dé una copa a cada uno y que lo ponga a la cuenta de Al Smith.

Harley hizo una señal a uno de sus hombres y lo mandó con los evacuados.

—Si no encuentra usted ese trasto en —Smith se miró el reloj de pulsera otra vez — diez minutos, quiero que vacíe también la veintitrés, la veinticuatro, la veintiséis y la veintisiete. Envíelos a... No sé, a Stouffer's o a algún sitio así. ¿Lo entiende?

—Sí, gobernador. Para serle sincero, iba a esperar cinco minutos como máximo antes de evacuar las demás plantas.

—Tengo fe en M'Naughton —dijo Smith— Que sean diez.

—Muy bien. Ahora solamente queda un problema, señorita —continuó el capitán Harley, pasándose la mano carnososa primero por los labios y luego por toda la mitad interior de la cara, lo cual le dejó una mancha de rubor. Era el gesto frustrado de un hombre robusto venciendo su inclinación natural a romper algo por la mitad—. Estaba en ello cuando oí que bajaba usted.

—¿De qué se trata?

—Una de estas personas no quiere marcharse.

—¿No quiere marcharse?

—Un tal señor Joe Kavalier. Un chico extranjero. No puede tener más de veinte años.

—¿Y por qué no quiere salir? —dijo Al Smith—. ¿Qué le pasa?

—Dice que tiene mucho trabajo.

Love soltó un soplido y miró a otro lado para que su gesto de burla no ofendiera al policía.

—Vaya por... Sacadlo, por favor —dijo Smith—. Le guste o no.

—Me encantaría, señorita. Por desgracia... —Harley vaciló y se castigó un poco más los carrillos con su mano enorme—. El señor Kavalier ha decidido esposarse a su mesa de dibujo. Por el tobillo, para ser más exacto.

Esta vez el señor Love se las arregló para esconder su risa con un ataque de tos.

—¿Qué? —Smith cerró los ojos un momento, luego los abrió—. ¿Cómo

demonios lo ha conseguido? ¿De dónde ha sacado las esposas?

Harley se ruborizó intensamente y murmuró una respuesta inaudible.

—¿Cómo dice? —dijo Smith.

—Son mías, señoría —dijo Harley—. Y para serle sincero, no estoy seguro de cómo se ha hecho con ellas.

El ataque de tos de Love se había vuelto verdadero. Fumaba tres paquetes de tabaco al día y tenía los pulmones hechos una ruina. Para evitar quedar en evidencia, solía no reírse nunca a menos que pudiera evitarlo.

—Ya veo —dijo Smith—. Pues bueno, capitán, coja a un par de sus hombres más fuertes y saquen también la maldita mesa.

—No se puede mover, señoría. Está, emmm, atornillada a la pared.

—¡Pues destorníllenlo! ¡Saquen de aquí a ese capullo! ¡Probablemente su maldito sacapuntas tenga una bomba!

Harley hizo una señal a dos de sus hombres más fornidos.

—Espere un minuto —dijo Smith. Se miró el reloj—. Maldita sea. —Se empujó el bombín hacia atrás, dándose a sí mismo un aspecto al mismo tiempo más joven y más truculento—. Déjenme hablar un momento con el chaval. ¿Cómo dice que se llama?

—Kavalier con K, señoría, pero no veo qué sentido o utilidad puede tener...

—En mis once años como presidente de este edificio, capitán Harley, nunca le he ordenado a usted ni a ninguno de los suyos que pongan una mano encima de uno de los inquilinos. Esto no es un albergue para vagabundos del Bowery —se dirigió a la puerta de Empire Comics—. Espero que podamos dedicar un minuto a razonar antes de sacar a patadas al señor Kavalier con K.

—¿Te importa que vaya contigo? —dijo Love. Se había recuperado de su ataque de risa, aunque su pañuelo de bolsillo contenía ahora restos de algo maligno y parduzco.

—No puedo permitir que vengas, Jim —dijo Smith—. Sería una irresponsabilidad.

—Tú tienes mujer e hijos que perder, Al. Yo solamente tengo mi dinero.

Smith miró a su viejo amigo. Antes de que Chapin Brown los interrumpiera con la noticia de la amenaza de bomba, habían estado hablando no del puente sobre el Hudson, un plan que nuevamente quedaba en nada como resultado de la próxima y repentina retirada de Love de la vida pública, sino sobre sus opiniones rotundas y muy citadas sobre la guerra que Gran Bretaña estaba perdiendo en Europa. Partidario leal de Wendell Willkie, James Love estaba entre un reducido número de poderosos industriales activos partidarios de la entrada de América en la guerra casi desde su inicio. Aunque era hijo y nieto de millonarios, toda su vida había tenido problemas, de forma muy parecida al presidente de Estados Unidos, por unos díscolos impulsos

liberales que, por intermitentes que fueran —en las fábricas textiles de Love los obreros no tenían obligación de unirse a un sindicato—, lo convertían en un antifascista natural. Entre sus opiniones, también figuraba sin duda el recuerdo, que circulaba de un millonario a otro en la familia Love, de la colosal y duradera prosperidad que los contratos del gobierno y la guerra habían reportado a Oneonta Woolens durante la Guerra Civil. Todo esto lo sabía Al Smith, aunque de forma intuitiva, y lo llevó a la conclusión de que la idea de arriesgar la vida a manos de nazis americanos tenía cierto atractivo para alguien que había estado intentando entrar en la guerra de una forma u otra, durante los dos últimos años. Después Love había perdido a su notoriamente hermosa esposa a manos del cáncer en 1936 o 1937. Desde entonces, a Smith le habían llegado rumores de conductas disolutas que podían indicar que a raíz de aquella tragedia su amigo había perdido toda restricción o al menos el miedo a la muerte. Lo que no sabía Smith era que el único amigo verdadero que había tenido James Love en su vida, Gerhardt Frege, había sido uno de los primeros en morir —de heridas internas— en Dachau, poco después de que el campo abriera en 1933.⁸ Smith no sospechaba, y no habría imaginado nunca, que el odio que James Love les tenía a los nazis y a sus simpatizantes americanos era en el fondo una cuestión personal. Pero había una ansiedad en su mirada que al mismo tiempo preocupó a Smith y lo conmovió.

—Le damos cinco minutos —dijo Smith—. Luego haré que Harley saque a ese cretino arrastrándolo de los tirantes.

La sala de espera de Empire Comics era un espacio frío y pretendidamente moderno a base de mármol y cuero, una tundra negra recubierta de cristal y acerocromo. El efecto era grandioso, amedrentador y espléndido de un modo frío, más o menos como su diseñadora, la señora de Sheldon Anapol, aunque ni Love ni Smith tenían, por supuesto, ninguna forma de establecer este paralelismo. Había un largo mostrador de recepción semicircular frente a la entrada, recubierto de mármol negro y rodeado de anillos de Saturno de cristal, detrás del cual tres bomberos con casacas negras y con las caras tapadas por gruesas máscaras de soldador, estaban agachados, hurgando cuidadosamente con mangos de escoba. Encima del mostrador de recepción, colgaba de la pared la pintura de un ágil gigante enmascarado con un calzoncillo de cuerpo entero de color azul oscuro, con los brazos extendidos en un abrazo extático y haciendo estallar el capullo de gruesas cadenas de hierro que le atenazaban la espalda, el vientre y el pecho. En el pecho, llevaba un emblema en forma de llave estilizada. Por encima de su cabeza un arco de letras de un pie de alto proclamaba por todo lo alto «¡EL ESCAPISTA!» mientras a sus pies un par de bomberos gateaban sobre las manos y las rodillas, registrando los cajones y el hueco bajo el mostrador de recepción en busca de una bomba. Con sus viseras resplandecientes, los bomberos levantaron la vista para observar cómo pasaban el

gobernador Smith y el señor Love.

—¿Encuentran algo? —dijo Smith. Uno de los bomberos, un hombre mayor a quien el casco le venía grande, negó con la cabeza.

El taller de cómics, o como se llamara, carecía de todo el resplandor y la pompa de la sala de espera. El suelo era de cemento, pintado de azul claro y repleto de colillas y hojas arrugadas de papel de dibujo. Las mesas eran un revoltijo casero de nuevas y semidecrépitadas, pero la luz del día entraba por tres de sus paredes, con vistas tal vez no impresionantes pero sí espectaculares de las torres de los hoteles y periódicos del Midtown, del tapiz verde de Central Park, de las almenas de Nueva Jersey y del resplandor metálico apagado del East River, con un vislumbre del chal de hierro del puente de Queensboro. Las ventanas estaban cerradas y sobre la sala flotaba una cortina de humo. En un rincón alejado, junto a una pared de la que sobresalía una mesa de dibujo inclinada, permanecía encorvado un joven pálido y flaco, con la ropa arrugada y los faldones de la camisa colgando, añadiendo largos penachos de humo a la nube que ya flotaba. Al Smith hizo una señal a Harley para que los dejara solos.

—Cinco minutos —dijo Harley al retirarse.

Tan pronto como habló el capitán de policía, el joven se giró en su taburete. Guiñó los ojos de miope en dirección a Smith y Love mientras se acercaban, con una ligera mueca de fastidio. Era un chaval judío bastante apuesto, de ojos grandes y azules, nariz aguileña y mandíbula fuerte.

—Joven —dijo Smith—. El señor Kavalier, ¿no? Soy Al Smith. Este es mi amigo el señor Love.

—Joe —dijo el joven. Estrechó la mano de Love brevemente y con firmeza.

Aunque tenía aspecto de haber llevado la misma ropa durante demasiado tiempo, la ropa en sí era bastante buena: una camisa de popelín con un monograma cosido en el bolsillo de la pechera, una corbata de seda salvaje y unos pantalones grises de estambre de dobladillo generoso. Pero tenía el aspecto malnutrido de un inmigrante, los ojos hundidos y cautelosos y las yemas de los dedos manchadas de amarillo. La delicada manicura de sus uñas estaba estropeada por la tinta. Parecía necesitado de descanso, muerto de cansancio y —la idea sorprendió a Love, que nunca había sido especialmente sensible a los sentimientos ajenos— triste. Un neoyorquino menos refinado probablemente le habría hecho una broma del tipo: ¿Dónde es el funeral?

—Présteme atención, joven —dijo Smith—. He venido a hacerle una petición personal. Admiro su dedicación al trabajo. Pero me gustaría que me hiciera un favor, un favor personal, ya me entiende. Es lo siguiente. Venga conmigo y déjeme que le invite a una copa. ¿De acuerdo? Resolvamos este pequeño problema y luego lo invito al club. ¿De acuerdo, chaval? ¿Qué me dice?

Si Joe Kavalier se dejó impresionar por tan generosa oferta procedente de uno de

los personajes más conocidos y queridos de la vida contemporánea americana, un hombre que una vez pudo haber sido presidente de Estados Unidos, no dio ninguna muestra de ello. Simplemente parecía divertido, le pareció a Love, y detrás de aquella apariencia había un matiz de irritación.

—Tal vez en otra ocasión, gracias —dijo con un acento de Habsburgo indeterminado. Cogió un bastidor en blanco de un montón cercano. A Love, que siempre se interesaba por aprender los secretos y métodos de cualquier tipo de proceso de producción, le dio la impresión de que el bastidor tenía preimpresas nueve viñetas cuadradas en tres hileras de tres—. Ahora tengo mucho trabajo.

—Está usted muy apegado a su trabajo, me doy cuenta —dijo Love, imitando el tono de desapego burlón del joven.

Joe Kavalier se miró los pies, donde un par de esposas metálicas unían su tobillo izquierdo, enfundado en un calcetín gris con estampado de relojes de colores blanco y burdeos, a una de las patas de la mesa.

—No quería que me interrumpieran, ¿saben? —dio unos golpecitos con la punta del lápiz sobre el bastidor—. Tengo muchas viñetas que llenar.

—Sí, muy bien, eso es muy admirable, hijo —dijo Smith—. Pero por Dios, ¿cómo va a dibujar usted cuando su brazo haya salido disparado hasta la calle Treinta y tres?

El joven recorrió el estudio con la mirada, vacío salvo por el humo de los cigarrillos y un par de bomberos gruñendo, con las hebillas de los impermeables tintineando mientras deambulaban por la sala.

—No hay ninguna bomba —dijo.

—¿Piensa usted que es una amenaza falsa? —dijo Love.

Joe Kavalier asintió y volvió a su trabajo. Abordó la primera viñeta de la página desde un ángulo y desde otro. Luego, rápidamente, con firmeza y precisión y sin detenerse, empezó a dibujar. En su elección de la imagen que ahora estaba plasmando en el papel, no parecía estar siguiendo el guión escrito que tenía apilado a un lado. Tal vez lo sabía todo de memoria. Love estiró el cuello para ver mejor lo que el chico estaba dibujando. Parecía un avión, con las jambas de aspecto fiero de un Stuka. Sí, era un Stuka en pleno ataque en picado. Los detalles eran impresionantes. El avión tenía solidez y remaches. Y sin embargo, había algo exagerado en la escora de las alas hacia atrás que sugería una gran velocidad e incluso un matiz de perversidad rapaz.

—¿Gobernador? —Era Harley. Parecía que ahora también estaba irritado con Al Smith—. Tengo dos hombres con una llave inglesa esperando.

—Un momento —dijo Love, y notó cómo se ruborizaba.

Era Smith quien decidía, por supuesto —estaban en su edificio— pero a Love le impresionaba la apostura del joven, su aire de certeza respecto a la falsedad de la

bomba. Y como siempre, le fascinaba la visión de alguien que hacía algo con pericia. Tampoco él era proclive a marcharse.

—Tiene medio momento —dijo Harley, saliendo de nuevo—. Con el debido respeto.

—Muy bien, Joe —dijo Smith, consultando de nuevo su reloj de pulsera, con pinta de estar más nervioso que antes. Su tono se volvió paciente y ligeramente condescendiente, y Love se dio cuenta de que estaba intentando actuar con psicología—. Si no evacua el edificio, a lo mejor puede decirme por qué el Bund... Porque es el Bund, ¿no?

—Es la Liga Aria-Americana.

Smith miró a Love. Este negó con la cabeza.

—Me parece que nunca he oído hablar de ellos —dijo Smith.

Joe Kavalier torció una comisura de la boca en una mueca burlona leve pero elocuente, como sugiriendo que aquello no le extrañaba.

—¿Qué tienen esos arios contra vosotros? ¿Cómo han dado con esos dibujos controvertidos que hacéis? No sabía que los nazis leían cómics.

—Los lee toda clase de gente —dijo Joe—. Recibo correo de todo el país. De California. De Illinois. Hasta de Canadá.

—¿De verdad? —dijo Love—. ¿Cuántos cómics venden ustedes cada mes?

—Jimmy —le avisó Smith, golpeando con un dedo gordezuelo el cristal de su reloj de pulsera.

—Tenemos tres títulos —dijo el joven—. Pero a partir de ahora van a ser cinco.

—¿Y cuántos venden en un mes?

—Señor Kavalier, todo esto es fascinante, pero si no quiere acompañarnos de forma pacífica, me voy a ver obligado a...

—Casi tres millones —dijo Joe Kavalier—. Pero todos pasan de manos al menos una vez. Los chavales los cambian por otros. Así que la cifra de gente que los lee, según Sam, Sam Clay, mi socio, tal vez sea el doble de los que vendemos, o más.

—*Das ist bemerkenswert* —dijo Love.

Por primera vez, Joe pareció sorprendido:

—*Ja*, no me diga.

—¿Y ese tío que hay en recepción con la llave en el pecho es vuestro número principal?

—El Escapista. Es el escapista más grande el mundo, no hay cadena que pueda con él, su misión es liberar a todos los pueblos oprimidos del mundo. Es bueno. —Sonrió por primera vez, una sonrisa destinada a burlarse de sí mismo pero no lo bastante como para ocultar un orgullo profesional evidente—. Lo inventamos mi socio y yo.

—Me da la impresión de que su socio ha sido lo bastante sensato para unirse a la

evacuación —dijo Smith, obligándolos a regresar al supuesto objetivo de la conversación.

—Tiene una cita. Y no hay ninguna bomba.

En aquel momento, justo cuando Joe Kavalier dijo «bomba», se oyó un estruendo —un buuum enorme— por encima de sus cabezas. James Love dio un respingo y dejó caer su cigarrillo.

—Falsa alarma —dijo Smith, secándose la frente con un pañuelo—. Gracias a Dios.

—Dios bendito —Love vio que tenía la chaqueta llena de ceniza y empezó a sacudírsela de encima, ruborizado.

—¡Falsa alarma! —gritó una voz ronca. Un momento después, el anciano bombero asomó la cabeza en el taller—. No era más que un viejo reloj, señoría —le dijo a Smith, en tono al mismo tiempo aliviado y decepcionado—. En la mesa de un tal señor... Clay. Pegado con cinta adhesiva a un par de tacos de madera pintados de rojo.

—Lo sabía —dijo Joe en voz baja, empezando su segunda viñeta.

—La dinamita ni siquiera es roja —dijo el anciano bombero, marchándose de nuevo—. En realidad no lo es.

—Lee demasiados cómics —dijo Joe.

—¡Gobernador Smith!

Se giraron y vieron a tres hombres entrando en la sala. Uno de ellos, un tipo enorme en todas direcciones y con una calva incipiente, tenía pinta de directivo de algún sindicato de mala reputación. El otro, alto y panzudo, con el pelo rojizo y ralo, parecía un héroe del fútbol americano en decadencia. Detrás de aquellos dos hombres corpulentos iba un joven pequeño y de aspecto pendenciero, vestido con un traje de raya diplomática demasiado grande y con unas hombreras de una anchura casi cómica. El más pequeño se dirigió de inmediato a la mesa de dibujo donde Joe Kavalier estaba trabajando. Saludó con la cabeza a Love, lo miró de arriba abajo y puso una mano en el hombro de Kavalier.

—¿El señor Anapol, no? —dijo Smith, estrechando la mano del hombre grueso—. Tenemos una situación un poco tensa.

—¡Estábamos comiendo! —exclamó Anapol, acercándose para estrechar la mano de Al Smith—. ¡Hemos vuelto corriendo cuando nos hemos enterado! Gobernador, lamento mucho las molestias que le hemos causado. Me temo —clavó la mirada en Kavalier y Clay— que estos dos jóvenes exaltados están llevando las cosas un poco lejos en nuestras publicaciones.

—Tal vez sí —dijo Love—. Pero son dos jóvenes valientes y los felicito.

Anapol pareció sorprendido.

—Señor Anapol, quiero presentarle a un viejo amigo mío, el señor James Love.

El señor Love es...

—¡De Industrias Textiles Oneonta! —dijo Anapol—. ¡El señor James Love! Qué gran placer. Lamento que tengamos que conocernos en estas...

—Tonterías —dijo Love—. Nos lo estamos pasando bien. —Hizo caso omiso de la mueca de contrariedad que el comentario dibujó en la cara de Al Smith—. Señor Anapol, tal vez este no sea el lugar ni el momento indicado para decirle esto. Pero mi empresa ha reunido todas sus cuentas bajo una sola organización y se las ha concedido a Burns, Baggot y DeWinter —continuó Love—. Tal vez haya oído hablar de ellos.

—Por supuesto —dijo Anapol.

—Son chicos listos, y una de las cosas inteligentes que están considerando es buscar un enfoque nuevo para nuestras cuentas radiofónicas. Me gustaría que algunos de sus hombres se sentaran con usted y con el señor Kavalier, y también con el señor... ¿Clay, verdad? Y encontrarán una forma de que Industrias Oneonta les patrocinara al Escapista.

—¿Patrocinara?

—En la radio, jefe —dijo el más pequeño, entendiéndolo enseguida. Sacó mandíbula, puso voz grave y agarró un micrófono imaginario. «¡Industrias Textiles Oneonta, los fabricantes de la línea de calcetines y ropa interior térmica Calentitos, les presenta *Las asombrosas aventuras del Escapista!* —miró a Love—. Es la idea, ¿no?

—Algo así —dijo Love—. Sí, eso me gusta.

—La idea —dijo Anapol—. Un programa de radio —se llevó una mano al vientre como si no se encontrara bien—. Me pone un poco nervioso. Con el debido respeto, y no digo que no me interese, pero...

—Bueno, piénseselo, Anapol. Supongo que debe de haber otros personajes, pero tengo el presentimiento de que este es el que me conviene. Digamos que llamo por teléfono a Jack Burns y lo arreglo todo para que se sienten y lo hablen esta semana —dijo Love—. Es decir, si están disponibles, caballeros.

—Estoy disponible —dijo Anapol, recobrándose—. Mi socio, Jack Ashkenazy, también estará disponible, estoy seguro. Y este es nuestro director editorial, el señor George Deasey.

Love estrechó la mano de Deasey, retrocediendo un poco ante el olor a clavo que tapaba su aliento a whisky.

—Pero estos jóvenes —continuó Anapol—, bueno, hacen un buen trabajo, como usted ha visto, y son muy buenos chicos, aunque un poco excitables. Pero son, cómo se lo diría, son unos simples empleados en esta casa.

Sam Clay y Joe Kavalier intercambiaron una mirada en la que Love percibió los rescoldos candentes del resentimiento.

—Voy a necesitar una declaración de usted, señor Anapol —dijo el capitán Harley—. Y de usted, gobernador, y de su invitado. No tardaremos muchos.

—¿Por qué no lo hacemos en el club? —dijo Al Smith—. Me iría bien una copa. En ese momento entró un mensajero de librea azul con una carta certificada.

—¿Sheldon Anapol?

—Yo —dijo Anapol, firmando—. George, quédate aquí y encárgate de hacer que las cosas vuelvan a la normalidad.

Deasey asintió. Anapol dio la propina al mensajero y salió detrás de Al Smith. Love le hizo una señal a Smith para que lo acompañara, luego se volvió a los dos jóvenes. Sam Clay se quedó allí, hombro con hombro con su compañero, con un aspecto vagamente atontado, como si le acabaran de estafar. Luego fue a una estantería en un rincón de la sala. Cogió un montón de cómics, se los llevó a Love y lo miró a los ojos.

—Tal vez le gustaría a usted conocer un poco mejor al personaje —dijo—. A nuestro personaje.

—¿Nuestro?

—Sí, nuestro. De Joe y mío. El Escapista. Y el Monitor. Y los Cuatro Libertadores y el Ametrallador. Todos los superventas de Empire. Mire. ¿Joe, tienes el...? Ajá. —Escarbó en el revoltijo de debajo de la mesa de Joe Kavalier hasta encontrar una hoja de papel de carta en cuyo elaborado membrete había dibujado un grupo de hombres apuestos y musculosos, apoyados en las letras o apostados entre las mismas, así como un muchacho de nariz aguileña y cabello revuelto apoyado encima del signo & de las palabras Kavalier & Clay—. Siempre he creído que el Escapista era perfecto para la radio.

—Bueno, yo no estoy cualificado para juzgar, señor Clay —dijo Love, con educación, cogiendo las revistas y la hoja de papel—. Para serle del todo sincero, mi única preocupación es que pueda vender calcetines. Pero le diré una cosa —su cara adoptó una expresión extraña que Joe casi habría calificado de mirada lasciva—. Me gusta lo que he visto aquí hoy. Cuídense, muchachos.

Salió de la sala de trabajo, sintiendo una punzada de compasión, aunque no excesiva, por Kavalier y Clay. Love había visto lo que pasaba. Aquellos chavales habían inventado el personaje del Escapista, y luego, a cambio de una paga simbólica y de la oportunidad de ver sus nombres impresos, le habían dado todos los derechos a Anapol y compañía. Ahora Anapol y compañía estaban prosperando, lo bastante para alquilar la cuarta parte de una planta en el Empire State y lo bastante como para ejercer una influencia cultural masiva en el enorme mercado americano de niños e ignorantes. Y aunque, a juzgar por su atuendo, los señores Kavalier y Clay estaban compartiendo en cierta medida la prosperidad general, Sheldon Anapol acababa de dejarles bien claro a los dos que el curso del río de dinero junto al cual habían

plantado su tienda acababa de ser desviado, y en adelante ya no volvería a fluir cerca de ellos. En su vida como hombre de negocios, Love había visto montones de jóvenes talentos abandonados a su suerte entre los huesos mondos y los cactus de sus sueños. No cabía duda de que aquellos dos muchachos seguían teniendo ideas brillantes, y además, nadie nacía listo para los negocios. El sentimiento de piedad de Love, aunque sincero —e inspirado en parte por la apostura morena de Joe y la viveza de espíritu de los dos jóvenes— no duró más de lo que tardó el ascensor en depositarlo en el vestíbulo revestido con lujosos paneles del Empire State Club. Ni por un momento se imaginó que acababa de poner en movimiento las ruedas no de otra destrucción de poca monta ambientada en la zona de negocios, sino prácticamente de la suya propia.

En la sala de trabajo —de nuevo inundada por el parloteo, los estallidos de globos de chicle y un tema convulso de Lionel Hampton en la radio—, George Deasey salió a la puerta de su despacho. Frunció las cejas pelirrojas y arrugó los labios, en un despliegue emocional poco habitual.

—Caballeros —les dijo a Joe y Sammy—. Unas palabras.

Entró en su despacho y, tal como tenía por costumbre, se tumbó en medio del suelo y empezó a hurgarse los dientes con un palillo. Lo había pisoteado un caballo desbocado mientras cubría uno de los numerosos intentos por parte de los marines americanos de capturar a A. C. Sandino, y en las tardes frías como aquella, la espalda se le solía poner rígida del todo. Su palillo era de oro macizo, heredado de su padre, un antiguo juez asociado al Tribunal Estatal de Apelaciones de Nueva York.

—Cierren la puerta —le dijo a Clay después de que los chicos entraran—. No quiero que nadie oiga lo que les voy a decir.

—¿Por qué no? —dijo Sammy, cerrando obedientemente la puerta después de entrar detrás de Joe.

—Porque me produciría una angustia considerable que alguien se formara la impresión errónea de que me importa usted un pimiento, señor Clay.

—No hay peligro —dijo Sammy. Se dejó caer en una de las dos sillas de respaldo recto que flanqueaban la mesa enorme de Deasey. Si el insulto le afectó, no dio muestra de ello. Se había endurecido por culpa de la administración continua de pequeñas puyas por parte de Deasey. Durante sus primeros meses trabajando para él, en los días en que Deasey había tratado especialmente mal a Sammy, Joe había escuchado a menudo en la sombra, fingiendo que dormía, cómo Sammy yacía hecho un ovillo en la cama a su lado, mascullándole a la almohada. Deasey se burlaba de su gramática. En los restaurantes, se mofaba de los malos modales de Sammy, de la falta de sofisticación de su paladar y de su asombro ante cosas tan simples como las porciones moldeadas de mantequilla y la sopa fría de patata. Le ofreció a Sammy la posibilidad de escribir una novela del Duende gris para *Racy Police Stories*, sesenta

mil palabras a medio centavo la palabra. Sammy, durmiendo dos horas cada noche durante un mes, escribió tres libros, solamente para que Deasey los destripara uno tras otro, ofreciendo en cada caso críticas lacónicas y crueles que resultaban infaliblemente precisas. Y sin embargo, al final le había comprado las tres.

—En primer lugar —dijo Deasey—. Señor Clay, ¿dónde está *La extraña fragata*?

—Ya está medio acabado —dijo Sammy. Se trataba de la cuarta novela del *Duende* que Racy Publications, que ahora funcionaba en gran medida a la sombra de su hermana más joven pero seguía reportándole beneficios a Jack Ashkenazy, le había encargado a Sam Clay Igual que sus setenta y dos predecesoras en la serie, iba a ser publicada con el seudónimo de la casa de Harvey Slayton. En realidad, por lo que sabía Joe, Sammy ni siquiera la había empezado. El título era uno de los ciento cuarenta y cinco que George Deasey había inventado durante una juerga de dos días en Cayo Hueso en 1936 y con los cuales había estado trabajando desde entonces. *La extraña fragata* era el número setenta y tres de la lista—. Se lo tendré terminado el lunes.

—Tiene que tenerlo.

—Lo tendré.

—Señor Kavalier. —Deasey tenía una forma solapada de girar la cabeza para mirar a la gente, tapándose a medias la cara con una mano como si estuviera a punto de echar una cabezadita. La impresión era todavía más intensa debido al hecho de que ahora estaba acostado en el suelo. De pronto sus párpados caídos se abrían mucho y uno se encontraba a sí mismo en el objetivo de su mirada inquisitiva—. Por favor, confírmeme que mis sospechas de su participación en la farsa de esta tarde son infundadas.

Joe se esforzó por sostenerle a Deasey su mirada soñolienta de Torquemada. Por supuesto que sabía que la amenaza de bomba la había hecho Carl Ebling, a modo de venganza por su ataque de dos semanas antes a los cuarteles de la LAA. Estaba claro que Ebling había estado inspeccionando las oficinas de Empire, siguiendo el traslado desde el edificio Kramler, observando las idas y venidas de los empleados y preparando su bomba roja sacada de un cómic. Aquel propósito fijo debería haber sido, a pesar de la inofensividad de la represalia de hoy, motivo de alarma. Joe debería haber hablado directamente a la policía de Carl Ebling y hacer que el tipo fuera detenido y encarcelado. Y la perspectiva del encarcelamiento del hombre debería haberle reportado satisfacción. Pero entonces ¿por qué se sentía como si se hubiera rendido? A Joe le parecía que Ebling debería haberlo denunciado a él, por violación y destrucción de la propiedad privada, incluso por asalto, pero en cambio había seguido su propio rumbo solitario y furtivo, desafiando a Joe —de acuerdo, el tipo creía que su antagonista era Sam Clay, aquella era una impresión errónea que Joe iba a tener que aclarar— a una guerra privada, a un *concours à deux*. Y de alguna

forma Joe había sabido, desde el momento en que el secretario de Anapol recibió la llamada, con un instinto de ilusionista para los trucos baratos, que la amenaza era falsa y la bomba un fraude. Ebling quería asustar a Joe, amenazarlo para que terminara con su guerra de cómics que él consideraba tan ofensiva para la dignidad del Tercer Reich y para la persona de Adolf Hitler, y sin embargo, al mismo tiempo, estaba dispuesto contra su voluntad a aniquilar la fuente de un placer que en su solitaria vida *verbitterte* debía de ser muy escaso. Si la bomba hubiera sido real, pensaba Joe, era obvio que lo denunciaría a las autoridades. No se le ocurría que de haber sido real, la bomba posiblemente lo habría matado. Que el siguiente ataque de su batalla, si no lo asestaba la fuerza impersonal de la ley sino Joe en persona, podía consolidar el conflicto en la mente desequilibrada de Ebling. Y menos todavía, que él mismo había empezado a perderse en un laberinto de venganzas fantásticas cuyo centro infestado de huesos estaba a diez mil millas y a tres años de distancia.

—Por supuesto —dijo Joe—. Ni siquiera conozco al tipo.

—¿A qué tipo?

—Ya se lo he dicho. No lo conozco.

—Me huelo algo —dijo Deasey en tono vacilante—. Pero no consigo adivinar qué pasa.

—Señor Deasey —dijo Sammy—. ¿Para qué nos quería?

—Sí. Quería... Que Dios me asista. Quería darles un aviso.

Deasey se levantó pesadamente, como un barco naufragado al que izaran con cuerdas del fondo del mar. Llevaba bebiendo desde antes del almuerzo y, en el momento de incorporarse, estuvo a punto de caerse de nuevo. Fue a la ventana. La mesa, un vetusto monstruo de roble cuarteado con cincuenta y dos casilleros y veinticuatro cajones, había venido con él desde su viejo despacho en el edificio Kramler, con los cajones llenos de cintas nuevas de máquina de escribir, lápices azules, pintas de whisky de centeno, rollos negros de picadura de Virginia, pliegos de papel, aspirinas, pastillas para el mal aliento y sales laxantes. Deasey mantenía tanto la mesa como el despacho immaculados, despejados y libres de polvo. Era la primera vez en toda su carrera que tenía un despacho para él solo. Aquel —aquellos cincuenta pies cuadrados de alfombra nueva, papel blanco y cintas de tinta nuevas— era el indicador y el resumen claro de lo que había conseguido. Suspiró. Pasó dos dedos por entre las lamas de la persiana veneciana y dejó que entrara en la habitación un haz tenue de luz otoñal.

—Cuando emitieron el *Duende Gris* en la cadena DuMont —dijo—. ¿Se acuerda, señor Clary?

—Claro —dijo Sammy—. Yo lo escuchaba a veces.

—¿Y qué hay de *Chasquido Carter*? ¿Se acuerda?

—¿El del látigo?

—Combatiendo al mal entre las plantas rodadoras. ¿Y de *Sharpe de la Policía Montada*?

—Pues claro que sí. Todos empezaron en las revistas, ¿no?

—Todos tienen su origen común en un escenario mucho más reducido y decrepito que ese.

Sammy y Joe intercambiaron una mirada vacilante. Deasey se dio unos golpecitos en la frente con la punta del palillo.

—¿Usted era *Sharpe el de la Policía Montada*? —preguntó Sammy.

Deasey asintió.

—Empezó en *Racy Adventure*.

—¿Y Whisky, el perro husky con el que mantiene un vínculo casi sobrenatural?

—Lo estuvieron pasando cinco años en la NBC Blue —dijo Deasey—. Nunca vi un centavo. —Se giró en dirección a ellos—. Ahora les toca a ustedes pasar por el aro, jóvenes.

—Tienen que pagarnos algo —dijo Sammy—. Al fin y al cabo. O sea, puede que no esté en el contrato...

—No lo está.

—Pero Anapol no es un ladrón. Es una persona honrada.

Deasey frunció los labios y levantó las comisuras. A Joe le costó un momento darse cuenta de que estaba sonriendo.

—Mi experiencia es que la gente honrada vive de los contratos que firma —dijo por fin Deasey—. Y no hay otra cosa.

Sammy miró a Joe.

—A mí no me está animando —dijo—. ¿Te está animando a ti?

La posibilidad del programa de radio, y en realidad toda la conversación que habían mantenido con aquel hombre flaco de cabellos grises y expresión ansiosa, no había sido asimilada del todo por Joe. Entendía el inglés mucho peor de lo que fingía, sobre todo cuando el tema eran los deportes, la política o los negocios. No tenía ni idea de qué pintaban en todo aquello los calcetines o los aros.

—Ese hombre quiere hacer un programa de radio sobre el Escapista —dijo Joe, despacio, sintiéndose torpe y lerdo y oscuramente explotado por hombres inescrutables.

—Por lo menos parecía interesado en que sus encargados de prensa estudiaran la posibilidad.

—Y si lo hacen, nos está diciendo que no nos van a pagar.

—Eso es lo que estoy diciendo.

—Pero está claro que tienen que hacerlo.

—Ni un centavo.

—Quiero ver el contrato.

—Mire todo lo que quiera —dijo Deasey—. Mírelo de arriba abajo. Contraten a un abogado y hagan que lo estudie bien. Todos los derechos: radio, películas, libros, silbatos, premios en las cajas de Crack Jackers... Todo pertenece a Anapol y Ashkenazy. El cien por cien.

—Me pareció oír que nos iba a avisar —Sammy parecía irritado—. Me parece que el momento para avisarnos debería haber sido hace un año, cuando pusimos nuestros nombres en ese contrato de mierda, con perdón.

Deasey asintió.

—Muy bien —dijo. Fue a una librería con puerta de cristal en cuyo interior había un ejemplar de todas las revistas pulp en las que había aparecido alguna de sus novelas, cada una de ellas encuadernada en tafilete fino y con sobrias inscripciones en caracteres dorados: RACY POLICEMAN y RACE ACE, con el número y la fecha de publicación y debajo la inscripción invariable OBRA COMPLETA DE GEORGE DEASEY.⁹ Retrocedió un paso y escrutó los libros con lo que a Joe le pareció cierto aire de amargura, aunque no se le ocurrió a qué podía deberse—. Para lo que os puede servir, les hago ahora esta advertencia. O llámenlo consejo si prefieren. El año pasado cuando firmaron ustedes aquel contrato no tenían ningún poder. Ahora sí que empiezan a tenerlo. Han tenido alguna ideas buenas que se han vendido bien. Se han empezado a hacer un nombre en una industria de tercera fila armando chorradas para tarados, pero de lo que no hay duda es que ahora mismo en este juego se puede hacer dinero, y que ustedes dos tienen don para encontrarlo. Anapol lo sabe. Y sabe que si quisieran, probablemente podrían irse con Donenfeld o Arnold o Goodman y encargarse ustedes mismos de escribir un acuerdo mucho mejor para inventar chorradas en otra parte. Así que esta es mi advertencia: dejen de darle sus mamotretos a Anapol como si se los debieran.

—Hacerle pagar a partir de ahora. Conseguir que nos dé una parte.

—Yo no les he dicho nada.

—Pero mientras tanto...

—Están bien jodidos, caballeros. —Consultó su reloj de bolsillo—. Ahora salgan. Tengo que excretar mis propios mamotretos por todo este lugar antes de que... —se interrumpió y miró a Joe, luego se miró el reloj como si intentara tomar una decisión sobre algo. Cuando volvió a mirar, su cara se había contraído en un rictus positivo y casi asquerosamente jovial—. Al infierno —dijo—. Necesito una copa. Señor Clay...

—Ya lo sé —dijo Sammy—. Tengo que terminar *La extraña fragata*.

—No, señor Clay —dijo Deasey pasándoles sorprendentemente un brazo a cada uno por encima del hombro y llevándolos a la puerta—. Esta noche van a navegar en él.

SEIS

Cuando la mañana siguiente Carl Ebling leyó el *News*, le decepcionó no encontrar la más pequeña mención de una amenaza de bomba en el Empire State, de la Liga Aria Americana ni de un diabólico (aunque por el momento fuera falso) terrorista que se hacía llamar el Saboteador: el sobrenombre procedía de un villano enmascarado que hacía apariciones esporádicas en las páginas de *Radio Comics* en los años previos a la guerra. Esto último habría sido bastante inverosímil porque Ebling, con todas las prisas y los nervios para colocar el artefacto en la mesa de su némesis imaginario Sam Clay, se había olvidado de dejar la nota que había preparado especialmente y firmado con su nombre de guerra. Miró en el resto de periódicos del sábado y nuevamente no encontró una palabra que lo relacionara a él con nada que hubiera ocurrido el día anterior en la ciudad. El caso había sido silenciado.

La fiesta celebrada en honor de Salvador Dalí aquel último viernes de la Ferial Mundial de Nueva York tenía mucha más cancha. Ocupaba veinte líneas en la columna de Leonard Lyons, una mención en la de Ed Sullivan y una sátira sin firmar de E. J. Kahn en el «Cotilleos de la ciudad» de la semana siguiente. También era descrita en una de las cartas de Auden a Isherwood en Los Ángeles y aparecía en las memorias de al menos dos puntales de la escena artística de Greenwich Village.

Los invitados de honor, el sátrapa del surrealismo y su esposa rusa, Gala, estaban en Nueva York para cerrar *El sueño de Venus*, una atracción, concebida y diseñada por Dalí, que había estado entre las maravillas del área recreativa de la Feria. Su invitado, un neoyorquino adinerado llamado Longman Harkoo, era el propietario de Les Organes du Facteur, una galería de arte surrealista y librería en Bleecker Street, inspirada por el soñador cartero de Hauterives.¹⁰ Harkoo, que había vendido más obras de Dalí que ningún otro tratante del mundo, y que era patrocinador de *El sueño de Venus*, había conocido a George Deasey en la universidad, en la Collegiate School, donde el futuro viceministro de Propaganda Política del Inconsciente iba dos años por delante del futuro Balzac del pulp. Habían reanudado su amistad a finales de los años veinte, cuando Hearst envió a Deasey a Ciudad de México.

—Aquellas cabezas olmecas —dijo Deasey en el taxi de camino al centro. Había insistido en que cogieran un taxi—. Solamente quería hablar de ellas. Intentó comprar una. De hecho, una vez oí que la llegó a comprar y que la tiene escondida en el sótano de su casa.

—Usted las usó en *La pirámide de calaveras* —dijo Sammy—. Aquellas cabezas enormes. Había un compartimento secreto en la oreja izquierda.

—Ya es bastante malo que las lea —dijo Deasey. Sammy se había preparado para la composición de su primera novela como Harvey Slayton sumergiéndose profundamente en la obra de Deasey—. Me resulta increíblemente triste, Clay, que

también recuerde usted los títulos —en realidad, a Joe le pareció que estaba bastante halagado. Probablemente ya no había esperado, en aquel punto de su carrera que él describía en público como un fracaso, encontrar a un admirador genuino de su trabajo. Parecía haber descubierto en su interior una ternura —que nadie más que él podía sospechar— hacia los dos primos, pero particularmente hacia Sammy, que todavía veía como trampolines a la fama literaria obras que Deasey había decidido mucho tiempo atrás que no eran más que «una larga caída en espiral, lubricada regularmente con cheques, al Tártaro del escritorzuelo con seudónimo». Le había enseñado a Sammy algunos de sus viejos poemas y el manuscrito amarillento de una novela seria que nunca había terminado. Joe sospechaba que Deasey intentaba que aquellas revelaciones fueran advertencias para Sammy, pero su primo había elegido interpretarlas como pruebas de que el éxito en el mundo del pulp no era incompatible con el talento, y que no debía abandonar sus propios sueños novelísticos.

—Ciudad de México —dijo Joe—. Cabezas.

—Gracias —Deasey dio un trago de su petaca. Bebía una marca extremadamente barata de whisky de centeno llamada Brass Lamp. Sammy aseguraba que en realidad no era whisky de centeno sino aceite para lámparas, ya que Deasey era muy miope—. Sí, los misteriosos olmecas. —Deasey devolvió la lámpara mágica al bolsillo de su pechera—. Y el señor Longman Harkoo.

Harkoo, les explicó Deasey, era un excéntrico de alto nivel del Village, relacionado con los fundadores de uno de los grandes almacenes más pijos de la Quinta Avenida. Había enviudado dos veces y vivía en una extraña casa con una hija de su primer matrimonio. Además de encargarse de los asuntos cotidianos de su galería, de orquestar disputas con sus compañeros del Partido Comunista Americano y de celebrar sus célebres fiestas, también estaba, en sus momentos de ocio, escribiendo una novela sin puntuación de más de mil páginas, que describía, con un nivel de detalle casi celular, el proceso de su propio nacimiento. Había adoptado su extraño nombre en verano de 1924, mientras compartía una casa en La Baule con André Bretón, después que una figura pálida y con unos atributos enormes que se hacía llamar a sí mismo el Hombre Largo de Harkoo apareciera cinco noches seguidas en sus sueños.

—Es aquí —avisó Deasey al taxista, y el taxi se detuvo delante de una hilera de bloques de apartamentos modernos anónimos—. Pague la carrera, ¿quiere, Clay? Yo voy un poco apurado.

Sammy miró con el ceño fruncido a Joe, que consideraba que su primo ya tendría que haberse esperado aquello. Deasey pertenecía a cierto tipo clásico de gorrón, al mismo tiempo brusco e imperioso. Pero Joe había descubierto que Sammy, a su propio modo, era un clásico agarrado. El concepto mismo de taxis le resultaba a Sammy rebuscado y decadente, exactamente igual que comer pájaros cantores. Joe se

sacó un dólar de la cartera y se lo pasó al taxista.

—Quédese el cambio —dijo.

La casa de Harkoo era invisible desde la avenida, «como un emblema (un poco torpe) de las necesidades sucias reprimidas», como Auden le explicó en su carta a Isherwood, en el corazón de una manzana que pasaría a manos de la Universidad de Nueva York, sería demolida por completo y se convertiría en el emplazamiento de la enorme Levine School of Applied Meteorology. La sólida muralla de casas adosadas y bloques de apartamentos que encerraba la casa de Harkoo y su jardín por los cuatro costados solamente podía ser traspasada tomando un callejón estrecho que pasaba inadvertido entre dos edificios y penetraba, por un túnel de ailantos, al patio interior oscuro y frondoso.

La casa, cuando llegaron hasta ella, era una fantasía oriental de bolsillo, un Topkapi en miniatura, no más grande que un parque de bomberos y embutido en aquel lugar diminuto. Se ovillaba como un gato dormido en torno a una torre central rematada por una cúpula que parecía, entre otras cosas, una cabeza de ajos. Mediante un uso hábil de la perspectiva forzada y de la escala manipulada, la casa conseguía parecer mucho más grande de lo que era. Su exuberante capa de enredaderas de Virginia, la oscuridad de su patio y el revoltijo desafortunado de sus tejadillos y capiteles le daban un aire de antigüedad, pero en realidad se había terminado de construir en septiembre de 1930, por la época en que Al Smith ponía los cimientos del Empire State. Igual que aquella otra estructura, era una especie de morada ideal, que al igual que el Hombre Largo de Harkoo, originalmente se había aparecido a Longman Harkoo en sueños, dándole la excusa que llevaba tiempo buscando para derribar la vieja y aburrida casa de estilo neogriego que había sido la casa familiar de la familia de su madre desde que se creara el Greenwich Village. A su vez, aquella casa había reemplazado una estructura mucho más antigua, que se remontaba a los años de la dominación británica, en la cual —o por lo menos eso decía Harkoo— una antepasado suyo judío-holandés albergó al diablo durante su gira de 1682 por las colonias.

Joe se dio cuenta de que Sammy se estaba rezagando un poco; miraba la torre en miniatura y se acariciaba con aire ausente la parte superior de su muslo izquierdo, con expresión solemne y nerviosa a la luz de las antorchas que flanqueaban la puerta. Con su flamante traje de raya diplomática, le recordaba a Joe a su personaje, el Monitor, ataviado para librar batallas contra sus pérfidos enemigos. De pronto Joe también sintió cierta aprensión. No se le había ocurrido hasta aquel momento, con toda la charla sobre bombas, prendas de lana y programas de radio, que habían bajado al centro con Deasey para asistir a una fiesta.

Ninguno de los dos primos era muy amigo de las fiestas. Aunque a Sammy le volvía loco el swing, obviamente no podía bailar con sus piernas flacas como

limpiadores de pipa; los nervios le quitaban el hambre y en todo caso le avergonzaba demasiado su falta de modales como para comer nada. Y le desagradaba el sabor de los licores y de la cerveza. Introducido en un círculo maldito de parloteo y jazz, acababa de forma inevitable escondido detrás de alguna planta. Su escandaloso e irresponsable don para la conversación, por medio del cual había levantado *Amazing Midget Radio Comics* y de paso toda la idea de Empire, lo abandonaba. Lo ponías delante de una habitación llena de gente trabajando y era imposible hacerlo callar. El trabajo no era trabajo para él. Las fiestas sí lo eran. Las mujeres lo eran. En los estudios Mala Sombra, cada vez que se producía la conjunción aleatoria de chicas y una botella, Sammy simplemente desaparecía, igual que la fortuna de Mike Campbell, al principio un poco cada vez y luego toda de pronto.

Por otro lado, en Praga a Joe siempre le habían chiflado las fiestas. Sabía hacer trucos con cartas y aguantar el alcohol; era un bailarín. En Nueva York sin embargo todo esto parecía haber cambiado. Tenía demasiado trabajo y las fiestas le parecían una pérdida enorme de tiempo. La conversación era rápida y llena de jerga y tenía dificultades para seguir las bromas y la palabrería de los hombres y los sutiles dobles sentidos de las mujeres. Tenía la bastante vanidad como para enfadarse cuando algo que él decía en serio hacía reír a todo el mundo. Pero el mayor obstáculo que percibía era que no sentía la obligación —nunca— de divertirse socialmente. Incluso cuando iba al cine, lo hacía con propósitos puramente profesionales, estudiando las películas en busca de ideas sobre luz, estética y ritmo que pudiera adaptar a su trabajo con los cómics. Ahora se sintió tan intimidado como su primo, miró la fachada ceñuda de la casa a la luz de las antorchas y se sintió listo para huir corriendo a las primera señal de Sam.

—Señor Deasey —dijo Sammy—. Escuche. Creo que tengo que confesarle... Todavía no he empezado *La extraña fragata*. ¿No cree que sería mejor...?

—Sí —dijo Joe—. Y yo tengo la portada de *El Monitor*...

—Lo único que os hace falta es una copa, chicos. —Deasey parecía realmente divertido por sus repentinos reparos y vacilaciones—. Eso facilitará mucho las cosas cuando os empujen a los dos al Volcán. Supongo que los dos sois vírgenes, ¿no? —Pisaron con paso inseguro los escalones de ladrillo duro de la entrada. Deasey se giró y de pronto su cara adoptó una expresión grave y admonitoria—. Eso sí, no dejéis que os abrace —dijo.

SIETE

Originalmente, la fiesta debía celebrarse en el minúsculo salón de baile de la mansión, pero cuando esa sala quedó inutilizada por el ruido del aparato respiratorio de Salvador Dalí, todo el mundo se agolpó en la biblioteca. Como todas las salas de la casa, la biblioteca era diminuta, construida a escala de tres cuartos para darle a los visitantes una sensación inquietante de gigantismo. Sammy y Joe se agazaparon detrás de Deasey y encontraron la sala abarrotada hasta el extremo de no poder moverse de simbolistas trascendentales, puristas y vitalistas, redactores publicitarios con tres del color de Studebakers nuevos, intérpretes de banjo socialistas, periodistas de *Mademoiselle*, expertos en los cultos caníbales de Yuggogheny y en los adoradores de pájaros de los altiplanos de Indochina, compositores de réquiems dodecafónicos y de eslóganes para Eas-O-Cran, el laxante original de Nueva Inglaterra. El gramófono —y (por supuesto) el bar— había sido llevado también a la biblioteca, y por encima de las cabezas de los invitados apretujados circulaban las notas de un solo de trompeta de Louis Armstrong. Por debajo de aquel resplandeciente glaseado de jazz y de una capa espumosa de conversación se oía a lo lejos el ronroneo sordo y pesado del compresor de aire. Junto con los olores a colonia y cigarrillos, el aire de la sala transportaba un leve olor a aceite de motor como el de los muelles.

—Hola, George. —Harkoo se abrió paso hacia ellos. Era un hombre ancho y gordezuelo, para nada largo, con el pelo ralo y cobrizo cortado casi al rape—. Estaba esperando que aparecieras.

—Hola, Siggy. —Deasey se puso rígido y le ofreció la mano de una forma que a Joe le pareció defensiva o incluso protectora, y luego, al instante siguiente, el hombre al que había llamado Siggy le dio un abrazo de oso en el que parecían mezclarse el afecto y el deseo de romper algún hueso.

—Señor Clay, señor Kavalier —dijo Deasey, sacudiéndose de encima el abrazo más o menos como Houdini tironeando y dando codazos para quitarse una camisa de fuerza mojada—. Déjeme... que le presente... a Longman Harkoo, conocido por aquellos que no le quieren consentir los caprichos como el señor Siegfried Saks.

Joe sintió una vaga inquietud, como si el nombre significara algo para él, pero no consiguió establecer la conexión. Buscó en su memoria el nombre «Siegfried Saks», hojeando las cartas y tratando de sacar el as que sabía que tenía que estar en alguna parte.

—¡Bienvenidos! —el antes llamado señor Saks dejó ir a su viejo amigo y se volvió sonriente hacia los dos primeros. Los dos retrocedieron, pero él se limitó a ofrecerles la mano, con un brillo malicioso en los ojos azul claro parecía sugerir que restringía sus abrazos diabólicos a aquellos a quienes menos les gustaba que los tocaran. En una época en que un lugar honorable de la taxonomía de la elegancia

masculina seguía reservado al género Hombre Gordo, Harkoo era un ejemplo clásico de la especie Potentado Místico, y se las apañaba para parecer al mismo tiempo autoritario, elegante y ultramundano ataviado con un caftán púrpura y marrón profusamente bordado que le llegaba casi hasta la parte superior de sus sandalias mexicanas. Joe se fijó en que el dedo pequeño de su calloso pie derecho estaba adornado con un anillo granate. Una venerable Kodak Brownie le colgaba del cuello mediante una correa de cuentas indias.

—Lamento el jaleo del piso de abajo —dijo en tono fatigado.

—¿Es él de verdad? —dijo Sammy—. ¿El que está adentro?

—Es él de verdad. He intentado engañarlo para que saliera. Le he dicho que era una idea maravillosa en, ya sabéis, en abstracto, pero que en la práctica... Pero es un hombre terriblemente testarudo. Nunca he conocido a un genio que no lo fuera.

El portero había señalado a Dalí cuando entraban. Estaba de pie en el salón de baile, justo al lado del vestíbulo de entrada. Llevaba un traje de buzo, consistente en un mono de cuerpo entero de lona impermeable y un casco metálico globular. Una mujer espectacular a quien Deasey identificó como Gala Dalí permanecía lealmente al lado de su marido en medio de la sala vacía, junto con otras dos o tres personas demasiado testarudas, demasiado adulatoras o tal vez simplemente lo bastante sordas como para soportar el traqueteo insoportable de la enorme bomba de aire alimentada con gasolina a la que el Maestro permanecía conectado por una manguera de goma. Para oírse tenían que gritar con toda la fuerza de sus pulmones. Kahn escribiría en el *New Yorker*:

Nadie en toda la fiesta era tan maleducado como para preguntarle a Dalí qué representaba aquel traje. La mayoría supusieron que se trataba o bien de una alusión a la flora abisal del inconsciente humano o bien a «El sueño de Venus», en el que como todo el mundo sabe aparece una escuela de chicas de verdad disfrazadas de sirenas y nadando medio desnudas en un tanque de agua. En todo caso, lo más probable es que Dalí no hubiera oído la pregunta con su casco de buzo.

—Pero no importa —continuó Harkoo en tono jovial—. La verdad es que aquí estamos muy cómodos. Bienvenidos, bienvenidos. Hacéis cómics, ¿no? Son maravillosos. Me encantan. Los leo siempre. Soy un fanático.

Sammy sonrió. Harkoo se quitó la cámara del cuello y se la ofreció a Joe.

—Sería un honor que usted me hiciera una foto —dijo.

—¿Cómo dice? ¿Perdón?

—Que me hiciera una foto. Con la cámara. —Miró a Deasey—. ¿Habla inglés?

—A su manera. El señor Kavalier es de Praga.

—¡Muy bien! ¡Tiene que hacerlo, sí, señor! Sufro un déficit pronunciado de fotos checas.

Deasey asintió en dirección a Joe, que se llevó el visor de la cámara al ojo izquierdo y encuadró la cara enorme de niño chiflado de Harkoo. Harkoo compuso una expresión sobria y básicamente inexpresiva con los carrillos y las cejas, pero los ojos le brillaban de placer. Joe nunca había hecho feliz a nadie con tanta facilidad.

—¿Cómo lo enfoco? —le preguntó Joe, bajando la cámara.

—Oh no se preocupe por eso. Usted míreme y apriete el botoncito. Su mente hará el resto.

—Mi mente —Joe le hizo una foto a su anfitrión y le devolvió la cámara—. La cámara es... —buscó la palabra inglesa— telepática.

—Todas las cámaras lo son —dijo su anfitrión gentilmente—. Hasta ahora me han fotografiado siete mil ciento... dieciocho personas, todas con esta cámara, y le aseguro que no hay dos retratos que se parezcan entre sí —le dio la cámara a Sammy, y sus rasgos, como si los acabara de aplastar una máquina, se transformaron nuevamente en la misma máscara feliz y corpulenta. Sammy apretó el botón—. ¿Qué otra explicación posible puede haber para esa variación infinita más que la interferencia con la ondas que emanan de la mente del fotógrafo?

Joe no supo cómo responder a aquello, pero vio que se esperaba una respuesta, y como la intensidad de la expectación de su invitado aumentaba se dio cuenta un poco tarde de la respuesta que tenía que dar.

—Ninguna —dijo por fin.

Longman Harkoo pareció extremadamente complacido. Pasó un brazo por detrás de los hombros de Sammy y el otro por detrás de los de Joe y, con profusión de empujones y disculpas, se los llevó de gira por sus vecinos inmediatos de fiesta, presentándoles a pintores, escritores y a diversos poseedores de cócteles y adjudicando a cada uno de ellos, sin detenerse al parecer para ordenar sus pensamientos, un currículum en miniatura que constaba de los puntos álgidos de sus obras, vidas sexuales o parentesco.

—Su hermana está casada con uno de los Roosevelt, no me preguntéis con cuál... Seguro que habéis visto su *Arte y argón*... Está de pie justo al lado de uno de los cuadros de su ex marido... Fue abofeteado en público por Siquieros...

La mayoría de nombres le eran desconocidos a Joe, pero reconoció a Raymond Scott, un compositor que recientemente había tenido éxito con una serie de temas pop pseudojazzísticos caprichosos, cacofónicos y vertiginosos. Justo el otro día, cuando Joe pasó por Hippodrome Radio, habían estado pinchando su nuevo disco, *Yesterthoughts and Stranger*, en el equipo de música de la tienda. Scott iba alimentando el RCA portátil con una dieta constante de discos de Louis Armstrong mientras explicaba a qué se había referido al decir que Satchmo era el Einstein del blues. A medida que las notas iban emanando del altavoz recubierto de tela, él las señalaba, como a modo de ejemplo de lo que iba diciendo, e incluso intentó agarrar

una con las manos. No paraba de subir el volumen, a fin de competir con las conversaciones menos importantes que tenían lugar a su alrededor. Cerca de ellos, bajo el cactus sahuaro, estaba la joven pintora Loren MacIver, cuyos lienzos luminosos Joe había admirado en la galería Paul Matisse. Alta, manifiestamente delgada a los ojos de Joe, pero dotada de una belleza neoyorquina —elegante, nerviosa y moderna— estaba charlando con una espectacular belleza alta y aria que sostenía un bebé contra su pecho.

—La señorita Uta Hagen —explicó Harkoo—. Está casada con José Ferrer, que está también por aquí. Están representando *La tía de Charlie*.

Las mujeres le ofrecieron sus manos. MacIver llevaba los ojos pintados con *kohl* y sus labios tenían un sorprendente matiz de color cacao.

—Estos caballeros hacen cómics —les dijo Harkoo—. Las aventuras de un tipo llamado el Escapador. Lleva un calzoncillo de cuerpo entero. Tiene unos músculos enormes. Y una expresión insulsa.

—El Escapista —dijo Loren MacIver. Su cara se iluminó—. Oh, me encanta.

—¿En serio? —dijeron Joe y Sammy al unísono.

—¿Un hombre enmascarado al que le gusta que lo aten?

La señorita Hagen se rió.

—Parece bastante subido de tono.

—Es bastante surrealista —dijo Harkoo.

—Eso es bueno, ¿no? —le preguntó Sammy a Joe con un susurro. Joe asintió—. Solamente me estaba asegurando.

Dejaron atrás a unos cuantos currículums más con cócteles en la mano, así como a unos cuantos surrealistas de verdad, como pasas enclastadas en un pudding. En su mayor parte parecían unos tipos bastante serios, incluso austeros. Llevaban trajes negros con chaleco y corbata. La mayoría parecían ser americanos —Peter Blume, Edwin Dickinson o un tipo tímido y distinguido llamado Joseph Cornell— y compartían un aire de probidad yanqui con sus gafas de montura metálica que rodeaba su pandemonio interior como los barrios residenciales rodean una ciudad. Joe intentó quedarse con todos los nombres pero seguía sin estar seguro de quién era Charley ni de qué le hacía Uta Hagen a su tía.

En el otro extremo de la biblioteca, una serie de hombres se había reunido en un círculo reducido y apretado alrededor de una joven muy guapa y muy joven que estaba hablando en apariencia con toda la fuerza de sus pulmones. Joe no pudo entender qué les estaba contando pero resultó ser una historia que reflexionaba severamente acerca de su propio juicio —estaba ruborizada y sonriente al mismo tiempo— y que indefectiblemente terminaba con la palabra «joder». Ella se aferraba a la palabra y la extendía hasta multiplicar varias veces su longitud. Se la echaba alrededor en tres grandes vueltas y se envolvía en ella como si fuera un chal de lujo.

—Joooooder.

Los hombres a su alrededor estallaban en risas y ella se sonrojaba más todavía. Llevaba un vestido amplio y sin mangas y uno podía ver que el rubor le bajaba más allá de los hombros, hasta la parte superior de los brazos. Luego levantó la vista y su mirada se encontró con la de Joe.

—Saks —dijo Joe, sacando por fin la carta—. Rosa Luxemburg Saks.

—No —dijo Sammy—. ¿En serio?

OCHO

Resultaba fascinante volver a ver su cara después de tanto tiempo. Aunque Joe no había olvidado nunca a la chica a la que había sorprendido una mañana en el dormitorio de Jerry Glovsky, se dio cuenta de que en sus revisitaciones nocturnas de aquel momento, había deformado mucho su recuerdo. Nunca habría imaginado que tuviera una frente tan alta y despejada ni una barbilla tan puntiaguda. En realidad, su cara parecería demasiado larga de no ser por el extravagante contrafuerte de su nariz. Sus labios más bien pequeños formaban una breve línea de color rojo brillante que se doblaba hacia abajo lo justo como para poder interpretarse como una sonrisa burlona, de la que ella no carecía, dirigida al despliegue circundante de vanidad humana. Y sin embargo había algo ilegible en sus ojos, algo que no se dejaba descifrar, la inexpresividad decidida que en los depredadores esconde una hostilidad calculadora y en las presas forma parte de un esfuerzo sobrecogedor por dar la impresión de haber desaparecido.

Los hombres que la rodeaban se separaron con actitud reticente cuando Harkoo hizo sitio para que pasaran Joe y Sammy como si fuera un defensa de los Dodgers a los que este último tanto amaba y los introdujo con calzador en el círculo.

—Nos conocemos —dijo Rosa. Era casi una pregunta. Tenía una voz masculina profunda y fuerte, estridente hasta bordear el tono de los mensajes de megafonía, como si estuviera desafiando a todos los presentes a escucharla y juzgarla. Pero quizá, pensó Joe, simplemente estaba muy borracha. En la mano tenía un vaso de algo de color ámbar. En todo caso, su voz quedaba bien por alguna razón con sus rasgos teatrales y con la masa caótica de rizos castaños, sujetos aquí y allá por una horquilla desesperada, que constituía su peinado. Le dio un apretón de manos que participaba de la misma actitud enérgica que su voz, un apretón de hombre de negocios, seco, breve y firme. Y sin embargo, se dio cuenta de que ella se ruborizaba de forma todavía más evidente, si ello era posible. La piel delicada de sus clavículas tenía manchas rojas.

—Creo que no —dijo Joe. Tosió, en parte para disimular su turbación y en parte para ocultar la elegante réplica que le había proporcionado el apuntador oculto tras los focos de su deseo, y en parte porque la garganta se le había quedado completamente seca. Sentía un ansia imperiosa de inclinarse (la joven era bajita, su coronilla apenas le llegaba a la clavícula) y de besarla en la boca, delante de todo el mundo, tal como habría hecho en sueños, llevando a cabo la misma travesía optimista entre sus labios que se prolongaba durante minutos enteros, horas y siglos. ¿Acaso eso no sería surrealista? En cambio, buscó en su bolsillo y sacó sus cigarrillos—. Estoy seguro de que me acordaría perfectamente de alguien como usted —dijo.

—Oh, Dios santo —dijo en tono asqueado uno de los hombres que estaban al

lado de ella.

La joven a la que estaba mintiendo sonrió con una expresión que Joe no supo si significaba que se sentía halagada u horrorizada. Su sonrisa resultaba sorprendentemente ancha y dentada para una boca que momentos antes había sido capaz de reducirse a su mínima expresión.

—Ja —dijo Sammy. Él, por lo menos, parecía impresionado por el refinamiento de Joe.

Longman Harkoo dijo:

—Eso va por nosotros —le pasó el brazo por detrás de los hombros una vez más a Sammy—. Vamos a por una copa, ¿de acuerdo?

—Oh, no, yo no... —Sammy extendió un brazo hacia Joe mientras Harkoo se lo llevaba de allí, como si temiera que su anfitrión lo fuera a arrastrar al volcán tal como les habían prometido. Joe contempló sin piedad cómo se alejaba. Le dio el paquete de Pall Mall a Rosa. Ella sacó un cigarrillo y se lo llevó a los labios. Dio una larga calada. Joe se sintió impelido a señalar que el cigarrillo no estaba encendido.

—Oh —dijo ella. Soltó un bufido—. Soy idiota.

—Rosa —la reprendió uno de los hombres que había con ella—. ¡Tú no fumas!

—Acabo de empezar —dijo Rosa.

Hubo un quejido amortiguado y la nube de hombres que la rodeaba empezó a disolverse. Ella no se dio por enterada. Se inclinó hacia Joe y levantó la vista, protegiendo con su mano la mano de él y la llama de la cerilla. Le brillaban los ojos, de un color indeterminado entre el champán y el verde de un dólar. Joe se sentía febril y un poco mareado, y el olor frío a talco de Shalimar que ella despedía era como una barandilla en la que él se podía apoyar. Estaban muy cerca el uno del otro, y ahora, mientras él intentaba sin éxito evitar imaginársela tumbada desnuda y boca abajo en la cama de Jerry Glovsky, imaginar su dorso amplio y aterciopelado, con su surco oscuro y la cavidad aluvial de su espina dorsal, ella dio un paso atrás y lo estudió.

—¿Estás seguro de que no nos conocemos?

—Bastante.

—¿De dónde eres?

—De Praga.

—Eres checo.

Él asintió.

—¿Judío?

Él asintió de nuevo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Un año —dijo, y el descubrimiento lo llenó de asombro y de disgusto—. Hoy hace un año.

—¿Has venido con tu familia?

—Solo —dijo—. Los dejé allí —espontáneamente, apareció en su mente la imagen de su padre, o del fantasma de su padre, avanzando por la pasarela del *Rotterdam* con los brazos extendidos. Las lágrimas le quemaron en los ojos y una mano fantasmal pareció agarrarlo de la garganta. Joe tosió y apartó con la mano el humo de su cigarrillo, como si le estuviera irritando—. Mi padre ha muerto hace poco.

Ella negó con la cabeza, con expresión triste, escandalizada y, en opinión de Joe, totalmente encantadora. Después de que la palabrería la abandonara, pareció que una naturaleza más seria se sentía dispuesta a revelarse en ella.

—Lo siento mucho —dijo ella—. Mi corazón está con ellos.

—No es para tanto —dijo Joe—. No les pasará nada.

—Vamos a entrar en esta guerra, ¿sabes? —afirmó ella. Ya no estaba ruborizada. La fiestera con voz de trueno de un momento antes, la que explicaba una historia sobre ella misma que terminaba en una palabrota, pareció desvanecerse—. Tenemos que hacerlo y lo haremos. Roosevelt se encargará de ello. Está trabajando en ello ahora mismo. Nos les dejaremos que ganen.

—No —dijo Joe, aunque el punto de vista de Rosa no era muy habitual entre sus compatriotas, la mayoría de los cuales pensaban que lo que pasaba en Europa era un embrollo que había que evitar a cualquier precio—. Creo... —Se descubrió a sí mismo, con una ligera sorpresa, incapaz de terminar la frase. Ella lo cogió del brazo.

—Lo que quiero decir es, no lo sé. Supongo que «no desespere» —dijo ella—. Y lo digo de verdad, Joe, de corazón.

Al oír sus palabras y sentir su mano, al oírla pronunciar su nombre americano abreviado y neutro, desprovisto de todo bagaje y asociaciones familiares, Joe se sintió abrumado por una ola de gratitud tan poderosa que se asustó, porque parecía reflejar en su grandiosidad y su fuerza la poca esperanza que le quedaba. Se separó de ella.

—Gracias —dijo con frialdad.

Ella le soltó el brazo, consternada por haberlo ofendido.

—Lo siento —dijo de nuevo. Levantó una ceja, enigmática, aventurada y, pensó él, a punto de reconocerlo. Joe apartó la vista, con el corazón en la garganta, pensando que si ella conseguía recordarlo a él y las circunstancias de su encuentro, sus posibilidades de acabar con ella se irían al garete. Ella abrió mucho los ojos, y la garganta, las mejillas y las orejas se llenaron con el rubor oscuro de la humillación. Joe pudo ver que tenía que hacer un esfuerzo para no sostenerle la mirada.

En aquel momento una serie de ruidos metálicos secos cortaron el aire, como si alguien hubiera lanzado una llave inglesa entre las hojas de un ventilador gigante. La sala quedó en silencio y todo el mundo se quedó escuchando cómo el estruendo de hachazos era seguido de un quejido mecánico oscilante. Una mujer gritó y su horror musical se elevó desde la sala de baile de la planta baja. Todo el mundo se volvió a la

puerta de la biblioteca.

—¡Ayuda! —gritó alguien en el piso de abajo. Era una voz ronca de hombre—.
¡Se está ahogando!

NUEVE

Salvador Dalí estaba tumbado de espaldas en medio del suelo de la sala de baile, abofeteando sin ningún resultado el casco del traje de buzo con sus manos enguantadas. Su mujer estaba arrodillada a su lado, intentando furiosamente hacer girar una tuerca de mariposa que mantenía el casco atornillado al cuello metálico del traje. Una vena le abultaba en la frente. La pesada pieza de ónice que llevaba colgada de una gruesa cadena de oro no paraba de golpear contra la campana del casco de buzo.

—*Il devient bleu* —observó con un pánico tranquilo. Dos de los invitados fueron corriendo al lado de Dalí. Uno de ellos (era Scott, el compositor) apartó las manos de la señora Dalí y agarró las palometas de las tuercas. Longman Harkoo cruzó a toda prisa la sala, mostrando una presteza sorprendente para alguien de su envergadura. Empezó a aporrear la bomba de aire chirriante con la suela de su sandalia derecha.

—¡Se ha atascado! ¡Está sobrecargada! ¡Pero qué coño le pasa a este trasto!

—¡No le llega oxígeno! —sugirió alguien.

—¡Sacadle el casco! —dijo otro.

—¡Qué coño crees que estoy intentando hacer? —gritó el compositor.

—¡Paren de gritar! —chilló Harkoo. Ahora fue él quien apartó a Scott, agarró la palometa con los dedos gordezuelos y aplicó todo su peso y su impulso a darle una vuelta enérgica. La tuerca giró. Sonrió. La tuerca giró otra vez y la sonrisa se disipó. La tuerca giró, giró y volvió a girar, pero no se soltaba. Se había fundido con el perno.

Joe estaba en la puerta con Rosa, mirando, y cuando la tuerca empezó a girar en vano entre los dedos de su padre, agarró con las dos manos el brazo de Joe, sin darse cuenta aparentemente de lo que estaba diciendo, y se lo estrujó. La petición de ayuda implícita en aquel gesto lo excitó y al mismo tiempo lo alarmó. Buscó en su bolsillo y sacó el cuchillo Victorinox que le había regalado Thomas para su decimoséptimo cumpleaños.

—¿Qué estás haciendo? —dijo ella, soltándolo.

Joe no respondió. Cruzó con paso rápido la sala y se arrodilló al lado de Gala Dalí, cuyas axilas despedían un extraño olor a semillas de hinojo. Después de asegurar de que en efecto Salvador Dalí estaba empezando a ponerse azul, Joe sacó la hoja del destornillador de su cuchillo. Lo metió en la ranura de la cabeza del perno para mantenerlo inmóvil. Luego se encargó de la tuerca. A través de la rejilla del visor del casco, sus ojos se encontraron con los de Dalí, abultados por el terror y la asfixia. Un chorro de español amortiguado se estrelló contra el otro lado del cristal de una pulgada de grosor. Por lo poco que Joe pudo entender —sabía muy poco español — Dalí estaba reclamando de forma patética la intercesión de la Santa Madre de

Dios. El perno no se movía. Joe se mordió el labio con saña e hizo fuerza hasta tener la sensación de que las yemas de sus dedos iban a estallar. Hubo un chasquido y la tuerca empezó a chirriar y a calentarse. Luego, lentamente, cedió. Catorce segundos más tarde, con un ruido de reventón como cuando se descorcha una botella de Dom Perignon, Joe le quitó el casco.

Dalí estuvo jadeando mientras le ayudaban a quitarse el traje. Nueva York, aunque lucrativo, era en muchos aspectos un sitio peligroso para él: en primavera de 1938, había salido en todos los periódicos por atravesar un escaparate de los almacenes Bonwit Teller. Le trajeron un vaso de agua. Se sentó y lo vació de un trago. El ramal izquierdo de su famoso bigote se había puesto mustio. Pidió un cigarrillo, Joe le dio uno y se lo encendió con una cerilla. Dalí inhaló profundamente, tosió y se quitó una brizna de tabaco del labio. Luego saludó a Joe con la cabeza.

—*Jeune homme, vous avez sauvé une vie de très grand valeur* —dijo.

—*Je le sais bien, maître* —dijo Joe.

Sintió una manaza posarse en su hombro. Era Longman Harkoo.

Estaba sonriente y balanceándose hacia delante y atrás sobre sus sandalias en vista del giro que habían dado las cosas. El accidente casi fatal de buceo del pintor mundialmente famoso, en un salón del Greenwich Village, le añadía a la fiesta un lustre incontestablemente surrealista.

—Genial —dijo.

La fiesta pareció cerrar sus dedos en torno a Joe y atesorarlo en la palma de la mano. Era un héroe.¹¹ La gente se reunía a su alrededor, lanzándole a la cabeza puñados de adjetivos hiperbólicos y toscas objeciones, acercando sus caras pálidas a la de él como si así pudieran contagiarse de aquel momento de gloria que había sido como cuando una máquina tragaperras vomita todas las monedas. Sammy consiguió abrirse paso a codazos entre la gente que palmeaba y agarraba a Joe y le dio un abrazo. George Deasey le trajo una copa de algo resplandeciente que le supo frío como el metal. Joe asintió lentamente, sin hablar, aceptando sus tributos y aclamaciones con el aire triste y abstraído de un atleta victorioso, respirando hondo. Nada de aquello le importaba: el ruido, el humo, los empujones, una confusión de perfumes y aceites capilares, el dolor en su mano derecha. Escrutó la habitación, poniéndose de puntillas para ver por encima de los peinados encerados de los hombres, asomándose por entre el denso follaje de las plumas de los sombreros de las mujeres, buscando a Rosa. Toda su autonegación, su pureza de intenciones similar a la del Escapista, quedaron olvidadas en el fragor del triunfo y sustituidas por una calma muy parecida a la que le invadía después de recibir una paliza. Le daba la impresión de que su fortuna, su vida, todo el aparato de su conciencia de sí mismo se concentraban ahora en la cuestión de qué pensaría de él ahora Rosa Saks.

«Ella llegó a trompicones hasta él», tal como explicaría después E.J. Kahn —

refiriéndose en su artículo a Rosa (a quien conocía poco) solamente como «una atractiva doncella artista del Village»— y luego, cuando consiguió hacerse con él, de pronto pareció sufrir un ataque de timidez.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó—. ¿Qué te ha dicho Dalí?

—«Gracias» —dijo Joe.

—¿Eso es todo?

—Me ha llamado «*jeune homme*».

—Me ha parecido oírte hablar francés —dijo ella, abrazándose para contener un escalofrío de orgullo inconfundible y casi maternal. Joe, viendo su hazaña tan profusamente recompensada por el rubor de las mejillas de ella y su admiración inquebrantable, se quedó allí rascándose con el pulgar de la mano derecha, avergonzado por la facilidad de su éxito, como un boxeador que tumba a su oponente a los diecinueve segundos del primer round.

—Ya sé quién eres —dijo ella, sonrojándose de nuevo—. O sea, ahora te recuerdo.

—Yo también te recuerdo —dijo, confiando en no parecer lascivo.

—¿Te gustaría...? Me gustaría que vieras mis cuadros —dijo ella—. Es decir, si quieres. Tengo un estudio... en el piso de arriba.

Joe vaciló. Desde su llegada a Nueva York, nunca se había permitido el hecho de hablar con una mujer por el placer de hacerlo. No era algo fácil de hacer en inglés, de todos modos, y en cualquier caso no había venido a flirtear con chicas. No tenía tiempo para hacerlo y además no sentía que tuviera derecho a aquellos placeres, o a los compromisos que implicaban de forma inevitable. Sentía —no era una sensación articulada pero era poderosa y a su modo le reconfortaba— que solamente podía justificar su propia libertad en la medida en que la dedicara a conseguir la libertad de la familia que había dejado atrás. Su vida en América era algo condicional, provisional, libre de conexiones personales más allá de su amistad y su asociación con Sammy Clay.

—Yo...

En aquel preciso momento, la atención de Joe se desvió al oír que alguien estaba hablando alemán en alguna parte del salón. Se giró y buscó entre las caras y el estruendo de conversaciones hasta que encontró los labios que se movían al compás de las elegantes sílabas teutonas que estaba oyendo. Eran unos labios carnosos y sensuales, aunque en un estilo severo, con las comisuras fruncidas en una mueca que de alguna forma transmitía inteligencia, una mueca de juicio agudo y de sentido común amargo. El dueño de los labios era un hombre esbelto y de aspecto saludable, vestido con un jersey de cuello de cisne negro y unos pantalones de pana, con un poco de papada pero con la frente despejada y una nariz germánica larga y señorial. Su cabello era fino y claro, y sus ojos negros brillantes tenían un brillo travieso que

desmentía su gesto severo. Sus ojos transmitían un gran entusiasmo y placer en el objeto de su discusión. Por lo que Joe pudo discernir, estaba hablando sobre los Nicholas Brothers, la cuadrilla negra de baile.

Joe sintió la familiar excitación, la llama epinefrina que consumía toda duda y confusión y solamente dejaba un vapor puro e incoloro de rabia. Respiró hondo y dio la espalda al hombre.¹²

—Me encantaría ver tus obras —dijo.

DIEZ

La escalera tenía un ángulo muy inclinado y unos peldaños muy estrechos. Había tres pisos por encima de la planta baja y ella lo llevó hasta arriba de todo. A medida que subían se iba poniendo más oscuro y lúgubre. Las paredes a ambos lados de las escaleras estaban cubiertas de cientos de retratos enmarcados del padre de ella, cuidadosamente encajados entre sí como las piezas de un mosaico para cubrir cada pulgada de espacio disponible. En todos ellos, por lo que Joe pudo deducir de una inspección apresurada, el modelo tenía la misma expresión alelada de quien está conteniendo un pedo, y si había alguna diferencia relevante entre ellas, aparte del hecho de que había unas personas que eran más hábiles para enfocar telepáticamente una lente que otras, Joe no consiguió verla. A medida que se adentraban en la oscuridad, Joe empezó a guiarse por la única luz que emitía el hecho de la palma de la mano de ella en torno a la muñeca de él, por el flujo débil pero continuo de voltios por el medio conductor de su transpiración. Fue dando tumbos como un borracho y se rió cuando ella le metió prisas. Era vagamente consciente del dolor en su mano, pero no le hacía caso. Cuando llegaron al rellano del último piso, se le metió en la comisura de boca un mechón del pelo de ella y durante un instante lo mordió.

Ella lo hizo entrar en una habitación pequeña en medio de la casa, que hacía un recodo extraño al llegar a la altura de la torre central. Además de su diminuta cama de hierro de chica, un pequeño tocador y una mesilla de noche, ella había conseguido embutir allí un caballete, una ampliadora, dos librerías y mil y un objetos más amontonados, desparramados y apretujados con notable pericia y despreocupación.

—¿Esto es tu estudio? —dijo Joe.

El rubor de ella se concentró en la punta de las orejas.

—Y también mi dormitorio —dijo ella—. Pero no es al dormitorio adonde te he invitado a subir.

Había algo inconfundiblemente exultante en el desorden que Rosa había compuesto. Su estudio-dormitorio era al mismo tiempo lienzo, diario, museo y estercolero de su vida. No lo «decoraba»: lo infundía. En algún momento cerca de las cuatro de la madrugada de aquel día, por ejemplo, sin acabar todavía de desenredarse del tul de un sueño, ella había extendido el brazo para coger la colilla de un Ticonderoga que tenía junto a la cama para aquellas ocasiones. Al despertarse poco después de amanecer, se encontró con que tenía un pedazo de papel en la mano izquierda donde había garabateada una inscripción críptica: «lampedusa». Fue al diccionario que reposaba en su atril solitario en la biblioteca y descubrió que se trataba del nombre de una pequeña isla del Mediterráneo, situada entre Malta y Túnez. Luego regresó a su cuarto, cogió una tachuela enorme con remate de esmalte rojo de una caja de El Producto que tenía sobre la mesa supinamente

«sobreabarrota» y clavó el pedazo de papel a la pared oriental de su cuarto, trasladándola con una fotografía recortada de la revista *Life* del apuesto hijo mayor del embajador Joseph Kennedy, despeinado y vestido con un cárdigan del Choate Rosemary Hall. El recorte estaba junto a la reproducción de un retrato de Arthur Rimbaud a los diecisiete años, soñando despierto con la barbilla apoyada en una mano; a su única obra de teatro, una pieza de un acto influida por Jarry que llevaba por título *El tío homúnculo*; ilustraciones, recortadas de libros de arte, de un detalle del Bosco que representaba a una mujer perseguida por un apio animado, de la *Madonna* de Edvard Munch, de varias pinturas azules de Picasso y de la *Flora cósmica* de Klee; el mapa de la Atlántida de Ignatius Donnelly, clavado; una fotografía a color grotescamente vibrante, también cortesía de *Life*, de cuatro joviales tiras de bacon; una langosta muerta y maltrecha, con las patas delanteras dobladas en actitud de súplica; así como unos trescientos pedazos de papel que componían el vocabulario numinoso de sus sueños, un vocabulario desconcertante que incluía palabras como «sicalipsis», «intertrigo» y «obsidiana» además de otras completamente ficticias como «pandorio» y «anfibroma». Había calcetines, blusas, faldas, medias y ropa interior revueltos y desperdigados sobre los montones tambaleantes de libros y discos de fonógrafo. El suelo estaba lleno de trapos sucios de pintura y paletas de cartón cromáticamente caóticas, de lienzos amontonados de cuatro en cuatro y apoyados en las paredes. Ella había descubierto el potencial surrealista de la comida, hacia la cual tenía emociones pioneramente complejas, y por todas partes había dibujos de tallos de brécol, calabazas, mandarinas, nabos, champiñones y remolachas: retablos enormes, coloridos y embriagados que a Joe le recordaron a Robert Delauney.

Cuando entraron en el cuarto, Rosa fue hasta el fonógrafo y lo encendió. Cuando la aguja llegó al surco, los arañazos del disco empezaron a chisporrotear como un leño ardiendo. Luego el aire se llenó de un resollar festivo de violines.

—Schubert —dijo Joe, balanceándose sobre los talones—. *La trucha*.

—*La trucha* es mi pieza favorita —dijo Rosa.

—La mía también.

—Cuidado.

Algo golpeó a Joe en la cara, algo blando y vivo. Joe se llevó una mano a la boca y atrapó una polilla pequeña y negra. Tenía franjas transversales de color azul eléctrico en el vientre. Se estremeció.

—Polillas —dijo Rosa.

—¿Polillas? ¿Más de una?

Ella asintió y señaló la cama.

Joe vio ahora que había un gran número de polillas en el cuarto, la mayoría de ellas pequeñas, parduzcas y apenas visibles, desperdigadas por las mantas del

camastro, moteando las paredes y durmiendo en los pliegues de las cortinas.

—Es un fastidio —dijo ellas—. Infestan todo el piso superior de la casa. Nadie sabe muy bien por qué. Siéntate.

Joe encontró un trozo de cama sin polillas y se sentó.

—Por lo visto la casa anterior también estaba llena de polillas —dijo ella. Se arrodilló al lado de él—. Y en la de antes. En la casa donde hubo el asesinato. ¿Qué le pasa a tu dedo?

—Me he hecho daño. Al desatascar la tuerca.

—Parece dislocado.

Tenía el índice derecho ligeramente doblado, en una curva extraña como un paréntesis.

—Dame la mano. Vamos, no pasa nada. Una vez estuve a punto de ser enfermera.

Joe le dio su mano, notando el núcleo duro de competencia obstinada que formaba el armazón de su estilo artístico del Village. Ella le dio la vuelta un par de veces a su mano, palpó delicadamente las articulaciones y la piel con las yemas de los dedos.

—¿No te duele?

—Pues sí —dijo. El dolor, ahora que le prestaba atención, era bastante intenso.

—Puedo curarlo.

—¿De verdad eres enfermera? Creía que trabajabas en la revista *Life*.

Ella negó con la cabeza.

—No, no soy enfermera de verdad —dijo ella con brío, como si pasara por encima de algún incidente o emoción que prefiriera guardarse para ella—. Simplemente fue algo que yo... quise hacer —dejó escapar un suspiro elocuente, como si estuviera cansada de su propia historia—. Quería ser enfermera en España. Ya sabes. En la guerra. Me presenté voluntaria. Tenía un puesto en un hospital del Partido Comunista Americano en Madrid. Pero yo... ¡eh! —le soltó la mano— ¿Cómo sabes que...?

—He visto tu tarjeta de visita.

—Mi... Oh —se ruborizó de nuevo—. Sí, es una mala costumbre —continuó, retomando su tono escénico solemne, aunque ahora no había público para atender a su actuación—. Dejarme cosas en los dormitorios de los hombres.

Para usar una expresión típica de Sammy, Joe no se tragaba nada de aquello. Apostaría lo que fuera a que haberse dejado el bolso en la habitación de Jerry Glovsky no solamente mortificaba a Rosa Luxemburg Saks, sino que sus hábitos no incluían las visitas regulares a dormitorios masculinos.

—Esto te va a doler —le advirtió ella.

—¿Mucho?

—Va a ser horrible, pero solamente durará un segundo.

—De acuerdo.

Ella lo miró fijamente y se relamió, y él acababa de caer en la cuenta de que los iris castaño oscuro de sus ojos tenían motitas verdes y doradas cuando de pronto ella le torció la mano en un sentido y el dedo en el otro, y así, inundándole el brazo hasta el codo de descargas instantáneas de electricidad y fuego, le volvió a colocar la articulación en su sitio.

—Uau.

—¿Te ha dolido?

Él negó con la cabeza, pero las lágrimas le caían por las mejillas.

—En cualquier caso —dijo ella—. Yo tenía un billete de Nueva York a Cartagena en el *Bernardo*. Para el 25 de marzo de 1939. El 23, mi madrastra se murió de repente. Mi padre se quedó destrozado. Retrasé el viaje una semana. Y el 31, los falangistas tomaron Madrid.

Joe recordaba la caída de Madrid. Había sido dos semanas después de la caída desapercibida y sin publicidad de Praga.

—¿Te quedaste decepcionada?

—Hecha polvo. —Ella inclinó la cabeza a un lado, como si escuchara el eco de las palabras que acababa de decir. Negó con la cabeza en gesto firme. Se le salió un rizo de la horquilla y le cayó sobre la mejilla. Ella se lo apartó con gesto irritado—. ¿Quieres saber algo? Sinceramente me quedé aliviada. ¿Menuda cobarde, no?

—No lo creo.

—Oh, sí. Lo soy. Soy una gran cobarde. Por eso siempre me estoy desafiando a hacer cosas que me dan miedo.

Él lo empezaba a ver claro.

—¿Como qué cosas?

—Como invitarte a subir a mi cuarto.

Aquel era sin duda el momento para besarla. Pero ahora el cobarde era él. Se inclinó hacia delante y empezó a pasar con la mano buena un montón de cuadros que había junto a la cama.

—Son muy buenos —dijo al cabo de un momento. Las pinceladas eran apresuradas e impacientes, pero sus retratos (el término «bodegones» parecía insuficiente) de productos alimenticios, comida enlatada y de vez en cuando unas manitas de cerdo o unas chuletas de cordero eran al mismo tiempo juguetones, reverenciales y horribles, y conseguían representar sus objetos a la perfección sin perder demasiado tiempo en los detalles. Tenía un trazo muy fuerte. Podía dibujar tan bien como él o tal vez mejor. Pero no se esforzaba mucho en su trabajo. La pintura dejaba ver el trazo, tenía grumos y estaba llena de cerdas de pincel y polvo. A menudo los bordes de los cuadros estaban inacabados y en blanco. Allí donde algo no le salía bien, se limitaba a emborronarlo con pinceladas furiosas y petulantes—. Casi

puedo olerlos. ¿Qué asesinato es ese?

—¿Eh?

—Has dicho que hubo un asesinato.

—Ah, sí. Caddie Hoslip. Era una dama de sociedad o una debutante o... Colgaron a mi bisabuelo por el crimen. Moses Espinoza. Causó gran sensación por la época. En la década de 1860, creo. —Se dio cuenta de que todavía le estaba cogiendo la mano a Joe. Lo soltó—. Aquí está. Como nuevo. ¿Tienes un cigarrillo?

Joe le encendió uno. Ella seguía de rodillas delante de él, y había algo en aquella postura que lo excitaba. Le hacía sentir como un soldado herido que hacía tiempo en un hospital de campaña con una guapa enfermera americana.

—Moses era lepidopterólogo —dijo.

—¿Qué?

—Estudiaba las polillas.

—Ah.

—Le hizo perder el conocimiento con éter y la mató con un alfiler. O por lo menos eso dice mi padre. Probablemente miente. Hice un libro de sueños con esa historia.

—Un alfiler —dijo—. Ay. —Meneó el dedo—. Creo que está bien. Lo has curado.

—Eh, ¿qué te parece?

—Gracias, Rosa.

—De nada, Joe. Joe. No te queda muy bien el nombre de Joe.

—Todavía no —dijo él. Dobló la mano, le dio la vuelta y la examinó—. ¿Voy a poder dibujar?

—No lo sé, ¿sabes dibujar?

—No lo hago mal. ¿Qué es un libro de sueños?

Ella puso el cigarrillo encendido encima de un disco de fonógrafo que tenía a su lado en el suelo y fue a su mesa.

—¿Te gustaría ver uno?

Joe se agachó y recogió el cigarrillo, sosteniéndolo entre las yemas de los dedos como si fuera un cartucho de dinamita encendido. Había fundido un pequeño terrón en el segundo movimiento del *Octeto* de Mendelssohn.

—Aquí tengo uno. No consigo encontrar el de Caddie Horslip.

—¿De verdad? —dijo él en tono mordaz—. Qué raro.

—No seas listillo, no resulta atractivo en un hombre.

Él le pasó el cigarrillo y cogió un libro grande y encuadernado en piel, negro y con el lomo rojo. Era un libro de contabilidad, inflado hasta doblar su grosor normal, como un libro que se queda bajo la lluvia, por culpa de todas las cosas que tenía pegadas. Cuando lo abrió por la primera página, encontró las palabras «Sueño de

Aeroplano n.º 13» escritas con una caligrafía extraña y meticulosa, similar a un despliegue de pajitas alargadas.

—Numerados —dijo—. Es como un cómic.

—Bueno, es que hay muchos. Me acabaría perdiendo.

«Sueño de aeroplano n.º 13» contaba la historia, más o menos, de un sueño que había tenido Rosa sobre el fin del mundo. Era el único ser humano que quedaba y se descubría a sí misma volando en un hidroavión de color rosa hasta una isla habitada por lémures inteligentes. Parecía haber muchas más cosas —había una especie de «banda sonora» gráfica construida en torno a imágenes relacionadas con Peter Tchaikovski y su obra, y por supuesto abundantes imágenes relacionadas con comida —, pero aquello era lo esencial, por lo que pudo ver Joe. La historia se narraba en su totalidad mediante un collage de fotos recortadas de revistas y libros. Había imágenes de textos de anatomía, la musculatura desplegada de la pierna humana y una explicación ilustrada de la peristalsis. Había encontrado una historia antigua de la India y muchos lémures de su apocalipsis onírico tenían las cabezas y las tranquilas miradas horizontales de los príncipes y diosas hindúes. Un libro sobre mariscos, lleno de fotografías a color de crustáceos hervidos y pescados cocidos con cabeza de ojos entelados, también había sido profusamente saqueado. A veces ella escribía textos encima de las fotos, ninguno de los cuales parecía tener mucho sentido para Joe. Unas pocas páginas constaban básicamente de su escritura espinosa, ilustrada, por decirlo de algún modo, mediante collage. Había algunos dibujos y diagramas a lápiz, y un intrincado sistema de dibujitos al margen que se parecían a las criaturas que uno encuentra rondando en los márgenes de los libros medievales. Joe empezó a leer sentado en la silla del escritorio de ella, pero al cabo de poco, y sin darse cuenta, se puso de pie y empezó a deambular por la habitación. Pisó una polilla sin darse cuenta.

—Aquí debe de haber horas de trabajo.

—Horas, sí.

—¿Cuántos has hecho?

Ella señaló un arcón pintado que había a los pies de su cama:

—Un montón.

—Es bonito. Y excitante.

Se sentó en la cama y terminó de leer, luego ella le preguntó a qué se dedicaba. Por primera vez en un año, Joe se permitió considerarse, bajo la presión del interés de ella por su trabajo, un artista. Describió las horas que dedicaba a sus portadas, llenando de detalles los rebordes y las alas de un generador de ondas mortales, distorsionando y exagerando la perspectiva con precisión matemática, disfrazando a Sammy y Julie y los demás y sacando fotografías de prueba para captar correctamente las posturas, pintando exuberantes lenguas de fuego que, al ser impresas, parecían quemar la tinta resplandeciente y el papel de la portada. Le habló

de sus experimentos con el vocabulario cinematográfico, de su idea del momento emocional de una viñeta y del intersticio de tiempo infinitamente expandible y retráctil que había entre las páginas de un cómic. Sentado en la cama llena de polillas muertas de Rosa, sintió el resurgimiento de todas las angustias e inspiraciones de la época en que su vida había girado en torno a nada más que el arte, en que la nieve caía como las primeras notas de piano del concierto *Emperador* de Beethoven, y la excitación le recordaba a un pasaje de Nietzsche, y una pincelada de color escarlata con vetas rojas en un cuadro por lo demás vulgar de Velázquez le infundía el apetito por alguna extraña clase de carne.

En un momento dado, Joe se dio cuenta de que Rosa lo estaba mirando con un extraño aire de expectación, o de miedo, y se detuvo.

—¿Qué pasa?

—Lampedusa.

—¿Qué quieres decir con «Lampedusa»?

Ella abrió mucho los ojos y esperó, con expectación o con miedo. Luego asintió.

—¿Te refieres a la isla?

—¡Oh! —ella le rodeó el cuello con los brazos y él cayó de espaldas en la cama. Salieron polillas en todas direcciones. El cobertor de satén rozó la mejilla de Joe como el ala de una polilla.

—¡Eh! —dijo Joe. Luego ella juntó sus labios con los de él y se quedó así, con la boca entreabierta, susurrando una frase ininteligible de uno de sus libros de sueños.

—¡Hola! ¡Eh! ¿Joe, estás ahí arriba?

Joe se incorporó.

—Mierda.

—¿Es tu hermano?

—Mi primo Sam. Mi socio. Aquí, Sam —dijo.

Sammy asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Oh, hola —dijo—. Caramba, lo siento. Solamente estaba...

—Es enfermera —dijo Joe, sintiéndose extrañamente culpable, como si de alguna forma hubiera traicionado a Sammy y tuviera que disculparse por su presencia allí. Levantó la mano restablecida—. Me ha curado.

—Genial, emmm, hola. Soy Sam Clay.

—Rosa Saks.

—Escucha, Joe, me estaba... Me estaba preguntando si estabas listo para irnos de este... Lo siento, señorita, ya sé que vive aquí y todo eso... De este lugar siniestro.

Joe notó que algo había inquietado a Sammy.

—¿Qué ha pasado?

—La cocina...

—¿La cocina?

—Es negra.

Rosa se rió.

—Es verdad —dijo.

—No sé. Es que... Es que me quiero ir a casa, ¿sabes? Ponerme a trabar en eso. En... Lo siento. Olvídalo. Hasta luego.

Se dio media vuelta y salió. En ausencia de Joe había tenido una experiencia extraña. Había deambulado por el salón de baile, por una pequeño conservatorio que había detrás del mismo y por la cocina de la mansión, que tenía las paredes y suelo cubiertos de baldosines de color negro brillante y las encimeras de esmalte negro. Allí también había bastante gente, y, confiando en encontrar un sitio donde estar un momento a solas y tal vez usar el lavabo, había entrado en una enorme antecocina. Allí se había topado con la imagen incongruente de dos hombres, los dos con corbata y bigote, tal como recordaba con ese exceso de detalle de los sueños, abrazados y con los bigotes unidos de una forma que por alguna razón le había recordado a la forma en que su madre encajaba el peine en las cerdas del cepillo para dejarlos encima de su tocador cuando él era niño.

Sammy había abandonado rápidamente la cocina y se había puesto a buscar a Joe. Sentía el deseo de marcharse inmediatamente. Conocía la homosexualidad, por supuesto, como idea, aunque nunca la había relacionado con las emociones humanas. Ciertamente con ninguna de sus emociones. Nunca se le había ocurrido que dos hombres, ni siquiera homosexuales, pudieran besarse de aquella forma. Daba por sentado, en la medida en que se había permitido alguna vez pensar en ello, que todo aquello debía de ser cuestión de mamadas en callejones oscuros o de las prácticas indebidas de los marineros británicos sedientos de amor. Pero aquellos dos hombres con corbata y bigote estaban besándose como la gente se besa en las películas, con meticulosidad, vigor y una pizca de exhibicionismo. Uno de ellos estaba acariciando el cuello del otro.

Sammy escarbó entre el embrollo de pieles y abrigos que colgaban de los percheros del recibidor hasta que encontró el suyo. Se puso el sombrero y salió. Se detuvo y se quedó en el escalón superior. Tenía la cabeza hecha un lío y llena de ideas extrañas. Sentía unos celos atroces. Eran como una losa que se le hubiera metido en el pecho, pero no podría decir a ciencia cierta si estaba celoso de Joe o de Rosa Luxemburg Saks. Al mismo tiempo, se alegraba por su primo. Era maravilloso que en aquella ciudad enorme hubiera conseguido redescubrir, un año más tarde, a la chica del trasero milagroso. Tal vez ella fuera capaz, a diferencia de Sammy, de encontrar la forma de apartar a Joe por lo menos un poco de su proyecto evidente de dejarse aporrear por todos los alemanes de Nueva York. Se dio media vuelta y miró al portero, un tipo con pinta de bribón y una grasienta chaqueta gris que estaba fumando un cigarrillo apoyado en la puerta. ¿Qué había inquietado tanto a Sammy de la escena

que había presenciado? ¿De qué tenía miedo? ¿Por qué se había escapado?

—¿Se ha olvidado algo? —dijo el portero.

Sammy se encogió de hombros. Dio la vuelta y regresó al interior. No del todo seguro de lo que estaba haciendo, se obligó a entrar de nuevo en el salón de baile, que ahora que Dalí se había quitado el traje de buzo estaba lleno de gente feliz y confiada que sabía lo que quería y a quiénes quería, y a la cocina de baldosines negros. Había un grupo de gente junto a la cocina discutiendo sobre la forma adecuada de hacer el café turco, pero los dos hombres de la antecocina se habían ido sin dejar rastro de su presencia. ¿Acaso se lo había imaginado todo? ¿Era posible un beso como aquel?

—¿Es mariquita? —le estaba preguntando Rosa a Joe en aquel momento. Continuaban sentados en su cama, cogidos de las manos.

Al principio a Joe le asombró mucho aquella idea y de pronto ya no.

—¿Por qué te lo parece? —dijo.

Ella se encogió de hombros.

—Tiene el aire —dijo.

—Hum —dijo Joe—. No lo sé. Es... —Se encogió de hombros— Es un buen chico.

—¿Y tú eres un buen chico?

—No —dijo Joe.

Se inclinó hacia adelante para besarla de nuevo. Sus dientes entrechocaron y durante un momento Joe fue extrañamente consciente de los huesos que tenía en la cabeza. La lengua de Rosa sabía a leche con sal, como si tuviera una ostra en la boca. Ella le puso las manos en los hombros y Joe notó que se estaba preparando para apartarlo. Al cabo de un momento lo hizo.

—Estoy preocupada por él —dijo—. Parecía un poco perdido. Tendrías que ir con él.

—No le pasará nada.

—Joe —dijo ella.

—Oh. —Él entendió que ella quería que se marchara. Habían ido tan lejos como ella estaba preparada para ir. No era lo que él esperaba de una flor malhablada de la bohemia, pero le daba la sensación de que ella era al mismo tiempo más o menos que eso—. Muy bien —dijo—. Sí. Yo... Yo también tengo trabajo que hacer.

—Bien —dijo Rosa—. Ve a trabajar. ¿Me llamarás?

—¿Puedo?

—University 4-3212 —dijo ella—. Ten. —Se levantó, fue a su mesa de dibujo y garabateó el número en una hoja de papel, luego la arrancó y se la dio a Joe—. Haz lo que sea para que te prometan por lo más sagrado que me pasan tu mensaje porque son un desastre absoluto para esa clase de cosas. Espera un momento. —Le escribió otro número—. Es mi número del trabajo. Trabajo en *Life*, en la sección de arte. Y este es

mi número en la ART. Estoy allí tres tardes por semana y los sábados. Estaré allí mañana.

—¿La *arrêté*?

—La Agencia de Rescate Transatlántico. Estoy allí como secretaria voluntaria. Sus instalaciones en este lado son muy pequeñas. Apenas tenemos presupuesto. En realidad solamente somos el señor Hoffman y yo. Él es un hombre maravilloso, Joe. Tiene un barco, se lo compró con su dinero y trabaja para sacar de Europa tantos niños judíos como quepan en su barco.

—Niños —dijo Joe.

—Sí. No me digas que... ¿Hay niños...? ¿Hay algún niño en tu familia? ¿Allí en...?

—¿Dónde está la ATR? —dijo Joe.

Rosa escribió una dirección de Union Square.

—Me gustaría verte allí mañana —dijo Joe—. ¿Es posible?

ONCE

—Tenemos un solo barco —dijo Hermann Hoffman. Era regordete y tenía hoyuelos en las mejillas, además de una barba corta y en punta muy cuidada, unas ojeras que tenían pinta de acompañarlo siempre y un peluquín de color negro brillante que resultaba casi agresivo por su falsedad obvia. Su despacho de la Agencia de Rescate Transatlántico daba a los árboles de color metálico oscuro y al follaje oxidado de Union Square. Se había gastado en su traje de estambre gris veinte veces lo que Joe, cuya economía se volvía más draconiana a medida que aumentaban sus ingresos, se había gastado en el suyo. Con la precisión de alguien que corta un mazo de cartas, Hoffman sacó tres cigarrillos parduscos de un paquete donde había dibujado un faraón dorado, le dio uno a Joe, otro a Rosa y se quedó el tercero para sí mismo. Sus uñas eran cortas y del color de perlas, y su marca de cigarrillos, Thoth-Amon, importada de Egipto, era excelente. Joe no podía imaginar por qué un hombre como aquel llevaba un peluquín que parecía sacado de un anuncio de la contraportada de *Radio Comics*—. Un barco, veintidós mil dólares y medio millón de niños —Hoffman sonrió. En la cara tenía una expresión de derrota.

Joe miró a Rosa, que levantó una ceja. Ella ya le había avisado de que Hoffman y su agencia, en su lucha por conseguir lo imposible, trabajaban continuamente al borde del fracaso. A fin de evitar que se le rompiera el corazón, le había explicado ella, su jefe adoptaba los modales de un pesimista recalcitrante. Ella asintió para indicarle a Joe que hablara.

—Lo entiendo —dijo Joe—. Yo ya sabía, por supuesto...

—Es un barco muy bonito —continuó Hoffman—. Se llamaba la *Leona*, pero se lo hemos cambiado por el *Arca de Miriam*. No es grande pero está muy bien cuidado. Se lo compramos a Cunard, que lo tenía en la ruta de Haiphong a Shanghai. Aquí tienes una foto —señaló una fotografía coloreada en la pared al lado de Joe. Un buque estilizado, con la línea de carga pintada de rojo chillón, surcaba un mar verde botella bajo un cielo de color heliotropo. Era una fotografía muy grande enmarcada en platino. Hermann Hoffman la miró con amor—. Fue construido originalmente para la Peninsular and Oriental Steam Navigation Company en 1893. Buena parte de nuestro patrimonio inicial se invirtió en comprarlo y remodelarlo, lo cual, debido a nuestro hincapié en la higiene y el trato humano, resultó ser bastante costoso. —Otra sonrisa abatida—. La mayoría del resto fue a parar a las cuentas bancarias y los colchones de varios oficiales y funcionarios alemanes. Después de descontar la paga de la tripulación y la documentación, no sé qué es lo que vamos a conseguir hacer con lo poco que nos quede. Quizá no podamos financiar el pasaje para la mitad de los niños que ya hemos acordado en traer. Nos va a costar más de mil dólares por niño.

—Lo entiendo —dijo Joe—. Si me lo permite, yo... —Joe volvió a mirar a Rosa.

De la noche a la mañana, la joven se había transformado por completo. Joe estaba asombrado. Parecía haberse dedicado a erradicar todo rastro de la chica de las polillas. Llevaba una falda escocesa Black Watch, medias oscuras y una blusa blanca y lisa con el cuello y las muñecas abotonados. No se había pintado los labios, se había planchado el pelo rebelde y se había hecho una raya al medio que lo dividía en dos mitades ligeramente encrespadas. A Joe el cambio lo dejó parado, pero aquel cambio de polilla a oruga le resultó tranquilizador. Si hubiera entrado en la recepción de la ART y se hubiera encontrado con una retratista de verduras con el pelo revuelto, tal vez habría dudado un poco de las credenciales de la agencia. No estaba seguro de cuál de las dos actitudes, la polilla o la oruga, era menos sincera, pero en cualquier caso le estaba muy agradecido.

—El señor Kavalier tiene dinero, señor Hoffman —dijo Rosa—. Se puede permitir financiar él mismo el pasaje de su hermano.

—Me alegro por usted, señor Kavalier, pero dígame. En el *Miriam* tenemos espacio para trescientos veinticuatro pasajeros. Nuestros agentes en Europa ya han acordado el viaje de trescientos veinticuatro niños alemanes, franceses, checos y austríacos, con una lista de espera considerablemente más larga. ¿Tenemos que dejar en tierra a uno de esos niños para hacer sitio a su hermano?

—No, señor.

—¿Es eso lo que me está proponiendo?

—No, señor. —Joe se revolvió en su silla con gesto angustiado. ¿Es que no se le ocurría nada mejor que decirle a aquel hombre que no, señor una y otra vez como un niño al que le demuestran que sus ideas están equivocadas? El destino de su hermano podía estar sellándose en aquella habitación. Y todo dependía de él. Si Hoffman se llevaba la impresión de que era una persona insuficiente en algún sentido... El *Arca de Miriam* zarparía rumbo a Portsmouth sin Thomas Kavalier. Buscó otra vez la mirada de Rosa. No pasa nada, le dijo la cara de ella. Díselo. Habla con él.

—Tal vez pueda haber sitio en la enfermería —dijo Joe.

Ahora fue Hoffman el que miró a Rosa.

—Bueno, psé. Si las circunstancias son favorables, tal vez haya. Pero suponga que hay un brote de sarampión o alguna clase de accidente.

—Es un niño muy pequeño —dijo Joe—. Para su edad. No ocuparía mucho sitio.

—Todos son pequeños, señor Kavalier —dijo Hoffman—. Si pudiera meter a trescientos más de forma segura, lo haría.

—Sí, ¿pero quién va a pagar su pasaje? —estalló Rosa. Estaba perdiendo la paciencia. Señaló a Hoffman con el dedo. Joe vio que tenía una mancha de pintura de color berenjena en la palma de la mano—. Dice usted que se ha reservado pasaje para trescientos veinticuatro, pero por ahora solamente podemos pagárselo a doscientos cincuenta.

Hoffman apoyó la espalda en el respaldo de su asiento y la miró con un espanto que Joe confió que fuera fingido.

Rosa se tapó la boca.

—Lo siento —dijo—. Estaré callada.

Hoffman se dirigió a Joe.

—Mucho cuidado cuando le señale así con el dedo, señor Kavalier.

—Sí, señor.

—Ella tiene razón. Estamos cortos de fondos por aquí. El adverbio correcto, diría yo, es «crónicamente».

—En eso estaba pensando —dijo Joe—. ¿Y si yo pagara el pasaje de otro niño además del de mi hermano?

Hoffman se inclinó hacia adelante, con la barbilla en la mano.

—Le escucho —dijo.

—Es bastante probable que pueda pagar el pasaje de otros dos o tal vez tres.

—¿Ah, sí? —dijo Hoffman—. ¿A qué se dedica, señor Kavalier? Es alguna clase de artista, ¿no?

—Sí, señor —dijo Joe—. Trabajo en el mundo del cómic.

—Tiene mucho talento —dijo Rosa, aunque la noche anterior admitió delante de Joe que nunca en su vida había abierto un cómic.

Hoffman sonrió. De un tiempo a aquella parte le había preocupado la ausencia aparente de un compañero masculino apropiado en la vida de su joven secretaria.

—Cómics —dijo él—. Me paso el día oyendo hablar de ellos. Superman, Batman... Mi hijo Maurice es un lector habitual —Hoffman cogió un marco de su mesa y le dio la vuelta, revelando la cara de una versión más pequeña de sí mismo, con ojeras incluidas—. Dentro de un mes celebra su bar mitzvah.

—Felicidades —dijo Joe.

—¿Qué cómic dibuja? ¿Dibuja usted *Superman*?

—No, pero conozco a un tipo, a un joven, que sí. Trabajo en Empire Comics, señor. Hacemos el Escapista. Y también al Monitor y al Ametrallador, tal vez su hijo los conoce. Yo dibujo gran parte de ellos. Gano unos doscientos dólares por semana —se preguntó si tal vez debería haber llevado los resguardos de su paga o algún otro documento financiero—. Normalmente consigo ahorrarlo todo menos unos veinticinco.

—Dios santo —dijo Hoffman. Miró a Rosa, cuya cara también delataba una sorpresa considerable—. Lo tenemos bastante negro.

—Eso parece, jefe —dijo ella.

—El Escapista —continuó Hoffman—. Me parece que lo he visto, pero no estoy seguro...

—Es un artista de la fuga. Un prestidigitador.

—¿Un prestidigitador?

—Efectivamente.

—¿Sabes algo de prestidigitación?

La pregunta tenía un doble filo. Era algo más que una pregunta amistosa, pero Joe no se imaginaba por qué.

—He estudiado —dijo Joe—. En Praga. Estudié con Bernard Kornblum.

—¿Bernard Kornblum! —dijo Hoffman—. ¡Kornblum! —Su expresión se suavizó—. Yo lo vi una vez.

—¿Vio a Kornblum? —Joe se volvió a Rosa—. Es asombroso.

—Estoy completamente asombrada —dijo Rosa—. ¿Fue en Königsberg, señor?

—Sí, en Königsberg.

—¿De chico?

Él asintió.

—Cuando era chico. Por entonces yo me dedicaba a la magia de forma amateur. Todavía jugueteo con ella de vez en cuando. Fijaos. —Meneó los dedos, luego se secó las manos en una servilleta invisible. Su cigarrillo había desaparecido.

—*Voilà*. —Puso en blanco los ojos de pesados párpados y sacó el cigarrillo del aire—. *Et voilà*. —El cigarrillo le resbaló de los dedos y le cayó en la chaqueta, dejándole una mancha de ceniza en la solapa, luego fue a parar al suelo. Hoffman maldijo. Empujó su silla hacia atrás, se dio una palmada en la cabeza y con un gruñido se agachó a recoger el cigarrillo. Cuando se incorporó de nuevo, la urdimbre de su peluca parecía haberse soltado de la trama. Le salían pelos negros y gruesos de toda la cabeza, temblando como un montón de limaduras de hierro atraídas por un imán lejano pero poderoso—. Me temo que he perdido la práctica por completo. —Se dio unos golpecitos en el peluquín—. ¿A ti se te da bien?

Kornblum despreciaba el charloteo como algo indigno de un verdadero maestro, y ahora Joe se levantó, sin decir palabra, y se quitó la chaqueta. Se quitó los puños de la camisa y presentó las manos desnudas con aire despreocupado para que Hermann Hoffman las examinara. Se daba cuenta de que estaba corriendo cierto riesgo. El trabajo cerca del público nunca había sido su fuerte. Esperaba que su índice no le fallara.

—¿Cómo está tu dedo? —murmuró Rosa.

—Bien —dijo Joe—. ¿Me puede prestar su encendedor? —le preguntó a Hoffman—. Solamente lo necesito un momento.

—Por supuesto —dijo Hoffman. Le dio su encendedor de oro a Joe.

—Y otro cigarrillo, si no es demasiado pedir.

Hoffman obedeció, vigilando atentamente a Joe. Joe se alejó de la mesa, se puso el cigarrillo en la boca, lo encendió y se tragó el humo. Luego sostuvo el encendedor entre el pulgar y el índice de la mano derecha y expulsó una bocanada larga y azul de

humo. El encendedor desapareció. Joe dio otra calada larga y retuvo el aire en los pulmones, se pellizcó la nariz y abrió los ojos exageradamente. El Tot-Amón pardusco desapareció. Abrió la boca y dejó escapar el aire. El humo también había desaparecido.

—Lo siento —dijo Joe—. Qué torpe soy.

—Muy bonito. ¿Dónde está el encendedor?

—Aquí tienen el humo.

Joe levantó la mano izquierda cerrada en un puño, se lo pasó por la cara y luego abrió la mano como una flor. Un manojito cardado de humo salió flotando. Joe sonrió. Luego cogió la chaqueta que colgaba del respaldo de su silla y sacó su pitillera. Abrió la pitillera y les mostró el cigarrillo egipcio guardado en su interior, como un huevo rubio en un cartón lleno de huevos blancos. Todavía estaba encendido. Se inclinó hacia delante y aplastó el extremo encendido en el cenicero de la mesa de Hoffman hasta que se apagó. Al mismo tiempo que se levantaba, se volvió a poner el cigarrillo en la boca y chasqueó los dedos delante de las brasas apagadas. El cenicero reapareció. Volvió a sacar la llanta y encendió de nuevo el cigarrillo.

—Ah —dijo, como cuando uno suspira al entrar en una bañera llena de agua caliente.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Rosa aplaudiendo.

—Tal vez te lo diga un día.

—Oh, no. No lo haga —dijo Hoffman—. Le diré lo que vamos a hacer, señor Kavalier. Si acepta financiar, digamos a dos niños además de a su hermano, entonces empezaremos a trabajar en el caso de su hermano y haremos lo que podamos para encontrarle sitio en el *Miriam*.

—Gracias, señor. —Joe miró a Rosa. Nuevamente ella parecía manos a la obra. Asintió. Lo había hecho bien—. Es muy...

—Pero primero tengo que pedirle un favor.

—¿De qué se trata? Lo que sea.

Hoffman señaló con la cabeza la foto de Maurice.

—Si yo fuera rico, señor Kavalier, pagaría todo este asunto con dinero de mi bolsillo. Ahora mismo, prácticamente cada penique que no necesito va a parar a la agencia. No estoy seguro de si se da usted cuenta, o de cómo era en Praga, pero aquí en Nueva York los bar mitzvah no son baratos. En el círculo en el que mi mujer y yo nos movemos, pueden ser muy lujosos. Es deplorable pero así es como es. Un fotógrafo, el banquete, el baile en el hotel Trevi. Me va a costar un ojo de la cara.

Joe asintió lentamente y miró a Rosa. ¿De verdad Hoffman le estaba pidiendo que le ayudara a pagar la fiesta de su hijo?

—¿Tiene usted idea —dijo Hoffman— de cuánto me va a costar pagar a un mago? —Un cigarrillo apareció entre los dedos de su mano derecha. Joe vio que

seguía encendido. Era el que se le había caído al suelo unos minutos antes. Joe estaba seguro de haber visto cómo Hoffman lo recogía y lo aplastaba en el cenicero. Aunque bien pensado, no estaba tan seguro—. Me pregunto si no se le ocurre alguna solución para ese problema.

—Yo... Estaría encantado.

—Excelente —dijo Hoffman.

Salieron de su despacho. Rosa cerró la puerta y le sonrió, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te ha parecido?

—Gracias —dijo—. Muchas gracias, Rosa.

—Voy a hacerle una ficha ahora mismo. —Fue a su mesa, se sentó y cogió un impreso de una bandeja de su mesa—. Deletréame su nombre. Kavalier.

—Con K.

—Kavalier con K. Thomas. ¿Lleva una hache o...?

—Una hache. Quiero verte —dijo Joe—. Invitarte a cenar.

—Buena idea —dijo sin levantar la vista—. ¿Y de segundo nombre?

DOCE

Cuando salió a la calle, el cielo brillaba como una moneda de cinco centavos y en el aire flotaba un olor a anacardos azucarados. Se compró una bolsa y notó su calor al metérsela en el bolsillo de los pantalones de su traje de veinte dólares. Cruzó la calle hasta llegar a la plaza. ¡Thomas iba a venir a América! ¡Y él tenía una cita para cenar!

Mientras cruzaba el parque se estuvo preguntando cómo habría hecho Hoffman su truco con el cigarrillo. ¿Dónde había escondido la boquilla de la que había sacado el cigarrillo encendido? ¿Qué clase de boquilla podía mantener encendido el cigarrillo durante tanto tiempo? Estaba en mitad de la plaza cuando encontró la respuesta: el peluquín.

Al pasar junto a la estatua de George Washington, vio a un pequeño grupo de personas delante suyo, reunidas en torno a uno de los largos bancos verdes que quedaban a su derecha. Suponiendo que en los bancos del parque debía de haber alguien dando noticias de los más recientes eventos siniestros en los campos de batalla y las capitales de Europa, Joe sacó un anacardo de la bolsa, lo lanzó al aire, echó la cabeza hacia atrás, lo atrapó y continuó caminando. Mientras pasaba frente al corrillo de gente hablando en voz baja, sin embargo, vio que no parecían estar mirando el banco sino el arce alto y delgado que había tras el mismo, rodeado por una jaula de hierro labrado. Algunos de ellos estaban sonriendo. Una mujer mayor con un abrigo de lana a cuadros dio un paso atrás alejándose de lo que fuera, se llevó una mano al pecho y se rió, avergonzada de su miedo. Joe pensó que debía de haber algún animal en el árbol, un ratón o un mono o un varano escapados del zoo de Central Park. Fue hasta el banco y como nadie le hacía sitio, se puso de puntillas para ver.

Un detalle sorprendente sobre el mago Bernard Kornblum, recordó Joe, era que creía en la magia. No en la supuesta magia de velas, pentagramas y alas de murciélago. No en los encantamientos culinarios de las abuelas eslavas con sus herbiarios y sus pedazos de dedo meñique del pie de una virgen ciega atados en saquitos de piel de cabra. No en la astrología, en la teosofía, la quiromancia, los zahoríes, el espiritismo, las estatuas que lloran, los hombres lobo, los sucesos sobrenaturales ni los milagros. Todas estas cosas las contemplaba Kornblum como estafas, muy distintas —y mucho más destructivas— que el tipo de ilusionismo que él practicaba, cuyo éxito, al fin y al cabo, aumentaba en proporción directa a la conciencia por parte del público de que a pesar de toda la atención que pudieran poner, estaban siendo engañados. Lo que fascinaba a Bernard Kornblum, por otra parte, era la magia impersonal de la vida, cuando en una revista leía que un pez podía camuflarse en función a siete clases distintas de fondo oceánico o cuando se enteraba por un noticiero que los científicos habían descubierto una estrella moribunda que emitía radiación en una longitud de onda cuyo valor en megaciclos equivalía

aproximadamente a π . En el ámbito de los asuntos humanos, esta clase de encantamientos a menudo, aunque no siempre, resultaban más tristes, a veces hermosos y a veces crueles. Sus existencias eran básicamente las ironías, las coincidencias y los únicos portentos verdaderos: aquellos que se revelaban, de forma inconfundible e insoslayable, en retrospectiva.

En el tronco esbelto de aquel arce joven encerrado en una jaula en el lado oeste de Union Square había una polilla enorme. Estaba allí apoyada y aleteaba con languidez como una dama abanicándose. Era de color verde iridiscente con un matiz amarillento y tan grande como el bolso de seda de esa dama hipotética. Tenía las alas extendidas y de vez en cuando, cuando las movía, la mujer del abrigo a cuadros soltaba un chillido, para regocijo de quienes la rodeaban, y retrocedía.

—¿Qué clase de polilla es? —le preguntó Joe al hombre que tenía al lado.

—Ese tipo de ahí dice que se llama Luna. —El hombre señaló con la barbilla a un individuo robusto y con pinta de banquero, con un sombrero tirolés cuya pluma era del mismo color que la polilla, que era el que estaba más cerca que nadie del árbol y la polilla.

—Así es —dijo el hombre corpulento con una extraña tristeza en la voz—. Una polilla luna. Cuando yo era niño las veíamos de vez en cuando. En Mount Morris Park —extendió la mano gordezuela, enfundada en un guante amarillo de piel de cerdo, hacia el corazón azul palpitante de su recuerdo de infancia.

—Rosa —dijo Joe entre dientes. Luego, como una ambigua metáfora de la esperanza, la polilla luna echó a volar con un susurro claramente audible, subió revoloteando por el cielo y se fue dando vueltas en dirección al Flatiron Building.

TRECE

Mucho se ha escrito y mucho se ha hablado de las luces brillantes y los salones de baile de Empire City —¡deslumbrante ciudad!—, de sus clubes nocturnos y sus locales de jazz, de sus avenidas de cromo y neón, y de sus hoteles arrogantes, de sus jardines de té en las azoteas de los edificios que en verano se llenan de linternas de papel. En aquella tarde gris de otoño, sin embargo, nuestro destino es un lugar muy lejos de los instrumentos de viento y el alboroto. Esta noche descenderemos bajo tierra hasta una sala que hay muy por debajo de los zapatos de tacón y los martillos neumáticos, por debajo de las ratas y los legendarios cocodrilos, por debajo incluso de los huesos de los indios algonquinos y los lobos salvajes, hasta la Oficina 99, un cubículo diminuto, blanco y mal ventilado, situado al final de un pasillo en el tercer subsótano de la Biblioteca Pública de Empire City. Aquí, frente a un escritorio situado a más profundidad bajo tierra que las mismas vías del metro, está sentada la joven señorita Judy Dark, subayudante de catalogación de volúmenes decomisados. La placa de su despacho la identifica de ese modo. Es una criatura delgada y pálida, vestida con un vestido liso de color gris, y está claro que la vida pasa frente a ella. Dos veces por semana un hombre con la cara de color de periódicos hervidos llega a su despacho con un carro lleno de los libros que ella ha declarado oficialmente muertos. Cada diez minutos más o menos las paredes de su despacho se estremecen bajo el ruido atronador de las carreras de caballos que se están celebrando muy por encima.

En esa noche de otoño en concreto, lo único que la espera es la perspectiva de otra noche solitaria. Se freirá su chuleta y leerá hasta quedarse dormida, sin duda una historia de magia y romance. Luego, en sueños que incluso a ella le resultarán trillados, la señorita Dark se verá a sí misma vestida con seda y cota de malla. Al día siguiente por la mañana se despertará sola y volverá a hacer lo mismo.

¡Pobre Judy Dark! ¡Pobres bibliotecarias del mundo, secretamente encantadoras, con su belleza deteriorada para siempre por la crueldad de un par de gafas enormes de montura negra!

Judy coge su cartera y apaga la luz, no sin antes recoger el paraguas del perchero. Ella misma parece un paraguas humano, plegada sobre sí misma y con la correa apretada. Recorre el largo pasillo y pisa por accidente un charco enorme. Siempre que llueve, el Subsótano 3 se llena de goteras. Tiene los pies mojados hasta los tobillos. Con los zapatos chirriando, entra en el ascensor. Como un submarinista, se eleva lentamente hasta la superficie de la ciudad. Se sube el cuello del abrigo y se encamina a la entrada principal de la biblioteca. Esta noche, como todas las noches, es la última en marcharse.

Hay un policía en la entrada. Está ahí para ayudar a proteger el libro.

—Buenas noches, señorita —dice el policía mientras le abre la pesada puerta de bronce. Es un tipo de espalda ancha y mandíbula robusta a quien le brillan los ojos cuando oye los chirridos de los zapatos de ella.

—Buenas noches. —A Judy la martiriza el ruido de sus propios zapatos.

—Me llamo O'Hara. —El policía tiene un pelo frondoso y brillante, tan reluciente como un chorro de pintura negra.

—Judy Dark.

—Señorita Dark, tengo una pregunta que hacerle.

—¿Sí, agente O'Hara?

—¿Qué hay que hacer para conseguir que sonría usted?

Se le ocurre una docena de réplicas ingeniosas pero no dice nada. Intenta con todas sus fuerza que su boca asuma una mueca de disgusto pero para su congoja no puede evitar una sonrisa. O'Hara se aprovecha de su confusión para prolongar un momento la conversación.

—¿Ha tenido usted ocasión de ver el libro hoy, señorita Dark? ¿Le gustaría que se lo enseñara?

—Ya lo he visto —dice ella.

—¿Y qué le parece?

—Es precioso.

—Precioso —repite él—. ¿De veras lo es?

Ella asiente, evitando su mirada, y sale a la noche. Por supuesto, está lloviendo. El paraguas consigue ahora lo que su dueña nunca ha conseguido y la señorita Dark se va a casa. Se fríe su chuleta de ternera y enciende la radio. Se come la cena y se pregunta por qué ha mentido al policía. La verdad es que no ha conseguido ver el Libro de Lo, aunque se muere por verlo. Quería ir a verlo en la pausa del almuerzo, pero la multitud que rodeaba su vitrina era demasiado grande. Se pregunta cómo debe ser el libro, si es que no es precioso.

El Libro de Lo era el libro sagrado de los antiguos y misteriosos cimerios. El año pasado —tal como se comunicó en su momento— aquel texto legendario, que ya hacía mucho que se daba por perdido, apareció en la trastienda de una vieja bodega de vinos del centro. Es el libro más antiguo del mundo. Tiene trescientas páginas antiquísimas, va en un estuche con rubíes, diamantes y esmeraldas incrustadas y está dedicado a los extraños detalles del culto a Lo, la gran diosa polilla de los cimerios. Hoy se ha exhibido en el majestuoso salón de exposiciones de la Biblioteca Pública de Empire City, protegido por cristales antibala. La mitad de la ciudad parece haber venido a echarle un vistazo. La señorita Dark, amedrentada por el gentío, se ha vuelto a la Oficina 99 sin haberlo visto ni un momento y ha almorzado en su mesa. Ahora, levantando la vista de su plato vacío para mirar las paredes de su apartamento, siente una punzada de remordimiento. Tendría que haber aceptado la oferta del policía. Tal

vez no es demasiado tarde, piensa. Se pone el sombrero y el abrigo y un par de zapatos secos y se adentra de nuevo en la noche. Cuando llegue le contará al agente O'Hara que se ha olvidado alguna tarea por hacer.

Pero cuando llega, el agente O'Hara parece haber abandonado su puesto, y lo que es peor, se ha dejado las puertas de la biblioteca abiertas. Llena de curiosidad, y vagamente preocupada —¿y si alguien realmente entrara e intentara robar el Libro de Lo?— entra con paso vacilante en el salón de exposiciones. Allí, en medio del gigantesco suelo de mármol negro, hay tres hombres con máscaras negras rodeando el cuerpo inerte del agente O'Hara. La señorita Dark se esconde detrás de una cortina cercana. Se estremece de horror cuando los hombres —un trío simiesco con jerséis de estibador y gorras de repartidos de periódicos— usan un abrelatas de punta de diamante para cortar la tapa de la vitrina y despojar a Empire City de su libro. Luego lo meten a toda prisa en un saco. ¿Y qué pasa con O'Hara? Uno de los ladrones está convencido, o eso dice, que el poli lo ha reconocido. Él y O'Hara crecieron en la misma manzana, hace mil años. Tal vez tendrían que cargarse al pobre desgraciado.

Eso es demasiado para la subayudante de catálogos de volúmenes decomisados. Sale a la galería de ecos con un vago plan para asustar o por lo menos distraer a los hombres de su malvada tarea. O tal vez pueda alejarlos llamando la atención sobre sí misma. Aprovechando la confusión momentánea creada por su aparición y su grito de «¡Noooooooo!» agarra el saco con el Libro de Lo en el interior y sale corriendo de la galería. Los ladrones, tras recuperar su aplomo, emprenden la persecución, con las pistolas desenfundadas y soltando maldiciones en forma de torrentes desenfrenados de signos de puntuación aleatorios y marcas de imprenta.

La señorita Dark, aterrada pero no lo bastante como para que no se le ocurra la idea irónica de que por primera vez en su vida sabe lo que es sentirse perseguida por los hombres, se dirige al lugar más seguro que conoce: su madriguera subterránea cuadrada y pulcra. Mientras baja corriendo precipitadamente la escalera de incendios, le asalta la extraña sensación de que el Libro de Lo ha empezado a latirle en las manos como un ser vivo, pero no, debe ser la vibración de su propio corazón.

La atrapan en el largo pasillo del Subsótano 3. Se gira, ve el destello de un arma de fuego y la flor blanca resplandeciente de un disparo. Pero la bala, en ese pasillo oscuro y estrecho, se vuelve loca. Empieza a rebotar y teje una red desenfrenada de rastros de velocidad de un lado a otro del pasillo antes de hundirse en un conducto del techo. La tubería se parte por la mitad y de ella sale un cable eléctrico cargado, como una serpiente que cae de un árbol encima de un cochinillo. Aterrizza en el mismo charco que un rato antes estropeó los zapatos de la señorita Dark. Muchos vatios de electricidad atraviesan su cuerpo esbelto y también los circuitos de piedras preciosas y oro del estuche del Libro de Lo. Un destello lo vuelve todo blanco salvo el esqueleto negro como visto con rayos X de la señorita Judy Dark, y a esta se le

escapa un grito poco propio de una dama: «¡UAAAAAA!».

—Buen tiro —dice uno de los ladrones. Le quitan el libro de la mano y emprenden el regreso a la superficie, dejando por muerta a la señorita Judy Dark.

Y es muy probable que lo esté. Acaba de levantar el vuelo, con el pelo flotando, siguiendo el curso ascendente de una columna espiral de humo y luz. Lo primero que vemos de ella tal vez no sea, de forma sorprendente, que parece estar volando desnuda, con sus partes pudendas artísticamente tapadas por el velo de la hélice astral. No, lo primero que vemos es que al parecer le ha crecido un par enorme de alas de polilla con la parte inferior ahorquillada. Son de un color verde pálido y resultan vagamente traslúcidas. Tal vez incluso sean visiblemente invisibles, como el aeroplano de la Mujer Maravilla, al mismo tiempo fantasmales y sólidas. A su alrededor, en el exterior de la columna que traza una espiral ascendente infinita, la realidad se deshace en forma de paisajes oníricos y extrañas maravillas geométricas. Tableros de ajedrez que se disuelven y parábolas que se retuercen hasta convertirse en asteriscos, volutas y girándulas. A su lado pasan jeroglíficos misteriosos como las chispas de una candela romana. La señorita Dark, con sus enormes alas fantasmagóricas batiendo de forma rítmica, lo observa todo con calma: porque viva o muerta, no hay duda de que Judy Dark, el paraguas humano, se ha abierto finalmente al cielo.

Por fin, en la distancia inconmensurable e intemporal, ella distingue algo que parece sólido, una mancha de gris granito, temblando. A medida que se acerca, distingue un destello plateado, un grupo fantasmagórico de cipreses, el plinto y las columnas de un templo, toscamente esculpido, piramidal, al mismo tiempo druídico y babilónico, y, asimismo, vagamente reminiscente de la gran institución en cuyo seno ha estado soñando durante mucho tiempo por las noches. Se vuelve más grande todavía y luego la espiral se abre finalmente a su alrededor y la deposita, cubierta solamente por sus propias alas, en el umbral del templo. Las puertas enormes, labradas en plata maciza y adornadas con lunas crecientes, chirrían al abrirse lentamente hacia dentro para dejarla entrar. Con una última mirada atrás hacia la crisálida maltrecha de su antigua vida, atraviesa el pórtico y entra en una cámara de techo alto. Allí, en medio del resplandor blanco producido por las colas de un millar de luciérnagas temblorosas, hay una gigante de pelo azabache sentada en un trono bárbaro con unas gigantescas alas verdes, unas antenas cubiertas de un vello sensual y una expresión de astucia. Es obvio que se trata de Lo, la diosa polilla de los cimerios. Lo sabemos antes incluso de que abra la boca de serbal.

—¿Tú? —dice la diosa, con las antenas marchitándose por la decepción—. ¿Tú eres la elegida por el libro? ¿Tú has de ser la próxima Señora de la Noche?

La señorita Dark —envuelta ahora discretamente en volutas de humo de hielo seco— admite que resulta inverosímil. Solamente ahora descubrimos, quizá por

primera vez, que nuestra Judy ya no lleva sus gafas. Su pelo recogido flota ahora alrededor de su cara con languidez propia de Linda Darnell. Y de pronto la idea de que vaya a convertirse en Señora de la Noche —sea eso lo que sea— ya no parece tan difícil de creer.

—Has de saber que antes de que mi tierra, la gran Cimeria, se precipitara en la oscuridad eterna —explica la diosa—, la gobernaban las mujeres. —Ah, recuerda ella, con la cara llena de nostalgia, los ojos llenos de lágrimas, ¡aquello sí que era un paraíso! Todos eran felices en el reino de Cimeria, todos vivían contentos y en paz, sobre todo los hombres. Entonces un disidente de corazón marchito, Nanok, se adoctrinó en las artes de la magia negra y el derramamiento de sangre, y se aposentó en un trono de obsidiana. Envió sus legiones de demonios a la guerra contra los pacíficos cimerios. El resultado estaba escrito de antemano. Los hombres conquistaron el mundo, Lo fue desterrada a los reinos del averno y el reino de Cimeria se hundió en su legendaria noche perpetua—. Y desde que Cimeria ha permanecido en la sombra —dice Lo—, los hombres lo han estropeado todo. Han traído la guerra, el hambre y la esclavitud. Con el tiempo, las cosas se torcieron tanto que me he visto obligada a enviar ayuda. Una campeona, venida de la tierra tenebrosa, que vuela de noche pero siempre busque la luz. Una guerrera con el poder suficiente para ayudar a corregir los muchos males del mundo.

»Por desgracia —continúa la diosa—, su poder ya no es lo que era. Solamente se puede permitir, por decirlo así, una Señora de la Noche cada vez. La encarnación previa finalmente, después de mil años, había envejecido demasiado, así que la diosa polilla ha enviado su libro sagrado para encontrar una chica nueva capaz de llevar las alas verdes encantadas de la gran polilla luna.

—Confieso que tenía a alguien un poco más... robusto... en mente —dice Lo—. Pero supongo que habrá que apañarse contigo. Ya puedes irte. —Levanta su mano arcana y esbelta y traza el perfil de una luna en el aire entre ella y Judy—. Regresa al reino de los mortales y habita en la noche por la que tan a menudo merodea la maldad. Ahora posees todo el poder místico de la antigua Cimeria.

—Si usted lo dice —dice Judy—. Pero, bueno...

—¿Sí? ¿De qué se trata?

—De verdad creo que necesito algo de ropa.

La diosa, una chica mayor y seria, no puede reprimir la luna creciente pálida de una sonrisa.

—Descubrirás, Judy Dark, que solamente tienes que imaginar las cosas para hacerlas realidad.

—¡Ahí va!

—Ten cuidado. No hay fuerza más poderosa que una imaginación desbocada.

—Sí. Quiero decir, sí, señora.

—Normalmente las chicas se inventan modelitos con botas. No sé por qué —se encoge de hombros, luego extiende sus alas imponentes—. Ahora vete, y recuerda, si alguna vez me necesitas, solamente tienes que acudir a mí en tus sueños.

A varios mundos y eones de distancia, en una casa de vecinos destartalada junto al río, dos de los ladrones se ponen manos a la obra con cincel y tenazas para arrancar las piedras preciosas del estuche del libro arcano. En un rincón, atado a una silla y amordazado, el agente O'Hara permanece sentado con la espalda caída hacia delante. Sigue lloviendo, el aire está frío y el tercer ladrón está intentando encender el fuego de una pequeña estufa negra y panzuda.

—Ten —le dice el primer ladrón, agarrando un fajo de páginas del Libro de Lo para arrancarlas—. Apuesto a que este viejo mamotreto arderá bien.

Hay un susurro como de seda, como de un vestido de baile hinchado o de un inmenso par de alas. Levantan la vista y ven una sombra gigante que entra revoloteando por la ventana.

—¡Es un murciélago! —dice un ladrón.

—¡Es un pájaro! —dice el otro.

—¡Es una mujer! —dice el tercero, que no es tonto, y echa a correr hacia la puerta.

La mujer se gira con los ojos resplandecientes. El vestido que se ha imaginado para sí misma es de color verde iridiscente, parte viuda alegre y parte Norman Bel Geddes, lleno de aletas y aspas y anudado con gran complejidad por delante. Sus partes íntimas, enfundadas en unas calzas verdes ajustadas, están apenas cubiertas por el vestigio de una falda, sus nueve millas de piernas, envueltas en medias de rejilla negras, y los tacones de sus botas hasta el tobillo son vertiginosamente altos. Lleva una capucha púrpura, rematada por un par de antenas cubiertas de vello tupido, que le cubre los ojos y la nariz pero que deja caer sus frondosos rizos negros por encima de los hombros desnudos. Y en la espalda le nace un par de alas enormes de polilla con la parte inferior ahorquillada, ya no fantasmales sino verdes como hojas, cada una de ellas adornada con un ojo ciego sin párpado.

—Tienes razón, ratoncillo —le dice al hombre que está corriendo a la puerta—. ¡Corred!

Ella extiende el brazo. Una luz verde brillante sale de sus dedos extendidos y enreda al ladrón antes de que pueda alcanzar la salida. Hay un crujido desagradable, como de pajitas y agujas de pino rompiéndose, como si un esqueleto humano entero se comprimiera rápidamente para entrar en una piel muy pequeña. Luego, silencio. Luego un chillidito.

—¡Cáspita! —dice la mujer polilla.

—¡Ha convertido a Louie en un ratón! —grita el primer ladrón. Ahora él también echa a correr.

—¡Quieto! —hay un nuevo resplandor verde y con un crujido todavía más irritante que el primero los átomos y tejidos del cuerpo del ladrón se remodelan y se simplifican para convertirse en cristales azules de hielo. Se queda petrificado y brillando como un hombre de diamante. Los bordes de su sombrero emiten destellos —. Ahí va —balbucea la mujer polilla—. ¡Ahí es nada!

—¿Qué clase de muñeca eres? —pregunta el ladrón que queda—. ¿Qué intentas hacer con nosotros?

—Solamente quiero calentarnos un poco, hombretón —dice, y el hombre se incendia de forma instantánea con unas llamaradas de tal intensidad que su cómplice se derrite hasta convertirse en un charco en el suelo. El ratón, con la cola chamuscada y humeando, se mete debajo de un tablón del suelo para salvar la vida.

—Supongo que me falta un poco por aprender —murmura la recién acuñada Señora de la Noche. Desata al policía, que ha empezado a revivir con todo el alboroto. El tipo abre los ojos y se encuentra con una mujer medio desnuda con unas alas enormes que se eleva hacia el cielo. Durante un momento se dirá a sí mismo, y lo creerá a medias, que lo que ha visto ha sido el último vestigio de un sueño que se disipaba. No será hasta que llegue a casa, y vaya a examinar su cara atractiva pero maltrecha en el espejo, que descubra en su mejilla la marca roja y en forma de mariposa de los labios de ella.

CATORCE

Tal como ya habían sospechado, a Deasey no le pareció bien la última depravación de Kavalier y Clay.

—No puedo permitir que suceda esto en mi país —dijo—. Las cosas ya están bastante mal.

Sammy y Joe ya estaban preparados para aquello.

—No enseña nada que un niño no pueda ver en Jones Beach —era la respuesta que habían acordado. Sammy fue quien lo dijo.

—Igual que en Jones Beach —dijo Joe. Nunca había estado en Jones Beach.

La mañana era sombría, y como de costumbre en aquella época de frío, Deasey estaba tumbado en el suelo como una piel de oso. Se incorporó trabajosamente hasta sentarse, con su corpachón considerable accionando de forma audible sus articulaciones artríticas.

—Déjenme echar otro vistazo —dijo.

Sammy le dio el bastidor con el diseño del personaje de Polilla Luna, «el primer objeto sexual», para usar la frase memorable de Jules Feiffer, «creado expresamente para ser consumido por niños». Era una pinup. Una mujer con piernas de Dolores del Río, pelo negro de hechicera y cada uno de los pechos del mismo tamaño que la cabeza. Tenía la cara larga, la barbilla puntiaguda y su boca era una línea horizontal de color rojo brillante, con la comisura torcida en una risita pícara. El par de antenas peludas colgaban en ángulos caprichosos, como si estuvieran palpando los deseos del lector.

El mondadientes de oro se balanceó de arriba abajo.

—Su habitual desperdicio de energía, señor Kavalier. Le doy mi pésame.

—Gracias.

—Eso quiere decir que usted cree que puede ser un éxito —dijo Sammy.

—Es muy difícil fracasar con la pornografía —dijo Deasey. Miró más allá del río a las serenas colinas parduscas de Nueva Jersey y se permitió recordar una tarde de invierno de doce años antes, en una terraza soleada y fresca que dominaba Puerto Concepción y el mar de Cortés. Allí había estado él sentado frente a las teclas de su máquina Royal portátil y había empezado a trabajar en una gran novela trágica sobre el amor de dos hermanos y una mujer que había muerto. Aunque la novela llevaba mucho tiempo abandonada, la máquina de escribir continuaba en su mesa, con la página 232 de *La muerte lleva un sarong negro* colocada en el rodillo. Seguramente, pensó Deasey, aquella fonda, aquella terraza, aquel cielo sobrecogedor y aquella novela estaban todavía allí, esperándolo. Solamente tenía que volver a ellos.

—¿Señor Deasey? —dijo Joe.

Deasey dejó de mirar la extensión de cielo de color arenisca y las crestas

parduscas y volvió a su mesa. Cogió el teléfono.

—A la mierda —dijo—. Lo dejaremos en manos de Anapol. De todas formas, me da la impresión de que están buscando personajes distintos.

—¿Cómo dice? —dijo Sammy.

Deasey miró a Sammy y luego a Joe. Estaba claro que quería decirles algo.

—¿Qué es lo que he dicho?

—¿Por qué Shelly y Jack están buscando personajes distintos?

—Nunca he dicho eso. Llamémoslo. Póngame con el señor Anapol —le dijo al teléfono.

—¿Qué hay de Ashkenazy? —dijo Joe—. ¿Qué dice él?

—¿Es que tenéis alguna duda? —dijo Deasey.

QUINCE

—Precioso —suspiró Ashkenazy—. Fíjense en estos... Estos...

—Se llaman melones —dijo Anapol.

—¡Fíjense! ¿A quién de ustedes dos se le ha ocurrido? —dijo Ashkenazy. Miró con un ojo a Joe mientras mantenía el otro fijo en Polilla Luna. La prosperidad había traído consigo toda una panoplia de trajes nuevos, a rayas, a cuadros y con llamativos diseños en espiga, tres piezas con descabellados diseños de cuadros, todos ellos del color de una variedad distinta de calabaza, desde la calabaza tropical hasta el calabacín italiano. Las telas iban de la lana fina al cachemir, de corte holgado y chillón, de manera que ya no parecía un revendedor de entradas para las carreras, con su colilla de puro en la boca y los pulgares en el chaleco. Ahora parecía un gángster de altos vuelos con un chanchullo montado en la tercera carrera en el hipódromo de Belmont Park—. Apuesto a que ha sido usted, Kavalier.

Joe miró a Sammy:

—Lo hemos hecho juntos —dijo—. Sammy y yo. Sobre todo Sammy. Yo solamente le hablé de una polilla.

—Oh, venga, no seas modesto —dijo Sammy, acercándose para darle una palmada a Joe en el hombro—. Pero si casi lo has montado tú solo.

La práctica de la magia, que Joe había reanudado delante del espejo del dormitorio de Jerry Glovsky inmediatamente después de conocer a Hermann Hoffman, también parecía haber jugado un papel en su parto. Era cierto, sin embargo, Sammy, durante un tiempo, había estado buscando un superhéroe femenino. El sexo se añadía de forma natural al concepto de los héroes con disfraz y, aparte de unos pocos intentos tímidos por parte de otras empresas —la Hechicera de Zoom, la Mujer de Rojo— continuaba por hacerse. Sammy ya estaba jugando con ideas para una mujer-gato, una mujer-pájaro, una amazona mitológica (ideas que no tardarían en aparecer en otras partes), y una boxeadora llamada Kid Vixen cuando Joe propuso su tributo secreto a la chica del Greenwich Village. La idea de la mujer-polilla también resultaba en cierto modo natural. La National tenía otro éxito enorme en todo el país con *Detective Comics*, y el atractivo de un personaje nocturno, que derivara su poder de la luz de la luna, resultaba evidente.

—No sé —dijo Shelly Anapol—. Me pone un poco nervioso. —Le cogió a su socio la pintura de Polilla Luna y la sostuvo con las yemas de los dedos. Joe le había infundido todo el deseo y la fantasía que Rosa, que en persona era ciertamente una criatura mucho menos exuberante, había despertado en él: la mayor parte del tiempo había trabajado en ella con una erección. Anapol apartó una carta abierta que tenía sobre el tapete secante y dejó la pintura allí, como si estuviera muy caliente o la hubieran sumergido en ácido carbólico—. Tiene unos pechos muy grandes, chicos.

—Ya lo sabemos, señor Anapol —dijo Sammy.

—Pero la polilla, no sé, no es un insecto popular. ¿Por qué no puede ser una mariposa? Seguro que se podrían sacar unos cuantos nombres buenos. Mota... emmm... Mota roja... Ala azul... Ala clarita... No sé.

—No puede ser una mariposa —dijo Sammy—. Es la Señora de la Noche.

—Ese es otro problema: no podemos poner «de la noche». Ya recibo cincuenta cartas por semana de curas y pastores. Y de un rabino de Schenectady. Polilla Luna. Polilla Luna. —La expresión de náusea incipiente había regresado a su ojos y su mentón caído—. Se iban a poner las botas con esto.

—George, ¿a ti te parece buena idea?

—Oh, son pamplinas, señor Anapol —dijo Deasey en tono jovial—. De primera calidad.

Anapol asintió.

—Nunca te he oído equivocarte —dijo. Cogió la carta que había dejado a un lado, le echó un vistazo y la volvió a dejar—. ¿Jack?

—No hay nada así en el mercado —dijo Ashkenazy.

Anapol se dirigió a Sammy.

—Trato hecho, entonces. Llamad a Pantaleone, a los Glovsky, a quien sea que necesitéis para llenar la revista. Qué demonios, haced una entera con chatis. Tal vez podamos titularla *Muñecas*. ¿Eh? ¿Qué os parece? *Muñecas*. Eso es nuevo, ¿no?

—Yo nunca he oído nada parecido.

—Que nos copien los demás, para variar. Sí, bien, trae a los chavales, George, y haz que empiecen con esto. Quiero algo para el lunes.

—Ya estamos otra vez —dijo Sammy—. Solamente una cosa, señor Anapol.

Ashkenazy y Anapol lo miraron. Se notaba que se veían lo que venía a continuación. Sammy miró de reajo a Deasey, recordando el discurso que había hecho el director editorial el viernes por la noche, esperando encontrar algo de apoyo. Deasey estaba mirando fijamente, con la cara inexpresiva pero pálida y con la frente perlada de gotas de sudor.

—Oh, oh —dijo Anapol—. Aquí viene.

—Queremos entrar en el programa de radio del Escapista, eso en primer lugar.

—¿En primer lugar?

—En segundo, usted acepta que este personaje, Polilla Luna, es mitad nuestro. El cincuenta por ciento para Empire Comics y el cincuenta para Kavalier y Clay. Para nosotros la mitad de la comercialización de subproductos y la mitad del programa de radio si llega a haber. En otro caso nos la llevamos a ella y nuestros servicios a otra parte.

Anapol miró de reajo a su socio.

—Y también queremos aumentos —dijo Sammy, mirando de nuevo a Deasey,

decidiendo ir lo más lejos que pudiera ahora que el tema estaba sobre la mesa.

—Otros doscientos dólares por semana —dijo Joe. El *Arca de Miriam* estaba programada para zarpar a principios de primavera del año siguiente. En aquel tiempo, si ahorra otros doscientos por semana, podría sufragar cuatro, cinco o incluso media docena de pasajes más de los que había prometido.

—¡Doscientos dólares por semana! —gritó Anapol.

Deasey soltó una risita y negó con la cabeza. Parecía genuinamente divertido.

—Y, ah, sí, lo mismo también para el señor Deasey —dijo Sammy—. Va a tener mucho más trabajo.

—No puede negociar por mí, señor Clay —dijo Deasey en tono seco—. Soy de dirección.

—Oh.

—Pero se lo agradezco.

De pronto Anapol parecía muy cansado. Con todo aquel barullo de bombas falsas, millonarios y cartas amenazantes de abogados famosos entregadas personalmente por mensajeros, no había dormido bien desde el viernes. La noche anterior se había pasado horas dando vueltas, mientras a su lado la señora Anapol le decía en gruñidos que se estuviera quieto.

—¡Tiburón! —lo había llamado—. ¡Quietos, tiburón! —Lo llamaba así porque había leído en la columna de Frank Buck que este animal no podía literalmente dejar de moverse o moría—. ¿Qué te pasa? Dios santo, es como intentar dormir con una hormigonera en la cama.

Casi me ponen una bomba, habría querido decirle por centésima vez. Había decidido no decir nada sobre la bomba de fabricación casera encontrada en las oficinas de Empire, igual que no le había dicho nada sobre las cartas amenazantes que había estado recibiendo de forma continua desde que Kavalier y Clay le habían declarado la guerra unilateralmente al Eje.

—Voy a perder hasta la camisa —fue lo que dijo.

—Pues piérdela. ¿Y qué? —dijo su mujer.

—Voy a perder una camisa de tres pares de narices. ¿Sabes cuánto dinero hay en la radio? Y en las chapas, los lápices y las cajas de cereales. Ya no estamos hablando de artículos de broma. Hablamos de pijamas del Escapista. De toallas de baño. De juegos de mesa. De refrescos.

—No te lo van a quitar.

—Lo van a intentar.

—Pues que lo intenten. Mientras tanto te metes con la radio y yo tengo la oportunidad de conocer a un hombre importante y culto como James Love. Lo vi una vez en las noticias. Es idéntico a John Barrymore.

—Sí que se parece a John Barrymore.

—¿Y qué problema tienes? ¿Por qué nunca puedes disfrutar de nada cuando lo tienes?

Anapol se revolvió en la cama y añadió una entrada a su ya nutrida enciclopedia de quejidos. Igual que todas las noches desde que Empire se había mudado al Empire State, le dolían las rodillas, tenía molestias en la espalda y notaba calambres intensos en el costado del cuello. Su bonito despacho de mármol negro, era tan espacioso y tenía el techo tan alto que le ponía incómodo. No se acostumbraba a tener tanto sitio. En consecuencia, tenía la tendencia a permanecer encogido todo el día, hecho un ovillo en la silla, como simulando los efectos paradójicamente reconfortantes de un local más pequeño e incómodo. Acababa dolorido.

—Sammy Klayman —dijo ella por fin.

—Sammy —admitió él.

—Pues no lo dejes fuera.

—Tengo que dejarlo fuera.

—¿Y eso por qué?

—Porque dejarlo entrar sentaría lo que tu hermano llama un «presidente peligroso».

—¿Por qué?

—Porque esos dos chicos han firmado un contrato. Un contrato industrial estándar y perfectamente legal. Al firmarlo renunciaron a todos sus derechos sobre el personaje, ahora y para siempre.

—Quieres decir que vulneraría la ley —dijo su mujer con su habitual tono ligeramente irónico— darles una parte de los beneficios de la radio.

Una mosca entró en la sala. Anapol, vestido con un pijama de seda verde con ribetes negros, salió de la cama. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y se puso la chaqueta de vestir. Cogió un ejemplar de *Modern Screen* con la foto de Dolores del Río en la portada, la enrolló y aplastó la mosca contra la ventana. Limpió el manchón, se quitó la chaqueta, se metió en la cama y apagó la luz.

—No —dijo—. No vulneraría la maldita ley.

—Bien —dijo la señora Anapol—. No quiero que quebrantes ninguna ley. En cuanto el jurado oyera que trabajas en los cómics, te mandaría a Sing Sing en un santiamén. —Luego se dio media vuelta y se dispuso a dormir. Anapol había estado gimoteando y dando cabezadas nerviosas y se había bebido tres vasos de Bromo-Seltzer, hasta que por fin había trazado las líneas generales de un plan que tranquilizaba los resquemores de una conciencia pequeña pero genuina y aplacaba la inquietud por la iras crecientes que la guerra de Kavalier y Clay parecía estar concentrando en Empire Comics. No había tenido tiempo de comentárselo a su cuñado, pero sabía que Jack se mostraría de acuerdo.

—Así pues —dijo ahora—, podéis entrar en el programa de radio. Suponiendo

que haya uno. Os acreditaremos, muy bien, algo así como, por ejemplo, «Lanas Oneonta, etcétera, presenta *Las aventuras del Escapista*, basadas en el personaje de Joe Kavalier y Sam Clay que aparece cada mes en las páginas de etcétera. Además, por cada episodio que se emita, digamos que a vosotros se os paga. Derechos de autor. Digamos cincuenta dólares por programa.

—Doscientos —dijo Sammy.

—Cien.

—Ciento cincuenta.

—Cien. Venga, son trescientos a la semana. Son casi quince de los grandes por año para dividiros entre los dos.

Sammy miró a Joe. Este asintió.

—De acuerdo.

—Chico listo. Muy bien, en cuanto a la señorita Polilla. Del cincuenta por ciento ni hablar. No tenéis derecho a ninguna parte de ella. Os la habéis inventado como empleados de Empire Comics, y tenéis vuestro salario. Es nuestra. En eso tenemos la ley de nuestro lado, lo sé porque he hablado varias veces con mi abogado, Sid Foehn de Harmattan, Foehn & Buran, sobre esta cuestión. Por lo que me ha explicado, es lo mismo que hacen en los Laboratorios Bell. Cualquiera cosa que un tipo invente, sin importar a quién se le ocurriera ni durante cuánto tiempo trabajara en ello, incluso si lo hizo por su cuenta, no importa. Mientras el inventor trabaja allí, el invento pertenece al laboratorio.

—No nos estafe, señor Anapol —dijo Joe de forma abrupta. Todo el mundo se quedó de una pieza. Joe no había calibrado bien la fuerza de la palabra «estafar» en inglés. Creía que simplemente significaba tratar a alguien de forma injusta, sin implicar necesariamente mala intención.

—Yo nunca os estafaría, chicos —dijo Anapol, con expresión profundamente dolida. Se sacó el pañuelo y se sonó la nariz—. Perdonadme. Me he resfriado. Dejadme terminar, ¿de acuerdo? Como os he dicho, estaríamos locos y seríamos unos estúpidos si aceptáramos el cincuenta por ciento, y no podéis amenazarme con llevaros esa muñeca a otra parte porque, como os he dicho, la habéis creado siendo asalariados míos así que es mía. Hablad con un abogado si queréis. Pero mirad, no nos enfrentemos, ¿de acuerdo? En reconocimiento de vuestros buenos resultados hasta ahora, y por haber traído esto, y solamente para demostraros que apreciamos lo que hacéis por nosotros, estamos dispuestos a daros una participación en el rollo este de la polilla del tipo...

Miró a Ashkenazy, que se encogió de hombros de forma teatral.

—¿Un cuatro? —graznó.

—Que sea un cinco —dijo Anapol—. El cinco por ciento.

—¡El cinco por ciento! —Sammy puso una cara como si Anapol lo hubiera

abofeteado con su mano carnosa.

—¡El cinco por ciento! —dijo Joe.

—A dividiros entre los dos.

—¿Qué? —Sammy saltó de su silla.

—Sammy. —Joe nunca había visto a su primo con la cara tan roja. Intentó recordar si alguna vez lo había visto perder los nervios—. Sammy, con un cinco por ciento estamos hablando de cientos de miles de dólares. —¿Cuántos barcos se podían equipar con ese dinero y llenar de niños de todo el mundo? Con el dinero suficiente, tal vez no importara que todos los países del mundo hubieran cerrado sus puertas: un hombre muy rico podía permitirse comprar alguna isla en alguna parte, vacía y templada, y construirles a los malditos niños un país para ellos solos—. A lo mejor algún día hablamos de millones.

—Pero es el cinco por ciento, Joe. ¡El cinco por ciento de algo que hemos creado al cien por cien!

—Y que me debéis a mí y a Jack al cien por cien —dijo Anapol—. Ya sabéis que no hace mucho que cien dólares os parecían un montón de dinero, chicos, si no recuerdo mal.

—Seguro, seguro —dijo Joe—. Okay, mire, señor Anapol, siento lo que dije de estafar. Creo que está siendo usted muy honrado.

—Gracias —dijo Anapol.

—¿Sammy?

Sammy suspiró.

—Muy bien. Contad conmigo.

—Esperad un momento —dijo Anapol—. No he terminado. Tenéis vuestros derechos de autor en la radio. Y la acreditación que os he dicho. Y los aumentos. Joder, le subiremos la paga también a George, y encantados de hacerlo. —Deasey se quitó un sombrero imaginario mirando a Anapol—. Y os damos el cinco por ciento de los beneficios de la Polilla. Pero con una condición.

—¿Qué condición? —preguntó Sammy con cautela.

—No vamos a tolerar más estupideces como la del viernes. Siempre he creído que estabais yendo demasiado lejos con el rollo de los nazis, pero estábamos ganando dinero y yo no creía que debiera quejarme. Pero ahora hemos de ponerle punto y final. ¿Verdad, Jack?

—Dejad estar a los nazis durante una temporada, chicos —dijo Ashkenazy—. Dejad que las amenazas de bomba vayan a Marty Goodman —Goodman era el editor de Timely Periodicals, la empresa de la Antorcha Humana y Namor, que en los últimos tiempos estaban haciendo sudar tinta a los héroes de la Empire en las apuestas antifascistas—. ¿De acuerdo?

—¿Qué quiere decir «dejar estar»? —dijo Joe—. ¿Os referís a no combatir contra

los nazis?

—Ni a uno solo.

Ahora le tocó el turno a Joe de levantarse de la silla.

—Señor Anapol...

—No, escuchadme ahora, los dos sabéis que no me gusta nada Hitler y que estoy seguro de que en el futuro vamos a tener que encargarnos de él y etcétera. Pero ¿amenazas de bomba? ¿Locos maníacos que viven aquí en Nueva York y que me escriben cartas diciendo que me van a romper mi cabezota judía? Eso no lo necesito.

—Señor Anapol... —Joe sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—Tenemos montones de problemas aquí en casa, y no hablo de espías y saboteadores. Gángsters, polis corruptos. No sé. ¿Jack?

—Ratas —dijo Ashkenazy—. Bichos.

—Que durante una temporada el Escapista y los demás se hagan cargo de esas cosas.

—Jefe... —dijo Sammy, viendo que Joe palidecía por momentos.

—Y lo que es más, no me importan los sentimientos personales de James Love, conozco las Industrias Textiles Oneonta y sé que su consejo directivo es una pandilla de caballeros yanquis conservadores del ala dura y me apuesto mis pelotas a que no van a querer patrocinar nada que vaya a significar bombas, por no hablar de la Mutual, la NBC o quien sea al que le llevemos esto.

—¡No van a poner bombas a nadie! —dijo Joe.

—Acertaste una vez, joven —dijo Anapol—. Pero quizá no aciertas más.

Sammy cruzó sus gruesos brazos sobre el pecho fornido, con los codos hacia fuera:

—¿Y qué pasa si no aceptamos la condición?

—Que no tendréis el cinco por ciento de la Polilla Luna. No tendréis el aumento y no sacaréis tajada del dinero de la radio.

—Pero podremos seguir haciendo nuestro trabajo. Joe y yo podremos continuar luchando contra los nazis.

—Seguro —dijo Anapol—. Estoy seguro de que Marty Goodman estaría encantado de contrataros para tirarle granadas a Hermann Göring. Pero aquí habríais acabado.

—Jefe —dijo Sammy—. No haga esto.

Anapol se encogió de hombros.

—No depende de mí. Depende de vosotros. Tenéis una hora —dijo—. Quiero tener esto arreglado antes de reunimos con la gente de la radio, o sea, hoy mismo a la hora de comer.

—No me hace falta una hora —dijo Joe—. La respuesta es no. Olvídelo. Son ustedes unos cobardes y unos débiles. No.

—¿Joe? —dijo Sammy, tranquilizándose e intentando tener en cuenta todos los factores—. ¿Estás seguro?

Joe asintió.

—Decidido, pues —dijo Sammy. Puso la mano en la espalda de Joe y se dirigieron a la puerta del despacho.

—Señor Kavalier —dijo ahora George Deasey, levantándose de su silla—. Señor Clay. Unas palabras. ¿Nos perdonan, señores?

—Por favor, George —dijo Anapol, dándole al director editorial la pintura de la Polilla Luna— Hazlos entrar en razón.

Sammy y Joe siguieron a Deasey fuera del despacho de Anapol hasta la sala de trabajo.

—Caballeros —dijo Deasey—. Me disculpo por esto, pero quiero hacerles otro discursito.

—No hace falta —dijo Sammy.

—Este va dirigido más bien al señor Kavalier, creo.

Joe encendió un cigarrillo, expulsó una bocanada larga de humo y apartó la vista. No quería oírlo. Sabía que no estaba actuando de forma razonable. Pero desde hacía un año, la sinrazón —el libramiento continuo y agotador de una guerra ficticia y ridícula contra unos enemigos a los que no podía derrotar y con unos medios que nunca llevarían a la victoria— le había ofrecido la única salvación posible de su cordura. Que fuera razonable la gente que no tenía prisionera a su familia.

—En la vida solamente hay un medio seguro —dijo Deasey— de garantizar que uno no va a ser pulverizado por la decepción, la futilidad y la desilusión. Y no es otro que tener claro, todo lo claro que uno pueda, que uno hace las cosas únicamente por dinero.

Joe no dijo nada. Sammy dejó escapar una risa nerviosa. Estaba preparado para respaldar a Joe, por supuesto, pero quería asegurarse, en la medida que pudiera, de que estaba haciendo lo correcto. Estaba ansioso por seguir el consejo de Deasey — por seguir a cualquier figura paterna que apareciera en su camino—, pero al mismo tiempo odiaba la idea de ceder tan fácilmente ante la visión cínica de aquel hombre.

—Porque, señor Kavalier, cuando veo la forma en que usted pone a todos nuestros amigos disfrazados a machacar a Hitler y sus socios mes tras mes, a hacer pretzels con su artillería y esas cosas, a veces me da la sensación, bueno, de que tal vez usted proyecte en su trabajo otra clase de ambiciones.

—Claro que sí —dijo Joe—. Ya lo sabe usted.

—Lamento mucho oír eso —dijo Deasey—. Esta clase de trabajo es un cementerio para todas las ambiciones, Kavalier. Créame. En todo lo que usted intente conseguir, ya sea desde un punto de vista artístico o desde... otras consideraciones, va a fracasar. Tengo muy poca fe en el mundo del arte, pero recuerdo el aroma de la fe,

si quiere decirlo así, de cuando tenía su edad. Recuerdo su sabor en mis labios. Por respeto a usted y al idiota que yo fui, le concedo eso. Pero esto —señaló con la cabeza el dibujo de Polilla Luna y luego amplió su gesto con un ademán en espiral en dirección a las oficinas de Empire Comics—, no sirve de nada —dijo—. Es inútil.

—Yo... Yo no lo creo así —dijo Joe, sintiéndose más débil a medida que se manifestaban sus peores miedos.

—Joe —dijo Sammy—. Piensa en lo que podrías hacer con todo el dinero del que están hablando. Piensa en cuántos niños puedes traer. Eso es real, Joe. No es una simple guerra de cómic. No es partírle los morros a un boche sentado en el metro.

Y aquel era el problema, pensó Joe. Rendirse ante Anapol y Ashkenazy significaría admitir que todo lo que había hecho hasta entonces no había servido de nada, como había dicho Deasey, que había sido inútil. La pérdida de un tiempo precioso. Se preguntó si no podría ser simple vanidad lo que lo empujaba a rechazar la oferta. Luego apareció en su mente la imagen de Rosa, sentada en su cama desordenada, con la cabeza inclinada a un lado, los ojos muy abiertos, escuchando y asintiendo cuando él le hablaba de su trabajo. No, pensó. Daba igual lo que dijera Deasey, él creía en el poder de su imaginación. Creía —de alguna forma, si se decía esto con la imagen de Rosa de fondo, no le sonaba trillado ni exagerado— en el poder de su arte.

—Sí, maldición, quiero el dinero —dijo Joe—. Pero no puedo parar de luchar ahora.

—Vale —dijo Sammy. Suspiró y echó un vistazo a la sala de trabajo con los hombros ligeramente encorvados y una expresión de despedida en la cara. Era el final del sueño que había cobrado vida un año antes, en la oscuridad de su dormitorio en Brooklyn, con el acto de encender una cerilla y compartir un cigarrillo liado a mano —. Eso es lo que les diremos, pues. —Se dirigió de vuelta al despacho de Anapol.

Deasey le puso una mano en el hombro.

—Un minuto, Clay —dijo.

Sammy se volvió. Nunca había visto al director con una expresión tan vacilante.

—Oh, Dios —dijo Deasey—. ¿Qué estoy haciendo?

—¿Qué está haciendo? —dijo Joe.

El director metió la mano en el bolsillo de la pechera de su chaqueta de tweed y sacó una hoja de papel doblado.

—Esto estaba en mi buzón esta mañana.

—¿Qué es? —dijo Sammy— ¿Quién lo envía?

—Léanlo —dijo Deasey.

Era una fotocopia de una carta de la empresa de abogados Phillips, Nize, Benjamin y Krim.

Queridos señores Ashkenazy y Anapol:

Les escribimos esta carta de parte de National Periodical Publications, S.A. (conocida como «National»). National es el propietario exclusivo de todos los derechos de autor, registros de marca y el resto de derechos de propiedad intelectual relativos a las revistas de cómics «Action Comics» y «Superman» y del personaje de «Superman» que aparece en ellas. National ha descubierto recientemente su revista «Radio Comics» en donde aparece el personaje ficticio «El Escapista». Este personaje constituye un intento descarado de copiar la obra protegida de nuestro cliente, es decir, las diversas series donde se narran las aventuras del personaje de ficción conocido como «Superman», que nuestro cliente lleva publicando desde junio de 1938. Como tal, su personaje constituye una violación flagrante de los derechos de autor, registros de marca y derechos ordinarios de nuestro cliente. Por tanto exigimos que detengan de inmediato cualquier publicación de su revista de cómics «Radio» y que todos los ejemplares existentes de dicho cómic sean destruidos con una carta que de fe de dicha destrucción firmada por un directivo de la empresa de ustedes.

Si no detienen de inmediato esa publicación, o no envían la mencionada verificación en un plazo de cinco días a partir del presente, National Periodical Publications, S.A., emprenderá todas las medidas legales y equivalentes, incluyendo exigir la prohibición de «Radio Comics» a partir de este momento. Esta carta se escribe sin renuncia a ninguno de los derechos o medidas de nuestro cliente, ya sean legales o equivalentes, todos los cuales quedan reservados expresamente.

—Pero si no se parece en nada a Superman —dijo Sammy cuando terminó de leer. Deasey clavó en él una mirada siniestra y Sammy se dio cuenta de que no había entendido nada. Intentó pensar qué podía significar todo aquello. Estaba claro que en aquella carta había algo que Deasey pensaba que les podía ser de ayuda, aunque no quería ir tan lejos como para decirles de qué se trataba—. Pero eso no importa, ¿verdad?

—Ya han derrotado a Victor Fox y a la Centaur usando esto —dijo Deasey—. Y ahora van también a por la Fawcett.

—He oído hablar de eso —dijo Joe—. Hicieron comparecer a Will Eisner y lo obligaron a decir que Victor Fox le había dicho: «Hazme un Superman».

—Sí, bueno, eso es lo que Shelly me dijo a mí, ¿te acuerdas? Me dijo... Oh, oh.

—Es muy probable —dijo Deasey muy despacio y claro, como si hablara con un idiota— que ustedes sean llamados como testigos. Me imagino que su testimonio podría ser muy perjudicial.

Sammy le dio con la carta a Deasey en el brazo.

—Sí —dijo—. Sí. ¡Eh, gracias, señor Deasey!

—¿Qué vas a decir? —le preguntó Joe a Sammy cuando este se quedó mirando la puerta del despacho de Anapol.

Sammy se irguió y se pasó una mano por la coronilla.

—Creo que voy a entrar y me voy a ofrecer para cometer perjurio.

CUARTA PARTE

La edad de oro

UNO

En 1941, su mejor año hasta la fecha, la asociación de Kavalier y Clay les reportó 59.832,27 dólares. Los beneficios totales generados aquel año por Empire Comics, S.A. —por las ventas de todos los cómics donde aparecían personajes creados por completo o en parte por Kavalier y Clay, las ventas de doscientos mil ejemplares de cada uno de los dos Whitman's Big Little Books protagonizados por el Escapista, las ventas de llaves de libertad, de anillos-llave, de linternas de bolsillo, de huchas, de juegos de mesa, de figuritas de plástico, de juguetes a cuerda y de otros muchos artículos de Escapismo, así como la recaudación de la concesión de la intrépida jeta del Escapista a Cereales Chaffee para sus Frosted Chaff-Os, y del programa de radio del Escapista que empezó a emitirse en abril en la NBC—, aunque más difíciles de calcular, se situaban entre los 12 y los 15 millones de dólares. De sus veintinueve mil y pico, Sammy le dio una cuarta parte al gobierno y la mitad del resto a su madre para que lo gastara en ella y en la abuela.

Con lo que le quedaba, vivía como un rey. Estuvo comiendo salmón ahumado para desayunar todos los días durante siete semanas. Iba a los partidos de béisbol de Ebbet Fields y se sentaba en un palco. Se podía gastar un par de dólares en una cena y luego, un día en que sintiera las piernas cansadas, recorría diecisiete manzanas en taxi. Tenía trajes enormes y vistosos para todos los días de la semana: cinco «rascacielos» grises de estambre y raya diplomática, que se había mandado hacer a veinticinco dólares cada uno. Y se había comprado un tocadiscos Capehart Panamuse. Le costó 645 dólares, casi la mitad de lo que costaba un Cadillac 61 nuevo. El enchapado era de un estilo Hepplewhite ridículamente bonito, en arce y abedul con incrustaciones de fresno, y en el apartamento por lo demás moderno y bastante espartano de los dos primos —poco después de empezar a salir con Joe, Rosa había empezado a presionarlo para que se fuera del nido de ratas de Chelsea— aquel tocadiscos tenía un aspecto inquietante. Le exigía a uno que pusiera música y luego se la quedara escuchando con el silencio respetuoso con que un pecador es sermoneado. Sammy lo quería como no había querido otra cosa en el mundo. El triste clarinete de Benny Goodman tenía un sonido tan impactante en sus altavoces «panamusicales» de lujo que le daban ganas de llorar. El Panamuse era completamente automático. Podía almacenar veinte discos y ponerlos en cualquier orden y por las dos caras. Las maravillosas operaciones del mecanismo de cambio de disco se podían ver a través de la vitrina, al estilo de la época, y a quienes visitaban por primera vez el apartamento se les hacía una exhibición de su funcionamiento como si fueran visitantes a la Casa de la Moneda. Sammy se pasó semanas entusiasmado, y sin embargo cada vez que miraba el tocadiscos lo acometían la culpa y el horror por su precio. Su madre se moriría sin tener conocimiento de su

existencia.

Lo gracioso era que, después de gastar la suma que Sammy gastaba todos los meses en libros, revistas, discos, cigarrillos y pasatiempos, una suma grande pero a pesar de todo insignificante, así como su mitad de los ciento diez dólares del alquiler, le seguía quedando más dinero del que sabía cómo gastar. Se le amontonaba en la cuenta bancaria y le ponía nervioso.

—Tendrías que casarte —le decía Rosa para divertirse.

Aunque su nombre no estaba en el contrato de alquiler, Rosa se había convertido en la tercera ocupante del apartamento, y en gran medida en el espíritu que lo animaba. Los había ayudado a encontrarlo (era un edificio nuevo en la Quinta Avenida, al norte de Washington Square), a decorarlo, y, cuando se dio cuenta de que de otra forma nunca podría usar el mismo cuarto de baño que Sammy, había conseguido los servicios semanales de una mujer de la limpieza. Al principio no iba más que una o dos veces por semana, después de trabajar. Había dejado su trabajo en *Life* para empezar a trabajar retocando en tonos chillones fotos a color de guisos de ciruelas y fideos, tartas de corteza aterciopelada y canapés de bacon para un editor de libros baratos de cocina que se saldaban como si fueran libros de primera calidad en tiendas de ocasión. Era un trabajo tedioso, y cuando las cosas se ponían feas de verdad, a Rosa le gustaba permitirse minúsculos impulsos surrealistas. Con el aerógrafo le añadía un viscoso tentáculo negro a una piña del fondo de la foto o bien escondía un diminuto explorador polar entre las cimas gélidas de un postre de merengue. Las oficinas del editor estaban en la calle Quince Este, a diez minutos del apartamento. A menudo Rosa llegaba a las cinco con una bolsa llena de raíces y hojas inverosímiles y cocinaba extrañas recetas a las que su padre se había aficionado en sus viajes: cordero árabe, guacamole y algo verde y resbaladizo que ella llamaba *silek*. En general todo lo que hacía estaba muy bueno, y el aspecto exótico de los platos servía para ocultar bastante bien, en opinión de Sammy, el plan bastante retrógrado de Rosa de ganarse el corazón de Joe a través a la cocina. Ella nunca comía más de un bocado.

—Hay una chica en el trabajo —dijo Rosa una mañana en el desayuno, poniendo delante de Sammy un plato de huevos revueltos con salchicha portuguesa. También era una invitada frecuente al desayuno, si es que «invitada» era el término adecuado para alguien que compraba la comida, la preparaba, te la servía y limpiaba cuando habías terminado. Sus vecinos del otro lado del rellano estaban visiblemente escandalizados por aquel comportamiento aberrante, y los ojos del conserje brillaban sin disimulo cuando le sostenía la puerta por las mañanas—. Se llama Barbara Drazin. Es guapísima. Y está libre. Tienes que dejar que te la presente.

—¿Universitaria?

—Del City College.

—No, gracias.

Cuando Sammy levantó la vista del plato de los pastelillos, que como de costumbre Rosa había dispuesto con tanta fotogenia que ahora no se atrevía a coger el pastelito de queso en el que tenía puestos los ojos, la pilló intercambiando una mirada con Joe. Ya los había visto mirarse antes de aquella forma, siempre que salía el tema de la vida amorosa de Sammy, algo que sucedía demasiado a menudo cuando Rosa estaba con ellos.

—¿Qué? —dijo.

—Nada.

Ella se extendió la servilleta sobre el regazo, de forma extrañamente elocuente, y Joe continuó manipulando una especie de artilugio para pasar cartas accionado con un muelle que formaba parte de su actuación. Al día siguiente por la noche tenía otros de sus espectáculos de magia, un bar mitzvah en el Pierre. Sammy cogió el pastelito de queso, haciendo que se hundiera la pirámide de libro de cocina barato de Rosa.

—Parece —continuó ella, que nunca necesitaba que nadie le respondiera para mantener una conversación— que siempre tienes una excusa.

—No es una excusa —dijo Sammy—. Es una descalificación.

—¿Y por qué están descalificadas las universitarias? Recuérdamelo.

—Porque me hacen sentir tonto.

—Pero si no eres tonto. Has leído muchísimo, hablas bastante bien y te ganas la vida con la pluma, o en tu caso con la máquina de escribir.

—Ya lo sé. No es racional. Y no puedo aguantar a las mujeres estúpidas. Supongo que lo que pasa es que me siento mal por no haber ido a la universidad. Y me da vergüenza cuando empiezan a preguntarme a qué me dedico y tengo que decirles que escribo cómics, y entonces o bien me dicen: «Pero qué rollo más chabacano, ¿no?», o bien me sueltan algo condescendiente del tipo «¡Cómics! ¡Adoro los cómics!», lo que es peor todavía.

—Barbara Drazin nunca te haría sentirte mal por lo que haces —dijo Rosa—. Además, le he contado que también has escrito tres novelas.

—Oh, Dios mío —dijo Sammy.

—Lo siento.

—Por favor, Rosa, ¿cuántas veces tengo que pedirte que no vuelvas a contarle eso a nadie?

—Lo siento. Lo que pasa es que...

—Por el amor de Dios, eran novelas pulp. Me pagan a peso. ¿Para qué crees que inventaron el seudónimo?

—De acuerdo —dijo Rosa—. De acuerdo. Solamente creo que tienes que conocerla.

—Gracias, pero no. De todas formas tengo demasiado trabajo.

—Está escribiendo una novela —dijo Joe, pelando un plátano. Las conversaciones entre su novia y su mejor amigo parecían divertirle mucho. Su única contribución a la decoración del apartamento había sido el montón de cajas de madera en las que guardaba su colección pujante de cómics—. En su tiempo libre —añadió, con la boca llena de pulpa de plátano—. Una de verdad.

—Sí, bueno —dijo Sammy, ruborizándose—. Al ritmo que llevo, la podremos leer cuando estemos en el asilo de ancianos.

—Yo la leeré —dijo Rosa—. Sammy, me encantaría leerla. Estoy segura de que es muy buena.

—No lo es. Pero gracias. ¿Lo dices en serio?

—Por supuesto.

—Tal vez —dijo, por primera vez pero no por última durante su larga asociación—, cuando termine el primer capítulo.

Cuando Sammy llegó a las oficinas de Empire aquella mañana de abril de manual —el cielo almohadillado, los narcisos balanceándose como una orquesta de swing en todos los jardines, el amor en el aire, etcétera— sacó el primer (y único) capítulo mil veces corregido de *Desilusión americana*, puso una hoja en blanco en la máquina de escribir e intentó trabajar, pero la conversación con Rosa le había puesto nervioso. ¿Por qué no quería hacer algo tan sencillo como tomarse una copa con una chica guapísima del City College? ¿Cómo podía saber que no le gustaba salir con universitarias? Era como decir que no le gustaba el golf. Tenía una intuición bastante clara de que no sería el deporte de su vida, pero lo cierto era que lo más cerca que había estado nunca de un campo de golf eran los molinetes de yeso descascarillado del viejo campo de Tom Thumb en Coney Island. ¿Y por qué, en todo caso, no estaba celoso de Joe? Rosa era muy atractiva, suave y olía a perfume. Aunque era cierto que le resultaba notablemente fácil hablar con ella, bromear, hacerle confidencias y bajar la guardia con ella, más fácil de lo que le había resultado nunca con otra chica, no sentía ninguna atracción por ella. A veces aquella ausencia de lascivia, tan evidente para los dos que Rosa no tenía reparos en deambular por el apartamento con la ropa interior cubierta únicamente por los faldones de una de las camisas de Joe, preocupaba a Sammy, y cuando estaba en la cama por la noche se imaginaba que la besaba, que acariciaba sus rizos negros y que le levantaba los faldones de la camisa para revelar la palidez de su vientre. Pero aquellas quimeras desaparecían invariablemente a la luz del día. La verdadera cuestión era, ¿por qué no estaba más celoso de Rosa?

«Se alegraba de ver a su amigo feliz», escribió. Al fin y al cabo, era una novela autobiográfica. «En la vida de aquel hombre había un agujero que ninguna persona podía llenar.»

Sonó el teléfono. Era su madre.

—Tengo la noche libre —dijo—. ¿Por qué no te traes a tu primo y hacemos una cena *shabbes*? Que se traiga a esa novia suya.

—Es un poco maniática con la comida —dijo Sammy—. ¿Qué quemas esta noche?

—Muy bien, pues no vengáis.

—Yo sí que iré.

—A ti no te quiero.

—Yo iré. ¿Mamá?

—¿Qué?

—¿Mamá?

—¿Qué?

—¿Mamá?

—¿Qué?

—Te quiero.

—Muy gracioso —ella colgó.

Volvió a guardar en el cajón *Desilusión americana* y empezó a trabajar en el guión de *Kid Vixen*, la historieta sobre una boxeadora enemiga del crimen, con dibujos de Marty Gold, que había introducido como apoyo en *Muñecas*, junto con la *Venus McFury* de los hermanos Glovsky, sobre una dura detective que era la reencarnación de una de las Erinias clásicas, y la *Greta Gatling* de Frank Pantaleone, sobre una vaquera del Oeste. El primer número de *Muñecas* había agotado su tirada de medio millón de ejemplares. Ahora estaba en producción el número 6, y la demanda era muy alta. Sammy tenía pensada la mitad de la última historia de *Kid Vixen*, sobre un combate femenino entre Vixen y una campeona nazi de boxeo a quien estaba pensando en llamar Brunilda Batalladora, pero aquella mañana parecía incapaz de concentrarse en el trabajo. Lo gracioso era que, por mucho que hubiera peleado con Sheldon Anapol para poder seguir machacando a los nazis, librar la guerra de las historietas se estaba volviendo cada vez más duro. Aunque la futilidad no era algo que Sammy estuviera acostumbrado a experimentar, le había empezado a atormentar la misma sensación de ineficacia, de farsa interminable, que había martirizado a Joe desde el principio. La diferencia era que Sammy no le veía ninguna solución. No iba a empezar a meterse en peleas en partidos de béisbol.

Continuó con el guión, empezando de nuevo tres veces y bebiendo Bromo-Seltzer con una pajita para aliviar la punzada de angustia que se había aposentado en su vientre. Por mucho que Sammy quisiera a su madre, y deseara su aprobación, cinco minutos de conversación con ella bastaban para infundirle una rabia matricida. Las enormes cantidades de dinero que le daba, aunque sin duda la asombraban y siempre se mostraba agradecida a su modo lacónico, para su madre no demostraban nada. Que le pagaran a uno cantidades enormes de dinero por desperdiciar su vida, tal como ella

lo veía, era un simple dato más que se añadía a la contabilidad cósmica del sinsentido. Lo que más enfurecía a Sammy era que, pese a la afluencia repentina de dinero, Ethel rechazaba con testarudez cambiar ningún elemento de su vida, con la única salvedad de comprar carne de más calidad, un juego nuevo de cuchillos de trinchar y de gastar una cantidad relativamente abundante en ropa interior nueva para Bubbie y para ella. El resto lo guardaba. Veía cada cheque desorbitado como si fuera el último, convencida, en sus propias palabras, de que «la burbuja tiene que estallar en algún momento». Todos los meses que la burbuja de los cómics no solamente continuaba flotando sino que se expandía geoméricamente confirmaban la creencia de Ethel de que el mundo estaba enloqueciendo cada vez más, de forma que cuando finalmente clavarán la aguja, el estallido sería todavía más terrible. Sí, siempre resultaba divertidísimo pasar a ver a la vieja Ethel, participar en la diversión, bromear y cantar y cenar los frutos deliciosos de su cocina. Bubbie cocinaba una de sus *babkas* amargas y quebradizas y todos tenían que manifestar entusiasmo por ella aunque pareciera que la habían cocido en 1877 y la habían metido por equivocación en un cajón hasta el día anterior.

La única perspectiva agradable del día era que a Sammy y Joe también los habían invitado a pasar por el estudio de la radio para conocer al reparto de *Las asombrosas aventuras del Escapista*, que estaba ensayando para debutar el lunes siguiente por la tarde. Hasta ese momento, Burns, Baggot y DeWinter, la agencia de publicidad, no había invitado a Sammy, a Joe ni a nadie de Empire a participar en la producción, aunque Sammy había oído que los primeros episodios se estaban adaptando directamente de los cómics. Sammy había conocido por casualidad un día a los guionistas, a la salida del Sardi's. Ellos lo reconocieron por la caricatura salvaje que había salido en el *Saturday Evening Post* y se pararon para saludarlo y embadurnarlo con el lustre gentil de su desdén. A Sammy le pareció que todos aquellos tipos con pipas y pajaritas eran universitarios. Solamente uno de ellos admitió haber leído un cómic, y probablemente todos ellos consideraban que se trataba de una forma más allá de todo desprecio. Uno había escrito anteriormente para *El señor Keen, buscador de gente perdida* y otro para *La señora Wiggs del huerto de repollos*.

Pero el lunes había una fiesta después de la primera emisión y Sammy y Joe estaban invitados a ella. Así que aquel viernes apacible fueron a Radio City para echar un vistazo, si se podía decir de aquel modo, a las encarnaciones vocales de sus personajes.

—Cena *shabbes* —dijo Joe mientras pasaban por delante del edificio Time-Life. Joe aseguraba haber visto una vez a Ernest Hemingway salir de allí, y cuando pasaron por delante Sammy lo buscó con la mirada.

—Lo vi, te lo juro.

—No lo dudo. Sí, cena *shabbes*. En casa de mi madre. Comida mala. La casa

como un horno. No te lo puedes perder.

—Tengo una cita con Rosa —dijo Joe—. Creo que cenaremos con su padre en su casa.

—¡Pero si hacéis lo mismo casi todas las noches! Vamos, Joe, no me hagas ir solo. Me voy a poner furioso, va en serio.

—Rosa tiene razón —dijo Joe.

—Como de costumbre. ¿Y en qué tiene razón esta vez?

—En que necesitas una chica.

El vestíbulo del edificio de la RCA era frío y oscuro. El susurro de los tacones de los zapatos en el suelo de piedra y la pomposidad sombría y reconfortante de los murales de Sert y Brangwyn permitieron experimentar a Sammy algo que reconoció como tranquilidad por primera vez en todo el día. Un joven regordete los estaba esperando en el mostrador del vigilante, mordisqueándose un dedo manicurado. Se presentó como Larry Sneed, ayudante del productor George Chandler, y les enseñó a firmar el registro y sujetarse los pases a las chaquetas.

—El señor Chandler está muy contento de que hayan podido venir —dijo Sneed por encima del hombro.

—Es muy amable de su parte por invitarnos.

—Bueno, se ha convertido en fan del trabajo de ustedes.

—¿Lo lee?

—Oh, lo estudia como si fuera la Biblia.

Salieron del ascensor, bajaron por una escalera, cruzaron un vestíbulo hasta otra escalera, esta de bloques de hormigón gris y acero, luego entraron en un pasillo blanco y sombrío, pasaron por delante de la puerta cerrada de un estudio con la inscripción EN EL AIRE iluminada y entraron en otro estudio. Hacía frío, había mucho humo y poca luz. En el extremo de la enorme sala amarilla, tres grupos de actores con ropa informal sostenían sus guiones en las manos y rodeaban un grupo de tres micrófonos. En medio de la sala había dos hombres sentados a una mesa pequeña, escuchando. Había páginas de guión por todas partes, desperdigadas por el suelo y arrastradas por la corriente de aire hasta los rincones. Se oyó un disparo. Sammy fue la única persona en la sala que dio un respingo. Miró a su alrededor, espantado. A su izquierda había tres hombres en medio de un surtido de utensilios de cocina, madera y trozos de metal. Uno de ellos tenía una pistola en la mano. Todos estaban sudando en abundancia a pesar del aire acondicionado.

—¡Oooh, me diste! —gritó Larry Sneed. Se agarró la panza enfundada en una camisa de seda y se dio media vuelta—. Ja, ja, ja —fingió que reía. El actor que estaba hablando en ese momento se calló y todo el mundo se giró para mirar. Todos parecieron agradecer la interrupción, pensó Sammy, salvo el director, que frunció el ceño—. Hola, chicos, siento interrumpirlos. Señor Chandler, aquí tengo a un par de

jóvenes brillantes como yo que quieren conocer a nuestro maravilloso reparto. El señor Sam Clay y el señor Joe Kavalier.

—Hola, chicos —dijo uno de los dos hombres de la mesa del medio, levantándose de su silla. Era de la misma edad que tendría el padre de Sammy de seguir vivo, pero alto y refinado, con una barba corta y cuidada y unas gafas extragrandes de montura negra que Sammy pensó que le daban aspecto de científico—. Este es el señor Cobb, nuestro director. —Cobb saludó con la cabeza. Igual que Chandler, llevaba traje y corbata—. Y esta cuadrilla de desarrapados es nuestro reparto. Perdonad su aspecto pero llevan toda la semana ensayando. —Chandler señaló a los actores que estaban frente a los micrófonos, ungiendo a cada uno de ellos de lejos con un gesto breve del dedo mientras recitaba su nombre y papel—. Esa es la señorita Verna Kaye, nuestra Plum Blossom. Pat Moran, nuestro Big Al. Y Howard Fine como el malvado Kommandant X. Luego les presento a la señorita Helen Portola, nuestra Poison Rose. Ewell Conrad como Omar. Eddie Fontaine como Pedro.

Y nuestro presentador, el señor Bill Parris.

—Pero Poison Rose está muerta —dijo Joe.

—En la radio todavía no la hemos matado —dijo Chandler—. Y ese tipo grande y atractivo de allí es nuestro Escapista, el señor Tracy Bacon.

Sammy estaba demasiado distraído para fijarse en el señor Tracy Bacon.

—¿Pedro? —dijo.

—El viejo tramoyista portugués —asintió Chandler—. Sirve de contrapunto cómico. El patrocinador ha pensado que había que alegrar un poco la historia.

—Encantaaado de conoserlos, señooores —dijo Eddie Fontaine, quitándose su sombrero portugués imaginario.

—¿Y el viejo Max Mayflower? —preguntó Sammy—. ¿Y el hombre de la Liga de la Llave de Oro? ¿No sacáis a la Liga?

—Lo intentamos con la Liga, ¿verdad, Larry?

—Sí, señor Chandler.

—Cuando uno estrena una serie, es mejor ir directo al grano —dijo Cobb—. Saltarse los preliminares.

—De eso ya nos ocupamos en la intro —explicó Chandler—. ¿Bill?

—¡Provisto de un entrenamiento físico y mental extraordinario —empezó Bill Parris—, un equipo de ayudantes de primera y una sabiduría arcana, recorre el mundo entero protagonizando hazañas asombrosas...!

Todo el reparto se unió para la coletilla.

—¡Acude al auxilio de quienes sufren en las garras de los tiranos!

—¡Él... es... el Escapista!

Todo el mundo se rió, salvo Joe, que aplaudió. Y por alguna razón, Sammy estaba irritado.

—¿Y qué pasa con Tom Mayflower? —insistió—. ¿Quién va a ser Tom?

Una voz adolescente jovial y un poco ronca sonó en el rincón.

—¡Yo voy a ser Tom, señor Clay! ¡Y caramba, me hace una ilusión tremenda!

Aquello hizo reír de nuevo a todo el mundo. Tracy Bacon miró fijamente a Sammy, sonriente y con las mejillas ruborizadas, principalmente por el placer, o eso parecía, de ver la cara de asombro de Sammy. Bacon era un Escapista tan perfecto que parecía que lo habían elegido para interpretarlo en una película y no en las ondas. Medía metro noventa, tenía la espalda ancha, un hoyuelo en la barbilla y el pelo rubio y brillante ajustado a la coronilla como una placa metálica pulimentada. Llevaba una camisa Oxford desabotonada encima de una camiseta de punto elástico. Tal vez su musculatura no era tan grande como la del Escapista pero sí era claramente visible. «Bien parecido e imperialmente esbelto», pensó Sammy.¹³

—Por favor, caballeros, siéntense —dijo Chandler—. Larry, encuéntrales un sitio para que se sienten.

—Ese tipo es idéntico al Escapista —dijo Joe—. Me da escalofríos.

—Lo sé —dijo Sammy—. Y habla exactamente igual que Tom Mayflower.

Se sentaron en un rincón y observaron el ensayo. El guión estaba adaptado —muy libremente— del tercer episodio del Escapista de Sammy, que había introducido el personaje de la malvada hermana de Plum Blossom, Poison Rose, un plagio directo de la Dragon Lady de Milton Caniff a quien Sammy, avergonzado por el descaro de su robo, había matado en el n.º 4 de *Radio Comics*. En la Gran Ópera del Bund en Shangpo, Rose se había arrojado entre una bala destinada a Tom Mayflower y la pistola de un agente nazi de quien hasta ese momento había sido aliada. Pero los chicos de la radio la habían revivido, y Sammy tenía que admitir que ciertamente parecía gozar de buena salud. Helen Portola era el único miembro del reparto que no llevaba ropa informal, y su vestido de popelina verde brillante le daba un aspecto elegante, refinado y sensual. Cuando le gruñía sus frases diabólicas al Escapista, al que había dejado sin poderes con el legendario Ópalo Ojo de Luna robado, miraba a Tracy Bacon con un amor perfectamente logrado en la mirada y las hacía sonar como un flirteo. Walter Winchell ya había vinculado sus nombres en una de sus columnas.

En conjunto, a Sammy le parecieron dos horas deprimentes. Era la primera vez, aunque no sería la última, que otros escritores se apropiaban de una de sus creaciones y la empleaban para sus propios fines, y aquello lo trastornó hasta el punto de avergonzarse. Era en gran medida la misma historia —salvo por Pedro, claro— y sin embargo en cierta forma era completamente distinta. Parecía tener un tono más ligero y jovial que los cómics, sin duda debido en parte al brillo audible de la sonrisa de Tracy Bacon. El diálogo se parecía mucho a los diálogos de *El señor Keen, buscador de gente perdida*. Aquello era lógico, pero de alguna forma también deprimió a Sammy. Había escrito diálogos igual de malos —aunque por sugerencia de Deasey

había estado estudiando la obra de escritores de diálogos con gancho como Irwin Shaw y Ben Hecht—, pero dichos en voz alta sonaban peor. Todos los personajes parecían lentos en sus respuestas, como ligeramente retrasados. Sammy se revolvió incómodo en la silla. Joe permaneció enfrascado un rato en los ensayos, luego pareció despertar de pronto. Se inclinó hacia delante.

—¿Genial, no? —dijo. Hablaba en susurros, lo cual quería decir que estaba tramando algo. Se miró el reloj de pulsera—. Mierda, son las cinco. Me tengo que ir, colega.

—¿Te tienes que ir, «colega»?

—Sí, «colega». Es como «tío». ¿Qué pasa, colega? No llegues tarde, colega. ¿Tú nunca dices «colega»?

—No, nunca —dijo Sammy—. Eso solamente lo dicen los negros, Joe. Ethel nos espera sobre las seis.

—Sí, bien. Las seis.

—Dentro de una hora.

—Vale.

—¿Vas a venir, verdad?

El señor Cobb se giró en su silla y los volvió a mirar con el ceño fruncido. Ellos se taparon la boca. Joe señaló la puerta con la cabeza. Sammy se levantó y lo siguió al vestíbulo. Joe cerró la pesada puerta del estudio y apoyó el hombro en ella.

—Joe, dijiste que vendrías.

—Tuve mucho cuidado de no decir eso.

—Bueno, no tengo la transcripción a mano, pero a mí me pareció entender eso.

—Sammy, por favor. No me obligues. No quiero ir. Quiero salir con mi chica. Quiero divertirme —se ruborizó. Todavía le costaba admitir que era capaz de hacer algo como divertirse—. No es culpa mía que no tengas a nadie...

La puerta del estudio se abrió de golpe y envió a Joe contra la pared.

—¡Lo siento! —dijo Tracy Bacon. Apartó la puerta con cuidado para ver cómo estaba Joe—. Santo Ópalo Ojo de Luna, ¿estás bien?

—Sí, gracias —dijo Joe, frotándose la frente.

—Maldita sea, ¡tenía tantas ganas de salir de ahí que no me he molestado en mirar por dónde iba! Tenía miedo de que se hubieran marchado sin que yo tuviera ocasión de hablar con el señor Clay.

—¡Hablen ustedes! ¡Hablen! —dijo Joe, dando unas palmaditas a Bacon en el hombro—. Por desgracia, yo me tengo que ir. Señor Bacon, ha sido un placer conocerlo, creo que es un Escapista perfecto.

—Vaya, gracias.

Joe puso la espalda recta.

—*Gut* —dijo. Con Bacon cuidadosamente interpuesto entre ellos, se despidió

tímidamente de Sammy con la mano y esquivó a Bacon para marcharse a toda prisa por el pasillo. Antes de llegar a las escaleras, se detuvo y se giró. Miró a Sammy a los ojos, con expresión grave y contrita, como si estuviera a punto de hacer una confesión completa de todas las cosas malas que había hecho en su vida. Luego enseñó su pase de visitante, a lo Melvin Purvis, y se fue. Y aquello, tal como sabía Sammy, era lo más parecido a una disculpa que podía venir de Joe.

—Vaya —dijo Bacon—. ¿Adónde va con tanta prisa?

—Con su novia —dijo Sammy—. La señorita Rosa Luxemburg Saks.

—Ya veo —Bacon tenía un ligero acento sureño—. ¿Ella también es extranjera?

—Sí —dijo Sammy—. Es del Greenwich Village.

—Me suena.

—Es un sitio muy atrasado.

—¿De veras?

—La gente de allí vive en estado casi salvaje.

—He oído decir que comen perros.

—Rosa sabe preparar cosas maravillosas a base de perro.

Al remitir aquel arranque de burla relativamente elaborada, se quedaron avergonzados. Por alguna razón, Tracy Bacon le daba un poco de miedo. Decidió que Bacon estaba jugando con él, siendo condescendiente. Los tipos fornidos, radiantes, llenos de confianza y con voces de barítono siempre le provocaban una conciencia muy aguda de lo enclenque, moreno y judío que era él, un arabesco torpe de tinta sobre una hoja de papel rugoso.

—¿Tiene usted algo que preguntarme? —dijo Sammy con frialdad.

—Sí, quería... Cuidado. —Dio un puñetazo a Sammy en el hombro. No le dolió pero tampoco fue un golpe suave. Gracias a Tracy Bacon, el hecho de no ser siempre consciente de su propia fuerza se iba a convertir en uno de los rasgos característicos del Escapista—. Normalmente no haría una cosa así, pero cuando le he echado un vistazo a usted y he visto que no era mayor que yo, quizás incluso más joven... ¿qué edad tiene?

—Veintipocos —dijo Sammy.

—Yo, veinticuatro —dijo Bacon—. Los cumplí la semana pasada.

—Feliz cumpleaños.

—Señor Clay...

—Sammy.

—Tracy.

El apretón de Bacon fue firme y brusco e hizo subir y bajar la mano de Sammy media docena de veces.

—Sammy, no sé si te has dado cuenta o no —dijo Bacon—, pero tengo un pequeño problema ahí dentro...

La puerta se abrió de nuevo y el resto de actores empezaron a salir. Helen Portola fue sigilosamente hasta Bacon, lo cogió del brazo y lo miró desde abajo con la misma expresión ardiente a la que había aludido Walter Winchell. Se dio cuenta en el acto de que Bacon estaba tramando algo y clavó una mirada interrogante en Sammy. Sonrió, pero a Sammy le pareció ver una sombra de preocupación en sus enormes ojos verdes.

—¿Trace? Nos vamos todos a Sardi's.

—Guárdame un sitio, ¿quieres, preciosa? —dijo Bacon. Le dio un apretón en el hombro—. Resulta que el señor Clay y yo tenemos un amigo mutuo. Nos estamos poniendo al día.

A Sammy le asombró la facilidad y la naturalidad con que Bacon mentía. Helen Portola clavó una mirada extremadamente fría y cautelosa en Sammy, como si intentara calcular que vínculo humanamente posible podía haber entre él y Tracy Bacon. Luego besó a Bacon en la mejilla y se marchó, no sin mostrar abiertamente sus reticencias. Sammy debió de quedarse con cara de pasmo.

—Oh, soy un mentiroso terrible —dijo en tono risueño—. Ahora venga, déjame que te invite a una copa y te lo explico.

—Caramba —dijo Sammy— Me gustaría, pero...

Bacon agarró a Sammy del hombro —con suavidad— y lo rodeó con el brazo, conduciéndolo así hasta el final del vestíbulo, junto a una salida de incendios. Bajó la voz hasta convertirla en un susurro conspiratorio.

—Sammy. Te voy a confesar algo —hizo una pausa, como dándole a Sammy un momento para sentirse agradecido por ser destinatario de su confianza. Sammy estaba casi (casi) lo bastante desconcertado para hacerlo—. Estoy metido en un lío gravísimo. ¡No soy actor! En la universidad estudié ingeniería civil. Hace dos meses estaba fregando la cubierta de un carguero. De acuerdo, tengo una voz ideal para la radio —compuso una mueca severa y casi paternal con sus cejas rubias y su boca casi femenina—, pero eso no basta y lo sé. En esta profesión no se puede salir adelante solamente con la capacidad natural. —Parecía tan complacido por la dureza con que se estaba tratando a sí mismo que esa dureza pareció desaparecer de repente—. Es mi primer gran papel. Quiero hacerlo muy, muy bien. Si pudieras darme algunas, ya sabes...

—¿Ideas?

—¡Exacto! —Le dio una palmada en el pecho a Sammy con la mano derecha—. ¡Eso es! Confiaba en que pudiéramos sentarnos, ya sabes, y yo pudiera invitarte a una copa, y tú pudieras hablarme un poco del Escapista. Con Tom Mayflower no tengo ningún problema.

—No, parece que se te da bastante bien.

—Bueno, señor Clay, es que yo soy Tom Mayflower, y eso lo explica todo. Pero

el Escapista, caramba, no sé. Parece... Parece que se lo toma todo tan rematadamente en serio.

—Bueno, señor Bacon, tiene que luchar contra problemas muy serios... —empezó Sammy, torciendo el gesto ante su propia pretenciosidad. Sentía que tenía que alegrarse por aquella oportunidad que Bacon le ofrecía de obtener cierta influencia por pequeña que fuera sobre la dirección del programa de radio, y sin embargo descubrió que Tracy Bacon le daba más miedo que antes. Sammy venía de un país de oradores enérgicos, intensos y a los que no se podía interrumpir, y estaba acostumbrado a que lo arengaran, pero nunca había sentido que lo apelaran de una forma tan directa, no solamente a los oídos sino también a los ojos. Nadie con el aspecto de Tracy Bacon, que él recordara, le había dirigido nunca la palabra. El mediocampista de fútbol americano rubio, con bombachos y el trofeo de la liga en las manos, barriendo con el brazo todo lo que se le ponía por delante, no era un tipo que abundara mucho por Brownsville, Flatbush ni por la Escuela de Artes Manuales. Sammy se había encontrado con uno o dos de aquellos bueyes cultivados de piel rosada, con sus cárdigans y sus peinados de universitarios, durante sus breves incursiones en el mundo de Rosa Saks, pero ciertamente ninguno de ellos le había hablado, ni siquiera ninguno había dado muestras de reparar en su presencia—. El mundo actual tiene problemas muy serios. —¡Dios, estaba hablando como un director de escuela! Tenía que callarse—. No puedo, de verdad —dijo. Se miró el reloj. Ya eran casi las cinco y diez—. Voy a llegar tarde a una cena.

—¿A las cinco un viernes por la noche? —Bacon encendió su sonrisa de cincuenta amperios—. Suena a farol.

—No te lo puedes ni imaginar —dijo Sammy.

DOS

—¿Dónde está el matorral que da nombre a Flatbush? —dijo Bacon mientras salían del metro. Se detuvo y miró al otro lado de la avenida, hacia la entrada de Prospect Park—. ¿Lo guardan por aquí?

—En realidad, lo van moviendo —dijo Sammy. Se habían tomado dos copas cada uno, pero por alguna razón Sammy no se sentía en absoluto bebido. Se preguntaba si el miedo contrarrestaba los efectos del alcohol. No sabía qué le daba más miedo: Tracy Bacon o presentarse a cenar en casa de Ethel tarde, apestando a ginebra y llevando consigo el trozo de carne no kosher más grande del mundo. En la estación de metro se había comprado un paquete de caramelos Sen-Sen y se había comido cuatro—. Tiene ruedas. —Le dio un tirón a la manga del blazer azul de Bacon—. Vamos, llegamos tarde.

Mientras llamaba al timbre del 2-B —no encontraba su llave— se dio cuenta de que tenía que estar muy, muy borracho. Era la única explicación posible de lo que estaba a punto de hacer. No estaba seguro exactamente de cuándo había extendido la invitación ni de en qué punto le había quedado claro que Bacon la había aceptado. En el bar del St. Regis, bajo la mirada jovial del *King Cole* de Parrish, su conversación se había alejado tan rápidamente de las dificultades de Bacon con el personaje del Escapista que Sammy ya no recordaba qué ideas había sido capaz de darle sobre el papel, si es que le había dado alguna. Casi de repente, al parecer, Bacon había iniciado un recitado espontáneo (que, aunque no era la primera vez que lo llevaba a cabo, obviamente le seguía interesando de forma considerable) sobre su infancia, su educación y sus viajes, un relato extravagante —había vivido en Texas, California, Filipinas, Puerto Rico, Hawai y más recientemente en Seattle; su padre era general de brigada, su madre una aristócrata inglesa; había navegado en un mercante; había domado caballos en Oahu; había ido a un internado donde había jugado a hockey y lacrosse y boxeado un poco— en el que, paradójicamente, afirmaba echar en falta un sentido o una meta que sirviera de fundamento. Todo el tiempo, la infancia de Sammy, su educación y sus viajes de Pitkin Avenue a Surf Avenue, alertándolo del olor inconfundible a patrañas, batallaron contra su debilidad natural por las aventuras. Mientras permanecía sentado escuchando, con el sabor a pomada de la ginebra en la boca, a la vez lleno de envidia e incapaz de olvidar el eco de la risueña confesión de Bacon —«soy un mentiroso terrible»—, pareció emerger, a pesar del atractivo físico de Bacon, de sus amigos actores y de su novia elegante como un gin-tonic, e independientemente de la certeza o la falsedad de lo que estaba explicando, un retrato inconfundible que a Sammy le sorprendió reconocer: Tracy Bacon estaba solo. Vivía en un hotel y comía en restaurantes. Sus amigos actores se creían sus historias no porque fueran ingenuos sino porque les suponía un esfuerzo menor. Y ahora, con un

instinto infalible, había olido la soledad de Sammy. La presencia de Bacon al lado de Sammy, esperando la respuesta del 2-B, era testimonio de aquello. A Sammy no se le ocurrió que Bacon estaba simplemente borracho, que tenía veintiún años (no veinticuatro) y que se lo estaba inventando todo sobre la marcha.

—Es el timbre más desagradable que he oído en mi vida —dijo Bacon cuando llegó por fin la respuesta.

Sammy le aguantó la puerta del vestíbulo:

—Es la voz de mi madre —dijo—. Ahí dentro hay un cilindro de cera.

—Estás intentando asustarme —dijo Bacon.

Subieron los escalones que habían fatigado durante tantos años las piernas de Sammy. Sammy llamó con los nudillos.

—Mantente alejado de la puerta —dijo.

—Déjalo ya.

—Cuidado con los dedos. ¡Mamá!

—Mira quién hay.

—No hace falta que muestres tanta alegría.

—¿Dónde está tu primo?

—Ya tenían planes. Mamá, he traído a un amigo. Es el señor Tracy Bacon. Va a interpretar al Escapista. En la radio.

—Cuidado, no se dé en la cabeza —fue lo primero que Ethel le dijo a Bacon. Y luego—. Vaya, vaya. —Sonrió y le ofreció la mano, y Sammy vio que estaba impresionada. Tracy Bacon resultaba bastante espectacular. Ella retrocedió para verlo mejor y se quedó allí admirándolo como uno de los turistas a los que Sammy sorteaba cada día cuando entraba y salía de trabajar—. Es usted muy guapo. —No sonó como un cumplido sincero. Podría haber sido un comentario acerca de lo fraudulentos que resultaban los paquetes bonitos.

—Gracias, señora Clay —dijo Bacon.

Sammy se estremeció.

—No me llamo así —dijo Ethel, pero no pareció enfadada. Miró a Sammy—. Ese nombre nunca me ha gustado. Bueno, entrad, sentaos, he hecho demasiado, oh, bueno. La cena estaba lista hace rato y os habéis perdido las velas. Siento decirlo, pero no podemos retrasar la puesta del sol ni siquiera en honor de los grandes guionistas de cómics.

—He oído que han cambiado esa regla —dijo Sammy.

—Hueles a caramelos Sen-Sen.

—Me he tomado una copa —dijo él.

—Ah, te has tomado una copa. Qué bien.

—¿Qué? Me puedo tomar una copa si quiero.

—Claro que puedes. Tengo una botella de *slivovitz* en alguna parte. ¿Quieres que

te la saque? Te la puedes beber entera si quieres.

Sammy se giró y le hizo una mueca a Bacon: ¿qué te decía yo? Siguieron a Ethel hasta la sala de estar. El ventilador eléctrico estaba encendido en la ventana, pero, de acuerdo con las teorías personales de Ethel en materia de higiene y termodinámica, estaba orientado hacia fuera, a fin de expulsar el aire caliente de la habitación y dejar detrás de sí una zona completamente teórica de frío. Bubbie estaba de pie, con una enorme sonrisa perpleja en la cara y las gafas brillando. Llevaba un vestido ancho de algodón con amapolas estampadas.

—Mamá —dijo Ethel en inglés—. Este caballero es un amigo de Sammy. El señor Bacon. Es un actor en la radio.

Bubbie asintió y estrechó la mano de Bacon.

—¿Cómo está usted? —dijo en yiddish. Al principio pareció reconocer a Tracy Bacon, lo cual resultaba extraño, porque hacía años que parecía no reconocer a nadie. Después ya no estaba claro quién creía que era Bacon. Le estrechó la mano vigorosamente con las dos manos.

Por alguna razón, la imagen de Bubbie estrechando la mano enorme y rosada de Bacon hizo reír a Ethel.

—Siéntese, siéntese —dijo—. Mamá, suéltalo. —Miró a Sammy—. Siéntate. —Sammy intentó sentarse—. Pero ¿qué pasa, que ya no sabes besar, señor Sam Clay?

Sammy besó a su madre.

—¡Mamá, me haces daño! ¡Au!

Ella lo soltó.

—Me gustaría romperte el cuello —dijo ella. Parecía de muy buen humor—. Voy a poner la cena en la mesa.

—Cuidado con la pala.

—Qué gracioso.

—¿Es así como hablas a tu madre?

—Oh, me gusta tu nuevo amigo —dijo Ethel. Lo agarró del brazo y le dio un golpecito en su enorme bíceps derecho. Parecía que se le hubiera hecho una justicia suprema. La cara de perplejidad de Bacon parecía genuina—. Este joven quiere a su madre.

—Puede estar segura —dijo Bacon—. ¿Puedo ayudarla en la cocina, señora, emmm...?

—Klayman. K-L-A-Y-M-A-N. Punto.

—Señora Klayman. Tengo mucha experiencia en pelar patatas, o en cualquier cosa que le haga falta.

Ahora le tocó a Ethel mostrarse perpleja.

—Oh... no. Ya está preparada. Solamente lo estoy recalentando todo.

Sammy quiso señalar que recalentarlo todo varias veces a fin de eliminar

cualquier resto de sabor era parte integral de la técnica culinaria de Ethel, pero se mordió la lengua. Bacon lo había avergonzado.

—Usted no cabe en mi cocina —dijo Ethel—. Siéntese.

Bacon la siguió a la cocina. Sammy todavía no había visto a su «nuevo amigo» aceptar un no por respuesta. A pesar de su altura y sus espaldas de nadador, Tracy Bacon no parecía guiarse por la confianza en sus propias capacidades sino en su convicción de que era bienvenido allí donde fuera. Era rubio y hermoso y sabía pelar patatas. Para sorpresa de Sammy, Ethel permitió que Bacon la acompañara.

—Nunca llego a ese cuenco de ahí arriba —la oyó decir—. El del tucán.

—Bueno, Bubbie —dijo Sammy—. ¿Cómo estás?

—Bien, cariño —dijo ella—. Yo, bien. ¿Y tú?

—Ven a sentarte. —Intentó hacerla sentarse en la otra silla amarilla. Ella lo apartó bruscamente.

—Ve tú. Yo quiero estar de pie. Me paso el día sentada.

Sammy podía oír en la cocina —no conseguía pasarlo por alto— el estruendo jovial de la voz de Bacon, con su agudo registro lírico. El parloteo constante que mantenía Bacon, igual que el de Sammy, parecía destinado a impresionar y fascinar, con una diferencia crucial: Bacon impresionaba y fascinaba. La risa de azúcar quemado de Ethel llegaba a intervalos de la cocina. Sammy intentó oír lo que Bacon le estaba diciendo.

—¿Y qué has hecho hoy, Bubbie? —dijo, dejándose caer en el sillón—. Belmont está abierto. ¿Has ido a las carreras?

—Sí, sí —dijo Bubbie en tono afable—. He ido a las carreras.

—¿Has ganado algo de dinero?

—Oh, sí.

Con Bubbie nunca podías estar seguro de si le estabas tomando el pelo o no.

—Josef te manda un beso —le dijo en yiddish.

—Me alegro —dijo Bubbie en inglés—. ¿Y cómo está Samuel?

—¿Samuel? Ah, bien —dijo Sammy.

—Me ha echado —Bacon salió de la cocina llevando un pequeño delantal de fregar platos con dibujos de pompas de jabón de color azul pálido—. Creo que estaba estorbando.

—Oh, nunca hagas eso —dijo Sammy—. Una vez me interpuse en el camino de un panecillo y me tuvieron que poner nueve puntos.

—Muy gracioso —dijo Ethel, entrando en la sala de estar—. Se desató el delantal y se lo tiró a Sammy—. A comer.

La cena consistía en un manguito peludo, una docena de pinzas de la ropa y un viejo paño de cocina hervido con zanahorias. El hecho de que la comida se sirviera con un frasco de rábanos picantes permitió a Sammy concluir que se suponía que

estaban comiendo costillitas de ternera estofadas... filete de costado. Muchas de las especialidades de Ethel se presentaban codificadas de aquella forma por los condimentos. Tracy Bacon repitió tres veces. Limpió su plato con un trozo de challah.¹⁴ Tenía las mejillas sonrosadas por la intensidad del placer con que había comido. Por eso, o bien por los rábanos picantes.

—¡Uau! —dijo, dejando por fin su servilleta—. Señora Klayman, es lo mejor que he comido en mi vida.

—Sí, ¿pero qué era? —dijo Sammy.

—¿Habéis comido bastante? —dijo Ethel. Parecía complacida pero a Sammy le pareció que también estaba un poco perpleja.

—¿Habéis hecho sitio para mi *babka*? —dijo Bubbie.

—Siempre hago sitio para el postre, señora Kavalier —dijo Bacon. Se giró hacia Sammy—. ¿El *babka* es postre?

—Una eterna pregunta entre mi gente —dijo Sammy—. Algunos dicen que en realidad se trata de un tipo de escabel pequeño.

Ethel se levantó para hacer café. Bacon se puso en pie y empezó a recoger los platos.

—Ya basta —le dijo Sammy, obligándolo a sentarse otra vez—. Me estás haciendo quedar muy mal. —Recogió los platos y cubiertos sucios y los llevó a la cocina diminuta.

—No los amontones —dijo su madre a modo de agradecimiento—. Se ensucian por debajo.

—Solamente intento ayudar.

—Tu forma de ayudar es peor que no ayudar. —Puso la cafetera en el quemador y abrió el gas—. Apártate —dijo, encendiendo una cerilla. Debía de llevar treinta años encendiendo fogones de gas, pero cada vez que lo hacía parecía que estaba entrando en un edificio en llamas. Abrió el grifo del fregadero y puso los platos debajo. De las burbujas de Lux salió humo: el agua de fregar debía de estar antibacterianamente caliente—. Parece como si a tu amigo lo hubiera dibujado Josef— dijo.

—¿Verdad que sí?

—¿Le pasa algo a tu primo?

Sammy sospechó que los sentimientos de su madre estaban heridos.

—Quería venir de verdad, mamá —dijo—. Pero no le hemos avisado con bastante tiempo, ¿sabes?

—No me importa en absoluto.

—Solamente te lo digo.

—¿Hay noticias? ¿Qué dice el hombre de la agencia?

—Hoffman dice que los niños siguen en Portugal.

—Con las monjas. —De niña, durante la primera guerra, a Ethel la habían

cobijado brevemente las monjas ortodoxas. La habían tratado con una amabilidad que nunca había olvidado, y Sammy sabía que ella preferiría que su sobrino se quedara con aquellas carmelitas portuguesas, en la seguridad relativa de un orfanato de Lisboa, a que viajara por un océano plagado de submarinos en un vapor de tercera mano con un nombre ridículo. Pero al parecer la Iglesia católica de Portugal estaba presionando a las monjas para que no albergaran de forma permanente a niños judíos de Europa central.

—El barco ya está en camino —dijo Sammy—. Para recogerlos. Ha entrado en uno de esos convoyes, ya sabes, con cinco destructores de la marina americana. Thomas tendría que estar aquí dentro de un mes, según Joe.

—Un mes —su madre le dio un trapo y un plato—. Seca.

—Sí. Y Joe está feliz. También parece feliz con Rosa. Ya no se mata a trabajar como antes. Con lo que ganamos ahora he podido convencerle de que dejara todos los cómics en que estaba trabajando salvo tres.¹⁵ He tenido que contratar a cinco tipos para reemplazarlo.

—Me alegro de que se esté tranquilizando. Antes se estaba desquiciando. Se metía en peleas. Se hacía daño a propósito.

—Lo curioso es que creo que le gusta esto —dijo Sammy—. No me sorprendería que decidiera quedarse cuando termine la guerra.

—*Kayn ayn hora* —dijo su madre—. Confíemos en que pueda elegir.

—Qué idea tan alegre.

—No conozco muy bien a esa chica. Pero me pareció... —Vaciló, como si no quisiera llegar al extremo de elogiar a la chica—. Me da la sensación de que tiene una buena cabeza sobre los hombros. —El mes anterior, Joe y Rosa habían llevado a Ethel a ver *El difunto protesta*. A Ethel le gustaba Robert Montgomery—. Podría haber elegido mucho peor.

—Sí —dijo Sammy—. Rosa está bien.

Luego, durante un minuto, se limitó a secar los platos y tenedores que su madre le pasaba y a colocarlos en el estante bajo su mirada vigilante. No se oía más que el chirrido del paño, el tintineo de los platos y el borboteo constante del agua caliente en el fregadero. En el comedor, parecía que a Bacon y Bubbie se les habían acabado los temas de conversación. Era uno de aquellos silencios prolongados que significaban, a decir de Ethel, que en alguna parte acababa de nacer un idiota.

—Me gustaría conocer a alguien, ya sabes —dijo Sammy por fin—. He estado pensando. Estos últimos días. Conocer a alguien que me gustara.

Su madre cerró el grifo y sacó el tapón del fregadero. Tenía las manos rojas del agua hirviendo.

—A mí también me gustaría —dijo ella. Abrió otro cajón y sacó la caja de papel encerado. Arrancó un trozo, lo extendió sobre la encimera de zinc y cogió un plato

del estante.

—¿Qué tal lo ha hecho? —le preguntó ella, poniendo el plato del revés sobre el trozo de papel encerado.

—¿Quién?

Ella señaló con la cabeza en dirección al comedor:

—Ese de ahí. —Dobló los extremos del papel por encima del plato y los alisó—. En el ensayo de hoy.

—Ha estado bien —dijo Sammy— Lo ha hecho bien. Sí, creo que servirá.

—¿De verdad? —dijo ella, y, levantando el plato envuelto en papel, lo miró a los ojos por primera vez en toda la velada.

Aunque el episodio regresaría a menudo a su memoria en los años venideros, Sammy nunca llegaría a saber exactamente qué quiso decir ella con aquella mirada.

TRES

Al día siguiente, un joven neoyorquino adinerado llamado Leon Douglas Saks siguió los pasos de sus abuelos y fue llamado ante la Torá a celebrar su bar mitzvah. Era primo segundo de Rosa, y aunque ella no lo conocía personalmente, no tuvo problema para conseguir una invitación a la recepción en el Pierre en calidad de novia de uno de los artistas en el cartel, el prestidigitador conocido como el Asombroso Cavalieri.

Tras despertar de una cabezadita poscoital ese mismo sábado por la tarde, en el dormitorio de Rosa bajo el alero de la casa, el Asombroso Cavalieri se quedó de pie frente al espejo lleno de pañuelos, mirando con notable interés su propio reflejo al desnudo. Rosa se tapó la cabeza con una almohada y se quedó muy quieta para espiar cómo se miraba a sí mismo. Podía notar el rastro del aliento de Joe en el suyo, el sabor indeterminado pero característico de sus labios, algo a medio camino entre arce y humo. Al principio, mientras lo miraba, ella pensaba que estaba enfrascado en la admiración de sí mismo, y como consideraba que su falta de vanidad por su aspecto físico —las camisas con la pechera sucia de tinta, las chaquetas arrugadas y los bajos de los pantalones raídos— era en sí misma una forma de vanidad, que a ella le gustaba, aquello le pareció divertido. Se preguntaba si él sería consciente del peso que su cuerpo largo y huesudo había ganado en los últimos meses. Cuando empezaron a salir juntos, él estaba tan absorbido por el trabajo que raras veces tenía tiempo para comer y sobrevivía de forma misteriosa a base de café y plátanos, pero igual que la propia Rosa, con satisfacción considerable, había empezado a absorber más y más a Joe, él se había convertido en invitado regular a la cena en casa del padre de ella, donde nunca había menos de cinco platos y tres clases distintas de vino. Ya no se le veían las costillas, y su trasero diminuto de muchacho había adoptado un peso más viril. Parecía, pensó ella, que estuviera llevando a cabo un proceso de transferencia de Checoslovaquia a América, de Praga a Nueva York, un proceso gradual, y que cada día hubiera una parte mayor de él a este lado del océano. Se preguntó si aquello era lo que él estaba admirando ahora: la prueba de su existencia irrefutable allí, en aquella orilla, en aquel dormitorio, en manos de ella. Pasó un rato admirando los nudillos de su columna vertebral, las pálidas piedras punteadas de sus hombros. Al cabo de un momento, sin embargo, se dio cuenta de que Joe estaba guiñando los ojos y luego abriéndolos mucho, frunciendo los rabillos y luego poniendo ojos saltones, una y otra vez. Al mismo tiempo iba moviendo los labios en alguna clase de parloteo o encantamiento. De vez en cuando hacía un gesto amplio, extendía los dedos alrededor de un puñado de aire y señalaba con orgullo algún objeto maravilloso e invisible.

Por fin Rosa no pudo aguantarlo más y le tiró la almohada.

—¿Qué demonios estás haciendo?

Joe dio un salto y tiró su cigarrillo del cenicero del tocador. Lo recuperó, limpió la ceniza de la alfombra y luego fue a sentarse en la cama.

—¿Cuánto rato llevas mirando?

—Una hora —mintió ella.

Joe asintió. ¿Llevaba realmente una hora de pie frente al espejo, lanzándose a sí mismo el mal de ojo y maravillándose ante nada?

—Parecía que te estuvieras hipnotizando a ti mismo o algo así.

—Supongo que sí. Supongo que estoy un poco nervioso. —Como resultado de pasar tantas noches en compañía de oradores cultos e inveterados, su inglés había mejorado considerablemente—. Actuar delante de tu familia. De tu padre. —El padre de Rosa llevaba años sin aparecer en una fiesta de la familia Saks, pero esa noche iba a la recepción para ver actuar a Joe. Lo habían invitado a la parte religiosa del acto aquella mañana, también, en B'nai Jeshurun, pero fue en vano. Calculaba que no había entrado en una sinagoga desde 1899—. Ahora mismo cree que soy el mejor mago de Nueva York—. Es porque nunca me ha visto. Después de esta noche, va a pensar que soy un negado.

—Le va a encantar —dijo ella. Le conmovía ver cuánto significaba para Joe la opinión de su padre. Lo interpretaba como una prueba todavía más definitiva de que lo tenía en sus manos—. No te preocupes.

—Hum —dijo él—. Tú ya piensas que soy un negado.

—Yo no —dijo ella, pasándole una mano por el muslo y cogiéndole el pene, que de inmediato empezó a mostrar un interés renovado en ella—. Yo sé que tú haces magia.

Ella lo había visto actuar dos veces. Lo cierto era que Joe era un mago con talento pero descuidado, propenso a morder más de lo que podía masticar. Había reanudado su carrera, según lo prometido, con la recepción de Hoffman el pasado mes de noviembre en el hotel Trevi, y había tenido un principio más bien desigual cuando —olvidando el desdén que su maestro Bernard Kornblum mostraba hacia semejantes «artilugios», y sucumbiendo a la debilidad fatal que había sufrido toda la vida por los actos de valentía y la *beau geste*— se había enredado fatídicamente con el Dragón Imperial, un laborioso truco de larga preparación que había comprado a crédito en la tienda de magia de Louis Tannen. Era un artificio antediluviano de aspecto oriental de la época de apogeo de Ching Ling Foo, en el que un «dragón» de seda dentro de una jaula metálica vomitaba fuego y luego ponía varios huevos de colores. Los huevos eran sometidos al examen de un testigo para que buscara señales de aperturas o cierres antes de ser abiertos con una varita de plata y revelarse que dentro de cada uno había un objeto personal perteneciente a un miembro del público, que hasta ese momento no había sido consciente de la desaparición de su reloj o su encendedor.

Vaciar bolsillos nunca había sido el fuerte de Joe, sin embargo, y hacía tiempo que no practicaba. En el vestíbulo del Trevi, antes del espectáculo, hubo un incidente desagradable con la tía del chico del bar mitzvah, Ida, en torno a su bolso de cuentas, que tuvo que ser arreglado a toda prisa por Hermann Hoffman. Y durante la actuación, Joe se chamuscó la ceja derecha. Después de aquello pasó rápidamente a las cartas y las monedas y ahí fue donde la reanudación de sus ejercicios y el talento natural de sus dedos lo ayudaron. Hizo que medios dólares y reinas de la baraja se comportaran de formas extrañas, les otorgó conciencia y emociones, los transformó en distintos fenómenos climáticos, inició tormentas de ases e invocó centellas de níquel del cielo. Después de terminar su actuación, el joven Maurice Hoffman se trajo a un amigo que celebraba su bar mitzvah al cabo de dos semanas y que había decidido presionar a sus padres para contratar a Joe. Llegaron más reservas: de pronto Joe se dio cuenta de que se había convertido en el artista de variedades de moda entre los adolescentes judíos adinerados del Upper West Side, muchos de los cuales, por supuesto, eran lectores leales de los cómics de Empire. No parecía importarles que de vez en cuando se le cayera un as de la correa del reloj o que les leyera mal la mente. Lo adoraban y él aceptaba su adoración. En realidad, parecía que buscaba activamente la compañía de chicos de trece años, no tanto porque gratificaran su ego, pensó Rosa, como porque parecía añorar espantosamente a su hermano. Y porque la compañía de aquellos chicos —respetuosos, sardónicos, dispuestos a ser maravillados y testarudos en su deseo de llegar al fondo de todos los trucos— parecía ser una buena promesa para Thomas cuando llegara: amigos de inteligencia escandalosa, al mismo tiempo inocentes y mordaces, feos o guapos pero invariablemente bien vestidos, con las caras inmaculadas salvo por una sombra de acné o de barba incipiente. Eran chicos que vivían libres del miedo a la invasión, la ocupación y las leyes crueles y arbitrarias. Con el apoyo de Rosa, Joe empezó, al principio vacilante y luego con gran ardor, a imaginar la transformación de su hermano en un muchacho americano.

A veces, cuando hacía los preparativos en compañía de los padres, salía a colación el nombre de Houdini y a Joe le preguntaban si podía (naturalmente, con un aumento considerable de sus honorarios) realizar una fuga. Pero ahí era donde él marcaba el límite.

—Ya me escapé de Praga —decía, mirándose las muñecas como si buscara la huella de unas esposas—. Me parece que con eso hay bastante.

Los padres, intercambiando miradas con Rosa, se mostraban invariablemente de acuerdo y le firmaban un cheque por cien dólares. A Joe nunca se le habría ocurrido que la razón de su popularidad repentina en el circuito de bar mitzvah del West Side no era el talento errático de sus dedos para la prestidigitación, ni tampoco el fervor incombustible de sus jóvenes fans, sino más bien la compasión que aquellos padres

sentían por un chico judío desarraigado que de alguna forma había conseguido escapar de la sombra de la bandera negra ondeante que se estaba desplegando sobre Europa, y que se sabía que donaba todos sus honorarios a la Agencia de Rescate Transatlántico.

—No hago ningún progreso —decía ahora, mirando con expresión neutra mientras su pene se hinchaba en la mano de ella—. De verdad, es vergonzoso. En Tannen todos se burlan de mí.

—Eres mucho mejor que antes —dijo ella, y luego añadió, con solamente una pizca de autocomplacencia—. Todo va mucho mejor, ¿no?

—Mucho mejor —dijo, moviéndose un poco dentro de la mano de ella—. Sí. Mucho.

Cuando ella lo había conocido, él era una figura solitaria y desamparada, lleno de moretones y maltrecho de tanto pelear por las calles, y con aquella pequeña boca de incendios, Sammy Clay, como único apoyo y socio. Ahora tenía amigos, en la tienda de magia y en el mundo del arte neoyorquino. Había cambiado: ella lo había cambiado. En las páginas de *Radio Comics* —que Rosa leía ahora con lealtad— él y el Escapista continuaban luchando contra las fuerzas de la Cadena de Hierro, en batallas cada vez más laboriosas y grotescas. Pero la triste futilidad de la lucha, que Joe había sentido nada más empezar a trabajar en el cómic y que Rosa había percibido de inmediato, parecía haber empezado a mermar el ingenio de su pluma. Mes tras mes, el Escapista pulverizaba los ejércitos del mal, y sin embargo ya era la primavera de 1941 y el imperio de Adolf Hitler era más extenso que el de Bonaparte. En las páginas de *Triumph*, los Cuatro Libertadores¹⁶ lograron el objetivo orgásmicamente imposible de matar a Hitler, solamente para descubrir, en el número siguiente, que su víctima solamente era una réplica mecánica. Aunque Joe seguía luchando, Rosa se daba cuenta de que su corazón había escapado del tumulto. Era en las páginas de *Muñecas*, en sus reinos alejados de Zothernia y Praga, donde ahora florecía el arte de Joe.

Polilla Luna era una criatura de la noche, del otro mundo, de regiones míticas donde el mal trabajaba por medio de hechizos y maldiciones en lugar de balas, torpedos o cohetes. Luna luchaba en el mundo sobrenatural contra espectros y demonios, y nos defendía a todos los durmientes indefensos del ataque de los reinos oscuros del sueño. Ya había entablado batalla dos veces contra babeantes criaturas arcanas que habían liberado enormes ejércitos interdimensionales de demonios, y aunque era muy fácil ver aquellos argumentos como alegorías de la paranoia, la invasión y la guerra mundial, y el trabajo de Joe en aquella línea como una continuación del conflicto interno de *Radio* y *Triumph*, los dibujos que hacía Joe para *Polilla Luna* eran muy distintos de su trabajo para los demás cómics. El padre de Rosa, con su talento para encontrar fuentes nativas americanas del pensamiento

surrealista, le había enseñado a Joe la obra de Winsor McKay. Los paisajes oníricos urbanos, las perspectivas vertiginosas, el tono lúdico y las extrañas metamorfosis y yuxtaposiciones de *Little Nemo en el País de los Sueños* rápidamente se infiltraron en las páginas de Joe para *Polilla Luna*. De pronto las tres hileras estándar de viñetas rectangulares se convirtieron en una cárcel de la que tenía que escapar. Obstaculizaban sus esfuerzos para introducir los espacios oníricos dislocados y no euclidianos en los que Polilla Luna luchaba. Dividía sus viñetas, las estiraba y distorsionaba, las cortaba en forma de cuñas y tiras. Experimentaba con pantallas de puntos, sombreados, efectos de grabado e incluso con collages.¹⁷ Por aquel paisaje virtuosamente crepuscular volaba una poderosa mujer mordaz de pechos inmensos, alas de hada y antenas peludas. La historieta descansaba precariamente en el punto de equilibrio entre lo maravilloso y lo vulgar que para Rosa era el punto de apoyo del surrealismo. Con cada nuevo número, podía ver a Joe lidiando con las convenciones y clichés de los relatos a menudo cultos de Sammy, buscando una especie de ruptura en su arte. Y estaba decidida a estar con él cuando la encontrara. Tenía la impresión de que, cuando sucediera, ella iba a ser la única que lo viera o lo apreciara. Para ella, Joe tenía ese aire auténtico de artesano solitario, de alfarero genial, como el *Facteur Cheval* o como aquel otro Joe extraño y tímido, el señor Cornell, zarpando hacia lo sublime en un barco construido con lo vulgar, lo despreciable y lo olvidado. Estar con él, apoyándolo como pudiera en aquel momento de zarpar y durante todo el fastuoso viaje que viniera a continuación, se había convertido en algo crucial, así como ayudarlo a traerse a su hermano y atarlo cada vez más a ella y a América con cuerdas irrompibles, en su misión de amor. En cuanto a practicar su propio arte, nunca había sido tanto una misión como una costumbre vieja y taciturna, una forma de atrapar sus emociones e ideas cuando pasaban y clavarlas a un lienzo, por decirlo de alguna forma, antes de perderlas de vista. Al final, al mundo le costaría mucho menos, o al menos a la parte del mundo que leía cómics y pensaba en ellos, aclamar el genio de Joe de lo que le costaría a nadie —y a Rosa más que a nadie— reconocer el de ella.

—Será mejor que me empiece a preparar —dijo, pero no se movió, y ella le apretó el pene con más fuerza.

—¿Qué planeas hacer con esta? —le preguntó ella—. A lo mejor la puedes meter en el espectáculo. Le puedo pintar una carita.

—No trabajo con marionetas.

Llamaron a la puerta. Ella lo soltó y él trepó por encima de ella para meterse también debajo del cobertor.

—¿Sí? —dijo ella.

—¡Abrid! Tengo un regalo para el Asombroso. —Era su padre. Rosa se levantó y se puso un albornoz. Luego cogió el cigarrillo que Joe había dejado encendido en su tocador y fue a la puerta.

Su padre estaba en el pasillo, vestido para la recepción con un traje enorme de tres piezas de cloqué de color chocolate y con una bolsa de lona para transportar ropa colgada del brazo. Miró con curiosidad a Joe, que se había sentado en la cama, con la manta cubriéndolo a duras penas. El hecho de que aquel no fuera el momento oportuno para interrumpir a los jóvenes amantes, o la posibilidad de volver más tarde, simplemente no se le ocurrieron. Se limitó a entrar disparado en la habitación.

—Josef —dijo, levantando la bolsa de lona—. Hemos visto que cada vez que actúas tienes que alquilar el esmoquin. —Su padre tendía a usar el plural mayestático cuando sentía que estaba siendo particularmente magnánimo—. Nos ha parecido que deberías tener uno propio. —Abrió la cremallera de la bolsa—. Te lo he hecho hacer —dijo.

La chaqueta era del color del cielo sobre el Castillo de Praga en una noche clara de invierno. Los pantalones también eran de color azul oscuro y brillante ribeteado con una raya roja brillante. Y sujeto a una de las solapas negras de satén había un broche dorado con forma de llave maestra.

—Se me ha ocurrido —dijo su padre—. En honor de quién tú sabes. —Hurgó el bolsillo de su chaqueta y sacó una máscara de dominó del mismo satén negro que las solapas de la chaqueta, con unos lazos largos de cinta negra—. No iría mal añadirle un poco de misterio a la actuación.

Rosa estaba tan sorprendida como Joe. Tenía una sonrisa tan amplia que le dolían un poco las orejas.

—Joe —dijo ella—. Mira lo que ha hecho.

—Gracias —dijo Joe—. Yo... —Hizo el gesto teatral de querer levantarse pero estaba atrapado en la cama por su desnudez.

—Por Dios, tírale una toalla —dijo su padre arrastrando las palabras—. Para que pueda darnos las gracias como es debido.

Joe salió de la cama, envolviéndose con el cobertor. Se lo anudó en torno a la cintura y cogió el esmoquin azul del padre de Rosa. Luego se dieron un abrazo torpón, su padre sacó una botella y, después de hurgar un momento sin éxito por el caos de la habitación de Rosa, consiguió encontrar un vaso que solamente estaba un poco sucio de carmín.

—Por el Asombroso Cavalieri —dijo, levantando el vaso de whisky manchado de Rosa—. A quien... ¿Me atrevo a decirlo?

—Atrévete —dijo Rosa, sintiendo que se ruborizaba intensamente.

—Solamente diré que en una familia tan pequeña como la nuestra está claro que hay sitio para uno más —y bebió.

Rosa estaba mirando a Joe a la cara, casi embriagada por la felicidad del momento, de forma que pudo ver la mueca de dolor que oscureció sus rasgos al oír aquellas palabras.

—Ya tengo una familia —dijo en voz baja.

—Oh, sí... Joe, por Dios. Ya lo sé. Solamente...

—Lo siento —dijo Joe de inmediato—. He sido un maleducado. Muchas gracias, por todo. Por esto. —Levantó el esmoquin—. Por su amabilidad. Por Rosa.

Casi había salvado la situación, y ellos le dejaron pensar que lo había hecho. Pero el padre de Rosa abandonó la habitación de inmediato y ella y Joe se quedaron a solas, en la cama, desnudos, mirando el traje azul vacío.

CUATRO

La última carta que Joe iba a recibir nunca de su madre, enviada desde la oficina de correos de la calle Ostrovni, tal como las leyes requerían, entre la una y las tres de la tarde, decía lo siguiente (las líneas marcan el paso brusco del rotulador del censor sobre el texto):

Querido hijo:

Es un enigma digno del mejor psiquiatra que una vida humana pueda estar tan vacía y al mismo tiempo llena a rebosar de esperanza. Ahora que Thomas se ha ido no nos queda nada por lo que vivir, o eso parece, salvo saber que está de camino para reunirse contigo en ese país afortunado que ya te ha recibido a ti en su seno.

Estamos tan bien como se puede esperar teniendo en cuenta los ataques de cólera de Tante Lou [«Tante Lou» era el código familiar para referirse al gobierno nazi de Praga]. Tu abuelo ha perdido casi toda la audición del oído izquierdo por culpa de una infección, y también parte del oído derecho. De modo que ahora vive en un reino de conversaciones a gritos y de impermeabilidad tranquila a las discusiones. Esto último es un talento de gran valor cuando se vive con nuestros Queridos Amigos [i.e., la familia Katz, con quienes los Kavalier compartían su piso de dos habitaciones], y ciertamente yo a veces me inclino a pensar que Papá solamente finge estar sordo, o por lo menos que ha conseguido volverse sordo a propósito. Mi muñeca no se ha terminado de curar —no puede curarse nunca por falta de una dieta ■■■■■■■■■■ y cuando hace mal tiempo no la puedo usar, pero últimamente ha hecho buen tiempo y yo he continuado trabajando en mi *Reinterpretación de los sueños*,¹⁸ aunque el papel [borrón] es ■■■■■■■■■■ fastidioso y tengo que empapar mis cintas de la máquina de escribir en ■■■■■■.

Por favor, Josef, no te sigas molestando ni pierdas el tiempo intentando conseguir para nosotros lo que tú, con la ayuda de tus amigos, has obtenido para tu hermano. Ya basta. Ya has hecho bastante. Tu difunto padre, como sabes, sufría de optimismo crónico, pero está claro para mí y para todo el que no sea tonto o esté confundido por la sordera que vamos ■■■■■■■■■■ y que la situación actual será tan permanente como haga falta. Tienes que hacer tu vida ahí, con tu hermano, y olvidarte de nosotros y de ■■■■■■.

No he tenido noticias tuyas durante tres meses, y aunque estoy segura de que continúas escribiendo fielmente, tomo este silencio, por involuntario que sea, como una sugerencia. Con toda probabilidad esta carta no llegará a ti, pero si logras leer esto, por favor, hazme caso. Quiero que nos olvides, Josef, que nos dejes atrás para siempre. No está en tu naturaleza, pero debes hacerlo. Dicen que a los fantasmas les resulta doloroso estar entre los vivos, y a mí me tortura la idea de que nuestra

existencia agobiante enturbie o dificulte tu juventud. Que suceda lo contrario es lo justo, y no te imaginas cómo disfruto imaginándote en un cruce de calles abarrotado de esa ciudad de libertad y música swing. Pero no quiero que pierdas ni un minuto preocupándote por el hecho de que nosotros estemos en esta ciudad de ■■■■■■■■■■. De ninguna manera.

No te volveré a escribir a menos que tenga noticias que debas conocer sin remedio. Hasta entonces tienes que saber, cariño, que te tengo en mi pensamiento todos los instantes de mi vigilia y también en mis sueños (clínicamente bastante poco interesantes).

Te quiere,

Tu madre.

Esta carta estaba en el bolsillo del esmoquin nuevo de Joe cuando entró en el salón de baile de color crema y dorado del Pierre. Hacía días que la llevaba consigo, sin abrirla ni leerla. Siempre que se paraba a pensar en aquel hecho, le resultaba sorprendente; sin embargo, nunca se paraba mucho. El ataque de remordimientos que le inflamaba los nervios del plexo solar cada vez que sacaba la carta sin abrir o se acordaba repentinamente de ella era igual de intenso, estaba seguro, que cualquier cosa que sentiría al rasgar su frágil sello y dejar salir el habitual compuesto gris de pesadillas, plumas de paloma y hollín. Todas las tardes sacaba la carta, sin mirarla, y la dejaba sobre el tocador. Por la mañana la trasladaba al bolsillo de los pantalones del día siguiente. No sería exacto decir que le pesaba como una piedra, dificultando su avance por la ciudad de la libertad y del swing, ni tampoco que la tenía atascada como una espina en la garganta. Tenía veinte años y estaba enamorado de Rosa Saks, de esa salvaje forma escolástica en que se enamoran los jóvenes de veinte años, viendo en los detalles más nimios pruebas de la perfección sistemática de todo y de la benignidad de la creación. Le encantaba, por ejemplo, el pelo de ella en todas las formas que adoptaba en su cuerpo: el vello de su labio, la pelusilla de sus nalgas, las antenas parduscas recurrentes que sus cejas proyectaban entre ellas cuando se olvidaba de depilárselas con las pinzas, la gruesa sotabarba púbica que ella le había dejado afeitar en forma de alas de polilla y los rizos tupidos y con olor a humo de su cabeza. Cuando estaba trabajando en un lienzo en su habitación del piso de arriba y se quedaba pensativa, tenía la costumbre de quedarse apoyada en el pie izquierdo como una cigüeña y masajearse con ternura con el dedo gordo del pie derecho, cuya uña estaba pintada de color berenjena. Aquella mancha purpúrea y cierto eco de masturbación infantil contemplativa en la forma en que ella se frotaba el tobillo dejaron de parecerle adorables a Joe para empezar a resultarle profundos. Las dos docenas de fotografías infantiles convencionales —traje de invierno para niño, pony, raqueta de nieve, guardabarros de un Dodge— eran fuente inagotable de maravilla para él, por el hecho de que ella ya existiera antes de conocerlo a él, y de tristeza por

no poseer nada de los diez millones de minutos de aquella existencia festoneada en blanco y negro más que aquellas pruebas escasas. Solamente los criterios torturados de un carácter fundamentalmente contenido y sensato le impedían pasarse el tiempo cotorreando, tanto con amigos como con extraños, sobre las alcaparras que ella le ponía a la ensalada de pollo (igual que su difunta madre), el montón de palabras oníricas que se acumulaba noche tras noche junto a su cama, el olor a lirio de los valles de su jabón para las manos, etcétera. Sus retratos de Judy Dark, con sus vestidos y trajes de baño a la última moda copiados del *Vogue*, y de su alter ego alado con sus sujetadores y medias aerodinámicos, se volvían cada vez más libidinosos y atrevidos —como si Polilla Luna hubiera recibido de los concilios secretos del Sexo un aumento de poderes como el que obtuvo el Escapista al estallar la guerra— hasta bordear, en ciertas viñetas que para los chicos de América asumían una importancia sagrada y totémica, la desnudez total.

Así pues, justo como su madre le había suplicado (aunque él no lo sabía), Joe había apartado de su mente Praga, su familia y la guerra. Todas las edades de oro se basan tanto en el júbilo como en la despreocupación. Solamente cuando se estaba acomodando en la parte trasera de un taxi, o se buscaba la cartera, o se frotaba contra un asiento, aparecía el crujido del papel; el revoloteo de un ala; el fantasmal susurro del pliego de papel de su casa; y por un momento se quedaba cabizbajo de vergüenza.

—¿Qué es eso? —dijo Rosa.

Joe se había quitado la parte superior del chaqué, con la llave en la solapa, para ponerla en el respaldo de la silla, y al hacerlo la carta había crujido dentro de su sobre.

—Nada —dijo él—. Bueno, siéntate. Tengo que ponerme manos a la obra.

Era la tercera vez que actuaba en el Pierre, y conocía bastante bien sus características, pero siempre le gustaba tomarse diez minutos para reconocer el terreno y volver a familiarizarse con la sala. Subió al escenario, al fondo del cual había tres paneles altos con espejos dorados. Había que descolgarlos y arrastrarlos, uno cada vez, por las escaleras y hasta una parte de la sala donde no traicionaran los secretos de su tabla de mago. Puso los cinco reóstatos en una posición media, de forma que la luz de las cinco enormes lámparas de araña no revelara sus hilos de seda negros ni mostrara el doble fondo de una jarra. Las lámparas de cristal habían sido cubiertas para la ocasión con una especie de crespones verdes que supuestamente representaban algas: el tema de la recepción de aquella noche era, de acuerdo con los programas impresos que había en todas las bandejas resplandecientes, el reino de Neptuno. Por toda la sala se levantaban extrañas estalagmitas purpúreas de la alfombra; a la derecha del escenario estaban la proa y el mascarón de grandes pechos, en cartón piedra, de un galeón hundido enterrado en arena de verdad, y en el centro de todo bostezaba una gigantesca concha opalescente de la que Joe confió

sinceramente en que Leon Douglas Saks no planeara salir. Del techo colgaban dos maniquíes con conchas de vieira tapándoles los pechos de cera, y con colas de merluza y halibut rebozadas de lentejuelas donde deberían haber tenido las piernas. De las paredes colgaban gruesas redes de pesca con flotadores de madera, todas llenas de langostas y estrellas de mar de goma.

—Da la impresión de que sabes lo que haces —dijo Rosa, viéndolo dismantelar los espejos y ajustar las luces.

—Es la mayor de las ilusiones de Cavalieri.

—También estás muy guapo.

—Gracias.

—¿Tú crees que algún día montaremos una cosa como esta?

—Somos demasiado mayores —dijo, sin prestar atención. Luego se dio cuenta de a qué se refería ella—. Oh —dijo—. Vaya.

—Supongo que podemos tener chicas.

—Ahora las chicas también pueden hacerlo. Alguien me lo dijo. Entonces se llama *boss mitzvah*.

—¿Tú qué prefieres?

—*Bas mitzvah*. Bas o boss, no estoy seguro.

—¿Joe?

—No lo sé, Rosa —dijo. Sintió que tenía que dejar lo que estaba haciendo e ir con ella, pero el tema le irritaba y notó que se estaba encerrando en sí mismo—. No estoy seguro de querer tener hijos.

Rosa abandonó el tono risueño.

—No pasa nada, Joe —dijo—. Yo tampoco estoy segura de querer.

—O sea, no sé si es la época o la clase de mundo donde queremos que nazca un niño. Es lo único que digo.

—Sí, sí, sí —dijo ella—. Olvídalo. —Se ruborizó y se alisó la falda—. Esas rocas purpúreas me resultan muy familiares.

—A mí también.

—No me puedo creer esta sala —dijo ella—. Nunca me he sumergido, ya sabes, en el Talmud ni en nada parecido, pero me cuesta imaginar que en Tarshish o en donde fuera la gente saliera de conchas gigantes.

—Con tal de que no se comieran las almejas —dijo Joe.

—¿Tú lo hiciste?

—No, no. Lo estuve pensando. Pero no. No éramos religiosos.

—Ajá.

—Somos —dijo—. He querido decir «somos». —Pareció compungido. Se levantó y dobló los dedos unas cuantas veces—. No somos religiosos.

—Nosotros tampoco.

Joe volvió a la silla en la que había colgado la chaqueta. Se buscó en el bolsillo y sacó la carta con su sobre azul claro y la sostuvo, mirándola.

—¿Por qué la llevas de un lado para otro? —dijo Rosa—. ¿La has abierto? ¿Qué dice?

Se oyeron voces. Las puertas del salón de baile se abrieron de golpe y los músicos entraron, seguidos por uno de los camareros de chaqueta blanca del hotel que empujaba un carro. Los músicos subieron al escenario y empezaron a abrir las fundas de sus instrumentos. Joe había trabajado antes con alguno de ellos, de forma que ahora se saludaron con la cabeza y Joe aceptó los silbidos y las guasas por su uniforme nuevo. Joe volvió a guardar el sobre y se puso la chaqueta. Se estiró los puños de la chaqueta, se alisó el pelo y se ató la máscara de seda. Cuando los músicos lo vieron prorrumpieron en aplausos.

—¿Y bien? —dijo él, dirigiéndose a Rosa—. ¿Qué te parece?

—Muy misterioso —dijo Rosa—. Ya lo creo.

Hubo un extraño grito ahogado junto a la puerta y Joe se giró a tiempo de ver que el camarero de chaqueta blanca salía corriendo de la sala.

CINCO

El Guantelete de Acero, el Kapitan Maligno, el Panzer, Siegfried, el Hombre Esvástica, Los Cuatro Jinetes y Wotan el Cruel limitan sus operaciones, por lo general, a los campos de batalla de Europa y el norte de África, pero el Saboteador, el Rey de la Infiltración, el Vándalo Supremo, vive en la misma Empire City, en un reducto secreto, camuflado en una casa de vecinos ruïnosa, en Hell's Kitchen. Eso es lo que lo hace tan eficaz y temible. Es ciudadano americano, un hombre normal procedente de una granja de la América rural. De día tiene un trabajo humilde en un comercio anónimo de la ciudad. De noche sale a rastras de su guarida, con su bolsa negra de trucos sucios, y hace la guerra a la infraestructura de la ciudad y del país. Es un formidable reverso oscuro del Escapista, tan hábil para colarse dentro de los sitios como es el Escapista para escabullirse. Como el poder del Escapista ha aumentado, el del Saboteador también, de manera que ahora puede atravesar paredes, dar saltos de diez metros y nublar las mentes de la gente para poder pasar entre ellos sin ser visto.

En una pared de la sala de mandos de su Guarida hay un mapa eléctrico gigante de Estados Unidos. Las bases militares están señaladas con luces azules, las fábricas de munición con luces amarillas y los astilleros con luces verdes. Después de cada ataque del Saboteador, la luz correspondiente a su objetivo, fuera cual fuera su color inicial, se vuelve de un rojo diabólico. Al Saboteador le gusta afirmar que no descansará hasta que el país entero esté lleno de bombillas rojas. En otra pared cuelga el Videoscopio, por medio del cual el Saboteador se mantiene en contacto constante con su red de agentes y operativos extendida por todo el país. Hay un laboratorio, en el cual el Saboteador, diseña nuevos y siniestros explosivos, y un taller mecánico en el que construye las bombas de broma —la Gaviota Explosiva, el Bombín Explosivo y el Pino Explosivo— por las cuales es conocido y odiado. También hay un gimnasio completamente equipado, una biblioteca con los textos más avanzados sobre ciencia y dominación del mundo y un pretencioso dormitorio con paneles y una cama con dosel que el Saboteador comparte (implícitamente) con Renata von Voom, la Reina de los Espías, su novia y miembro fundador de las Serpientes Unidas de América. Es en la bien provista guarida del Saboteador donde las Serpientes celebran sus reuniones habituales. ¡Ah, qué alegres y escandalosas reuniones, llenas de dulces y buena cerveza, celebran las Serpientes Unidas de América! Se sientan en torno a la mesa de obsidiana resplandeciente, el Quinto Columnista, el Señor Miedo, Benedict Arnold Junior, la Reina de los Espías y él, se agasajan entre ellos con historias sobre el caos, el odio y la destrucción que han sembrado durante la semana, ríen como los maníacos que son y traman nuevas acciones para el futuro. ¡Ah, cuánto terror causarían! ¡Ah, cuántos subnormales, gente de sangre mezclada y razas inferiores van a colgar por sus cuellos mestizos! ¡Ah, Renata, con su elegante abrigo militar negro y

sus botas relucientes hasta las caderas!

Un sábado por la tarde, después de una asamblea particularmente bulliciosa de las Serpientes, el Saboteador se despierta en sus suntuosos aposentos y se prepara para abandonar la Guarida rumbo al trabajo insignificante que sirve de tapadera de sus actividades subversivas. Se quita su traje de campaña nocturno y lo cuelga de una percha en su armario, junto con sus seis duplicados. En el pecho del traje lleva perfilado en plata su símbolo, una palanca escarlata. ¿Le parece notar un olor a cerveza y salchichas en el hombro del traje, y a puros mexicanos? Tendrá que llevarlo a limpiar. El Saboteador es muy maniático con esas cosas: no puede soportar la suciedad ni el desorden, a menos que se trate del caos, de la espléndida entropía de un incendio, una explosión o un choque de trenes. Tras quitarse el disfraz, se pone un par de pantalones negros ribeteados en negro. Se pasa un peine húmedo por el pelo ralo y descolorido y se afeita la cara rosácea como la de un bebé. Luego se pone una camisa blanca con el pecho almidonado, se anuda una pajarita negra y echa mano de una chaqueta de esmoquin blanca. Acaba de llegar de la tintorería y está colgada dentro de una bolsa crujiente de papel. Se la pone sobre los hombros y abandona, no sin pesar, su arsenal immaculado y cavernoso. Se dirige al laboratorio y allí recoge las piezas del Tridente Explosivo, hábilmente escondido dentro de una bombonera rosa de una pastelería de la Novena Avenida. Con la bombonera debajo del brazo y la chaqueta echada sobre el hombro, se gira y le dice adiós a Renata, que está en la gran cama de roble, bajo el retrato del Führer, mirándolo lánguidamente por debajo de sus párpados de largas pestañas.

—Cárgatelos, grandullón —dice con su voz de vermut, mientras él sale de la Guarida por la cámara estanca y se adentra en la polvareda, la inmundicia y la atmósfera contaminada de Empire City, impregnada del hedor a inmigrantes, negros y mestizos. No responde a su lánguida despedida. El trabajo ya ocupa su mente.

Coge un autobús que lo lleva a través de la ciudad hasta la Quinta Avenida y luego otro que lo lleva veinte manzanas al norte. Normalmente le desagrada coger el autobús, pero ya llega tarde y si uno llega tarde se lo descuentan de la paga. El alquiler de la Guarida es barato, pero su paga ya es lo bastante baja sin que lo vuelvan a penalizar por impuntual. Sabe que no puede permitirse perder otro trabajo. Su hermana Ruth ya ha avisado de que «no lo va a seguir apoyando». Es absurdo que el Saboteador tenga que ocuparse de problemas tan mundanos, pero son los sacrificios que comporta tener una identidad secreta: ahí están todos los problemas y dolores de cabeza que Lois Lane le da a Clark Kent, por ejemplo.

Llega diez minutos tarde —lo cual comporta cincuenta centavos y cinco Te Amos menos—, y cuando llega, descubre que ya han empezado a preparar el salón de baile para la celebración. El marica del decorador está dando órdenes a sus empleados, dirigiéndolos mientras cuelgan las redes, montan el barco hundido de cartón piedra y

traen rodando las enormes formaciones rocosas de goma que se han aprovechado — según le ha contado el señor Dawson, el director del salón de baile— de aquel espectáculo subido de tono de la Feria Mundial, *El sueño de Venus*. El Saboteador está muy bien informado de los detalles de la recepción de esta noche, porque es la ocasión que ha elegido para escenificar su hazaña más importante hasta la fecha.

El Pierre es un local popular para las bodas y recepciones de bar mitzvah de los judíos ricos de la ciudad, tal como el Saboteador descubrió poco después de empezar a trabajar. Casi todas las semanas, entran como cerdos a un comedero, empiezan a soltar su dinero (se acercan al chaval-de-la-semana lleno de granos, por Dios, y le embuten fardos de dinero en la faja del esmoquin), se emborrachan y bailan sus danzas tediosas al son de los violines chirriantes. Aunque le da rabia tener que servir a esa gente, el Saboteador ha sabido desde el principio que su identidad secreta le va a dar, a su debido tiempo, la oportunidad de asestar un golpe terrible. Lleva meses esperando la ocasión, perfeccionando su talento, bajo la guía de un viejo anarcosindicalista llamado Fiordaliso, como constructor de bombas, leyendo a Feuchtwangler y Spengler (y también *Radio Comics*) y buscando el momento. Luego, una noche de bar mitzvah del invierno pasado, apareció en el cartel alguien llamado el Asombroso Cavalieri, que pasaba cigarrillos a través de pañuelos y hacía brotar flores en su ojal, y que resultó no ser otro que Joe Kavalier (el Saboteador ya hacía mucho que había corregido su idea errónea de que Sam Clay era la mitad del equipo que había sido responsable tanto de la destrucción de las oficinas de la LAA como del dibujo autografiado del Escapista, que ahora estaba pegado a una diana en el gimnasio de la Guarida). En aquel momento el Saboteador se quedó demasiado asombrado para actuar, pero pensó que su momento podía llegar pronto. Durante las noches siguientes a aquella noche, le ha estado dando cuerda al señor Dawson y, gracias a ello, ha podido vigilar los nuevos eventos que se programaban e inspeccionar los libros del local en busca de la siguiente aparición del Asombroso Cavalieri. Y esta es la noche. Cuando ha llegado a trabajar, ha sido con la intención de mostrarle a Joe Kavalier que por mucho que Carl Henry Ebling pueda ser un patoso holgazán y un panfletista, con el Saboteador no se juega, y que tiene muy buena memoria. Al mismo tiempo, eliminará con precisión a todos los demás mestizos que estén cerca del judío. Sí, solamente con eso ya se contentaría. Qué sorprendente, inquietante, maravilloso y extraño le ha resultado entrar en el gran salón de baile, empujando el carro del servicio donde va escondido el Tridente Explosivo, y descubrir que el mago contratado para el bar mitzvah del chico Saks no es un simple escritorzuelo pluriempleado sino el Escapista en persona, el ídolo secreto del Saboteador, su contrario, con la máscara y el disfraz y con el símbolo de la odiada Liga en la solapa del esmoquin.

En ese momento, la hoja de papel en la que se han dibujado los contornos de la

mente de Carl Ebling es como un mapa que se ha doblado y desdoblado de forma descuidada demasiadas veces. El revés se traspasa. Los polos se unen. En el corazón de una retícula gris y densa de calles hay un mar azul virgen e inmenso.

¿Hubo acaso algún momento en que Superman se recreara un segundo de más en su lado tímido de Clark Kent y sufriera una vacilación fatídica? ¿Se olvidó alguna vez el Escapista de coger su talismán y entró en la refriega dando tumbos con sus piernas lisiadas? El Saboteador intenta mantener la calma, pero el felpudo tartamudo con el que debe compartir su existencia es un manojito de nervios y sale corriendo de la sala como un idiota.

Se queda en el vestíbulo del salón de baile, apoyado en la pared, con la mejilla contra el papel pintado suave y frío con relieves de terciopelo. Enciende un cigarrillo, traga el humo y se tranquiliza. No hay motivo de pánico. Es el Rey de la Infiltración y sabe qué hacer. Apaga el cigarrillo en la arena de un cenicero cercano y vuelve a agarrar el carro. Esta vez, cuando entra en el salón de baile, tiene la bastante presencia de ánimo para mantener la cabeza gacha, para evitar ser reconocido por el Escapista.

—Lo siento, chicos —murmura. Empuja el carro al otro extremo del escenario, junto a los tablones astillados del barco hundido. Una de las ruedas chirría y no hay duda de que está llamando la atención de los músicos de la orquesta, del mago y de la narizotas de su novia. Pero cuando vuelve a mirar, los dos están enfrascados en los preparativos. Ella es bastante guapa, supone él, y su abrigo negro de hombre le recuerda con una punzada a la reina de su deseo. Cuando llega al barco, se detiene, se agacha detrás del carro y abre el compartimento en donde los camareros guardan los platos de comida caliente cuando suben a las habitaciones.

Hasta ahora el salón de baile ha estado demasiado atestado de decoradores, camareros y empleados del hotel, yendo y viniendo mientras preparaban el salón para el evento, para que él pudiera encontrar la ocasión de juntar las piezas de su Tridente Explosivo. Ahora trabaja deprisa, enroscando el tubo fino que contiene la pólvora negra y los clavos cortados con un segundo tubo que está vacío. Ese será el mango. En el extremo hueco pega tres puntas de celofán rojo, sacadas del tridente de un traje de diablo de una tienda de disfraces, con un trozo de cinta adhesiva. Luego se pone de pie y, tras comprobar que nadie lo está observando, se dirige a una de las redes de la pared, cargada con su pesca de crustáceos falsos. Nadie lo ve. Sus talento natural para la invisibilidad sigue siendo su aliado más fiel. Con cuidado, introduce el tridente en la pesada malla de la red hasta que el extremo del detonador toca la alfombra. Cuando llegue el momento —cuando el Escapista haya iniciado su actuación legendaria—, el Saboteador se las apañará para pasar otra vez por allí. Dejará la mitad de un Camel encendido contra un trozo de red, de forma que el extremo que no haya encendido toque la mecha. Entonces se largará del radio de

acción y esperará. Y cinco minutos más tarde, los mestizos de Empire City empezarán a conocer el terror que sus hermanos y hermanas mestizos están viviendo en medio mundo.

El Saboteador empuja el carro hacia las puertas del salón de baile. En el último momento, cuando pasa junto al mago, no puede evitar levantar la cabeza y mirar a su adversario a los ojos. Si se produce un atisbo de reconocimiento, se extingue en un momento, cuando las puertas del salón se abren de golpe y entran los primeros invitados, riendo y gritando con sus voces estridentes de corral.

SEIS

Lo que sigue es el programa que debía seguir la actuación del Asombroso Cavalieri en la velada del 12 de abril de 1941. Antes del espectáculo se le dio una copia a cada invitado, impresa por el artista usando una Prensa Juvenil Auténtica «Aprende a Imprimir» que había sacado del almacén de Empire Novelties justo antes de mudarse del edificio Kramler.

Los paseos de un pañuelo
Plátanos mágicos
Conflagración en miniatura
Vuelo a casa
No se coman sus mascotas
Un nudo contagioso
A la deriva en el río del tiempo
Hielo y fuego
¿Dónde he estado?
La cola ha perdido al mono

La vergüenza que le daba a Joe su mal inglés, así como el recelo al parloteo heredado de su gran maestro, hacían que su actuación fuera rápida y silenciosa. A menudo venía alguien, normalmente la madre o la tía del chico del bar mitzvah, y le decía que el espectáculo había sido muy bonito pero que no se iba a morir por sonreír un poquito de vez en cuando. Aquella noche no fue una excepción. En todo caso, para los invitados a la recepción de los Saks que ya lo habían visto antes, su actuación fue todavía más meticulosa y más sobria que de costumbre. Sus movimientos y su ritmo no fueron demasiado rápidos ni demasiado lentos, y ni se le cayeron cartas — como le había pasado alguna vez— ni derramó vasos de agua. Pero no parecía divertirse con sus hazañas maravillosas. Daba la impresión de que no significaba nada para él hacer salir un montón de pececillos dorados de una lata de sardinas, o pasar un montón de plátanos, uno por uno, a través de la cabeza de un chico de trece años. Rosa sospechaba que estaba preocupado por algo que había leído en la última carta que había recibido de su casa, y confiaba, como había confiado muchas veces, en que estuviera más dispuesto a compartir con ella sus miedos, sus dudas y las malas noticias que hubiera podido recibir de Praga.

Por mucho que lo intentara, Longman Harkoo era una de esas personas incapaces, debido a algún fallo de visión o de comprensión, de seguir los movimientos de un espectáculo de magia, igual que hay gente que va a los partidos de béisbol y nunca consigue ver la bola cuando sale volando. Un *home run* elevado no es más que diez

mil personas doblando el cuello para mirar hacia arriba. Pronto dejó de intentar prestar atención a las cosas que se suponía que debían asombrarle y se dedicó a mirar los ojos del chico tras su máscara negra de seda. Continuamente examinaban la sala —resultaba bastante impresionante el hecho de que pudiera manipular las cartas y el resto de trucos sin mirarse las manos— y al parecer, vio Harkoo, seguían los movimientos de uno de los camareros en particular.

Joe había reconocido a Ebling inmediatamente, aunque le costó un poco situarlo, en medio del ajetreo de saludar a sus anfitriones y a la familia de Rosa y de sacar monedas y cerillas de la nariz del chico del bar mitzvah. El ario parecía haber perdido peso desde su último encuentro. Además, la misma sorpresa de ver de nuevo a Ebling había interferido con su capacidad para identificarlo. Llevaba muchas semanas sin pensar en él ni en su guerra a los alemanes de Nueva York. Después de la amenaza de bomba del otoño anterior, Joe tenía la impresión de haber vencido en duelo a Carl Ebling. El tipo parecía haber abandonado la contienda. Joe había vuelto una vez a Yorkville, para dejar una tarjeta de visita o más bien de burla a la Liga Aria-Americana. El letrero ya no estaba en la ventana y cuando Joe entró en el despacho por segunda vez lo encontró vacío. Las mesas y los archivadores ya no estaban, el retrato de Hitler había sido descolgado, dejando únicamente un cuadrado descolorido en la pared. No quedaba nada más que una patata frita tirada como una polilla en medio del suelo maltrecho de madera. Carl Ebling había desaparecido sin dejar ninguna dirección.

Ahora estaba allí, trabajando como camarero en el hotel Pierre, y claramente — Joe sabía esto tan bien como que los peces dorados de su pecera no eran más que pedazos de zanahoria cortados con un cuchillo para manzanas— no tramaba nada bueno. Ebling iba de un lado para otro del salón de baile con una bandeja en la mano y en ningún momento dejaba de mirar a Joe, no a los pañuelos y los aros dorados que tenía en la mano sino a él, fijamente, con una expresión que intentaba mantenerse neutra y anónima pero que estaba teñida de una sombra de amargura maliciosa.

Cuando Joe estaba a punto de iniciar «Un nudo contagioso», en el cual, con un soplido, el nudo que había hecho en un pañuelo de seda parecía trasladarse por la hilera de pañuelos de seda comunes sostenidos por voluntarios del público, una y otra vez delante de sus narices, notó un olor a humo. Por un instante creyó que debía de ser el olor residual de «Conflagración en miniatura», pero un momento después distinguió sin lugar a dudas que era tabaco, mezclado con algo más, algo acre como pelo quemado. Luego vio un penacho de humo saliendo de un lado del escenario, a su izquierda, junto al barco hundido. Dejó caer el pañuelo con su nudo endiablado y caminó, a toda prisa pero sin dar impresión de pánico, hacia el humo que empezaba a impregnar el aire. Lo primero que pensó fue que a alguien se le había caído un cigarrillo. Luego sospechó algo y apareció en su mente la cara de Ebling. Y entonces

lo vio todo; el cilindro de ceniza quemado casi hasta el extremo impreso del cigarrillo, la alfombra chamuscada, la mecha de color gris, el tubo metálico camuflado toscamente con una especie de celofán rojo. Se detuvo, se giró y volvió a su mesa, donde estaba todavía la pecera de «Por favor, no se coman a las mascotas», llena de trocitos de zanahoria nadando.

Cuando cogió la pecera vino un murmullo de las mesas.

—Disculpen —dijo—. Creo que tenemos un pequeño incendio.

Cuando fue a echar agua encima del cigarrillo, algo grande, pesado y extremadamente duro le golpeó en medio de la espalda. Se parecía mucho a una cabeza humana. Joe salió disparado hacia delante, la pecera se le escapó de las manos y se hizo trizas sobre el escenario. Ebling se subió encima de Joe, arañándole las mejillas desde atrás, y cuando Joe intentó ponerse boca arriba, pudo ver de lejos que la mecha estaba soltando una lluvia de chispas. Renunció a intentar darse la vuelta, logró ponerse a cuatro patas y empezó a gatear, con Ebling montado a su espalda, tan grotesco como un mono montado en un poni, en dirección al cilindro de la bomba. Para entonces la gente sentada más cerca de la bomba ya había visto el fuego y se extendía por la sala la impresión de que nada de aquello formaba parte del espectáculo. Una mujer gritó y luego otras y Joe avanzaba con gran dificultad con su jinete arañándole la cara y tirándole de las orejas. Ebling atenazó la garganta de Joe con los brazos y empezó a estrangularlo. En aquel momento Joe llegó al final del escenario. Perdió el equilibrio y él y Ebling se cayeron por un lado del mismo al suelo. Ebling salió rodando y se estrelló contra la red extendida. La red se soltó de la pared y le dejó caer encima un montón de estrellas de mar y langostas de goma.

Ebling solamente tuvo tiempo de decir «No». Una especie de gruesa lámina de metal pareció caerle a Joe en la cabeza y envolverle la cara, la garganta y las orejas en acero arrugado. Salió despedido hacia atrás y algo caliente, como un alambre al rojo, se le clavó en la frente con un susurro. Casi de inmediato hubo un ruido espantoso como una maza enorme aplastando un saco de tomates y luego una ráfaga otoñal de olor a pólvora.

—Oh, mierda —dijo Carl Ebling, sentándose, parpadeando, relamiéndose, con sangre en la frente, sangre en el pelo y manchas de sangre como pisadas de animal por toda la chaqueta blanca.

—¿Qué has hecho? —oyó Joe, o sintió más bien, las palabras formándose en su garganta—. Ebling, maldita sea, ¿qué has hecho?

Se los llevaron al hospital Mount Sinai. Las heridas de Joe eran leves comparadas con las de Ebling, y después de que lo lavaran, le curaran las heridas de la cara y le cosieran la laceración de la frente, pudo regresar, por demanda popular, al gran salón de baile del Fierre, donde lo aclamaron, brindaron por él y lo llenaron de dinero y elogios.

En cuanto a Ebling, al principio lo acusaron de posesión ilegal de explosivos. Más tarde la acusación se extendió a intento de asesinato. Eventualmente lo acusaron de varios incendios de poca importancia, actos de vandalismo en sinagogas, bombas en cabinas telefónicas e incluso de un intento de descarrilar un tren del metro el invierno anterior que había ocupado bastante espacio en la prensa pero que había permanecido sin resolver hasta que el Saboteador confesó aquella y todas sus demás hazañas.

Aquella misma noche, Rosa y su padre ayudaron a Joe a bajar del taxi a la acera y luego a recorrer la calleja estrecha que terminaba en los escalones de la casa de Harkoo. Se apoyaba con los brazos en los hombros de sus acompañantes y sus pies parecían deslizarse a dos pulgadas del suelo. No había tocado una gota de alcohol en toda la noche, por orden del médico de guardia en Mount Sinai, pero los sedantes de morfina que le habían dado lo habían afectado finalmente. De aquel viaje del taxi a la acera, Joe únicamente iba a guardar más tarde el recuerdo débil pero agradable del olor a colonia de Siggy Saks y del tacto fresco del hombro de Rosa contra su mejilla rasguñada. Lo arrastraron hasta el estudio y lo echaron en el sofá. Rosa le desabrochó los zapatos, le desabotonó el pantalón y le ayudó a quitarse la camisa. Lo besó en la frente, en las mejillas, en el pecho, en el vientre, lo arropó con una manta hasta la barbilla y lo besó en los labios. El padre de Rosa le apartó a Joe el pelo de la ceja suturada con una caricia maternal. Luego cayó la oscuridad y el sonido de sus voces se alejó de la habitación. Joe sintió que el sueño lo rondaba, que se retorció como humo o como algodón alrededor de sus miembros, y trató de resistirlo unos minutos con una agradable sensación de pugna, como un niño en una piscina intentando mantenerse de pie encima de una pelota que flota. Justo cuando se estaba rindiendo a su agotamiento opiáceo, sin embargo, el eco del estallido de la bomba empezó a resonarle de nuevo en los oídos y se sentó en la cama con el corazón latiendo a toda velocidad. Encendió la lámpara de la mesilla de noche, fue hasta el sofá bajo en el que Rosa había dejado su esmoquin azul y levantó la chaqueta. Con un extraño pánico a cámara lenta, como si tuviera las manos vendadas, palpó los bolsillos. Cogió la chaqueta de los faldones, la puso del revés y la sacudió una y otra vez. Cayeron fajos de billetes, montones de tarjetas de visita, dólares de plata y billetes de metro, cigarrillos, su navaja de bolsillo, esquinas arrancadas de su programa con teléfonos y direcciones apuntados de gente a la que había salvado. Le dio la vuelta a la chaqueta y a sus diez bolsillos. Se puso de rodillas y buscó una y otra vez entre el montón de cartas, dólares y recortes del programa. Era como la clásica pesadilla de mago en la que el que sueña baraja cada vez con más miedo un mazo al mismo tiempo común e infinito, buscando una reina de corazones o un siete de diamantes que jamás aparece.

A la mañana siguiente regresó al Pierre, aturdido, dolorido y medio enloquecido por el silbido de sus oídos, y llevó a cabo un registro exhaustivo de su salón de baile. Durante la semana siguiente preguntó varias veces en el hospital Mount Sinai y

contactó con la oficina de objetos perdidos del Organismo Regulador del Taxi.

Más tarde, después de que el mundo se hubiera puesto patas arriba, y el Asombroso Cavalieri y su esmoquin azul solamente pudieran encontrarse en las páginas de rebordes dorados de los álbumes fotográficos de lujo en las mesillas de café del Upper West Side, a veces Joe se sorprendió a sí mismo pensando en el sobre azul claro de Praga. Intentaba imaginar su contenido y se preguntaba qué noticias, sentimientos o instrucciones podía haber comunicado. Fue en aquellos momentos cuando empezó a entender, después de tantos años de estudio y actuaciones, de hazañas, maravillas y sorpresas, la naturaleza de la magia. El mago parecía prometer que algo hecho pedazos podía dejarse como nuevo, que lo que había desaparecido podía volver a aparecer, que un puñado de palomas o de polvo disperso podía reunirse con una palabra, que una rosa de papel consumida por el fuego podía florecer a partir de un montón de ceniza. Pero todo el mundo sabía que no era más que una ilusión. La verdadera magia de aquel mundo roto estaba en el talento para desaparecer de las cosas que contenía, para perderse de una forma tan completa como si nunca hubieran existido.

SIETE

Uno de los preceptos más inquebrantables del estudio de la ilusión humana es que todas las edades de oro bien ya han pasado o bien están por venir. Los meses que precedieron al ataque japonés a Pearl Harbor son una rara excepción a este axioma. A lo largo de 1941, en la estela de aquel estallido de esperanza colorista que había sido la Feria Mundial, una parte considerable de los ciudadanos de Nueva York tuvo la extraña experiencia de sentir por el momento en que estaban viviendo, y en el mismo momento de vivirlo, esa extraña mezcla de optimismo y nostalgia que suele ser el sello distintivo de las fantasías de la edad de oro. El resto del mundo estaba ocupado echándose a sí mismo a la caldera, país tras país, pero aunque los periódicos de la ciudad y los noticiarios de los cines Trans-Lux estaban llenos de desgracias, derrotas, atrocidades y alarmas, el sentimiento dominante entre los neoyorquinos no era el asedio, el pánico ni resignación sombría al destino, sino más bien la satisfacción de una mujer acurrucada bebiendo té y moviendo los dedos de los pies en un sofá frente al fuego mientras la lluvia helada golpea las ventanas. La economía no solamente renovaba su fachada sino también sus movimientos ostensibles, Joe DiMaggio ganaba cincuenta y seis partidos seguidos y las grandes bandas de swing alcanzaban su apogeo elegante y extático en los salones de baile de los hoteles y en las carpas estivales llenas de polillas de América.

Teniendo en cuenta el ansia habitual de quienes creen haber vivido en una edad de oro por explayarse largamente sobre el tema a posteriori, es irónico que la noche de abril en que Sammy sintió con más intensidad el brillo de su existencia —el momento en que, por primera vez en su vida, fue totalmente consciente de su propia felicidad— fuera una noche que nunca le contaría a nadie.

Era la una de la madrugada de un miércoles y Sammy estaba solo contemplando la ciudad de Nueva York, mirando en dirección a las nubes de tormenta, tanto literales como figuradas, que se estaban acumulando al este. Antes de entrar al turno de las diez, se había duchado en el tosco cubículo que Al Smith había conseguido que construyeran para los observadores, en sus cuarteles del piso ochenta y uno, y se había puesto los pantalones anchos de sarga y la camisa Oxford azul descolorida que tenía guardada en su casilla del vestuario, que se estuvo poniendo tres noches por semana durante la guerra y que se llevaba a casa después de su turno de los viernes para lavarla a tiempo para el lunes. A fin de guardar las apariencias, siempre se ponía los zapatos para subir al observatorio, pero cuando llegaba allí se los volvía a quitar. El hecho de hacer en calcetines la ronda nocturna de los cielos de Manhattan, en busca de bombarderos enemigos y sabotajes aéreos, era al mismo tiempo una costumbre, una presunción y un extraño placer. Mientras merodeaba por el piso ochenta y seis, con el sujetapapeles en una mano y los pesados prismáticos del

ejército colgados del cuello, silbaba para sí mismo, sin darse cuenta, una melodía al mismo tiempo apasionada y poco melodiosa.

Prometía ser un turno típicamente tranquilo. Los vuelos nocturnos autorizados eran escasos incluso con buen tiempo, y aquella noche, debido a las alertas de tormenta eléctrica y truenos, habría en el cielo todavía menos aviones que de costumbre. Como siempre, Sammy llevaba en el sujetapapeles una lista mecanografiada suministrada por la Defensa Aérea del Ejército, en la que estaba alistado como voluntario, de las siete aeronaves que tenían permiso para transitar aquella noche por el espacio aéreo metropolitano. Todas salvo dos eran militares, y a las once y media Sammy ya había visto seis, a su hora y en su posición debida, y había hecho la anotación correspondiente de su paso en el registro. El séptimo no se esperaba hasta las cinco y media, justo antes de que Sammy acabara su turno y bajara a los aposentos de los vigilantes a dormir unas pocas horas antes de empezar la jornada en Empire Comics.

Hizo otra ronda por la amplia extensión de acerocromo del restaurante del observatorio, que originalmente había sido construido como mostrador de equipaje y billetes de un servicio mundial de dirigibles que nunca había llegado a existir y durante los dos últimos años de la Prohibición se había convertido en un salón de té. El paso por el bar era la única perturbación real que Sammy había experimentado en su carrera como vigilante de aviones, porque la tentación de los grifos resplandecientes, los botes de café y las filas de vasos y tazas tenía que contrapesarse, en caso de aliviar su sed, con la necesidad subsiguiente de orinar. Sammy estaba seguro de que si un enjambre fatal de Junkers aparecía alguna vez en los cielos de Brooklyn, no había duda de que sería mientras él estaba en el baño haciendo pis. Estaba a punto de servirse unos dedos de agua de Seltz de la espita de acerocromo ornamentada que había bajo el letrero de neón todavía encendido de Ruppert cuando oyó un ruido sordo. Por un momento pensó que debía de tratarse de la tormenta que se avecinaba, pero luego se fijó con más atención en el susurro que lo acompañaba. Dejó su vaso y fue corriendo a los ventanales del otro lado de la sala. La oscuridad de una noche de Manhattan no es absoluta ni siquiera a altas horas de la madrugada, y la alfombra resplandeciente de calles que se extendía hasta Westchester, Long Island y los yermos de Nueva Jersey proyectaba hacia el cielo una luz tan potente que el intruso más sigiloso con las luces de aterrizaje apagadas lo habría tenido difícil para ocultarse de la mirada de Sammy, incluso sin prismáticos. En el cielo no había nada, sin embargo, más que la enorme nube de luz.

El ruido se volvió más cercano y al mismo tiempo más suave. El susurro se convirtió en un leve zumbido. Del centro del edificio venía un ligero tableteo de engranajes y levas: los ascensores. No era un ruido habitual a aquella hora ni en aquel lugar. El tipo que solía relevarlo a las seis, un legionario americano y pescador de

ostras jubilado llamado Bill McWilliams, siempre subía de los vestuarios del piso ochenta y uno por las escaleras. Sammy fue hacia la zona de ascensores, preguntándose si tenía que descolgar el teléfono que lo conectaba con la oficina de la Defensa Aérea en el edificio de la compañía telefónica en Courtland Street. En las páginas de *Radio Comics*, el trabajo preliminar de una invasión de Nueva York podía representarse en unas pocas viñetas, una de las cuales sin duda mostraría el puño enguantado de un saboteador del Eje rompiéndole la crisma con una cachiporra a un pobre vigilante de aviones. Sammy se imaginaba la estrella asimétrica del impacto, las letras que componían la palabra «¡CRAAAC!» y el bocadillo en que el pobre desgraciado empezaba a decir: «No puede entrar aquí... ¡Aggg!».

Era uno de los ascensores expresos que subían desde el vestíbulo. Sammy volvió a comprobar su sujetapapeles. Si se esperaba a alguien —a su supervisor o a algún otro militar, algún coronel de la Defensa Aérea de inspección— debería constar en sus órdenes para la noche. Pero solamente había, tal como él ya sabía, una lista de siete aviones y planes de vuelo y una lacónica anotación sobre el mal tiempo que se esperaba. Tal vez era una inspección por sorpresa. Mientras se estaba mirando los calcetines y meneando los poco reglamentarios dedos de los pies, se le ocurrió otra posibilidad: tal vez aquella visita no había sido anunciada porque había ocurrido algo imprevisto. Tal vez alguien venía para decirle a Sammy que el país había entrado en guerra con Alemania, o incluso que la guerra en Europa había terminado y que ya podía marcharse a su casa.

Hubo un temblor metálico cuando la cabina se detuvo en el piso ochenta y seis, un ruido de cables. Sammy se pasó una mano húmeda de sudor por el pelo. Sabía que en un cajón del cuarto de guardia había un 45 reglamentario, pero no se acordaba de dónde estaba la llave y en cualquier caso no habría sabido quitarle el seguro. Levantó el sujetapapeles, listo para dejarlo caer sobre la cabeza del espía. Los prismáticos pesaban todavía más. Se los descolgó del cuello y se preparó para hacerlos girar como una maza sobre su correa de cuero. Las puertas se abrieron.

—¿Es la planta de ropa deportiva para hombres? —dijo Tracy Bacon. Llevaba una chaqueta de esmoquin, un fular de seda acartonado y brillante como el merengue y tenía un semblante grave pero volátil, estirado por encima de una ligera sonrisa, como si alguien estuviera llevando a cabo una broma. En cada mano llevaba una bolsa de papel marrón—. ¿Tienen algo en tela de gabardina?

—Bacon, no puedes...

—Pasaba por aquí —dijo el actor—. Y he pensado, ya sabes, pasarme un momento.

—¡Estamos a cuatrocientos metros de altura!

—¿En serio?

—Es la una de la mañana.

—¿De verdad?

—Estas instalaciones son del ejército —continuó Sammy, consciente de que sonaba pretencioso e intentando descubrir la razón del acceso mareante de culpa, tan parecida al júbilo, que lo había acometido al desembarcar Tracy Bacon en el piso ochenta y seis. Estaba peligrosamente feliz de ver a su nuevo amigo—. Técnicamente. Fuera de horas, nadie puede entrar sin permiso del mando.

—Cielos —dijo Bacon. El magnífico aparato Otis en donde estaba suspiró como si estuviera impaciente. Bacon dio un paso atrás—. Entonces estás totalmente seguro de que no quieres a un espía nazi como yo por aquí. ¿En qué estaría yo pensando? —Las puertas del ascensor sacaron sus lenguas negras de goma. Sammy vio las dos mitades hendidas de su reflejo acercarse en los paneles de acrocromo pulimentado de las puertas—. *Auf wiedersehen*.

Sammy metió la mano entre las puertas:

—Espera.

Bacon esperó, mirando a Sammy, con una ceja levantada al estilo desafiante de un subastador a punto de dejar caer el martillo. Su chaqueta era de chaqué de seda negra, con las solapas ribeteadas, y llevaba la pechera postiza más grande y más blanca que Sammy había visto nunca. Con aquel atuendo formal, parecía mirar desde más arriba que de costumbre, tan seguro como siempre de que al final, por mucho que estuvieran a cuatrocientos metros, a la una de la madrugada y violando leyes militares, sería bienvenido. Incluso con aquellas dos bolsas incongruentes de la compra, o tal vez debido a ellas, parecía inverosímilmente cómodo con su traje de etiqueta, con la espalda apoyada en la pared del fondo del ascensor, las piernas torcidas a la altura de la rodilla y el enorme pie derecho con su largo zapato Lagonda negro doblándose de forma apenas visible en la punta. El ascensor volvió a suspirar.

—Bueno —dijo Sammy—. Ya que tu padre es general...

Sammy se apartó a un lado, aguantando con la mano la puerta que luchaba por cerrarse. Bacon vaciló un momento más, como desafiando a Sammy a que cambiara de opinión. Luego se despegó de la pared del ascensor y salió con aire despreocupado. Las puertas se cerraron. Sammy acababa de violar flagrantemente el código.

—Solamente general de brigada —dijo Bacon—. ¿Estás bien, Clay?

—Bien, estoy bien, entra.

—Es el más bajo, ya sabes.

—¿El qué?

—El general de brigada. Es la categoría más baja de general.

—Eso tiene que fastidiar.

—Es una pesadilla. Uau. —Bacon inspeccionó la fría extensión de mármol del vestíbulo del observatorio, que de noche se mantenía en penumbra para evitar el

reflejo y para que así se pudiera ver mejor por los ventanales oscuros, luego guiñó un poco los ojos mientras miraba las luces y sombras del bar por un lado y las hileras de ventanales por el otro—. ¡Uau!

—Sí, uau —dijo Sammy, ya no tan entusiasmado como incómodo, incluso ligeramente atemorizado. ¿Qué había hecho? ¿Qué se proponía Bacon? ¿Qué era aquel olor vagamente acre pero no del todo desagradable que parecía emanar del actor?—. Bueno, emmm, bienvenido.

—¡Esto es genial! —dijo Bacon. Caminó hacia los ventanales que dominaban el Hudson, los acantilados negros y los anuncios de neón de Nueva Jersey. Bacon caminaba con pasos tambaleantes, casi frankensteinianos, y Sammy lo siguió de cerca para asegurarse de que no rompía nada. Bacon apoyó la cara en el ventanal, golpeándose la nariz recta y ligeramente puntiaguda contra el mismo con una vehemencia que sobresaltó a Sammy. Los ventanales eran de grueso cristal templado, pero Tracy Bacon poseía esa clase de estupidez glamourosa —o eso llegaría a parecerle a Sammy— que actúa como hechizo contra esa clase de salvaguardas tecnológicas. Iba dando tumbos hasta algún palco de teatro clausurado porque estaba a punto de hundirse, entraba en cualquier escalera que pusiera «Prohibido el paso», y, tal como descubriría Sammy más tarde, lo que más le gustaba a Bacon era bajar del andén a las vías cuando nadie miraba y adentrarse un trecho en los túneles guiado solamente por su encendedor de platino. Había sido un grave error dejarlo entrar aquella noche—. Tengo que admitir que no me imagino por qué alguien en pleno uso de sus facultades querría hacer esta clase de trabajo... Y sin cobrar... Pero ahora... Tienes todo esto para ti solo. ¿Cada noche, no?

—Tres noches por semana. ¿Estás borracho?

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dijo Bacon, sin explicar si la pregunta le parecía ofensiva o simplemente superflua, o ambas cosas—. Vine aquí mi primer día en Nueva York —continuó, empañando el cristal con el aliento—. A la luz del día era muy distinto. Había niños corriendo. Un enorme cielo azul y un montón de humo. Palomas. Barcos. Banderas.

—Nunca he estado aquí de día. He visto salir el sol, pero siempre me voy antes de que dejen entrar a la gente.

Bacon retrocedió. La huella fantasmal de su cráneo permaneció un momento en el cristal antes de evaporarse. Luego recorrió los ventanales hasta la esquina sudeste, donde, igual que en las otras tres esquinas del edificio, había un telescopio que funcionaba con monedas. Se inclinó para mirar por él. Las bolsas de la compra crujieron. Bacon parecía haber olvidado que las llevaba.

—Esto está muy bien —dijo, mirando por el ocular con los ojos guiñados—. Se puede ver la estatua de la Libertad —a menos que le metieras una moneda de diez centavos, por supuesto, no se podía ver nada—. ¡Anda, pero si duerme con redecilla

para el pelo! —se dio la vuelta, con expresión al mismo tiempo inocente y temeraria, como un bebé examinando la guardería en busca de algo para romper.

—¿Te importa si echo un vistazo?

—Bueno...

—¿Aquí es donde te sientas?

Con las bolsas auestas, dejando tras de sí un olor ahora inconfundible a espárragos, Bacon subió al estrado donde durante el día estaban los guardias que recogían los tickets y organizaban recorridos informales por el célebre mirador. Ahí era donde la Defensa Aérea había instalado el teléfono que en caso de ataque aéreo permitía comunicarse a Sammy inmediatamente con Cortlandt Street. Era también donde Sammy guardaba la fiambarrera, los lápices de sobra, los cigarrillos y las hojas de registro adicionales.

—En realidad no me siento... Bacon, será mejor que no... ¡No!

Bacon había dejado una de las bolsas y había levantado el auricular del teléfono de emergencia.

—¿Hola, Fay? Soy King Kong. Escucha, cariño... Eh, está sonando.

Sammy subió corriendo al cuarto de guardia, le quitó el teléfono de la mano y lo colgó de un golpe.

—Lo siento.

—¿Te puedo preguntar algo, Bacon? —dijo Sammy—. Además de pedirte que no toques nada. —Se apoyó en Bacon como cuando uno se apoya en una puerta encallada, haciendo presión con el hombro, y lo sacó del cuarto de guardia—. ¿Qué llevas en las bolsas?

Bacon se miró la mano izquierda, un poco sorprendido, luego miró la bolsa que había dejado a su lado. La recogió y luego levantó ambas bolsas en dirección a Sammy. Sammy olió algo a medio camino entre manteca, vino y verdura, quizás ajos chalotes.

—¡La cena! —dijo Bacon.

Fueron a la cafetería a oscuras, donde brillaban las patas puestas hacia arriba de las sillas. El suelo lustrado susurraba bajo sus pies. Las bandas de acerocromo que bordeaban la larga barra reflejaban en un extremo la luz del vestíbulo. Las neveras zumbaban suavemente para sí mismas. La atmósfera asordinada del bar pareció mitigar, o al menos calmar un poco, el humor de Bacon. Puso dos sillas en el suelo y luego, sin una palabra, empezó a vaciar las bolsas de la compra. Resultó que una bolsa contenía tres fuentes plateadas con tapa, de esas que los camareros de hotel en las películas siempre llevan en carros con ruedas tapados con sábanas. En la otra bolsa había dos fuentes más y una pequeña sopera llena de salpicaduras de una sopa de color verde claro. Después de colocar las fuentes y la sopera en la mesa, sacó un puñado aparentemente aleatorio de tenedores, cuchillos y cucharas, un revoltijo

recargado y pesado, y un par de servilletas de tela manchadas con los diversos jugos y líquidos que se habían escapado de las diversas fuentes. También sacó una botella de vino, un sacacorchos y dos vasos, uno de los cuales se había roto por el camino.

—Tendremos que compartir vaso —dijo—. O yo puedo beber directamente de la botella.

—¿Y dónde está la tarta de merengue flambeada?

Bacon pareció dolido. Con gesto brusco, levantó la tapa de una de las fuentes y reveló un siniestro charco de mejunje blanco azucarado con tiras marrones.

—¿Por quién me tomas? —dijo.

—Lo siento —dijo Sammy. Se sentaron a comer. Había codornices rellenas de ostras, espárragos al vapor con salsa holandesa, ensalada macedonia y patatas *dauphin*. La sopa verde era crema de berros. Sammy no tuvo coraje para desmembrar a los pajarillos, pero les sacó el relleno y le pareció delicioso.

—¿Qué has hecho? —dijo Sammy—. ¿Pedir servicio de habitaciones para llevar? —Bacon vivía por encima de sus posibilidades, o eso explicaba, en el hotel Mayflower.

—No exactamente.

—Está bueno. Podría estar más caliente.

—¿Sal? —Bacon volvió a buscar en la bolsa de la compra, sacó un salero plateado con un diseño todavía más recargado que la cubertería y lo dejó sobre la mesa. Estaba vacío—. Ups. —Se volvió a inclinar, miró en la bolsa, la levantó y le dio la vuelta, colocando un lado de la abertura encima del salero. Un chorrito de sal cayó de la bolsa—. Ajá. Como nuevo. Así pues —continuó, señalando el sujetapapeles y la insignia de vigilante de Sammy—, querías poner tu granito de arena, ¿no? Ayudar al Escapista en su lucha incansable contra la Cadena de Hierro y sus esbirros del Eje.

—Un montón de gente me pregunta lo mismo —dijo Sammy, espolvoreando sus patatas con sal—. Es lo que suelo decir.

—Pero a mí me vas a decir la verdad, ¿no? —dijo Bacon, en tono de burla pero con un asomo de súplica sincera.

—Bueno —dijo Sammy, halagado—. Simplemente sentí que era... mi deber. Hice algo de lo que no estaba orgulloso. Y cuando volvía de hacerlo, había un pequeño grupo de voluntarios en el vestíbulo, les estaban enseñando el lugar y yo me uní a ellos. Antes de pararme a pensar qué estaba haciendo.

—Remordimientos.

Sammy asintió, aunque era cierto que su aventura como vigilante de aviones había coincidido con el periodo en que Joe empezó a pasar más y más tiempo con Rosa Saks, dejando a Sammy a solas con sus noches largas y vacías.

—Y no me preguntes qué es lo que hice porque no te lo pienso contar.

—De acuerdo, no lo haré —dijo Bacon encogiéndose de hombros. Pinchó varios espárragos con el tenedor y se los llevó a la boca.

—Está bien —dijo Sammy—. Te lo contaré.

Bacon movió las cejas:

—¿Es algo subido de tono?

—No —se rió Sammy—. No, yo... cometí perjurio. En una declaración jurada. Les dije a los abogados de Superman que Shelly Anapol no me pidió nunca que copiara su personaje. Cuando es justamente lo que hizo.

—¡Dios mío! —dijo Bacon, con una mueca de horror.

—Espantoso, ¿no?

—La horca es demasiado buena para ti.

Sammy se dio cuenta de que Bacon le estaba tomando el pelo. Pero descubrió que evocar la humillación de su tarde incómoda y tediosa en una sala de conferencias del bufete de Phillips, Nizer, Benjamin, Krim & Ballon todavía podía ruborizarle las mejillas.

—Bueno, estuvo mal —dijo—. Por mucho que tuviera una buena razón. Creo que luego intenté compensarlo.

—Si eso es lo peor que has hecho en la vida —dijo Bacon, negando con la cabeza.

—Hasta ahora, creo que sí —dijo Sammy.

Algún recuerdo desconocido pasó rápidamente por los rasgos de Bacon y lo entristeció.

—Tienes suerte —dijo.

—Así pues, ¿dónde has estado? —dijo Sammy, cambiando de tema—. Vestido así. ¿En una fiesta?

—Una fiestecita. Muy pequeña.

—¿Dónde?

—En casa de Helen. Hoy es su cumpleaños.

—¿De Helen Portola?

—Te has olvidado de decir «la encantadora».

—¿De la encantadora Helen Portola?

Bacon asintió, examinando o fingiendo que examinaba el muslo de una de sus codornices, como si hubiera una mancha de sangre que lo preocupara.

—¿Quién había?

—Yo. Y la encantadora Helen Portola.

—¿Los dos solos?

Asintió de nuevo. Su laconismo acerca de aquella cuestión era tan poco propio de él que Sammy se preguntó si Bacon y Helen se habían peleado. Sammy tenía muy poca experiencia con actrices, pero tenía la idea convencional de que por lo general

tenían las mismas costumbres sexuales que las chinchillas en celo. Seguramente si Helen Portola había invitado al protagonista de su serial a celebrar su cumpleaños *a deux* en la intimidad de su casa no era porque esperaba que su novio terminara la velada deambulando por la ciudad con un par de bolsas de la compra llenas de comida de gourmet tibia.

—¿Cuántos años tiene? —dijo Sammy.

—En realidad, setenta y dos.

—Bacon.

—La vieja se conserva muy bien.

—¡Bacon!

—¿Cuál es su secreto? Comer mucho, mucho hígado.

—¡Tracy!

Bacon levantó la vista de su comida, fingiendo una sorpresa inocente.

—¿Sí, Clay?

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué quieres decir?

Sammy lo miró con severidad.

—Pues bueno, no quería echar a perder esta comida. La cocinera de Helen se ha tomado muchas molestias.

—¿La cocinera de Helen?

—Sí. Creo que tendrías que escribirle una notita.

—¿Quieres decir que era una cena formal?

—Originalmente.

—¿Os habéis peleado Helen y tú?

Bacon asintió.

—¿Ha sido grave?

Asintió de nuevo, con cara de tristeza genuina.

—Pero no ha sido culpa mía —dijo.

Sammy se moría de ganas de preguntar por qué se habían peleado, pero tenía la impresión de que no se conocían lo bastante. No se le ocurrió que en circunstancias semejantes, con cualquier otra persona, no habría dudado en preguntar, en su mejor estilo de Brooklyn. Pero Bacon decidió explicárselo por iniciativa propia.

—Por alguna razón —continuó Bacon—, ella creía erróneamente que yo intentaba proponerle matrimonio esta noche. Dios sabe quién se lo dijo.

—Lo decía Ed Sullivan —dijo Sammy. Se había encontrado con el artículo en el *News* y lo había leído con cierto resquemor. Su amistad con Bacon tenía muy poco lugar para florecer: el área diminuta que constituía la intersección de sus mundos dispares. Y pensaba que no podría sobrevivir después de que Bacon se hubiera casado con la actriz principal y marchado a Hollywood para convertirse en una estrella—.

Ayer por la mañana.

—Ah, sí —negó con su enorme y bella cabeza, compungido.

—¿Lo viste?

—No, pero recuerdo haberme encontrado con Ed Sullivan en Lindy's hace un par de noches.

—¿Le dijiste que ibas a pedir a Helen que se casara contigo?

—Puede que sí.

—Pero no piensas hacerlo.

—No lo he hecho.

—Y ella se ha molestado.

—Se ha ido corriendo a su dormitorio y ha cerrado la puerta de golpe. Antes me ha pegado.

—Bien por ella.

—La zorra me ha dado un puñetazo.

—Ouch —había algo en su relato que excitaba a Sammy, o más bien en la escena que reconstruyó en la imaginación. Sentía de nuevo aquella ráfaga de deseo que había experimentado imaginando no que se convertía en Tracy Bacon... Pero sí que tenía su vida, su complexión, su novia hermosa y temperamental y el poder para romperle el corazón. Cuando lo que tenía realmente era un par de prismáticos, un sujetapapeles y el mirador más solitario de la ciudad tres noches por semana—. O sea que te has llevado su comida.

—Bueno, se había quedado allí.

—Y te la has traído.

—Bueno, aquí estabas tú.

La pausa que aquel comentario introdujo en su conversación la ocuparon de repente un parpadeo de color púrpura oscuro en el cielo a su alrededor y un sonido grave y veraniego, al mismo tiempo amenazante y familiar. A continuación un tintineo de vasos amontonados sobre la barra.

—Vaya —dijo Bacon, levantándose de la mesa—. Un trueno.

Fue a la ventana y miró el exterior. Sammy se levantó y lo siguió.

—Por aquí —dijo, cogiendo del brazo a Bacon—. Sopla desde el sudeste.

Se pusieron juntos, hombro con hombro, y vieron cómo el lento dirigible negro avanzaba sobre la ciudad, dejando un rastro de largos cables blancos de electricidad colgando de su vientre. Los truenos hostigaban el edificio como sabuesos, frotando sus pellejos crujientes contra los tímpanos y parteluces y husmeando los cristales.

—Parece que le gustamos —la voz de Bacon se rompió en una risotada aguda. Sammy notó que tenía miedo.

—Sí —dijo Sammy—. Somos sus preferidos. —Encendió un cigarrillo y la chispa de su encendedor hizo que Bacon diera un respingo—. Tranquilízate. Lleva

todo el mes así. Hay tormentas todo el verano.

—Ajá —dijo Bacon. Dio un trago de la botella de Burdeos y se relamió—. Y estoy tranquilo.

—Lo siento.

—¿Esas cosas nunca, ya sabes, tocan el edificio?

—Cinco veces en lo que va de año, según creo.

—Oh, Dios mío.

—Tranquilo.

—Cállate.

—Se han registrado impactos de más de veintidós mil amperios.

—En este edificio.

—Creo que son diez millones de voltios, o algo así.

—Dios.

—No te preocupes —dijo Sammy— El edificio entero actúa como un gigantesco... Oh —A Bacon le olía el aliento a vino, pero una gota dulce permanecía todavía en sus labios cuando unió su boca a la de Sammy. El vello incipiente de sus barbillas hizo un ruido áspero como de electricidad. Sammy se quedó tan sorprendido que para cuando su cerebro, con todo su cargamento considerable de prohibiciones y actitudes judeocristianas, pudo empezar a enviar sus mensajes severos y condenatorios a las distintas partes relevantes de su cuerpo, ya era demasiado tarde. Le estaba devolviendo el beso a Bacon. Los dos inclinaron los cuerpos hasta juntarlos. La botella de vino tintineó contra el cristal. Sammy sintió un halo minúsculo, una gema de calor quemándole los dedos. Dejó caer el cigarrillo al suelo. Luego el cielo al otro lado de las ventanas se llenó de venas de fuego y oyeron una descarga casi húmeda, como una gota cayendo en una plancha caliente, luego un trueno los atrapó en las cavidades profundas de sus palmas.

—Pararrayos —dijo Sammy, apartándose. Y a pesar de todo lo que le había contado una tarde de la semana pasada el anodino y tranquilizador doctor Karl B. MacEachron de la General Electric, que había estado estudiando los fenómenos eléctricos atmosféricos asociados con el Empire State, desde los fuegos de San Telmo a los relámpagos invertidos que golpeaban el cielo, de pronto tuvo miedo. Se alejó un paso de Tracy Bacon, se inclinó para recuperar su cigarrillo encendido y buscó refugio adoptando inconscientemente el tono frío del doctor MacEachron—. La estructura de acero del edificio atrae la descarga pero luego la disipa por completo...

—Lo siento —dijo Bacon.

—No pasa nada.

—No quería... Uau, mira eso.

Bacon señaló la terraza desierta que había al otro lado de los ventanales. Por sus barandillas parecía fluir un líquido de color azul brillante, viscoso y turbulento.

Sammy abrió la puerta y sacó una mano a la oscuridad con olor a ozono; luego Bacon fue a su lado, sacó también la mano, y los dos se quedaron allí un momento, viendo cómo de las puntas de sus dedos extendidos salían chispas de cinco centímetros.

OCHO

Entre los magos que visitaban la Tienda de Magia de Louis Tannen había un grupo de aficionados conocidos como los Warlocks, gente con carreras más o menos literarias que se reunían dos veces al mes en el bar del hotel Edison para aturdirse entre ellos con bebida, cuentos chinos y desengaños novelísticos. La definición de «literarias» se había ampliado, en el caso de Joe, para incluir su trabajo en el campo del cómic, y fue gracias al hecho de ser miembro de los Warlocks, otro de los cuales era el gran Walter B. Gibson, biógrafo de Houdini y creador de la Sombra, que Joe llegó a conocer a Orson Welles, invitado semihabitual a las confabulaciones del Edison. Welles también resultó ser amigo de Tracy Bacon, cuya primera obra en Nueva York había sido con el Mercury Theatre, interpretando a Algernon en la producción radiofónica de Welles de *La importancia de llamarse Ernesto*. Entre Joe y Bacon, se las habían apañado para conseguir cuatro tickets para el estreno de la primera película de Welles.

—¿Cómo es? —preguntó Sammy.

—Es un tipo increíble —dijo Rosa. Había conocido brevemente al actor alto con cara de niño una tarde en que había pasado por el Edison para encontrarse con Joe, y había creído ver en él un espíritu amable, un romántico, alguien cuyos esfuerzos por escandalizar a los demás eran, por encima de todo, la expresión de sus esperanzas hacia sí mismo, del deseo de escapar de los límites de un hogar decente y respetable. En el instituto, había ido con una amiga a los barrios altos a ver su estridente *Macbeth* con aires de vudú y había salido encantada—. Creo que es un genio, realmente.

—Tú crees que todo el mundo es un genio. Hasta crees que este tío es un genio —dijo Sammy, clavándole un índice regordete a Joe en la rodilla.

—No creo que tú lo seas —dijo ella en tono dulce.

—La verdadera genialidad nunca es reconocida en su época.

—Salvo por quien la tiene —dijo Bacon—. Orson no tiene dudas sobre eso.

Iban todos juntos a los barrios altos, embutidos en el asiento trasero de un taxi. Sammy y Rosa habían ocupado los asientos plegables y Rosa tenía bien agarrado el brazo de Sammy. Venía de las oficinas de la ART y llevaba un traje chaqueta de tweed marrón con cinturón, los hombros cuadrados y un corte vagamente militar, cuya insulsez le causaba un dolor considerable. La última vez que había visto a Orson Welles también iba vestida como una maestra de escuela, así que el tipo iba a considerar a la novia de Joe Kavalier tan fascinante como un saco de cebollas. Sammy llevaba uno de sus trajes enormes de raya diplomática sacados de una película de George Raft, Bacon el habitual esmoquin —se tomaba su papel de hombre de mundo un poco demasiado en serio para el gusto de Rosa, aunque ella tenía que admitir que aquello parecía lo único que se tomaba en serio— y Joe, por

supuesto, parecía que acababa de caerse de un seto. Tenía pintura blanca en el pelo. Parecía que había usado la punta de su corbata para secar una mancha de tinta.

—Es un tipo listo —dijo Joe—. Pero no es muy buen mago.

—¿Es verdad que sale con Dolores del Río? —dijo Bacon—. Eso es lo que yo quiero saber.

—Me gustaría saberlo —dijo Joe, aunque no parecía que la cuestión le interesara en absoluto. Rosa sabía que aquella noche estaba triste. El barco de Hoffman, que por fin había llegado hacía unas semanas a Lisboa, iba a reembarcar ahora hacia Nueva York. Pero hacía dos días que había llegado un telegrama de la señora Kurtzweil, la delegada de la ART en Portugal. Tres niños habían cogido el sarampión. Uno de ellos había muerto. Hoy se habían enterado de que todo el convento de Nossa Senhora de Monte Carmelo había sido puesto en «cuarentena absoluta e indefinida» por las autoridades portuguesas.

—Yo creía que tú salías con Dolores del Río, Bake —dijo Sammy—. Eso decía Ed Sullivan.

—Era Lupe Vélez.

—Siempre las confundo.

—En todo caso, ya sabes que no hay que creer lo que dicen los periódicos.

—¿Como por ejemplo, que Parnassus Pictures planea llevar al héroe de cómic el Escapista a la gran pantalla con la estrella de la radio Tracy Bacon en el papel principal?

—¿En serio? —dijo Rosa.

—Solamente va a ser un serial —dijo Bacon—. De Parnassus Pictures. No son nada del otro mundo.

—Joe —dijo Rosa—. No me lo habías dicho.

—No me importa en absoluto —dijo Joe, sin dejar de mirar el espectáculo de neón y humo de Broadway que se desplegaba al otro lado de las ventanillas del coche. Pasó una mujer con lo que parecía las colas de nueve comadreas muertas colgando de los hombros—. Porque Sammy y yo no vemos un penique.

Sammy miró a Rosa y levantó un hombro: ¿Qué mosca le ha picado? Rosa estrujó el brazo de Sammy. No había tenido ocasión de contarle a Sammy el último telegrama de Lisboa.

—Tal vez no en ese sentido, Joe —continuó Sammy—, pero escucha. Tracy dice que si consigue el papel, va a hablar de nosotros con el estudio. Les va a aconsejar que nos contraten para escribir los guiones.

—Es lo natural —dijo Bacon—. Aunque probablemente eso echará a perder la idea.

—Podríamos ir a Hollywood, Joe. Así tendríamos la oportunidad de llegar a algo. Podría ser el principio de algo realmente de coña.

—Algo de coña. —Joe asintió con expresión lenta y pesada, como si Sammy hubiera mostrado el reflejo de la cuestión que llevaba todo el día preocupándolo. Luego volvió a su ventanilla—. Sé que es importante para ti.

—Ahí está —dijo Bacon—. El Palace.

—El Palace —dijo Sammy, con un matiz extraño en la voz.

Pararon delante de lo que ahora se conocía como el RKO Palace, antiguamente la meca del vodevil americano, al final de una hilera de taxis y coches de alquiler. Sobre la marquesina se cernía una figura gigantesca de Orson Welles, con la mirada inflamada y el pelo alborotado. Toda la fachada del cine era un hervidero de flashes y gritos, y había una sensación generalizada de catástrofe inminente y pintalabios rojo. Sammy se había puesto blanco como el papel.

—¿Sam? —dijo Rosa—. Parece que hayas visto un fantasma.

—Está preocupado por si le toca pagar el taxi —dijo Bacon, sacando su cartera.

Joe salió del coche, se puso el sombrero y le aguantó la puerta a Rosa. Ella salió del coche y le dio un abrazo. Él la levantó del suelo, estrujándola con fuerza, y respiró hondo su aroma. Ella notaba que la gente los estaba mirando y preguntándose quiénes eran aquellos dos, o quiénes creían que eran. El sombrero gris de Joe amenazó con caérsele hacia atrás, pero él lo atrapó con la mano y luego dejó a Rosa en el suelo.

—No le pasará nada —dijo ella—. Ya ha pasado el sarampión. Solamente será un pequeño retraso.

Ella sabía por su propia experiencia amarga que Joe odiaba que lo consolaran, pero ahora vio con sorpresa que cuando la dejó en el suelo estaba sonriendo. Miró a su alrededor a los fotógrafos, a la multitud, los focos deslumbrantes, las largas limusinas negras en el bordillo, y ella vio que todo aquello lo excitaba. Y es que era excitante, pensó.

—Ya lo sé —dijo Joe—. No le pasará nada.

—Nosotros también podemos terminar cualquier día en Hollywood —dijo ella, envalentonada por su inesperado cambio de humor—. Tú, yo y Thomas. En un pequeño bungalow en las Colinas de Hollywood.

—A Thomas le encantaría —dijo Joe.

—El Palace. —Sammy se había unido a ellos y estaba contemplando las seis letras brillantes de la marquesina resplandeciente. Se sacó un billete de cinco dólares de la billetera—. Ahí tienes, compañero —dijo, dándoselo a Bacon—. Yo pago el taxi.

NUEVE

—Está muy bien, el Escapista —le dijo Orson Welles a Sammy. Era tremendamente alto y sorprendentemente joven, y olía a Dolores del Río. En 1941 estaba de moda entre cierta gente elegante confesar que conocían con cierta profundidad a Batman, al Capitán Marvel o al Blue Beetle—. No me salto una línea.

—Gracias —dijo Sam.

Aunque nunca olvidó aquel instante y en años posteriores lo embellecería, esa fue toda la conversación que tuvo con Orson Welles, aquella noche y cualquier otra. En la fiesta posterior al estreno, en la azotea del Pennsylvania, Joe bailó con Dolores del Río y Rosa bailó con el guapo Joseph Cotten y con Edward Everett Horton, que bailaba mucho mejor con diferencia. Tocaba la orquesta de Tommy Dorsey. Sentado, Sammy miraba y escuchaba, con los ojos guiñados, consciente, como todos los devotos de las orquestas de swing de 1941, del privilegio de vivir en aquel momento en que los practicantes de su música favorita estaban en la cima absoluta de su estilo y su técnica, un momento no superado en este siglo en cuestión de brío, romanticismo, glamour y una variada concurrencia de tipos chistosos y pulcros. Joe y Dolores del Río bailaron un foxtrot y luego, como es natural, una rumba. Hasta ahí fue toda la relación que Joe tuvo con Dolores del Río, aunque él y Orson Welles continuaron viéndose en el bar del hotel Edison.

Lo más importante con diferencia de todo lo que les pasó a los dos primos en aquel primero de mayo de 1941 fue la película que habían ido a ver.

En años posteriores, en otras manos, el Escapista se convertiría en objeto de broma. Los gustos cambiaron, los guionistas se cansaron y los argumentos convencionales se quedaron gastados. Los guionistas y dibujantes posteriores, con la complicidad de George Deasey, convirtieron la tira cómica en una curiosa especie de parodia invertida de todo el género del héroe disfrazado. La barbilla del Escapista se volvió más grande y su hoyo más enfático, y sus músculos hipertrofiados hasta abultar, en palabras memorables de su archienemigo de posguerra, el doctor Magma, «como un saco lleno de gatos». La aguja siempre lista de la señorita Plum Blossom se dedicaba a proveer al Escapista de un surtido de atuendos especiales para luchar contra el crimen dignos de Wladziu Liberace,¹⁹ y Omar y Big Al empezaron a gruñir abiertamente sobre las facturas que su jefe amontonaba por sus gastos extravagantes en supervehículos, superaviones e incluso una «muleta de marfil labrada a mano» para que Tom Mayflower la usara en noches especiales. El Escapista era vanidoso. A veces los lectores lo veían detenerse, de camino a luchar contra el mal, para ver su reflejo y peinarse en un escaparate o en el espejo de la balanza de un drugstore. En plena salvación de la Tierra de los malvados Omnívoros, en uno de los últimos números, el 130 (marzo de 1953), el Escapista se pone medio histérico al intentar

remodelar, con la ayuda de un decorador ceceante, la Cerradura, el santuario secreto situado bajo los escenarios del Empire Palace. Aunque continuaba defendiendo a los débiles y protegiendo a los indefensos con tanta habilidad como siempre, el Escapista nunca parecía tomarse sus aventuras lo bastante en serio. Se iba de vacaciones a Cuba, Hawai y Las Vegas, donde llegó a compartir escenario en el Sands Hotel con el mismísimo Wladziu Liberace. A veces, si no tenía una prisa especial por llegar a alguna parte, dejaba que Big Al tomara los controles de la Aerollave y se ponía a leer una revista sobre cine en cuya portada salía su foto. Los llamados argumentos a lo Rube Goldberg —en los cuales el Escapista, tan aburrido como el que más de la rutina de combatir el crimen, introducía obstáculos y trabas deliberadamente a sus propios esfuerzos para desbaratar los planes de la enorme pero finita variedad de megalómanos, maníacos y matones recalcitrantes a los que combatió en los años posteriores a la guerra, a fin de hacer las cosas más interesantes para sí mismo— se convirtieron en una marca de la casa del personaje: se proponía de antemano, por ejemplo, despachar a una banda de criminales «con las manos desnudas», y usar su fuerza física inmensamente aumentada solamente si alguno de ellos pronunciaba una frase al azar como por ejemplo «agua helada», y luego, cuando ya casi le habían dado una paliza y hacía demasiado frío para que alguien pidiera un vaso de agua, el Escapista encontraba una forma de arreglar las cosas de manera que la banda terminara en la parte trasera de un camión lleno de cebollas. Era un payaso superpoderoso y lleno de músculos.

El Escapista que reinó entre los gigantes de la tierra en 1941 era una clase distinta de hombre. Era solemne, a veces demasiado. Su cara era esbelta, su boca rígida, y sus ojos, a través de los agujeros de su máscara, eran como fríos remaches de hierro. Aunque era fuerte, no era en absoluto invulnerable. Lo podían golpear, aporrear, ahogar, quemar, dar palizas y dispararle. Y sus misiones eran simplemente eso: su trabajo, fundamentalmente, era el salvamento. Las primeras historias, a pesar de todos sus puñetazos antifascistas y Stukas chirriantes, eran relatos de huérfanos amenazados, campesinos explotados y pobres operarios de fábrica convertidos en zombis babeantes por sus jefes productores de armas. Incluso después de que el Escapista se fuera a la guerra, pasaba tanto tiempo defendiendo a las víctimas inocentes de Europa como el que pasaba arrancando trozos de barcos de guerra con los puños. Defendía a refugiados con su cuerpo y evitaba que cayeran bombas sobre los niños. Siempre que desarticulaba una red de espionaje en Estados Unidos (la del Saboteador, por ejemplo), soltaba los discursos con los que Sam Clay intentaba contribuir a la guerra de su primo, diciendo, por ejemplo, mientras abría en canal otro «topo acorazado» con el hocico en forma de taladro y lleno de alemanes bovinos que había intentado llegar cavando bajo tierra hasta Fort Knox: «¡Me gustaría saber qué diría esa cuadrilla de avestruces con la cabeza enterrada de miedo si pudieran ver

esto!». Con su combinación de seriedad, conciencia social y predisposición a desguazar, era el héroe perfecto para 1941, momento en que América emprendía el proceso laborioso y retumbante de dar marcha atrás y meterse en una guerra espantosa.

Y sin embargo, a pesar de que vendía millones de ejemplares, y durante una época se elevó o se sumergió en la conciencia popular general de América, si Sammy nunca hubiera escrito y Joe nunca hubiera dibujado otro número después de la primavera de 1941, el Escapista se habría esfumado sin duda de la memoria y la imaginación nacionales, igual que *Catman and Kitten*, el *Verdugo* y *The Black Terror*, cómics que habían vendido casi tanto como el Escapista en su mejor momento. Los coleccionistas y los fans no habrían desembolsado sumas atroces por las primeras colaboraciones de Kavalier y Clay ni les habrían dedicado cientos de miles de palabras eruditas. Si Sammy nunca hubiera escrito otra palabra después del n.º 18 de *Radio Comics* (junio de 1941), solamente habría sido recordado por los devotos más fanáticos de los cómics como creador de una serie de estrellas menores de principios de los cuarenta, si es que alguien lo hubiera recordado. Si el tridente explosivo de Ebling hubiera matado a Joe Kavalier aquella noche en el hotel Fierre, lo habrían recordado como un excelente portadista, creador de unas escenas de batalla enérgicas y concienzudas e inspirador de las fantasías de *Polilla Luna*, si es que alguien lo hubiera recordado, pero a diferencia de lo que sucede hoy, no se lo recordaría como uno de los mayores innovadores en materia de maquetación y estrategias narrativas de toda la historia de los cómics. Sin embargo, en julio de 1941 llegó a los quioscos el número 19 de *Radio Comics* y los nueve millones de niños desprevenidos de doce años de América que querían crecer para convertirse en personajes de cómic casi cayeron fulminados de asombro.

La razón fue *Ciudadano Kane*. Con Rosa y Bacon entre ellos, los dos primeros se sentaron en el palco del insulso cine Palace con su lámpara de araña de fantasía y su estructura venerable cubierta de un emplasto nuevo de terciopelo y dorado. Las luces se apagaron. Joe encendió un cigarrillo. Sammy se reclinó en el respaldo y colocó las piernas, que tenían tendencia a dormirse en los cines. La película empezó. Joe se fijó en que Orson Welles era el único nombre que había encima del título. La cámara saltó la verja de hierro con sus puntas, subió planeando como un cuervo la colina siniestra y quebrada con sus monos, sus góndolas, su campo de golf en miniatura y, sabiendo perfectamente lo que buscaba, entró por la ventana e hizo un zoom sobre un par de labios monstruosos que pronunciaban su última palabra.

—Esto va a ser bueno —dijo Joe.

Le dejó impresionado, más bien pulverizado. Cuando las luces se encendieron, Sammy se inclinó hacia delante y miró más allá de Rosa en dirección a Joe, ansioso por ver qué le había parecido la película. Joe estaba sentado mirando hacia delante,

parpadeando, intentando asimilarlo todo. Todas las frustraciones que había sentido practicando el arte que había descubierto por casualidad una semana después de llegar a América, las convenciones fáciles, las expectativas bajas de editores, lectores, padres y maestros, las restricciones espaciales contra las que había estado luchando en las páginas de *Polilla Luna*, todo parecía susceptible de ser completamente vencido, sobrepasado y eludido. El Asombroso Cavalieri iba a liberarse para siempre de las nueve viñetas.

—Quiero que hagamos algo como eso —dijo.

Aquella era precisamente la idea que había ocupado a Sammy desde el momento en que había captado la estructura de la película, cuando el falso noticiario sobre Kane había terminado y las luces mostraron a los hombres que en la película trabajaban para la empresa informativa «March of Time». Pero a Joe le había desatado la inspiración, había sido como asumir un reto, mientras que para Sammy había supuesto más bien la expresión de su envidia hacia Welles y de su ansia desesperada de abandonar alguna vez aquella estafa lucrativa, con sus raíces en los artículos de broma baratos. Después de volver a casa desde la estación de Pennsylvania, los cuatro se sentaron ya entrada la noche, bebieron café, pusieron discos en el Panamuse y recordaron conjuntamente momentos, tomas y líneas de diálogo. No podían olvidar el largo movimiento ascendente de la cámara, a través de la maquinaria y las sombras de la ópera, hasta los dos tramoyistas que se agarraban las narices en el debut de Susan. Nunca olvidarían cómo la cámara se había metido por la claraboya del sórdido bar de copas para mostrar a la pobre Susie en plena decadencia. Discutieron sobre los pasajes cruzados del laberíntico retrato de Kane, y sobre por qué todo el mundo sabía cuál había sido su última palabra cuando no parecía haber nadie con él cuando la susurró. Joe intentaba expresar, formular, la revolución de sus ambiciones en relación a la forma de arte mal prensada y grapada a la que los habían llevado sus inclinaciones y la suerte. No era simplemente, le dijo a Sammy, cuestión de que alguien adaptara el repertorio de trucos cinematográficos desplegados de forma tan atrevida en la película —primeros planos extremos, ángulos extraños, disposiciones extravagantes de las figuras y los fondos—. Joe y otra gente llevaba tiempo tanteando con aquellas cosas. Era que *Ciudadano Kane* representaba, más que ninguna otra película que hubiera visto Joe, la fusión total de imagen y relato que era —¿acaso Sammy no lo veía?— el principio fundamental de la narración en el cómic, y el núcleo irreductible de su asociación. Sin el diálogo ingenioso y poderoso y sin el rompecabezas de la historia, la película solamente habría sido una versión americana del mismo rollo expresionista perturbador y sombrío al estilo de la Ufa Films que Joe había crecido viendo en Praga. Sin las sombras inquietantes y las arriesgadas incursiones de la cámara, sin la iluminación teatral y los ángulos vertiginosos, habría sido simplemente una película inteligente

sobre un hijo de puta rico. Pero era más, mucho más, de lo que ninguna película necesitaba ser. En aquel sentido crucial —su fusión inextricable de imagen y relato— *Ciudadano Kane* era como un cómic.

—No sé, Joe —dijo Sammy—. Me gustaría pensar que podríamos hacer algo así. Pero vamos. Ya sabes, solamente estamos hablando de cómics.

—¿Por qué tienes que verlo así, Sammy? —dijo Rosa—. Ningún medio es inherentemente mejor que otro. —La creencia en aquella idea era casi un requisito para residir en casa de su padre—. Lo importante es lo que hagas con ese medio.

—No, no es verdad. La verdad es que los cómics son inferiores —dijo Sammy—. Yo lo creo de verdad. Es... es algo que está en su material. Hablamos de un puñado de tipos y una chica que corretean por ahí con calzoncillos largos dando puñetazos a la gente, ¿vale? Si la gente de Parnassus hace un serial con el Escapista, creedme, no va a ser ningún *Ciudadano Kane*. Ni siquiera Orson Welles podría hacerlo.

—Estás inventando excusas, Clay —dijo Bacon, cogiéndolos a todos por sorpresa pero a ninguno más que a Sammy, que nunca había oído hablar tan en serio a su amigo—. No es que creas que los cómics son inferiores, es que crees que lo eres tú.

Joe miró a otra parte por cortesía.

—Ajá —dijo Rosa al cabo de un momento.

—Ajá —dijo Sammy.

Sammy y Joe entraron en su despacho a las siete en punto, con las mejillas sonrosadas, aturridos por la falta de sueño, tosiendo y sobrios y casi sin hablar. En un portafolio de cuero debajo del brazo, Joe llevaba las nuevas páginas que había abocetado, junto con las anotaciones de Sammy para «La Calle Kane», la primera de las llamadas historietas modernistas o prismáticas del Escapista, pero también ideas para una docena más de historias que se le habían ocurrido a Sammy, no solamente para el Escapista sino para Polilla Luna, el Monitor y los Cuatro Libertadores, durante la noche anterior. Cogieron el pasillo para ir a ver a Anapol.

El editor de Empire Comics había abandonado el enorme despacho de acerocromo que tanto le incomodaba y se había aposentado en un cuarto para suministros de mantenimiento, en el que había instalado una mesa, una silla, un retrato del compositor de las *Canciones de un almuédano encaprichado* y dos teléfonos. Desde el traslado, aseguraba encontrarse mucho más cómodo y aseguraba que dormía mucho mejor por las noches. Sammy y Joe fueron directamente a la puerta del despacho-armario. Si Anapol estaba dentro, no había sitio para nadie más. Anapol estaba escribiendo una carta. Levantó un dedo para hacer saber que estaba teniendo una idea importante.

Sammy vio que estaba escribiendo encima del membrete de la sociedad Szymanowski. «Querido hermano», empezaba la carta. Anapol mantuvo la mano en el aire mientras repasaba la línea, moviendo los labios purpúreos y carnosos. Luego

levantó la vista. Sonrió con gravedad.

—¿Por qué de pronto quiero esconder mi talonario? —dijo.

—Jefe, necesitamos hablar con usted.

—Ya lo veo.

—En primer lugar —Sammy se aclaró la garganta—, todo lo que hemos hecho hasta ahora, por bueno que haya sido, y no sé si alguna vez le echa un vistazo a lo que hace la competencia pero lo hemos hecho mejor que la mayoría de ellos y hemos estado a la altura de los mejores de ellos, todo eso no ha sido nada, ¿vale?, nada comparado con lo que Joe y yo hemos pensado para el Escapista en adelante, aunque no tengo la libertad de divulgar lo que será. Por el momento.

—Eso en primer lugar —dijo Anapol.

—Sí.

Anapol asintió.

—En primer lugar, tenéis que felicitarme. —Se apoyó en el respaldo, con las manos juntas con gesto petulante sobre la barriga, y esperó a que ellos lo entendieran.

—Lo han comprado —dijo Sammy—. Parnassus.

—Me lo dijo anoche su abogado. La producción empezará a final de año, si no antes. Ciertamente no hay montones de dinero —no estamos hablando de la MGM—, pero no está mal. Nada mal.

—Naturalmente estamos obligados a pedirle que nos dé la mitad —dijo Joe.

—Naturalmente —dijo Anapol. Sonrió—. Ahora decidme qué es lo que habéis pensado.

—Bueno, básicamente es un enfoque completamente nuevo. Vimos...

—¿Para qué necesitamos un enfoque completamente nuevo? El antiguo funcionaba de maravilla.

—Este es mejor.

—En este contexto, mejor solamente significa una cosa —dijo Anapol—. Más dinero. ¿Ese enfoque completamente nuevo va a significar más dinero para mí y para mi socio?

Sammy miró a Joe. En realidad, todavía no estaba totalmente convencido de aquello. Pero todavía notaba la punzada de la acusación de Bacon de la noche anterior. Y lo que es más, conocía a Shelly Anapol. El dinero no era —al menos no siempre— lo que más le importaba en el mundo. Una vez, años atrás, Anapol había albergado la ambición de tocar el violín en la Filarmónica de Nueva York, y quedaba una parte de él, aunque profundamente enterrada, que nunca se había resignado a acabar vendiendo cojines que chillaban. A medida que las cifras de ventas de Empire Comics ascendían, y los enormes ciclones negros de dinero llegaban volando desde el interior del país, Anapol, movido por aquella ambición residual y por una culpa retorcida por la facilidad insensata con que habían logrado un éxito colosal, se había

vuelto extremadamente susceptible en relación a la mala reputación que tenían los cómics entre los Phi Beta Kappas y los peces gordos literarios cuyas reputaciones tanto le preocupaban. Incluso había obligado a Deasey a escribir cartas al *New York Times* y al *American Scholar*, que luego firmaba con su nombre, protestando por el tratamiento injusto que consideraba que aquellas publicaciones daban en sus páginas a sus humildes productos.

—Montones —dijo Sammy—. Montañas, jefe.

—Enseñadme.

Le dieron el portafolio e intentaron explicarle lo que intentaban hacer.

—Adultos —dijo Anapol después de escuchar unos minutos—. Me estáis hablando de conseguir que los adultos lean cómics.

Los primos se miraron. No lo habían expresado ni lo habían entendido de aquella forma antes.

—Supongo —dijo Sammy.

—Sí —dijo Joe—. Adultos con dinero adulto.

Anapol asintió, acariciándose la barbilla. Sammy vio cómo se le relajaban los hombros y los goznes de la mandíbula, cómo se desagarrotaban, y cómo Anapol se reclinaba hacia atrás en su enorme silla giratoria de piel con una grandeza y una comodidad no completamente libres de la amenaza de la fatiga de los metales y de la rotura de los muelles. Sammy no podía estar seguro de si era alivio por haber encontrado finalmente un fundamento digno para su comercio o si meramente le reconfortaba la proximidad de un fracaso seguro.

—Muy bien —dijo Anapol, buscando su carta inacabada—. Probaremos a ver. Poneos a trabajar.

Joe empezó a alejarse, pero Sammy lo cogió del brazo y lo hizo volver. Se quedaron allí. Anapol añadió otra frase a su carta, pensó un momento y levantó la vista.

—¿Sí?

—¿Qué hay de ese dinero no-enorme de Parnassus? —dijo Sammy—. Tenemos una parte del programa de radio. Nos dio una parte de la tira de los periódicos. No veo por qué no...

—Oh, por Dios —dijo Anapol—. No se moleste en terminar, señor Clay. Ya me lo sé de memoria.

Sammy sonrió:

—¿Y?

La sonrisa de Anapol se volvió cautelosa y muy, muy pequeña.

—No estoy en contra. No puedo hablar por Jack, pero voy a plantearle el asunto y veré si podemos apañar algo.

—Va... vale —dijo Sammy, sorprendido y un poco receloso, notando la

inminencia de una condición.

—Ahora —dijo Anapol—, a ver si podéis adivinar lo que os voy a decir.

—¿Van a poner a Szymanowski en los cromos de los chicles?

—A lo mejor no sois conscientes de ello —dijo Anapol—, pero Parnassus Pictures vende mucho en Europa.

—No lo sabía.

—Sí. De hecho, su segundo mercado en importancia después del doméstico es, precisamente...

—Alemania —dijo Joe.

—Naturalmente, están un poco preocupados por la reputación que vosotros dos le habéis dado a esta empresa, a vuestro modo tan imaginativo, como enemiga de los ciudadanos y del gobierno de aquel país de cinéfilos fanáticos. Tuve una larga charla con el señor Frank Singe, el jefe de los estudios. Dejó muy claro...

—No se moleste en terminar —dijo Sammy. Estaba asqueado—. «Nos lo sabemos de memoria». —Buscó la mirada de Joe, deseando que dijera algo, que le hablara a Anapol de su familia y de los suplicios a los que estaban siendo expuestos, al régimen casi clínico de mil y una crueldades, grandes y pequeñas, a las que el Reichsprotectorat les sometía. Estaba seguro de que Anapol volvería a ceder.

—Muy bien —dijo Joe en voz baja— Dejaré de luchar.

Anapol levantó las cejas, sorprendido.

—¿Joe? —dijo Sammy. Estaba escandalizado—. Joe, venga. ¿De qué estás hablando? ¡No puedes rendirte! Esto es... es censura. ¡Nos están censurando! Es precisamente contra lo que luchamos. El Escapista lucharía contra algo como esto.

—El Escapista no es una persona real.

—Ya lo sé, por Dios.

—Sam —dijo Joe, con las mejillas ruborizadas. Puso una mano en el brazo de Sammy—. Aprecio lo que crees estar haciendo. Pero ahora quiero que hagas esto. —Dio unos golpecitos en el portafolio—. Estoy cansado de luchar, o al menos por un tiempo. Lucho, y sigo luchando, pero eso no me da esperanzas sino que me las quita. Necesito hacer algo... Algo que sea grande, en lugar de intentar siempre hacer el Bien.

—Joe, yo... —Sammy empezó a replicar pero enseguida lo dejó—. Bien —dijo—. Dejaremos a los nazis en paz. De todas formas no tardaremos mucho en entrar en guerra.

—Y luego prometo daros la satisfacción de recordarme mi comportamiento ignominioso de esta mañana —dijo Anapol—. Así como una parte, algo muy modesto, os lo aseguro, del pequeño botín con que Hollywood nos va a recompensar.

Los primos se dirigieron a la salida. Sammy miró atrás.

—¿Y qué hay de los japos?

DIEZ

La repentina y pequeña afloración de arte, menor pero genuino, en la escabrosa línea de productos de la que por entonces era la quinta o sexta empresa de cómics más grande de América se ha atribuido habitualmente a la poderosa fascinación que *Ciudadano Kane* produjo en las aspiraciones renovadas de Joe Kavalier. Pero sin la prohibición temática impuesta por Sheldon Anapol a instancias de Parnassus Pictures —la censura de todas las líneas argumentales relacionadas con los nazis (y también con los japoneses), guerra, sabotajes, quintas columnas y cosas por el estilo— que obligaron a Sammy y a Joe a una reconsideración drástica de sus historias, parece bastante improbable que hubiera existido la serie mágica de números que empezó con el 19 de *Radio Comics* y terminó con Pearl Harbor, coincidiendo con el periodo de gestación de dos meses del número 21 de *Triumph Comics* (febrero de 1942). Por primera vez, durante ocho números seguidos de *Radio*, *Triumph*, *Muñecas* y las ahora mensuales *Aventuras del Escapista*, el énfasis no solamente se puso en los personajes con superpoderes —normalmente tan envueltos en sus inevitables velos de balas, torpedos, gases venenosos, huracanes, conjuros malignos y otros artefactos que apenas podían distinguirse las peculiaridades de sus personalidades, que no de sus cuádriceps y deltoides— sino también, de una forma casi radical para los cómics de la época, de la gente normal que los rodeaba, cuyas propias hazañas, para cuando se emprendieron las primeras acciones hostiles hacia Alemania en los primeros meses de 1942, se habían puesto tan de relieve en todas las historias que ese énfasis en sí mismo, en las heroicidades cotidianas de los «sin poderes», puede considerarse que constituye, al menos visto desde hoy, una especie de propaganda secreta y por tanto ineficaz. Había historias que trataban de las minucias de lo que al Ametrallador, en las páginas de *Triumph*, le gustaba llamar «este negocio de ser héroe», contadas no solamente desde el punto de vista de los héroes sino también desde el de varios mayordomos, novias, ayudantes, limpiabotas, médicos e incluso de los criminales. Había una historia que seguía el curso de una pistola por las calles degradadas de Empire City, en la que el Escapista solamente aparecía en dos páginas. Otra célebre historia contaba la adolescencia de Polilla Luna y llenaba los huecos de su biografía, mediante una complicada serie de flashbacks narrados por un grupo de espíritus de apariencia animal sin empleo, ratas, gatos y reptiles parlantes, en un «garito oscuro delante de Phantomville». Y estaba «La calle Kane», que durante sesenta y cuatro páginas recorría una callejuela de Empire City mientras sus ciudadanos, al enterarse de la terrible noticia de que el Escapista estaba debatiéndose entre la vida y la muerte en el hospital, recordaban por turnos cómo había intervenido en sus vidas y en las del resto de ciudadanos (y al final resultaba que todo era una broma cruel perpetrada por el perverso Crooked Man).

Todos estos intentos de desmenuzar los elementos de la narración, de mezclar y aislar puntos de vista, de forzar en la medida de lo posible para la época los límites de la narración en el cómic, bajo las restricciones de un director hastiado y de unos editores a los que solamente les importaban las ganancias, todos estos ejercicios fueron sin duda llevados más allá del nivel de simple ejercicio por la inventiva desatada del lápiz de Joe Kavalier. Asimismo, Joe investigó las herramientas que tenía a mano y las encontró más útiles e interesantes que nunca. Pero el uso atrevido de la perspectiva y del sombreado, la colocación radical de los bocadillos y los títulos, y sobre todo, la integración de relato e imagen por medio de unas viñetas artísticamente descolocadas y dislocadas que se estiraban, se encogían, se abrían en círculo o se extendían sobre dos páginas, avanzaban en diagonal hacia la esquina de una página, se desarrollaban como los fotogramas de una película: todo esto únicamente era posible mediante la colaboración plena entre guionista y dibujante.

La cuestión de si el delicioso fruto de esa colaboración se cobró su precio; de si los treinta y dos números extra, las dos mil páginas extra de mamporros a nazis que quedaron fuera de la prohibición de Anapol pudieron de alguna forma, añadiendo su granito de arena, haber acelerado la entrada de América en la guerra; de si la ventaja temporal obtenida habría conducido a una victoria más rápida; de si el hecho de que la victoria hubiera venido un día o una semana o un mes antes habría bastado para salvar una docena o un centenar o un millar de vidas más; todas esas cuestiones ahora solamente tienen interés académico, puesto que tanto los fantasmas como la gente a quienes acosaban ya han muerto.

En todo caso, las cifras de distribución de los títulos aumentaron de forma continua hasta que, para cuando la asociación entre sus autores se rompió de repente, casi se habían doblado, aunque es difícil estimar si ese crecimiento asombroso se debió al mercado adelanto en sofisticación y calidad de los cómics, o bien si fue un simple producto de la explosión general de ventas de cómics que se produjo en los meses anteriores a la entrada de América en la guerra. Enormes y tintineantes ventiscas de dinero —procedentes de Hollywood, de la radio, de Milton Bradley y Juguetes Marx, de Hostess Cakes e (inevitablemente) de la compañía de cerraduras Yale, pero sobre todo de los monederos, los bolsillos de los monos de trabajo y de las Genuinas Huchas de Látex del Escapista de todo el país— cubrieron las oficinas del piso veinticinco del Empire State. Hicieron falta palas y quitanieves y cuadrillas de hombres trabajando día y noche para no quedar sepultados bajo la vertiginosa avalancha monetaria. Parte de esa nevada terminó, como era debido, en la cuenta bancaria de Josef Kavalier, donde formó montones gigantescos, y allí se quedó, distante y reluciente, para aplacar la fiebre del exilio a partir del día en que llegara su familia.

ONCE

Cuando Frank Singe, director de producción de Parnassus Pictures, llegó aquel mes de septiembre a Nueva York, Bacon se llevó a Sammy a verlo al hotel Gotham. Bacon había tenido a Sammy levantado toda la noche, escribiendo argumentos, y Sammy, con cara de sueño y sin afeitarse, ya tenía tres listos para enseñárselos a Singe la tarde siguiente. Singe, un hombre enorme y fornido que fumaba un Davidoff gigante de diez pulgadas, dijo que ya tenía dos guionistas en mente, pero que le gustaba lo que Sammy había hecho en el cómic y que le echaría un vistazo a sus páginas. No fue del todo desalentador; estaba claro que le tenía un afecto personal a Bacon, y es más, tal como dijo, los otros dos candidatos para el trabajo tampoco eran Kaufman y Hart. Después de veinticinco minutos de lectura medio distraída, le dijo a Sammy y Bacon que tenía una cita muy importante para ver un par de piernas muy largas y la entrevista se terminó. Los dos bajaron a la calle con el magnate del cine de bajo presupuesto y salieron del Gotham a la tarde ya escasa. Había hecho buen tiempo todo el día, y aunque el sol ya se había puesto, el cielo seguía tan azul como una llama de gas, con un rastro parpadeante de carbón negro al este.

—Bueno, gracias, señor Singe —dijo Sammy, estrechándole la mano—. Aprecio su tiempo.

—El chico puede hacerlo, señor —dijo Bacon, pasando un brazo por la espalda de Sammy y sacudiéndolo un poco—. El Escapista es su criatura.

La noche era fría, y con su abrigo de piel de camello grueso y suave, y con el brazo de Bacon rodeándole los hombros, Sammy se sintió caliente y contento y preparado para creer que todo era posible. Le conmovía lo mucho que Bacon quería que lo acompañara a California, pero también le hacía sospechar. Le daba miedo que Bacon simplemente tuviera miedo de quedarse completamente solo allí. Ahora la relación entre ellos era igual que la que había tenido con Joe antes de Rosa. Sammy siempre estaba disponible, siempre dispuesto a que se vieran, a mantener el contacto, a estar ahí, a salir y a recoger los pedazos después de una discusión. A veces Sammy se temía que estaba en camino de convertirse en segundón profesional. Tan pronto como Bacon hiciera nuevos amigos, o un nuevo amigo, en California, Sammy se quedaría a solas con los espíritus tristes y los peces medio asfixiados, sobre los cuales había leído en *El día de la langosta*.

—Lo que usted decida me parecerá bien, señor Singe —dijo Sammy—. A decir verdad, ni siquiera estoy seguro de querer mudarme a Los Ángeles.

—Oh, no empieces otra vez —dijo Bacon, con una risotada falsa y radiofónica. Singe le estrechó la mano y entró en un taxi.

—Os veo pronto, chicos —dijo Singe. En su voz había un matiz extraño, algo que vacilaba entre la burla y la duda. El taxi se alejó de la acera y Singe se despidió con la

mano, dejando a Sammy allí de pie bajo el abrazo de su novio.

Bacon se giró hacia él.

—¿Por qué has tenido que decir eso, Clay?

—Quizás es verdad. Quizá me quiero quedar aquí.

Novio. La palabra apareció en la mente de Sammy y carenó a ciegas a su alrededor como una polilla mientras Sammy la perseguía con una escoba en una mano y un libro de lepidopterología en otra. Parecía un chiste, ácido, mordaz y en cursiva: ¿quién es tu novio, Percy? Aunque ahora Sammy pasaba todo su tiempo libre con Bacon, y en principio había acordado que compartirían casa si acababan yendo al oeste, Sammy seguía negándose a admitir —en ese nivel irrelevante y senatorial de la conciencia donde las cuestiones que el deseo ya ha respondido son propuestas, debatidas y aplazadas— que estaba enamorado, o enamorándose, de Tracy Bacon. No es que negara lo que sentía, ni que las implicaciones del sentimiento lo asustaran. Bueno, sí que lo negaba y sí que lo asustaban, pero Sammy había estado enamorado de hombres casi toda su vida, desde su padre a Nikola Tesla y John Garfield, cuya risita burlona despertaba ecos nítidos en su imaginación y hostigaba a Sammy: «Eh, niño bonito, ¿quién es tu novio?».

Por muy clandestino e imposible que hasta entonces le hubiera parecido siempre, a Sammy le parecía natural el hecho de amar a hombres, como un don de lenguas o el talento para encontrar tréboles de cuatro hojas. Las nociones de denegación y miedo eran superfluas en un sentido muy real. Sí, muy bien, quizás estaba enamorado de Tracy Bacon, ¿y qué? ¿Qué demostraba aquello? Tal vez había habido más besos y cierto aprovechamiento cauteloso de las sombras, los huecos de las escaleras y los pasillos vacíos. Incluso John Garfield habría tenido que estar de acuerdo en que su conducta desde aquella noche de la tormenta eléctrica en el piso ochenta y seis había sido lúdica, masculina y esencialmente casta. A veces, en la parte trasera de un taxi, sus manos podían acercarse al otro a través del asiento de cuero, y Sammy sentía que su palma pequeña y húmeda y sus dedos mordidos eran absorbidos por la rapidez profunda, sobria y presbiteriana de la manaza de Tracy Bacon.

La semana anterior, mientras estaban en Brooks probándose trajes nuevos, hombro con hombro y en ropa interior como un anuncio de antes y después de un tónico vitamínico, habían esperado a que el vendedor saliera del probador y el sastre les diera la espalda y entonces Bacon había agarrado la camiseta de lana de Sammy. Había hundido los dedos en la cavidad del esternón de Sammy y había pasado su palma por la pendiente lisa de la barriga de Sammy. Luego, endureciendo sus ojos azules con un brillo inocente a lo Tom Mayflower, metió y sacó la mano del elástico de los calzoncillos de Sammy, como un cocinero comprobando la temperatura del agua de una olla con el meñique. Durante los días posteriores, la polla de Sammy retuvo un recuerdo furtivo del contacto de aquella mano fría. En cuanto a los besos,

había habido tres más: uno delante mismo de la puerta de la habitación del hotel de Bacon cuando Sammy lo estaba dejando en casa; uno en medio de las sombras de la celosía de debajo del tren elevado en la Tercera Avenida con la calle Cincuenta y uno; y el tercero y el más atrevido, en una de las últimas filas del Broadway, en un pase de *Dumbo*, durante la bacanal de elefantes rosas. Y ahí residía la novedad, la diferencia entre el amor que Sammy había sentido por Tesla y Garfield e incluso por Joe Kavalier, y el que sentía por Tracy Bacon: realmente parecía ser recíproco. Y aquellos florecimientos del deseo, aquellos entrelazamientos de sus dedos, aquellos cuatro besos vigorizantes robados de la columna de alimentación desbordada de la indiferencia de Nueva York, eran el producto inevitable de aquella reciprocidad. Pero ¿acaso querían decir que él era homosexual o que Bacon lo era? ¿Acaso convertían a Tracy Bacon en el novio de Sammy?

—No me importa —le dijo Sammy en voz alta al señor Frank Singe, a Nueva York y al mundo. Y luego, dándole la espalda a Bacon—. ¡No me importa! No me importa si consigo o no el trabajo. No quiero pensar en ello, o en Los Ángeles, o en que te vayas ni en nada de nada. Solamente quiero vivir mi vida y ser un buen chico y pasarlo bien. ¿Te parece bien?

—Me parece bien, señor —dijo Bacon, atándose el pañuelo para combatir el frío—. ¿Qué te parece si hacemos algo?

—¿Qué quieres hacer?

—No sé. ¿Cuál es tu lugar favorito de todos los tiempos? De toda la ciudad.

—¿Mi lugar favorito de todos los tiempos y de toda la ciudad?

—Eso es.

—¿Incluyendo la periferia?

—No me digas que está en Brooklyn. Sería una decepción atroz.

—En Brooklyn no —dijo Sammy—. En Queens.

—Peor todavía.

—Lo que pasa es que mi lugar favorito ya no existe. Lo cerraron. Lo recogieron todo y se lo llevaron de la ciudad.

—La Feria —dijo Bacon. Negó con la cabeza—. Tú y esa Feria.

—Tú nunca fuiste, ¿verdad?

—¿Ese es tu lugar favorito de todos los tiempos?

—Sí, pero...

—Pues muy bien. —Bacon paró un taxi y abrió la puerta para Sammy. Sammy se quedó un momento allí, consciente de que Bacon estaba a punto de meterlo en algo de lo que no iba a poder salir fácilmente. No imaginaba qué podía ser.

—Nos vamos a Queens —le dijo Bacon al taxista—. A la Feria Mundial.

No fue hasta que llegaron al puente de Triborough que el taxista les dijo con voz monótona:

—No sé cómo deciros esto, tíos.

—¿Queda algo? —dijo Bacon.

—Bueno, he leído en la prensa que la ciudad, el señor Moses y la gente de la Feria están discutiendo qué hacer con los terrenos. Supongo que una parte debe de seguir allí.

—No nos haremos muchas ilusiones —dijo Bacon—. ¿Qué te parece?

—Con eso me basta —dijo Sammy.

A Sammy le había encantado la Feria, la había visitado tres veces en la primera temporada de 1939, y hasta el final de su vida guardaría una de las chapas que le dieron al salir del pabellón de General Motors y que decía: HE VISTO EL FUTURO. Había crecido en una época de grandes desesperanza, y para él y para millones de chavales de su ciudad, la Feria y el mundo que vaticinaba habían poseído la fuerza de un pacto, de la promesa de un mundo mejor por venir, que Sammy intentaría cumplir más adelante en los campos de patatas de Long Island.

El taxi los dejó delante de la estación de la Long Island Railroad, y durante un rato deambularon por el perímetro de la Feria, buscando un lugar por donde entrar. Pero había una verja alta y Sammy no creía que pudieran traspasarla.

—Por aquí —dijo Bacon, agachándose por detrás de unos matorrales y doblando la espalda—. Súbete encima de mí.

—No puedo... Te voy a hacer daño.

—Vamos, no me va a pasar nada.

Sammy se puso de pie encima de la espalda de Bacon, dejándole una huella de barro en el abrigo.

—Mi fuerza ha aumentado místicamente, ya sabes —dijo Bacon—. Uf.

Sammy saltó al otro lado, se quedó colgando y se dejó caer al interior de los terrenos de la Feria, aterrizando de culo. Bacon saltó, se alzó y se dejó caer también por el lado de la verja que daba a la Feria. Estaban dentro.

Lo primero que Sammy buscó con la mirada fueron las monumentales estructuras del Mutt-and-Jeff, el vertiginoso Trylon y su rotunda compañera la Perisfera, símbolos de la Feria que durante dos años habían sido ubicuos por el país, presentes en los menús de restaurantes, esferas de relojes, cajas de cerillas, corbatas, pañuelos, naipes, jerséis de chica, cocteleras, encendedores, muebles de los equipos de radio, etcétera, antes de desaparecer tan de repente como habían aparecido, como los tótems de algún culto milenario desacreditado que fascina brevemente y luego decepciona amargamente a sus adeptos con sus profecías gigantescas y terribles. Enseguida vio que los treinta metros inferiores del Trylon estaban cubiertos de andamios.

—Están desmontando el Trylon —dijo Sammy—. Vaya.

—¿Cuál era el Trylon? ¿El puntiagudo?

—Sí.

—No tenía ni idea de que fuera tan alto.

—Más alto que el Monumento a Washington.

—¿De qué está hecho, de granito, de caliza o algo así?

—Creo que de yeso.

—Lo estamos haciendo muy bien, ¿verdad? Al no hablar de que me voy a Los Ángeles.

—¿Estás pensando en ello?

—Yo no. ¿La redonda es la Perisfera?

—Exacto.

—¿Había algo dentro de ellos?

—En el Trylon no. Pero dentro de la Perisfera sí, tenían un espectáculo. Democraciudad. Era como un modelo a escala de la ciudad del futuro, y uno se sentaba en unos cochecitos que recorrían todo el perímetro y abajo se veía la ciudad. Estaba lleno de superautopistas y suburbios jardín. Te daba la impresión de estar sobrevolándolo en un dirigible. Hacían que fuera de noche y todos los edificios y farolas se encendían y brillaban. Era genial. Me encantaba.

—No me hables. Me encantaría verlo. Me pregunto si todavía está ahí, Sammy, ¿tú qué crees?

—No lo sé —dijo Sammy, con una especie de entusiasmo cauteloso. Para entonces ya conocía lo bastante a Bacon como para reconocer el impulso, y el tono que lo acompañaba, que había enviado a su amigo a una instalación militar en lo alto del Empire State a medianoche con un menú de gourmet en dos bolsas de la compra —. Probablemente, Bake. Creo... eh, espérame.

Bacon ya había llegado al muro bajo circular que rodeaba la inmensa piscina, ahora vacía y cubierta con una capa de harpillera de aspecto empapado, sobre la cual se había posado antaño la Perisfera. Sammy miró a ver si quedaba algún operario, o algún guardia, pero al parecer estaban solos allí. Le dolió en el alma ver los terrenos inmensos de la Feria que, no hacía mucho, habían estado llenos de banderas, sombreros de señora y gente que pasaba zumbando en microbuses, y no ver nada más que un panorama de barro y lonas y papeles de periódico volando, interrumpido aquí y allí por el tocón alargado de un montante cubierto, una boca de incendios o los árboles pelados que flanqueaban las avenidas y paseos vacíos. Los pabellones y salones de exposiciones de color caramelo, llenos de anillos de Saturno, centellas, aletas de tiburón, rejillas doradas y panales de miel, el pabellón italiano con toda la fachada disolviéndose en una cascada perpetua de agua, la caja registradora gigantesca, los templos austeros y sinuosos de los dioses de Detroit, las fuentes, los pilones y relojes de sol, las estatuas de George Washington y la Libertad de Expresión y de la Verdad Mostrando el Camino a la Libertad habían sido descortezadas, desmontadas, arrancadas, derribadas, amontonadas con bulldozers,

metidas en camiones, depositadas en barcazas, remolcadas más allá de la entrada del puerto y enviadas al fondo del mar. Le entristeció, no porque viera alguna clase de alegoría instructiva o sermón severo sobre la vanidad de todas las esperanzas humanas y fantasías utópicas en la transformación de un resplandeciente sueño estival a una inmensa ciénaga de barro congelado al caer una noche de septiembre —era demasiado joven para tener esa clase de presentimientos—, sino porque había amado de verdad la Feria, y al verla de aquel modo, sintió en el corazón lo que había sabido todo el tiempo, que, igual que la infancia, la Feria se había terminado y nunca más podría visitarla.

—Eh —dijo Bacon—. Clay. Por aquí.

Sammy miró a su alrededor. No había señal de Bacon. Rodeó tan deprisa como pudo el muro bajo blanqueado con sus manchas de lluvia y su piel parcheada de hojas mojadas, hasta las puertas de Trylon, que le habían llevado, por dos imperiales escaleras mecánicas, al corazón del huevo mágico. Cuando la Feria estaba montada, siempre había una cola larguísima de gente que se adentraba en aquellas enormes puertas azules. Ahora solamente había los andamios y un montón de plafones. Un trabajador se había olvidado la tapa de hojalata en forma de taza de su termo. Sammy fue a las puertas de metal. Estaban bloqueadas con una barra enorme y cerradas con un grueso candado. Sammy les dio un tirón pero no se movieron un ápice.

—Ya lo he intentado así —dijo Bacon—. ¡Por aquí debajo!

La Perisfera estaba apoyada en una especie de soporte para pelota de golf, un anillo de columnas colocadas a la misma distancia y unidas a ella por su círculo antártico, por decirlo de algún modo. La idea era que pareciera que el gigantesco orbe blanco como el hueso, con la superficie surcada de finas venas como la envoltura de un puro, estaba flotando allí, en medio de la piscina. Ahora que no había piscina se veían las columnas y se veían también a Tracy Bacon, de pie entre las mismas, directamente debajo del polo sur de la Perisfera.

—Eh —dijo Sammy, corriendo hasta el muro y estirándose para pasar por encima—. ¿Qué estás haciendo? ¡Todo eso se te podría caer encima!

Bacon lo miró, con los ojos muy abiertos, incrédulo, y Sammy se ruborizó. Era exactamente lo que habría dicho su madre.

—Hay una puerta —dijo Bacon, señalando hacia arriba. Luego levantó los brazos por encima de la cabeza y sus manos se metieron en la parte inferior del casco de la Perisfera. La cabeza de Bacon desapareció a continuación, sus pies se levantaron del suelo y por fin desapareció.

Sammy pasó una pierna por encima del muro, luego la otra, y se descolgó hasta el fondo de la piscina. La harpillera mojada chapoteó bajo sus zapatos mientras corría por el fondo suavemente curvado de la pileta hacia la Perisfera. Cuando llegó debajo de la misma, miró hacia arriba y vio una trampilla rectangular con aspecto de que

Tracy acabara de entrar por ella.

—Vamos.

—Parece muy oscuro ahí dentro, Bake.

Una mano enorme salió de la trampilla, se agitó y los dedos se flexionaron. Sammy extendió el brazo, sus palmas se juntaron y por fin Bacon lo izó a pulso hasta la oscuridad. Antes de que pudiera empezar a sentir, a oler o a escuchar la oscuridad, a Bacon y los latidos de su propio corazón, las luces se encendieron.

—Caramba —dijo Bacon—. Mira eso.

Los sistemas que controlaban el movimiento, el sonido y la iluminación de Democraciudad y de su exhibición adjunta, el Futurama de General Motors, eran casi literalmente el último grito del arte y de los principios arcanos de la maquinaria de relojería en los últimos instantes del mundo sin ordenadores. Coordinar la compleja banda sonora de voz y música, el movimiento de los coches y los tonos cambiantes de la luz en el interior de la Perisfera había requerido un despliegue de engranajes, poleas, palancas, levas, muelles, ruedas, interruptores, relés y cintas transportadoras que resultaba sofisticado, complejo y sensible a los trastornos. Un ratón que se colara, una ola de frío repentina o la vibración acumulada de diez mil trenes subterráneos que llegaban y partían podían reventar el sistema y hacer que la atracción se detuviera de repente, dejando en ocasiones a cincuenta personas atrapadas en el interior. Era debido a la necesidad de frecuentes ajustes y reparaciones de poca importancia que había una trampilla en la parte inferior de la Perisfera. Llevaba a una sala extraña en forma de cuenco. Cuando Bacon y Sammy entraron, había una especie de plataforma de acero ondulado al fondo del cuenco. A un lado de la plataforma, había una serie de listones soldados en la superficie interior de la esfera, formando una escalerilla que ascendía gradualmente por el interior del cuenco hasta las complejas entrañas mecánicas de Democraciudad.

Bacon se agarró a uno de los listones inferiores de la escalerilla.

—¿Crees que podrás subir? —dijo.

—No estoy seguro —dijo Sammy—. De veras, creo...

—Tú primero —dijo Bacon—. Si te hace falta te echo una mano.

Así que Sammy y sus piernas renqueantes subieron hasta treinta metros sobre el vacío. En lo alto había otra trampilla. Sammy asomó la cabeza.

—Está oscuro —dijo Sammy—. Qué lástima. Bueno, mejor nos vamos.

—Un minuto —dijo Bacon. Sammy sintió un empujón desde detrás, Bacon le agarró de las piernas y prácticamente lo lanzó hacia la oscuridad fría y enorme. Algo áspero arañó la mejilla de Sammy, luego hubo un crujido y una serie de ruidos violentos cuando Bacon se metió después por la trampilla—. Uf. Tienes razón.

—Pues claro. —Sammy palpó el suelo, buscando la trampilla—. Genial. Estás loco, Bake, ¿lo sabes? No aceptas un no por respuesta. Yo...

Sammy oyó el chirrido metálico de la bisagra de un encendedor, el chasquido de su pedernal y por fin una chispa brotó mágicamente y se transformó en la cara parpadeante de Tracy Bacon.

—Ahora el tuyo —dijo.

Sammy encendió su mechero. Entre los dos se las apañaron para crear la bastante luz para ver que estaban acampados bastante lejos de la zona de la exposición, en medio de una amplia zona boscosa de media pulgada de altura. Tracy se puso de pie y se dirigió hacia el centro. Sammy lo siguió, protegiendo la llama. La superficie del suelo bajo sus pies estaba cubierta de una especie de musgo artificial seco y áspero que intentaba representar enormes colinas cubiertas de árboles. El crujido de aquel musgo despertaba ecos en la alta cúpula vacía. De vez en cuando, aunque intentaban ir con cuidado, uno de ellos pisaba una granja en miniatura o aplastaba un distrito recreativo o un orfanato central de una ciudad del futuro. Por fin llegaron a la capital, en el centro mismo del diorama, lo que se había llamado Centrópolis o Centraba o algo igual de imaginativo. De un puñado de edificios sobresalía un rascacielos solitario. Todos los edificios parecían aerodinámicos y ultramodernos, como una ciudad de Mongo, o como la Ciudad Esmeralda de *El mago de Oz*. Bacon se apoyó en una rodilla y puso la cara al mismo nivel que la cima de la torre más alta.

—Hum —dijo. Frunció el ceño, luego se agachó y se inclinó hacia delante apoyado en un brazo, despacio, con cuidado de no apagar su llama, hasta estar tumbado boca abajo—. Hum —dijo de nuevo, esta vez gruñendo. Pegó la barbilla al suelo—. Sí. Así está mejor. Me estaba empezando a cansar de planear tanto por los cielos.

Sammy fue y se quedó de pie un momento al lado de Bacon. Luego se tumbó en el suelo a su lado. Dobló un brazo debajo del pecho y, inclinando ligeramente la cabeza, guiñó los ojos, intentando perderse en la ilusión del modelo igual que solía perderse en Futuria, dibujando en su bastidor en Flatbush un millón de años atrás. Medía un milímetro de altura y avanzaba por una autopista oceánica en su pequeño Planeador Antigraavedad, dejando atrás las facetas silenciosas de aquellos proyectos de edificios plateados. Era un día perfecto en una ciudad perfecta. Una doble puesta de sol parpadeaba en las ventanas y proyectaba sombras por las plazas arboladas de la ciudad. Las yemas de los dedos le ardieron.

—¡Au! —dijo Sammy, dejando caer su encendedor—. ¡Auu!

Bacon apagó su llama:

—Tienes que envolvértelo con la corbata, tonto —dijo. Cogió la mano de Sammy—. ¿Es esta?

—Sí —dijo Sammy—. Los primeros dos dedos. Oh, bien.

Se quedaron así unos segundos, en la oscuridad, en el futuro, con los dedos heridos de Sammy en la boca de Tracy Bacon, escuchando el fabuloso mecanismo de

relojería de sus corazones y sus pulmones, y queriéndose.

DOCE

El último día de noviembre, Joe recibió carta de Thomas. Con una execrable letra inclinada hacia la izquierda, anunciaba, empleando un tono sardónico que no había estado presente en sus primeras cartas, que la vieja bañera, después de una serie de retrasos, reveses, tallos mecánicos y tergiversaciones gubernamentales, por fin había recibido autorización —nuevamente— para partir el dos de diciembre. Habían pasado más de ocho meses desde el viaje de Thomas desde el Moldava hasta el Tagus. El chico había cumplido trece años en un catre en el refectorio abarrotado del convento de Nossa Senhora del Monte Carmelo, y en su carta advertía a Joe que sufría una misteriosa tendencia a ponerse a recitar padrenuestros y avemarías en cualquier momento, y que habían empezado a gustarle los griñones. Aseguraba tener miedo de que Joe no lo reconociera por culpa de los granos de su cara y del «aparentemente permanente manchón pubescente de mi labio superior que algunos tienen la temeridad de llamar bigote». Cuando Joe terminó de leer la carta, la besó y la estrujó contra el pecho. Recordaba el miedo del inmigrante a no ser reconocido en una tierra de extraños, a perderse en la traducción de un lugar a otro.

Al día siguiente Rosa vino directamente a las oficinas de Empire desde la ART y se echó a llorar en brazos de Joe. Le dijo a Joe que el señor Hoffman se le había ocurrido llamar esa tarde a las oficinas en Washington del Comité de Asesoramiento al Presidente acerca los Refugiados Políticos, solamente para asegurarse de que todo estaba en orden. Con asombro, recibió del presidente del comité la noticia de que parecía que todos los visados de los niños iban a ser revocados por razones de «seguridad estatal». El director de la sección de visados del Departamento de Estado, Breckinridge Long, un hombre que tenía, según dijo con cautela el presidente del comité, «algunas antipatías», hacía tiempo que había establecido una política clara de negar visados a los refugiados judíos. Hoffman sabía muy bien aquello. ¡Pero en aquel caso, replicó, los visados ya se habían extendido, el barco estaba a punto de partir y los «riesgos para la seguridad» eran trescientos diecinueve niños! El presidente del comité dijo que lo entendía. Se disculpó. Expresó su profundo pesar y su malestar por aquel cambio inesperado de la situación. Luego colgó.

—Ya veo —fue la única respuesta de Joe cuando Rosa, sentada en su taburete, terminó de contarle aquello. Con una mano le acarició mecánicamente la nuca. Con la otra accionó su encendedor, haciendo que saltaran chispas una y otra vez. Rosa estaba avergonzada y confusa. Sentía que tenía que estar consolando a Joe, pero ahí estaba ella, en medio del taller de Empire, con una pandilla de tipos mirándola por encima de sus bastidores, berreándole en la pechera de la camisa, mientras él le acariciaba el pelo y le decía que no pasaba nada. Joe tenía la espalda tensa y la respiración agitada. Ella notaba la rabia que se formaba en su interior. Cada vez que el encendedor soltaba

una chispa ella se estremecía.

—Oh, cariño —dijo ella—. Ojalá pudiéramos hacer algo. Ojalá pudiéramos acudir a alguien.

—Hum —dijo Joe—. Mira esto. —La cogió de los hombros y la hizo girar en el taburete. En una mesa baja junto a su bastidor había un montón de páginas de cómics escritas pero sin entintar pegadas a sus amplios bastidores. Joe le fue pasando las páginas una por una. Presentaban una historia narrada por el conservador de la Estatua de la Liberación, un hombre alto y encorvado con una fregona y una gorra de visera, cuyo dibujo se parecía mucho a George Deasey. Al parecer, el pobre tipo tenía que ajustar cuentas con «aquella pandilla de los calzoncillos largos». Luego empezaba a explicar que aquella misma mañana había visto horrorizado cómo el profesor Percival «Sabe» Lotodo, desafortunado sabihondo rival del Doctor E. Pluribus Hewnham, el Científico de América, le aplicaba un «procedimiento de implantación electrocerebral» a la estatua. La idea era alistarla para que contribuyera a mantener los cielos de Empire City vacíos de aviones y aeronaves enemigas. «¡Va a matar Messerschmitts a manotazos como si fueran mosquitos!», gritaba Lotodo. Sin embargo, gracias a los habituales errores de cálculo por parte del doctor Lotodo, al despertar, la estatua cruzaba dando zancadas la bahía en dirección a Empire City, con su cabeza electrizada y su corona de espinas llenas de impulsos homicidas. Por supuesto, el Científico de América, empleando un robot gigante de su fabricación que tenía a mano y al que había colocado a toda prisa una máscara de Clark Gable, había sido capaz de llevarla de vuelta a su pedestal y de neutralizarla usando «electroimanes superdinámicos». Pero para la exasperación del narrador-conserje, todo había quedado hecho un desastre. No solamente la isla sino también el puerto entero estaba patas arriba. Sus compañeros conserjes y basureros ya estaban saturados de trabajo por culpa de las barahúndas en las que se metían regularmente la gente con superpoderes. ¿Cómo iban a arreglárselas para limpiar aquella última?

En aquel momento, un aeroplano aterrizaba en la isla de la Liberación y una figura familiar con sombrero de ala ancha y abrigo plisado bajaba, con cara de ir a ponerse manos a la obra.

—Se parece a Eleanor Roosevelt —dijo Rosa, señalando la viñeta en la que Joe había dibujado una versión bastante benévola de la Primera Dama, saludando desde el peldaño superior de la pasarela del avión.

—Coge una escoba —dijo Joe—. Y empieza a barrer. Pronto salen todas las mujeres de la ciudad con escobas. Para ayudar.

—Eleanor Roosevelt —dijo Rosa.

—Voy a llamarla —dijo Joe, yendo a un teléfono en una mesa cercana.

—Vale.

—Me pregunto si querrá hablar conmigo. —Levantó el auricular—. Debería creer

que sí. Es la imagen que me he hecho por lo que he leído de ella.

—No, Joe, no creo que vaya a querer —dijo Rosa—. Lo siento. No sé cómo eran las cosas en Checoslovaquia pero aquí uno no puede simplemente llamar a la mujer del presidente y pedirle un favor.

—Oh —dijo Joe. Volvió a colgar el auricular y se miró la mano, cabizbajo.

—Pero oh, Dios mío. —Se bajó del taburete—. ¡Joe!

—¿Qué?

—Mi padre. La conoce un poco. Se conocieron haciendo algo para la WPA.²⁰

—¿Puede él llamar a la mujer del presidente?

—Sí, creo que sí. Coge tu sombrero, vamos a casa.

Longman Harkoo llamó aquella tarde a la Casa Blanca y le dijeron que la Primera Dama estaba en Nueva York. Con ayuda de Joe Lash, a quien conocía por sus contactos comunistas, el padre de Rosa consiguió encontrar a la señora Roosevelt y consiguió una breve entrevista con ella en su apartamento de la calle Once Este, no lejos de la casa de Harkoo. Durante quince minutos, mientras tomaban el té, Harkoo le explicó el apuro del *Arca de Miriam* y sus pasajeros. La señora Roosevelt, según informó el padre de Rosa más tarde, pareció enfurecerse considerablemente, pero lo único que dijo fue que vería lo que podía hacer.

Con su rumbo despejado por la mano invisible de Eleanor Roosevelt, el *Arca de Miriam* zarpó de Lisboa el 3 de diciembre.

Al día siguiente, Joe llamó a Rosa y le preguntó si podía reunirse con él a la hora de comer en una dirección del West Side. No le quiso decir por qué, solamente que quería darle una cosa.

—Yo también tengo algo para ti —dijo ella. Era un cuadro pequeño que Rosa había terminado la noche antes. Lo había envuelto en papel, lo había atado con cuerdas y lo había llevado consigo al tren. Poco después llegaba a la puerta del Josephine, una mole de quince pisos de frío mármol de Vermont con matices azules. Tenía parapetos en punta y ocupaba más de media manzana entre West End Avenue y Broadway. El portero iba uniformado como un húsar condenado en retirada de Smolensk, incluyendo el bigote pulcramente encerado. Joe la estaba esperando con el abrigo en el brazo. Hacía un bonito día, frío y luminoso, el cielo era del mismo tono azul que los coches Nash y no tenía más nubes que un corderillo perdido en lo alto. Hacía bastante tiempo que Rosa no visitaba aquel barrio. Las paredes de los bloques altos de apartamentos que se extendían hacia el norte, que en el pasado le habían parecido arrogantes, acartonadas y burguesas, ahora le resultaban robustas y sobrias. Bajo la luz austera de otoño, parecían edificios llenos de gente seria y reflexiva que trabajaba duro para lograr cosas valiosas. Se preguntó si tal vez se habría cansado del Greenwich Village.

—¿Qué es todo esto? —dijo, cogiendo del brazo a Joe.

—Acabo de firmar el contrato de alquiler —dijo él—. Ven a verlo.

—¿El contrato de alquiler? ¿Te mudas? ¿Aquí? ¿Te has peleado con Sammy?

—No, claro que no. Nunca me peleo con Sammy. Le quiero.

—Ya lo sé —dijo ella—. Hacéis un buen equipo.

—Es que, bueno, en primer lugar él se muda a Los Ángeles. De acuerdo, dice que solamente es durante tres meses para escribir la película, pero te apuesto lo que creas conveniente a que cuando esté allí se va a quedar. ¿Qué hay en el paquete?

—Un regalo —dijo ella—. Supongo que puedes colgarlo en tu *nuevo apartamento*. —Ella estaba un poco molesta porque él no le hubiera dicho nada de su traslado, pero así era como él lo hacía todo. Cuando tenían una cita, él nunca le decía adónde iban ni qué iban a hacer. No era tanto que se negara a decírselo como que conseguía comunicar que prefería que ella no preguntara—. Qué bonito.

Había una fuente de mármol en el vestíbulo, adornada con resplandecientes carpas japonesas, y un patio interior lleno de ecos con un aire vagamente moruno. Cuando se abrieron las puertas del ascensor, con un repique profundo y melodioso, salió una mujer, seguida de dos niños pequeños y adorables con trajes de lana azul idénticos. Joe se sacó el sombrero.

—Estás haciendo esto por Thomas —dijo Rosa, entrando en el ascensor—. ¿No es cierto?

—Diez —le dijo al ascensorista—. Pensé que este sería un vecindario, bueno, mejor. Ya sabes, para que yo... Para que yo...

—Para que tú lo criaras.

Negó con la cabeza, sonriente.

—Eso suena muy raro.

—Vas a ser como un padre para él, ya sabes —dijo ella. Y yo podría ser como una madre. Pídemelo, Joe, y lo haré. Ella tenía esto en la punta de la lengua, pero se contuvo. Si hablaba, ¿qué le iba a decir? ¿Que quería casarse con él? Durante diez años por lo menos, desde que tenía doce o trece, Rosa había estado declarando con firmeza a todo el mundo que le preguntaba que no tenía intención de casarse, nunca, y que si lo hacía alguna vez, sería cuando estuviera vieja y cansada de la vida. Cuando aquella afirmación en sus diversas formas había dejado de escandalizar suficientemente a la gente, había empezado a decir que el hombre con el que se casara no tendría más de veinticinco años. Pero últimamente había empezado a experimentar sentimientos fuertes e inexpresados de estar con Joe toda su vida, de habitar su vida y dejar que él habitara la de ella, de comprometerse con él en alguna clase de empresa conjunta, en una colaboración que fuera sus vidas. Ella no creía que tuvieran que casarse para hacerlo, y sabía que ciertamente no debería desearlo. Pero ¿quería hacerlo? Cuando su padre había ido a ver a la señora Roosevelt, le había dicho a la Primera Dama, para explicarle su relación con el asunto, que uno de los

niños que iban en el barco era el hermano del joven con el que se iba a casar su hija. Rosa había omitido cuidadosamente aquella parte del relato al contársela a Joe—. Creo que es muy tierno por tu parte. Sensato y tierno.

—Por esta zona hay buenas escuelas. Le he concertado una entrevista en el Trinity School, que me han dicho que es excelente y acepta a judíos. Deasey me dijo que me ayudaría a meterlo en el Collegiate, que es donde fue él.

—Cielos, has estado haciendo muchos planes. —Ella debería saber que no tenía que molestarse por su secretismo. Guardarse cosas para sí mismo era su naturaleza. Suponía que aquello era lo que lo había impulsado en primer lugar a la prestidigitación, con sus trucos y secretos que nunca había que divulgar.

—Bueno, tengo mucho tiempo. Llevo ocho meses esperando este momento. He estado pensando mucho.

El ascensorista detuvo la cabina y les abrió las puertas. Esperó a que salieran. Joe se la quedó mirando fijamente de una forma extraña y ella creyó, o quizás únicamente deseó, ver un brillo de malicia en aquella mirada.

—Diez —dijo el ascensorista.

—He pensado mucho —repitió Joe.

—Diez, señor —dijo el ascensorista.

El apartamento tenía vistas de Nueva Jersey en las ventanas de un lado, artefactos dorados en el más grande de los dos baños y el parquet de los sueños era mareante y matemático. Había tres dormitorios, y una biblioteca con estanterías en tres paredes que iban del suelo al techo. Todas las habitaciones tenían al menos un estante para libros de obra. Ella visitó dos veces todas las habitaciones, incapaz de evitar imaginarse que vivía en aquella casa elegante, en lo alto de aquel barrio ilustrado de Manhattan con sus psicoanalistas freudianos, sus primeros violonchelistas y sus tribunales de apelación. Podían vivir todos aquí, ella, Joe y Thomas, y tal vez con el tiempo podrían tener otro hijo, imperturbable y regordete como un angelote.

—Muy bien, ¿qué tienes para mí? —Ella no pudo contenerse más. No veía ningún bulto en sus bolsillos, pero fuera lo que fuera bien podría llevarlo escondido debajo del abrigo. O podía ser algo muy, muy pequeño. ¿Acaso iba a proponerle matrimonio? ¿Y qué iba a decir ella si lo hacía?

—No —dijo él—. Tú primero.

—Es un retrato —dijo ella—. De ti.

—¿Otro? Pero si no he posado.

—Qué raro —dijo ella en tono burlón. Desató el paquete y llevó el cuadro a la repisa de la chimenea.

Había hecho dos retratos anteriormente de Joe. Para el primero él había posado en mangas de camisa y chaleco, despatarrado en un sillón de piel en el salón recubierto de paneles oscuros donde se habían conocido por primera vez. En el retrato, su

chaqueta, con un periódico doblado sobresaliendo del bolsillo, cuelga del respaldo del sillón, y él está apoyado en el brazo, con la cabeza y la cara larga de perro lobo un poco inclinada a un lado y los dedos de la mano derecha ligeramente clavados en su sien derecha. El pincel de Rosa representaba incluso la escarcha de ceniza de su solapa, el botón que le faltaba en el chaleco, la expresión cariñosa, impaciente y desafiante de su mirada con la que claramente intentaba comunicarle a la artista, telepáticamente, que tenía intención, al cabo de una hora aproximadamente, de follar con ella. En el segundo retrato, Joe aparece trabajando en la mesa de dibujo del apartamento que comparte con Sammy. Delante tiene un bastidor, parcialmente lleno de viñetas. Un examen cuidadoso revela en una viñeta la figura discernible de Polilla Luna en pleno vuelo. Joe está sumergiendo un pincel largo y esbelto en un tintero que tiene en el taburete delante suyo. La mesa, que Joe compró de sexta o séptima mano poco después de llegar a Nueva York, tiene constelaciones enteras formadas durante muchos años de manchas de pintura. Joe está remangado hasta los codos y unos pocos mechones negros le caen sobre la frente despejada. Se puede ver que el extremo de su corbata descansa precariamente cerca de una pincelada húmeda de tinta en el papel, y en la mejilla tiene una tirita que le cubre unos arañazos rosáceos. En ese cuadro, su expresión es serena y casi perfectamente neutra, su atención está dirigida por completo a las cerdas del pincel que está a punto de sumergir en la brillante tinta negra.

El tercer retrato de Joe Kavalier fue el último cuadro que Rosa pintó en su vida, y se diferenciaba de los dos primeros en que no estaba pintado del natural. Estaba ejecutado con el mismo trazo sencillo pero preciso que el resto de su obra, pero era una fantasía. El estilo era más simple que en los otros dos retratos, cercano al esquematismo caricaturesco y ligeramente irónico de sus pinturas de frutas. En aquel retrato, Joe está sobre un fondo indeterminado de color rosa pálido, sobre una alfombra elaborada. Está desnudo. Más sorprendentemente, está completamente atado, de cabeza a pies, con pesadas cadenas de las que cuelgan, como colgantes de una pulsera, candados, esposas, broches y grilletes. Sus pies están unidos por un cepo. El peso de todo ese metal le hace doblarse por la cintura, pero su cabeza permanece alta, mirando al espectador con cara desafiante. Sus piernas largas y musculosas están rectas, los pies hacia fuera como si estuviera a punto de dar un salto. La pose está copiada de un libro sobre Harry Houdini, con las siguientes diferencias cruciales: a diferencia de Houdini, que en la foto se tapaba las partes pudendas con las manos esposadas, los genitales de Joe, con su expresión desamparada, aunque ocultos entre el pelo oscuro, son claramente visibles; el candado que tiene en medio del pecho tiene forma de corazón humano; y en su hombro, vestida con un abrigo negro y unos chanclos de hombre, está sentada la figura de la artista con una llave de oro en la mano.

—Es curioso —dijo él. Se buscó en el bolsillo del pantalón—. Esto es lo que tengo para ti. —Él le mostró un puño con los nudillos hacia arriba. Ella le dio la vuelta a la mano y abrió los dedos. En la palma de su mano había una llave—. Voy a necesitar que me ayudes con esto —dijo—. Confío con todo mi corazón, Rosa, en que quieras ayudarme.

—¿Y de dónde es esta llave? —dijo ella, en un tono más entrecortado del que quería usar, perfectamente consciente de que era la llave de aquel apartamento y que Joe le estaba pidiendo ahora justamente lo mismo que ella había estado tentada de pedir: que se le permitiera actuar como madre, o al menos como hermana mayor, de Thomas Kavalier. Estaba decepcionada en la misma medida en que había deseado un anillo, y excitada hasta el punto de estar horrorizada por aquel deseo.

—Como en el cuadro —dijo, bromeando, como si notara que ella estaba preocupada, y estuviera intentando imaginar qué tono adoptar con ella—. Es la llave de mi corazón.

Ella cogió la llave y la sostuvo en la mano. Estaba caliente de su bolsillo.

—Gracias —dijo ella. Estaba llorando, con alegría y con amargura, avergonzada de sí misma, emocionada por ser capaz de hacer algo realmente por él.

—Lo siento —dijo Joe, sacándose un pañuelo del bolsillo—. Quería que tuvieras la llave, porque... Pero he metido la pata. —Señaló el cuadro—. Me he olvidado de decir que me encanta. ¡Rosa, me encanta! ¡Es increíble! Es algo completamente nuevo en ti.

Ella se rió, le cogió el pañuelo y se secó los ojos.

—No, Joe, no es eso —dijo ella, aunque lo cierto era que el cuadro representaba una dirección nueva en el arte de Rosa. Hacía años que no intentaba pintar solamente con la imaginación. Su talento para captar el parecido, los contornos y su sentido natural de la sombra y el volumen la habían hecho inclinarse muy pronto hacia el dibujo del natural. Aunque en aquella ocasión había dibujado en parte a partir de una fotografía, los detalles del cuerpo y la cara de Joe estaban trazados de memoria, un proceso que le había resultado al mismo tiempo difícil y satisfactorio. Uno tenía que conocer muy bien a su amante —tenía que haber pasado mucho tiempo mirándolo y tocándolo— para ser capaz de dibujarlo cuando no estaba presente. Los errores y exageraciones inevitables que ella había cometido ahora le parecían pruebas y artefactos del misterioso diálogo entre la memoria y el amor.

—No, Joe. Gracias por la llave. La quiero de verdad.

—Me alegro.

—Y estaré feliz de ayudar como sea. Nada me haría más feliz. Pero si me pides que me mude aquí... —Ella lo miró. Sí. Se lo había pedido—. No creo que deba. Por Thomas. No creo que estuviera bien. Quizá no lo entendería.

—No —dijo él—. Yo estaba pensando... Pero no. Tienes razón, claro.

—Pero estaré aquí siempre que me necesites. Tanto como me necesites. —Ella se sonó la nariz con el pañuelo de él—. Mientras me necesites.

—Eso está bien —dijo él—. Creo que estamos hablando de mucho tiempo.

Ella le ofreció de vuelta el pañuelo sucio con incerteza, con una sonrisita de disculpa por haberlo ensuciado.

—No pasa nada. Quédatelo, cariño.

—Gracias —dijo ella, y aquella vez estalló en un ataque incontenible de llanto grotesco, incluso extravagante. Sabía perfectamente que aquel pañuelo era precisamente para ofrecerlo a las mujeres, y que Joe siempre guardaba otro para su uso personal, en el bolsillo trasero de sus pantalones.

TRECE

Muchos años más tarde, la mayoría de los antiguos niños en cuyas casi olvidadas recepciones de bar mitzvah, en un Nueva York desaparecido, un joven mago llamado Joe Kavalier había llevado a cabo su actuación rápida, animada y prácticamente silenciosa, solamente tenían recuerdos fragmentarios del prestidigitador. Algunos de ellos recordaban a un joven esbelto y callado con un extravagante esmoquin azul que hablaba inglés con acento y no parecía mayor que ellos. Otro, un ávido lector de cómics, recordaba que Joe Kavalier lo había invitado a pasarse un día con sus padres por las oficinas de Empire Comics. Joe le había enseñado el lugar y lo había mandado a casa con una pila de cómics gratis y un dibujo de él de pie junto al Escapista que todavía guardaba. Otro recordaba que Joe trabajaba con todo un zoológico de animales artificiales: un conejo plegable de piel falsa; peces dorados hechos a base de zanahoria; un periquito disecado bastante raído que, para sorpresa de los espectadores, permanecía posado en la mano del mago mientras su jaula desaparecía en el aire. «Le vi cortar las zanahorias en el lavabo de hombres», recordaba aquel caballero. «Dentro de la pecera, parecían peces de verdad». Stanley Konigsberg, sin embargo, cuya recepción de bar mitzvah supuso la última actuación conocida del Asombroso Cavalieri, guardó durante el resto de su vida —igual que el joven Leon Douglas «Dinamita» Saks— un recuerdo imborrable de nuestro héroe. También mago aficionado, Konigsberg vio por primera vez a Joe actuar en el St. Regis para su compañero de clase en la Horace Mann School, Roy Cohn, y se quedó lo bastante impresionado por los movimientos naturales de Joe, por su solemnidad y por sus ejecuciones impecables del Sueño del Avaro, la Posición de Rosini y el Mazo Apuñalado como para insistir en que Joe se encargara de asombrar a sus propios parientes y compañeros de escuela en el hotel Trevi dos meses después. Y si la admiración juvenil del señor Konigsberg, y la amabilidad infalible que le mostraba su objeto, no hubieran bastado para preservar al Asombroso Cavalieri en su memoria durante los sesenta años siguientes, sin duda habría bastado para ello la singular actuación que Joe llevó a cabo en el hotel Trevi el 6 de diciembre de 1941.

Joe llegó una hora antes de que empezara la recepción, como era su costumbre, para comprobar la disposición del salón de baile del Trevi, esconder algunos ases y medios dólares y repasar el orden del día con Manny Zehn, el líder de la orquesta Zehnsations, cuyos catorce miembros, hilarantes con sus camisas de mariachi, estaban ocupando sus lugares detrás de ellos.

—*How are they hanging?* —dijo Joe, usando una expresión que acababa de oír en el metro de camino a los barrios altos. Se imaginaba una hilera de páginas de calendario colgando de un hilo de alambre. Era joven, estaba ganando dinero a raudales y su hermano pequeño, después de seis meses de cuarentena, vacilaciones

burocráticas y de aquellos días terribles de la semana pasada en que parecía que el Departamento de Estado podía en el último momento cancelar todos los visados de entrada de los niños, estaba en camino. Thomas llegaría dentro de tres días. A Nueva York.

—Eh, chaval —dijo Zehn, mirando a Joe con cierta desconfianza, pero finalmente estrechando la mano que Joe le ofrecía. Ya habían trabajado juntos dos veces antes—. ¿Dónde está tu sombrero?

—¿Perdón? Yo no...

—Tocamos *South of the Border* —Zehn se llevó una mano al pescuezo y se colocó sobre la calva un sombrero mexicano negro con bordados plateados. Era un hombre corpulento y atractivo con un bigotito fino—. ¿Sid? —El trombonista estaba ligando con una de las camareras, que llevaba un vestido rosa lleno de cintas y volantes latinos. Sid se dio la vuelta, con una ceja levantada. Manny Zehn levantó las manos y echó la cabeza hacia atrás—. La número tres.

El trombonista asintió.

—Adelante —le dijo a la orquesta.

Los Zehnsations atacaron una versión rápida de *The Mexican Hat Dance*. Tocaron cuatro compases y Manny Zehn se cortó la garganta con un dedo.

—¿Dónde está tu sombrero mexicano? —dijo.

—Nadie me lo había dicho —dijo Joe. Sonrió—. Además, solamente tengo permiso para usar chistera. —Añadió, señalando el sombrero «trucado» que llevaba en la cabeza y que había comprado de segunda mano en la tienda de Louis Tannen—. Si no, el sindicato de magos mexicanos puede quejarse.

Zehn frunció nuevamente los ojos:

—Estás borracho —dijo.

—En absoluto.

—Estás haciendo el memo.

—Viene mi hermano —dijo Joe, y luego, solamente para ver cómo sonaba, añadió—. Y me caso. Es decir, espero casarme. He decidido que se lo voy a pedir esta noche.

Zehn se sonó la nariz.

—*Mazel Tov* —dijo, echándole un vistazo quiromántico a los mocos de su pañuelo—. Pero pensaba que los de tu ramo erais expertos en liberaros de cadenas.

—Perdone, ¿el señor Cavalieri? —dijo Stanley Konigsberg, apareciendo de forma bastante mágica al lado de Joe—. Pero eso mismo quería yo preguntarle.

—Puedes llamarme Joe.

—Joe. Lo siento. Me estaba preguntando. ¿Alguna vez haces fugas?

—Una vez —dijo Joe—. Pero tuve que dejarlo —frunció el ceño—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—No te preocupes. No le diré a nadie que has escondido una reina de corazones en el centro de la mesa siete —dijo Stanley—. Si eso es lo que te preocupa.

—Yo no he hecho nada parecido —dijo Joe. Le guiñó el ojo a Manny Zehn y, poniendo una mano con firmeza en el hombro de Stanley, acompañó al chico fuera del salón de baile y hacia el pasillo dorado. Los invitados se estaban quitando las chaquetas y sacudiendo la lluvia de sus paraguas.

—¿De qué clase de cosas podías escaparte? —preguntó Stanley—. ¿De cadenas? ¿De cuerdas? ¿De cajas? ¿De arcones? ¿De sacos? ¿Sabías hacerlo tirándote desde un puente? ¿Desde un edificio? ¿De qué te ríes?

—Me recuerdas a alguien —dijo Joe.

CATORCE

Aquella misma tarde, Rosa metió su caja de pinturas, un lienzo doblado, una regla y una escalerilla en la parte trasera de un taxi, y se dirigió al apartamento en el Josephine. El eco que producía aquel lugar vacío, que a ella le sonaba a hojalata, la sacaba de quicio, y aunque, con la aprobación de Joe, había llamado a toda prisa a Macy's para encargar una mesa de comedor y sillas, algunos cacharros básicos de cocina y muebles de dormitorio, no había tiempo para adornar las habitaciones de forma adecuada antes de que llegara Thomas. Se le ocurrió que, habiendo pasado por el caos agobiante de un piso para dos familias en la calle Dlouha, por el pandemonio provisional de un refectorio de convento y por la lata de sardinas de un camarote en el *Arca de Miriam*, al chaval probablemente le vendría bien un poco de espacio vacío, pero de todas formas quería que sintiera que el sitio al que llegaba, por fin, era su casa, o una especie de casa. Había intentado encontrar maneras de conseguir aquello. Sabía lo suficiente sobre chicos de trece años como para estar bastante segura de que un albornoz mullido, un ramo de flores o un dosel con volantes sobre la cama no iban a bastar. Pensó que un perro o un gato estarían bien, pero no se permitían animales de compañía en el edificio. Le preguntó a Joe cuál era la comida favorita de su hermano, su color, su libro o su canción. Pero Joe había demostrado ignorar en gran medida aquellas preferencias. Rosa estaba irritada con él —le había dicho que era imposible— hasta que se dio cuenta de que, por una vez, su ignorancia lo angustiaba. No era una señal de su habitual negligencia de místico, sino de la extraña brecha que se había abierto entre los hermanos durante los dos últimos años. Ella se disculpó de inmediato y continuó intentando pensar qué podía hacer por Thomas, hasta que por fin se le ocurrió la idea, que a los dos les pareció simpática, de pintar un mural en las paredes desnudas de su dormitorio. No solamente quería que Thomas se sintiera en casa. Quería gustarle —al instante, de una vez por todas— y confiaba en que el mural, ya suavizara la extrañeza de su llegada o no, por lo menos constituiría una oferta de amistad, como una mano extendida a modo de bienvenida de su hermana mayor americana. Pero entremezcladas con aquellas motivaciones, o burbujeando secretamente debajo de las mismas, se ocultaba un deseo que no tenía nada que ver con Thomas Kavalier. Rosa estaba ensayando —empezando a jugar— en las paredes del dormitorio de un chico, con la idea de convertirse en madre. Aquella mañana, el médico la había llamado para confirmar la explicación de la falta de un periodo y de una semana de berridos repentinos y brotes de emotividad como el que la había hecho ponerse histérica por el préstamo de un viejo pañuelo de esmoquin. Thomas iba a ser tío. Así era como había decidido que se lo diría a Joe.

Al llegar al apartamento, lo primero que hizo fue ponerse un mono de trabajo y una camisa vieja de Joe y recogerse el pelo con un pañuelo. Luego entró en el que iba

a ser el dormitorio de Joe y extendió el lienzo en el suelo. Nunca había pintado un mural, pero había hablado del tema con su padre, que había estado involucrado en el altercado por los murales de Rivera en el Rockefeller Center y que conocía a muchos artistas que trabajaban en murales para la WPA.

Rosa había pensado mucho cuál podría ser el tema. Los personajes de canciones infantiles, los soldados de madera, las hadas y príncipes rana y las casas de pan de jengibre, eran temas demasiado pueriles para un niño de trece años. Se planteó hacer una escena de Nueva York: edificios altos, taxis, guardias de tráfico, el letrero de Camel soltando anillos de humo hacia el techo. O tal vez algún montaje americano cursi, con secoyas, plantas de algodón y langostas. Quería que fuera americano de una forma genérica pero que también se relacionara de alguna forma con la vida específica que Thomas Kavalier iba a llevar allí. Luego empezó a pensar en Joe, en el tipo de trabajo que hacía. Sospechaba que Thomas Kavalier iba a aprender buena parte de su inglés en las páginas de Empire Comics. Aunque ella no se habría sentido cómoda haciendo un mural donde estuvieran el Monitor, los Cuatro Libertadores o —Dios lo sabía— Polilla Luna, la idea de los héroes, los héroes americanos, la intrigaba. Fue a la biblioteca pública y estuvo leyendo un libro enorme, con unos grabados impresionantes a lo Rockwell Kent, titulado *Héroes y leyendas del pueblo americano*. Las figuras míticas de Paul Bunyan, John Henry, Pecos Bill, Mike Fink y todos los demás —su favorito era el hombre de acero original, Joe Magarac— le parecieron perfectamente idóneas para la forma del mural, y nada despreciables para un chico a quien probablemente resultarían desconocidas en su mayoría. Lo que es más, Rosa había empezado a pensar en el propio Joe como en un héroe: había pagado de su bolsillo el pasaje de quince de los chicos que ahora estaban navegando por el Atlántico. Aunque no iba a poner a Joe en el mural, decidió incluir una imagen de Harry Houdini, el inmigrante de Europa Central, para conectar el tema del mural mucho más directamente con la vida de Thomas.

Había hecho docenas de bocetos preliminares y un dibujo de dos por tres del mural, que ahora estaba trasladando, por medio de una simple cuadrícula, a la mayor de las paredes de la habitación. No le fue fácil trazar las guías con la regla, primero las horizontales, moviendo la escalerilla de izquierda a derecha medio metro cada vez, luego las verticales, bastante sencillas en la parte inferior pero flirteando de forma cada vez más peligrosa con la inestabilidad a medida que se acercaba a la parte superior y se veía obligada a ponerse de puntillas. Le hizo falta más paciencia de la que tenía, y varias veces estuvo cerca de abandonar la cuadrícula y limitarse a dibujar simplemente a mano alzada sobre la pared. Pero se recordó a sí misma que la paciencia era una virtud cardinal en una madre —Dios sabía que la suya había tenido mucha— y se ciñó a su plan inicial.

A las diez en punto terminó de trazar las guías. Le dolían los hombros, el cuello y

las rodillas, y le parecía que antes de pasar el dibujo de la cuadrícula a la pared se iba a dar una vuelta a la manzana, a buscar un cigarrillo o un sándwich. Tal vez se encontrara con Joe; para entonces ya debía de haber terminado su actuación y debía estar de camino. Así que se puso el abrigo y cogió el ascensor de vuelta al vestíbulo. Caminó hasta la esquina de la calle Setenta y nueve, donde había una tienda de alimentación que abría hasta última hora.

Más tarde, Rosa imaginaría que, como un gato o una cámara para espíritus colocados delante de una persona agonizante, vio su felicidad perdida en el instante en que se desvanecía. Mientras estaba pagando su paquete de Philip Morris, echó un vistazo por casualidad a los periódicos del domingo amontonados delante del mostrador, ediciones monumentales recién salidas de la imprenta. En la esquina superior derecha del *Herald* había un extra enmarcado en rojo. Lo leyó cinco veces, prestando toda su atención, pero la breve información que transmitía no se ampliaba ni tampoco —entonces ni después— tenía más sentido. Las diez líneas de prosa insulsa y vacilante solamente decía que un barco lleno de refugiados, muchos de Europa central, y muchos de los cuales se suponía que eran judíos, si no todos, había desaparecido en el Atlántico a la altura de las Azores y se daba por perdido. No se mencionaba, y no se mencionaría durante bastantes horas, ni un submarino, ni una evacuación forzosa, ni una tormenta repentina que había llegado procedente del nordeste. Rosa se quedó allí un momento, con los pulmones llenos de humo, incapaz de expulsarlo. Luego miró al tendero, que la estaba observando con interés. Evidentemente algo fascinante le debía de estar pasando por la cara. ¿Qué tenía que hacer? ¿Estaría Joe todavía en el Trevi? ¿Estaría de camino al Josephine, tal como habían planeado? ¿Habría oído la noticia?

Salió a la calle con paso vacilante y se quedó un momento más pensando. Decidió que lo mejor era volver al apartamento y esperarlo allí. Estaba segura de que tarde o temprano iría a reunirse con ella, ya fuera movido por la ignorancia o por la tristeza. Justo cuando acababa de decidir aquello, sin embargo, un taxi se detuvo delante de ella y de él salió una pareja de ancianos con ropa de noche. Rosa pasó rozándolos y se metió en la parte trasera del taxi.

—Al Trevi —dijo.

Se quedó sentada en una esquina oscura del taxi. La luz iba y venía, y en el espejo de su polvera, su reflejo parecía valiente a intervalos. Cerró los ojos e intentó recitar el fragmento de una oración budista que su padre le había enseñado, asegurándole que tenía efectos relajantes. En su padre no parecía surtir mucho efecto y ni siquiera estaba segura de que las palabras fueran las correctas. *Om mani padmi om*. De alguna forma la tranquilizó. La estuvo recitando desde la calle Setenta y nueve a la acera de la puerta del Trevi. Para cuando salió del taxi, ya había recuperado la calma. Entró en el severo vestíbulo de mármol, con sus lámparas de araña gélidas, y fue a preguntar al

mostrador de recepción. Del vestíbulo venía la risa vagamente siniestra de la famosa fuente.

—¿El mago era amigo de usted? —dijo el empleado en tono inexplicablemente hostil—. Hace horas que se ha largado.

—Oh. —Fue como un golpe para ella. Se suponía que Joe tenía que haber ido al apartamento después de la actuación. El hecho de que no lo hubiera hecho significaba que le había pasado algo terrible. Y en pleno duelo, en posesión de aquella información, no había querido verla—. ¿Están...? ¿Hay alguien...?

—Está el chico del bar mitzvah —dijo el empleado, señalando a un niño delgaducho con un traje con chaleco apoltronado en uno de los sofás de moaré del vestíbulo—. ¿Por qué no le pregunta?

Rosa lo hizo, y el chico se presentó como Stanley Konigsberg. Rosa le dijo que estaba buscando a Joe, que tenía una noticia muy mala que darle. Oh, también tenía una noticia maravillosa, pero ¿cómo iba a ser capaz de decírselo? Joe pensaría que estaba intentando hacer una especie de equivalencia horrible, cuando solamente era una de las coincidencias monstruosas de la vida.

—Creo que ya lo sabe —dijo Stanley Konigsberg. Era un chico achaparrado, pequeño para su edad, con unas gafas torcidas y el pelo grueso y marrón. El traje era increíble, con los pantalones adornados con trenzas blancas, y los bolsillos y los ojales con ranas blancas, exactamente del color de la humillación—. ¿Es lo de ese barco que se ha hundido?

—Sí —dijo Rosa—. Su hermano pequeño iba en él. Un chico de tu edad.

—Vaya. —Manoseó el extremo de su corbata marrón, incapaz de establecer contacto visual con Rosa—. Supongo que eso lo explica todo.

Qué es lo que explica, quiso preguntarle Rosa, pero se ciñó a la cuestión más urgente.

—¿Sabes dónde ha ido? —dijo.

—No, señora. Lo siento. Él...

—¿Cuánto hace que se ha ido?

—Oh, por lo menos dos horas. Quizá todavía más.

—Espera aquí —dijo Rosa— ¿Me puedes esperar, por favor?

—Creo que no tengo alternativa. —Señaló las puertas del salón de baile del Trevi—. Mis padres no han terminado de discutir.

Rosa fue a un teléfono de pago y llamó al apartamento de Sammy y Joe, pero nadie contestó, y entonces recordó que Sammy se había ido a pasar el fin de semana fuera de la ciudad con Tracy Bacon. A la costa de Nueva Jersey, ni más ni menos. Iba a tener que intentar encontrarlo. Luego dijo a la operadora que llamara al superintendente del Josephine, el señor Dorsey. El señor Dorsey gruñó y la avisó de que no se acostumbrara, pero cuando ella le dijo que era urgente, subió y miró en el

apartamento. No, dijo cuando volvió a coger el teléfono. No había nadie y tampoco ninguna nota. Rosa colgó y volvió con Stanley Konigsberg.

—Dime qué ha pasado.

—Bueno, supongo que estaba preocupado, pero nadie lo sabía. Todo el mundo se quedó muy trastornado cuando se enteraron de la noticia. Mi tío Mort trabaja para la ATJ La Agencia Telegráfica Judía. Es un servicio de telegramas.

—Sí.

—Así que vino y nos dio la noticia. Fue quien la oyó primero.

—¿Has visto marcharse a Joe, Stanley? —dijo Rosa.

—Bueno, sí, sí, todo el mundo lo ha visto.

—¿Y parecía preocupado?

Stanley asintió.

—Ha sido muy extraño —dijo.

—¿Qué ha pasado? —dijo Rosa—. ¿Qué ha sido extraño?

—Ha sido todo culpa mía —empezó Stanley—, supongo que yo le estaba dando la vara y él no paraba de decir que no, que no y que no, así que he ido a mi padre y él me ha dicho que le daría cincuenta dólares más a tu amigo, y él seguía diciendo que no, así que he ido a hablar con mi madre. —Hizo una mueca de dolor—. Después, supongo que no le ha quedado más remedio.

—¿Más remedio que qué? —dijo Rosa. Puso la mano en el hombro de Stanley—. ¿Qué querías que hiciera?

—Quería que hiciera una fuga —dijo Stanley, temblando cuando ella lo tocó—. Dijo que sabía hacerlo. Tal vez solamente estaba bromeando, no lo sé. Pero le dijo a mi madre que sí, que lo haría. Dijo que yo era un niño simpático y que lo haría gratis. Pero solamente le quedaba media hora antes del momento en que tenía que empezar, ya sabes, así que tuvo que darse prisa. Fue al sótano y cogió una caja de madera grande que había servido para transportar algo, creo que un archivador. Y también un saco para la ropa sucia. Y un martillo y unos clavos. Luego fue y estuvo hablando con el detective del hotel y dijo que no. Mi padre tuvo que ir y darle también cincuenta dólares. Entonces le tocó empezar a tu amigo, a Joe. Hizo su espectáculo. Lo hizo muy bien. Hizo algunos trucos con cartas y con monedas, y luego algunos con aparatos. Un poco de todo, lo cual es difícil, ¿sabes?, porque yo también soy mago, más o menos. La mayoría de magos, si te fijas, tienen una especialidad. Yo, por ejemplo, prácticamente solo trabajo con cartas. Luego al cabo de una media hora, tu amigo nos dijo que nos pusiéramos de pie y que teníamos que salir del salón de baile, y nos trajo aquí. Ahí. —Señaló la fuente del vestíbulo, una réplica exacta de la famosa fuente de Roma, llena de tritones, conchas cataratas iluminadas de color azul—. A todo el mundo. Creo que fue mientras veníamos cuando el tío Lou nos dijo lo del barco, ya sabes, que se había hundido, porque cuando llegamos aquí, Joe estaba,

uf, no sé. Como si la boca le colgara torcida. Y no separaba la mano de mi hombro, como si se apoyara en mí. El detective del hotel vino y lo esposó. Se metió en el saco y yo tuve que atarlo. Lo metimos en el cajón y yo le tuve que clavar los clavos. Lo metimos en la fuente. Nos dijo que si no salía en tres minutos fuéramos a buscarlo.

—Oh, Dios mío —dijo Rosa.

Dos minutos y cincuenta y ocho segundos después de su inmersión en el agua fría y azul de la fuente del Trevi, los dos camareros, el detective del hotel y el señor Konigsberg con su mejor traje fueron chapoteando al rescate de Joe. Habían estado mirando el cajón en busca de señales de movimiento, de una sacudida, de alguna tensión en los tablones del cajón. Pero no hubo ningún movimiento. El cajón permaneció inerte, cubierto de agua hasta una pulgada por encima de su tapa clavada. Cuando la señora Konigsberg empezó a chillar, aunque faltaban unos segundos para el plazo límite, los hombres entraron en la fuente. Levantaron el cajón y lo arrastraron fuera del agua, pero con las prisas se les escapó de las manos y se estrelló contra el suelo. El saco de la ropa sucia salió rodando y se agitó en el suelo con movimientos convulsivos como un pez ahogándose. Joe se retorció tanto en la alfombra que el detective no pudo abrir el saco él solo y tuvo que llamar a los otros hombres para que le echaran una mano. Hicieron falta tres hombres para mantener quieto a Joe. Cuando abrieron el saco, tenía la cara roja como un verdugón, pero sus labios estaban casi azules. Tenía los ojos en blanco y tosía y jadeaba como si el aire fresco fuera veneno para él. Lo pusieron de pie y el detective le quitó las esposas. Cuando después las revisaron, pudieron ver que Joe no las había manipulado. Joe se quedó un momento allí temblando, empapado, recorriendo lentamente con la mirada los dos centenares de caras que formaban un anillo de preocupación y curiosidad a su alrededor. Tenía la cara retorcida en una expresión que la mayoría de invitados caracterizarían más tarde como de vergüenza pero que otros, entre ellos Stanley Konigsberg, relacionaron con una furia terrible e inexplicable. Luego, en una parodia de la distinción que había mostrado hacia ellos en el salón de baile hacía unos minutos, hizo una inclinación doblándose por la cintura. El pelo le cayó sobre la cara, y, al erguirse de nuevo, salpicó el canesú del vestido de seda de la señora Konigsberg, dejando unas manchas que resultaron ser indelebles.

—Muchas gracias —dijo. Luego se fue a toda prisa por el vestíbulo, se metió en las puertas giratorias y salió a la calle, con los zapatos chirriando a cada paso.

Cuando Stanley terminó su relato, Rosa volvió al teléfono. Si tenía que intentar encontrar a Joe, necesitaría ayuda, y la persona cuya ayuda necesitaba con mayor urgencia era Sammy. Intentó pensar en quién podría encontrarlo. Luego levantó el auricular y le preguntó a la operadora si figuraba alguien que se llamara Klayman y viviera en Flatbush.

—¿Sí? ¿Con quién hablo? —respondió una voz de mujer, profunda y con un poco

de acento. Algo recelosa tal vez, pero no preocupada.

—Soy Rosa Saks, señora Klayman. Espero que me recuerde.

—Por supuesto, cariño. ¿Cómo estás? —No tenía ni idea.

—Señora Klayman, no sé cómo decirle esto. —Toda la semana había sido esclava de torrentes impredecibles de tristeza y cólera, pero desde que había visto el titular de la prensa hasta ahora había permanecido extraordinariamente tranquila, casi carente de otros sentimientos que el ansia por encontrar a Joe. De alguna forma la idea de la pobre y esforzada señora Klayman, con su mirada triste, en su apartamento diminuto de Flatbush, rompió el hielo. Rosa empezó a llorar con tanta fuerza que apenas podía formar palabras. Al principio la señora Klayman intentó calmarla, pero a medida que Rosa se iba volviendo más incoherente, ella acabó perdiendo un poco los nervios.

—¡Cariño, tienes que calmarte! —le dijo en tono cortante—. Respira hondo, por Dios.

—Lo siento —dijo Rosa. Respiró hondo—. Muy bien.

Le explicó lo poco que sabía. A continuación vino de Flatbush un largo silencio.

—¿Dónde está Josef? —dijo finalmente la señora Klayman, con la voz tranquila y mesurada.

—No puedo encontrarlo. Confiaba en que Sammy pudiera... Pudiera ayudar...

—Yo encontraré a Sammy —dijo la señora Klayman—. Tú vete a casa. A la casa de tu familia. Puede que él vaya allí.

—Creo que no quiere verme —dijo Rosa—. No sé por qué. Señora Klayman. ¡Tengo miedo de que intente matarse! Creo que ya lo ha intentado una vez esta noche.

—No digas barbaridades. Tenemos que esperar —dijo la señora Klayman—. Es lo único que podemos hacer.

Cuando Rosa salió a coger otro taxi, había un chico vendiendo periódicos, la edición del *Journal-American* del día siguiente. En él se explicaba una versión más detallada, aunque no más precisa, del hundimiento del *Arca de Miriam*. Un submarino alemán asignado a uno de las temibles «manadas de lobos» que atormentaban a los barcos aliados en el Atlántico había atacado al barco inocente y lo había enviado al fondo del mar con toda la tripulación a bordo.

Más tarde resultó que esta historia no era del todo cierta. Cuando, después de la guerra, fue sometido a juicio por aquel y por otros crímenes, el comandante del *U-328*, un oficial de carrera inteligente y culto llamado Gottfried Halse, fue capaz de mostrar pruebas suficientes y testimonios para demostrar que, de acuerdo con las «Normas de apresamientos» del almirante Dönitz, había atacado al barco a menos de diez millas de tierra —de la isla de Corvo en las Azores— y había advertido al capitán del *Arca de Miriam* con la bastante antelación. La evacuación se había llevado a cabo de forma ordenada y el traslado de todos los pasajeros a los botes

salvavidas se habría podido llevar a cabo de forma segura y sin incidentes de no ser porque inmediatamente después de disparar los torpedos una tormenta había aparecido procedentes del nordeste y se había tragado los botes tan deprisa que la tripulación del *U-328* no había tenido tiempo para ayudar. Solamente la suerte había permitido a Halse y su tripulación escapar con vida. Si hubiera sabido que en el barco solamente iban niños, le preguntaron a Halse, muchos de los cuales no sabían nadar, ¿habría ordenado el ataque de todos modos? La respuesta de Halse se conserva en la transcripción del juicio sin comentarios ni anotaciones que expliquen si su tono era de ironía, de resignación o de tristeza.

—Ellos eran niños —dijo—. Nosotros éramos lobos.

QUINCE

Cuando la hilera de coches se detuvo delante de la casa, Ruth Ebling, el ama de llaves, que estaba mirando desde el porche delantero cómo el chófer y Stubbs hacían bajar a los invitados y descargaban su equipaje, enseguida vio al pequeño judío. Era mucho más pequeño y flaco que el resto de hombres de la fiesta: ciertamente más pequeño que ningún otro de los tipos rubios, larguiruchos y de hombros caídos, con sus trajes de Brooks y sus modales impecables, que el señor Love tenía habitualmente entre sus invitados. Mientras los demás salían de los coches con el paso ligero de aventureros venidos a plantar una bandera de conquistadores, el pequeño judío salió con dificultad de la parte trasera del segundo coche —un monstruoso Cadillac 61 nuevo de color verde botella— como un hombre que acabara de caer en una zanja. Parecía que hubiera pasado las últimas horas no tanto sentado entre los demás como tirado descuidadamente en el espacio que quedaba entre ellos. Se quedó allí de pie, manoseando un cigarrillo, parpadeando y pálido, con el viento cortante arrancándole lágrimas, arrugado, vagamente contrahecho, mirando los tejados amenazantes y las chimeneas descomunales de Pawtaw sin disimular su recelo. Cuando vio que Ruth lo estaba mirando, inclinó la cabeza y levantó a medias la mano a modo de saludo.

Ruth sintió un deseo poco característico de apartar la vista. En cambio, clavó en él la mirada fija y gélida, con las mejillas inmóviles y la mandíbula tensa, a la que había oído al señor Love referirse, cuando pensaba que ella no estaba escuchando, como su «mirada de Otto von Bismarck». Una sonrisa de disculpa atravesó brevemente la cara del pequeño judío.

Aunque no podría haberlo sabido (y nunca llegó a saber con certeza qué salió mal aquel día), la mala suerte de Sammy Clay fue llegar la misma tarde que el motor en ebullición de la hostilidad de Ruth Ebling hacia los judíos no estaba siendo alimentado solamente por el habitual compuesto negro formado por las arengas lógicas y omnívoras de su hermano y por los preceptos silenciosos de la clase social de su patrón. También ardía un cuarto de galón claro y volátil de vergüenza mezclada con rabia sin refinar. La mañana anterior, en Nueva York, había estado con su madre, su cuñada y su tío George, frente a la puerta de la cárcel de Tombs, viendo cómo el autobús que llevaba a Sing Sing al hermano que le quedaba, Carl Henry, desaparecía en medio de una espesa nube de gases de tubo de escape.

Carl Henry Ebling se había declarado culpable y un juez llamado Cohn lo había condenado a doce años por poner una bomba en la recepción del bar mitzvah de Leon Douglas Saks en el Pierre. Carl Henry, un chico ferviente y fantasioso pero nunca especialmente hábil ni competente, había conservado aquellos rasgos al entrar en una edad adulta tan apasionada como holgazana. Pero el idealismo amorfo y profundamente grabado con que había vuelto de los campos de batalla de Bélgica,

cuajado en la larga humillación de la Depresión, había adoptado una nueva forma y un nuevo propósito después de 1936, cuando un amigo lo había invitado a unirse a una organización social de Yorkville, el club de la Patria, que hacia el estallido de la guerra en Europa se había metamorfoseado o escindido —nunca había acabado de entenderlo— en la Liga Aria-Americana. Aunque Ruth nunca había estado del todo de acuerdo con las ideas de Carl Henry —Adolf Hitler la ponía nerviosa— ni se había sentido cómoda con el hecho de que su hermano tomara una parte tan activa en las actividades del partido, veía una nobleza incuestionable en su devoción a la causa de liberar Estados Unidos de la influencia malévola de Morgenthau y el resto de su conciliábulo. Y lo que es más, tanto el juez como el abogado de la acusación (Silverblatt) y todos los demás tendrían que haber visto con claridad, igual que lo veía ella, que su hermano, que había insistido en contra del consejo de su abogado en declararse culpable y que la mayor parte del tiempo parecía creer que era un villano de cómic con disfraz, no estaba en su sano juicio. Tenía que estar en Islip, no en Sing Sing. El hecho de que la bomba que su hermano había fabricado —con forma de tridente, ¿cómo podían no ver que estaba enfermo?— hubiera conseguido explotar de alguna forma y solamente lo hiriera a él, Ruth lo atribuía a la mala suerte y a la torpeza que nunca habían abandonado a su hermano. En cuanto la dureza de la sentencia que le habían aplicado, Ruth, igual que Carl Henry, culpaba no solamente al funcionamiento de la maquinaria judía sino, con una mala gana que le arrancaba el corazón, a su patrón, el señor James Haworth Love. Desde principios de los años treinta, James Love había expresado en voz bien alta su oposición a Charles Lindbergh, a los America Firsters y sobre todo al Bund germano-americano y a otros grupos proalemanes del país, a quienes en sus discursos y en los editoriales de la prensa solía caracterizar como «quintacolumnistas, espías y saboteadores», unos ataques que habían culminado, al menos desde la perspectiva de Ruth, en la acusación y el encarcelamiento de su hermano. De manera que el desdén sordo que Ruth habría sentido en cualquier otro momento por Sammy se añadió a su odio supurante por sus invitados para el fin de semana, por el modo en que el señor James Haworth Love llevaba sus asuntos, tanto políticos como sociales. Al presenciar aquella relajación de la prohibición, no articulada pero absoluta, de la presencia de judíos en Pawtaw, hasta entonces una de las pocas tradiciones de sus padres y de sus abuelos, los fundadores del imperio, que el señor Love había continuado respetando, y al verla como prueba final de la debilidad y la falta de vergüenza de aquel hombre, su corazón se rebeló. Solamente hacía falta un agravio más para obligar a Ruth a tomar medidas para aliviar la presión que llevaba tanto tiempo acumulándose en su seno.

—He visto el humo —ladró el señor Love—. Los fuegos encendidos. Muy bien, Ruth. ¿Cómo está usted?

—Estoy segura de que sobreviviré.

Los hombres marcharon hacia las escaleras, arrojándole a ella sus saludos brillantes y vacíos, haciéndole cumplidos por su pelo, cuyo estilo no había cambiado desde 1923, su tono de piel y el olor que venía de la cocina. Ella saludó con educación, con aquella mordacidad precavida suya, como una maestra dando la bienvenida después de las vacaciones a un grupo de sabelotodos y gamberros, y les dijo, uno a uno, cuáles eran sus habitaciones y cómo podían encontrarlas si no sabían ya dónde estaban. Los dormitorios habían sido bautizados por algún antiguo entusiasta de la familia Love con los nombres de tribus indias desaparecidas. Uno de los hombres, extremadamente apuesto, con los ojos del mismo color del nuevo cadillac y un hoyuelo en la barbilla, mucho más alto y fornido que ninguno del resto, le estrechó la mano y le dijo que había oído auténticas maravillas de su estofado de ostras. El judío de piernas flacas se quedó rezagado, refugiado al abrigo del gigante de ojos verdes. El único saludo que tuvo para ella fue otra sonrisa torcida y una tos nerviosa.

—Usted se aloja en la Raritan —le dijo, después de haberle reservado la habitación más pequeña e incómoda de las habitaciones para invitados del tercer piso, una sin porche y desde la cual solamente se veía un fragmento de mar.

Él pareció casi atemorizado por aquella información, como si fuera la noticia de una grave responsabilidad que ella le había adjudicado.

—Gracias, señora —dijo él.

Ruth recordaría más tarde haber sentido una breve y débil emoción a medio camino entre el afecto y la piedad por aquel pequeño muchacho judío de nariz respingona. Parecía completamente fuera de lugar entre todos aquellos narcisos altos y deportistas. Le costaba creer que pudiera ser uno de ellos. Se preguntaba si había llegado allí por alguna clase de error.

Ruth Ebling no podía saber lo cerca que sus especulaciones sobre el estatus de Sam estaban de las de él.

—Dios —le dijo a Tracy Bacon—. ¿Qué estoy haciendo aquí? —Dejó su maleta. Aterrizó con un ruido sordo en la gruesa alfombra, una de las varias alfombras orientales con las que estaba cubierto el suelo de tablones de la Raritan. Tracy ya había dejado sus bolsas en su habitación del segundo piso, que, en un acceso asombroso de intuición por parte de aquel antepasado amante de los indios, se denominaba Ramcock. Ahora estaba tumbado de espaldas en la cama de hierro de Sammy, con las piernas levantadas y cruzadas a la altura de la rodilla, los brazos cruzados debajo de la cabeza, arrancando con una uña el esmalte blanco descascarillado del armazón de la cama. Como muchos hombres grandes y fornidos, era un haragán recalcitrante que despreciaba el esfuerzo físico salvo por breves estallidos de gracia frenética a lo Red Grange.²¹ Lo que más detestaba era estar de

pie, y eso hacía que su trabajo en la radio le resultara particularmente detestable; odiaba también que lo obligaran a sentarse derecho. Su capacidad inherente para sentirse cómodo dondequiera que fuera se complementaba poderosamente con una pereza arraigada en sus huesos. Siempre que entraba en una habitación, no importaba que fuera una ocasión formal, buscaba generalmente un lugar donde por lo menos pudiera levantar los pies—. Apuesto a que soy el primer judío que pone los pies en este sitio.

—Creo que no voy a aceptar esa apuesta.

Sammy fue al ventanuco, cada uno de cuyos cristales tenía una huella de escarcha, de la buhardilla que daba al jardín trasero. Lo abrió, dejando que entrara una ráfaga fría de agua salada, humo de chimenea y de la efervescencia y el ronroneo del mar. En el último cuarto de hora del día, Dave Fellowes y John Pye estaban allí abajo en la playa, pasándose una pelota con cierto fervor siniestro, con pantalones de trabajo y sudaderas pero descalzos. John Pye también era actor de radio, la estrella de *Llamando al doctor Maxwell*, y amigo de Bacon, que era quien lo había presentado al patrocinador de *Las aventuras del Escapista*. Fellowes dirigía la oficina en Manhattan de un miembro de la delegación del congreso en Nueva York. Sammy miró cómo Fellowes le daba la espalda a Pye y echaba a andar por la playa, removiendo la arena blanca con sus pasos. Fellowes levantó los brazos, miró por encima del hombro y un pase corto y certero de Pye le cayó en las manos.

—Esto es muy extraño —dijo Sammy.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Supongo que sí —dijo Bacon—. Supongo que ha de serlo.

—Tú no lo sabes.

—Bueno... Tal vez la razón por la que no lo creo es que siempre me sentí muy extraño, ya sabes, antes de descubrir que no era el único del mundo.

—No me refiero a eso —dijo Sammy en tono amable. No había sido su intención dar la impresión que quería discutir—. Eso no es lo que me resulta extraño, chaval. No es que sean todos un puñado de maricas, ni que el magnate de los calcetines James Love sea marica, ni porque lo seas tú o lo sea yo.

—Si es que lo eres —Bacon lo corrigió en tono burlón.

—Si es que lo soy.

Bacon miró el techo con los brazos doblados debajo la cabeza en gesto satisfecho.

—Que lo eres.

—Puedo serlo.

De hecho, la cuestión de cómo una generación posterior llamaría a la orientación sexual de Sammy parecía en gran medida resuelta, al menos para todo el mundo que había asistido a Pawtaw aquel primer fin de semana de diciembre de 1941. En las

semanas siguientes a que visitaran la Feria Mundial e hicieran el amor dentro del orbe a oscuras de la Perisfera, Sammy y su robusto joven amante habían entrado a formar parte del círculo de John Pye, considerado por entonces, y durante bastante más tiempo en la mitología del Nueva York gay, el hombre más hermoso de la ciudad. En un local del East Side llamado el Blue Parrot, Sammy había visto por primera vez a hombres bailar el Texas Tommy y el baile de Cenicienta, muy apretados, a oscuras, aunque sus piernas débiles lo disuadieron de unirse a la diversión. Al día siguiente, como sabía todo el mundo, él y Tracy se irían a la costa Oeste, a emprender su nueva vida juntos como guionista y estrella de serial.

—¿Pues qué es tan extraño? —dijo Tracy.

Sammy negó con la cabeza.

—Pues mírate a ti mismo. Y míralos a ellos. —Señaló la ventana abierta con un pulgar—. Todos podrían interpretar la identidad secreta de un tipo en leotardos. El playboy aburrido, el héroe del fútbol, el joven fiscal del distrito idealista. Bruce Wayne. Jay Garrick. Lamont Cranston.

—¿Jay Garrick?

—Flash. Rubio, musculoso, con una bonita dentadura y fumador en pipa.

—Yo nunca fumaría en pipa.

—Uno fue a Princeton, otro a Harvard, otro a Oxford...

—Es un hábito detestable.

Sammy frunció la cara para dar a saber que sus intentos de cavilar estaban siendo interrumpidos. Luego desvió la mirada. En la playa, Fellowes acababa de placar a John Pye. Estaban rodando por la arena.

—Hace un año, cuando quería estar con alguien como tú, no tenía otro remedio, ya sabes, que inventármelo. Y ahora... —miró al otro lado del jardín amplio y árido, más allá de Pye y Fellowes. Un garabato de espuma se inscribió sobre la superficie de las olas. ¿Cómo podía transmitir lo feliz que había sido, durante el último mes, siendo el objeto de la mirada radiante de Bacon, y lo equivocado que estaba Bacon al malgastar aquella mirada en él? Nadie tan hermoso, tan encantador y desenvuelto y físicamente excelente como Bacon podía interesarse en él.

—Si me estás preguntando si puedes ser mi ayudante —dijo Bacon—, la respuesta es que sí. Te conseguiremos una máscara.

—Vaya, gracias.

—Te llamaremos... ¿Qué te parece Roñoso? O Seboso.

—Cállate.

—En realidad, Mohoso sería más apropiado. —Cuando estaban en la cama juntos, Bacon siempre estaba olisqueando con aire nostálgico el pene de Sammy, asegurando que olía exactamente igual que un montón de lonas amontonadas en la cabaña de su abuelo en Muncie, Indiana. Una vez, la cabaña había estado

supuestamente situada en Chillicothe, Illinois.

—Te lo advierto... —dijo Sammy, con la cabeza amenazantemente inclinada hacia un lado, los brazos extendidos como para ejecutar un par de golpes de judo y las piernas encogidas para dar un brinco.

—O teniendo en cuenta el estado de tu ropa interior, joven —dijo Bacon, tapándose la cara con las manos y ya encogiéndose—, tal vez tendríamos que considerar seriamente Cochambroso.

—Se acabó —dijo Sammy, lanzándose a la cama. Bacon fingió que gritaba. Sammy se le echó encima y le atenazó las muñecas. Su cara quedó suspendida a treinta centímetros de la de Bacon.

—Ahora te tengo —dijo.

—Por favor —dijo Bacon—. Soy huérfano.

—Eso es lo que solían decir los listillos de mi vecindario.

Sammy frunció los labios y dejó que un salivazo largo colgara hacia abajo, terminado en una bola espesa y burbujeante. La burbuja fue bajando como una araña colgando de su tela hasta quedar colgando sobre la cara de Bacon. Entonces Sammy volvió a aspirarla. Hacía años que no intentaba aquel truco y le complació descubrir que su saliva mantenía su viscosidad intacta y que él mantenía pleno control de la misma.

—Uj —dijo Bacon. Meneó la cabeza de un lado a otro y luchó contra la presión que Sammy ejercía sobre sus muñecas, mientras Sammy hacía colgar el hilo reluciente otra vez sobre su cara. Luego, de pronto, Bacon dejó de forcejear. Miró a Sammy, a los ojos, tranquilo y con un brillo peligroso en la mirada. Por supuesto, si quisiera podría haberse soltado fácilmente de la presa enclenque de su amante. Lo decía su mirada. La perla de saliva se balanceó. Sammy cortó el hilo. Un minuto más tarde, yacían desnudos bajo las cuatro mantas amontonadas en el camastro, retozando exactamente de la manera que el doctor Fredric Wertham, en su libro fatídico, alegaría un día que era universal entre los héroes con disfraz y sus «pupilos». Se durmieron abrazados, y los despertó un olor, reconfortante y maternal, de leche hervida y agua salada.

De lo que aconteció en Pawtaw el 6 de diciembre de 1941 ha sobrevivido una serie de relatos fragmentarios. La entrada en el diario de James Love del 6 de diciembre es característicamente lacónica. Señala que esa tarde Bob Perina ha ganado ochenta y dos yardas para Princeton y da detalles del menú y extractos seleccionados de la conversación a la hora de la cena, con la anotación compungida: «en retrspctv más trivl q d costmbr». Los invitados, como siempre, se identifican por sus iniciales: JP, DF, TB, SC, RP, DD, QT. La entrada termina con la palabra DESASTRE. Solamente la ausencia de entrada relativa al día siguiente y la preocupación de la entrada del lunes, cuando tantas otras cosas estaban pasando en el mundo, además de

una visita a su abogado, dan algunas pistas de lo que sucedió. Roddy Parks, el compositor, en una entrada de su famoso diario, proporciona el nombre de otro invitado (su amante por aquella época, el fotógrafo Donald Davis) y coincide con Love en que los temas principales de conversación fueron una amplia exposición de pintura fauvista en la galería de Marie Harriman, y la boda por sorpresa del rey de Bélgica. También señala que el estofado de ostras fue un fracaso y que Donald había comentado esa misma tarde que el ama de llaves, a quien Parks llama Ruth Appling, parecía preocupada. Su relato de la redada es casi tan lacónico como el de Love: «Alguien llamó a la policía».

Una verificación del informe en posesión del sheriff del condado de Monmouth aporta el nombre del último invitado de ese fin de semana, un tal señor Quentin Towle, así como un relato más detallado de los sucesos de aquella noche, incluyendo alguna información acerca del ímpetu que llevó a Ruth finalmente a usar el teléfono. «La señorita Ebling —dice el informe— se encontraba exasperada [*sic*] por el reciente encarcelamiento de su hermano Carl y se encontró por casualidad una historieta en uno de los dormitorios de un tipo al que hacía responsable de muchos de los problemas mentales de su hermano. En aquel momento, habiendo identificado al autor de dicha historieta como uno de los sospechosos, decidió notificar a las autoridades las actividades que tenían lugar en la casa.»

Es interesante señalar que a pesar del énfasis, tanto aquella noche como durante los procedimientos legales mayormente inconcluyentes que siguieron, en el papel del cómic como desencadenante del acto de retribución de Ruth Ebling, el único invitado de Pawtaw aquella noche del que no consta ningún acta de arresto es del autor de ese cómic.

Sammy se emborrachó en la cena por primera vez en su vida. La borrachera llegó con tanta lentitud que al principio la confundió con la felicidad del cansancio sexual. Había sido un día largo, que había dejado una huella corporal en su recuerdo: el frío frente al Mayflower por la mañana mientras esperaban a que el señor Love y sus amigos los recogieran. El codo en sus costillas, el rugido y el olor ceniciento del calentador del Cadillac, la ráfaga afilada de aire de diciembre que entraba por la ventanilla del coche en el camino. El calor de un trago de whisky que aceptó de la petaca de John Pye. La marca de los dientes de Bacon y la huella de sus pulgares en las caderas de Sammy. Mientras estaba sentado en la mesa a la cena, comiendo su estofado y mirando a su alrededor con una expresión que sabía, sin preocuparse, que resultaba estúpida, el día lo envolvió con una confusión casi agradable de dolores e imágenes como la que asalta a alguien que está a punto de dormirse después de pasar todo el día fuera de casa. Se dejó arrullar por esa confusión y vio cómo los hombres que lo rodeaban desplegaban las pancartas resplandecientes de su conversación. El vino era un Puligny-Montrachet del 37, sacado de una caja que, según Jimmy Love,

había sido regalo de Paul Reynaud.

—Así pues, ¿cuándo os vais vosotros dos?

—Mañana —dijo Bacon—. Y llegamos el miércoles. Tengo una aparición. Se supone que alguien de Republic tiene que subir al tren en Salt Lake City con mi disfraz para que el que baje en Los Ángeles sea el Escapista.

A continuación todos le gastaron bromas a Tracy Bacon sobre la cuestión de los leotardos, y eso llevó en medio del jolgorio general a la cuestión de los suspensorios. Love expresó su satisfacción porque Bacon pudiera continuar interpretando al Escapista en la radio, emitiendo desde Los Ángeles. Sammy se hundió más todavía en su letargo alimentado con vino de Burdeos. Hubo un leve trastorno en el aire a su espalda, un murmullo y un grito amortiguado.

—Pero ¿no lo echarán de menos a usted en su fábrica de cómics?

—¿Qué ha sido eso? —Sammy enderezó la espalda en su silla—. Creo que alguien lo llama, señor Love. He oído a alguien decir su...

—Siento mucho hacer esto, señor Love —dijo una voz clara y monótona detrás de Sammy—. Pero me temo que usted y sus amiguitas están arrestados.

Una breve desbandada siguió a aquel anuncio. La sala se llenó de una variedad desconcertante de ayudantes de sheriff, policías de Asbury Park, guardias de tráfico, reporteros de la prensa y un par de agentes del FBI de Philadelphia de vacaciones que se estaban tomando unas copas en el Fly Trap, un bar de carretera de la localidad de Sea Bright frecuentado por representantes de la ley de la costa de Nueva Jersey, cuando se propagó el rumor de que iban a vaciar un nido de maricas en la casa de la playa de uno de los hombres más ricos de América. Cuando vieron lo grandes y fornidos que eran algunos de los maricas, por no mencionar su aspecto sorprendentemente normal, sufrieron un momento de indecisión durante el cual Quentin Towle se las arregló para escaparse. Lo cogieron más tarde en la carretera del condado. Solamente los dos hombres más grandes opusieron resistencia. John Pye ya había sufrido dos redadas y estaba cansado. Sabía lo que al final le iba a costar aquello, pero antes de que lo redujeran consiguió hacer brotar sangre de la nariz de un sheriff y romper una botella de Montrachet en la cabeza de un segundo. También le rompió la cámara a un fotógrafo que vendía a los periódicos de Hearst, un acto por el que más adelante todos sus amigos le estarían agradecidos. Love, en particular, nunca olvidaría aquel favor, y después de que a Pye lo mataran en el norte de África, donde había ido a conducir una ambulancia porque el ejército no aceptaba homosexuales, se encargó de que a la madre y a la hermana de Pye no les faltara de nada. En cuanto a Tracy Bacon, no se paró un momento a considerar la cuestión de pelear o no con la policía. Sin revelar demasiado de la verdadera historia que había trabajado tan laboriosamente para borrar y ocultar, se puede decir que Bacon había tenido problemas con la policía desde los nueve años y se había estado defendiendo con los

puños desde mucho antes. Se metió en embrollo convulso de porras, sombreros de ala ancha y hombres encogidos de miedo y empezó a repartir. Hicieron falta cuatro hombres para reducirlo, algo que realizaron con bastante brutalidad.

Mientras Sammy, demasiado borracho y confuso para moverse, miraba cómo su amante y John Pye se hundían en un mar de camisas pardas, él también estaba enzarzado en una lucha feroz. Alguien le había agarrado las piernas y no se las soltaba, no importaba que Sammy diera puntapiés y tortazos con toda su fuerza a quienquiera que fuera. Al final, sin embargo, su atacante pudo más y Sammy se vio arrastrado debajo de la mesa.

—¡Idiota! —dijo Dave Fellowes, con el ojo cerrado y la nariz sangrando por culpa de las patadas de Sammy—. Agáchate.

Obligó a Sammy a encogerse a su lado debajo de la mesa, y los dos juntos miraron las botas y los cuerpos golpeando la alfombra desde debajo del reborde con encaje del mantel. Fue en aquella posición indecorosa que los encontraron, cinco minutos más tarde, cuando los dos agentes del FBI de vacaciones, entrenados para hacer las cosas a fondo, hicieron una última batida por la casa.

—Vuestros amigos os están esperando —dijo uno de ellos. Sonrió al otro, que agarró a Fellowes del cuello de la camisa y lo sacó a rastras de debajo de la mesa.

—Voy enseguida —dijo el otro agente.

—Ya lo sé —dijo el que se estaba llevando a Dave Fellowes, con una risa áspera. Apoyado en una rodilla, el federal miró a Sammy con cariño burlón, como si tratara de sacar de su escondite a un niño remolón.

—Vamos, cariño —dijo—. No te haré daño.

La realidad de la situación había empezado a penetrar en la neblina de la borrachera de Sammy. ¿Qué había hecho? ¿Cómo iba a ser capaz de decirle a su madre que lo habían arrestado, y por qué? Cerró los ojos, pero cuando lo hizo, lo atormentó una visión de Bacon abatido por una lluvia de puños y botas.

—¿Dónde está Bacon? —dijo—. ¿Qué le habéis hecho?

—¿El grandullón? No le pasará nada. Es más hombre que el resto de vosotros. ¿Eres su novia?

Sammy se ruborizó.

—Eres una chica afortunada. Es un buen pedazo de carne.

Sammy sintió una extraña vibración en el aire entre él y el policía. La habitación, la casa entera, parecía haber quedado completamente en silencio. Si el policía planeaba detenerlo, a Sammy le parecía que ya tendría que haberlo hecho.

—A mí me gustan los tipos morenos. Y pequeños.

—¿Qué?

—Soy un agente federal, ¿lo sabías?

Sammy negó con la cabeza.

—Es cierto. Si les digo a esos tipos impacientes de los casquetes de ahí fuera que te tienen que soltar, te soltarán.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

El federal miró lentamente por encima del hombro, casi parodiando a un hombre que comprobara si había moros en la costa, luego se metió debajo de la mesa con Sammy. Se puso la mano de Sammy en la bragueta.

—Dímelo tú —dijo el federal.

Diez minutos más tarde, el par de agentes federales de vacaciones se reunieron en el vestíbulo de la casa. Dave Fellowes y Sammy, caminando a empellones delante de sus benefactores respectivos, apenas podían mirarse entre ellos, menos todavía a Ruth Ebling, que estaba supervisando las tareas de limpieza de su personal. Todavía tenía en la boca el sabor amargo del semen del agente Wyche, junto con el aroma dulce y pútrido de su propio recto, y nunca olvidaría la sensación de fatalidad que lo había acometido, una sensación de que había girado una esquina invisible y dentro de poco se iba a encontrar cara a cara con un destino negro e ineludible.

—Se han ido todos —dijo Ruth, aparentemente sorprendida de verlos—. Llegáis tarde.

—Estos dos hombres no son sospechosos —dijo el agente que llevaba a Fellowes—. Solamente son testigos.

—Tenemos que interrogarlos un poco más —dijo el agente Wyche, sin molestarse en camuflar su regocijo por el doble sentido—. Gracias, señora. Tenemos vehículo propio.

Sammy consiguió levantar la cabeza y vio que Ruth lo estaba mirando de una forma curiosa, con la misma ligera expresión de pena que creía haber captado en ella esa misma tarde.

—Solamente quiero saber una cosa —dijo ella—. ¿Qué se siente, señor Clay, cuando uno se gana la vida aprovechándose de las mentes inestables? Es lo único que quiero saber.

Sammy notó que debería saber de qué estaba hablando ella, y estaba seguro de que en circunstancias normales lo sabría.

—Lo siento, señora. No tengo ni idea de qué...

—Tengo entendido que un chico se ha tirado de un edificio —dijo ella—. Se ha atado un mantel al cuello y...

Sonó un teléfono en una habitación cercana y ella se detuvo. Se giró y fue a responderlo. El agente Wyche dio un tirón al cuello de la camisa de Sammy, lo arrastró hasta la puerta y los dos salieron a la noche gélida.

—Un minuto —dijo la voz del ama de llaves desde el interior—. Hay una llamada para el señor Klayman. ¿No será él?

Más tarde, Sammy se preguntaría a menudo qué habría sido de él, en qué callejón

o cuneta habría terminado su cuerpo roto y violado si su madre no hubiera telefonado a la casa de Pawtaw con la noticia de la muerte de Thomas Kavalier. El agente Wyche y su colega se miraron entre ellos. Sus expresiones habían perdido su neutralidad profesional.

—Oh, qué diantres, Frank —dijo el agente de Fellowes— ¿Qué te parece? Es su mamá.

Cuando Sammy salió de la cocina, Dave Fellowes estaba desplomado contra la puerta, tapándose con un brazo la cara roja y mojada. Los dos federales se habían ido. También tenían madres.

—Necesito volver a la ciudad ahora mismo —dijo Sammy.

Fellowes se secó la cara con la manga, luego se hurgó en el bolsillo y sacó la llave de su Buick.

Aunque el tráfico era ligero, necesitaron casi tres horas para volver a Nueva York. No se dijeron ni una palabra desde el momento en que Fellowes arrancó el coche hasta que dejó a Sammy delante de su apartamento.

DIECISÉIS

Después de salir corriendo del hotel Trevi, Joe se convirtió simplemente en uno más de los 7.014 ahogados que daban tumbos aquella noche por las calles de Nueva York. Llevaba una pinta de whisky de centeno que había comprado en un bar de la calle Cincuenta y ocho. El pelo se le había congelado formando carámbanos y el esmoquin azul se le había convertido en granito, pero no sentía nada. Las calles estaban llenas de taxis, la gente salía de los cines, las velas y el vapor de la respiración de los clientes formaban halos en los escaparates de los restaurantes. Recordaba avergonzado la euforia que lo había asaltado mientras caminaba aquella tarde hacia el metro, el recorrido traqueteante en el metro con todo el mundo observando al mago que iba en su vagón, el amor general a los caniches y las bocinas de coches y las marcas de dientes de la Casa de Essex en la cara de la luna que lo había bañado mientras caminaba con su chistera desde el metro hasta el Trevi. Si no se hubiera ahogado hacía una hora, pensaba, el recuerdo de su felicidad perdida podría bastar para hacer que se odiara a sí mismo. Me alegro de estar muerto, pensó.

De alguna forma terminó en Brooklyn. Fue en tren hasta Cony Island, luego se quedó dormido y se despertó en un sitio llamado Gravesend, con la mano áspera de un policía en el hombro. Hacia las dos de la madrugada, más borracho de lo que había estado desde que apareció en las escaleras de la casa de Bernard Kornblum en la calle Maisel, apareció en el 115 de Ocean Avenue, en la puerta del apartamento 2-B.

Ethel contestó al timbre casi de inmediato. Estaba vestida y maquillada y llevaba el pelo atado en un moño. Si estaba sorprendida de ver a su sobrino en la puerta, congelado, con cara de sueño y vestido de gala, no lo mostró en absoluto. Sin decir palabra, le pasó un brazo por los hombros y lo ayudó a llegar hasta la mesa de su cocina. Le puso una taza de café de una cafetera azul con motas de esmalte blanco. Era espantoso, claro como el agua en la que limpiaba los pinceles y amargo como el vino agriado, pero estaba recién hecho y quemaba de tan caliente como estaba. El efecto que le produjo fue devastador. Tan pronto como le llegó a la garganta, todos los hechos y contingencias que había mantenido bajo el agua, hasta dar la impresión de que habían dejado de forcejear, ahora volvieron a salir a la superficie, y entonces supo que estaba vivo y que su hermano, Thomas, estaba muerto en el fondo del Atlántico.

—Tenemos que encender la radio —fue lo único que se le ocurrió decir.

Ethel se sentó delante de él con otra taza de café. Se sacó un pañuelo del bolsillo de su cárdigan negro y se lo dio:

—Antes llora —dijo.

Ella le dio un trozo blandengue de tarta de miel y luego, igual que la noche de su

llegada a la ciudad, una toalla.

Mientras se estaba duchando, su abuela entró arrastrando los pies en el baño, se levantó la falda de su camisón y, como si no fuera consciente de la presencia de Joe, apoyó el trasero de color azul claro sobre la taza.

—No me escuchas, Yecheved —dijo en yiddish, llamándolo por el nombre de su tía en el viejo mundo—. Desde el primer día, te dije que no me gustaba este barco. ¿No te lo dije?

Joe contestó en inglés.

—Lo siento —dijo.

Su abuela asintió y se levantó del retrete. Sin decir palabra, apagó la luz y salió arrastrando los pies. Joe terminó de ducharse a oscuras.

Después de entrar en calor con un acceso incontenible de llanto, su tía lo envolvió en un albornoz que había sido del padre de Sammy y lo llevó a la vieja cama de Sammy.

—Tranquilo —le dijo—. Tranquilo. —Le puso una mano seca en la mejilla y la mantuvo allí hasta que dejó de llorar, luego hasta que dejó de temblar, y luego hasta que su respiración dejó de ser entrecortada. Se quedó quieto y resopló. La mano que tenía en la mejilla estaba fría como un ladrillo.

Se despertó unas horas más tarde. Al otro lado de la ventana todavía era de noche, no había rastro de luz matinal. Le dolían las articulaciones y el pecho, los pulmones, como si hubiera estado respirando humo o veneno. Se sentía vacío y devastado e incapaz de llorar.

—Rosa está de camino —dijo su tía. Estaba de pie en el umbral y la luz azul pálido de la lámpara de la encimera trazaba el contorno de su silueta—. La he llamado. Estaba loca de angustia.

Joe se incorporó, se frotó la cara y asintió. No quería tener nada que ver con Rosa, con Sammy, con su tía, sus padres ni con nadie que pudiera relacionarlo, mediante cualquier vínculo de memoria, afecto o sangre, con Thomas. Pero estaba demasiado cansado para hacer nada al respecto, y en todo caso, no tenía ni idea de qué hacer. Su tía le encontró algunas ropas viejas y se vistió de prisa bajo la luz polar del fregadero. La ropa le iba muy pequeña, pero estaba seca y serviría hasta que se la pudiera cambiar. Mientras esperaban a Rosa, hizo otra cafetera y los dos estuvieron sentados en silencio, dando sorbos de sus tazas. Tres cuartos de hora más tarde, con un destello azul tembloroso y casi invisible en el aire, se oyó la bocina de un coche en la calle. Joe lavó su taza, la dejó en el secadero, se secó las manos en el paño y dio un beso de despedida a su tía.

Ethel fue corriendo a la ventana, a tiempo de ver cómo la chica salía de un taxi. Ella lo abrazó de inmediato y Joe la tuvo en sus brazos tanto tiempo que Ethel se encontró a sí misma lamentando no haber abrazado a su sobrino. En aquel momento

le pareció el error más grave que había cometido en su vida. Vio cómo Joe y Rosa entraban en el taxi y se alejaban. Luego se sentó en una silla, con su dibujo festivo de piñas y plátanos, y se tapó la cara con las manos.

DIECISIETE

Joe y Rosa se metieron en la cama a las seis y media de la mañana y ella lo abrazó hasta que se quedó dormido, acostado allí, con el producto misterioso y desconocido de su amor creciendo en medio de ambos. Luego se quedó dormida también. Cuando se despertó eran las dos de la tarde y Joe se había marchado. Se miró en el espejo del baño y bajó a la cocina negra, donde su padre estaba de pie con una expresión de lo más peculiar.

—¿Dónde está Joe? —dijo ella.

—Se ha ido.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—Bueno, ha dicho algo de alistarse en la marina —dijo su padre—. Pero no creo que pueda hacerlo hasta mañana.

—¿La marina? ¿De qué me estás hablando?

Así es como se enteró del ataque a la base naval de Pearl Harbor. De acuerdo con su padre, era muy probable que Estados Unidos pronto se viera también en guerra con Alemania. Con eso contaba Joe.

Sonó la extraña melodía del timbre, la composición más breve de Raymond Scott, «Fanfarria para el vendedor de puerta a puerta». Ella fue corriendo a la puerta, convencida de que sería Joe. Era Sammy. Parecía que había estado en una pelea. Tenía arañazos en la mejilla y un corte junto al ojo. ¿Se habría peleado con Bacon? Ella sabía que Sammy tendría que haberse marchado ese mismo día a Los Ángeles con su amigo: ella y Joe habían planeado originalmente ir a la estación de tren a despedirlos. ¿Se habían peleado? Un tipo del tamaño de Bacon podía ser peligroso, pero era difícil imaginar que pudiera hacer algo que hiciera daño a Sammy. Entonces vio la costura abierta de la manga derecha de la camisa de Sammy, a la altura del hombro.

—Llevas la camisa rota —dijo ella.

—Sí —dijo él—. La he roto yo. Es lo que se hace, ya sabes. Cuando estás de duelo. —Rosa tenía un vago recuerdo de aquella costumbre de un funeral muy lejano de un tío abuelo. La tía abuela viuda también había tapado todos los espejos de la casa con paños de cocina, dando a la casa un aire inquietante de haber sido condenada.

—¿Quieres entrar? —le dijo—. Joe no está.

—No, gracias —dijo Sammy—. Ya lo sé. Lo he visto.

—¿Lo has visto?

—Ha venido al apartamento a recoger sus cosas. Supongo que me ha despertado. Supongo que tuve una mala noche.

—Espera —dijo, notando un matiz extraño en su voz. Cogió un jersey viejo de su

padre del perchero, se lo puso por encima y salió al patio. Le sentó bien el aire fresco. Sintió que las ideas se le ordenaban un poco—. ¿Estás bien? —dijo ella. Se dio cuenta de que se estremecía cuando lo tocaban, como si tuviera el brazo o el hombro heridos—. ¿Qué te ha pasado en el brazo?

—Nada. Me he hecho daño.

—¿Cómo?

—Jugando al fútbol en la playa. ¿Cómo va a ser?

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé. Se ha ido. Se ha marchado.

—¿Y tú que estás haciendo aquí? —le preguntó ella—. ¿No se supone que tendrías que estar en un tren rumbo a Hollywood? ¿Dónde está Bacon?

—Le he dicho que se fuera sin mí.

—¿Cómo?

Sammy se encogió de hombros.

—En realidad nunca quise... No lo sé. Creo que se me fue un poco la cabeza con todo ese asunto.

Aquella mañana, en la Penn Station, Sammy había dicho adiós a Tracy Bacon, en el compartimento que tenían reservado para ambos a bordo de la Broadway Limited.

—No lo entiendo —dijo Bacon. Se sentían extraños e incómodos uno con el otro, en la intimidad del compartimento de primera clase, una pareja de hombres, el uno tan decidido a no tocar al otro, y el segundo dedicando cada movimiento y cada gesto a no ser tocado, que su mantenimiento cuidadoso de una distancia tensa y cambiante entre ambos se había convertido en una especie de contacto extraño—. Ni siquiera te han detenido. Los abogados de Jimmy van a hacer que todo quede en nada.

Sammy negó con la cabeza. Estaban sentados el uno delante del otro en los dos bancos tapizados, que esa noche, en algún momento a la altura de Fostoria, tendrían que desplegar para convertirlos en un par de camas.

—No puedo seguir con esto, Bake —dijo Sammy—. Simplemente... No quiero ser así.

—No tienes elección.

—Yo creo que sí.

Bacon se levantó entonces, cruzó el metro de distancia que los separaba y se sentó en el banco al lado de Sammy.

—Yo no lo creo —dijo, cogiendo la mano de Sammy—. Algo como tú y como yo no es cuestión de elegir o no elegir. No se puede hacer nada para evitarlo.

Sammy apartó la mano con brusquedad. Independientemente de lo que sintiera por Bacon, el peligro, la vergüenza y el riesgo de la detención y el oprobio no valían la pena. Aquella mañana, con las costillas magulladas y un vago olor a cloro en el fondo de la boca, Sammy sintió que prefería no amar en absoluto a ser castigado por

amar. No tenía ni idea de lo mucho que un día le parecería que su vida había pasado ya. De lo presente que llegaría a resultarle a diario la ausencia de amor.

—Mírame —dijo.

En su prisa por abandonar el compartimento antes de que Bacon lo viera derrumbarse, chocó con una anciana que iba por el pasillo y volvió a abrirse el corte del ojo.

—Me alegro de que todavía estés aquí —dijo ahora Rosa—. Sammy, escúchame. Necesito ayuda.

—Yo te ayudaré. ¿De qué se trata?

—Creo que necesito abortar.

Sammy encendió un cigarrillo y se fumó la mitad antes de responder.

—Joe es el padre —dijo.

—Sí. Por supuesto.

—¿Y se lo has dicho y qué ha dicho él?

—No se lo he dicho. ¿Cómo se lo iba a decir? Anoche intentó matarse.

—¿De verdad?

—Creo que sí.

—Pero Rosa, ya sabes, se ha alistado en la marina, es lo que ha dicho.

—Exacto.

—Va a marcharse y alistarse en la marina sin saber que estás embarazada de él.

—Exactamente.

—Aunque lo sabes desde hace...

—Una semana, más o menos.

—¿Por qué no se lo dijiste? En serio.

—Tenía miedo —dijo Rosa—. En serio.

—¿Miedo de qué? No, ya lo sé —dijo. Parecía casi irritado por aquello—. De que te dijera que te desembarazaras de ello. Y no quisiera casarse contigo.

—Tú lo has dicho.

—Y ahora tú...

—No podría decírselo ni en un millón de años.

—Porque está claro que él te diría...

—Exacto. Quiere ir a matarlos, Sam. No creo que nada que yo pudiera decirle lo detendría ahora mismo.

—Así que ahora tienes que...

—Como intentaba explicar.

Sammy se giró para mirarla, con los ojos brillantes, iluminados por una idea que Rosa entendió de inmediato, en toda su profundidad y todo su detalle, en todo el miedo y la desesperación de los que se alimentaba.

—Ya te entiendo —dijo él.

QUINTA PARTE

Radiotelegrafista

UNO

El perdedor del Lupe Vélez estaba obligado a hacerse la cama en los túneles, en el pandemonio de Perrolandia. Había dieciocho perros, en su mayor parte malamuts de Alaska, además de unos cuantos huskies de Groenlandia y Labrador y un merodeador traicionero que era casi todo lobo. Tenía que coger un saco de dormir, una manta y la mitad de las veces una botella de Old Grand-Dad y acostarse en el túnel congelado, donde, a pesar que tanto el suelo como las paredes y el techo estaban cubiertos de nieve, el hedor a orina, al cuero de los arneses y a belfo de husky rancio y untado de grasa de foca era sorprendentemente intenso. Habían empezado con veintisiete perros, suficientes para montar dos equipos y un tercero de reemplazo, pero cuatro habían sido matados por sus compañeros debido a alguna compleja emoción canina compuesta de aburrimiento, rivalidad y un entusiasmo atroz. Uno había caído en un agujero sin fondo en el hielo. Dos habían cogido alguna enfermedad tan misteriosa como rápida. Una había recibido un disparo del encargado de señales, Gedman, por razones que casi nadie había entendido. Y Stengel, el verdadero genio entre los perros, se había adentrado en la niebla un día sin que nadie lo viera y no había regresado. Había veintidós hombres. Jugaban al póquer, al parchís, al ajedrez, a los naipes, a pescar la carta, a geografía, al fantasma, a ping-pong, a las veinte preguntas, al hockey con una moneda de diez centavos, al hockey con calcetín, al hockey con tapón de botella, al contrato, a las damas, a los dados, al monopoly y al Uncle Wiggily²² apostando cigarrillos (el dinero les servía tan poco como las palas y la nieve). Jugaban para librarse del trabajo insoportable de deshacer con un picahielo el zigurat congelado que se acumulaba continuamente en las letrinas, una columna de zurullos y penachos de diarrea que el frío petrificaba creando formas fantásticas dignas de Gaudí. O bien jugaban (al ajedrez sobre todo) por la preciosa recompensa de reducirse entre ellos a montoncitos de ceniza y brasas. Pero los ganadores al Lupe Vélez solamente ganaban el derecho a dormir en sus literas, calientes y secos dentro del Waldorf Antártico, durante una noche más. Era un juego estúpido y cruel pero al mismo tiempo indulgente y sencillo. Siempre había veintiún ganadores y un perdedor, que tenía que ir a dormir con los perros. Aunque en teoría todos jugaban con la misma desventaja, debido a la naturaleza esencialmente aleatoria del juego y a que no requería ningún talento, normalmente era Joe Kavalier el que terminaba la noche acostado en medio del tumulto y el hedor de los túneles después de una manga rápida de Lupe Vélez. Allí era donde estaba, apoltronado en un cajón junto al perro llamado *Ostra*, la noche en que algo ocurrió con la cocina del Waldorf.

Salvo el piloto Shannenhouse, no había ningún hombre entre ellos mayor de treinta y cinco años (el termómetro bajó por primera vez de los -25 °C el día del

treinta y cinco cumpleaños de su capitán, Walter «Wahoo» Fleer, que lo celebró corriendo cincuenta metros, de la Pista de Sebo al Salón Detrito, vestido solamente con sus botas de piel de foca), y tres de los miembros del batallón de construcción naval, Po, Mitchell y Madden, eran poco más que adolescentes, lo cual probablemente explicaba la estupidez esencialmente juvenil del Lupe Vélez. Todos estaban embutidos en el Mess Hall, a altas horas de una noche que ya duraba semanas, perdiendo el tiempo o haciendo algo que fingía no ser perder el tiempo, o bien, a rachas tan severas como intensas, enfrascados en algún urgente e ineludible acto de reparación, análisis, proyección o disciplina naval, cuando alguien —a menudo Gedman, aunque cualquiera podía empezar una ronda— gritaba el nombre de la estrella de *Mexican Spitfire* y *Honolulu Lu*. Inmediatamente todo el mundo en la sala, de acuerdo con las reglas, tenía que gritar lo mismo. El individuo que el veredicto general de los jugadores decidiera que había sido el último en pronunciar las palabras críticas (a menos que estuviera en el turno de guardia) pasaba la noche (o lo que ellos llamaban noche: siempre era de noche) en Perrolandia. Si por culpa del deber, o gracias a la suerte, uno resultaba no estar en la sala en aquel momento, quedaba exento. El juego, salvo en caso de tedio extremo, solamente tenía una ronda diaria. Aquellas eran las reglas. Sus orígenes eran oscuros y su observancia apasionada. Pero por alguna razón, Joe no parecía entenderlas.

Entre los hombres había un gran número de teorías sobre aquello, o tal vez sería más preciso decir que había muchas teorías sobre Joe. Joe era el favorito de todos, incluso de quienes odiaban a todo el mundo, una categoría que empezó a abundar a medida que avanzaba el invierno. Sus juegos de manos y sus trucos de prestidigitación eran fuentes interminables de entretenimiento, sobre todo para los ocupantes menos avisados de la Estación Kelvinator. Era de fiar, experto, imaginativo y trabajador, pero su acento y su idioma extrañamente sesgado oscurecían los contornos de su competencia evidente, una competencia que, en el resto de hombres con talento de la Estación Kelvinator, podía adoptar una intensidad agresiva y antagonística. Además, se sabía, aunque Joe hablaba poco de ello, que su participación en la guerra obedecía a razones más personales que las de los demás. En muchos sentidos, era el enigma viviente de la estación. Los que lo conocían del periodo de instrucción en la Estación de Groenlandia difundieron el rumor de que nunca leía el correo, de que en el baúl al pie de su catre había un fajo de cartas sin abrir de diez centímetros de grosor. Para unos hombres adictos a la correspondencia, aquello convertía a Joe en un ser asombroso.

Algunos decían que el problema de Joe con el Lupe Vélez era su falta de dominio del inglés, aunque este argumento se podía rebatir fácilmente alegando que varios de los nativos de la estación todavía lo dominaban menos. Otros culpaban al aspecto fantasioso y distante de su personalidad, tan obvio para ellos como lo había sido para

los amigos de Joe en Nueva York, incluso en un sitio como aquel donde daba la impresión de que cualquier temperamento menos distante acabaría por hundirse en el ostracismo. Luego estaban quienes aseguraban que simplemente prefería la compañía de los perros. Había algo de verdad en todas aquellas explicaciones, aunque la única que admitía Joe era la última.

Le gustaban los perros en general, pero el único al que apreciaba de verdad era *Ostra*. *Ostra* era un animal mestizo de color gris pardusco con el pelaje tupido de un perro esquimal, unas orejas largas y caídas de manera poco distinguida y una expresión robusta y perpleja que sugería, según los perreros, una influencia reciente de San Bernardo en su genealogía. Los malos tratos con el látigo durante su juventud en Alaska lo habían dejado ciego del ojo izquierdo, legándole la perla blanquecina a la que debía su nombre. La primera vez que Joe había sido condenado a pasar la noche en Perrolandia por perder en el Lupe Vélez, había visto que *Ostra* parecía hacerle señales desde el fondo de su nicho al final del túnel resplandeciente, incorporándose y echando hacia atrás las orejas en gesto lastimero. Todos aquellos animales estaban desesperadamente necesitados de compañía humana (parecían detestarse entre ellos). Sin embargo, Joe decidió acostarse solo aquella noche en un trozo de suelo vacío frente a la puerta del almacén, lejos del gruñido y el rezongar continuo de los perros.

Luego, a mediados de marzo, un alijo de comida que habían olvidado meter en el almacén se perdió en la primera tormenta de nieve del invierno. Joe participó en su búsqueda. Se puso unos esquíes, por tercera vez en su vida, y pronto se separó del resto del grupo que buscaba la tonelada de comida perdida. De repente una ventisca se levantó y lo sumergió en una nube impenetrable de nieve. Ciego y desesperado, chocó con un cono de hielo y se hundió bajo el mismo en medio de un estrépito como de campanillas y vigas partidas. Y era *Ostra*, movido por un impulso ancestral de San Bernardo, el que lo encontró. Después de aquello, Joe y *Ostra* se convirtieron en compañeros semirregulares de lecho, de acuerdo con los caprichos del Lupe Vélez. Incluso cuando dormía en su litera, Joe visitaba a *Ostra* todos los días, le llevaba trozos de bacon y jamón y unos albaricoques secos que al perro le gustaban. Aparte de los dos perreros, Casper y Houk, que veían a los perros como un entrenador a su alineación, como Diaghilev a sus filas o como Satanás a sus demonios, Joe era el único habitante de la Estación Kelvinator que consideraba a los perros algo más que una fuente perpetua, ruidosa y pestilente de molestias.

Gracias solamente a que había perdido tan a menudo al Lupe Vélez y, en consecuencia, había dormido tantas veces con los perros, Joe pudo percibir, incluso en las profundidades de su sueño intoxicado, una alteración en el ritmo normal de la respiración de *Ostra*.

La alteración en cuestión, una interrupción del gruñido normal, grave y continuo

del perro, lo inquietó. Se agitó y se despertó lo bastante como para ser consciente de un zumbido extraño, leve y continuo, en el túnel de los perros. El zumbido estuvo sonando un rato en tono reconfortante, y aturdido como estaba, Joe estuvo a punto de hundirse de nuevo en un letargo que habría sido fatal. Se incorporó, lentamente, apoyándose en un brazo. No conseguía aclarar sus pensamientos, como si dentro de su cráneo flotara una cortina espesa de nieve. Tampoco podía ver muy bien, aunque parpadeó y se frotó los ojos. Al cabo de un momento se le ocurrió que el hecho de haberse incorporado de forma tan brusca tendría que haber despertado por lo menos a su compañero de lecho, a quien nunca le pasaban por alto los movimientos de Joe. Y en cambio *Ostra* seguía durmiendo, en silencio, con los costados entrecanos subiendo y bajando despacio y muy suavemente. Entonces fue cuando Joe se dio cuenta de que el ruido que llevaba quién sabe cuánto tiempo escuchando plácidamente desde su saco de dormir era el zumbido de las luces eléctricas que se desplegaban a intervalos a lo largo de los túneles. Durante sus noches en Perrolandia no había oído aquel ruido ni una sola vez, porque el lloriqueo y el tumulto habitual de los perros lo ahogaba. Pero ahora en Perrolandia reinaba el silencio total.

Extendió el brazo y le dio una palmada a *Ostra*, suavemente, en el pescuezo, luego le clavó un dedo en la carne blanda donde la pata delantera izquierda se le unía al cuerpo. El perro se agitó, y a Joe le pareció que dejaba escapar un gemido, pero no levantó la cabeza. Tenía los miembros flácidos. Sintiendo tremendamente débil, Joe salió a rastras del cajón y fue gateando por el túnel a ver cómo estaba *Forrestal*, el malamut de pura raza de Casper, que después de que *Stengel* se perdiera lo había sucedido como Rey de los Perros. Entonces comprendió por qué frotarse los ojos no servía de nada: el túnel estaba lleno de niebla, que venía flotando y serpenteando desde el Túnel Principal. *Forrestal* no reaccionó cuando Joe le dio una palmada ni cuando lo pinchó con el dedo ni tampoco cuando lo sacudió con fuerza. Joe pegó la oreja al pecho del animal. No le pudo encontrar el pulso.

Rápidamente, Joe desenganchó el collar de *Ostra* de la cadena cuyo extremo estaba sujeto al cajón de madera, cogió al perro en brazos y cargó con él por el túnel en dirección al Túnel Principal. Tenía ganas de vomitar, pero no sabía si era porque le pasaba algo malo, algo que lo iba a matar, o simplemente porque para llegar al final del túnel tenía que pasar junto a diecisiete perros muertos en sus nichos cavados en la nieve. No podía pensar con claridad.

El túnel de Perrolandia iba trazando ángulos rectos hasta el túnel central de la Estación Kelvinator, y directamente delante de su salida estaba la puerta del Waldorf. Los planes originales eran que Perrolandia estuviera a cierta distancia de las dependencias de los hombres, pero tampoco habían tenido tiempo para aquello y se habían visto obligados a aposentar los perros prácticamente frente a su puerta, en un túnel que originalmente había sido cavado para almacenar víveres. Se suponía que

aquella puerta debía estar cerrada para evitar que el precioso calor de la cocina se escapara de los dormitorios, pero a medida que se acercaba a ella, llevando en brazos casi cincuenta kilos de perro agonizante, Joe vio que estaba abierta unos centímetros, y que no se había terminado de cerrar por culpa de uno de sus calcetines, que se le debía de haber caído de camino a Perrolandia. Aquella noche había hecho un hato con su ropa en la litera, tal como reconstruiría más tarde, y el calcetín se le debía de haber quedado enganchado al petate. Del túnel del Waldorf salía una peste cálida y flatulenta a cerveza y ropa interior sucia que fundía el hielo y llenaba el túnel de una nube fantasmal de condensación. Joe abrió la puerta con el pie y entró en la sala. El aire parecía extrañamente recargado y no parecía en absoluto caldeado, y mientras estaba ahí, intentando escuchar el ronquido normalmente congestionado de los hombres, se mareó todavía más. El peso del perro en sus brazos se volvió insoportable. *Ostra* se le cayó de las manos y golpeó el suelo de tablones con un ruido sordo. El ruido produjo náuseas a Joe. Dio un traspies a la izquierda, virando bruscamente para no tocar ninguna de las literas por entre las que estaba caminando ni a los hombres que dormían en ellas, hacia el interruptor de la luz. Nadie protestó ni se movió al encenderse la luz.

Houk estaba muerto. Mitchell estaba muerto. Gedman estaba muerto. Aquello fue lo que pudo ver antes de que una idea repentina y desesperada lo impulsara a través de la trampilla del techo del Waldorf y al exterior helado. Sin abrigo, con la cabeza al descubierto y en calcetines, salió a trompicones a la superficie atravesando la capa de nieve. El frío le mordió el pecho como un cepo de alambre. Le cayó encima como una caja fuerte. Se le tiró ansioso a los pies desnudos y le lamió las rótulas. Su respiración crujió como tafetán a medida que el aire que expulsaba se congelaba a su alrededor. Su sangre se llenó de oxígeno, despertando sus nervios oculares, y el cielo oscuro y plomizo encima de su cabeza pareció cubrirse de repente de estrellas. Alcanzó un instante de equilibrio corporal, durante el cual el éxtasis de haber logrado finalmente respirar y ser azotado por el viento compensó perfectamente la agonía de su nueva situación. Luego lo acometió el temblor, una única convulsión atroz que le sacudió todo el cuerpo, soltó un chillido y cayó de rodillas en el hielo.

Justo antes de caer hacia delante, tuvo una visión extraña. Vio a su viejo profesor de magia, Bernard Kornblum, acercándose a él a través de la oscuridad azul, con la barba atada en una redcilla, llevando el brasero de campaña encendido que Joe y Thomas habían cogido prestado de un amigo que hacía montañismo. Kornblum se arrodilló, dio la vuelta a Joe hasta ponerlo boca arriba y lo miró, con su expresión crítica y burlona. —Escapismo —dijo con su sorna habitual.

DOS

A Joe lo despertó en el hangar el olor a puro encendido. Abrió los ojos y vio el ala llena de parches del Condor.

—Has tenido suerte —dijo Shannenhuse. Cerró el encendedor y soltó el humo. Estaba sentado en una silla plegable de lona junto a Joe, con las piernas abiertas en la mejor tradición de los cowboys. Shannenhuse era de un pueblo rural de California llamado Tustin y cultivaba hábitos de cowboy que no terminaban de casar con su cuerpo menudo y su cara de profesor. Tenía el pelo ralo y rubio, gafas sin montura y unas manos que, aunque callosas y llenas de cicatrices, seguían resultando delicadas. Intentaba ser taciturno pero era proclive a dar sermones. Intentaba ser severo y no tener amigos pero era un entrometido recalcitrante. Era el patriarca de la Estación Kelvinator, un as de la Primera Guerra con ocho derribos que había pasado la década de 1920 volando por las Sierras y los montes de Alaska. Se había alistado después de Pearl Harbor y estaba tan decepcionado como todos de que lo hubieran enviado a Kelvinator. No había confiado realmente en volver a combatir, pero llevaba toda la vida haciendo un trabajo interesante y esperaba continuar así. Desde su llegada a Kelvinator —el nombre oficial y clasificado del lugar era Estación Naval SD-A2(R) — había hecho tan mal tiempo que solamente había despegado dos veces, la primera una misión de reconocimiento que fue abortada al cabo de veinte minutos al aproximarse una tormenta de nieve, y la segunda una excursión no autorizada y fallida para intentar encontrar la base de la primera expedición de Byrd, o de la última expedición de Scott, o de la primera expedición de Amundsen, o el lugar donde había sucedido algo en aquel yermo para el que parecía haberse acuñado la expresión «olvidado de Dios». Nominalmente era teniente, pero en la Estación Kelvinator nadie respetaba ceremonias ni rangos. Todos obedecían los dictados de la supervivencia, y no hacía falta más disciplina que aquella. Joe era radiotelegrafista de segunda clase, pero nadie le llamaba otra cosa que Chispas, Marconi o, más a menudo, Tontín.

A Joe le resultó agradable el humo del puro. Tenía un olor nada antártico a otoño, fuego y tierra. En su mente acechaba algo que el olor del puro encendido parecía mantener lejos. Buscó la mano de Shannenhuse y levantó una ceja. Shannenhuse le pasó el puro y Joe se incorporó para ponérselo en la boca. Entonces vio que estaba metido en un saco de dormir en el suelo del hangar, con la parte superior del cuerpo envuelta en un montón de mantas. Se apoyó en un codo y dio una calada larga, llenándose los pulmones del humo fuerte y oscuro. Aquello fue un error. Su ataque de tos fue largo y convulsivo, y el dolor en la cabeza y el pecho le recordó de pronto a los hombres y los perros muertos en los túneles con los pulmones llenos de algún agente o germen. Se acostó de nuevo con la frente perlada de sudor.

—Oh, mierda —dijo.

—Y que lo digas —dijo Shannenhause.

—Johnny, no puedes bajar allí dentro, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

—A buenas horas me lo dices.

Joe intentó incorporarse y llenó las mantas de ceniza.

—¿No habrás bajado?

—No estabas consciente para avisarme, ¿recuerdas? —Shannenhause reclamó su puro a modo de reproche y empujó a Joe para que volviera a echarse en el suelo. Negó con la cabeza, intentando borrar un recuerdo persistente—. Dios. — Normalmente su voz era ondulante y tenía un brío académico, pero ahora era monótona como la de un cowboy, monótona y reseca como Joe se imaginaba que debía de ser Tustin, Texas—. Es lo peor que he visto en mi vida.

Shannenhause había pasado buena parte de los últimos meses contando los horrores que había conocido: historias llenas de hombres ardiendo, fuentes arteriales de sangre manando de los hombros sin brazo de compañeros que habían obstruido accidentalmente el avance de una hélice, cazadores medio devorados por los osos que arrastraban sus muñones hasta el campamento por la mañana.

—Oh, mierda —dijo otra vez Joe.

Shannenhause asintió.

—Lo peor que he visto en mi vida.

—Johnny, te ruego que no vuelvas a decir eso.

—Lo siento, Joe.

—¿Dónde estabas tú, por cierto? ¿Por qué no...?

—Estaba aquí. —El hangar, aunque enterrado en la nieve de la Tierra Marie Byrd igual que el resto de edificios de la Estación Kelvinator, no estaba comunicado con el resto mediante túneles, también debido a que aquel año el mal tiempo había llegado tan deprisa y con tanta brutalidad—. Me tocaba guardia y vine aquí para echarle un vistazo. —Señaló con el pulgar al Condor vetusto—. No sé qué pensaba Kelly que estaba haciendo, pero la radio...

—Tenemos que ponernos en contacto con Guantánamo. Tenemos que avisarles.

—Ya he intentando ponerme en contacto —dijo Shannenhause—. La radio no funciona. No he podido avisar a nadie.

Joe sintió que el pánico lo acometía igual que el día en que se había caído bajo el cono de hielo, en medio de un estrépito de esquíes y fijaciones, sin aire en los pulmones, con la boca llena de nieve y una hoja de hielo punzante en el sitio donde debería tener el corazón.

—¿Que no funciona la radio? Johnny, ¿por qué no funciona la radio? —En pleno ataque de pánico, le pasó por la cabeza la idea melodramática, digna de uno de los argumentos de Sammy, de que Shannenhause era un espía alemán y había matado a

todo el mundo—. ¿Qué está pasando?

—Relájate, tontín, ¿de acuerdo? Que no se te vaya la cabeza —le devolvió el puro a Joe.

—Johnny —dijo Joe, tan tranquilamente como pudo y soltando el humo—. Creo que ya se me está yendo la cabeza.

—Escucha, la gente está muerta y la radio no funciona, pero no hay relación entre las dos cosas. No tienen nada que ver, es una de esas casualidades de la vida. No ha sido ninguna superarma nazi. Por Dios, ha sido la puta estufa.

—¿La estufa?

—El monóxido de carbono de Wayne. —El Waldorf Antártico se calentaba con una estufa de gasolina, afectuosamente apodada Wayne debido a la inscripción FUNDICIÓN FORT WAYNE INDIANA USA que tenía a un lado. La locura de poner apodos que asaltaba a los hombres cuando llegaban a aquella extensión vacía sin nombres alcanzaba hasta el último rincón de sus vidas. Le ponían nombre a las radios, a las letrinas, le ponían nombre incluso a sus resacas y a los cortes que se hacían en los dedos—. He subido y he comprobado los ventiladores del techo. Estaban obturados por la nieve. Lo mismo en Perrolandia. Ya le dije al capitán que estaban muy mal montados. O tal vez no. Se me ocurrió cuando los estábamos instalando.

—Han muerto todos —dijo Joe, terminando la frase con una entonación ascendente de duda apenas perceptible.

Shannenhause asintió.

—Todos menos tú y tu novio, supongo que porque estabais acostados en el extremo del túnel más alejado de la puerta. Y por lo que respecta a la radio, ni puta idea. Magnetismo. Manchas solares. Ya volverá a funcionar.

—¿Qué quieres decir con mi novio?

—El chucho. Mejillón.

—¿Ostra?

Shannenhause asintió de nuevo.

—Se encuentra bien. Lo he atado para que pase la noche en el Mess Hall.

—¿Qué? —Joe intentó ponerse de pie, pero Shannenhause extendió el brazo y lo volvió a acostar, con brusquedad.

—Acuéstate, tontín. He apagado la puta estufa y he limpiado los ventiladores. A tu perro no le pasará nada.

Así que Joe se acostó y Shannenhause se apoyó en la pared del hangar y miró su aeronave. Se pasaron el puro entre ellos. Pronto llegaría el momento de discutir las posibilidades que tenían y su plan para sobrevivir hasta que alguien pudiera rescatarlos. Tenían comida para que una docena de hombres aguantaran dos años y combustible de sobra para los generadores. El Salón Detrito podía servirles para

dormir lejos del espectáculo de los cadáveres congelados. En comparación con los primeros héroes del continente, que se morían de hambre en sus tiendas de piel de caribú, royendo un pedazo de foca helado, estaban rodeados de lujos. Incluso si la marina no podía enviarles un barco o un avión hasta la primavera, tenían todo lo que les hacía falta y más para sobrevivir. Pero de alguna forma la idea de que la muerte se hubiera infiltrado debajo de tanta nieve y tanto hielo hasta llegar a sus túneles y sus confortables habitaciones y en una sola noche —en una hora— hubiera matado a todos sus compañeros y a todos los perros salvo uno, hacía que su supervivencia, a pesar de su abundancia de provisiones y material, no pareciera en absoluto garantizada.

Algunas noches, mientras regresaban corriendo de la torre de comunicaciones o del hangar a la trampilla que llevaba a la seguridad y el calor, los dos hombres habían sentido un movimiento en las inmediaciones de la estación, una presencia, algo que pugnaba por surgir del viento, de la oscuridad, de las torres acechantes y los dientes protuberantes del hielo. Aquello les erizaba el pelo de la nuca y echaban a correr, a pesar de sí mismos, con una punzada de pánico en las costillas, tan convencidos de que algo muy malo los perseguía como niños subiendo las escaleras del sótano. La Antártida era hermosa: incluso Joe, que la detestaba con toda su alma por considerarla el símbolo, la encarnación y el corazón vacío y absurdo de su impotencia en aquella guerra, había sentido la fascinación y la grandeza del Polo. Pero a cada momento intentaba matarlos. No podían bajar la guardia ni un instante, lo sabían desde el principio. Ahora a Joe y al piloto les parecía que la perversidad de aquel lugar, las ondas resplandecientes de polvo que se acumulaban en los rincones, encontrarían la forma de acabar con ellos, no importaba lo calientes que estuvieran sus literas o lo llenas que tuvieran las barrigas, no importaba cuántas capas de lana, cuero y piel intentaran impedirlo. La supervivencia, en aquel momento, parecía fuera del alcance y la acción de sus planes.

—No me gusta tener a los perros aquí, rondando mi avión —dijo Shannenhouse, estudiando las riostras del ala izquierda del Condor con gesto de aprobación—. Ya lo sabes.

TRES

El invierno los volvió locos. Volvía loco a cualquier hombre que lo pasara, solamente era cuestión de grado. El sol desaparecía y no se podía salir de los túneles, y todo lo que uno anhelaba y todos sus seres queridos estaban a diez mil millas de distancia. En el mejor de los casos, los hombres sufrían extraños lapsus de juicio y percepción, se encontraban a sí mismos frente al espejo a punto de peinarse con un portaminas, metiendo las piernas en la camiseta o hirviendo un cazo de zumo de naranja concentrado para hacerse el té. La mayoría de hombres experimentaban un destello repentino de recuperación al divisar la primera luz del sol en el horizonte a mediados de septiembre. Sin embargo, se contaban historias, tal vez apócrifas pero en absoluto inverosímiles, de miembros de expediciones anteriores que se habían hundido tan profundamente en la deriva de su melancolía que se habían perdido para siempre. Y entre las familias y las esposas de los hombres que regresaban de un invierno en el Polo, pocos podían decir que lo que regresaba era idéntico a lo que había partido de casa.

En el caso de John Wesley Shannenhause, la locura invernal era una simple modulación, un agravamiento de su ya larga relación con su Curtiss-Wright AT-32. El avión Condor tenía diez años y había sido muy usado por el ejército antes de encontrar su alojamiento presente. Había entrado en acción y había abierto fuego contra barcos pirata a vapor en el Yang-Tse a mediados de los años 30. Había hecho miles de misiones de cargamento en Honduras, Cuba, México y Hawai, y con el tiempo se había reemplazado una parte tan grande del avión y de sus motores, siguiendo los dictados de la conveniencia local, la carestía de piezas y el ingenio y la negligencia de los mecánicos, desde los pernos más pequeños y los cierres de alambre hasta uno de los enormes motores Wright Cyclone y secciones enteras del fuselaje y las alas, que aquel invierno Shannenhause no dejaba de hacerse la pregunta metafísica de si se podía decir que era el mismo avión que había salido de la planta de Glenn Curtiss en San Diego en 1934.

A medida que avanzaba el invierno, la cuestión lo atormentaba tanto —Joe estaba ciertamente harto de ella, y de Shannenhause y de sus puros apestosos— que decidió que la única forma de salir de dudas era reemplazar todas las partes reemplazables y de ese modo convertirse en avalista de la identidad del Condor. La marina había suministrado a Kelly y Bloch, los mecánicos muertos, un cargamento de piezas de recambio y un taller equipado con un torno para fabricar herramientas, una fresadora, una prensa taladradora, un soldador de oxiacetileno, una herrería en miniatura y ocho clases distintas de sierra eléctrica, desde una plantilla de guía hasta una de carpintero de obra. Shannenhause descubrió que simplemente a fuerza de beber entre sesenta y cinco y ochenta tazas de café al día (con todo el mundo muerto, estaba claro que no

hacía falta escatimar) podía reducir su necesidad de sueño a la mitad de sus siete horas habituales, por lo menos. Cuando dormía, era en el Condor, envuelto en varios sacos de dormir (en el hangar hacía mucho frío). Trasladó una docena de cajones de comida enlatada y empezó a cocinar allí también, encogido sobre una cocinilla Primus como si estuviera acurrucado en medio del hielo.

Primero reconstruyó los motores, construyendo piezas nuevas siempre que encontraba las originales gastadas o consideraba que las de recambio eran malas o procedían de un modelo distinto. Luego trabajaba en el armazón del avión, fresaba riostras y cuadernas nuevas y reemplazaba hasta el último tornillo y arandela. Cuando Joe perdió finalmente la pista de los trabajos de Shannenhause, el piloto se había embarcado en la larga y difícil tarea de reparar el aislante del fuselaje, parcheando el revestimiento de lona del avión con un compuesto burbujeante y asquerosamente dulzón que preparaba en el mismo fogón donde se hacía la comida. Era un trabajo duro para un solo hombre, pero cuando Joe le ofreció su ayuda sin demasiada convicción rechazó la oferta como si le estuviera proponiendo intercambiar esposas.

—Búscate un avión para ti —le dijo. La barba le salía en punta de la barbilla, encrespada, de color anaranjado y casi tres centímetros de longitud. Tenía los ojos enrojecidos y brillantes por culpa del aislante, estaba envuelto en una piel rojiza de reno arrancada de su saco de dormir y apestaba más que ningún ser humano que Joe hubiera oído (aunque la cosa todavía empeoraría), como si se hubiera sumergido en una mezcla atroz de camembert y gasolina rancia cocida en una escupidera llena de saliva. Subrayó aquella afirmación arrojando una llave inglesa que no le dio en la cabeza a Joe por cinco centímetros e hizo una mella profunda en la pared a su espalda. Joe volvió a subir a toda prisa por la trampilla y salió a la superficie. No volvió a ver a Shannenhause en tres semanas.

Tenía su propia locura de que ocuparse.

El servicio de radio en la Estación Naval SD-A2(R) había sido restaurado setenta y dos horas después del desastre del Waldorf. En todo ese tiempo Joe no había dormido: había estado intentando establecer contacto cada diez minutos y finalmente había logrado comunicarse con el Mando de la misión en la bahía de Guantánamo a las 7.00 h de Greenwich e informarlos, transmitiendo en código, a una lentitud atroz ahora que Gedman no estaba para ayudarlo, de que el 10 de abril todos los hombres de Kelvinator salvo Kavalier y Shannenhause, así como todos los perros menos uno, habían resultado envenenados por monóxido de carbono debido a la mala ventilación de la base. La respuesta del mando fue escueta pero reflejaba cierto grado de asombro y perplejidad. Se emitieron y revocaron varias órdenes contradictorias y nada prácticas. Al Mando le costó más que a Joe y Shannenhause darse cuenta de que no se podía hacer nada hasta septiembre en el mejor de los casos. Los hombres muertos y los perros permanecerían intactos hasta entonces: la putrefacción era un fenómeno

desconocido allí. La bahía de las Ballenas estaba completamente congelada e impracticable y lo seguiría estando como mínimo durante otros tres meses. En cualquier caso, el Paso de Drake estaba infestado de submarinos, tal como confirmaba la monitorización que hacía Joe de las ráfagas de transmisiones de la Comandancia en Jefe de los Submarinos. No había esperanza de ser rescatados por un ballenero de paso sin ayuda de escolta militar —para entonces los balleneros y los cazasubmarinos habían abandonado en su mayor parte el territorio— y aun en ese caso, no sería hasta que la barrera de hielo empezara a calentarse y romperse. Por fin, cinco días después del primer mensaje de Joe, el Mando les ordenó de forma bastante innecesaria que se sentaran tranquilos y esperaran a la primavera. Mientras tanto, Joe, tenía que mantenerse en contacto regular por radio y continuar en la medida de lo posible la misión principal (aparte de la misión más elemental de mantener una presencia americana en el Polo) de la Estación Kelvinator: vigilar las ondas en busca de transmisiones de submarinos, remitir todas las comunicaciones interceptadas al Mando, que a su vez se las enviaba a los criptoanalistas de Washington, con sus claqueantes pistones electrónicos, así como alertar al Mando de cualquier movimiento alemán en dirección al continente.

Fue en cumplimiento de aquella misión que la cordura de Joe entró en su periodo de hibernación. Se volvió tan inseparable de la radio como Shannenhouse de su Condor. Y, al igual que Shannenhouse, no pudo reunir el coraje para residir en las habitaciones que antes habían compartido con otros veinte hombres vivos y saludables. Lo que hizo Joe fue transformar la sala de radio en su morada principal, y aunque continuaba haciéndose la comida en el Salón Detrito, se la llevaba por los túneles a la sala de radio para comérsela. Sus observaciones de las direcciones del enemigo, así como sus intercepciones de las transmisiones esporádicas de los dos submarinos alemanes por entonces activos en la zona, eran extensas y precisas, y al cabo de poco, con algunas instrucciones del Mando, aprendió a manejar el extravagante y esmerado código de transmisiones de la marina igual de bien que Gedman.

Pero Joe no solamente escuchaba canales militares y de marina mercante. Con su poderoso aparato multibanda Marconi CSR 9 sintonizaba absolutamente cualquier cosa que las tres antenas de treinta metros pudieran captar del cielo a cualquier hora del día: AM, FM, onda corta y las frecuencias de aficionados. Era una especie de pesca en el éter, como tirar una caña, ver qué podía atrapar y durante cuánto tiempo podía tenerlo sujeto: una orquesta de tango en directo desde las orillas del Plata, solemnes exégesis bíblicas en afrikaans, una manga y media de un partido entre los Red Sox y los White Sox, un culebrón brasileño, dos aficionados solitarios en Nebraska y Surinam charlando sobre sus perros. Pasaba horas escuchando las llamadas de alarma en morse de los pescadores atrapados en medio de galernas y de

los marinos mercantes acosados por fragatas, y una vez captó incluso el final de una emisión de *Las asombrosas aventuras del Escapista*. Así descubrió que Tracy Bacon ya no interpretaba al protagonista. La mayor parte del tiempo, sin embargo, oía noticias de la guerra. Dependiendo de la hora, la inclinación del planeta, el ángulo del sol, los rayos cósmicos, las auroras australes y la Capa de Heavyside, era capaz de captar entre dieciocho y treinta y seis transmisiones nuevas todos los días, procedentes de todo el planeta, aunque naturalmente, como la mayoría del mundo, prefería las de la BBC. La invasión de Europa estaba en pleno clímax, y como otros muchos, Joe seguía su avance intermitente pero continuo con la ayuda de un mapa que había pegado a la pared acolchada de la sala y que iba llenando de tachuelas de distintos colores para la victoria y el retroceso. Escuchaba a H. V. Kaltenborn, a Walter Winchell, a Edward R. Murrow y, casi con la misma devoción, a sus sombras paródicas, las insinuaciones maliciosas de Lord Ja Ja, Patrick Kelly del Shanghai Japonés, el Sr. OK, el Sr. Adivina Quién Soy, y a las insinuaciones roncadas del Mosquito al Micro, con quien a menudo pensaba en follar. Se sentaba, sumergido en el burbujeo acuoso de sus auriculares, durante doce o quince horas seguidas, y solamente se levantaba de la consola para usar la letrina, comer y dar de comer a *Ostra*.

Puede parecer que la posibilidad de escuchar cosas tan alejadas de los confines de su profunda tumba polar, con la única compañía de un perro tuerto, treinta y siete cadáveres entre humanos y animales y un hombre obsesionado por una idea fija, podía haberle servido a Joe como medio de salvación, conectarlo pese a su aislamiento y su soledad al mundo entero. Pero la realidad era que, a medida que día tras día se quitaba los auriculares y se echaba en el suelo de la sala junto a *Ostra*, agarrotado y con la cabeza todavía zumbándole, el efecto acumulativo únicamente acababa subrayando en tono burlón la única conexión que no podía llevar a cabo. Igual que en sus primeros meses en Nueva York ninguno de los once periódicos que compraba cada día hacía mención alguna, en ninguno de los tres idiomas, al bienestar o la desposesión de la familia Kavalier de Praga, ahora tampoco había nada en la radio que le diera ningún indicio de cómo podían irles las cosas. No era solamente que nunca se los mencionara personalmente —incluso en lo peor de su desesperación nunca consideró en serio aquella posibilidad— sino que nunca parecía decirse nada acerca del destino de los judíos de Checoslovaquia.

De vez en cuando había avisos e informes de gente que había escapado de campos en Alemania, de masacres en Polonia, de redadas, deportaciones y juicios. Pero desde su perspectiva, que él sabía remota y limitada, parecía que los judíos de su país, sus judíos, su familia, se hubieran caído sin ser vistos por algún pliegue del mapa lleno de tachuelas de Europa. Y a medida que el invierno avanzaba y la oscuridad lo iba rodeando, Joe empezó a rumiar cada vez más, y la corrosión que ya

llevaba tiempo operando en sus circuitos internos debido a su incapacidad para hacer nada que ayudara a su madre y su abuelo o para contactar con ellos, junto con la decepción y la rabia que llevaba tanto tiempo acumulando por el hecho de que la armada lo hubiera mandado al puto Polo Sur cuando lo único que él quería era tirar bombas sobre los alemanes y víveres sobre los partisanos checos, empezaron a fundirse en una verdadera desesperación.

Luego, una «noche» hacia finales de junio, Joe sintonizó una emisión de onda corta del Reichsrundfunk dirigida a Rhodesia, Uganda y el resto del África británica. Era un documental en inglés que explicaba en tono jovial la creación y el desarrollo de un lugar maravilloso en el Protectorado Checo, una «reserva», tal como la llamaba el locutor, especialmente diseñada para los judíos de aquella parte del Reich. Se llamaba el Gueto Modelo Theresienstadt. Joe había pasado una vez por la ciudad de Terezin, en una excursión con su grupo de deporte de la escuela Makabbi. Por lo visto, aquella ciudad había dejado de ser un aburrido páramo bohemio para convertirse en un lugar feliz, bullicioso e incluso cultivado, lleno de jardines de rosas, escuelas de formación profesional y una orquesta sinfónica entera compuesta por lo que el narrador, que parecía Emil Jannings intentando imitar a Will Rogers, llamaba «los internos». Había una descripción de una típica velada musical en la reserva, en medio de la cual, para horror y deleite de Joe, sonó la rica e incorpórea voz de tenor de su abuelo materno, Franz Schonfeld. No se mencionaba su nombre, pero era imposible confundir el leve trasfondo de whisky, ni tampoco la pieza elegida, *Der Erlkönig*.

Joe intentó comprender lo que estaba oyendo. El tono falso del programa, el fuerte acento del narrador, los eufemismos obvios, la verdad sin reconocer que subyacía a todo aquel parloteo sobre rosas y violines —que toda aquella gente habían sido sacados a la fuerza de sus hogares y metidos en aquel lugar, contra su voluntad, porque eran judíos—, todo aquello lo llenó de temor. El placer espontáneo e irreflexivo que lo había acometido al oír la dulce voz de su abuelo por primera vez en cinco años retrocedió rápidamente ante la inquietud creciente que le inspiraba la idea del anciano cantando a Schubert en una ciudad penal para un público compuesto de prisioneros. El programa no daba ninguna fecha, y a medida que la velada fue avanzando y Joe reflexionaba, se fue convenciendo cada vez más de que tanta jovialidad de cartón y tanta formación profesional enmascaraban alguna realidad temible, la casa de una bruja hecha de caramelo y pan de jengibre destinada a atraer a los niños y engordarlos para luego servirlos a la mesa.

La noche siguiente, echó su caña en las frecuencias en torno a los quince megahercios con la esperanza extremadamente remota de encontrar una secuela del programa de la noche anterior y se topó con una transmisión en alemán, tan fuerte y clara que inmediatamente sospechó que tenía un origen local. Estaba embutida

precariamente entre el potente servicio asiático de la BBC y las igualmente potentes noticias para el Hemisferio Sur de la Fuerza Aérea Americana, y si no hubiera estado buscando desesperadamente noticias de su familia, estaba claro que nunca la habría encontrado. Era una voz de hombre, suave, aguda, educada, con un rastro de acento suabo y una nota clara de irritación apenas suprimida. Las condiciones eran terribles. Los instrumentos habían dejado de funcionar o eran poco fiables. Los cuarteles eran intolerablemente pequeños. La moral era baja. Joe echó mano del lápiz y empezó a transcribir la filípica del hombre. No se imaginaba qué impulsaba al tipo a dar a conocer su presencia de forma tan abierta. Luego, de pronto, con un suspiro y un «Heil Hitler» fatigado, el hombre cortó la transmisión, dejando una burbuja de ondas vacías y una sola e inevitable conclusión: había alemanes en el Polo.

Aquel era un temor que los aliados habían tenido desde la expedición Ritscher de 1938-1939, cuando aquel científico alemán extremadamente concienzudo, flamantemente provisto de órdenes personales de Hermann Göring, había llegado a la costa de la Tierra de la Reina Maud en un portaaviones y había enviado dos excelentes hidroaviones Dornier Wal una y otra vez al interior inexplorado de la concesión noruega. Allí, valiéndose de cámaras aéreas, habían dibujado el mapa de más de trescientas cincuenta mil millas cuadradas de territorio (introduciendo el arte de la fotogrametría en la Antártida) y luego lo habían acribillado todo con cinco mil estacas de acero gigantes, especialmente diseñadas para la expedición, cada una de ellas rematada por una elegante esvástica. De esa forma la tierra quedó delimitada, fue reclamada por Alemania y rebautizada como Nueva Suabia. Los problemas iniciales con los noruegos por culpa de aquella reclamación quedaron limpiamente dirimidos por la invasión de dicho país en 1940.

Joe se puso las botas y la parka y fue a contarle su descubrimiento a Shannhouse. La noche era benigna y sin viento. El termómetro marcaba -15 °C. Las estrellas formaban sus complicadas asociaciones y había un anillo chillón de viridiana en torno a la luna baja. Una luz de luna acuosa y tenue se derramaba sobre la Barrera de Hielo, por lo visto sin iluminar ninguna parte de la misma. Aparte de las torres de radio y de las chimeneas que sobresalían de la nieve como aletas de ballenas asesinas, no había nada que ver en ninguna dirección. Las montañas lobunas, las crestas de presión protuberantes como montones de huesos gigantes, la enorme ciudad de carpas formada por los conos de hielo puntiagudos que se levantaban al este... No podía ver nada de todo aquello. La base alemana podría estar a menos de diez millas al nivel del hielo, iluminada como una feria, y seguir siendo invisible. Cuando estaba a medio camino del hangar, se detuvo. La interrupción de sus pasos crujientes pareció eliminar el último ruido del mundo. El silencio era tan absoluto que los procesos internos de su cráneo se volvieron primero audibles y luego ensordecedores. Seguramente un francotirador alemán escondido podría eliminarlo,

incluso en medio de aquella oscuridad impenetrable, simplemente escuchando el estruendo de sumidero de las venas de sus oídos y el bombeo hidráulico de sus glándulas salivales. Corrió hacia la trampilla del hangar, crujiendo y tambaleándose. A medida que se acercaba, una brisa se despertó y le llevó un olor acre a sangre y pelo quemado lo bastante potente como para hacerle sentir náuseas. Shannenhause había pegado fuego a la Pista de Sebo.

—Largo de aquí —dijo Shannenhause—. Piérdete. Largo. Vete a follarte a tu perro, judío hijo de puta.

Joe se quedó en mitad de la escalera, no lo bastante abajo como para ver el hangar. Cada vez que intentaba seguir bajando, Shannenhause le tiraba algo a las piernas, un cigüeñal o una pila seca.

—¿Qué estás haciendo? —le gritó Joe—. ¿Qué es ese olor?

El olor corporal de Shannenhause había empeorado durante las semanas que Joe llevaba sin verlo, separándose de los confines de su cuerpo y absorbiendo matices nuevos de las judías quemadas, el cable chamuscado, el aislante de avión y, ahogando prácticamente a todos los demás, de piel de foca recién curtida.

—Toda la lona que me quedaba estaba estropeada —dijo Shannenhause en tono defensivo y un poco triste—. Se debió de mojar en el viaje hasta aquí.

—¿Estás recubriendo el avión de piel de foca?

—Un avión es una foca, capullo. Una foca que nada por el aire.

—Sí, muy bien —dijo Joe. Es un fenómeno bien conocido que los Napoleones de todos los manicomios del mundo tienen poca paciencia para los Austerlitz y los Marengo ajenos—. Solamente he venido a decirte una cosa. Los boches están aquí. En el Polo. Los acabo de oír por la radio.

Hubo una pausa larga y expresiva, aunque Joe no acababa de estar seguro de qué emoción expresaba.

—¿Dónde? —dijo por fin Shannenhause.

—No estoy seguro. He oído algo sobre el meridiano trece, pero... No estoy seguro.

—Por aquella zona. Donde ya habían estado.

Joe asintió con la cabeza, aunque Shannenhause no podía verlo.

—¿A cuánto está eso? Unas mil millas, ¿no?

—Por lo menos.

—Pues que los follen. ¿Has avisado al Mando?

—No, Johnny. Todavía no.

—Pues avísalos, joder. ¿Qué coño te pasa?

Tenía razón. Joe tenía que haber contactado con el Mando nada más terminar de transcribir la transmisión interceptada. En el mismo momento de conocer la naturaleza y la fuente de la transmisión, el hecho de no hacerlo no solamente

constituía una ruptura del procedimiento y la violación de una orden —preservar al continente de irrupciones nazis— procedente del presidente en persona, sino que también los ponía a él y a Shannenhause en un peligro potencial. Si Joe conocía la presencia de ellos, eso quería decir que ellos estaban al corriente de la suya. Y sin embargo, igual que no había delatado a Carl Ebling después de la primera amenaza de bomba a Empire Comics, algún impulso le impedía ahora abrir el canal con Cuba y transmitir el informe que el deber le obligaba a enviar.

—No lo sé —dijo Joe—. No sé qué coño me está pasando. Lo siento.

—Bien. Ahora lárgate.

Joe volvió a subir la escalerilla y salió a la noche azul como el mercurio. Mientras emprendía su camino hacia el norte, de vuelta hacia la trampilla de la sala de radio, algo parpadeó en medio de la nada, de forma tan vacilante que al principio pensó que se trataba de un fenómeno óptico semejante al efecto del silencio en sus oídos, algún fenómeno bioeléctrico que tenía lugar dentro de sus ojos. No, allí estaba: el horizonte, una línea oscura, ribeteada por una cinta casi imaginaria de color dorado. Era tan débil como el brillo de una idea que empezara a formarse en aquel momento en la mente de Joe.

—La primavera —dijo Joe. El aire frío arrugó la palabra como si fuera papel de envolver pescado.

Cuando volvió a la sala de radio, hurgó hasta encontrar una radio portátil de onda corta estropeada que el Radiotelegrafista de Primera Clase Burnside había tenido intención de reparar, la enchufó al soldador, y al cabo de unas horas consiguió tener preparado un receptor que pudiera dedicar exclusivamente a monitorizar las transmisiones de la estación alemana, que, por lo visto, estaba bajo el mando directo de la oficina de Göring, y que se refería a sí misma como Jotunheim. El hombre que llevaba a cabo las transmisiones las camuflaba con mucho cuidado, y después de aquella pataleta que Joe había encontrado por casualidad, se limitaba a llevar a cabo relatos más escuetos y factuales, aunque no menos ansiosos, del clima y las condiciones atmosféricas. A pesar de ello, con paciencia, Joe fue capaz de localizar y transcribir lo que él calculaba era el 65% de la comunicación entre Jotunheim y Berlín. Acumuló la información suficiente como para confirmar la ubicación del enemigo en el meridiano trece, en la costa de la Tierra de la Reina Maud, y para llegar a la conclusión de que el grueso de la misión alemana, por lo menos hasta el momento, tenía un carácter puramente observatorio y científico. En el curso de dos semanas de espionaje cuidadoso, fue capaz de llegar a una serie de conclusiones firmes y a escuchar el desarrollo de un verdadero drama.

El autor de aquellas suculentas transmisiones era geólogo. Le interesaban cuestiones como la formación de las nubes y las corrientes eólicas, y puede que también fuera meteorólogo, pero principalmente era geólogo. No paraba de incordiar

a Berlín con detalles de sus planes para la primavera, con los esquistos y vetas de carbón que iba a desenterrar. En Jotunheim solamente tenía dos compañeros. El nombre en clave de uno era Bouvard y el del otro Pécuchet. Habían iniciado su estancia en el Polo casi al mismo tiempo que sus antagonistas americanos, de cuya existencia tenían conocimiento, aunque no parecían tener idea de la catástrofe que había azotado a la Estación Kelvinator. Su número también se había reducido, pero solamente en uno, un radiotelegrafista y operador de Enigma que había sufrido un colapso nervioso y se había marchado con los militares al acercarse el invierno. A pesar del riesgo de ser interceptados por no codificar las transmisiones, el Ministerio no había visto razón para obligar a los soldados a pasar el invierno allí cuando no había ni oportunidad ni necesidad de luchar contra nadie. El grupo de militares tenía que regresar el 18 de septiembre, o tan pronto como pudieran atravesar el hielo.

El undécimo día después de que Joe descubriera la estación de Jotunheim, por razones que el geólogo, enfrentado a una intensa presión y a amenazas del Ministerio, se negó a detallar más que como «indecorosas», «inapropiadas» y «de una naturaleza íntima», Pécuchet disparó a Bouvard y luego giró su arma fatalmente sobre sí mismo. El mensaje anunciando la muerte de Bouvard tres días más tarde estaba lleno de fantasías de fatalidad inminente que Joe reconoció con un escalofrío. El geólogo también había notado aquella presencia acechante de un velo de polvo resplandeciente en los confines de su campamento que parecía esperar el momento oportuno.

Todo esto lo fue descubriendo Joe en secreto durante dos semanas y se lo guardó para sí mismo. Cada vez que sintonizaba con lo que ahora llamaba Radio Jotunheim se decía a sí mismo que escucharía un poco más, que acumularía un poco más de información y entonces le pasaría todo lo que tenía al Mando. Aquello era lo que hacían los espías, ¿no? Era mejor averiguarlo todo y luego arriesgarse a transmitirlo que delatar al geólogo y sus amigos antes de conocer los detalles. El espantoso asesinato-suicidio, que abría nuevos caminos para la muerte en aquel continente, parecía poner punto y final a las cosas, sin embargo, de forma que Joe escribió a máquina un informe meticuloso que, más consciente que nunca de su inglés, corrigió varias veces. Luego se sentó frente a la consola. Aunque nada le habría gustado más que disparar a aquel geólogo lánguido y de tono altanero en la cabeza, había llegado a identificarse tanto con su enemigo que, mientras se preparaba para revelarle al Mando la existencia de aquel hombre, sintió una extraña reticencia, como si al hacerlo se estuviera traicionando a sí mismo.

Mientras intentaba decidir qué hacer con aquel informe, el deseo de venganza, de una expiación final de la culpa y la responsabilidad, que había sido el único motor de la existencia de Joe desde la noche del 6 de diciembre de 1941, recibió el impulso final que faltaba para condenar al geólogo alemán.

La llegada de la primavera había abierto de nuevo la temporada de caza de la ballena y había traído también una nueva campaña de submarinos. En especial los U-1421 habían estado acosando al tráfico tanto aliado como neutral en el paso de Drake, en un momento en que la carestía del aceite que suministraban las ballenas podía suponer la diferencia entre la victoria o la derrota en Europa para ambos bandos. Joe llevaba meses enviando intercepciones de los U-1421 y suministrando información direccional sobre las señales de los submarinos. Pero hasta hacía muy poco la red de antenas goniométricas del Atlántico Sur había sido incompleta y provisional y los esfuerzos de Joe no habían resultado en nada. Sin embargo, cuando aquella noche captó con el localizador direccional de submarinos una ráfaga de conversación que, incluso encriptada, pudo reconocer como procedente de un U-1421, resultó que en el momento de enviar el informe había otros dos puestos de escucha operativos. Joe envió las lecturas del localizador direccional del receptor en serie situado en lo alto de la antena norte y el Centro de Guerra Submarina de Washington llevó a cabo una triangulación. La posición resultante, en latitud y longitud, fue enviada a la marina británica, que inmediatamente envió un grupo de ataque desde las Malvinas. Las corbetas y los cazasubmarinos encontraron al U-1421, lo persiguieron y lo acribillaron con cañones antisubmarinos Hedgehog y cargas de profundidad hasta que lo único que quedó de él fue una mancha negra aceitosa sobre la superficie del mar.

Joe se entusiasmó por el hundimiento del U-1421 y por su papel en el mismo. Se regodeó en ello e incluso se permitió imaginar que podía haber sido el submarino que envió al *Arca de Miriam* al fondo del Atlántico en 1941.

Recorrió el túnel con paso ligero hasta el Salón Detrito y, por primera vez en dos semanas, llenó el fundidor de nieve, lo encendió y se dio una ducha. Se sirvió un plato de jamón y huevos en polvo y abrió una parka nueva y un par de botas de piel de foca. De camino al hangar, se vio obligado a pasar por delante del Waldorf y de la entrada a Perrolandia. Cerró los ojos y pasó por delante corriendo. No se dio cuenta de que los cajones de los perros estaban vacíos.

El sol, todo entero, un enorme disco de color rojo mortecino, flotaba a una pulgada por encima del horizonte. Lo estuvo contemplando hasta que sintió que se le congelaban las mejillas. A medida que se hundía lentamente por debajo de la Barrera de Hielo, se fue componiendo una encantadora puesta de sol de color salmón y violeta. Luego, como para asegurarse de que Joe lo entendía, el sol salió por segunda vez y se volvió a poner con un resplandor más apagado pero todavía bastante bonito de color rosa y azul lavanda. Joe sabía que aquello era una ilusión óptica, causada por las distorsiones en la forma del aire, pero lo aceptó como una profecía y una orden.

—Shannenhouse —dijo. Había bajado la escalera a toda prisa sin avisar al piloto y por lo visto lo había pillado en uno de sus escasos periodos de sueño—. ¡Despierta, es de día! ¡Es primavera! ¡Vamos!

Shannenhouse salió dando tumbos del avión, que tenía un resplandor extraño con su capa reluciente de pieles de foca.

—¿Ha salido el sol? —dijo—. ¿Estás seguro?

—Te lo acabas de perder, pero volverá a salir dentro de veinticuatro horas.

En la mirada de Shannenhouse apareció una emoción que Joe reconoció de sus primeros días en el Polo.

—El sol —dijo. Y luego—. ¿Qué quieres?

—Quiero ir a matar a los boches.

Shannenhouse frunció los labios. Su barba ya tenía treinta centímetros. Su hedor era atroz, profundo, casi dotado de vida.

—De acuerdo —dijo.

—¿Puede volar este avión o qué?

Joe dio la vuelta a la cola y se dirigió al lado de estribor del avión, donde descubrió que las pieles que cubrían la parte delantera del fuselaje eran mucho más claras y de una textura distinta a las del lado de babor.

Amontonados en una pirámide junto al avión, como un cargamento esperando a ser cargado a bordo, había cráneos de diecisiete perros.

CUATRO

Wahoo Fleer, su difunto oficial al mando, había estado en Little America con Richard Byrd en 1933 y luego otra vez en 1940. Al inspeccionar sus archivos, Joe y Shannenhause encontraron planes detallados e instrucciones para llevar a cabo vuelos antárticos tramontanos. En 1940 el capitán Fleer en persona había volado sobre parte del territorio que iban a cruzar para matar al geólogo, por encima de los montes Rockefeller, por encima de los Vados de Edsel, hacia el vacío magnífico y fragmentado de la Tierra de la Reina Maud. Había hecho listas cuidadosamente mecanografiadas de las cosas que había que llevar.

- 1 picahielo
- 1 par de zapatos para la nieve
- 1 rollo de papel higiénico
- 2 pañuelos

Lo más peliagudo de aquel vuelo era la posibilidad de un aterrizaje forzoso. Si chocaban, estarían solos y sin posibilidad de ser rescatados en el centro magnético de la nada absoluta. Tendrían que volver a la Estación Kelvinator a pie o bien continuar avanzando hasta Jotunheim. El capitán Fleer había escrito listas de herramientas de emergencia que necesitarían en aquel caso: tiendas, un fogón Primus, cuchillos, sierra, un hacha, cuerda y crampones. Trineos que tendrían que llevar a cuestas. Todo tenía que considerarse en base al peso que añadiría a la carga útil.

- Manguito de motor y soplete 1,5 kgs.
- 2 sacos de dormir de piel de reno 6 kgs.
- Pistola de bengalas con 8 cartuchos 2 kgs.

La precisión y el orden de las instrucciones del capitán Fleer tuvieron un efecto tranquilizador en ellos, igual que el regreso del sol y la idea de matar a uno de sus enemigos. Volvieron a estar juntos. Shannenhause salió del hangar y Joe trasladó su catre al Salón Detrito. No dijeron ni una palabra de su descenso durante los últimos tres meses a una especie de desesperación mamífera arcana. Juntos registraron la mesa de Wahoo Fleer. Encontraron una pequeña joya decodificada procedente del Mando, recibida el otoño anterior, un informe sin confirmar de que había o podía haber una instalación alemana en el Polo, cuyo nombre en código era Jotunheim. Encontraron un ejemplar del Libro de los Mormones y una carta con la inscripción «en caso de mi muerte» en el membrete, que se sintieron autorizados para abrir pero no pudieron reunir el valor para hacerlo.

Shannenhause se duchó. Hizo falta derretir cuarenta y cinco bloques de nieve,

que Joe, gruñendo y maldiciendo en tres idiomas, cortó y echo con la pala, uno tras otro, en la fundidora del techo del Salón Detrito, de cuyas fauces de zinc, como de la campana de un gramófono, salía la voz débil y aflautada del piloto cantando *Nearer My God to Thee*. Hablaban poco, pero sus conversaciones eran amistosas, y en el curso de una semana restablecieron la atmósfera de quejas compañeriles que había sido universal entre los hombres antes del desastre de Wayne. Parecían haberse olvidado de que volar sin apoyo y solos a través de mil millas de masa flotante de hielo y glaciación para disparar a un científico alemán solitario era idea de ellos.

—¿Te apetece pasarte diez o doce horitas seguidas, no sé, echando nieve con la pala? —se gritaban entre ellos desde sus catres por la mañana, después de haber pasado los últimos cinco días haciendo únicamente aquello, como si algún superior insensible los hubiera puesto a cargo de la pala y no fueran más que dos pobres desgraciados obligados a obedecer la orden de limpiar de nieve el hangar y el garaje del tractor. Por la noche, cuando regresaban a los túneles doloridos, con las caras y los dedos quemados por el frío, llenaban el Salón Detrito de gritos de «¡Raciones de whisky!» y «¡Filetes para los hombres!».

Una vez hubieron limpiado de nieve el tractor, tuvieron que pasar un día entero haciendo ajustes y calentando varias partes de su reactor motor Kaiser para hacerlo funcionar de nuevo. Perdieron todo un día para llevarlo treinta metros por la nieve plana desde el garaje al hangar. Perdieron otro día cuando falló el cabrestante del tractor, y el Condor, que habían conseguido remolcar hasta la mitad de la rampa de nieve que habían construido, se soltó y retrocedió de vuelta al hangar, rompiéndose el ala inferior izquierda. Aquello les exigió tres días más de reparaciones, después de lo cual Shannenhause apareció en el Salón Detrito, donde Joe tenía un manual de la Policía Montada del Canadá de 1912 abierto por el capítulo titulado «Algunos detalles del Mantenimiento de Trineos» y estaba intentando asegurarse de que los trineos individuales estaban afianzados de la forma correcta, ASEGURARSE DE QUE LOS TRINEOS ESTÉN BIEN AFIANZADOS era el punto 14 de la lista prevuelo del capitán Fleer. Tres idiomas no bastaban para cubrir sus necesidades de insultos.

—Ya no me quedan perros —dijo Shannenhause. La nueva punta que había construido para el ala del Condor tenía que cubrirse y unirse al resto de la capa aislante, de otra forma el avión no despegaría.

Joe lo miró. Parpadeó e intentó entender lo que el otro quería decir. Era 12 de septiembre. Dentro de unos días, si conseguían romper la masa flotante de hielo, era probable que un barco lleno de soldados y aviones regresara a Jotunheim, y si para entonces no habían conseguido elevarse, tendrían que cancelar su misión. Aquello era en parte lo que quería decir Shannenhause.

—No puedes usar a los hombres —dijo Joe.

—No estaba sugiriendo eso —dijo Shannenhause—. Aunque mentiría si dijera que no se me había ocurrido la idea, Tontín.

Se acarició las patillas, mirando a Joe. Todavía no se había afeitado la barba roja. Miró de reojo el catre de Joe, donde estaba durmiendo *Ostra*.

—Queda Mejillón —dijo.

Le pegaron un tiro a *Ostra*. Shannenhause atrajo al perro no del todo desprevenido a la superficie con una chuleta congelada y le metió una bala a quemarropa entre el ojo bueno y el ciego. Joe no pudo verlo. Se quedó en su catre completamente vestido, con la parka abrochada hasta arriba, y lloró. La grosería de Shannenhause se había esfumado por completo: respetaba la pena de Joe por el sacrificio del perro y asumió toda la truculenta tarea de despellejarlo, quitarle el sebo a la piel y curtirla. Al día siguiente Joe intentó olvidarse de *Ostra* y concentrarse en sus pensamientos de venganza y en la formidable monotonía de la aventura. Contrastó una y otra vez su carga con las listas del capitán Fleer. Encontró y sacó el picahielo que de alguna forma se había caído en la caja de engranajes del cabrestante del tractor. Enceró los esquíes y comprobó las sujeciones. Trajo nuevamente los trineos a rastras desde los túneles, los desmontó y los volvió a sujetar al estilo de la Policía Montada. Preparó filete y huevos para él y para Shannenhause. Sacó los filetes de la sartén salada, los dejó humeando en sendos platos de metal y limpió los restos de la sartén con whisky. Le pegó fuego al whisky y lo apagó de un soplo. Shannenhause entró apestando a carne curada. Cogió el plato que le ofrecía Joe, agradecido y con expresión solemne.

—Ha llegado para lo que faltaba —dijo.

Joe cogió su plato, se sentó a la mesa del capitán y, confiando en absorber parte de la meticulosidad del capitán de su máquina de escribir, mecanografió la siguiente declaración:

A los que vengan en busca del teniente John Wesley Shannenhause (subalterno) y del Radiotelegrafista de Segunda Clase Joseph Kavalier:

Me disculpa porque nos encontremos en otra parte y probablemente muertos.

Hemos confirmado un asentamiento de base científico y militar alemán situado en la Tierra de la Reina Maud, también conocida como Neuschwabenland. Esta base está dirigida en la actualidad por un solo hombre (Ver, si lo desean, las transcripciones adjuntas, transmisiones de radio interceptadas A-RRR, 1-VIII-44-2-ix-44.). Como somos dos, la situación parece clara.

Joe dejó de escribir y se dedicó durante un minuto a mordisquear un trozo de filete. La situación no estaba en absoluto clara. El hombre al que iban a matar no les había hecho nada a ninguno de ellos. No era soldado. Era poco probable que

estuviera involucrado salvo de una forma completamente tangencial y metafísica en la construcción de la casa de la bruja de Terezin. No tenía nada que ver con la tormenta que había venido de las Azores ni con el torpedo que había agujereado el casco del *Arca de Miriam*. Y sin embargo, todo aquello le daba a Joe ganas de matar a alguien y no sabía a quién más matar.

A quienes se pregunten con razón qué motivo o autoridad tenemos para llevar a cabo esta misión,

Se detuvo de nuevo.

—Johnny —dijo—. ¿Por qué haces esto?

Shannenhause levantó la vista de un ejemplar de *Muñecas* de hacía nueve meses. Limpio y barbudo, parecía una de las caras que colgaban de las paredes del salón de la vieja escuela de Joe, los retratos de los antiguos directores, severos y moralistas y carentes de dudas.

—Vine aquí para volar —dijo.

que no tengan dudas de que hacemos esto por nuestro país (en mi caso, mi país de adopción)

Por favor, encárguense de los hombres que hay en el cuartel muertos y congelados.

Con mis respetos,

JOSEPH KAVALIER, Radiotelegrafista de Segunda Clase
12 de septiembre de 1944

Sacó la hoja de papel de la máquina de escribir, luego la volvió a meter y la dejó tal como estaba. Shannenhause se acercó a leerla, asintió una vez y luego regresó al hangar para revisar el avión.

Joe se acostó en su catre y cerró los ojos, pero la sensación de conclusión, de haber puesto sus asuntos en orden, que era lo que había buscado al escribir su declaración, se resistía a llegar. Encendió un cigarrillo, dio una larga calada e intentó limpiar su mente y su conciencia a fin de poder afrontar el día siguiente y sus obligaciones libre de escrúpulos y distracciones. Cuando terminó el cigarrillo, puso los ojos en blanco y trató de dormir, pero el recuerdo del fiel ojo azul de *Ostra* no abandonaba su mente. Se giró, dio una sacudida y trató de que le viniera el sueño, tal como Rosa le había enseñado a hacer, imaginando que flotaba en una balsa negra, en medio de una laguna negra y cálida, en la oscuridad de una noche tropical sin luna. No había nada dentro ni fuera de él salvo una negrura suave y tibia. Finalmente sintió que se hundía en el sueño, que se filtraba gradualmente en él como la arena que cae por el cuello de un reloj de arena. En aquel estado de penumbra hipnagógica empezó

a imaginar —pero era algo más intenso que imaginar, era como si estuviera recordando, como si creyera en la realidad de su fantasía— que *Ostra* había sido capaz de hablar, que había poseído una voz dulce, tranquila y lastimera capaz de transmitir pensamiento, pasión y preocupación, y ahora no podía sacarse la voz del perro de la cabeza. Teníamos tanto que decirnos, pensó. Qué pena que solamente ahora me dé cuenta. Luego en el instante antes de dormirse, un ladrido brusco sonó en su mente y lo hizo incorporarse de un salto, con el corazón latiendo desbocado. Comprendió que no era el amor traicionado de *Ostra*, sino de alguien más querido y más remoto, lo que ahora lo atormentaba y le impedía hacer las paces con la posibilidad de su propia muerte.

Fue al pie de su catre, abrió su baúl y sacó el grueso fajo de cartas que había recibido de Rosa después de alistarse a finales de 1941. Las cartas lo habían seguido, de forma irregular pero continua, desde la instrucción básica en Newport, Rhode Island, pasando por la estación polar de instrucción en Thule, Groenlandia, hasta Bahía de Guantánamo, en Cuba, donde había pasado el otoño de 1943 mientras se preparaba la misión en la Estación Kelvinator. Después de aquello, como nunca había respuesta de su destinatario, no había habido más cartas. La correspondencia de Rosa había sido como el latido de un corazón con una arteria cortada, salvaje e incesante al principio y luego cada vez más lento, con una especie de reticencia muscular, hasta que el flujo se había convertido en goteo y finalmente se había interrumpido. El corazón se había parado.

Ahora sacó el abrecartas que le había regalado Thomas, y que una vez había salvado la vida de Salvador Dalí, y abrió la primera de las cartas.

Querido Joe,

Confiaba en que al menos podríamos habernos dicho adiós antes de que te fueras de Nueva York. Creo entender por qué te marchas. Estoy segura de que me culpas de lo que ha pasado. Si yo no te hubiera puesto en contacto con Hermann Hoffman, tu hermano no habría estado en ese barco. No sé qué habría sido de él. Y tú tampoco. Pero acepto y comprendo que me hagas responsable. Supongo que yo también podría haberme marchado.

Sé que todavía me quieres. Estoy absolutamente convencida de que me quieres y me querrás siempre. Y me rompe el corazón pensar que tal vez nunca más nos veamos o nos toquemos. Pero lo más doloroso para mí es la idea —la certeza que tengo— de que ahora mismo deseas que nunca nos hubiéramos conocido. Si eso es cierto, y sé que lo es, entonces yo deseo lo mismo. Porque saber que puedes sentir eso sobre mí hace que todo lo que teníamos se convierta en nada. En una pérdida de tiempo. Y eso es algo que nunca aceptaré, aunque sea cierto.

No sé qué va a ser de ti, de mí, del país ni del mundo. Y no espero que contestes esta carta, porque siento que la puerta que me lleva a ti se me cierra en la cara y sé

que eres tú quien la cierra de ese modo. Pero te quiero, Joe, con o sin tu consentimiento. Si no quieres saber nada de mí, simplemente tira esta carta y las que vendrán. Por lo que yo sé, estas palabras ya están en el fondo del mar.

Me tengo que ir. Te quiero.

ROSA

A continuación leyó el resto, en orden cronológico. La segunda carta mencionaba que Sammy había dejado su trabajo en Empire y se había ido a trabajar para Burns, Baggot y DeWinter, la agencia de publicidad que llevaba la cuenta de Industrias Textiles Oneonta. Por las noches, dijo, llegaba a casa y trabajaba en su novela. Luego, en su quinta carta, a Joe le asombró leer que, en una ceremonia civil el día de Año Nuevo de 1942, Rosa se había casado con Sammy. Después había un vacío de tres meses y Rosa volvía a escribir para decir que ella y Sammy se habían comprado una casa en Midwood. Luego había un salto de varios meses más y luego, en septiembre de 1942, ella escribía para darle la noticia de que había dado a luz a un niño de tres kilos y setecientos gramos y que, en honor al hermano desaparecido de Joe, lo había llamado Thomas. Lo llamaban Tommy. Las cartas siguientes daban noticias y detalles de las primeras palabras del pequeño Tommy, de sus primeros pasos, sus enfermedades y sus maravillas: a los catorce meses de edad había dibujado un círculo discernible con una pluma. El trozo de mantel de papel del restaurante de Jack Dempsey en que lo había dibujado iba dentro del sobre. Era muy tembloroso y estaba mal cerrado, pero tal como decía Rosa en la carta, era tan redondo como una pelota de béisbol. Había una fotografía del niño, en camiseta y pañales, apoyado para mantenerse de pie en una mesa sobre la que había desperdigados algunos cómics. Tenía la cabeza grande, luminosa y pálida como la luna y una expresión al mismo tiempo llena de curiosidad y hostil, como si la cámara lo asustara.

Si Joe hubiera leído las cartas de Rosa cuando le llegaron, con intervalos de semanas y meses entre ellas, la falsificación de la fecha de nacimiento del bebé podría haberlo engañado, pero al leerlas todas seguidas —como una especie de relato continuo— las cartas mostraban la suficiente inconsistencia en su narración de los meses y las fechas señaladas como para que Joe sospechara, y su punzada inicial de celos y su asombro por el repentino matrimonio de Rosa con Sammy dio paso a una triste comprensión. Las cartas eran como fragmentos de una novela anticuada: no solamente contenían un nacimiento misterioso y un matrimonio dudoso, sino también un par de muertes. En primavera de 1942, la anciana señora Kavalier había muerto, dormida, con noventa y seis años. Y luego una carta de finales de verano de 1943, poco después de que Joe llegara a Cuba, informaba del destino de Tracy Bacon. El actor se había unido a la Fuerza Aérea poco después de terminar el segundo serial del Escapista, *El Escapista y el Eje de la Muerte*, y había sido enviado a las Islas

Solomon. A principios de junio, el bombardero Liberator del que Bacon era copiloto había sido alcanzado durante un raid sobre Rabaul. Al final de aquella carta, la última del fardo, había una breve posdata de Sammy. «Hola, socio», era lo único que decía.

Hasta entonces, Joe se decía a sí mismo que había enterrado su amor por Rosa en la misma fosa profunda en la que había sepultado su pena por su hermano. Ella tenía razón: en las postrimerías inmediatas de la muerte de Thomas, él la había culpado, no solamente por haberle presentado a Hermann Hoffman y su barco maldito sino también de forma más difusa pero más importante por haberle llevado a apartarse del único propósito —el cultivo obstinado de una rabia pura e inquebrantable— que había guiado sus primeros años de exilio de Praga. Prácticamente había abandonado la lucha, había permitido que sus pensamientos se apartaran fatídicamente del combate, se había traicionado a sí mismo, había caído ante los encantos de Nueva York, Hollywood y Rosa Saks y había sido castigado por ello. Aunque su necesidad —ciertamente, su capacidad— de culpar a Rosa por todo aquello se había desvanecido con el tiempo, su renovada firmeza y su ansia de venganza, cuya intensidad crecía mientras era frustrada una y otra vez por los planes inescrutables de la Marina de Estados Unidos, llenaban tanto su corazón que creía que su amor había quedado completamente extinguido, igual que un incendio grande puede apagar otro más pequeño quitándole el oxígeno y el combustible. Ahora, mientras devolvía la última carta al fardo, se sintió casi enfermo de añoranza por la señora Rosa Clay de la calle Van Pelt, en Midwood, Brooklyn.

Sammy le había hablado una vez de cierta cápsula que habían enterrado en la Feria Mundial: en ella se habían guardado bajo tierra una serie de objetos típicos del lugar y de la época —unas medias de nailon, un ejemplar de *Lo que el viento se llevó*, una taza de Mickey Mouse—, para ser recuperados por los habitantes de un resplandeciente Nueva York futuro y provocar su asombro. Ahora, mientras leía aquellos miles de palabras que Rosa había escrito para él, y la voz ronca y lastimera de ella le sonaba en los oídos, sus recuerdos enterrados de Rosa ascendieron hasta él como izados por un pozo en su interior. El cerrojo de la cápsula se rompió, los cierres se abrieron, la trampilla se levantó, y con una ráfaga fantasmal de olor a lirio del valle y un revoloteo de polillas, Joe recordó —se permitió disfrutar por un instante— el peso del muslo pegajoso de ella sobre su vientre en medio de una noche calurosa de agosto, el aliento de ella en su coronilla y la presión del pecho de ella en su hombro mientras Rosa le cortaba el pelo en la cocina de su apartamento en la Quinta Avenida, con el borboteo y las chispas del Quinteto de la Trucha sonando de fondo mientras el olor de su coño, intenso y vagamente ahumado como el corcho, perfumaba un momento ocioso en casa del padre de Rosa. Recordaba la dulce ilusión de esperanza que su amor por ella le había traído.

Después de leer la última carta, la volvió a meter en su sobre. Volvió a la máquina

de escribir de Wahoo Fleer, sacó la declaración que había hecho y la puso con cuidado sobre la mesa. Luego metió una hoja en blanco y escribió:

Para ser entregado a la señora Rosa Clay de Brooklyn, USA

Querida Rosa:

No fue culpa tuya. No te culpo. Por favor, perdóname por escaparme, y recuérdame con amor igual que yo te recuerdo a ti y recuerdo nuestra edad de oro. En cuanto al niño, que solamente puede ser hijo nuestro, deseo

Esta vez no se le ocurrió cómo continuar. Le asombraba el curso que podía tomar la vida, la forma en que las cosas que una vez habían parecido preocuparle tanto —y ciertamente girar en torno a él— podían llegar a no tener nada que ver con él. El nombre del niño, y su mirada seria y alerta en la foto, llegaron a un punto en el interior de Joe que estaba tan roto y en carne viva que le dio la impresión de que pensar mucho rato en aquel niño era una especie de peligro mortal. Como en cualquier caso no planeaba regresar con vida, del viaje a Jotunheim, se dijo a sí mismo que al niño le iría mucho mejor sin él. Decidió en aquel momento, sentado a la mesa del capitán muerto, que en el caso improbable de que su plan se torciera y él se encontrara a sí mismo de alguna forma vivo al terminar la guerra, nunca tendría relación con ninguno de ellos, pero en particular con aquel niño americano serio y afortunado. Sacó la carta de la máquina, la dobló y la metió dentro de un sobre en el que escribió las palabras: «En caso de que yo también muera». Puso su sobre debajo de aquel en que el capitán Fleer había expresado su última voluntad. Ató el fardo de cartas y fotografías de Rosa y se las tiró a Wayne, que se las comió de un trago. Luego recogió su saco de dormir y fue a la sala de radio a ver si podía sintonizar Radio Jotunheim.

CINCO

Shannenhause contempló durante un minuto el cielo sin nubes, el viento suave del sudeste. Habían tenido un hombre del tiempo, Brodie, pero incluso cuando este estaba vivo, Shannenhause había despreciado su consejo y se había mostrado de acuerdo con su viejo amigo Lincoln Ellsworth en que en aquel lugar nadie podía predecir el tiempo que iba a hacer. Mientras fueran capaces de hacer despegar el avión, se podían marchar. Se quejaba de problemas intestinales, y después Joe diría en su informe que había visto a Shannenhause un poco pálido, pero lo había atribuido a la bebida. Subieron el tractor una vez más por la rampa y lo engancharon al avión. Aquella vez el cabrestante funcionó correctamente y pudieron sacar el aparato a la superficie. Mientras Shannenhause se ponía a calentar los motores y a preparar el avión, Joe cargó sus cosas. Cerraron todas las trampillas de los edificios y echaron un vistazo al lugar que había sido su hogar durante los últimos nueve meses.

—Me alegro de largarme de aquí —dijo Shannenhause—. Aunque me gustaría ir a un sitio distinto.

Joe fue a la punta del ala donde estaba *Ostra*. Con las prisas, Shannenhause no había hecho un trabajo muy bueno y la piel parecía a medio curtir y colgaba un poco suelta y arrugada sobre la estructura. Todo el aeroplano tenía pinta de animal ruano, con parches de color castaño rojizo de piel de foca cosidos sobre un fondo gris plateado, como si estuviera salpicado de sangre. Donde estaban las pieles de perro, el avión parecía descolorido y enfermo.

—Ahora o nunca, tontín —dijo Shannenhause. Le puso una mano en el costado.

Treinta segundos más tarde, estaban dando tumbos y patinando por un suelo tan destartado y brillante como una barra de caramelo, y luego algo pareció ponerles la mano debajo y elevarlos. Shannenhause soltó un grito de cowboy, algo tímido.

—Nunca va a saber qué fue lo que se lo cargó —gritó para hacerse oír por encima del coro *basso profundo* de los dos motores Cyclon.

Joe no dijo nada. Nunca le dijo a Shannenhause que la noche antes, justo antes de meterse en su saco de dormir, había roto la barrera ficticia invisible que hasta entonces había mantenido entre la Estación Kelvinator y Jotunheim: había transmitido las siguientes cuatro palabras al geólogo, en texto alemán sin encriptar, en una de las frecuencias usadas regularmente por Berlín para contactar con él:

VAMOS A POR TI

Nunca habría sido capaz de explicar a Shannenhause el nudo de tristeza, remordimientos y deseo de atormentar y aterrorizar que había dado lugar a aquella advertencia. En todo caso, habría sido superfluo intentarlo, ya que el tercer día de su

viaje, en una tienda plantada en una meseta al abrigo de las montañas Eternity, a Shannenhause le estalló el apéndice.

SEIS

El aeroplano a pintas, extravagante, con el motor de babor dejando tras de sí un rastro de humo negro, se quedó suspendido en el cielo durante un instante a unos treinta metros al oeste de Jotunheim, como si el piloto dudara de lo que veía, como si la estructura de montículos oblongos y apiñados en medio de la nieve, la haltera negra de la torre de radio y la bandera escarlata congelada por el hielo con su mirada de araña simplemente estuvieran entre la larga serie de espejismos, de aviones fantasmas y castillos de cuento de hadas que lo habían hostigado en el curso de su vuelo entrecortado y confuso. Pagó por aquel momento de duda: el motor que le quedaba se caló. El avión cayó en picado, dio una sacudida hacia arriba, tembló y luego cayó, en silencio y con una lentitud sorprendente, como una moneda arrojada dentro de una jarra de agua. El avión golpeó el suelo y, con un susurro, la nieve explotó. Una enorme campana de espuma reluciente, que el morro del avión había levantado al cavar un surco en el suelo, se infló y flotó sobre la explanada. El ruido de troncos partidos y pernos metálicos desprendiéndose fue recogido y asordado por aquella nube turbia de nieve. El silencio se intensificó, únicamente roto por un tictac débil como de tetera y el chasquido de la tela cuando una sección rota de capa protectora del fuselaje fue arrastrada por el viento.

Unos instantes después, apareció una cabeza encima del surco escarpado de hielo y de nieve que el aterrizaje forzoso había amontonado encima del avión. Estaba encapuchada y tenía la cara oculta por un círculo estrecho de pelo de lobezno.

El geólogo alemán, que se llamaba Klaus Mecklenburg, y que había estado saliendo de su base solitaria para observar el cielo a intervalos regulares de veinte minutos, levantó la mano izquierda, con los dedos de la mano enfundada en un guante de reno extendidos. El saludo resultaba vagamente incongruente ya que, en la otra mano, dirigida de forma poco firme pero general en dirección a la cabeza bordeada de pelo del piloto, sostenía una pistola de servicio Walther del calibre 45. No había dormido ni un minuto en los cinco últimos días después de haber recibido el mensaje cuyo origen había localizado en la base americana en la Tierra de Marie Byrd, y antes de aquello ya llevaba dos meses sin dormir bien. Estaba borracho, colocado de anfetaminas y sufría las consecuencias de un colon espástico. Con la pistola apuntaba al hombre que iba hacia él por el hielo, esperando a que aparecieran otras cabezas, consciente del temblor en su mano, consciente de que tal vez solamente tendría tiempo de disparar una o dos veces antes de que los otros lo abatieran.

El americano ya había recorrido la mitad de los cien metros que los separaban antes de que el geólogo empezara a preguntarse si no sería el único superviviente del choque. Avanzaba de modo vacilante, arrastrando la pierna derecha tras de sí, con la

abertura de su capucha dirigida hacia delante, como si no esperara que nadie lo siguiera. Había metido los brazos dentro del abrigo para protegerlos del frío y con la cara invisible dentro del agujero peludo de la capucha y sus pasos grotescos de espantapájaros, la imagen de las mangas vacías a los costados del hombre sacó de sus casillas al geólogo. Parecía que lo estuviera persiguiendo una parka llena de huesos, el fantasma de alguna expedición fallida. El geólogo levantó el arma, extendió el brazo y apuntó directamente al vapor que salía del centro de la capucha. El americano se detuvo, y su parka empezó a arrugarse y retorcerse mientras luchaba por sacar los brazos. Acababa de sacar las manos por los puños de la chaqueta, extendiendo los brazos en un gesto de protesta o de súplica, cuando el primer disparo lo alcanzó en el hombro y le hizo girarse.

Mecklenburg había disparado a pájaros y ardillas de niño pero nunca había disparado antes una pistola, y ahora le dolía el brazo, como si el frío le hubiera congelado el brazo y el retroceso se lo hubiera fracturado. Rápidamente, antes de que el dolor y el miedo y la duda en sus propios actos pudieran detenerlo, vació el resto del cargador. Solamente después de vaciarlo se dio cuenta de que había estado disparando con los ojos cerrados. Cuando los abrió de nuevo, el americano estaba de pie delante de él. Se quitó la capucha y su pelo y sus cejas, humedecidas por la condensación de su respiración dentro de la misma, empezaron a escarcharse de inmediato. Era sorprendentemente joven a pesar de su barba y tenía una cara aguileña y elegante.

—Me alegro mucho de estar aquí —dijo el americano en un alemán perfecto. Sonrió. La sonrisa se quedó un instante encallada como si se hubiera enganchado en una alambrada. Había un agujero negro limpio en el hombro de la parka—. El vuelo ha sido difícil.

Volvió a meter el brazo dentro de la parka y palpó un momento. Cuando la mano apareció de nuevo, sostenía una pistola automática. El americano levantó la pistola a la altura del pecho, como si fuera a disparar al cielo, y su brazo dio una sacudida. El geólogo dio un paso atrás, luego reunió fuerzas y se tiró sobre el americano, intentando agarrar la pistola. Al hacerlo, comprendió que había malinterpretado la situación, por alguna razón, que el americano había intentado tirar a un lado la pistola, que su actitud inofensiva y vagamente triste no había sido una artimaña calculada sino simplemente el alivio, perplejo y tambaleante, de alguien que ha sobrevivido a una dura prueba y simplemente, tal como había insinuado, se alegraba de estar vivo. Mecklenburg se arrepintió inmediatamente de su conducta, porque era un hombre culto y pacífico que siempre había deplorado la violencia, y además le caían bien los americanos y los admiraba, después de haber conocido a muchos de ellos en el decurso de su carrera científica. Siendo de naturaleza gregaria, había estado a punto de morir de soledad en el último mes, y ahora acababa de caerle un

chico del cielo, un joven hábil e inteligente, con quien podía conversar, y además en alemán, sobre Louis Armstrong y Benny Goodman, y Mecklenburg le había disparado —le había vaciado el cargador— en aquel lugar donde su única esperanza de sobrevivir, tal como había dicho tantas veces, era la cooperación amistosa entre los países.

Un repique en do sostenido resonó en sus oídos, y con una extraña sensación de alivio notó que las tripas maltrechas se le vaciaban en los pantalones. El americano lo cogió en brazos, con expresión asombrada, solitaria y triste. El geólogo abrió la boca y sintió una burbuja de saliva congelándose en sus labios. ¡Qué hipócrita he sido!, pensó.

A Joe le costó casi media hora arrastrar al alemán a lo largo de diez de los veinte metros que los separaban de la trampilla de Jotunheim. Fue un gasto terrible de fuerza y voluntad, pero sabía que dentro de la estación encontraría suministros médicos y estaba decidido a salvar la vida del hombre que, solamente cinco días antes, había querido matar aunque para ello tuviera que volar sobre ochocientas millas de hielo estéril. Necesitaba benzoina, algodón, un hemostato, aguja e hilo. Necesitaba morfina, mantas y la llama vigorosa de un robusto fogón alemán. La descarga y el olor de la vida, la vida roja y humeante, que despedía el rastro de la sangre del alemán en la nieve, era un reproche para Joe, el reproche de algo hermoso e inestimable, como la inocencia, que había traicionado a instancias del Polo. En su busca de venganza, se había aliado con el Polo, con la interminable topografía blanca, con los dientes de sierra y las grietas de la muerte. Nunca le había sucedido nada, ni haber disparado a *Ostra*, ni el fallecimiento entre gruñidos lastimeros de John Wesley Shannenhause, ni la muerte de su padre, ni el internamiento de su madre y su abuelo, ni siquiera la muerte en el mar de su querido hermano, que le rompiera el corazón de forma tan terrible como el descubrimiento, cuando estaba a medio camino de la trampilla de zinc escarchada de la estación alemana, de que estaba arrastrando a un cadáver.

SIETE

Las reclamaciones territoriales informales de Alemania sobre las regiones que bordeaban el mar de Weddell ya habían sido anunciadas poco después de la expedición Filchner de 1911-1913. Bajo la bandera del águila de los Hohenzollern, el *Deutschland*, al mando del científico y explorador ártico Wilhelm Filchner, había navegado más al sur de lo que había llegado ningún otro barco, abriéndose paso a través de la masa flotante semipermanente de hielo hasta alcanzar la inmensa e impenetrable barrera de un arrecife de hielo. El *Deutschland* había virado al este y había navegado más de un centenar de millas sin encontrar aperturas ni puntos de entrada en los acantilados de la plataforma que hoy lleva su nombre. Los exploradores siempre dan sus nombres a los lugares que los atormentan o los matan.

Por fin, cuando solamente faltaban unas semanas para el final de la temporada, encontraron un lugar, una fisura en la Barrera, donde la altura de la plataforma descendía bruscamente a unos pocos metros por encima del mar. Media docena de anclas para el hielo fueron clavadas rápidamente en la orilla de aquella ensenada, que los exploradores bautizaron como bahía del Káiser Guillermo II, y se empezaron a descargar cajas para construir una base de invierno. Eligieron un emplazamiento a unas tres millas en el interior de la ensenada para construir el barracón, al que dieron el nombre más bien pomposo de Augustaburgo, y se prepararon para apoltronarse en la colonia alemana más meridional hasta la primavera. Una serie de graves temblores en el hielo, algunos de casi un minuto de duración, y el parto subsiguiente, ante los ojos de la atemorizada y ensordecida tripulación del *Deutschland*, de un iceberg colosal a unas millas al este del barco, puso un fin repentino a sus planes. Después de una semana de nerviosismo vacilando y discutiendo acerca de si iban a quedar ellos también a la deriva, abandonaron el campamento, volvieron al barco y pusieron rumbo al norte. Casi de inmediato se vieron rodeados, y pasaron el invierno siendo masticados por los molares del mar de Weddell antes de que la llegada del clima más templado los escupiera de nuevo y los enviara a casa con el rabo entre las piernas.

Fue en el campamento base que aquella expedición había abandonado donde Joseph Kavalier, Radiotelegrafista de Segunda Clase, fue encontrado por el rompehielos de la marina *William Dyer*. Había estado en contacto intermitente con el barco gracias a una radio portátil, dando lecturas más o menos precisas de su posición. El comandante Frank J. Kemp, capitán del *Dyer*, anotó en su diario de a bordo que el joven había pasado penurias considerables en las últimas semanas, que había sobrevivido a dos largos vuelos en solitario sin apenas saber pilotar y con un copiloto agonizante, un accidente de avión, una herida de bala en el hombro y una expedición de diez millas con el tobillo fracturado hasta aquel poblado fantasma de Augustaburgo.

En aquel barracón, anotó el comandante Kemp, se había alimentado a base de latas de carne y galletas de hacía treinta años, con la única compañía de una radio y un pingüino muerto, perfectamente conservado. Sufrió los efectos del escorbuto, además de congelación, anemia y una herida mal curada, que solamente la hostilidad del Antártico hacia los microbios había evitado que se infectara, tal vez de forma fatal. Asimismo, de acuerdo con el médico del barco que lo había examinado, había gastado dos cajas y media de morfina de hacía treinta años. Decía que había partido solo desde la estación alemana, arrastrándose durante la última parte del camino, sin intención de llegar a ninguna parte, porque no soportaba estar cerca del cadáver del hombre al que había matado de un disparo, y se había encontrado por casualidad con Augustaburgo cuando ya no le quedaban más fuerzas. Lo llevaron a la base de bahía de Guantánamo, donde estuvo bajo examen psiquiátrico e investigado por un consejo de guerra hasta muy poco antes del Día de la Victoria aliada.

Su afirmación de haber matado al único ocupante enemigo de una base antártica a setenta y cinco millas al este del barracón donde fue encontrado se investigó y se confirmó, y a pesar de ciertas preguntas suscitadas por su conducta y su manejo del asunto, el alférez Kavalier recibió la Cruz de la Armada a los Servicios Distinguidos.

En agosto de 1977 un pedazo enorme de la plataforma de Filchner, de cuarenta millas de ancho y veinticinco de profundidad, se desprendió del continente, fue a la deriva hacia el norte como un iceberg gigante y se adentró en el mar de Weddell, llevando consigo el barracón y los restos escondidos, a unas diez millas de distancia, del sueño polar alemán. Aquello puso fin repentinamente al turismo en Augustaburgo. El barracón de Filchner se había convertido en parada obligada para los turistas intrépidos que por entonces estaban empezando a hacer frente a las aguas llenas de témpanos de hielo del mar de Weddell. La gente llegaba a trompicones en medio del viento con su guía y examinaba respetuosamente los montones de latas vacías con sus deliciosas etiquetas de la época eduardiana, los mapas abandonados, los esquíes y los rifles, las estanterías de vasos de precipitados y tubos de ensayo sin usar, el pingüino congelado, cazado para ser examinado pero nunca diseccionado, montando una guardia eterna bajo un retrato del Káiser. Podían reflexionar sobre la resistencia de aquel monumento al fracaso, sobre la dignidad y el patetismo que el tiempo puede darle a los detritos humanos, o simplemente podían preguntarse si los guisantes y las grosellas de las hileras de latas de las estanterías seguirían siendo comestibles y qué sabor tendrían. Unos cuantos se quedarían un momento, mirando desconcertados un dibujo enigmático que había en la mesa de trabajo, hecho con lápices de colores, congelado y algo maltrecho por haber sido doblado una y otra vez hacía mucho tiempo. Claramente obra de un niño, parecía mostrar a un hombre en esmoquin cayendo desde la parte inferior de un avión. Aunque el paracaídas del hombre estaba fuera de su alcance, el hombre estaba sonriendo y sirviéndose un té en

una sofisticada taza y en caída libre, como si no le importara su situación, o como si pensara que tenía todo el tiempo del mundo antes de llegar al suelo.

SEXTA PARTE

La Liga de la Llave de Oro

UNO

Cuando Sammy entró a despertar a Tommy para que fuera a la escuela, se encontró con que el niño ya estaba levantado y se estaba probando su parche en el espejo del dormitorio. El mobiliario del dormitorio era un conjunto de Levitz — cama, vestidor, espejo y un mueble aparador con cajones— de temática náutica: la pared del fondo del aparador estaba cubierta de una carta de navegación de la Barrera de Islas de Carolina del Norte, los tiradores de los cajones tenían forma de ruedas de timón y el espejo estaba adornado con recios cabos de soga. El parche no parecía muy fuera de lugar. Tommy estaba ensayando diversos tipos de muecas de pirata.

—¿Ya estás levantado? —dijo Sammy.

A Tommy casi le dio un infarto. Siempre había sido muy propenso a los sustos. Se quitó el parche por la cabeza morena y despeinada y se giró, intensamente ruborizado. No le faltaba ningún ojo. Los tenía azules, con los párpados inferiores ligeramente hinchados. De hecho, no tenía ningún problema de vista. Su mente le resultaba ligeramente enigmática a Sammy pero a sus ojos no les pasaba nada.

—No sé qué me ha pasado —dijo Tommy—. Me he desvelado.

Se metió el parche en el bolsillo de la chaqueta del pijama. Era un pijama a rayas diplomáticas rojas con diminutos blasones azules. Sammy llevaba uno que tenía las rayas diplomáticas azules y los blasones rojos. Aquella era la idea que tenía Rosa de fomentar la idea de conexión entre padre e hijo. Como pueden atestiguar dos personas cualesquiera que hayan llevado pijamas a juego, resultaba un truco sorprendentemente eficaz.

—Es poco habitual —dijo Sammy.

—Ya lo sé.

—Normalmente tengo que poner una carga de dinamita para despertarte.

—Es verdad.

—En ese sentido eres como tu madre. —Rosa seguía en la cama, sepultada bajo una avalancha de almohadas. Sufría insomnio y casi nunca conseguía dormirse antes de las tres o las cuatro, pero en cuanto caía dormida, era casi imposible despertarla. Era Sammy el que tenía que conseguir que Tommy saliera de casa por las mañanas para ir a la escuela—. De hecho, solamente te veo levantarte temprano —continuó Sammy, introduciendo un matiz de acusación en su tono— para cosas como tu cumpleaños. O cuando nos vamos de viaje.

—O si me tienen que poner una inyección —colaboró Tommy—. En el médico.

—Por ejemplo —Sammy había estado colgando de la jamba, con medio cuerpo dentro de la habitación y la otra mitad fuera, pero ahora fue con Tommy. Tenía ganas de ponerle la mano en el hombro al chico y dejarla allí en gesto admonitorio digno de un padre, pero al final se limitó a cruzarse de brazos y mirar el reflejo de la cara seria

de Tommy en el espejo. A Sammy le dolía reconocerlo, pero ya no se sentía cómodo con aquel chico al que en los últimos doce años había tenido la responsabilidad y el placer de llamar su hijo. Tommy siempre había sido un niño atento, dócil y de cara redonda, pero recientemente, a medida que su pelo castaño claro se convertía en rizos negros y su nariz empezaba a desarrollarse espontáneamente, sobre los rasgos de su cara había empezado a insinuarse cierta complicación que prometía transformarse en un atractivo marcado. Ya era más alto que su madre y casi tanto como Sam. Estaba asumiendo una masa y un volumen mayores en la casa, se movía de forma poco acostumbrada y despedía olores poco familiares. Sammy se sorprendió a sí mismo retrocediendo, cediendo terreno, apartándose del camino de Tommy—. ¿No habrás... planeado algo para hoy?

—No, papá —dijo en tono jocoso.

—¿No vas a ir al «médico de los ojos», verdad?

—Ja —dijo el chico, arrugando la nariz pecosa en una simulación vil de diversión—. Muy bien, papá.

—¿Muy bien qué?

—Pues que me tengo que vestir. Voy a llegar tarde a la escuela.

—Porque si lo estás planeando...

—No lo estoy planeando.

—Si lo estuvieras planeando, tendría que encadenarte a la cama, ¿lo entiendes?

—Solamente estoy jugando con un parche, diantre.

—Muy bien.

—No iba a hacer nada malo —su voz puso la última palabra entre comillas.

—Me alegro de oírlo —dijo Sammy. No creía a Tommy, pero intentó disimular su recelo. No quería enfrentarse con el chico. Sammy trabajaba cinco largas jornadas a la semana en la ciudad y los fines de semana se llevaba trabajo a casa. No quería desperdiciar las pocas horas que pasaba con Tommy discutiendo. Deseó que Rosa estuviera despierta para poder preguntarle qué había que hacer con el parche. Agarró a Tommy del pelo y en un tributo inconsciente a uno de los gestos maternos favoritos de su madre, sacudió vigorosamente la cabeza de Tommy de un lado a otro—. Tienes una habitación llena de juguetes y te dedicas a jugar con un parche de diez centavos del drugstore de Spiegelman.

Sammy se alejó por el pasillo, rascándose el trasero, el capitán patizambo de su extraña fragata, para hacerle el almuerzo a Tommy. La casa de Bloomtown era una bañera bastante elegante. La había comprado después de una serie de inversiones mal aconsejadas en los años cuarenta, entre ellas la empresa de publicidad Clay Associates, la Academia Sam Clay de Redacción para Revistas y un apartamento en Miami Beach para su madre, fallecida de aneurisma cerebral después de once días de jubilación malhumorada, que luego vendió —seis meses después de comprarlo— por

mucho menos dinero del que había costado. El último reducto de ahorros que le quedaba de los días gloriosos en Empire Comics había llegado justo para pagar el depósito de Bloomtown. Y durante mucho tiempo a Sammy le había encantado la casa, de la misma forma en que se supone que un hombre ama a su barco. Era el único recordatorio tangible de su breve éxito y lo mejor con diferencia que le había reportado su dinero.

La urbanización de Bloomtown se había anunciado en 1948 en el *Life*, el *Saturday Evening Post* y todos los periódicos grandes de Nueva York. En el salón de exposiciones de un antiguo concesionario de Cadillac, cerca de Columbus Circle, se había construido una casa estilo Cape Cod de tres dormitorios y totalmente habilitada, incluso con botellas tintineantes de leche en la nevera. A las jóvenes y esforzadas familias del Nordeste —a las blancas— se las invitaba a visitar el pabellón del proyecto Bloomtown, a una excursión por la urbanización y a descubrir cómo se plantaba una ciudad entera de sesenta mil habitantes en medio de los campos de patatas del oeste de Islip. Una ciudad de casas modestas y asequibles, todas con jardín y garaje. Toda una generación de padres y madres jóvenes criados en las escaleras estrechas y las habitaciones diminutas de los barrios de ladrillos herrumbrosos del centro de Nueva York, entre ellos Sammy Clay, acudieron para accionar los interruptores de las lámparas de muestra, dejarse caer en los colchones de muestra y tumbarse un momento en la *chaise longue* de metal prensado sobre el césped de celofán, levantando las barbillas para tomar los rayos imaginarios del sol residencial de Long Island. Suspiraban y sentían que una de las aspiraciones más intensas de su vida podía cumplirse pronto. Venían de familias caóticas, ruidosas y malhumoradas, espoleadas por la rabia y por el imperativo de fingirse experimentados, y como lo mismo podía decirse de Nueva York en sí, costaba no creer que una parcela de hierba verde y un plan de urbanización razonable podían hacer bastante para serenar los manojos chirriantes de nervios a flor de piel en que habían visto convertirse a esas familias. Muchos, y una vez más Sammy Clay estaba entre ellos, sacaron sus talonarios y reservaron una de las quinientas parcelas que se tenían que desarrollar en la primera fase de construcción.

Durante los meses siguientes, Sammy llevó en la cartera una tarjetita que le habían dado junto con el paquete de documentos de venta y que decía simplemente:

FAMILIA CLAY
LAVOISIER DRIVE, 127
BLOOMTOWN, NUEVA YORK, USA

(Todas las calles de su vecindario llevaban el nombre de científicos e inventores ilustres.)

Ya hacía tiempo que aquel sentimiento de orgullo se había disipado. Sammy ya

no prestaba ninguna atención a su casa Cape Cod, modelo Número Dos o Penobscott, con ventanas en saliente y una terraza del tamaño de un campo de minigolf. Hacia la casa adoptó la misma actitud que hacia su mujer, su trabajo y su vida amorosa. Todo se había vuelto rutinario. Los ritmos del tren que lo llevaba a la ciudad por las mañanas, del año escolar, de los programas de publicación, de las vacaciones de verano y del calendario fijo de estados de ánimo de su mujer lo habían inmunizado a los encantos y tormentos de su vida. Solamente su relación con Tommy, a pesar de la reciente escarcha de ironía y distanciamiento, continuó viva e impredecible. Estaba llena de congoja y placer. Si podían pasar una hora juntos, planeando universos en blocs de anillas o jugando al Béisbol de Estrellas de Ethan Allen, era invariablemente la hora más feliz de la semana de Sammy.

Cuando entró en la cocina, le sorprendió encontrar a Rosa sentada a la mesa con una taza de agua hervida. En la superficie del agua flotaba una rodaja de limón como una canoa.

—¿Qué está pasando aquí? —dijo Sammy, llenando la cafetera esmaltada de agua del grifo—. Todo el mundo está levantado.

—Oh, no he dormido en toda la noche —dijo Rosa en tono jovial.

—¿Ni un rato?

—No que yo recuerde. Me iba la cabeza a cien.

—¿Has sacado algo?

Rosa tenía que entregar la historia principal de *Kiss Comics* al cabo de dos días. Se había convertido en la segunda mejor ilustradora para mujeres del negocio (tenía que reconocerle su superioridad a Bob Powell) pero tenía un vicio terrible de dejarlo todo para el último momento. Hacía tiempo que Sammy había renunciado a sermonearla sobre sus malos hábitos de trabajo. Solamente era su jefe nominalmente: habían zanjado la cuestión hacía años, cuando Rosa empezó a trabajar para él, después de un año entero de escaramuzas. Quienquiera que contratara a Sammy para dirigir su línea de cómics sabía que también obtenía los valiosos servicios de Rose Saxon (el nombre profesional de ella).

—Tengo algunas ideas —dijo en tono precavido. Al principio todas las ideas de Rosa sonaban mal. Las adaptaba de un compuesto caótico de sueños, artículos de periódicos sensacionalistas y cosas que sacaba de revistas femeninas y le costaba horrores explicarlas. Siempre resultaba fascinante ver cómo emergían de los trazos socarrones y fantasiosos de sus lápices y pinceles.

—¿Algo sobre la bomba atómica?

—¿Cómo lo has sabido?

—Anoche te pusiste a soñar en voz alta mientras yo estaba en el dormitorio —dijo—. Intentando dormir como un panoli.

—Lo siento.

Sammy cascó media docena de huevos en un cuenco, los roció con leche y les echó sal y pimienta. Limpió una de las cáscaras y la echó dentro de la cafetera que había al fuego. Luego echó los huevos en una sartén de mantequilla espumeante. Solamente sabía hacer huevos revueltos, pero los hacía de maravilla. Había que dejarlos en paz: ese era el secreto. La mayoría de gente los removía, pero lo que había que hacer en realidad era dejarlos un minuto o dos a fuego lento y no revolverlos más que media docena de veces. A veces, para variar, les echaba un poco de salami frito a rodajas. Así era como le gustaban a Tommy.

—Otra vez llevaba el parche —dijo Sammy, intentando que no sonara como algo importante—. Le he visto probárselo.

—Oh, Dios.

—Me ha jurado que no estaba intentando nada.

—¿Y tú le has creído?

—Supongo que sí. Supongo que he preferido creerle. ¿Dónde está el salami?

—Lo voy a poner en la lista. Hoy voy a la tienda.

—Tienes que terminar esa historia.

—Y lo voy a hacer. —Dio un sorbo ruidoso de agua con limón—. Es evidente que planea algo.

—¿Tú crees? —Sammy cogió la mantequilla de cacahuete y sacó la gelatina de uva de la nevera.

—No sé. Solamente creo que está un poco alterado.

—Siempre está alterado.

—Será mejor que lo acompañe a la escuela, ya que estoy levantada. —A Rosa le costaba mucho menos que a Sammy controlar a su hijo. No parecía pensar demasiado en la cuestión: creía que había que confiar en los niños, cederles las riendas de vez en cuando, dejarles que tomaran decisiones por ellos mismos. Pero cuando Tommy frustraba aquella confianza, como pasaba a menudo, no dudaba en tomar medidas. Y Tommy nunca parecía resentido contra su estricta disciplina del mismo modo en que le irritaba el más pequeño reproche de Sammy—. Ya sabes, así me aseguro de que llegue.

—No me puedes acompañar a la escuela —dijo Tommy. Entró en la cocina, se sentó delante de su plato y se lo quedó mirando, esperando a que Sammy lo llenara de huevos—. Mamá, ni lo sueñes. Me moriría. Me moriría en serio.

—Se moriría —le dijo Sammy a Rosa.

—Y eso sería muy embarazoso para mí —dijo Rosa—. Quedarme con un cadáver delante de la William Floyd Junior High.

—¿Y si lo acompaño yo? Solamente tengo que desviarme diez minutos. —Sammy y Tommy solían decirse adiós en la puerta antes de partir en direcciones opuestas rumbo a la estación y a la escuela respectivamente. Desde el segundo curso

hasta sexto, se habían estado despidiendo con un apretón de manos, pero por lo visto aquella costumbre, un pequeño evento muy apreciado en la jornada de Sammy, había sido abandonado de forma definitiva. Sammy no estaba seguro de por qué ni de quién había sido la decisión de abandonarlo—. De esa forma te puedes quedar y ya sabes, puedes dibujar mi historia.

—Parece una buena idea.

Sammy puso el pudding humeante de mantequilla y huevos en el plato de Tommy.

—Lo siento —dijo—. No nos queda salami.

—No me extraña —dijo Tommy.

—Lo pondré en la lista —dijo Rosa.

Se quedaron un momento en silencio, Rosa sentada frente a su taza y Sammy de pie junto a la encimera con una rebanada de pan en la mano, mirando cómo Tommy se zampaba su desayuno. Era un comilón de mucho cuidado. El niño canijo que era hasta entonces había desaparecido bajo una capa de músculo y grasa. De hecho, estaba un poco orondo. Los huevos desaparecieron en treinta y siete segundos. Tommy levantó la vista del plato.

—¿Por qué me está mirando todo el mundo? —dijo—. No he hecho nada.

Rosa y Sammy se echaron a reír. Luego Rosa dejó de reír y miró fijamente a su hijo, que siempre se ponía un poco bizco cuando ella lo vigilaba.

—Tom —dijo ella—. ¿No estarías planeando ir otra vez a la ciudad?

Tommy negó con la cabeza.

—De todas formas te voy a acompañar —dijo Sammy.

—Si no me crees —dijo Tommy—, llévame en coche.

—¿Por qué no? —dijo Sammy. Si se llevaba el coche a la estación, Rosa no podría conducir hasta la tienda de comestibles, o hasta la playa, o hasta la biblioteca para «buscar inspiración». Era más probable que se quedara en casa y dibujara—. A lo mejor me voy en coche hasta la ciudad. Han inaugurado un aparcamiento nuevo a la vuelta de la esquina de la oficina.

Rosa levantó la vista, alarmada.

—¿Hasta la ciudad? —ni siquiera era del todo seguro dejar el coche de la familia, un Studebaker Champion de 1951, en la estación de tren. Rosa había llegado a ir caminando hasta la estación a buscarlo para poder conducir por Long Island haciendo cosas que no eran dibujar cómics románticos.

—Deja que me vista. —Sammy le dio la rebanada de pan a Rosa—. Ten —dijo—. Hazle tú el almuerzo.

DOS

Discusión a la hora del desayuno en la cafetería Excelsior de la Segunda Avenida, un local popular por las mañanas entre la gente del ramo de la historieta, más o menos en abril de 1954.

—Es una broma.

—Acabo de decirlo.

—Alguien le está tomando el pelo a Anapol.

—A lo mejor es el mismo Anapol.

—No lo culparía si intentara tirarse desde el Empire State. He oído decir que está hasta el cuello de problemas.

—Y yo estoy hasta el cuello de problemas. Todo el mundo está hasta el cuello de problemas. Te desafío a que me digas una empresa que no los tenga. Y la cosa va a empeorar.

—Siempre estás diciendo lo mismo. Escúchate. Escuchad a este tipo, me hace gracia. Es como un surtidor de malos presagios. Si lo escucho durante diez minutos me iré con el tanque lleno de pesimismo y ya me durará todo el día.

—Yo os diré quién es un surtidor de pesimismo: el doctor Fredric Wertham. ¿Habéis leído su libro? ¿Cómo se llama? ¿*Cómo seducir a un inocente*?

A aquello le siguió una carcajada. Los hombres de las mesas vecinas se giraron para mirar. La carcajada había sido un poco demasiado estridente, ciertamente en vista de la hora que era y del estado de sus resacas.

El doctor Fredric Wertham, psiquiatra infantil de credenciales impecables y con una personalidad notoriamente propensa a la indignación, llevaba muchos años intentando convencer a los padres y legisladores de América de que la lectura de cómics estaba lesionando gravemente las mentes de los niños del país. Con la reciente publicación del admirable, enciclopédico y totalmente equivocado *Sedución de los inocentes*, los esfuerzos del doctor Wertham habían empezado a dar fruto. Había habido peticiones de control e incluso las primeras prohibiciones, y en varias ciudades del Sur y del Medio Oeste las autoridades locales habían promovido quemas públicas de cómics, en las que multitudes sonrientes de niños americanos con los cerebros lesionados habían tirado alegremente sus colecciones a las hogueras.

—No, no lo he leído. ¿Y vosotros?

—Yo lo he intentado. Me da dolor de estómago.

—¿Alguien lo ha leído?

—Estes Kefauver lo ha leído. ¿A alguien le ha llegado ya una citación?

Se rumoreaba que venía a la ciudad el Senado de Estados Unidos. El senador Kefauver de Tennessee y su Subcomité para la Delincuencia Juvenil habían decidido emprender una investigación formal de las asombrosas acusaciones formuladas por

Wertham en su libro: que la lectura de cómics conducía directamente a una conducta antisocial, a la adicción a las drogas, la perversión sexual e incluso a la violación y el asesinato.

—Ya está, a lo mejor ese tipo ha recibido una citación. El del Empire State. Y por eso se quiere tirar.

—¿Sabéis? Me estoy imaginando quién puede ser. Si no es una broma, quiero decir. Joder, y si lo es también. De hecho, si es quien yo creo, seguro que es una broma.

—¿Qué es esto, un concurso? Dinos quién es.

—Joe Kavalier.

—¡Joe Kavalier, sí! ¡Yo también lo he sospechado!

—He oído que está en Canadá. Alguien lo vio por allí.

—Mort Meskin lo vio en las cataratas de Niágara.

—Yo he oído que estaba en Quebec.

—Yo oí que había sido Mort Segal, no Meskin. Segal pasó allí arriba su luna de miel.

—Siempre me gustó.

—Era un dibujante tremendo.

La media docena de dibujantes y guionistas de cómic reunidos aquella mañana en torno a una mesa al fondo del Excelsior, con sus bagels, sus huevos pasados por agua y su café negro humeante en tazas con una franja roja alrededor del borde —Stan Lee, Frank Pantaleone, Gil Kane, Bob Powell, Marty Gold y Julie Glovsky— se mostraron de acuerdo en que antes de la guerra Joe Kavalier había sido uno de los mejores del ramo. Y coincidieron en que la forma en que a él y a su socio los habían tratado los propietarios de Empire había sido deplorable, aunque no había sido un caso aislado. La mayoría conocía alguna historia, algún ejemplo de conducta extraña o excéntrica por parte de Kavalier. Pero cuando las pusieron en común, a ninguno de los presentes le pareció que la suma de todas ellas predijera algo tan inconsciente y desesperado como un salto mortal.

—¿Y qué me decís de su antiguo socio? —dijo Lee—. Me encontré con él aquí hace un par de días. Parecía bastante triste.

—¿Sammy Clay?

—No lo conozco mucho. Siempre nos hemos llevado bien. Nunca ha trabajado para nosotros, pero...

—Ha trabajado prácticamente en todas partes.

—Sea como sea, no tenía buen aspecto. Y no me dio ni la hora.

—No es un tipo alegre —dijo Glovsky—. El viejo Sam. No está muy feliz en Pharaoh. —Glovsky dibujaba el violento *Mack Granito* para la revista *Puño americano* de Pharaoh.

—Francamente, nunca ha estado feliz en ninguna parte —dijo Pantaleone, y todo el mundo se mostró de acuerdo. Todos conocían la historia de Sammy, más o menos. Había regresado a los cómics en 1947, después de haber fracasado en todo lo demás que había intentado. Su primera derrota había sido en la publicidad, trabajando para Burns, Baggot y DeWinter. Había conseguido renunciar justo antes de que le pidieran su dimisión. Después, había intentado ir por libre. Cuando su agencia de publicidad quebró en silencio y lejos de la atención general, Sammy había encontrado trabajo en el ramo de las revistas, vendiendo mentiras bien investigadas a publicaciones como *True*, *Yankee* e incluso un milagroso relato a *Collier's* —trataba de un niño cojo que visitaba los baños de Coney Island con su padre forzado, antes de la guerra— antes de estancarse en el mundo de las revistas de tercera tila y en lo que quedaba de la antaño boyante industria del pulp.

Durante todo ese tiempo, Sammy había recibido ofertas de viejos amigos del cómic, algunos de los cuales estaban sentados a aquella mesa al fondo del Excelsior, y las había rechazado siempre. Era un novelista épico —lo cual resultaba muy apropiado, tras la guerra—, y aunque su carrera literaria no avanzaba tan deprisa como le habría gustado, por lo menos podía asegurarse de que no retrocedía. Juraba a cualquiera que quisiera escucharle, e incluso sobre la tumba por entonces recién cavada de su madre, que nunca iba a regresar a los cómics. A todo el mundo que visitaba la casa de los Clay se le enseñaba algún borrador de su libro amorfo y errático. De día escribía artículos sobre psitacosis y proustita para *Bird Lover* y *Gem and Tumbler*. Hizo sus pinitos en la escritura industrial y llegó a escribir los textos del catálogo para una empresa de semillas. El sueldo solía ser infinitesimal, las horas de trabajo largas, y Sammy estaba a merced de unos editores cuya crueldad, en sus propias palabras, hacía que George Deasey pareciera Deanna Durbin. Luego, un día, se enteró de que acababa de quedar vacante una plaza de editor en Gold Star, una editorial de cómics hoy olvidada con sede en Lafayette Street. La línea editorial era errática e imitativa, la circulación baja y la paga no era ninguna maravilla, pero el puesto, si lo cogía, por lo menos le daría autoridad y margen de maniobra. A la escuela por correspondencia para redactores solamente se habían inscrito tres alumnos, uno de los cuales vivía en Guadalajara, México, y apenas hablaba inglés. Sammy tenía facturas que pagar, deudas y familia. Cuando llegó el trabajo en Gold Star, ya había renunciado a sus viejos sueños larvarios.

—No, tienes razón —dijo Kane—. Nunca ha sido feliz en ninguna parte.

Bob Powell se inclinó hacia adelante y bajó la voz:

—Siempre me ha parecido un poco... Ya sabéis...

—Estoy de acuerdo —dijo Gold—. Tiene una debilidad por los compañeros. Es como una obsesión para él. ¿Os habéis dado cuenta? En cuanto coge un personaje, lo primero que hace, antes de nada, es darle un amiguito. Cuando volvió al negocio

empezó a hacer el Semental Fantasma en Gold Star. Y de pronto el Semental empezó a ir por ahí con ese chaval, ¿cómo se llamaba? Culata de algo.

—Culete de plata.

—Culata de plata. El niño pistolero. Luego se fue a Olympic, y zas, ahora el Leñador tiene al Haz de Leña. El Rectificador tiene al pequeño Mack, el Joven Agente de la Ley.

—Eso de Rectificador ya suena un poco...

—Luego llega a Pharaoh y de pronto tienes al Argonauta y a Jasón. Al Lobo Solitario y al Cachorro. ¡Joder, si es que le ha puesto un compañero al Lobo Solitario!

—Sí, pero ha terminado contratándoos a todos vosotros, ¿no? —dijo Lee. Miró a Marty Gold—. Os ha sido muy leal al cabo de los años, Gold, Dios sabe por qué.

—Eh, callaos —dijo Kane—. Acaba de entrar por la puerta.

Sam Clay entró en la atmósfera húmeda y recalentada por el vapor del Excelsior y desde la mesa del fondo lo saludaron. Saludó con la cabeza y luego con la mano, algo indeciso, como si aquella mañana no le apeteciera ir a sentarse con ellos. Pero después de comprar el ticket para una taza de café y un donut, se dirigió hacia allí, con la cabeza un poco gacha a su estilo bulldog.

—Buenos días, Sam —dijo Glovsky.

—He venido en coche —dijo. Parecía un poco confuso—. He tardado dos horas.

—¿Has visto el *Herald*?

Clay negó con la cabeza.

—Parece que un amigo tuyo ha vuelto a la ciudad.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

—Tom Mayflower —dijo Kane, y todo el mundo se rió. A continuación Kane explicó que alguien que se hacía llamar «El Escapista», había anunciado públicamente en el *Herald Tribune* de aquella mañana su intención de tirarse del Empire State a las cinco en punto de aquella misma tarde.

Pantaleone escarbó en el montón de periódicos en el centro de la mesa enorme y encontró un *Herald Tribune*.

—«Con numerosos errores gramaticales y de ortografía» —leyó en voz alta, leyendo en diagonal el artículo, al que se dedicaban cinco centímetros de columna en la página 2—. «Ha amenazado con revelar el "robo injusto y los malos tratos que inflige a sus mejores artistas el señor Sheldon Anapol".» Hum. «El señor Anapol no ha querido hacer especulaciones públicas sobre la identidad del autor. "Podría ser cualquiera —dijo el señor Anapol—. Nos escriben muchos chiflados".» Bueno —terminó Pantaleone, negando con la cabeza—, a mí Joe Kavalier nunca me pareció un chiflado. Como máximo un poco excéntrico.

—Joe —dijo Clay en tono asombrado—. Vosotros creéis que es Joe.

—¿Está Joe en la ciudad, Sam? ¿Tienes noticias suyas?

—No he tenido noticias de Joe Kavalier desde la guerra —dijo Clay— No puede ser él.

—Yo digo que es una broma —dijo Lee.

—El disfraz. —Clay se disponía a encender un cigarrillo, antes de sentarse, pero se quedó con la llama a medio camino de la punta—. Le hará falta un disfraz.

—¿A quién?

—A ese tipo. Si es que existe. Le hará falta un disfraz.

—Puede fabricarse uno.

—Sí —dijo Clay—. Perdonadme.

Se giró, con el cigarrillo sin encender en los dedos, y echó a andar hacia las puertas de cristal del Excelsior.

—Se acaba de marchar con el ticket de su almuerzo.

—Parecía bastante preocupado —dijo Julie Glovsky—. No tendríais que haberos puesto a hacerle broma.

Ya estaba de pie. Apuró su taza de café y salió detrás de Sammy.

Con tanta rapidez como le permitían sus piernas parecidas a boquillas de pipa, Sammy se dirigía a las oficinas de Pharaoh Cómics, situadas en un loft de West Broadway, donde trabajaba como editor en jefe.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Julie. La niebla que llevaba toda la mañana posándose sobre la ciudad no se había disipado. La gasa gris que envolvía la mañana absorbía el aliento que les salía de las bocas.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué puedo hacer? Si un chiflado quiere fingir que es el Escapista está en su derecho.

—¿No crees que sea él?

—Nah.

Subieron en la jaula chirriante del ascensor. Cuando entraron en las oficinas, Sammy pareció escrutarlas con un escalofrío mal disimulado: el suelo de cemento desgastado, las paredes blancas y lisas, las vigas a la vista y negras de grasa del techo.

Aquella no era la primera sede que tenía la empresa: la primera había sido un apartamento de siete grandes salas en el edificio McGraw-Hill, todo barniz verde, baquelita de color marfil y cromo revistiendo desde el baño hasta el equipo de recepcionistas pechugonas. Todo ello pagado con el dinero que Jack Ashkenazy había ganado en 1943, al comprarle Sheldon Anapol su parte de la empresa. A continuación Ashkenazy había invertido millones en una operación inmobiliaria basada en su extraña creencia de que después de la guerra Estados Unidos y Canadá se iban a fundir en un solo país. Después de comprobar, lleno de asombro, que aquello no sucedía, había vuelto a los orígenes de su fortuna todavía considerable: los héroes disfrazados. Había alquilado las flamantes oficinas de la calle Cuarenta y dos Oeste, había contratado a algunos de los mejores guionistas y dibujantes de Empire y les

había encargado que convirtieran en estrella a un personaje que él mismo había inventado, el Faraón, un rey egipcio reencarnado, naturalmente, con un complejo tocado a lo Tutankamón, brazaletes de metal y un taparrabos fabricado aparentemente con cemento armado, que iba así, discretamente semidesnudo, frustrando el mal con el poder místico de su Cetro de Ra. Luego los guionistas y dibujantes habían inventado un montón de héroes y heroínas todavía más inverosímiles: Earthman (con su control sobrehumano de la tierra y las piedras), el Búho Blanco (con su «ulular supersónico») y la Rosa Sobre Ruedas (con sus patines de color rojo brillante) para llenar las páginas de los nueve títulos con que se inauguraba Pharaoh Comics. Por desgracia, Jack Ashkenazy había apostado mucho en los superhéroes disfrazados justo cuando el interés de los lectores por ese género empezaba a decaer. Igual que la guerra había sido una fuente abundante de energía y argumentos, la derrota de los supervillanos que habían amenazado con devorar el mundo real, Hitler y Tojo, y de sus esbirros, había resultado tremendamente perjudicial para el negocio de los héroes con calzoncillos largos. Después de haber hecho nudos con los cañones de la artillería Krupp y de haber abatido Zeros a manotazos como si fueran mosquitos sobre el mar del Coral, ahora a todos aquellos capitanes y supersoldados licenciados de la contienda les costaba horrores reunir el viejo fervor previo a 1941 para trincar redes de ladrones de coches, rescatar a huérfanos y desvelar las actividades de promotores de combates corruptos. Al mismo tiempo, un nuevo villano, el hijo bastardo y anárquico de la relatividad y de Satán, había aparecido para extender su mortaja turbia y abrasadora sobre los héroes más poderosos, que ya ni siquiera podían estar seguros de que seguiría habiendo un mundo que salvar. Los gustos de los soldados devueltos a sus casas, que se habían enganchado a los envíos regulares de cómics incluidos con las barras de chocolate y los cigarrillos, se volvieron hacia platos más oscuros y «para adultos»: primero se pusieron de moda los cómics sobre crímenes reales, luego los románticos, las historias de terror, los westerns y la ciencia ficción. Resumiendo, cualquier cosa menos los hombres enmascarados. Los distribuidores devolvieron millones de ejemplares sin vender del n.º 1 de *Pharaoh Comics* y de los ocho títulos que lo acompañaban. Al cabo de un año, ninguno de los seis títulos que quedaban producía beneficios. Viendo la catástrofe, Ashkenazy se había mudado al centro de la ciudad, había despedido a los artistas que cobraban más y había recortado gastos. Había aplicado a su línea editorial un programa de reducción de costes e imitaciones serviles y de esa forma había obtenido un éxito limitado muy parecido al de Racy Publications, la editorial de revistas pulp de cuarta fila, hogar de revisitaciones, copias e imitaciones baratas en la que había iniciado su carrera de editor en los magros años de la Depresión, antes de que dos jóvenes estúpidos le pusieran al Escapista en las manos. Pero su orgullo nunca se había recuperado del golpe, y la opinión general era que el fracaso de Pharaoh hacía un par de años, junto

con la debacle canadiense, lo había puesto en el camino a la decadencia y la muerte.

Sammy cruzó el taller mugriento y amplio hasta llegar a su oficina. La prohibición de entrar en el despacho de Sam Clay, salvo en caso de una emergencia familiar, era absoluta y se respetaba escrupulosamente. No dejaba pasar a nadie si estaba trabajando, y siempre estaba trabajando. Sus brotes de composición febril, durante los cuales podía vomitar en una sola noche un año entero de *Puños Americanos* o de *Cita extraña*, no solamente eran célebres en las oficinas de Pharaoh, sino en todo el ramo del cómic neoyorquino. Desenchufaba el interfono, descolgaba el teléfono y a veces se tapaba los oídos con algodón, parafina o trozos de goma espuma.

Hacía siete años ya que volvía a escribir argumentos de cómics: de héroes disfrazados, románticos, de terror, de aventuras, de crímenes verdaderos, de ciencia ficción y fantasía, westerns, relatos marinos, relatos de la Biblia, un par de números de *Clásicos ilustrados*,²³ imitaciones de Sax Rohmer, imitaciones de Walter Gibson, imitaciones de H. Rider Haggard, imitaciones de Rex Stout, historias de las dos guerras mundiales, de la guerra civil, de la Guerra del Peloponeso y de las Guerras napoleónicas. De todos los géneros salvo historias de animales. Sammy ponía el límite en los animales. Haber triunfado en el mundo de aquellas importaciones del mundo de los dibujos animados, con sus tres dedos en cada mano y sus puntos en vez de ojos, con sus gags de serrín y sus payasadas pueriles, era uno de los miles de detalles que habían contribuido a romper el corazón de Sammy Clay. Tenía un estilo de escribir a máquina furioso, incluso romántico, propenso a los crescendos, los disminuendos, los arpegios densos y mordaces, capaz de noventa palabras por minuto cuando estaba presionado por los plazos de entrega o cuando le gustaba el rumbo que estaba tomando su historia, y con los años la mente se le había convertido en un instrumento tan perfectamente modulado para crear epopeyas en miniatura de ocho a doce páginas intensamente convencionales y extremadamente formalistas que podía, sin gran esfuerzo, escribir, hablar, fumar, escuchar un partido de béisbol y vigilar el reloj, todo al mismo tiempo. Desde su regreso a los cómics había reducido dos máquinas de escribir a montones fundidos de chatarra y muelles, y cuando se iba a dormir por las noches su mente continuaba robóticamente entregada a su labor, de forma que a menudo sus sueños se disponían en forma de viñetas y se veían interrumpidos por anuncios surrealistas, y cuando se despertaba por las mañanas se encontraba con que había generado bastante material para llenar todo un número de una de sus revistas.

Ahora apartó a un lado su última Remington. Julie Glovsky vio una llavecita metálica en el centro de un cuadrado de tapete secante limpio de polvo y ceniza. Sammy cogió la llave y fue a un armario de madera, traído a rastras de un laboratorio de procesamiento fotográfico desaparecido que había estado en un piso inferior del

edificio.

—¿Tienes un disfraz del Escapista? —dijo Julie.

—Sí.

—¿De dónde lo has sacado?

—De Tom Mayflower —dijo Sammy.

Registró el interior del armario hasta sacar una caja azul alargada con la inscripción LAVANDERÍA KING FAT HAND en letras negras y torcidas. A un lado alguien había escrito con lápiz de cera la palabra BACON. Sammy agitó la caja y algo traqueteó en el interior con un ruido seco. Puso cara de perplejidad. Abrió la caja y una tarjetita amarilla, del tamaño de una caja de cerillas, cayó revoloteando hasta el suelo. Sammy se inclinó, la recogió y leyó la inscripción impresa en su anverso en tintas de colores brillantes. Cuando levantó la vista, hacía mala cara y tenía la mandíbula tensa, pero Julie captó un destello inconfundible de diversión en su mirada. Sammy le dio a Julie la tarjeta. Tenía dibujadas dos anticuadas y recargadas llaves maestras, cada una a un lado del siguiente texto:

Bienvenido, fiel enemigo de la Tiranía, a la

¡¡LIGA DE LA LLAVE DE ORO!!!

Esta llave le otorga a

(imprimir nombre aquí)

todos los derechos y deberes
de un verdadero amigo de la Libertad y la Humanidad

—Es él —dijo Julie—. ¿Verdad que sí? Ha estado aquí. Se lo ha llevado.

—¿Qué te parece? —dijo Sammy—. Hacía años que no veía una de estas.

TRES

La policía apareció a la hora de la comida. Se habían tomado en serio la carta al *Herald* y el detective a cargo del caso tenía que hacerle a Sammy unas cuantas preguntas sobre Joe.

Sammy le contó al detective, un hombre llamado Lieber, que no había visto a Joe Kavalier desde la tarde del 14 de diciembre de 1941 en el muelle 11, el día que Joe zarpó para iniciar su instrucción básica en Newport, Rhode Island, a bordo de un paquebote llamado *Comet*. Joe nunca había contestado a ninguna de sus cartas. Luego, hacia el final de la guerra, la madre de Sammy, en calidad de pariente más cercana, había recibido una carta de la oficina de James Forrestal, el Secretario de la Marina. Decía que Joe había sido herido o había enfermado en el cumplimiento de su deber. La carta era imprecisa sobre la naturaleza de la herida y el escenario de guerra. También decía que llevaba cierto tiempo recuperándose en bahía de Guantánamo en Cuba, pero que en breve lo iban a licenciar y le iban a conceder una distinción. Al cabo de dos días, llegaría a Newport News a bordo del *Miskatonic*. Sammy había ido hasta Virginia en un autobús Greyhound para recogerlo y llevarlo a casa, pero de alguna forma Joe se las había arreglado para escapar.

—¿Escapar? —dijo el detective Lieber. Era un hombre sorprendentemente joven, un judío rubio de manos gordezuelas con un traje gris que parecía caro sin resultar ostentoso.

—Era un talento que tenía —dijo Sammy.

Por entonces, la desaparición de Joe había sido una pérdida en cierta forma más genuina que la que representa la muerte. No estaba simplemente muerto, lo cual habría querido decir que estaba localizable. No, lo cierto era que lo habían perdido. Se había subido al barco en Cuba. Existían pruebas documentales de este hecho en forma de firmas y de números de serie en un registro de transporte médico. Pero cuando el *Miskatonic* atracó en Newport News, Joe ya no estaba a bordo. Había dejado una breve carta. Aunque su contenido estaba clasificado, uno de los detectives de la marina le había asegurado a Sammy que no se trataba de una nota de suicidio. Cuando Sammy regresó de Virginia, después de un viaje gris e interminable de vuelta por la autopista federal US-1, se encontró su casa de Midwood inundada de banderitas. Rosa había preparado un pastel y había hecho una pancarta para darle la bienvenida a Joe. Ethel se había comprado un vestido nuevo y se había arreglado el pelo, permitiéndole a la peluquera que le tiñera las canas. Los tres —Rosa, Ethel y Tommy— se quedaron sentados en el salón, llorando debajo de las guirnaldas de papel crepé. En los meses siguientes, urdieron toda clase de teorías descabelladas y violentas para explicar lo que le había pasado a Joe y siguieron todas las pistas y rumores. Debido a que nadie se lo había arrebatado, no parecían capaces de olvidarse

de él. Con el paso de los años, sin embargo, la intensidad de la rabia y el horror de Sammy por la conducta de Joe remitió inevitablemente. Pensar en su primo perdido le seguía causando dolor. Pero al fin y al cabo, ya casi hacía nueve años.

—Se formó en Europa como escapista —le dijo al detective Lieber—. De ahí sacamos la idea para el Escapista del cómic.

—Yo lo leía —dijo el detective Lieber. Carraspeó y miró a su alrededor, a las páginas de dibujos y portadas enmarcadas de varios títulos de Pharaoh que adornaban la oficina de Sammy. En la pared de detrás de Sammy colgaba la imagen enormemente ampliada de una viñeta de una historia que Rosa había hecho para *Frontier Comics*, la única historia de superhéroes que Rosa había dibujado nunca. Mostraba al Lobo Solitario y al Cachorro, con monos ajustados de gamuza y cascos lobunos, con los brazos del uno en los hombros del otro. Detrás de sus espaldas asomaban los rayos resplandecientes de una salida del sol en Arizona. El Lobo Solitario estaba diciendo: «¡BUENO, SOCIO, PARECE QUE VA A SER UN DÍA MARAVILLOSO!». Rosa había preparado la ampliación ella misma y la había hecho enmarcar para el último cumpleaños de Sammy. Se veían los puntos de la litografía —eran tan grandes como botones de camisa— y de alguna forma la escala de la imagen le daba una solemnidad surrealista.²⁴

—Me temo que no conozco mucho lo que hacen aquí —dijo el detective Lieber, mirando a aquel Lobo Solitario enorme con cara vagamente perpleja.

—Poca gente lo conoce —dijo Sammy.

—Estoy seguro de que es interesante.

—No esté tan seguro.

Lieber se encogió de hombros.

—Muy bien, hay algo que no entiendo. ¿Por qué iba a querer «escaparse», tal como usted dice? Acababa de licenciarse. Volvía de algún lugar olvidado de Dios. Por lo que parece, lo pasó bastante mal. ¿Por qué no iba a querer ir a casa?

Sammy no respondió de inmediato. Ya se le había ocurrido una respuesta, pero como le resultaba frívola se la calló. Luego lo consideró un momento y vio que era muy posible que fuera la respuesta correcta a la pregunta del detective Lieber.

—Lo cierto es que no tenía casa a la que volver —dijo Sammy—. O al menos esa era la impresión que debía de darle.

—¿Y su familia en Europa?

—Todos muertos. Todos, su madre, su padre y su abuelo. El barco en el que iba su hermano pequeño fue torpedeado. No era más que un niño, un refugiado.

—Dios mío.

—Fue un desastre.

—¿Y desde entonces nunca ha tenido noticias de su primo? Ni siquiera...

—Ni una postal. Y he hecho un montón de pesquisas, detective. He contratado a

detectives privados. La marina llevó a cabo una investigación. Y nada.

—¿Cree usted...? Seguramente ha considerado la posibilidad de que esté muerto, ¿no?

—Puede que lo esté. Mi mujer y yo lo hemos discutido todos estos años. Pero de alguna forma creo... Creo que no lo está.

Lieber asintió y se volvió a guardar el cuaderno en el bolsillo de su elegante traje gris.

—Gracias —dijo. Se puso de pie y estrechó la mano de Sammy. Sammy lo acompañó hasta el ascensor.

—Parece usted tremendamente joven para ser detective —dijo Sammy—. Si no le molesta que se lo diga.

—Sí, pero tengo el corazón de un anciano de setenta años —dijo Lieber.

—¿Es usted judío, si no le molesta mi pregunta?

—No me molesta.

—No sabía que estuvieran nombrando detectives judíos.

—Acaban de empezar —dijo Lieber—. Yo soy algo así como el prototipo.

El ascensor se detuvo con un ruido sordo y Sammy arrastró a un lado la puerta de la jaula traqueteante.

El suegro de Sammy estaba dentro, vestido con un traje de tweed. La chaqueta tenía charreteras y bastante tela como para vestir a dos escoceses para ir a cazar el urogallo. Cuatro o cinco años antes, Longman Harkoo había dado una serie de conferencias en la New School sobre la conexión íntima entre catolicismo y surrealismo, tituladas «El superego, el ego y el Espíritu Santo». Habían sido unas conferencias desganadas, confusas y apenas había asistido nadie, pero desde entonces Siggy había abandonado sus caftanes y su toga doctoral en favor de un atuendo más académico. Todos sus enormes trajes estaban hechos, pésimamente, por el mismo sastre de Oxford que malvestía a la flor y la nata del mundo académico inglés.

—Tiene miedo de que estés furioso con él —dijo Saks—. Ya le hemos dicho que no lo estarías.

—¿Lo ha visto usted?

—Oh, mucho más que verlo —sonrió—. Está...

—¿Ha visto a Joe y nunca nos ha dicho nada a mí o a Rosa?

—¿A Joe? ¿Hablas de Joe Kavalier? —Saks pareció perplejo. Abrió la boca y la volvió a cerrar—. Hum —dijo. Parecía que algo no cuadraba en su mente.

—Este es mi suegro, el señor Harkoo —le dijo Sammy a Lieber—. Señor Harkoo, este es el detective Lieber. No sé si ha visto el *Herald* de hoy, pero hay...

—¿Quién hay detrás de usted? —dijo Lieber, mirando el interior del ascensor, más allá del enorme bulto pardusco de Siggy Saks. El hombretón se hizo a un lado con agilidad y con cierto aire de expectación risueña, como si estuviera levantando el

telón de un número de ilusionismo recién ejecutado. Aquel breve abracadabra hizo aparecer al niño de once años llamado Thomas Edison Clay.

—Lo he encontrado en mi puerta. Literalmente.

—Maldita sea, Tommy —dijo Sammy—. Te he acompañado al edificio. Te he visto entrar en tu aula. ¿Cómo has salido?

Tommy no dijo nada. Se limitó a mirar el parche que tenía en las manos.

—Otro escapista —dijo el detective Lieber—. Debe ser cosa de familia.

CUATRO

Las grandes hazañas de la ingeniería son objetos de interés perpetuo para la gente inclinada a la autodestrucción. Desde que fue terminado, el Empire State, un gigantesco pedazo de Indiana arrancado del seno de leve piedra caliza del Medio Oeste y erigido, en el antiguo emplazamiento del Waldorf Astoria, en medio del tráfico más denso del mundo, había sido un imán para las almas trastornadas deseosas de asegurarse de la fatalidad de su impacto, o para burlarse de las audaces creaciones de la vanidad humana. Desde su apertura hacía casi veintitrés años, una docena de personas habían intentado tirarse a la calle desde sus cornisas o su pináculo. Aproximadamente la mitad lo habían conseguido. Sin embargo, ninguno había hecho una advertencia previa tan clara y atenta de sus intenciones. Trabajando en colaboración con sus compañeros del ayuntamiento, la policía privada y los escuadrones de bomberos del edificio habían tenido tiempo de sobras para poner agentes en todas las entradas y puntos de acceso al edificio, en las entradas de las escaleras y las zonas de ascensores. El piso veinticinco, donde todavía se encontraban las oficinas de Empire Cómics, estaban atestadas de policías del edificio con sus uniformes de lana y metal, sus espaldas anchas y sus gorras de picos anticuadas que según la leyenda había diseñado el difunto Al Smith en persona. Se había puesto en alerta a los quince mil inquilinos del edificio, advirtiéndoles de que estuvieran alerta por si veían a un loco flaco y de nariz aguileña, tal vez vestido con unos calzoncillos largos de color azul oscuro, o quizá con un esmoquin azul apolillado y de faldones extravagantes. Los bomberos con sus monos de lona rodeaban el edificio por tres de sus lados, desde la calle Treinta y tres, girando por la Quinta Avenida, hasta la Treinta y cuatro. Miraban a través de prismáticos alemanes de precisión y examinaban los infinitos planos de piedra de Indiana en busca de cualquier mano o pie que pudiera asomar. Estaban listos, en la medida en que podían estarlo. Si el loco conseguía saltar por una ventana y tirarse a la oscuridad creciente de la tarde, no estaba tan claro lo que iban a hacer. Pero tenían esperanzas.

—Lo atraparemos antes de que lo haga —predijo el capitán Harley, todavía al mando de la policía del edificio después de tantos años, con su ojo malo más brillante e irascible que nunca—. Atraparemos a ese pobre idiota.

La circulación diaria del *Herald Tribune* de Nueva York en 1954 era de cuatrocientos cincuenta mil ejemplares. De todos esos lectores, unos doscientos habían sido atraídos por la carta impresa aquella mañana en su periódico y ahora formaban grupos de curiosos detrás de los cordones policiales, mirando hacia arriba. La mayoría eran hombres de entre veinte y cuarenta años, con chaqueta y corbata, empleados de transporte marítimo, delineantes comerciales y vendedores al por mayor de tejidos y ropa de camino a sus negocios familiares. Muchos trabajaban en el

vecindario. Se miraban los relojes de pulsera y hacían las típicas bromas de neoyorquinos que esperan un suicidio —«A ver si se tira ya, que tengo una cita»— pero no apartaban la vista de los lados del edificio. Habían crecido con el Escapista, o bien habían descubierto sus aventuras en una trinchera en Bélgica o al zarpar de la Isla de Bougainville. En algunos de aquellos hombres, el nombre de Joe Kavalier despertaba recuerdos largo tiempo dormidos de una liberación imprudente, violenta y hermosa.

También había simples transeúntes, tenderos y empleados de oficina de camino a sus casas que se habían acercado atraídos por las luces de los flashes y los uniformes. El rumor del espectáculo prometido se había extendido rápidamente entre ellos. Cuando el flujo de información decaía por culpa del hermetismo de la policía, el contingente pequeño pero locuaz de aficionados a los cómics estaba dispuesto a completar y adornar los detalles de la desafortunada carrera de Joe Kavalier.

—Yo he oído que es todo una broma —dijo Joe Simon, que había creado al Capitán América junto con su socio Jack Kirby. Los derechos del Capitán América habían reportado y continuarían reportando en el futuro unos beneficios enormes a su editorial, Timely Publications, que un día pasaría a conocerse como Marvel Comics — Me lo ha dicho Stan.

A las cinco y media, como no habían descubierto a nadie merodeando por el edificio ni saliendo a hurtadillas por un alféizar azotado por el viento, el capitán Harley empezó a llegar a la misma conclusión. Estaba con algunos de sus hombres delante mismo de la entrada de la calle Treinta y tres, chupando la boquilla de una pipa de madera de brezo. Por octava vez, se sacó su reloj de bolsillo de oro y consultó las agujas. Lo cerró de golpe y soltó una risita.

—Es una broma —dijo—. Lo he sabido todo el tiempo.

—Estoy cada vez más de acuerdo —dijo el detective Lieber.

—Tal vez se le haya parado el reloj —dijo Sammy Clay, casi esperanzado. A Lieber le daba la impresión de que si la amenaza resultaba ser una broma, Clay se iba a sentir decepcionado.

—Dígame una cosa —le dijo Lieber a Clay. En calidad de familiar, al pequeño escritor, tal como Lieber pensaba en él, le habían permitido atravesar el cordón policial. En caso de que Joe Kavalier apareciera, su primo estaría a mano para dar consejos y para llevar a cabo las súplicas de último minuto. También estaba el niño. El procedimiento ordinario prohibía que hubiera niños en aquellas situaciones, pero la experiencia le había enseñado a Lieber, después de patrullar nueve años por Brownsville, que a menudo la cara de un niño, o simplemente su voz por teléfono, podían hacer que una persona abandonara la cornisa—. Hasta hoy, ¿cuánta gente sabía la historia de cómo a usted y su primo los robaron, los engañaron y se aprovecharon de ustedes?

—Eso me ofende, detective —dijo Sheldon Anapol. El hombretón había bajado a las cinco en punto de las oficinas de Empire. Estaba enfundado en un abrigo largo y negro y llevaba un diminuto sombrero tirolés de color gris posado en la cabeza como una paloma, con la pluma ondeando al ritmo de la brisa. El día se estaba volviendo frío e inclemente. Ya empezaba a oscurecer—. Usted no conoce este asunto lo bastante como para emitir un juicio como ese. Había contratos que respetar, derechos de reproducción. Por no mencionar el hecho de que, mientras estaban trabajando para nosotros, tanto el señor Kavalier como el señor Clay ganaban más dinero que casi nadie en el ramo.

—Lo siento —dijo Lieber, sin arrepentimiento. Se volvió hacia Sammy—. Pero ya sabe a qué me refiero.

Sammy se encogió de hombros y asintió, con la boca fruncida. Sabía a qué se refería el detective.

—Hasta hoy no muchos. Una veintena de individuos del sector. La mayoría son unos bromistas, tengo que admitirlo. Probablemente algunos abogados. Y mi mujer.

—Bueno, pues mire esto.

Lieber hizo un gesto hacia la multitud creciente, agolpada en la acera de enfrente, hacia las calles cortadas y llenas de taxis tocando la bocina, los reporteros y los fotógrafos: todo el mundo miraba el edificio en torno al cual se habían acumulado durante tantos años los millones incalculables del Escapista. Habían oído los nombres de los actores principales, Sam Clay y Sheldon Anapol. Señalaban y murmuraban y miraban con el ceño fruncido al editor con su abrigo fúnebre. Aunque nadie se había sentado nunca a calcular cuánto dinero había estafado Empire Comics al equipo de Kavalier y Clay, la cifra circulaba ahora ampliamente entre la multitud y crecía por momentos.

—Es lamentable que tengamos aquí a tanta gente. —La experiencia de Lieber con suicidios era bastante extensa. Había muy poca gente que decidiera acabar con su vida públicamente, y, dentro de ese grupo, muchos menos todavía que dieran un lugar y una hora extraña por adelantado. De estos últimos, y solamente se le ocurría un par de casos desde que había conseguido su placa en 1940, ninguno había llegado tarde a su cita—. El señor Anapol —señaló al editor—, aunque es evidente que no tiene la culpa, acabará pareciendo el culpable.

—Asesinar al personaje —dijo Anapol—. Eso es lo que va a conseguir.

De nuevo el capitán Harley de la policía del edificio cerró de golpe su reloj, esta vez de forma mucho más concluyente.

—Voy a enviar a mis chicos a casa —dijo—. No creo que ninguno de ustedes tenga nada de qué preocuparse.

Lieber guiñó un ojo al niño, un niño inquisitivo y triste que llevaba los últimos cuarenta y cinco minutos chupándose un dedo a la sombra de su enorme abuelo y con

cara de estar a punto de vomitar. Cuando Lieber le guiñó el ojo, el niño palideció. El detective frunció el ceño. En sus años como policía de ronda en las inmediaciones de Pitkin Avenue había asustado muchas veces a niños con un guiño amistoso o un saludo, pero casi nunca a uno tan mayor que no tuviera ningún cargo de conciencia.

—No lo entiendo —dijo Sammy—. Es decir, entiendo lo que me dice. Yo he pensado lo mismo. A lo mejor todo es un montaje para que le presten atención y nunca ha tenido ninguna intención de saltar. Pero entonces, ¿por qué ha robado el disfraz de mi despacho?

—¿Puede demostrar que ha sido él quien se lo ha llevado? —dijo Lieber—. Mire, no lo sé. Tal vez le ha entrado miedo y se ha echado atrás. Tal vez lo ha atropellado una carretilla o un taxi. Miraré en los hospitales por si acaso.

Asintió en dirección al capitán Harley y se mostró de acuerdo en que era hora de recogerlo todo y marcharse. Luego se volvió hacia el niño. No sabía exactamente qué decir. La cadena de razones y posibilidades permanecía todavía desarmada en su mente. No fue más que un impulso policial pasajero, un olfato para los problemas, lo que suscitó la pregunta. Era uno de esos hombres que no pueden evitar meter un poco de miedo a un niño revoltoso.

—He oído que has estado faltando a la escuela, jovencito, para venir a callejear a nuestra maravillosa ciudad.

El niño abrió mucho los ojos. Era un niño guapo, un poco sobrealimentado pero con unos tupidos rizos negros y unos ojos azules que ahora abría como platos. El detective todavía no estaba seguro de si el niño temía que lo castigaran o lo estaba deseando. Normalmente, en el caso de los pequeños revoltosos como aquel, solía ser lo segundo.

—No quiero pillarte suelto por mi ciudad nunca más, ¿me oyes? Quédate en Long Island, que es tu sitio.

Ahora le guiñó el ojo al padre. Sam Clay se rió.

—Gracias, detective —dijo. Agarró un puñado de pelo de su hijo y le sacudió la cabeza de adelante hacia atrás de una forma que a Lieber le pareció bastante dolorosa—. Se ha vuelto todo un falsificador. Imita la firma de su madre y la pone debajo de sus excusas mejor que ella misma.

Lieber sintió que los eslabones de la cadena empezaban a aproximarse.

—¿Es eso cierto? —dijo—. Dime, ¿ya tienes una de esas obras maestras lista para presentarla mañana?

Con tres cabeceos rápidos y silenciosos, el niño confesó que así era. Abrió su cartera de la escuela y sacó una carpeta de papel manila. La abrió. Dentro había una hoja de papel caro, pulcramente escrito a máquina y firmado. Le dio la hoja a Lieber. Sus movimientos eran precisos y prodigiosamente —casi ostentosamente— cuidadosos: Lieber recordó que el padre del niño sospechaba que su hijo se había

estado escabullendo a la ciudad para frecuentar la compañía de prestidigitadores en la tienda de magia de Louis Tannen. Lieber ojeó la nota del chico.

Querido señor Savarese:

Por favor, disculpe por ayer la ausencia de Tommy. Tal como le previne previamente creo que necesitaba tratamientos de tipo oftalmológico de su especialista médico en la ciudad.

Sinceramente,

Señora ROSA CLAY

—Me temo que su hijo es el responsable de todo esto —dijo Lieber, pasándole la carta al padre del niño—. Él ha escrito la carta al *Herald Tribune*.

—Ya me lo parecía —dijo el abuelo—. Me había parecido reconocer el estilo.

—¿Qué? —dijo Sam Clay— ¿Qué les hace pensar eso?

—Las máquinas de escribir tienen personalidad —dijo el niño en voz baja, mirándose los pies—. Como las huellas dactilares.

—Eso suele ser cierto —dijo Lieber.

Sammy examinó la nota y miró al niño de forma extraña.

—Tommy, ¿es eso verdad?

—Sí, señor.

—¿Me estás diciendo que nadie va a saltar?

Tommy negó con la cabeza.

—¿Que todo esto te lo has inventado tú?

Asintió.

—Bueno —dijo Lieber—. Esto que has hecho es grave, hijo. Me temo que has cometido un delito —miró al padre—. Siento lo de su primo —dijo—. Sé que usted confiaba en que hubiera vuelto.

—Es cierto —dijo Sammy sorprendido, bien por darse cuenta de ello o bien porque el policía lo hubiera adivinado—. Creo que sí confiaba en ello.

—¡Pero es que ha vuelto! —gritó el niño, e incluso el policía dio un respingo—. Está aquí.

—¿En Nueva York? —dijo el padre. El niño asintió—. Joe Kavalier está aquí en Nueva York. —De nuevo el niño asintió—. ¿Dónde? ¿Cómo lo sabes? Tommy, maldita sea, ¿dónde está tu primo Joe?

El niño murmuró algo en tono casi inaudible. Luego, para sorpresa de los demás, dio media vuelta y entró en el edificio. Se dirigió a la zona de los ascensores expresos y pulsó el botón de los que iban a la cima del edificio.

CINCO

Todo había empezado —o más bien había vuelto a empezar— con la Ultra-Caja Diabólica.

El pasado 3 de julio, en su undécimo cumpleaños, el padre de Tommy lo había llevado al Criterion a ver *La historia de Robin Hood*, a comer en el Automat y a visitar una reproducción en la biblioteca de la calle Cuarenta y dos del apartamento de Sherlock Holmes, donde se podía ver una carta sin abrir dirigida al detective, una alpargata con la punta doblada llena de tabaco, la huella de la pezuña del Sabueso de los Baskerville y una Rata Gigante de Sumatra disecada. Todo aquello había sido petición de Tommy y estaba destinado a reemplazar la habitual fiesta de cumpleaños. El único amigo de Tommy, Eugene Begelman, se había mudado a Florida al terminar el cuarto curso y Tommy no había tenido ganas de llenar la sala de estar de los Clay de niños inquietos, huraños y con los ojos en blanco a los que sus padres habían obligado a asistir simplemente por educación. Seguía durmiendo con un castor de peluche llamado Bucky. Pero al mismo tiempo, se enorgullecía de su distanciamiento del mundo de los niños normales, estúpidos, felices y envidiables de Bloomtown, e incluso lo defendía de forma beligerante. El misterio de la identidad de su verdadero padre, que Tommy había decidido que había sido un soldado muerto en Europa —descifrando las pistas que había oído a hurtadillas y los comentarios rápidamente interrumpidos de sus padres y de su abuela antes de morir—, era al mismo tiempo una fuente de amor propio y de anhelos amargos, una oportunidad inmensa que había perdido pero que en cualquier caso únicamente podría haber recaído en él. Siempre había simpatizado con los jóvenes de las novelas cuyos padres habían muerto o los habían abandonado (ya fuera para ayudarlos a cumplir con sus destinos singulares como futuros emperadores o reyes de la piratería o bien movidos por la aplastante crueldad general hacia los niños del mundo). Interiormente estaba convencido de que le aguardaba un destino semejante, tal vez en las colonias de Marte o en las minas de plutonio del cinturón de asteroides. Tommy era un poco regordete y pequeño para su edad. Había sido objeto de bastantes crueldades convencionales durante su vida, pero su taciturnidad y sus resultados espectaculares en la escuela le habían reportado cierto grado de invisibilidad que lo protegía. De esa forma, con el paso del tiempo, había ganado el derecho a mantenerse lejos de los escenarios habituales de las estratagemas y la agresividad juvenil: los brotes de violencia en el patio, los intercambios continuos de cartas, las fiestas de Halloween, los cumpleaños y las fiestas en piscinas. Todo aquello le atraía, pero se prohibía a sí mismo interesarse por ello. Si no podía conseguir que se brindara a su salud en la enorme sala de banquetes de madera de roble de un castillo, inundada del aroma a jabalí y a venado de los asadores, llena de aventureros y arqueros incondicionales entrechocando sus jarras, entonces tendría

que conformarse con un día en Nueva York con su padre.

El clímax, el elemento crucial de la celebración, era una parada en la tienda de magia de Louis Tannen, en la calle Cuarenta y dos, para comprar el regalo de cumpleaños que Tommy había pedido: la Ultra-Caja Diabólica. A un precio de 17,95 dólares, representaba un dispendio por parte de sus padres, pero desde el principio se habían mostrado notablemente indulgentes con su reciente interés por la magia, como si ese interés estuviera de acuerdo con algún itinerario secreto que hubieran trazado mentalmente para el chico.

Fue Eugene Begelman quien desencadenó todo aquello de la magia, después de que su padre regresara de un viaje de negocios a Chicago con una caja alargada de los colores de la baraja que contenía, de acuerdo con su etiqueta, «todo lo necesario para ASOMBRAR y dejar ESTUPEFACTOS a tus amigos y convertirte en el alma de TODAS las fiestas». Naturalmente, Tommy había fingido que se burlaba de aquella promesa, pero después de que Eugene consiguiera hacer desaparecer prácticamente todo un huevo duro, y de que estuviera a punto de sacar un ratón artificial más bien mustio de unas medias de mujer supuestamente normales, Tommy había perdido la paciencia. Su impaciencia —cierta rigidez en el pecho, unos golpecitos con el pie en el suelo y una sensación parecida a las ganas de orinar—, a veces insoportable, parecía abrumarlo siempre que se encontraba con algo que no podía entender. Le había pedido prestado el Kit de Magia Juvenil Al-A-Kazzam! a Eugene y se lo había llevado a casa. Había tardado un fin de semana en aprenderse todos los trucos. Eugene le dijo que se quedara el kit.

Luego, Tommy había ido a la biblioteca y había descubierto una estantería insospechada de libros de trucos con cartas, con monedas, con pañuelos de seda y cigarrillos. Tenía las manos largas para un chico de su edad, los dedos largos y la capacidad para quedarse delante del espejo con un cuarto de dólar o un librito de cerillas, repitiendo las mismas flexiones imperceptibles de los dedos una y otra vez, que lo sorprendía incluso a él. Practicar sus desapariciones lo tranquilizaba.

No tardó mucho en descubrir la tienda de Louis Tannen. En 1953, el gran proveedor de trucos y suministros de la Costa Este todavía era la capital no oficial de la prestidigitación profesional de América, una especie de club de magos informal donde varias generaciones de hombres con sombreros de copa, de camino al norte, al sur o al oeste, a los vodeviles y los teatros de comedia, los clubes nocturnos y los teatros de variedades del país, se reunían para intercambiar información, gorrear dinero o deslumbrarse entre ellos con refinamientos demasiado sutiles o artísticos para desperdiciarlos ante un público de brutos boquiabiertos, mirones lascivos y señoras serradas por la mitad. La Ultra-Caja Diabólica era uno de los trucos clásicos del señor Louis Tannen, un éxito perenne que él mismo garantizaba personalmente que convertía al público —seguramente no a un público de alumnos de quinto que

intercambiaban cartas y jugaban al stickball, imaginaba Tommy, sino a uno de tipos con esmoquin que fumaban cigarrillos largos en transatlánticos y a mujeres con gardenias en el pelo— en una capa de gelatina desconcertada en el suelo. Solamente su nombre ya bastaba para volver loco de impaciencia a Tommy.

En sus visitas previas, Tommy había visto que había dos puertas al fondo de la tienda. Una, pintada de verde, llevaba al almacén donde se guardaban los aros de metal, las jaulas para los trucos y los baúles con doble fondo. La otra puerta, pintada de negro, generalmente se mantenía cerrada, pero a veces alguien, el gran Louis Tannen o uno de los vendedores, llegaba de la calle y entraba por ella, dando un vislumbre del mundo que había al otro lado. O bien alguien salía, saludando con la mano a quien fuera que estaba dejando atrás, metiéndose cinco dólares en el bolsillo o negando con la cabeza por algún milagro que acabara de presenciar. Se trataba de la famosa trastienda de Louis Tannen. Tommy habría dado lo que fuera —habría renunciado a la Ultra-Caja Diabólica, a *La historia de Robin Hood*, a la réplica del cuarto de Sherlock Holmes en Baker Street y al Automat— solamente por la posibilidad de echar un vistazo allí dentro y ver a los viejos profesionales esgrimiendo las flores más desconcertantes de su arte. Mientras el señor Tannen en persona le hacía al padre de Tommy una demostración de la Ultra-Caja —le enseñaba que estaba vacía, metía siete pañuelos en su interior y la abría otra vez para mostrarle que seguía estando vacía—, llegó a la tienda un hombre, dijo: «Hola, Lou» y entró en la trastienda. Antes de que la puerta volviera a cerrarse, Tommy vislumbró a un grupo de magos, con jersey y traje, dándole la espalda. Estaban mirando a otro mago en plena actividad, un tipo alto y delgado con la nariz larga. El hombre de la nariz larga levantó la vista, sonriendo por el truco que acababa de hacer, sin que sus ojos hundidos y de párpados pesados se mostraran impresionados por el mismo. Los demás magos expresaron con palabrotas su admiración por el truco. Los tristes ojos azules del mago se encontraron con la mirada de Sammy. Se abrieron mucho. Y la puerta se cerró.

—Asombroso —dijo Sammy Clay, sacando su cartera—. Vale su precio.

El señor Tannen le dio la caja a Tommy y el niño la cogió sin apartar la vista de la puerta. Concentró sus pensamientos hasta formar con ellos un haz fino como un diamante y lo dirigió al pomo de la puerta, deseando que girara. No pasó nada.

—¿Tommy? —Tommy levantó la vista. Su padre lo estaba mirando. Parecía irritado y en su voz había un matiz de falsa jovialidad—. ¿Todavía te queda un ápice de deseo en la cabecita por este regalo?

Tommy asintió, pero su padre había adivinado la verdad. Miró la misma caja azul de madera barnizada que tan solo la noche anterior había deseado con un fervor que lo había mantenido despierto hasta pasada la medianoche. Pero conocer los secretos de la Ultra-Caja Diabólica nunca lo llevaría al otro lado de la puerta de la trastienda

de Tannen, donde todos aquellos hombres curtidos y viajados inventaban prodigios privados para pasar sus ratos de melancolía. Apartó la vista de la Ultra-Caja y miró la puerta negra. Seguía cerrada. El Bicho, Tommy lo sabía, habría echado a correr hacia ella.

—Es genial, papá —dijo Tommy—. Me encanta. Gracias.

Tres días después, el lunes, Tommy pasó por el drugstore de Spiegelman para ordenarle los cómics. Era un servicio que proporcionaba sin cobrar y que, por lo que él sabía, Spiegelman no conocía. Los cómics nuevos de la semana llegaban el lunes, y hacia el jueves, sobre todo a fin de mes, las largas hileras de estantes de alambre de la pared del fondo solían ser un caos de ejemplares desordenados y con las esquinas dobladas. Todas las semanas, Tommy los clasificaba y los ordenaba alfabéticamente, ponía los de National con los de National, los de EC con los de EC, los de Timely con los de Timely, reunía los miembros dispersos de la familia Marvel y aislaba los títulos románticos, que detestaba —aunque intentaba ocultárselo a su madre— en una esquina. Por supuesto, reservaba los estantes del centro para los diecinueve títulos de Pharaoh. Llevaba un recuento constante de estos, se alegraba cuando Spiegelman agotaba su pedido de *Puños Americanos* en una semana y sentía una lástima y una vergüenza misteriosas por su padre cuando los seis ejemplares de *Cuentos marineros*, uno de los favoritos de Tommy, languidecían sin compradores durante un mes entero en el estante de Spiegelman. Llevaba a cabo el reordenamiento de forma subrepticia, fingiendo que hojeaba. Cuando entraba otro niño o pasaba por delante el señor Spiegelman, Tommy volvía a colocar a toda prisa y de cualquier forma el montón que tuviera en la mano y se ponía a silbar alguna melodía con aire inocente mal simulado. Ayudaba a ocultar su actividad secreta de bibliotecario —suscitada por lealtad a su padre pero también por un odio innato al desorden— gastando diez preciosos centavos a la semana en un cómic. Y eso que regularmente su padre le traía a casa montones enormes de cómics de «la competencia», incluidos muchos títulos que Spiegelman no tenía.

Lógicamente, ya que Tommy estaba malgastando su dinero, tendría que haber sido en alguno de los títulos menos leídos de Pharaoh, como *Historias de la granja* o el ya mencionado título náutico. Pero cuando Tommy salía todos los jueves de la tienda de Spiegelman, era con un cómic de Empire en las manos. Aquel era su pequeño y oscuro acto de deslealtad a su padre: a Tommy le encantaba el Escapista. Admiraba su cabello dorado, su adhesión estricta y en ocasiones obsesiva a las reglas del juego limpio, y la sonrisa afable que mostraba siempre, incluso cuando estaba recibiendo un puñetazo en la mandíbula del Kommandant X (que había llevado a cabo una transición bastante fluida de nazi a comunista) o de uno de los gigantescos esbirros de Poison Rose. Los orígenes turbios del Escapista, tal como los habían ideado su padre y su desaparecido primo Joe, concordaban oscuramente en la

imaginación de Tommy con los suyos propios. Se leía el cómic entero en el camino de la tienda de Spiegelman a casa, despacio, saboreándolo, consciente del roce de sus zapatillas sobre la acera todavía nueva, del avance tambaleante de su cuerpo por la oscuridad que se extendía más allá de los márgenes de las páginas que iba pasando. Justo antes de doblar la esquina de Lavoisier Drive, tiraba el cómic en los cubos de basura de D'Abruzzio's.

Aquellas partes de sus trayectos de ida y vuelta a la escuela que no ocupaba con la lectura —además de cómics, devoraba ciencia-ficción, cuentos marineros, H. Rider Haggard, Edgar Rice Burroughs, John Buchan y novelas sobre la historia de Gran Bretaña o América— ni con ensayos mentales detallados de los espectáculos de magia de una noche entera con los que algún día planeaba asombrar al mundo, Tommy se hacía pasar por el humilde Tommy Clay, un simple escolar americano, cuya identidad como el Bicho no era conocida por nadie. El Bicho era el nombre de su alter ego de luchador contra el crimen disfrazado, nacido una mañana en que Tommy iba a primer curso, y cuyas aventuras y cuya mitología cada vez más compleja había estado escribiendo mentalmente desde entonces. Había dibujado bastantes historias del Bicho como para llenar varios volúmenes, pero su talento artístico no podía compararse con el alcance y la nitidez de su imaginación mental y el embrollo resultante de manchas de grafito y migas de goma de borrar siempre lo acababa desanimando. El Bicho era realmente un bicho, un insecto —en su versión actual, un escarabajo— que había quedado atrapado, junto con un bebé humano, en la onda expansiva de una explosión atómica. De alguna forma —Tommy no precisaba esto—, sus naturalezas se habían mezclado y ahora la mente y el espíritu del escarabajo habitaban el cuerpo de metro y medio de un niño humano que se sentaba en la tercera fila de la clase del señor Landauer, bajo un busto de Franklin D. Roosevelt. A veces era capaz de explotar —nuevamente de forma imprecisa— las habilidades características de otra especie de bichos: volar, clavar su aguijón o tejer capullos de seda. Siempre que llevaba a cabo su trabajo clandestino en los estantes de Spiegelman, lo hacía envuelto con la capa imaginaria del Bicho, por decirlo así, con las antenas extendidas y tensadas para detectar cualquier temblor minúsculo que delatara el acercamiento del señor Spiegelman, a quien Tommy solía identificar en aquella situación como el malvado Cepo de Acero, miembro colegiado de la galería de villanos del Bicho.

Aquella tarde, mientras alisaba la esquina doblada de un ejemplar de *Extraña cita*, ocurrió algo sorprendente. Por primera vez desde que podía recordarlo, sintió un respingo verdadero de las sensibles antenas del Bicho. Alguien lo estaba mirando. Miró a su alrededor. Había un hombre de pie, medio escondido detrás de un cilindro tachonado de cristales de gafas de leer de cincuenta centavos. El hombre apartó la vista bruscamente y fingió que todo el tiempo había estado mirando una luz azul y

rosa que parpadeaba en la pared del fondo de la tienda. Tommy lo reconoció de inmediato como el mago de ojos tristes de la trastienda de Tannen. No le sorprendió ver al tipo allí, en el drugstore de Spiegelman en Bloomtown, Long Island. Aquello era algo que siempre recordaría después. Incluso se alegró de verlo allí, lo cual era un poco sorprendente. En la tienda de Taimen, el aspecto del hombre le había resultado agradable. Había sentido un afecto inexplicable por aquella mata desordenada de rizos negros, por aquel cuerpo desgarbado vestido con un traje blanco manchado y por aquellos ojos grandes y afables. De pronto Tommy comprendió que aquel afecto extraño que sentía no era más que una reacción a su momento inicial de reconocimiento.

Cuando el hombre se dio cuenta de que Tommy lo estaba mirando, dejó de fingir. Por un instante se quedó allí, con la espalda encorvada y la cara ruborizada. Parecía como si estuviera planeando huir. Eso fue otra cosa que Tommy recordaría más tarde. Luego el hombre sonrió.

—Hola —dijo. Tenía una voz suave y un ligero acento.

—Hola —dijo Tommy.

—Siempre me he preguntado qué hay en esos jarrones. —El hombre señaló el escaparate de la tienda, donde dos jarrones de cristal, barrocos y con tapones en forma de bulbo, permanecían perpetuamente llenos de un líquido claro, teñido respectivamente de rosa y azul. El sol vespertino los atravesaba con sus rayos y proyectaba sus dos sombras ondulantes de color pastel en la pared del fondo.

—Se lo he preguntado al señor Spiegelman —dijo Tommy—. Un par de veces.

—¿Y qué ha dicho?

—Que es un secreto de su profesión.

El hombre asintió con solemnidad.

—Pues tenemos que respetarlo. —Buscó en su bolsillo y sacó un paquete de cigarrillos Old Gold. Encendió uno con un chasquido de su encendedor e inhaló lentamente, mirando a Tommy con expresión preocupada, tal como Tommy esperaba que fuera.

—Soy tu primo —dijo el hombre—. Josef Kavalier.

—Ya lo sé —dijo Tommy—. He visto tu foto.

El hombre asintió y dio otra calada a su cigarrillo.

—¿Vas a venir a casa?

—Hoy no.

—¿Vives en Canadá?

—No —dijo el hombre—. No vivo en Canadá. Podría decirte dónde vivo, pero si lo hago tienes que prometerme no revelar mi paradero ni mi identidad a nadie. Es un secreto absoluto.

Oyeron un chirrido de suelas de cuero sobre el linóleo. El primo Joe levantó la

vista, dejó escapar una frágil sonrisa adulta y miró a un lado con inquietud.

—¿Tommy? —Era el señor Spiegelman. Estaba mirando con curiosidad al primo Joe, no de forma hostil, pero con un interés que Tommy comprendió que era claramente ajeno a lo mercantil—. Creo que no conozco a tu amigo.

—Este... es... Joe —dijo Tommy—. Lo... conozco. —La intrusión del señor Spiegelman en la zona de los cómics lo puso nervioso. La sensación onírica de calma con que había encontrado en un drugstore de Long Island al primo desaparecido en un transporte militar frente a la costa de Virginia, lo abandonó. Joe Kavalier era el gran generador de silencios entre los adultos en casa de los Clay. Siempre que Tommy entraba en una habitación y todo el mundo se callaba, sabía que era porque estaban hablando del primo Joe. Naturalmente, los había martirizado sin piedad para que le hablaran de aquel hombre misterioso. Por lo general, su padre se negaba a hablar de la época de la asociación que había producido al Escapista. «Todo ese rollo me deprime, colega», decía. Sin embargo, a veces se podía lograr que especulara sobre el paradero actual de Joe, el curso de sus singladuras y la posibilidad de que algún día volviera. Sin embargo, aquellas conversaciones ponían nervioso al padre de Tommy. Cogía sus cigarrillos, un periódico o encendía la radio: cualquier cosa con tal de acabar con la conversación.

Era su madre la que había transmitido a Tommy la mayoría de lo que había averiguado sobre Joe Kavalier. Su madre le había explicado toda la historia del nacimiento del Escapista, de la enorme fortuna que los propietarios de Empire Comics habían amasado gracias al trabajo de su padre y su primo. El bienestar que el Escapista podría haber representado para la familia si Sheldon Anapol y Jack Ashkenazy no los hubieran engañado la atormentaba. «Los atracaron a mano armada», decía a menudo. Por lo general, Rosa limitaba aquellas declaraciones a momentos en que madre e hijo estaban solos, pero ocasionalmente también sacaba a relucir en presencia del padre de Tommy la triste historia de Sam Clay en el mundo del cómic, en la que el primo Joe había jugado un papel crucial, para reafirmar alguna idea más grande y abstrusa acerca del estado de sus vidas que Tommy, aferrado con ferocidad a su visión infantil de las cosas, nunca conseguía entender. Por lo visto, su madre conocía toda clase de detalles interesantes sobre Joe. Sabía a qué escuela había ido en Praga, cuándo y por qué ruta había llegado a América, los lugares donde había vivido en Manhattan. Sabía qué cómics había dibujado y qué le había dicho Dolores del Río una noche de primavera de 1941 («Bailas como mi padre»). La madre de Tommy sabía que a Joe no le gustaba la música y que sí le gustaban los plátanos.

Tommy nunca había prestado atención a la particularidad y la intensidad perdurable de los recuerdos que su madre guardaba de Joe, pero una tarde del verano anterior, en la playa, había oído de lejos a la madre de Eugene hablando con otra

mujer del vecindario. Tommy fingió que dormía sobre su toalla y así pudo escuchar de forma furtiva su conversación en voz baja. Era difícil de seguir, pero una frase se le quedó en la cabeza y la tuvo allí alojada durante semanas.

—Ella ha seguido totalmente colada por él todos estos años —le había dicho la otra mujer a Helene Begelman. Tommy comprendió que estaban hablando de su madre. Por alguna razón, le vino inmediatamente a la cabeza la fotografía de Joe, vestido con esmoquin y sosteniendo en la mano una escalera de color, que su madre guardaba en el neceser que ella misma había fabricado y que tenía, enmarcada en plata, en el armario de su dormitorio. Pero el significado pleno de la expresión «estar colada», permaneció en la sombra para Tommy durante varios meses más, hasta que un día, escuchando junto con su padre cómo Frank Sinatra cantaba la intro de *Guess I'll Hang My Tears Out To Dry*, comprendió por fin lo que quería decir. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que toda la vida había sabido que su madre estaba enamorada del primo Joe. Por alguna razón, la información le complació. Parecía concordar con ciertas ideas que se había formado sobre cómo era realmente la vida adulta leyendo detenidamente las historias de su madre en *Mal de amores*, *Romance* y *Loca de amor*.

Con todo, Tommy no conocía de verdad al primo Joe, y viéndolo con los ojos del señor Spiegelman, tuvo que reconocer que tenía un aspecto sospechoso, merodeando por allí con su traje arrugado y la barbilla oscurecida por una barba de varios días. Los rizos le crecían en la cabeza encrespados como virutas de embalar. Estaba muy pálido y parpadeaba como si no saliera a la luz muy a menudo. Iba a costar bastante dar una explicación al señor Spiegelman sin revelar que era un pariente. ¿Y por qué no podía revelarlo? ¿Por qué no podía decirle a todo el mundo —y sobre todo a sus padres— que sabía que el primo Joe había vuelto de sus andanzas? Era una gran noticia. Si más adelante salía a la luz que se lo había mantenido en secreto a sus padres, estaba claro que iba a tener problemas.

—Este es mi, emmm... —Tartamudeó y vio cómo se intensificaba la expresión desconfiada en los ojos azul pálido del señor Spiegelman—. Mi... —estuvo a punto de decir «primo» e incluso llegó a considerar la posibilidad de añadirle el complemento melodramático «largo tiempo perdido», cuando se le ocurrió una posibilidad narrativa mucho más interesante: estaba claro que el primo Joe había venido especialmente para verlo. Sus miradas se habían encontrado un momento a ambos lados del mostrador de la tienda de magia de Louis Tannen y luego, en los días siguientes, de una forma u otra, Joe había conseguido localizar a Tommy, había observado sus hábitos e incluso lo había seguido, esperando el momento oportuno. Fueran cuales fueran sus razones para ocultar su regreso al resto de la familia, había elegido mostrarse ante Tommy. Sería un error y una tontería, pensó Tommy, no respetar aquella elección. Los héroes de las novelas de Joe Buchan nunca farfullaban

la verdad en aquellas situaciones. Para ellos, dar su palabra era sagrado, y la discreción era la mejor parte del valor. La misma tendencia al cliché melodramático le impidió considerar la posibilidad de que sus padres ya estuvieran al corriente del regreso de Joe y simplemente se lo hubieran ocultado, como solían hacer con las noticias interesantes—. Mi profesor de magia —terminó—. Le dije que nos reuniríamos aquí. Todas estas casas se parecen mucho, ya sabe.

—Eso es cierto —dijo Joe.

—Profesor de magia —dijo el señor Spiegelman—. Eso me viene de nuevo.

—Hay que tener profesor, señor Spiegelman —dijo Tommy—. Todos los grandes lo tienen. —Luego Tommy hizo algo que lo sorprendió. Cogió la mano de su primo—. Bueno, vamos, te enseñaré el camino. Tienes que contar las esquinas. Las casas no son todas iguales. Tenemos ocho modelos distintos.

Pasaron por delante de los estantes de los cómics. Tommy se acordó de que había tenido intención de comprar el número de verano de 1953 de *Las aventuras del Escapista*, pero tuvo miedo de que aquello pudiera ofender o incluso enfurecer a su primo. De forma que siguió adelante, tirando de la mano de su primo. Cuando pasaron por delante, Tommy echó un vistazo a la portada del n.º 54 de *Las aventuras del Escapista*, en la que el Escapista, con los ojos vendados y atado a un grueso poste con las manos detrás de la espalda, estaba frente a un pelotón de fusilamiento de caras aviesas. La señal de fuego estaba a punto de darla Tom Mayflower en persona, apoyado en su muleta, con un brazo en alto y una expresión diabólica y enloquecida: «¿CÓMO ES POSIBLE?» —gritaba el Escapista en un bocadillo agónico y escarpado—: «¡¡¡ESTOY A PUNTO DE SER EJECUTADO POR MI ALTER EGO!!!».

Tommy se sintió poderosamente atraído por aquella provocativa ilustración, aunque sabía muy bien que al final, cuando uno leía la historia, la escena de la portada resultaba ser un sueño, un equívoco, una exageración o incluso una mentira abierta. Con su mano libre, manoseó la moneda de diez centavos que llevaba en el bolsillo de los vaqueros.

El primo Joe le estrujó la mano.

—*Las aventuras del Escapista* —dijo en tono ligero y burlón.

—Solamente lo estaba mirando —dijo Tommy.

—Cómpralo —dijo Joe. Cogió del estante los cuatro títulos del Escapista—. Cómpralos todos. Venga—. Hizo un gesto en dirección a la pared, con expresión salvaje y los ojos brillantes—. Te compro todos los que quieras.

Costaba decir por qué, pero aquella oferta extravagante asustó a Tommy. Empezó a lamentar haberse precipitado como un bucanero a seguir los planes desconocidos del primo hermano de su padre.

—No, gracias —dijo—. Mi papá me los trae gratis. Todos menos los de Empire.

—Claro —dijo Joe. Tosió tapándose la boca con el puño y se le ruborizaron las mejillas—. Pues bueno. Solamente ese.

—Diez centavos —dijo el señor Spiegelman, marcando la cantidad en la caja registradora y sin dejar de mirar con recelo a Joe. Cogió los diez centavos que le ofreció Joe y luego le ofreció la mano.

—Hal Spiegelman —dijo—. Señor...

—Kornblum —dijo el primo Joe.

Salieron de la tienda y se quedaron en la acera. Aquella acera, y las tiendas que daban a ella, era la parte más antigua de Bloomtown. Llevaba allí desde los años veinte, cuando el señor Irwin Bloom todavía trabajaba en la empresa de cemento de su padre en Queens y por aquella zona no había nada más que campos de patatas y el pueblecito de Manticock, que luego Bloomtown devoraría y reemplazaría. A diferencia de las deslumbrantes aceras nuevas de la utopía del señor Bloom, aquella estaba agrietada, ennegrecida, tenía manchas de leopardo formadas por los muchos años de chicles escupidos y estaba invadida por un manto de hierbajos de Long Island. No tenía ningún aparcamiento marítimo delante, como el que había en Bloomtown Plaza. Por allí pasaba la estruendosa carretera estatal 24. Los escaparates eran estrechos, estaban cubiertos de cartones y sus cornisas eran un embrollo de cables telefónicos, cables eléctricos y enredaderas de Virginia. Tommy quería hablarle de todo aquello a su primo Joe. Deseaba poder contarle que la acera resquebrajada, los cuervos amenazantes posados sobre las enredaderas desnudas y el zumbido irritado del letrero de neón del señor Spiegelman le infundían una especie de tristeza premonitoria relacionada con la vida adulta, como si Bloomtown, con sus piscinas, sus parques infantiles, sus jardines y sus aceras deslumbrantes, fuera el mismo mar uniforme y diverso de la infancia, del que sobresalía aquel trozo senil del pueblo de Manticock como una caprichosa isla oscura. Tenía ganas de contarle mil cosas al primo Joe: la historia de sus vidas desde que había desaparecido, la dolorosa tragedia de la partida de Eugene Begelman a Florida y el origen del misterioso Bicho. Tommy nunca había conseguido explicar lo que pensaba a los adultos por culpa de la calamitosa inconsciencia de estos, pero en los ojos del primo Joe había una expresión paciente que le hacía pensar que a aquel hombre sí que podía contarle cosas.

—Ojalá pudieras venir esta noche —dijo—. Hay chile mexicano.

—Suená bien. Tu madre siempre ha sido buena cocinera.

—Ven a casa —de pronto, sintió que nunca sería capaz de mantener en secreto el regreso de Joe ante sus padres. La cuestión del paradero de Joe los había estado preocupando durante toda la vida de Tommy. Sería injusto esconderles la noticia. Estaría mal. Y lo que es más, al ver por primera vez a su primo, tuvo la impresión inmediata de que el hombre tenía que estar con ellos—. Tienes que venir.

—No puedo. —Cada vez que pasaba un coche, Joe se volvía para mirarlo y

escrutaba su interior—. Lo siento. He venido a verte pero ahora me tengo que ir.

—¿Por qué?

—Porque... Porque no estoy ejercitado. A lo mejor la próxima vez vendré a tu casa, pero ahora no. —Se miró el reloj—. Mi tren pasa dentro de diez minutos.

Le ofreció la mano a Tommy y se dieron un apretón. Luego Tommy se sorprendió a sí mismo abrazando al primo Joe. El olor a ceniza de la tela rasposa de su chaqueta llenó el corazón de Tommy.

—¿Adónde vas? —preguntó Tommy.

—No te lo puedo decir. No estaría bien. No te puedo pedir que guardes mis secretos. Cuando me vaya, tienes que decirles a tus padres que me has visto, ¿de acuerdo? No me importa. No podrán encontrarme. Pero para ser justo contigo, no puedo decirte adónde voy.

—No se lo diré —dijo Tommy—. Lo juro por Dios, en serio, no lo haré.

Joe puso las manos en los hombros de Tommy y lo empujó un poco hacia atrás para que pudieran mirarse.

—Te gusta la magia, ¿eh?

Tommy asintió. Joe buscó en su bolsillo y sacó un mazo de cartas. Eran cartas francesas de una marca llamada Petit Fou. En casa Tommy tenía una baraja idéntica comprada en la tienda de Louis Tannen. Las cartas europeas eran más pequeñas, y por tanto más fáciles de manipular para unas manos infantiles. Los reyes y las damas tenían un aire ceñudo y cierto aspecto de grabado que los hacían parecer falsificaciones medievales, a punto de asaltarlo a uno con sus espadas curvas y sus picas. Joe sacó las cartas de su paquete de colores vivos y se las dio a Tommy.

—¿Qué sabes hacer? —dijo—. ¿Sabes hacer un pase?

Tommy negó con la cabeza, sintiendo que se le calentaban las mejillas. De alguna forma, su primo había conseguido encontrar directamente el meollo de la debilidad de Tommy como manipulador de cartas.

—No se me dan bien —dijo, barajándolas con aire taciturno—. Siempre que en un truco hay que hacer un pase, me lo salto.

—Los pases son difíciles —dijo Joe—. Bueno, hacerlos es fácil, lo difícil es hacerlos bien.

Aquello no era ningún descubrimiento para Tommy, que había dedicado dos semanas infructuosas de verano al pase de abertura, al medio pase, al abanico y al pase de Charlier, entre otros, pero nunca había sido capaz de manejar las diversas mitades y cuartos de la baraja lo bastante deprisa como para evitar que el engaño central de todo pase —la transposición invisible de dos o más porciones de la baraja— fuera evidente incluso para el ojo menos educado. Eso le había sucedido a Tommy con su madre: durante el último intento del chico antes de abandonar el pase de una vez por todas y asqueado, Rosa había puesto los ojos en blanco y había dicho:

«Hombre, claro, si vas a cambiar una mitad por la otra...».

Joe levantó la mano derecha de Tommy, le examinó los nudillos, le dio la vuelta y examinó la palma, escrutándola como un quiromántico.

—Ya sé que tengo que aprender —empezó Tommy—, pero...

—No pierdas el tiempo —dijo Joe, soltándole la mano—. No te molestes hasta que tengas las manos más grandes.

—¿Qué?

—Deja que te enseñe esto. —Cogió el mazo de cartas, las abrió formando un abanico liso con muchas facetas y se lo ofreció a Tommy para que eligiera una carta. Tommy miró rápidamente la carta elegida, el tres de tréboles, y la volvió a meter en la baraja. Se mantuvo atento a los movimientos de los largos dedos de Joe, decidido a ver el pase cuando llegara. Joe abrió las manos con las palmas hacia arriba. La baraja pareció trasladarse limpiamente de un montón en la palma izquierda a otro en la derecha, en el orden correcto, y Joe agitó los dedos en un ademán teatral de prestidigitador, se produjo la insinuación desconcertante de un nuevo traslado, tan breve que Tommy se preguntó si se la había imaginado o bien si el hábil revoloteo de anémona de los dedos de su primo le había hecho creer que había visto más de lo que había sucedido en realidad. A fin de cuentas, parecía que lo único que habían hecho las cartas era pasar ociosamente de la mano izquierda a la derecha. Y al instante siguiente Tommy tenía una carta en las manos. Le dio la vuelta. Era el tres de tréboles.

—Eh —dijo Tommy—. Uau.

—¿Lo has visto?

Tommy negó con la cabeza.

—¿No has visto el pase?

—¡No! —Tommy no pudo evitar sentirse ligeramente irritado.

—Ah —dijo Joe, con un matiz teatralmente grave en la voz—. Es que no ha habido pase. Este es el Falso Pase.

—«El Falso Pase».

—Fácil de hacer, pero no tan fácil de hacer bien.

—Pero si yo no...

—Me estabas mirando los dedos. No me mires los dedos. Mis dedos mienten. Les he enseñado a contar bonitas mentiras.

A Tommy le gustó aquello. Sintió un tirón brusco de la cuerda que mantenía su corazón impaciente amarrado en su pecho.

—¿Podrías...? —empezó a decir Tommy, luego se calló.

—Ten —dijo Joe. Se puso detrás de Tommy, se asomó por encima de su hombro y lo rodeó con los brazos, igual que había hecho su padre cuando le enseñó a hacerse el nudo de la corbata. Le puso la baraja a Tommy en la mano izquierda, le colocó los

dedos y luego lo guió lentamente por los cuatro movimientos simples, una serie de giros y medias vueltas necesarios para poner las cartas de abajo del mazo encima de todo. Naturalmente, la línea divisoria de las porciones era la carta elegida, señalada de forma invisible con la punta de la yema del meñique. Joe se quedó tras la espalda del chico, viendo cómo imitaba sus movimientos, con el vapor de su aliento flotando a intervalos regulares y oliendo a tabaco alrededor de la cabeza de Tommy mientras el chico se esforzaba por conseguir el efecto. Después del sexto intento, aunque de forma lenta y desprolija, ya pudo notar que le iba a acabar cogiendo el tranquillo. Sintió que algo se le ablandaba en el vientre, una sensación de felicidad que sin embargo conservaba en su centro un foco pequeño y vacío de pérdida. Apoyó la cabeza en el vientre plano de su primo y miró su cara invertida. En la expresión de Joe aparecieron el desconcierto, los remordimientos y la preocupación. Pero Tommy había leído en un libro sobre ilusiones ópticas que todas las caras parecían tristes cuando se las miraba del revés.

—Gracias —dijo Tommy.

El primo Joe dio un paso atrás, alejándose de él, y Tommy tropezó y estuvo a punto de caerse. Recuperó el equilibrio y se giró en dirección a su primo.

—Hay que aprender a hacer pases —dijo el primo Joe—. Aunque sean falsos.

SEIS

El lunes siguiente, Tommy fue a nadar a la piscina del Centro de Recreo y Natación de la Comunidad de Bloomtown, que acababa de reabrir después de una alarma de polio. Cuando llegó a casa en su bicicleta, se encontró una carta esperándolo. Era un sobre comercial largo con la dirección impresa de la tienda de magia de Louis Tannen. No recibía correo a menudo y se dio cuenta de que su madre lo estaba mirando mientras abría la carta.

—Te están ofreciendo trabajo —aventuró. Se quedó junto a la encimera de la cocina, con el lápiz inclinado sobre una lista de la compra que estaba confeccionando. A veces a su madre le costaba hasta una hora y media redactar una lista relativamente simple. Tommy había heredado la tendencia estoica de su padre a hacer de tripas corazón, pero su madre jamás se decidía a acabar con una tarea que no le gustaba—. Louis Tannen ha muerto y te deja la tienda en su testamento.

Tommy negó con la cabeza, sin que las bromas de su madre consiguieran hacerlo sonreír. Estaba tan excitado que el pliego de papel, con su batiburrillo mecanografiado de términos grandiosos y exóticos le temblaba en las manos. Sabía que la carta formaba parte del plan, pero por un instante se olvidó de cuál era el plan. El placer lo había dejado perplejo.

—¿Entonces qué es?

Con audacia, y con el estómago encogido, Tommy le tendió la hoja de papel. Su madre se colocó sobre el puente de la nariz las gafas de leer que llevaba colgadas de una cadena de plata al cuello. Eran una novedad reciente que Rosa odiaba. Nunca se las llegaba a poner en la nariz, únicamente se las aguantaba delante de los ojos, como si quisiera tener lo mínimo posible que ver con ellas.

—¿El Jardín de los Pañuelos en Flor? ¿El Imperio de los Peniques? ¿El «Penndiente» Encantado? —frunció un poco los ojos al leer aquello.

—Son trucos —dijo Tommy, quitándole el papel para que no lo examinara demasiado de cerca—. Es una lista de precios.

—Ya lo veo —dijo ella, mirándolo a él—. «Penndiente» está mal escrito. Le han doblado la «n».

—Hum —dijo Tommy.

—¿Cuántos trucos necesitas, cariño? Te acabamos de comprar la caja demoniaca esa.

—Ya lo sé —dijo él—. Son ilusiones que me hago.

—Bueno, pues ilusiónate —dijo ella, quitándose de nuevo las gafas—. Pero no te quites el abrigo. Vamos a hacer la compra.

—¿Puedo quedarme en casa? Ya soy mayor.

—Hoy no.

—Por favor.

Tommy vio que su madre estaba a punto de acceder —hacía poco que ella había empezado a dejarlo solo en casa de forma experimental— y que lo único que la impedía decidirse era lo mucho que detestaba hacer la compra.

—¿Vas a obligarme a ir sola al corazón de las tinieblas?

Tommy asintió.

—¿Estarás bien?

Asintió de nuevo, temiendo que, si decía algo más, lo estropearía todo. Su madre vaciló un momento. Luego encogió un hombro, cogió su bolso y salió.

Tommy se sentó, con el papel y el sobre en las manos, hasta oír el murmullo del motor del Studebaker y el chirrido del parachoques trasero cuando su madre salió a la calle dando marcha atrás. Luego se levantó. Cogió las tijeras del cajón, fue al armario de la cocina y sacó una caja de cereales Post Toasties. Vio que su madre, como siempre, se había marchado sin la lista de la compra. Se fijó en que estaba escrita en el reverso de una página llena de dibujos —podrían haber sido para *Kiss*— que su madre había abandonado a medio hacer. Una chica rubia y guapa se escondía detrás de un viejo bote de remos varado y miraba furtivamente algo que la estaba haciendo llorar. Probablemente se trataría de su mejor amigo el médico que estaba besando a su mejor amiga la enfermera o algo parecido.

Tommy se llevó las tijeras y los cereales a su cuarto. En la bolsa de papel de cera no quedaba más que un dedo de migas y se las comió diligentemente. Como llevaba haciendo todas las mañanas durante la última semana, examinó el texto impreso en la parte de atrás de la caja, que describía los méritos científicamente formulados de los cereales en un tono solemne que ya se sabía de memoria. Cuando terminó, hizo una bola con la bolsa y la tiró a la papelera. Cogió las tijeras y cortó con cuidado la parte trasera de la caja. La puso plana sobre su mesa. Con un lápiz y una regla, se dedicó a contar cuántas veces aparecían las palabras «Post Toasties» y a rodearlas con un rectángulo. Luego cogió las tijeras y cortó las líneas que había trazado. Cogió el cartón con sus once agujeros rectangulares y lo colocó sobre la supuesta lista de trucos mágicos de la tienda de Tannen.

Así se enteró de que el 3 de diciembre tenía que coger el tren de las 10.04 h en la estación de Bloombtown del Long Island Railroad, llevando un parche que le llegaría, supuestamente como parte de un truco espurio llamado Doblones de a Ocho, en una segunda carta de Joe. Tommy tenía que sentarse al fondo del último vagón, cambiar en Jamaica Avenue, bajarse en la Penn Station y luego caminar dos manzanas hasta, precisamente, el Empire State. Tenía que coger el ascensor hasta el piso setenta y dos, ir a la suite 7203 y llamar a la puerta transmitiendo sus iniciales en código Morse. Si se encontraba con algún amigo de la familia o con cualquier otro adulto y le preguntaban adónde iba, tenía que señalarse el parche del ojo y decir simplemente

«Al oftalmólogo».

Durante los siete meses siguientes, Tommy siguió la rutina establecida por aquella primera carta secreta de Joe. Salía de casa a las ocho cuarenta y cinco, como todos los días, e iniciaba el recorrido a pie hasta la escuela William Floyd Junior High, donde estaba en séptimo curso. En la esquina de Darwin Avenue, sin embargo, giraba a la izquierda en lugar de a la derecha, cruzaba el jardín de los Marchetti, atravesaba Rutherford Drive, y luego se demoraba lo que le apetecía (a menos que lloviera) paseando por la parte este a medio construir de Bloomtown hasta la nueva e insulsa estructura de bloques de hormigón y acero que había reemplazado a la vieja estación de Manticock. Pasaba el día con el primo Joe, en sus extraños aposentos a trescientos metros por encima de la Quinta Avenida, y se marchaba a las tres en punto. Luego, siguiendo nuevamente las instrucciones originales de Joe, paraba frente a la tienda de material de oficina Reliant de la calle Treinta y tres y escribía a máquina una excusa para dársela al director de la escuela, el señor Savarese, la mañana siguiente, en una hoja de papel donde Joe ya había estampado una imitación perfecta de la firma de Rosa Clay.

Los primeros meses, a Tommy le encantaban sin reservas sus excursiones a Nueva York. Los protocolos de capa y espada, el riesgo de ser capturado y la vista vertiginosa desde las ventanas del apartamento de Joe no podrían haber sido mejor ideados para seducir la mente de un chico de once años que pasaba largos periodos del día fingiendo ser la identidad secreta de un insecto humanoide con superpoderes. Le encantaba, en primer lugar, el trayecto a la ciudad. Como tantos niños solitarios, su problema no era la soledad en sí, sino el hecho de que nunca lo dejaban a solas para disfrutarla. Siempre había adultos bienintencionados que intentaban alegrarlo, corregirlo o aconsejarle; que lo sobornaban, lo intentaban engatusar o lo intimidaban para que se mostrara amistoso, para que hablara un poco o tomara un poco el aire. Los profesores siempre estaban pinchándolo e intentando ganárselo con sus datos y sus principios, cuando lo único que él necesitaba era que le dieran un montón de libros de texto y lo dejaran solo. Y lo peor de todo eran los demás niños, que por lo visto no podían jugar sin incluirlo a él en el caso de los juegos crueles y lo excluían de forma ostentosa cuando se trataba de juegos inocentes. La soledad de Tommy había encontrado una expresión extrañamente feliz en el vaivén y el ruido sordo de los trenes de Long Island, en el aire rancio de los calefactores, en el olor a harina de avena tibia de los cigarrillos, en la vista árida y sin elementos de interés que se veía desde las ventanillas, en las horas dedicadas enteramente a sí mismo, a su libro y sus fantasías. También le encantaba la ciudad en sí. Yendo y viniendo del apartamento del primo Joe, se atiborraba de perritos calientes y de tarta de cafetería, adivinaba el precio de los encendedores y los gorros de los escaparates y seguía los percheros con ruedas llenos de abrigos y pantalones de los vendedores. Había marineros y

boxeadores profesionales. Había vagabundos, tristes y amenazantes, y había señoras con chaquetas ribeteadas y perros en el bolso. Tommy sentía cómo las aceras zumbaban y temblaban cuando los trenes pasaban por debajo. Oía hombres renegando y cantando ópera. Los días soleados, su campo visual estaba tachonado de destellos de los faros cromados de los taxis, de las hebillas de los zapatos de señora, de las placas de los policías, de los brazos de los carros de los vendedores callejeros de comida, de los bulldogs que adornaban los capós de las furgonetas de mudanzas furiosas. Aquello era Gotham City, Empire City y Metrópolis. Sus cielos y sus tejados hervían de hombres con disfraces y capas, acechando en busca de malhechores, saboteadores y comunistas. Tommy era el Bicho, patrullando en solitario por Nueva York, ascendiendo del subsuelo como una cigarra, saltando con sus poderosas patas traseras por la Quinta Avenida en persecución del Doctor Odio o del Intruso, avanzando sin ser visto como una hormiga por entre los rebaños apresurados de color gris y negro de humanos con maletines, cuyas toscas existencias mamíferas había jurado proteger y defender, antes de infiltrarse finalmente en la guarida secreta elevada de uno de sus aliados justicieros enmascarados, a quien a veces llama el Águila, pero que más a menudo, en la fantasía de Tommy, era conocido por el alias de Secretman.

Secretman vivía en una suite de oficinas con cuatro ventanas que daban a Bloomtown y Greenland. Tenía una mesa, una silla, una mesa de dibujo, un taburete, un sillón, una lámpara de pie, un complejo aparato de radio adornado con metros de antenas ramificadas y un armarito especial cuyas docenas de cajones poco profundos estaban llenos de plumas, lápices, tubos de pintura retorcidos y gomas de borrar. No había teléfono. Tampoco cocina, nevera ni cama.

—Es ilegal —le dijo el primo Joe a Tommy en su primera visita—. No se puede vivir en un edificio de oficinas. Por eso no le puedes decir a nadie que vivo aquí.

Ni siquiera entonces, antes de descubrir la profundidad y el alcance de los poderes superhumanos de ocultamiento de Secretman, Tommy acabó de creerse aquella explicación. Desde el principio, y aunque no podría haberlo expresado —a su edad, tanto el nombre como la experiencia de la tristeza no le eran exactamente ajenos, pero sí estaban latentes y todavía no detectados—, notó que a Joe le pasaba o le había pasado algo. Pero estaba demasiado excitado por el estilo de vida de su primo, y con la oportunidad que representaba para él, como para pensar con demasiado detenimiento en aquel problema. Vio que Joe iba a una puerta situada en el otro extremo de la habitación y la abría. Era un armario de suministros. Había montones de papel, frascos de tinta y otro material de oficina. También había un catre plegado, un hornillo eléctrico, dos cajas de ropa, una bolsa de lona para la colada y un fregadero pequeño de porcelana.

—¿No hay conserje? —preguntó Tommy en su segunda visita, después de haber

pensado un poco en el tema—. ¿Ni vigilante?

—El conserje pasa a las doce menos cinco de la medianoche, y yo me aseguro de que todo está en orden antes de que pase. El vigilante y yo ya somos viejos amigos.

Joe respondió todas las preguntas de Tommy sobre los detalles de su vida y le enseñó todo el trabajo que había hecho desde que había dejado la industria del cómic. Pero no quiso decirle a Tommy cuánto llevaba refugiado en el Empire State ni por qué estaba allí, ni tampoco por qué mantenía en secreto su regreso. No quiso decir por qué nunca salía de sus aposentos más que para comprar aquellos artículos que no le podían traer a su puerta, a menudo con gafas de sol y una barba postiza, o para visitar regularmente la trastienda de Tannen, ni por qué había hecho una excepción una tarde de julio y había ido hasta Long Island. Aquellos eran los misterios de Secretman. De todas formas, aquellas cuestiones se le habían ocurrido a Tommy solamente de forma fragmentaria e inarticulada. Después de las primeras dos visitas, y durante los días siguientes, simplemente no cuestionó la situación. Joe le enseñaba trucos con cartas, trucos con monedas y con pañuelos, agujas e hilo. Comían sándwiches que les subían de la cafetería de abajo. Se saludaban y se despedían con apretones de mano. Y mes tras mes, Tommy guardaba los secretos de Secretman, aunque todo el tiempo le afloraban a los labios e intentaban escapar.

Antes del día en que todo salió a la luz, a Tommy solamente lo habían pillado dos veces. La primera vez había llamado la atención de un revisor de Long Island Railroad con nistagmo que enseguida traspasó la tosca superficie de la historia de Tommy. Como resultado de aquello, Tommy pasó gran parte del mes de noviembre de 1953 encerrado en su dormitorio. Pero en la escuela —formaba parte de su castigo que continuaran enviándolo a la escuela durante el mes que pasó castigado— consultó a Sharon Simchas, que estaba casi ciega de un ojo. Le envió a su primo una carta de explicación a la atención de Louis Tannen. El jueves siguiente al levantamiento del castigo, partió de nuevo hacia Manhattan, esta vez equipado con el nombre y la dirección del médico de Sharon, una de las tarjetas de visita del médico y un diagnóstico plausible de estrabismo. El revisor de ojos temblorosos, sin embargo, no volvió a aparecer.

La segunda vez que lo pillaron fue un mes antes del salto del Escapista. Tommy se acomodó en su asiento al fondo del último vagón y abrió su ejemplar de *Houdini habla de magia* de Walter B. Gibson. El primo Joe se lo había dado la semana anterior. Estaba firmado por el autor, el creador de La Sombra, con quien Joe seguía jugando a cartas de vez en cuando. Tommy se había quitado los zapatos, llevaba puesto el parche y tenía medio paquete de chicles Black Jack en la boca. Oyó un ruido de tacones y levantó la vista a tiempo de ver cómo su madre, vestida con su abrigo de piel de foca, entraba corriendo en el vagón, sin aliento y aplastándose su mejor sombrero negro en la cabeza con una mano. Estaba en la otra punta de un

vagón relativamente lleno y tenía a un hombre alto tapándole el campo de visión. Se sentó sin ver a su hijo. Tommy tardó un momento en asimilar aquel golpe de suerte. Miró el libro que tenía en el regazo. La bola de chicle de color gris oscuro estaba en medio de un charquito de saliva en la página de la izquierda: se le había caído de la boca. Se la volvió a meter y se tumbó sobre la pareja de asientos que tenía al lado, con la cara oculta por la capucha de su abrigo y detrás del parapeto de su libro. Sus remordimientos se veían acrecentados por el conocimiento de que Harry Houdini idolatraba a su madre y estaba claro que jamás la habría engañado o le habría ocultado nada. En Elmont, el revisor pasó a comprobar su billete y Tommy se incorporó sobre un codo. El revisor lo miró con escepticismo y aunque Tommy nunca lo había visto antes, se tocó el parche con un dedo y trató de imitar la despreocupación de su primo Joe.

—Al oftalmólogo —dijo.

El revisor asintió y le marcó el billete. Tommy volvió a tumbarse.

En la estación de Jamaica Avenue, esperó a que el vagón se vaciara del todo y salió corriendo al andén. Cogió el tren a Penn Station justo cuando se estaban cerrando las puertas. No tuvo tiempo de ver en qué vagón se había metido su madre. La idea de esperar otro tren no se le ocurrió hasta varios minutos más tarde, cuando se la sugirió —después de soltarle la oreja— su madre.

Chocó con ella, casi literalmente. Olió su perfume un instante antes de que se le metiera en el ojo una esquina de su bolso de imitación de carey.

—¡Oh!

—¡Au!

Retrocedió tambaleándose. Su madre lo agarró por la capucha del abrigo y lo arrastró hacia ella. Luego cerró la mano con fuerza y lo levantó un par de centímetros del suelo, como un mago sosteniendo por las orejas al conejo que estaba a punto de hacer desaparecer. Las piernas de Tommy hicieron girar los pedales de una bicicleta invisible. Su madre tenía colorete en las mejillas y los ojos pintados de negro como una chica de las que dibujaba Milton Caniff.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué no estás en la escuela?

—Nada —dijo él—. Yo solo... Solo...

Miró a su alrededor. Naturalmente, el resto de pasajeros los estaban mirando. Su madre lo levantó un poco más y acercó su cara a la de ella. El perfume que emanaba de ella se llamaba Emboscada. Lo tenía en una bandeja de espejo en su tocador, bajo una capa de polvo. Tommy no recordaba la última vez que se lo había oído.

—No puedo... —empezó, pero no pudo terminar la frase porque le entró la risa—. Quítate ese maldito parche —dijo. Lo dejó en el suelo de nuevo y le quitó el parche. Tommy parpadeó. Ella le volvió a tapar el ojo con el parche. Sin soltarle la capucha de su Mighty Mac, lo llevó al fondo del vagón y lo hizo sentarse en un asiento.

Tommy estaba seguro de que iba a empezar a gritarle, pero una vez más su madre lo sorprendió: se sentó a su lado y lo abrazó. Se balanceó hacia delante y hacia atrás, agarrándolo fuerte.

—Gracias —dijo Rosa, con la voz ronca y áspera, tal como sonaba la mañana después de una partida de bridge en que se hubiera fumado un paquete de cigarrillos—. Gracias.

Su madre le acarició la cabeza y Tommy notó que tenía las mejillas mojadas. Se reclinó en el asiento.

—¿Qué pasa, mamá?

Ella abrió el bolso y sacó un pañuelo.

—De todo —dijo—. ¿Y a ti qué te pasa? ¿Cómo es que no paras de hacer esto? ¿Otra vez vas a la tienda de Tannen?

—No.

—No mientas, Tommy —dijo ella—. No empeores las cosas todavía más.

—Muy bien.

—No puedes hacer esto. No puedes saltarte la escuela siempre que quieras e ir a la tienda de magia de Tannen. Tienes once años. No eres un gamberro.

—Ya lo sé.

El tren se estremeció y los frenos chirriaron. Estaban entrando en la estación de Pennsylvania. Tommy se puso de pie y esperó a que ella lo levantara y lo sacara a rastras del tren, a que lo llevara al otro lado del andén, de vuelta a la estación de Jamaica y luego a casa. Pero su madre no se movió. Se quedó allí sentada, mirándose los ojos en el espejito de la polvera, negando consternada con la cabeza al ver el desastre que había provocado su llanto.

—¿Mamá? —dijo.

Ella levantó la vista.

—No veo ninguna razón para estropear esta ropa y este sombrero solamente porque hayas preferido ver una mujer serrada por la mitad a estudiar fracciones —dijo ella.

—¿Quieres decir que no estoy castigado?

—Se me ocurre que podemos pasar el día en la ciudad. Los dos. Podemos comer en Schrafft's. Incluso ir al teatro.

—¿O sea que no me vas a castigar?

Ella negó con la cabeza, una vez, con aire desdeñoso, como si aquella cuestión la aburriera. Luego le cogió la mano.

—No veo ninguna razón para contarle esto a tu padre, ¿verdad, Tommy?

—No, señora.

—Tu padre ya tiene bastantes preocupaciones sin esto.

—Sí, señora.

—Vamos a guardar este pequeño incidente en secreto.

Tommy asintió, pero en los ojos de su madre había una expresión suplicante que lo ponía nervioso. Sintió un deseo repentino y ansioso de que lo castigaran de nuevo. Se volvió a sentar.

—Pero si vuelves a hacer esto —añadió—, te quitaré todas las cartas, las varitas y las demás tonterías y las tiraré a la incineradora.

Tommy se reclinó en el asiento y se relajó un poco. Tal como le había prometido, su madre lo llevó a comer a Schrafft's. Ella comió pimientos rellenos y él un sándwich Monte Cristo. Pasaron una hora en Macy's y luego entraron a ver *Una rubia fenómeno* en el Trans-Lux de la calle Cincuenta y dos. Cogieron el tren de vuelta de las 4.12 h. Para cuando llegó su padre, Tommy ya estaba dormido, y cuando la mañana siguiente Sam entró a despertarlo para ir a la escuela, el chico no le dijo nada. El encuentro en el tren se escurrió por las grietas de su familia. Una vez, mucho después, él reunió el coraje para preguntarle a su madre qué estaba haciendo en aquel tren con rumbo al centro de la ciudad, vestida con su ropa más elegante, pero ella se limitó a llevarse un dedo a los labios y se puso a escribir otra de aquellas listas que siempre se dejaba en casa.

El día en que todo cambió, Tommy y el primo Joe estaban sentados en el vestíbulo de las oficinas de Cremas Evanescentes Kornblum, donde había un falso mostrador de recepción. Tommy estaba sentado en un enorme sillón de orejas cubierto con una tela basta parecida a la harpillera, verde como una mesa de billar, con las piernas colgando y bebiendo una lata de refresco de vainilla. Joe estaba tumbado en el suelo con los brazos cruzados bajo la cabeza. A Tommy le daba la impresión de que ninguno de ellos había dicho una palabra desde hacía mucho rato. Durante sus visitas, a menudo pasaban ratos muy largos sin decir gran cosa. Tommy leía su libro y el primo Joe trabajaba en el cómic que llevaba dibujando, según contaba, desde que se había instalado en el Empire State.

—¿Cómo está tu padre? —dijo Joe de pronto.

—Bien —dijo Tommy.

—Siempre dices lo mismo.

—Ya lo sé.

—Supongo que le preocupa el libro ese del doctor Wertham, ¿no? *Sedución de los inocentes*.

—Le preocupa mucho. Van a venir unos senadores de Washington.

Joe asintió.

—¿Está muy ocupado?

—Siempre está ocupado.

—¿Cuántos títulos saca?

—¿Por qué no vas y se lo preguntas tú mismo? —dijo Tommy, en tono

involuntariamente cortante.

Joe guardó un instante de silencio. Luego dio una calada larga a su cigarrillo.

—Tal vez lo haga —dijo—. Un día de estos.

—Creo que tendrías que hacerlo. Todo el mundo te echa mucho de menos.

—¿Tu padre ha dicho que me echa de menos?

—Bueno, no, pero es así —dijo Tommy. Recientemente había empezado a preocuparse por Joe. En los meses transcurridos desde su incursión en Long Island, admitía haber salido del edificio cada vez menos, como si las visitas de Tommy se hubieran convertido en un sustituto de la experiencia normal en el mundo exterior—. Puedes volver a casa conmigo en el tren. No pasaría nada. Tengo una cama extra en mi dormitorio.

—Una de esas con ruedas.

—Sí.

—¿Y puedo usar tu toalla de los Dodgers de Brooklyn?

—¡Sí, claro! O sea, si quieres.

Joe asintió.

—Tal vez lo haga, un día de estos —dijo de nuevo.

—¿Por qué te pasas todo el tiempo aquí?

—¿Por qué me preguntas siempre lo mismo?

—Bueno, ¿no te...? ¿No te preocupa estar en el mismo edificio que ellos? ¿Que la gente de Empire Comics? ¿Después de lo mal que te trataron y todo eso?

—No me preocupa en absoluto. Me gusta estar cerca de ellos. Del Escapista. Y nunca se sabe. Uno de estos días tal vez me ponga a molestarlos.

Al decir aquello se incorporó, poniéndose de repente de rodillas.

—¿Qué quieres decir?

Joe desdeñó la pregunta con un gesto de su cigarrillo, envolviéndola en una nube de humo.

—Da igual.

—Dímelo.

—Olvidalo.

—Odio que la gente haga eso —dijo Tommy.

—Sí —dijo Joe—. Yo también. —Dejó el cigarrillo sobre el suelo de cemento sin revestir y lo pisó con la punta de su chanclo de goma—. Para serte sincero, nunca he terminado de decidir lo que quiero hacer. Me gustaría avergonzarlos de alguna forma. Arruinar la imagen de Sheldon Anapol. Tal vez me disfrace del Escapista y... ¡me tire desde lo alto de este edificio! Solamente tengo que imaginar una forma de simular que me he tirado y me he matado. —Dejó escapar una ligera sonrisa—. Pero claro está, sin llegar a matarme.

—¿Puedes hacer eso? ¿Y si no funcionara y te quedaras, no sé, aplastado como

una tortita en la calle Treinta y cuatro?

—Eso los dejaría avergonzados —dijo Joe. Se palpó la pechera—. ¿Dónde he dejado...? Ah.

Aquel fue el momento en que todo cambió. Joe fue a su mesa de dibujo a coger su paquete de Old Golds y tropezó con la cartera de la escuela de Tommy. Cayó hacia adelante, agitando los brazos de forma frenética, pero antes de poder agarrarse a algo, se dio con la frente en la esquina de su mesa de dibujo con un ruido inquietante de madera. Solamente pronunció una sílaba rota y luego cayó de bruces al suelo. Tommy se quedó sentado, esperando que su primo soltara una maldición o se pusiera boca arriba o echara a llorar. Pero Joe no se movió. Estaba boca abajo con su larga nariz doblada contra el suelo, los brazos extendidos hacia delante, inmóvil y en silencio. Tommy se levantó del sillón y fue a su lado. Le cogió de la mano. Todavía estaba caliente. Lo agarró de los hombros y tiró de él, meneándolo un par de veces y haciéndolo girar como un tronco. Tenía un cortecito en la frente, junto a la cicatriz pálida en forma de luna creciente de una vieja herida. El corte parecía profundo, aunque había poca sangre. El pecho le subía y le bajaba, muy débilmente pero de forma continua, y le salía aire de la nariz. Estaba sin sentido.

—Primo Joe —dijo Tommy, sacudiéndolo—. Eh. Despierta. Por favor.

Entró en la otra habitación y abrió el grifo. Mojó un trapo viejo con agua fría y se lo llevó a Joe. Con cuidado, frotó la parte no herida de la frente de Joe. No pasó nada. Puso la toalla sobre la cara de Joe y frotó vigorosamente. Joe continuaba respirando. Una constelación de conceptos imprecisos para Tommy, estados comatosos y trances y ataques de epilepsia, empezó a angustiarse. No tenía ni idea de qué podía hacer por su primo, de cómo revivirlo o ayudarlo, y ahora el corte empezaba a sangrar más abundantemente. ¿Qué tenía que hacer? Su primer impulso fue ir a buscar ayuda, pero le había jurado a Joe que nunca le revelaría a nadie su presencia. Con todo, Joe era inquilino del edificio, ilegal o no. Su nombre tenía que aparecer en algún contrato o documento. La administración del edificio sabía que estaba allí. ¿Serían capaces de ayudarlo o estarían dispuestos a hacerlo?

Luego Tommy recordó una excursión a aquel edificio que había hecho en segundo curso. En una de las plantas inferiores había una enfermería enorme: un hospital en miniatura, lo había llamado el guía. Y recordaba a una enfermera joven y guapa con gorro y zapatos blancos. Ella sabría qué hacer. Tommy se levantó y se dirigió a la puerta. Luego se giró para mirar a Joe en el suelo. ¿Qué harían después de revivirlo y vendarle la herida? ¿Lo meterían en la cárcel por dormir en su oficina todas las noches? ¿Crearían que era alguna clase de chiflado? ¿Y acaso era un chiflado? ¿Lo encerrarían en un «loquero»?

Tommy tenía la mano en el pomo de la puerta pero no podía reunir el coraje para hacerlo girar. Estaba paralizado. No tenía ni idea de qué hacer. Y ahora, por primera

vez, apreciaba el dilema de Joe. No era que no deseara contacto con el mundo en general, y con los Clay en particular. Tal vez así era como había empezado todo para él, en aquellos días extraños de después de la guerra, tras regresar de alguna clase de misión secreta —aquello había dicho la madre de Tommy— y descubrir que su madre había muerto en un campo de exterminio. Joe había huido, había desaparecido sin dejar rastro y había venido a esconderse aquí. Pero ahora estaba listo para ir a casa. El problema era que no sabía cómo hacerlo. Tommy nunca sabría lo mucho que le había costado a Joe hacer aquel viaje hasta Long Island, lo ardiente que era su deseo de ver al chico, hablar con él, de oír su voz aguda. Pero Tommy se daba cuenta de que Secretman estaba atrapado en su Cámara de los Secretos, y que el Bicho iba a tener que rescatarlo.

En aquel momento, Joe gimió y abrió los ojos. Se tocó la frente con un dedo y miró la sangre que le salía. Se apoyó en un codo y rodó en dirección a la puerta frente a la que estaba Tommy. La mirada en la cara de Tommy debía de ser fácil de leer.

—Estoy bien —dijo Joe con voz ronca—. Vuelve aquí.

Tommy soltó el pomo.

—¿Lo ves? —dijo Joe, poniéndose de pie lentamente—. Esto te demuestra que no tienes que fumar. Es malo para la salud.

—Muy bien —dijo Tom, maravillándose por la extraña conclusión que había sacado.

Cuando dejó a Joe aquella tarde, fue a la Smith-Corona que había encadenada a un podio delante de la tienda de materiales de oficina Reliant. Sacó la hoja de papel que había puesta para que la gente probara la máquina de escribir. En ella había escrito el habitual proverbio semanal de una frase de longitud, de los que suelen usarse como ejercicios de mecanografía, que en este caso aseguraba que era el momento para que todos los hombres buenos fueran en ayuda de su país. Metió la hoja de papel de oficina, en la parte inferior de la cual Joe había imitado la firma de su madre. «Querido señor Savarese», escribió, usando las yemas de los índices. Luego se detuvo. Sacó la hoja y la dejó a un lado. Miró la piedra negra pulimentada de la fachada de la tienda. Su reflejo le devolvió la mirada. Se dispuso a coger el tirador dorado de la puerta de la tienda y de inmediato fue interceptado por un hombre flaco y canoso que llevaba el cinturón de los pantalones a la altura del diafragma. Aquel hombre solía quedarse mirando a Tommy desde la puerta mientras escribía sus excusas con la máquina y todas las semanas el chico creía que lo iba a echar. En el umbral de la puerta, que nunca había cruzado, vaciló. Tommy reconoció en los hombros rígidos del hombre y en la inclinación de su cabeza hacia atrás su propia actitud cuando estaba delante de un perro grande desconocido o de cualquier otro animal de dientes afilados.

—¿Qué quieres, chaval? —dijo el hombre.

—¿Cuánto vale una hoja de papel?

—No vendo papel por hojas.

—Oh.

—Venga, márchate.

—Bueno, ¿pues cuánto vale un paquete?

—¿Un paquete de qué?

—De papel.

—¿Qué clase de papel? ¿Para qué es?

—Para una carta.

—¿De negocios? ¿Personal? ¿Es para ti? ¿Tú vas a escribir una carta?

—Sí, señor.

—Bueno, ¿y qué clase de carta es?

Tommy consideró la cuestión un momento, seriamente. No quería llevarse el tipo de papel equivocado.

—Una amenaza de muerte —dijo por fin.

Por alguna razón, aquello hizo soltar una risotada al hombre. Fue detrás del mostrador y se inclinó para abrir un cajón.

—Ten —dijo, dándole a Tommy una hoja de papel tan grueso como suave y tan agradable al tacto como el mazapán—. Mi mejor papel de algodón de veinticinco libras. —No paraba de reír—. Asegúrate de que los matas bien, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —dijo Tommy. Volvió a la máquina de escribir, metió la hoja de papel de lujo y en media hora escribió el mensaje que acabaría atrayendo una multitud a la acera que rodeaba el Empire State. Aquel no fue el resultado que había esperado. No sabía exactamente qué había esperado mientras tecleaba la carta al editor del *Herald Tribune* de Nueva York. Solamente intentaba ayudar al primo Joe a encontrar la forma de volver a casa. No estaba seguro de a qué lo llevaría ni de si aquella carta, aunque a él le sonaba tremendamente oficial y realista, se la llegaría a creer alguien. Cuando terminó, la sacó de la máquina de escribir y volvió a entrar en la tienda.

—¿Cuánto vale un sobre? —dijo.

SIETE

Cuando salieron del ascensor en la planta setenta y dos, Tommy los llevó a la izquierda, los hizo pasar por delante de las puertas de una compañía de importación y de un fabricante de pelucas y por fin se detuvo ante una puerta en cuya superficie de cristal translúcido había pintadas las palabras CREMAS EVANESCENTES KORNBUM, S.A. El niño se volvió para mirarlos, con una ceja levantada, para ver, pensó el capitán, si captaban la broma, aunque Lieber no estaba seguro de cuál era la broma. Luego Tommy llamó a la puerta. No respondió nadie. Llamó una vez más.

—¿Dónde está? —dijo.

—Capitán Harley.

Se giraron. Un segundo policía del edificio, Rensie, se había unido a ellos. Se llevó un dedo a la nariz como si estuviera a punto de transmitir alguna información delicada o embarazosa.

—¿Qué pasa? —dijo Harley con cautela.

—Nuestro amigo está ahí arriba —dijo Rensie—. El suicida. En la terraza del observatorio.

—¿Qué? —Lieber miró al niño, más perplejo de lo que él mismo consideraba apto para un detective.

—¿Con disfraz? —dijo Harley.

Rensie asintió.

—Uno azul muy bonito —dijo—. Nariz grande. Flaco. Es él.

—¿Cómo ha llegado hasta ahí?

—No lo sabemos, capitán. Se lo juro por Dios, estábamos vigilándolo todo. Teníamos un hombre en las escaleras y otro en los ascensores. No sé cómo ha llegado hasta ahí. Simplemente ha aparecido.

—Vamos —dijo Lieber, yendo hacia los ascensores—. Y traiga a su hijo —le dijo a Sammy Clay. Hacía falta una cornamusa para atarlos. El niño tenía la cara lívida, Lieber creía que de asombro. De alguna forma su broma se había vuelto realidad.

Entraron en el ascensor, con sus delicados galones y sus rayos de marquetería.

—¿Está en el parapeto? —dijo el capitán Harley. Rensie asintió.

—Esperen un minuto —dijo Sammy—. Estoy confundido.

Lieber admitió que él también se sentía un poco confuso. Había creído que el misterio de la carta al *Herald Tribune* estaba resuelto: era una broma inescrutable pero inofensiva urdida por un niño de once años. Sin duda, pensaba, él también había sido bastante inescrutable a esa edad. El niño buscaba llamar la atención: intentaba transmitir algo que nadie fuera de la familia podía entender. Luego, de alguna forma, había resultado que aquel primo tanto tiempo desaparecido, que hasta aquel momento Lieber había dado por sentado que estaba muerto, aplastado en un recodo de alguna

carretera olvidada en las afueras de Mala Muerte, Wyoming, en realidad estaba escondido, de una forma u otra, en una suite de oficinas en el piso setenta y dos del Empire State. Y ahora parecía que el niño no era el autor de la carta en absoluto: el Escapista había mantenido su siniestra promesa a la ciudad de Nueva York.

Habían subido catorce pisos —con el ascensor especial expreso— cuando Rensie dijo en tono reticente:

—Hay huérfanos.

—¿Hay qué?

—Huérfanos —dijo Clay. Había rodeado el cuello de su hijo con el brazo en un despliegue paternal de reprobación disfrazada de solicitud. Era un abrazo que decía: «Espera a que te lleve a casa»—. ¿Por qué están...?

—Sí, sargento —dijo Harley—. ¿Por qué están ahí?

—Bueno, no daba la impresión, emmm, de que el señor del, emmm, traje azul fuera a aparecer —dijo Rensie—. Y esos chavalines han venido desde Watertown. Son diez horas en autobús.

—Un público. De niños —dijo Harley—. Es perfecto.

—¿Y tú qué? —le dijo Lieber al chico—. ¿También estás confuso?

El niño se quedó mirando y asintió lentamente.

—Debes tener sentido común, Tom —dijo Lieber—. Necesitamos que hables con ese tío tuyo.

—Primo carnal —dijo Clay. Carraspeó—. Es mi primo hermano.

—Tal vez puedas hablar con ese primo hermano de tu padre sobre esas gomas elásticas —dijo Rensie—. Porque yo no lo entiendo.

—Gomas elásticas —dijo el capitán Harley—. Y huérfanos. —Se frotó la mitad dañada de la cara—. Supongo que también hay una monja, ¿no?

—Un capellán.

—Muy bien —dijo el capitán Harley—. Bueno, no está mal.

OCHO

Veintidós huérfanos del orfanato de St. Vincent of Paul se apiñaban en la azotea del edificio barrida por el viento, a trescientos metros de altura. El cielo estaba manchado de luz gris como una venda sucia de pomada. Las gruesas cremalleras metálicas de los abrigo de pana azul oscura de los niños —donadas el invierno anterior por unos grandes almacenes de Watertown, junto con veintidós ruidosos pares de chanclos— estaban subidas hasta arriba para protegerlos del frío de abril. Los dos tutores de los niños, el padre Martin y la señorita Mary Catherine Macomb, los rodeaban como un par de perros pastores feroces, intentando protegerlos con las voces y las manos. Los ojos del padre Martin estaban llenos de lágrimas por culpa de la fuerte brisa y los gruesos brazos de la señorita Macomb tenían la piel de gallina. No eran gente excitable, pero las cosas se había salido de madre y estaban gritando.

—¡Apartaos! —le decía todo el tiempo la señorita Macomb a los niños.

—Por el amor de Dios, hombre —le dijo el padre Martin al suicida—. Baje de ahí.

Los niños pestañeaban y ponían cara de perplejidad e indecisión. El submarino lento, pesado y oscuro de las vidas de las que ellos eran pasajeros acababa de salir repentinamente a la superficie. Se les había llenado la sangre de una especie de nitrógeno de asombro abrumador. Nadie sonreía ni se reía, aunque a menudo con los niños la diversión parece algo muy serio.

Encima del pesado parapeto de cemento del piso ochenta y seis, como un agujero brillante y desigual perforado en las nubes, había encaramado un hombre sonriente con máscara y un traje dorado y añil. El traje se pegaba a su cuerpo flaco, azul oscuro y con destellos de seda. El calzoncillo era dorado y en la pechera del jersey tenía un grueso aplique dorado, como la inicial de la chaqueta de un universitario condecorado, en forma de llave maestra. Llevaba un par de botas doradas blandas, un poco amorfas, con suelas de goma fina. El calzoncillo era rugoso y tenía una mancha blanca en el trasero, como si su dueño se hubiera apoyado en una puerta recién pintada. Los leotardos tenían carreras y estaban dados de sí en las rodillas; el jersey le venía grande en los codos y las suelas de goma de las botas endebles estaban agrietadas y manchadas de grasa. Su pecho amplio estaba rodeado por una cuerda fina, con miles de nudos diminutos, lazada debajo de los brazos y extendida a través de siete metros de terraza hasta el espolón de un rayo de sol ornamental que sobresalía del tejado del observatorio. Dio un tirón de la cuerda anudada y esta emitió una vibración en re bemol.

Estaba actuando para ellos, para los niños y para los policías reunidos a sus pies, que ahora maldecían, suplicaban y trataban de engatusarlo para que se bajara de allí. Estaba prometiendo una demostración de vuelo humano de las que todavía podían

encontrarse, incluso en aquella época de disminución del superheroísmo, en las páginas de los cómics.

—Ya lo veréis —gritó—. El hombre puede volar.

Demostró la fuerza de la cuerda elástica, formada por ocho hebras entrelazadas, cada una de ellas compuesta de cuarenta gomas elásticas extralargas y extragruesas que había comprado en la tienda de materiales de oficina Reliant. Los policías desconfiaban, pero no estaban seguros de qué debían creer. El disfraz azul oscuro, con su símbolo en forma de llave y su extraño lustre hollywoodiense, afectaba a su juicio. Y luego estaban los modales profesionales de Joe, todavía notablemente tranquilos e industriosos después de tantos años en desuso. Parecía tener confianza absoluta en su capacidad para llevar a cabo el truco consistente en tirarse desde la azotea, caer un máximo de cincuenta y siete metros en dirección a la acera lejana, luego volver a ascender, arrastrado hacia el cielo por la goma elástica gigante, y aparecer sonriente a los pies de la policía.

—Los niños no podrán verme volar —dijo Joe, con un brillo perverso en la mirada—. Dejen que se acerquen al borde.

Los niños aceptaron el reto y trataron de avanzar. Horrorizados, la señorita Macomb y el padre Martin los contuvieron.

—¡Joe! —Era Sammy. Él y diversos policías, uniformados y de paisano, salieron dando tumbos y agitando los brazos a la terraza azotada por el viento. Los encabezaba un Tommy Clay de mirada cautelosa.

Cuando Joe vio al chico, a su hijo, unirse a la multitud abigarrada que se había reunido en la terraza del observatorio para contemplar cómo se cumplía una promesa precipitada e imaginaria, de pronto recordó un comentario que le había hecho una vez su profesor Bernard Kornblum.

—Solamente el amor —le había dicho el mago— puede forzar una pareja encajada de cerrojos Bramah de acero.

Había hecho aquel comentario al final de la última de las visitas regulares de Joe a su casa de la calle Maisel, mientras se untaba las mejillas irritadas con pomada de caléndula. Por lo general, Kornblum hablaba muy poco durante la última parte de sus lecciones: se quedaba sentado en la tapa del cajón de pino sin adornos que le había comprado a un fabricante local de ataúdes, fumaba y se distraía con un ejemplar de *Di Cajt* mientras Joe, dentro de la caja, permanecía encogido, amarrado y encadenado, dando bocanadas de vida con olor a serrín por la nariz y haciendo esfuerzos terribles y minuciosos. Kornblum permanecía sentado, sin más comentario que un ocasional estallido burlón de flatulencia, esperando los tres golpecitos desde el interior que significaban que Joe se había soltado de las esposas y las cadenas, había arrancado las tres cabezas de tornillo serradas de la bisagra situada a la izquierda de la tapa y estaba listo para salir. A veces, sin embargo, si Joe se demoraba

especialmente, o si la tentación de un público literalmente cautivo resultaba demasiado fuerte, Kornblum empezaba a hablar, en su alemán tosco pero ágil, aunque nunca de otra cosa que no fuera trabajo. Rememoraba con placer actuaciones en las que, por mala suerte o por imprudencia, había estado a punto de morir. O bien recordaba, con un grado de detalle apostólico y tedioso, alguna de las tres ocasiones felices en que había tenido la suerte de ver actuar a su profeta, Houdini. Solamente en una ocasión, justo después de que Joe intentara su fatídica inmersión en el Moldava, la conversación de Kornblum se había alejado del sendero de la remembranza profesional para adentrarse en los márgenes frondosos y sombríos de la intimidad.

Kornblum le contó —su voz llegaba amortiguada a través del plafón de madera de pino de una pulgada de grosor y de la fina bolsa de lona dentro de la cual Joe estaba encogido— que había estado presente en el que nadie sabía, salvo los confidentes más íntimos del Rey de los Grilletes y los pocos cofrades astutos que lo habían presenciado, que había sido el momento del fracaso del más grande. Fue en 1906, dijo Kornblum, en el Palladium de Londres, después de que Houdini aceptara el reto público de liberarse de un par de esposas supuestamente inexpugnables. El reto lo había hecho el *Mirror* de Londres tras descubrir a un herrero en el norte de Inglaterra que, después de toda una vida de esfuerzo, había diseñado un par de esposas dotadas de una cerradura tan compleja y delicada que nadie, ni siquiera su nigromántico inventor, podía forzarla. Kornblum describió las esposas, dos gruesos aros de acero inflexiblemente soldados a un eje cilíndrico. Dentro de aquel eje rígido estaba el siniestro mecanismo del herrero de Manchester, y en aquel punto de su relato la voz de Kornblum adoptó un matiz de temor, incluso de horror. Era una variante del Bramah, un cerrojo notoriamente recalcitrante que solamente se podía abrir —y aun así con dificultad— con una llave tubular larga y arcana, llena de muescas intrincadas en un extremo. Diseñada en la década de 1760 por el inglés Joseph Bramah, había permanecido inmune a manipulaciones durante más de medio siglo antes de ser forzada por primera vez. El cerrojo que ahora afrontaba Houdini, en el escenario del Palladium, consistía en dos cilindros Bramah, uno encajado dentro del otro, y solamente podía abrirse con una doble llave grotesca que parecía algo así como las mitades plegadas de un telescopio, con un cilindro lleno de muescas sobresaliendo del interior de otro.

Bajo las miradas de cinco mil damas y caballeros entusiastas, entre ellos el joven Kornblum, al Misteriarca, vestido con chaqué negro y chaleco, le pusieron aquellos grilletes espantosos. Luego, limitándose a saludar con la cabeza a su mujer con cara inexpresiva y sin decir una palabra, se retiró a su cabina para emprender su tarea imposible. La orquesta empezó a tocar *Annie Laurie*. Veinte minutos más tarde, estalló una salva de vítores cuando la cabeza y los hombros del mago salieron de la cabina. Pero resultó que Houdini solamente quería echar un vistazo a las esposas, que

todavía llevaba puestas, con un poco más de luz. Se volvió a meter dentro. La orquesta tocó la obertura de *Los cuentos de Hoffmann*. Quince minutos más tarde, la música se apagó entre vítores cuando Houdini salió de la cabina. Kornblum deseó con todas sus fuerzas que el maestro lo hubiera logrado, pero sabía perfectamente que cuando el primer cerrojo Bramah de un solo cilindro había sido forzado con éxito después de sesenta años, al cerrajero que lo había conseguido, un maestro americano llamado Hobbs, le había costado dos días enteros de esfuerzo continuado. Y ahora resultaba que Houdini, sudando, con una sonrisa mareada y el cuello de la camisa suelto y colgando por un extremo, solamente había salido—incomprensiblemente— para anunciar que, aunque le dolían las rodillas de estar agachado dentro de la cabina, todavía no había tirado la toalla. El representante del periódico, en aras de la deportividad, permitió que le llevaran un cojín, y Houdini volvió a meterse en el armario.

Cuando Houdini llevaba casi una hora dentro de la cabina, Kornblum empezó a notar la proximidad de la derrota. Incluso un público como aquel, tan firmemente puesto del lado de su héroe, solamente esperaría mientras la orquesta continuara interpretando, con aire de desesperación creciente, el ciclo de estándares y melodías populares de la jornada. Dentro de la cabina, estaba claro que el veterano de quinientos escenarios y diez mil hazañas también podía notarlo, a medida que empezaba a retroceder la marea de esperanza y buena voluntad que hasta entonces había inundado el patio de butacas. En un arriesgado despliegue de teatralidad, salió de nuevo, esta vez para pedir si el hombre del periódico consentiría sacarle las esposas solamente el tiempo suficiente para quitarse la chaqueta. Tal vez Houdini confiaba en averiguar algo viendo cómo las esposas se abrían y se cerraban de nuevo. Tal vez había calculado que aquella petición sería rechazada después de ser debidamente considerada. Cuando el caballero del periódico lamentó tener que rechazar la petición, entre silbidos y abucheos del público, Houdini llevó a cabo una hazaña menor que a su modo se contó entre los mejores espectáculos de su vida. Retorciéndose y contorsionándose, consiguió sacarse del bolsillo del chaleco un cortaplumas diminuto, luego lo agarró—y lo abrió— con los dientes. Se encogió de hombros y se retorció hasta ponerse el chaqué delante de la cara, en donde el cuchillo, todavía agarrado entre sus dientes, pudiera cortarlo, con tres largos tajos serrados, en dos mitades. Un cómplice le quitó las mitades rasgadas. Después de ver aquel despliegue de valor y frescura, el público se volvió a poner de su lado como si estuvieran unidos a él con grilletes. Y según explicó Kornblum, en medio del alboroto nadie vio la mirada que el mago le dirigió a su mujer, aquella mujer pequeña y silenciosa que había permanecido a un lado del escenario mientras pasaban los minutos y la orquesta tocaba y el público observaba el leve ondular de la cortina de la cabina.

Después de que el mago se reinstalara, ahora sin chaqueta, en su cabina oscura, la señora Houdini preguntó si no consentiría la amabilidad y la tolerancia del anfitrión de la velada traerle a su marido un vaso de agua. Llevaba una hora, al fin y al cabo, y como todo el mundo podía ver, las dimensiones reducidas de la cabina y la dificultad de los esfuerzos de Houdini se habían cobrado cierto precio. El espíritu deportivo prevaleció. Trajeron un vaso de agua y la señora Houdini se lo llevó a su marido. Cinco minutos más tarde, Houdini salió de la cabina por última vez, levantando las esposas sobre su cabeza como si fueran una copa de la amistad. El público sufrió una especie de doloroso orgasmo colectivo —una «*Krise*», como lo denominó Kornblum — de placer y alivio. Pocos vieron, mientras el mago era llevado en hombros por los árbitros y los notables presentes a través del teatro, que su cara estaba surcada por lágrimas de cólera, no de triunfo, y que sus ojos azules estaban inflamados de vergüenza.

—Estaba en el vaso de agua —aventuró Joe cuando consiguió soltarse finalmente del desafío más sencillo de la bolsa de lona y de un par de esposas de la policía alemana amañadas con perdigones—. La llave.

Masajeando las pulseras de piel magullada de las muñecas de Joe con su bálsamo especial, Kornblum asintió. Luego frunció los labios, se lo pensó de nuevo y finalmente negó con la cabeza. Dejó de frotar los brazos de Joe. Levantó la vista y su mirada buscó la de Joe, algo que no pasaba casi nunca.

—Fue Bess Houdini —dijo—. Ella conocía la cara de su marido. Ella pudo leer la huella del fracaso en su mirada. Pudo ir al hombre del periódico. Pudo suplicarle, con lágrimas en los ojos y el pecho ruborizado, que considerara la ruina de la carrera de su marido a cambio de nada más que un buen titular en el periódico del día siguiente. Pudo llevarle un vaso de agua a su marido, con los pasos comedidos y la cara solemne de una esposa. Lo que lo liberó no fue la llave —dijo—. Fue su mujer. No hay otra explicación. Era imposible incluso para Houdini —se puso de pie—. Solamente el amor puede forzar una pareja encajada de cerrojos Bramah de acero. —Se secó la mejilla irritada con el dorso de la mano, a punto, sintió Joe, de ofrecer un ejemplo semejante de liberación sacado de su propia vida.

—¿Y usted...? ¿Alguna vez...?

—Esto termina la lección de hoy —dijo Kornblum. Cerró de golpe la tapa de la cajita de pomada y buscó nuevamente la mirada de Joe, aquella vez no sin cierta ternura—. Ahora, vete a casa.

Después, Joe descubriría que había razones para poner en duda el relato de Kornblum. Supo que el famoso desafío londinense de las esposas del *Mirror* no había tenido lugar en el Palladium sino en el Hippodrome, y que no había sido en 1906 sino en 1904. Muchos comentaristas, entre ellos el amigo de Joe Walter B. Gibson, creían que toda la actuación, incluyendo las peticiones de luz, agua, tiempo y de un cojín,

habían sido acordadas de antemano entre Houdini y el periódico. Algunos incluso llegaban a argumentar que el propio Houdini había diseñado las esposas, y que había dilatado con toda tranquilidad su estancia de supuesto forcejeo dentro de la cabina, igual que hacía Kornblum, leyendo el periódico o silbando jovialmente al son de la orquesta.

En cualquier caso, cuando vio a Tommy salir a la azotea más alta de la ciudad, con una sonrisita horrorizada en la cara, Joe sintió la verdad emocional, si no factual, de la afirmación de Kornblum. Hacía años que había regresado a Nueva York, en busca de una forma de volver a establecer contacto con la única familia que le quedaba en el mundo. Y sin embargo, el miedo y su ama de llaves, la costumbre, lo habían acabado emparedando en aquel gabinete misterioso de la planta setenta y dos del Empire State, donde había permanecido arrullado por una orquesta incansable de corrientes de aire y vientos con voz de violines, por el tañido de las sirenas para la niebla, los barcos a vapor melancólicos y el bajo continuo retumbante de los DC-3 que pasaban. Igual que Harry Houdini, Joe no había conseguido salir de la trampa que él mismo había creado. Pero ahora el amor de un niño lo había soltado y lo había hecho salir por fin, parpadeando, frente a las candilejas.

—¡Es una maniobra publicitaria! —gritó un viejo agente rubio a quien Joe reconoció como Harley, el jefe de la policía del edificio.

—Es un truco —dijo un hombre joven y fornido que estaba al lado de Sammy. Un policía de paisano, por su aspecto—. ¿Verdad que sí?

—Es una tocada gigante de pelotas —dijo Harley.

A Joe le asombró ver lo demacrada que estaba la cara de Sammy. Estaba pálido como la masa de pan, y a los treinta y dos años parecía haber adquirido finalmente los ojos hundidos de los Kavalier. No había cambiado mucho, y sin embargo su aspecto era completamente distinto. Joe sintió que estaba mirando a un hábil impostor. Luego salió del observatorio el padre de Rosa. Con su pelo teñido de rojo y esa eterna lozanía que tienen las mejillas de algunos hombres gordos, no parecía haber cambiado en absoluto, aunque por alguna razón iba vestido como George Bernard Shaw.

—Hola, señor Saks —dijo Joe.

—Hola, Joe. —Joe vio que Saks se apoyaba en un bastón con el pomo de plata, de una forma que sugería que el bastón no era (o no era solamente) una pose. Ahí tenía un cambio—. ¿Cómo estás?

—Yo bien, gracias —dijo Joe—. ¿Y usted?

—Estamos bien —dijo. Era la única persona en toda la terraza, incluyendo a los niños, que parecía sinceramente divertido por la imagen de Joe Kavalier, encaramado a lo más alto del Empire State con unos calzoncillos largos de color azul—. Todavía hundido en el escándalo y la intriga.

—Me alegro —dijo Joe. Sonrió a Sammy—. ¿Te has engordado?

—Un poco. Por el amor de Dios, Joe. ¿Qué estás haciendo ahí arriba?

Joe volvió su atención al niño que lo había desafiado a aquello, a que se subiera a la cima de la misma ciudad en la que había permanecido enterrado. La expresión de Tommy era más bien neutra, pero estaba absorta en Joe. Parecía que le costaba creer lo que estaba viendo. Joe se encogió de hombros teatralmente.

—¿No habéis leído mi carta? —le dijo a Sammy.

Extendió los brazos detrás de la espalda. Hasta entonces había contemplado aquel truco con la frialdad de un ingeniero, lo había investigado, lo había hablado con los muchachos de la tienda de Taimen y había estudiado la monografía secreta de Sidney Radner sobre el abortado pero emocionante Salto del Puente de París de 1921.²⁵ Ahora, para su sorpresa, descubrió que ardía en deseos de volar.

—Decías que te ibas a matar —dijo Sammy—. No decías nada de que te fueras a convertir en un yo-yo humano.

Joe bajó los brazos. Sammy tenía razón. El problema, por supuesto, era que Joe no había escrito aquella carta. De haberlo hecho, con toda probabilidad no habría prometido suicidarse en público con un disfraz apolillado. Reconocía la idea como suya, por supuesto, filtrada por una imaginación descabellada que, por encima de todo —por encima de la mata de pelo negro del niño o de sus manos delicadas o de su mirada cándida, atormentada por la ternura y por un aire de decepción permanente—, a Joe le recordaba a su hermano muerto. Pero al llevar a la práctica el reto del niño, le habían parecido necesarios unos cuantos ajustes aquí y allí.

—La posibilidad de morir es pequeña —dijo Joe—. Pero por supuesto, existe.

—Y es la única forma de evitar que lo detengamos, señor Kavalier —dijo el policía de paisano.

—Lo tendré en cuenta —dijo Joe. Volvió a echar los brazos hacia atrás.

—¡Joe! —Sammy se adelantó medio paso vacilante en dirección a Joe—. ¡Maldita sea, sabes perfectamente que el Escapista no vuela!

—Ya se lo he dicho yo —dijo uno de los huérfanos con aire de entendido.

Los policías se miraron. Se estaban preparando para echar a correr hacia el parapeto.

Joe retrocedió y cayó al vacío. La cuerda emitió un zumbido que alcanzó un do agudo y claro. El aire a su alrededor pareció resplandecer, como cuando hace mucho calor. Se oyó el tañido de la cuerda al tensarse, luego un porrazo breve y amortiguado como de un trozo de carne cayendo sobre madera maciza y un débil gemido. El descenso continuó, la cuerda se volvió cada vez más fina, los nudos más separados y el zumbido alcanzó por fin las frecuencias ultrasónicas. Luego, silencio.

—¡Ooh! —el capitán Harley se dio una palmada en el pescuezo como si le hubiera picado una abeja. Miró hacia arriba, luego hacia abajo y luego se apartó

rápidamente a un lado. Todo el mundo miró lo que tenía a los pies. En el suelo junto al capitán, floja y distendida, estaba la cuerda elástica, rematada por el nudo roto que había rodeado el pecho de Joe Kavalier.

Todas las advertencias y prohibiciones quedaron olvidadas. Niños y adultos corrieron al parapeto, y aquellos lo bastante esforzados o afortunados para subirse al mismo miraron hacia abajo al hombre que estaba abierto de brazos y piernas, como una letra «K» retorcida, sobre la cornisa saliente del tejado del piso ochenta y cuatro.

El hombre levantó la cabeza.

—Estoy bien —dijo. Dejó caer nuevamente la cabeza en la superficie de guijarros grises en la que había caído, y cerró los ojos.

NUEVE

Los camilleros lo llevaron al garaje subterráneo del edificio, donde una ambulancia llevaba esperando desde las cuatro de la tarde. Sammy bajó en el ascensor con ellos, después de dejar a Tommy con su abuelo y con el capitán de la policía del edificio, que no había permitido que el niño bajara también. Sammy no acababa de decidirse a separarse de Tommy, pero le pareció absurdo dejar que volvieran a llevarse a Joe, menos de diez minutos después de su reaparición. Que el niño pasara unos minutos en manos de la policía: tal vez no le iría mal.

Cada vez que Joe cerraba los ojos, los camilleros le decían en tono más bien cortante que se despertara. Tenían miedo de que pudiera sufrir una conmoción cerebral.

—Despierta, Joe —le dijo Sammy.

—Estoy despierto.

—¿Cómo te va?

—Bien —dijo Joe. Se había mordido el labio y tenía sangre en la mejilla y en el cuello. Era la única sangre que Sammy podía ver—. ¿Cómo estás tú?

Sammy asintió.

—Leo *Extraña cita* todos los meses —dijo Joe—. Los guiones son muy buenos, Sam.

—Gracias —dijo Sammy—. Los elogios son importantes cuando vienen de un lunático.

—*Cuentos marineros* también es bueno.

—¿Tú crees?

—Siempre aprendo algo sobre barcos y cosas así.

—Me documento mucho. —Sammy sacó su pañuelo y secó la sangre del labio de Joe, recordando la época de la guerra de Joe contra los alemanes de Nueva York—. Solamente es la cara, por cierto —dijo.

—¿Cómo?

—Eso que has dicho de que me he engordado. Solamente es la cara. Todavía levanto pesas todas las mañanas. Tócame el brazo.

Joe levantó el brazo, estremeciéndose un poco, y le apretó el bíceps a Sammy.

—Grande —dijo Joe.

—En cambio, tú no tienes muy buen aspecto. Con ese traje viejo y roto.

Joe sonrió.

—Confiaba en que Anapol me viera vestido así. Iba a ser una pesadilla hecha realidad.

—Me da la impresión de que se van a hacer realidad un montón de pesadillas —dijo Sammy—. ¿Cuándo lo cogiste, por cierto?

—Hace dos noches. Lo siento. Espero que no te importe. Me doy cuenta de que para ti tiene... un valor sentimental.

—Para mí no significa nada especial.

Joe asintió, mirándolo a la cara, y Sammy apartó la vista.

—Me fumaría un cigarrillo —dijo Joe.

Sammy se sacó uno de la chaqueta y se lo puso a Joe entre los labios.

—Lo siento —dijo Joe.

—¿Ah, sí?

—Quiero decir, siento lo de Tracy. Sé que fue hace mucho tiempo, pero yo...

—Sí —dijo Sammy—. Hace mucho tiempo de todo.

—De todo lo que siento, por lo menos —dijo Joe.

DIEZ

La vista desde las ventanas consistía básicamente en bancos de nubes, como si hubieran enfundado la parte superior del edificio en un calcetín de lana gris. En las paredes del extraño apartamento de Joe había bocetos de la cabeza de un rabino, un hombre de rasgos elegantes y barba blanca como la nieve. Los estudios estaban colgados de la pared con chinchetas y representaban a aquel caballero de aspecto noble en diversos estados de ánimo: embelesado, autoritario, temeroso. Las sillas y mesas estaban llenas de libros gordos, gruesos volúmenes de referencia, tratados e investigaciones polvorientas: Joe también había estado investigando un poco. Amontonadas en una esquina, Sammy vio las cajas de madera en las que Joe guardaba desde siempre sus cómics, con la salvedad de que ahora había diez veces más de las que recordaba. En la sala flotaba un olor a mucho tiempo de residencia de un hombre solitario: a café quemado, chorizo y ropa interior sucia.

—Bienvenidos a la Baticueva —dijo Lieber cuando entró Sammy.

—En realidad —dijo Longman Harkoo—, parece que se conoce como la Cámara de los Secretos.

—¿En serio? —dijo Sammy.

—Bueno, emmm, así es como la llamo yo —dijo Tommy, ruborizándose—. O sea, en realidad no.

Se entraba a la Cámara de los Secretos por una pequeña antesala decorada laboriosamente para simular la recepción de un negocio pequeño pero en funcionamiento. Tenía una mesa metálica y una mesilla de mecanógrafa, un sillón, un archivador, un teléfono y una percha para sombreros. En la mesa había una placa que aseguraba la presencia diaria de una tal señorita Smyslenka, un jarro con flores secas y una fotografía del hijo sonriente de la señorita Smyslenka, interpretado por un Thomas E. Clay de seis meses. En la pared había la enorme pintura comercial de una fábrica de aspecto macizo, luminosa en medio del alba resplandeciente de una mañana de Nueva Jersey, con las chimeneas emitiendo un bonito humo azul, CREMAS EVANESCENTES KORNBLUM —decía la etiqueta grabada en metal que había en la parte inferior del marco— HO-HO-KUS, NUEVA JERSEY.

Nadie, ni siquiera Tommy, sabía cuánto tiempo llevaba Joe viviendo en el Empire State, pero estaba claro que durante aquel tiempo había trabajado mucho y había leído muchos cómics. En el suelo había diez montones de bastidores de dibujo, y en cada montón todas las hojas estaban cubiertas de viñetas con dibujos a lápiz. Al principio Sammy estaba demasiado abrumado por la cantidad de páginas —debía de haber cuatro o cinco mil— para mirarlas de cerca, pero sí vio que todas parecían estar sin entintar. Joe había estado trabajando con diversos calibres de portaminas, dejando que sus lápices reprodujeran los mismos efectos de luz, masa y sombra que

normalmente se conseguían con la tinta.

Además de los rabinos, había estudios de organilleros, soldados con petos y de una chica bonita con un pañuelo en la cabeza, en diversas actividades y actitudes. Había edificios y carruajes, escenas callejeras. A Sammy no le costó reconocer las recargadas torres en punta y los arcos de lo que debía ser Praga, hileras de casas extrañas acurrucadas bajo la nieve, un puente lleno de estatuas proyectando sobre un río sus sombras quebradas e iluminadas por la luna, callejuelas retorcidas. Los personajes parecían ser en su mayoría judíos, a la antigua usanza, vestidos de negro y dibujados con la habitual profusión de detalles de Joe. Sammy vio que las caras eran más específicas, más extravagantes y feas que el vocabulario de jetas genéricas de cómic que Joe había aprendido y explotado en su obra anterior. Eran caras humanas, transidas de dolor, hambrientas, con sus miradas anticipando el horror pero llenas de esperanza. Todas salvo una. Había un personaje, repetido una y otra vez en los bocetos de las paredes, que apenas tenía cara: solamente las uves y los guiones convencionales de una fisionomía de cómic simplificada prácticamente hasta la abstracción.

—El Gólem —dijo Sammy.

—Parece ser que estaba escribiendo una novela —dijo Lieber.

—Es verdad —dijo Tommy—. Sobre el Gólem. El rabino Judas Ben Beelzebub le escribió la palabra «verdad» en la frente y cobró vida. Y una vez en Praga, ¿sabéis? Joe vio al Gólem de verdad. Su padre lo tenía en un armario de su casa.

—Tiene una pinta maravillosa —dijo Longman—. Me muero de ganas de leerla.

—Una novela en forma de cómic —dijo Sammy. Pensó en su ya por entonces legendaria novela, *Desilusión americana*, aquel ciclón que durante años había trazado su camino errático por las llanuras de su vida imaginaria, siempre en el umbral de la grandeza o de la desintegración, adquiriendo personajes y argumentos como si fueran casas y ganado y dejándolos de lado para seguir su camino. En varias ocasiones había asumido forma de comedia negra, de tragedia estoica hemingwayana, de dura lección de anatomía social parecida a John O'Hara y de *Huckleberry Finn* urbano a puño limpio. Era la autobiografía de un hombre incapaz de enfrentarse consigo mismo, un sistema elaborado de evasión y mentiras no redimidas por la virtud artística de la delación de uno mismo. Ya hacía dos años desde su último intento de continuarla, y hasta ese mismo instante habría jurado que sus antiguas ambiciones de ser algo más que un guionista de poca monta para una editorial de quinta fila estaban, como suele decirse, tan muertas como el vodevil—. Dios mío.

—Vamos, señor Clay —dijo Lieber—. Puede venir conmigo en coche al hospital.

—¿Por qué va usted al hospital? —dijo Sammy, aunque conocía la respuesta.

—Bueno, estoy bastante convencido de que tenemos que detenerlo. Espero que lo entienda.

—¿Detenerlo? —dijo Longman— ¿Por qué?

—Por alteración del orden, supongo. O tal vez por residencia ilegal. Estoy seguro de que el edificio querrá presentar cargos. No sé. Ya se me ocurrirá por el camino.

Sammy vio que la sonrisa de su suegro se encogía hasta adoptar forma de botón pequeño y duro y que su mirada generalmente cordial se volvía inexpresiva y vidriosa. Era una expresión que Sammy había visto antes, en la planta baja de la galería de Longman,²⁶ cuando negociaba con algún pintor que sobrevaloraba su propia obra o bien con alguna mujer con título nobiliario y la mayor parte del cadáver de una civeta sobre los hombros y que contaba con mucho más dinero que juicio. Aludiendo a los orígenes de su padre en la venta al detalle, Rosa la llamaba «su mirada de mercader de alfombras».

—Eso ya lo veremos —dijo Longman, con indiscreción deliberada y mirando de lado a Sammy—. El surrealismo tiene agentes a todos los niveles de la maquinaria del poder. La semana pasada le vendí un cuadro a la madre del alcalde.

Su suegro es un poco fanfarrón, dijo la mirada del detective Lieber. Ya lo sé, contestó la de Sammy.

—Perdone. —Había un nuevo visitante en las oficinas de Cremas Evanescentes Kornblum. Era joven, atractivo a un estilo anodino gubernamental y llevaba un traje azul oscuro. Llevaba en la mano un sobre largo de color blanco.

—¿Sam Clay? —dijo—. Busco al señor Sam Clay. Me han dicho que tal vez aquí...

—Yo —Sammy se adelantó y cogió el sobre que le ofrecía el joven—. ¿Qué es esto?

—Es una citación del Congreso —el joven saludó con la cabeza a Lieber y se tocó el ala del sombrero con dos dedos—. Lamento molestarlos, caballeros —dijo.

Sammy se quedó un momento dándose golpecitos en la mano con el sobre.

—Será mejor que llames a mamá —dijo Tommy.

ONCE

Rose Saxon, la reina de los cómics románticos, estaba trabajando en su bastidor en el garaje de su casa de Bloomtown, Nueva York, cuando su marido la telefoneó desde la ciudad para decirle que, si le parecía bien, le traería a casa al amor de su vida, al que prácticamente ya daba por muerto.

La señorita Saxon estaba trabajando en el texto de una nueva historia, que pretendía empezar a bosquejar aquella noche, después de que su hijo se fuera a dormir. Era la historia principal para el número de junio de *Kiss Comics*. Pensaba titularla «La bomba destruyó mi matrimonio». Estaba basada en un artículo que había leído en *Redbook* sobre las dificultades cómicas de estar casado con un físico nuclear empleado por el gobierno en unas instalaciones de alto secreto en el desierto de Nuevo México. No es que Rosa escribiera simplemente sus viñetas sino que las proyectaba, una tras otra, en la máquina de escribir. Con el paso de los años, los guiones de Sammy no se habían vuelto menos detallados sino más libres. Nunca se molestaba en decirle al dibujante qué tenía que dibujar. Rosa no podía funcionar de aquella forma. Odiaba trabajar con guiones de Sammy. Necesitaba tenerlo todo planificado de antemano —el *storyboard*, como lo llamaban en Hollywood—, plano a plano, por decirlo de alguna forma. Sus guiones eran una serie minuciosamente numerada de planos maestros, los scripts de rodaje para epopeyas de a diez centavos que, con su diseño elegante y austero, sus perspectivas alargadas y su profundidad de campo, se parecían de alguna forma, tal como ha señalado Robert C. Harvey,²⁷ a las películas de Douglas Sirk. Trabajaba con una pesada Smith-Corona, escribiendo con una lentitud tan absorta que cuando la llamó su jefe y marido, al principio no oyó el teléfono que sonaba.

Rosa se había iniciado en los cómics poco después del retorno de Sammy al negocio después de la guerra. Tras ocupar el despacho del director en Gold Star, la primera maniobra de Sammy había sido despedir a muchos de los incompetentes y alcohólicos que había en plantilla. Era un paso arriesgado y necesario, pero le dejó con una carestía grave de artistas y en particular de entintadores.

Tommy había empezado a ir al jardín de infancia, y Rosa estaba empezando a entender el horror de su destino, el puro sinsentido de su vida cuando su hijo no estaba en casa, cuando un día Sammy llegó a la hora de comer, agobiado y lleno de prisas, con un puñado de bastidores de dibujo, un frasco de tinta Higgins y un puñado de pinceles del n.º 3, y le suplicó a Rosa que lo ayudara haciendo lo que pudiera. Ella se pasó la noche entera despierta trabajando en las páginas —era alguna historieta espantosa de superhéroes de Gold Star, *La granada humana* o *El semental fantasma*— y consiguió terminar el trabajo para la hora en que Sammy se marchó a trabajar la mañana siguiente. Había empezado el reinado de la Reina.

Rose Saxon había surgido lentamente, prestando su pincel al principio solamente de forma ocasional, sin firmar ni salir en los créditos, a una historia o una portada que dibujaba sobre la mesa de la cocina. Rosa siempre había tenido un trazo firme, buen pulso y buen gusto para sombrear. Era un trabajo hecho en situaciones de crisis irreflexivas —siempre que Sammy estaba atascado o le faltaba personal—, pero al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que había empezado a desear intensamente los días en que Sammy le daba algo que hacer.

Luego una noche, mientras estaban en cama, hablando en la oscuridad, Sammy le dijo que entintaba mucho mejor que los mejores profesionales que podía permitirse contratar en Gold Star. Le preguntó si alguna vez había considerado la posibilidad de coger los lápices. De hacer los bocetos. De dibujar y escribir historietas de cómic. Le explicó que por entonces Simon y Kirby estaban teniendo un éxito considerable con un tipo nuevo de historias que se habían inventado, basándose en parte en series adolescentes como *Archie* y *A Date with Judy* y en parte en los pulps sobre romances reales (el último de los viejos géneros pulp en ser exhumado y resucitado en forma de cómic). Se llamaba *Romance juvenil*. Estaba dirigido a mujeres y contaba historias sobre mujeres. Hasta entonces las mujeres habían sido dejadas de lado como lectoras de cómics. Sammy creía que quizá podrían divertirse con historias escritas y dibujadas por una de ellas. Rosa había aceptado la propuesta de Sammy al instante, con un arrebató de gratitud cuyo poder seguía intacto todavía hoy.

Ella sabía lo que había comportado para Sammy regresar a los cómics y aceptar el trabajo de director en Gold Star. Había sido el único momento en el curso de un matrimonio largo e interesante en que Sammy había estado a punto de seguir a su primo al mundo de los hombres fugados. Había maldecido, había gritado y le había dicho cosas odiosas a Rosa. La había culpado de su penuria y de su degradación y de la inconclusión perpetua de *Desilusión americana*. Si no tuviera una mujer y un hijo que mantener, un hijo que ni siquiera era suyo... Había llegado al punto de hacer una maleta y salir de la casa. Cuando regresó la tarde siguiente, fue en calidad de director editorial de Publicaciones Gold Star, S. A. Había permitido que la vida lo empujara por el último tramo de escaleras y había subido de una vez por todas en el cuarto de los misterios que era la vida de un hombre normal. Y se había quedado allí. Años más tarde, Rosa encontraría un billete en un cajón, con fecha en aquel momento terrible, para un asiento en un vagón de segunda en el Broadway Limited: otro tren a la costa en el que Sammy no había subido.

La noche en que le había ofrecido la posibilidad de dibujar «un cómic para chatis», Rosa sintió que le estaba dando una llave de oro, una llave maestra para entrar en sí misma, una escapatoria al tedio de su existencia como ama de casa y madre, primero en Midwood y luego en Bloomtown, capital autoproclamada del sueño americano. Aquella sensación perdurable de gratitud hacia Sammy era una de

las fuerzas sustentantes de su vida en común, algo a lo que podía recurrir, algo a lo que agarrarse igual que Tom Mayflower agarraba su llave talismán siempre que las cosas se ponían feas. Y la verdad era que su matrimonio había mejorado desde que empezó a trabajar para Sammy. Ya no parecía un matrimonio tan amañado. Se volvieron colegas, compañeros de trabajo, socios de una forma desigual pero bien definida que ayudaba a no mirar muy de cerca el armario cerrado con llave que seguía en el centro de la situación.

El resultado más inmediato de la oferta de Sammy había sido *Chicas trabajadoras*, «historias atroces pero reales tomadas de las vidas febriles de muchachas de carrera». Debutó en las últimas páginas de *Spree Comics*, por entonces el título que peor vendía de toda la producción de Gold Star. Después de tres meses de aumento continuo de las ventas, Sammy había trasladado *Chicas trabajadoras* al frente del cómic y había permitido que Rosa lo firmara con su seudónimo más conocido.²⁸ Unos meses más tarde, *Chicas trabajadoras* era lanzado como título propio, y poco después, Gold Star, liderado por tres «cómic románticos de Rose Saxon», empezó a dar algún beneficio por primera vez desde el principio de la guerra. Desde entonces, mientras Sammy se trasladaba de Gold Star a la dirección de Olympic Publications y luego a Pharaoh House, Rosa, en una campaña incansable y (en su mayor parte) financieramente exitosa para retratar el corazón de aquella criatura mítica, la Chica Americana, a quien ella despreciaba y envidiaba a partes iguales, había llenado las páginas de *Mal de amores*, *Romance*, *Loca de amor* y ahora de *Kiss* con toda la fuerza y la frustración de doce años de añoranza y ausencia de amor.

Después de que Sammy colgara, Rosa se quedó un momento con el teléfono en la mano, intentando entender lo que acababa de oír. De alguna forma —resultaba un poco confuso— su hijo, mientras hacía novillos, había conseguido encontrar a su padre verdadero. Joe Kavalier iba a ser traído de vuelta, vivo, de su escondite secreto en el Empire State («igual que el Hombre de Bronce», había dicho Sammy). E iba a dormir en su casa.

Sacó sábanas limpias del armario empotrado del pasillo y las llevó al sofá donde, al cabo de pocas horas, Joe Kavalier iba a acostar su cuerpo bien recordado e inimaginable. Allí donde el pasillo daba a la sala de estar, pasó por delante de una especie de átomo en forma de estrella con un espejo en el núcleo y se vio el pelo. Dio media vuelta, entró en el dormitorio que compartía con Sammy, dejó el montón de sábanas de olor agradable y se empezó a arrancar toda la gama de chatarra, material de oficina y chismes diversos que usaba para mantenerse el pelo recogido cuando estaba en casa. Se sentó en la cama, se levantó, fue a su armario y se quedó allí, con la imagen de su guardarropa llenándola de duda y de un regocijo vago que identificó, como por arte de magia, con Joe. Hacía tiempo que había dejado de ser consciente de

sus vestidos, faldas y blusas. Eran expresiones memorizadas de algodón y rayón que recitaba a diario. Ahora le parecían, hasta la última falda, horriblemente sensatas y aburridas. Se quitó la camiseta y los vaqueros con dobladillo. Encendió un cigarrillo y entró en la cocina en ropa interior, con la mata de su pelo suelto colgando alrededor de la cabeza como una corona de plumas.

En la cocina sacó una sartén, derritió media taza de mantequilla y la espesó con harina. A la pasta resultante le añadió leche, poco a poco, luego sal, pimienta y cebolla en polvo. Sacó el *roux* del fuego y puso un cazo de agua para hacer fideos. Luego fue a la sala de estar y puso un disco en el equipo de música. No tenía ni idea de qué disco era. Cuando la música empezó no la oyó y tampoco se dio cuenta cuando terminó. Le asombró ver que no había puesto las sábanas en el sofá. Tenía el pelo delante de la cara. Se dio cuenta de que le había caído ceniza en el *roux* y que se había limitado a removerla con la cuchara, como si fuera perejil seco. Sin embargo, se había olvidado de poner el perejil seco. Y por alguna razón, iba en sujetador.

—Muy bien —se dijo a sí misma—. ¿Y qué? —El sonido de su voz la tranquilizó y la ayudó a concentrarse—. Joe no conoce los suburbios. —Aplastó el cigarrillo en un cenicero que tenía forma de ceja arqueada en gesto de sorpresa—. Vístete.

Volvió a entrar en el dormitorio y se puso un vestido azul, hasta las rodillas, con la cintura blanca y el cuello de algodón moteado. Varias voces contradictorias e insidiosas se levantaron a su alrededor en aquel momento para decirle que el vestido la hacía parecer gorda, moderna, matronil, y que tenía que llevar pantalones anchos. Las ignoró. Se cepilló el pelo hasta que le salía disparado de la cabeza en todas direcciones como la crin de un diente de león, luego se lo peinó hacia atrás, se lo recogió en la nuca y se lo ató allí con un broche de plata. Cierta perplejidad regresó a ella cuando consideró la cuestión del maquillaje, pero enseguida decidió que solamente se pintaría los labios, dos líneas de color ciruela, no especialmente bien aplicadas, y fue a la sala de estar a hacer la cama en el sofá. Para entonces el agua del cazo estaba hirviendo y ella le sacudió un paquete ronroneante de macarrones encima. Luego empezó a rayar encima de un cuenco un pedazo de queso amarillo como un autobús escolar. Macarrones con queso. Como plato, le parecía que existía en el mismo centro de su vergüenza por la vida que llevaba. Pero era el plato favorito de Tommy y tenía ganas de recompensar a su hijo por la hazaña que había llevado a cabo. Y de alguna forma dudaba que Joe —¿realmente había estado encerrado en una oficina del Empire State desde la década de 1940?— fuera sensible al mensaje socioeconómico inherente en aquel cuadrado burbujeante marrón y dorado o en su cazuela blanca Corning con una flor azul en el costado.

Llegarían dentro de dos horas. Volvió a su mesa y se sentó a trabajar. Era lo único sensato que se le ocurría. La tristeza, la irritación, la duda, la preocupación o cualquier otra emoción turbulenta que pudiera robarle el sueño, el hambre o en casos

extremos la capacidad para hablar de forma coherente o para salir de la cama, desaparecían casi por completo cuando estaba explicando una historia. Aunque no había contado tantas a lo largo de los años como Sammy, por el hecho de trabajar de forma exclusiva en el mundo de las historias románticas, quizá las contaba con mayor intensidad. Para Rosa (que desde el principio y de forma exclusiva entre las pocas mujeres que trabajaban en el ramo, no solamente había dibujado sino que gracias a la indulgencia de su marido editor también había escrito el guión de casi todas sus historias), contar la historia de la guapa Nancy Lambert —una chica americana corriente de una pequeña isla en Maine que ponía toda su confianza ingenua en las manos traicioneras del atractivo y brillante Lowell Burns, animal social y físico nuclear— era un acto que no solamente absorbía toda su atención y su pericia sino también todos sus sentidos y recuerdos. Sus pensamientos eran los de Nancy. Sus propios nudillos se volvían blancos cuando Nancy se enteraba de que Lowell la había vuelto a engañar. Y poco a poco, a medida que poblaba y desarrollaba el mundo que estaba construyendo a base de filas y columnas de viñetas en bastidores de dibujo de once pulgadas por quince, el pasado de Nancy se fue transformando en el de ella. Las lenguas de terciopelo de los ciervos mansos de Maine le habían lamido las manos de niña. El humo de las hogueras de hojas secas en otoño, las luciérnagas escribiendo sus alfabetos sobre el firmamento estival, la columna de humo salado que se elevaba de las almejas asadas, el crujido del hielo en las ramas de los árboles en invierno, todas aquellas sensaciones se amontonaban en el corazón de Rosa con una nostalgia casi insoportable mientras ella, viendo la horrible floración de la bomba roja en que se había convertido su Otra Mujer, consideraba la posible destrucción de todo lo que había conocido, desde la amable señorita Pratt en la vieja escuela de la isla hasta la imagen del viejo bote de pesca de su padre entre las barcas que regresaban al atardecer con las redes llenas de langostas. En aquellos momentos, no es que inventara sus argumentos o diseñara sus personajes: los recordaba. Sus páginas, aunque olvidadas por todo el mundo salvo unos pocos coleccionistas, conservaban una impronta de la fe de la autora en su creación, esa locura encantadora que es lo bastante rara en cualquier forma de arte pero que en el mundo de los cómics, con sus colaboraciones forzosas y su búsqueda incansable del denominador común más bajo, resultaba desconocida.

Todo esto explica por qué Rosa, que al llamarla por teléfono Sammy había sido víctima del pánico y la confusión, se olvidó tan pronto de Josef Kavalier cuando se sentó a trabajar. A solas en su estudio improvisado del garaje, fumó, escuchó a Mahler y a Fauré en la WQXR y se perdió en las tribulaciones y en los contornos armoniosos de la pobre Nancy Lambert, como cualquier otro día en que no tuviera noticias de las ausencias escolares de su hijo ni la visitaran espectros de la historia profundamente sepultada de su corazón. No fue hasta que oyó el chirrido del

Studebaker en el camino de entrada que levantó la vista de su trabajo.

Los macarrones con queso resultaron ser un gesto superfluo. Tommy ya estaba dormido cuando llegó a casa. Sammy entró en casa cargando con el chico en brazos.

—¿Ha cenado?

—Un donut.

—Eso no es una cena.

—Se ha bebido una coca-cola.

Estaba profundamente dormido, con las mejillas ruborizadas, roncando entre dientes y enfundado misteriosamente en una sudadera extragrande de la Liga Atlética de la Policía.

—Te has roto las costillas —le dijo Rosa a Joe.

—No —dijo Joe—. Solamente tengo magulladuras. —Tenía un verdugón enorme en la mejilla, tapado parcialmente por un trozo cuadrado de gasa y esparadrapo. Le relucían las aletas de la nariz, como si hubiera estado sangrando hacía poco.

—Apártate —dijo Sammy entre dientes—. No quiero que se me caiga.

—Déjame —dijo Joe.

—Tus costillas...

—Déjame.

Quiero ver esto, pensó Rosa. De hecho, no había nada en la vida que quisiera ver más.

—¿Por qué no se lo dejas? —le dijo a Sammy.

Así que Sammy, conteniendo la respiración, poniendo cara de dolor y frunciendo el ceño, dejó al niño dormido en brazos de Joe. La cara de Joe se tensó de dolor, pero lo soportó y sostuvo a Tommy, mirándole la cara con un cariño alarmante. Rosa y Sammy se quedaron mirando ardientemente cómo Joe Kavalier miraba a su hijo. Luego, en el mismo momento, cada uno de ellos pareció darse cuenta de que estaba haciendo lo mismo que el otro, se sonrojaron y sonrieron, llevados por las corrientes de la duda, la vergüenza y la satisfacción que animaban todos los procedimientos de su familia inventada en el juzgado.

Joe carraspeó, o tal vez gruñó de dolor.

Ellos lo miraron.

—¿Dónde está su cuarto? —dijo Joe.

—Oh, perdona —dijo Rosa—. Jesús. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

—Es por aquí.

Ella lo acompañó por el pasillo hasta el dormitorio de Tommy. Joe dejó al chico encima del cubrecama, que tenía letreros de tabernas coloniales dibujados y proclamas de esquinas raídas impresas en letras abultadas de la época de la guerra de Independencia. Ya hacía tiempo que el deber y el placer de desnudar a su hijo no

recaían en Rosa. Llevaba años forzándolo a alcanzar la madurez, la independencia y una competencia general impropia de su edad, como si confiara hacerlo rebotar como una piedra hasta el otro lado del traicionero estanque de la infancia, y ahora se dejó conmovido por lo que quedaba de niño en él, en sus labios fruncidos y en el lustre febril de sus párpados. Se inclinó, le desató los cordones y le quitó los zapatos. Tenía los calcetines pegados a los pies pálidos y sudados. Joe le cogió los calcetines y los zapatos. Rosa desabotonó los pantalones de pana de Tommy, se los sacó por las piernas, luego le tiró de la camisa y la sudadera hasta que su cabeza y sus brazos se perdieron dentro de los mismos. Dio una especie de tirón lento y experimentado y la parte superior de su hijo quedó liberada.

—Muy hábil —dijo Joe.

Por lo visto a Tommy lo habían atiborrado de helado y refrescos en la comisaría para hacerlo hablar. Ahora habría que lavarle la cara. Rosa fue a buscar una toalla. Joe la siguió al baño, llevando los zapatos en una mano y el par de calcetines hechos una bola en la otra.

—Tengo cena en el horno.

—Tengo mucha hambre.

—¿Te has roto algún diente?

—Por suerte, no.

Era absurdo; estaban charlando sin más. La voz de Joe era la de siempre, resonante pero con cierto matiz agudo de fagot. El extravagante acento Habsburgo seguía allí, sonaba doctoral y no del todo genuino. En la sala de estar, Sammy le había dado la vuelta al disco que ella había puesto antes. Ahora Rosa lo reconoció: eran el *New Concepts of Artistry in Rhythm* de Stan Kenton. Joe la siguió de vuelta al dormitorio y ella limpió la dulce resina epóxica que Tommy tenía en los labios y los dedos de bebé. Un caramelo Charms Pop sin envoltorio que el niño se había metido, después de chuparlo, en el bolsillo de los pantalones, le había dejado una mancha pegajosa en la cavidad lisa y sin pelo de la cadera. Rosa se la limpió. Tommy estuvo murmurando y estremeciéndose mientras ella lo limpiaba. En un momento dado sus ojos se abrieron, conscientes y alarmados, y Rosa y Joe intercambiaron una sonrisa: lo habían despertado. Pero el niño volvió a cerrar los ojos, y con Joe sosteniéndolo y Rosa tirando, le pusieron el pijama. Joe lo levantó, gruñendo de nuevo, mientras Rosa apartaba el cubrecama. Luego lo arroparon. Joe le apartó el pelo de la frente.

—Qué grande es —dijo.

—Tiene casi doce años —dijo Rosa.

—Sí, ya lo sé.

Ella le miró las manos, que él tenía pegadas a los costados. Todavía sostenía los zapatos del niño.

—¿Tienes hambre? —dijo ella, en voz baja.

—Mucha hambre.

Cuando salieron de la habitación, Rosa se giró a mirar a Tommy y tuvo el impulso de dar media vuelta, meterse en la cama con él y quedarse allí un rato sintiendo aquella añoranza profunda, aquella sensación de echarlo de menos desesperadamente que la invadía siempre que lo tenía dormido en brazos. Cerró la puerta a su espalda.

—Vamos a cenar —dijo ella.

No fue hasta que estuvieron los tres sentados a la mesa de la cocina que ella pudo mirar bien a Joe. Tenía un aspecto más pesado. Su cara parecía haber envejecido menos que la de Sammy o, Dios lo sabía, menos que la de ella, y su expresión, mientras asimilaba las imágenes y los olores extraños de la confortable cocina de su casa modelo Penobscott, conservaba algo del viejo Joe burlón que ella recordaba. Rosa había leído sobre el viajero a la velocidad de la luz del que hablaba Einstein, que volvía después de haber pasado varios años de su vida de viaje y descubría que todo el mundo al que había conocido y querido estaba encorvado o criando malvas. Le parecía que Joe era aquel viajero y que acababa de llegar de un lugar lejano, hermoso e inimaginablemente vacío.

Mientras cenaban, Sammy le contó a Rosa cómo le había ido el día, desde que se había encontrado a los muchachos en la cafetería Excelsior hasta el momento en que Joe había saltado al vacío.

—Te podrías haber matado —dijo Rosa, disgustada y dándole una palmada en el hombro a Joe—. Muy fácilmente. Gomas elásticas.

—El mismo truco fue llevado a cabo con éxito por Theo Hardeen en 1921, desde el puente de Alejandro III —dijo Joe—. En ese caso las gomas elásticas fueron preparadas especialmente, pero yo estudié el caso y llegué a la conclusión de que las mías eran más fuertes y más elásticas.

—Pero se han roto —dijo Sammy.

Joe se encogió de hombros.

—Me equivocaba.

Rosa se rió.

—No digo que no me equivocara, solo digo que no me imaginaba que hubiera prácticamente ninguna posibilidad de matarme.

—¿No pensabas que era probable que te encerraran en la Isla de Rykers? —dijo Sammy—. Lo han detenido.

—¿Te han detenido? —dijo Rosa—. ¿Por qué? ¿Por «alterar el orden público»?

Joe hizo una mueca, al mismo tiempo avergonzado y molesto. Luego se sirvió otro cucharón de la cazuela.

—Por residencia ilegal —dijo Sammy.

—No pasa nada. —Joe levantó la vista del plato—. Ya he estado antes en la

cárcel.

Sammy se giró hacia Rosa.

—No para de decir cosas así.

—Hombre misterioso.

—Me parece muy irritante.

—¿Has pagado la fianza? —dijo Rosa.

—Me ha ayudado tu padre.

—¿Mi padre? ¿Te ha ayudado?

—Por lo visto la anciana señora Wagner debe dos Magritte —dijo Sammy—. La madre del alcalde. Se han retirado los cargos.

—Dos Magritte de la última época —dijo Joe.

Sonó el teléfono.

—Yo lo cojo —dijo Sammy. Fue al teléfono—. Hola. Ajá. ¿Qué periódico? Ya veo. No. No hablará con usted. Porque ni loco va a hablar con un periódico de Hearst. No. No. Eso no es cierto en absoluto. —Por lo visto, el deseo de Sammy de dejar las cosas claras era mayor que su desprecio por el *Journal American* de Nueva York. Se llevó el auricular al comedor. Habían puesto un cable extra- largo para que llegara hasta la mesa del comedor que Sammy usaba como escritorio siempre que trabajaba en casa.

Mientras Sammy arengaba al reportero del *Journal American*, Joe dejó su tenedor.

—Está muy bueno —dijo—. Ya ni siquiera me acuerdo de la última vez que comí algo así.

—¿Has tenido bastante?

—No.

Ella le volvió a servir de la fuente.

—Es el que más te ha echado de menos —dijo ella. Señaló con la cabeza en dirección al comedor, donde Sammy le estaba contando al reportero del *Journal American* que él y Joe eran quienes habían creado al Escapista, una noche fría de octubre de hacía un millón de años. El mismo día en que un chico había entrado dando tumbos por la ventana del dormitorio de Jerry Glovsky y había aterrizado, asombrado, a los pies de Rosa—. Contrató a detectives privados para encontrarte.

—Uno de ellos me encontró —dijo Joe—. Lo tuve que sobornar. —Dio un mordisco, luego otro y luego un tercero—. Yo también lo he echado de menos —dijo por fin—. Pero siempre me imaginaba que Sammy era feliz. Cuando estaba sentado allí por las noches a veces me acordaba de él. Leía sus cómics, siempre me daba cuenta de cuáles eran suyos, y pensaba, bueno, a Sammy le va bien. Debe de ser feliz. —Ayudó a bajar el tercer trago con un vaso de agua de seltz—. Es una decepción para mí darme cuenta de que no lo es.

—¿No lo es? —dijo Rosa, no tanto por mala fe como movida por la fuerza recalcitrante que una generación posterior habría denominado impulso de denegación—. No, tienes razón. La verdad es que no lo es.

—¿Qué pasa con el libro, *Desilusión americana*? A menudo he pensado en ello, de vez en cuando.

Rosa vio que su inglés se había deteriorado durante sus años en el monte, o donde fuera que hubiera estado.

—Bueno —dijo Rosa—. La terminó hace un par de años. Por quinta vez, si no me equivoco. Y la enviamos. Hubo algunas respuestas amables, pero en fin.

—Ya veo.

—Joe —dijo ella—. ¿Qué pretendías?

—¿Qué pretendía con qué? ¿Tirándome, quieres decir?

—Bueno, empecemos por eso.

—No lo sé. Cuando vi la carta en el periódico, ya sabes, supe que la había escrito Tommy. ¿Quién más podía ser? Y sentí, pues bueno, como soy yo el que le mencionó que... Pues quería... Quería que fuera... Real para él.

—¿Pero qué intentabas conseguir? ¿Pretendías avergonzar a Sheldon Anapol para que te diera más dinero o...?

—No —dijo Joe—. No supongo que esa fuera nunca la idea.

Ella esperó. Joe apartó su plato y cogió los cigarrillos de Rosa. Encendió dos a la vez, le pasó uno a ella, tal como solía hacer mucho, mucho tiempo atrás.

—No lo sabe —dijo al cabo de un momento, como si ofreciera una razón para tirarse desde lo alto del Empire State, y aunque ella no lo entendió de inmediato, por alguna razón la declaración hizo que el corazón empezara a latirle a toda prisa. ¿Acaso estaba ella ocultando tantos secretos, tantas clases distintas de conocimiento culpable a los hombres de su vida?

—¿Quién no sabe qué? —dijo ella. Extendió el brazo, como de forma casual, para coger un cenicero que había en la encimera justo detrás de la cabeza de Joe.

—Tommy. No sabe... Lo que yo sé. Lo de mí. Y él. Que yo...

El cenicero —rojo y dorado, con las palabras EL MOROCCO impresas en elegantes letras doradas— se cayó al suelo de la cocina y se rompió en una docena de pedazos.

—¡Mierda!

—No pasa nada, Rosa.

—¡Sí que pasa! ¡Se me ha caído el cenicero de El Morocco, maldita sea! —Se pusieron los dos de rodillas, en medio del suelo de la cocina, con los trozos del cenicero roto en medio de ambos.

—Pues muy bien —dijo ella, cuando Joe empezó a barrer los trozos con la palma de la mano—. Ya lo sabes.

—Ahora sí. Siempre lo he pensado, pero...

—¿Siempre lo has pensado? ¿Desde cuándo?

—Desde que me enteré. Me escribiste, ¿recuerdas? En la marina, en 1942. Había fotos. Me di cuenta.

—¿Has sabido desde 1942 que... —bajó la voz hasta convertirla en un susurro furioso— ... que tenías un hijo, y nunca...?

De pronto la rabia acumulada le pareció peligrosamente satisfactoria, y estuvo a punto de liberarla, sin importarle las consecuencias para su hijo, su marido o su reputación en el vecindario, pero se contuvo en el último instante al ver el rubor intenso en las mejillas de Joe. Estaba allí sentado, con la cabeza inclinada, haciendo un montoncito con todos los trozos del cenicero. Rosa se levantó y fue al armario de las escobas en busca de una escoba y un recogedor. Barrió el cenicero y echó las piezas tintineantes al cubo de la basura.

—No se lo has dicho —dijo ella por fin.

Él negó con la cabeza gacha. Seguía arrodillado en medio del suelo de la cocina.

—Nunca hemos hablado casi mucho —dijo.

—¿Por qué no me sorprende?

—Y tú nunca se lo has dicho.

—Claro que no —dijo Rosa—. Por lo que él sabe, ese —bajó la voz y volvió a señalar con la cabeza en dirección al comedor— es su padre.

—Me parece que no.

—¿Cómo?

—Él me dijo que Sammy lo había adoptado. Que había oído algo así a hurtadillas. Tiene una serie de teorías interesantes sobre su padre verdadero.

—¿Y nunca te ha...? ¿Tú crees que...?

—A veces creo que ha estado intentando preguntármelo —dijo Joe—. Pero nunca ha llegado.

Ella le dio la mano y él se la cogió. Por un instante, la mano de Joe le pareció mucho más seca y callosa de lo que recordaba, y luego la sintió exactamente igual que antes. Se volvieron a sentar a la mesa de la cocina, delante de sus platos.

—Todavía no has dicho por qué lo hiciste —le recordó ella—. ¿Qué sentido tenía?

Sammy volvió a entrar en la cocina y colgó el teléfono, negando con la cabeza tras la profunda oscuridad periodística que acababa de pasar diez minutos intentando iluminar.

—Eso es lo que el tipo me estaba preguntando ahora mismo —dijo—. ¿Qué sentido tenía?

Rosa y Sammy se volvieron hacia Joe, que miró el centímetro de ceniza de la punta de su cigarrillo durante un momento antes de hacerla caer con un golpecito en

la palma de su mano.

—Supongo que lo hice para esto —dijo—. Para mí volver a casa. Para terminar sentado aquí con vosotros, en Long Island, comiendo unos fideos que Rosa ha hecho.

Sammy levantó las cejas y dejó escapar un breve suspiro. Rosa negó con la cabeza. Le parecía que su destino era vivir entre hombres cuyas soluciones eran invariablemente más complicadas o extremas que los problemas que intentaban resolver.

—¿No podrías haber llamado? —dijo Rosa—. Estoy segura de que te habría invitado.

Joe negó con la cabeza y el color regresó a sus mejillas.

—No podía. A veces tenía ganas. Os llamaba y colgaba el teléfono. Escribía cartas pero no las mandaba. Y cuanto más esperaba, más difícil de imaginar me resultaba. No sabía cómo hacerlo, ¿lo veis? No sabía lo que pensabais de mí. Ni lo que sentíais de mí.

—Dios, Joe, eres un puto idiota —dijo Sammy—. Te queremos.

Joe puso la mano en el hombro de Sammy, se encogió de hombros y asintió como diciendo, sí, he actuado como un idiota. Y Rosa comprendió que aquello lo solucionaba todo entre ellos. Doce años de vacío, una declaración escueta, un encogimiento de hombros a modo de disculpa y aquellos dos ya se llevaban tan bien como antes. Rosa soltó un bufido que le hizo salir una bocanada de humo por la nariz y negó con la cabeza. Joe y Sammy se volvieron hacia ella. Parecían estar esperando que ella les trazara un plan de acción, un bonito y limpio argumento de Rose Saxon que pudieran seguir y en el que tuvieran escritas todas las líneas que deseaban decir.

—¿Y bien? —dijo ella—. ¿Qué hacemos ahora?

El silencio que siguió fue lo bastante largo para que tres o cuatro de los idiotas proverbiales de Ethel Klayman llegaran a este valle de lágrimas. Rosa veía un millar de respuestas posibles pasando por la mente de su marido y se preguntó cuál de ellas iba a ofrecer finalmente, pero resultó ser Joe el que habló.

—¿Hay postre? —dijo.

DOCE

Con un lápiz Ticonderoga afilado detrás de la oreja y un cuaderno amarillo apoyado en el pecho, Sammy se metió en la cama con ella. Llevaba un pijama de algodón almidonado —blanco con raya vertical fina de color lima y cabezas de ciervo doradas dibujadas en sentido diagonal— en el que todavía quedaba un rastro de olor a vapor de la plancha de Rosa. Normalmente Sammy introducía bajo el cobertor de su cama una transcripción olfativa de su día en la ciudad, un registro intenso de Vitalis, Pall Mall, de mostaza alemana, del olor rancio del respaldo de cuero de su silla del despacho y de la membrana chamuscada de medio centímetro de café del fondo del termo de la empresa, pero esa noche se había duchado, y sus mejillas y su cuello trajeron el olor penetrante a menta del jabón Lifebuoy. Trasladó su peso relativamente liviano desde el suelo del dormitorio a la superficie del colchón con el usual recitado de gruñidos y suspiros. A veces Rosa tenía ganas de preguntar si había alguna causa específica para aquellos espectáculos asombrosos, pero nunca la había: sus gruñidos eran o bien una reacción musical involuntaria al efecto de la gravedad, como el «canto» de ciertas rocas cargadas de humedad sobre las que había leído en *Ripley's*, desencadenado por los primeros rayos del sol matinal. O quizá no era nada más que la inevitable descarga nocturna, después de quince horas ignorándolas y reprimiéndolas, de todas las frustraciones del día. Ella esperó el tortuoso proceso mediante el cual Sammy efectuaba un reordenamiento global de la mucosidad en sus pulmones y su garganta. Notó cómo colocaba las piernas y alisaba el cubrecama encima de ellas. Por fin ella dio media vuelta y se apoyó en un codo.

—¿Bien? —dijo ella.

Dado todo lo que había pasado aquel día, había muchas respuestas distintas posibles a su pregunta. Sammy podría haber dicho: «Parece que nuestro hijo no es, al fin y al cabo, un delincuente corrompido por los cómics y perpetrador de novillos sacado de los capítulos más sórdidos de *Seducción de los inocentes*». O, por milésima vez, con la mezcla habitual de asombro y hostilidad: «Tu padre es todo un personaje». O bien, tal como ella ansiaba y temía oír: «Bueno, ya lo tienes aquí».

Pero Sammy se limitó a sorberse los mocos una vez más y dijo:

—Me gusta.

Rosa se incorporó un poco más.

—¿De verdad?

Sammy asintió, juntando las manos detrás de la cabeza.

—Es muy inquietante —continuó, y ella se dio cuenta de que todo aquel tiempo había conocido la respuesta que iba a recibir, o más bien había sabido que aquella era la línea que él iba a elegir en respuesta a su invitación abierta a llenarla de anhelo y temor. Rosa estaba, como siempre, ansiosa por conocer la opinión de Sammy sobre

su trabajo, y también se sentía agradecida porque su marido quisiera considerar las cosas entre ellos, durante un poco más, de acuerdo con el viejo calendario, tan lleno de lagunas y errores de cálculo como estaba—. Parece que la Bomba en realidad es la Otra Mujer.

—La Bomba es sexy.

—Eso es lo inquietante —dijo Sammy—. En realidad, lo inquietante es que puedas pensar algo así.

—Mira quién habla.

—Le has dado una figura humana a la Bomba. Una figura de mujer.

—Lo he sacado de la Enciclopedia World Book de Tommy. No me lo he inventado.

Sammy encendió un cigarrillo y se quedó mirando la cabeza de la cerilla hasta que estuvo a punto de quemarse los dedos. La apagó de una sacudida.

—¿Se ha vuelto loco? —dijo.

—¿Tommy o Joe?

—Durante los últimos diez años ha llevado una vida secreta. Lo digo en serio. Con disfraces. Nombres falsos. Me ha dicho que solamente una docena de personas sabían quién era. Nadie sabía dónde vivía.

—¿Quién lo sabía?

—Un puñado de esos magos. Ahí es donde Tommy lo vio por primera vez. En la trastienda de Louis Tannen.

—En la tienda de magia de Louis Tannen —dijo ella. Aquello explicaba la intensidad del apego de Tommy, que siempre la había irritado, por aquel cuartucho apolillado de trucos y engaños trillados, que, cuando ella lo había visitado, la había deprimido. «Parece obsesionado por ese lugar», le había comentado una vez su padre. Ahora remontó todo el rastro de mentiras que Tommy había ido desplegando durante los últimos diez meses. Las listas de precios cuidadosamente mecanografiadas, todas falsas. Tal vez el propio interés por la magia había sido absolutamente falso. Y el simulacro perfecto de su firma, en aquellas espantosas notas de excusa que Tommy perpetraba: por supuesto, era Joe el que las había llevado a cabo. La firma de Tommy era burda y enmarañada: su trazo todavía era poco firme. ¿Cómo no se le había ocurrido antes que el chico nunca podría haber llevado a cabo una falsificación como aquella?—. Nos estaban haciendo un enorme juego de manos. El parche en el ojo era, ¿cómo llamaba Joe a esas cosas?

—Una distracción.

—Una mentira para ocultar otra mentira.

—Le he preguntado a Joe por Orson Welles —dijo Sammy— Welles lo sabía.

Ella señaló el paquete de cigarrillos y Sammy le dio uno. Ahora Rosa estaba sentada con las piernas cruzadas, mirando a Sammy. Le dolía el estómago. Eran los

nervios. Los nervios y el impacto de años y años de fantasías acumuladas hundiéndose de golpe, cayendo como una hilera de bastidores pintados. Ella no solamente había imaginado a Joe aplastado por un camión en una carretera solitaria, sino ahogado en las ensenadas remotas de Alaska, muerto a tiros por el Ku-Klux-Klan, metido en un cajón de una morgue del Medio Oeste con una etiqueta, asesinado en un motín carcelario y en cualquiera de una lista de situaciones suicidas desde el ahorcamiento hasta la defenestración. No podía evitarlo. Tenía una imaginación catastrófica: un aire de fatalidad inminente oscurece incluso una buena parte de su obra más optimista. Rosa había adivinado la presencia de la violencia en la historia de la desaparición de Joe (aunque había pensado erróneamente que estaba al final y no al principio de la historia). Cada vez se oían más noticias de suicidas —aquejados de la «culpa del superviviente», como se la llamaba— entre los parientes afortunados de quienes habían muerto en los campos de exterminio. Siempre que Rosa oía o leía sobre un caso parecido, no podía evitar imaginar a Joe haciendo lo mismo mediante el mismo método: normalmente las pastillas o la horrible ironía del gas. Y todos los relatos de los periódicos sobre muertes trágicas en el interior del país —sin ir más lejos, el día anterior había leído sobre un hombre que se había tirado desde un acantilado en San Francisco— los volvía a redactar mentalmente con el nombre de Joe en el primer párrafo. Ataques de osos, de abejas, despeñamientos de autobuses escolares llenos de niños (con Joe al volante): el recuerdo de Joe subyacía a todos aquellos relatos. Ninguna tragedia resultaba demasiado barroca o parecía demasiado lejana como para que ella no pusiera a Joe en ella. Y desde hacía varios años, vivía a diario con el dolor de saber —saber— más allá de toda fantasía, que Joe nunca iba a regresar a casa. Pero ahora no podía asumir la idea aparentemente simple de que Joe Kavalier, con su vida secreta y todo eso, estaba dormido en su sofá, en su sala de estar, bajo una vieja manta de punto de Ethel Klayman.

—No —dijo ella—. No creo que se haya vuelto loco. ¿Sabes? Es que no sé si hay una reacción cuerda a lo que él... A lo que le ha pasado a su familia. Tu reacción y la mía... Te levantas, vas al trabajo, juegas un rato a la pelota con el niño el domingo por la tarde en el jardín. ¿Acaso eso es cuerdo? ¿Continuar plantando en el jardín y dibujando cómics y haciendo las mismas chorradas de siempre como si no hubiera pasado nada?

—Tienes razón —dijo Sammy, dando la impresión de que nada de todo aquello le interesaba lo más mínimo. Se acercó las rodillas al pecho y apoyó el cuaderno en ellas. El lápiz empezó a susurrar. Había puesto punto y final a la conversación. Por lo general, tendía a evitar preguntas del tipo: «¿Acaso estamos cuerdos?» y «¿Tienen sentido nuestras vidas?». La necesidad de eludir cuestiones era obvia e intensa en el caso de ambos.

—¿Qué es eso? —dijo ella.

—*Extraño Planeta* —Sammy no levantó el lápiz del cuaderno—. El protagonista es un explorador de la galaxia. Se dedica a hacer mapas de sus confines remotos. Un día aterriza en un planeta. —Hablaba sin mirarla y sin interrumpir el lento avance por las líneas pautadas de las gruesas letras de imprenta que iba escribiendo, regulares y claras, como si su mano fuera una máquina de escribir. Le gustaba explicarle sus argumentos, trenzando con meticulosidad lo que en su mente crecía en forma de mechones salvajes—. Encuentra una enorme ciudad dorada. Nunca ha visto nada igual. Y lo ha visto todo. Las ciudades-panal de Deneba. Las ciudades nenúfar de Lyra. Los habitantes de ese planeta son hermosos humanoides dorados de tres metros. Digamos que tienen unas alas enormes. Le dan la bienvenida al cosmonauta Jones. Le enseñan su ciudad. Pero algo les ronda la cabeza. Están preocupados. Tienen miedo. Hay un edificio, un palacio inmenso que no le permiten ver. Una noche nuestro héroe se despierta en su cama enorme y toda la ciudad está temblando. Oye un bramido terrible, como si una bestia inmensa y monstruosa hubiera montado en cólera. Gritos. Extraños destellos eléctricos. Y todo viene del palacio. —Arrancó la página que había llenado, la dobló y la emborronó toda. Luego continuó—. Al día siguiente todo el mundo actúa como si no hubiera pasado nada. Le dicen que debe de haberlo soñado. Naturalmente nuestro héroe tiene que averiguar qué pasa. Es explorador. Forma parte de su trabajo. Así que se cuelga en aquel único palacio desierto y gigantesco y lo explora. En la torre más alta, a una milla de altura, se encuentra con un gigante. De siete metros de altura, con unas alas enormes, dorado como los demás pero con el pelo revuelto y una barba larga. Encadenado. Con unas cadenas atómicas gigantes.

Rosa esperó mientras Sammy esperaba a que le preguntara por el resto.

—¿Y bien? —dijo ella por fin.

—Ese planeta es el paraíso —dijo Sam.

—No estoy segura de...

—Es Dios.

—Vale.

—Dios es un loco. Hace como un billón de años que perdió el juicio. Justo antes de, ya sabes, de crear el universo.

Ahora le tocó a Rosa decirlo.

—Me gusta. ¿Y qué hace Dios? Supongo que se come al cosmonauta.

—Pues sí.

—Lo pela como si fuera un plátano.

—¿Quieres dibujarlo?

Ella le puso una mano en la mejilla. Todavía estaba templada y húmeda de la ducha y el tacto de su barba incipiente era agradable. Se preguntó cuánto tiempo hacía que no le tocaba la cara.

—Sam, vamos. Déjalo un momento —dijo ella.

—Tengo que terminar esto.

Ella le cogió el lápiz y detuvo su avance mecánico. Él se resistió un momento. Hubo un pequeño crujido de astillas y el lápiz empezó a doblarse. Finalmente se partió por la mitad, en sentido longitudinal. Ella le dio su mitad, con la mina de grafito brillando como el mercurio de un termómetro.

—Sammy, ¿cómo has conseguido que lo suelten?

—Ya te lo he dicho.

—Mi padre ha llamado a la madre del alcalde —dijo Rosa—. Y ella ha sido capaz de manipular el sistema penal de Nueva York. Y lo ha hecho por su profundo amor a René Magritte.

—Por lo visto sí.

—Y una mierda.

Sammy se encogió de hombros, pero Rosa sabía que estaba mintiendo. Llevaba años mintiéndole todo el tiempo y con la aprobación de ella. Todo era la misma mentira continua, de las más profundas que se pueden decir en un matrimonio: de las que nunca necesitan decirse porque nunca son cuestionadas. De vez en cuando, sin embargo, pequeños bloques de hielo como aquel se desgajaban y zarpaban a la deriva, recordatorios del continente errático de mentiras y de los puntos ciegos de sus mapas.

—¿Cómo es que lo han soltado? —dijo Rosa. Nunca antes había insistido tanto para sonsacarle la verdad. A veces se sentía como Ingrid Bergman en *Casablanca*, casada con un hombre con contactos en el submundo. Las mentiras eran para protegerlo no solamente a él sino también a ella.

—He hablado con el agente que lo detuvo —dijo Sammy, mirándola fijamente—. El detective Lieber.

—Has hablado con él.

—Me ha parecido un tipo decente.

—Qué suerte.

—Vamos a comer juntos.

Sammy había estado comiendo, esporádicamente, con una docena aproximada de hombres en los últimos doce años. Sus apellidos casi nunca salían a colación en la conversación: siempre se llamaban solamente Bob o Jim o Pete o Dick. De vez en cuando uno de ellos aparecía en los márgenes de la conciencia de Rosa, permanecía allí seis meses o un año, como una vaga mezcla de consejos para invertir, opiniones y chistes de moda con traje gris y luego desaparecía tan de repente como había llegado. Rosa siempre daba por sentado que aquellas amistades de Sammy — las únicas relaciones que merecían aquel nombre desde que Joe se había alistado— no iban más allá de una mesa en Le Marmitón o en Laurent. Era uno de sus presupuestos fundamentales.

—Bueno, pues entonces tal vez papá también te pueda ayudar con el comité del Senado —dijo Rosa—. Apuesto a que Estes Kefauver es un gran fan de Max Ernst.

—Tal vez deberíamos conseguir a Max Ernst en persona —dijo Sammy—. Necesito toda la ayuda que pueda conseguir.

—¿Están llamando a todo el mundo? —dijo Rosa.

Sammy negó con la cabeza. Intentaba no mostrarse preocupado pero ella se daba cuenta de que lo estaba.

—He hecho algunas llamadas —dijo—. Parece que Gaines y yo somos los únicos autores de cómics a los que todo el mundo sabe que han llamado.

Bill Gaines era el editor y pontífice de EC Comics. Era un tipo desaliñado y brillante, excitable y voluble del mismo modo que Sammy —cuando se trataba de trabajo— y que, igual que Sammy, albergaba ambiciones. Sus cómics tenían pretensiones literarias y luchaban por encontrar lectores que apreciaran su ironía, su humor y su particular liberalismo moral al mismo tiempo extravagante y beato. También eran asombrosamente truculentos. Abundaban los cadáveres, los desmembramientos y los apuñalamientos explícitos. La gente horrible que le hacía cosas terribles a sus amigos y seres queridos. A Rosa nunca le habían gustado mucho Gaines ni sus cómics, pero adoraba a Bernard Krigstein, uno de los habituales de EC, refinado y elegante tanto en el papel como en persona y un atrevido manipulador de viñetas.

—Algunos de tus cómics son muy violentos, Sammy —dijo ella—. Están muy cerca del límite.

—Tal vez el problema no sean los apuñalamientos y las vivisecciones —dijo Sammy. Y luego, relamiéndose, dijo—. Al menos, no solamente.

Ella esperó.

—Hay, bueno, más o menos, hay un capítulo entero sobre mí en *Seducción de los inocentes*.

—¿En serio?

—Parte de un capítulo. Bastantes páginas.

—¿Y nunca me lo habías dicho?

—Dijiste que no querías leer ese mamarracho. Me imaginé que no lo querías saber.

—Te pregunté si el doctor Wertham te mencionaba. Y tú dijiste... —Ella intentó recordar qué le había contestado exactamente—. Me dijiste que habías mirado y que no estabas en el índice.

—Bueno, no por mi nombre —dijo Sammy—. Eso es lo que quería decir.

—Ya veo —dijo Rosa—. Pero resulta que hay todo un capítulo que habla de ti.

—No de mí personalmente. Ni siquiera me identifica por mi nombre. Solamente habla de historias que yo escribí. Del Leñador. Del Rectificador. Pero no solamente

mías. También habla mucho de Batman. Y de Robin. Hay cosas sobre la Mujer Maravilla. Dice que es un poco... Un poco hombruna.

—Ajá. Ya veo. —Todo el mundo lo sabía. Aquello era lo que hacía que su secreto peculiar, su mentira, fuera tan irónica. Nadie lo decía ni lo cuestionaba, y sin embargo a nadie le pasaba por alto. Había rumores en el vecindario. Rosa nunca los había oído, pero a menudo los notaba, los olía en el aire de una sala de estar en la que ella y Sam acababan de entrar—. ¿Sabe el Senado que tú escribiste esas historias?

—Lo dudo mucho —dijo Sammy—. Todas estaban firmadas con seudónimo.

—Pues ya está.

—No me pasará nada. —Cogió el cuaderno de nuevo, luego se dio la vuelta y revolvió el cajón de la mesilla de noche en busca de otro lápiz. Pero cuando se volvió a meter bajo las sábanas, se quedó sentado, dando golpecitos con la goma del lápiz en el cuaderno.

—¿Crees que se quedará una temporada? —dijo él.

—No. Hum. Tal vez. ¿Queremos que se quede? —dijo ella.

—¿Todavía le quieres? —Sammy intentó cogerla con la guardia baja, estilo abogado. Pero ella no tenía intención de ir tan lejos, todavía no, ni tampoco a hurgar tan adentro en los rescoldos de su amor por Joe.

—¿Y tú? —dijo ella, y luego, antes de que Sammy pudiera considerar en serio la cuestión, continuó—. ¿Todavía me quieres?

—Ya sabes que sí —dijo él de inmediato. Y ciertamente, ella lo sabía—. No hace falta que lo preguntes.

—Y no hace falta que tú me lo digas —dijo ella. Lo besó. Fue un beso escueto de hermana. Luego ella apagó su lamparilla y se giró en dirección a la pared. El susurro del lápiz se reanudó. Rosa cerró los ojos, pero no pudo relajarse. Tardó muy poco en darse cuenta de que había olvidado lo único de lo que quería hablar con Sammy: Tommy.

—Tommy sabe que tú lo adoptaste —dijo ella—. Según Joe. —El lápiz se detuvo. Rosa siguió mirando la pared—. Sabe que su padre de verdad es otra persona. No sabe quién.

—Entonces Joe no se lo ha dicho.

—¿Lo haría?

—No —dijo Sammy—. Supongo que no.

—Tenemos que decirle la verdad, Sam —dijo Rosa—. Ha llegado la hora. Es la hora.

—Ahora estoy trabajando —dijo Sammy—. No quiero seguir hablando de esto.

Ella supo por experiencia que lo decía en serio. La conversación había llegado oficialmente a su fin. ¡Y ella no le había dicho nada de lo que quería decirle! Le puso una mano en su hombro cálido y la dejó allí un momento. De nuevo, al tocar su piel

sintió una pequeña ráfaga de recuerdos.

—¿Y qué hay de ti? —dijo ella, justo antes de quedarse dormida—. ¿Te vas a quedar una temporada?

Pero si hubo respuesta, ya no la oyó.

TRECE

Con treinta y cinco años, y con arrugas incipientes en los rabillos de los ojos y la voz ronca por culpa de los cigarrillos, Rosa Clay era, en todo caso, más guapa que la chica que Joe recordaba. Había renunciado a su batalla fútil y equivocada contra la complexión amplia de su cuerpo. La expansión general de su carne rosácea había suavizado la protuberancia dramática de su nariz, la longitud equina de su mandíbula y la erupción de sus pómulos. Sus muslos tenían grandeza y sus caderas eran capaces, y en aquellos primeros días, un gran incentivo para el amor renacido de Joe fue el vislumbre de sus pechos pálidos y pecosos, sobresaliendo de la parte superior de sus sostenes con una amenaza tentadora pero ficticia de desbordarlos, que le propiciaron una de las batas de estar en casa de ella o un encuentro casual por la noche delante del baño del pasillo. Durante sus años de ausencia había pensado muchas veces en Rosa, pero de alguna forma, al cortejarla o abrazarla con la imaginación, se había olvidado de incluir las pecas de las que estaba tan prodigiosamente salpicada y ahora estaba asombrado por su abundancia. Surgían y se emborronaban sobre su piel con la misma cadencia inescrutable de las estrellas en el firmamento. Invitaban a ser tocadas con tanta urgencia como la textura del terciopelo o el brillo de un pedazo de moaré.

Sentado a la mesa del desayuno o tumbado en el sofá, Joe miraba cómo Rosa hacía sus tareas domésticas, con un trapeador o una bolsa de lona llena de pinzas y con la falda luchando para contener el balanceo firme de sus caderas y nalgas, y sentía como si en su interior una cuerda de violín se estuviera tensando sobre su llave. Porque, al parecer, seguía enamorado de Rosa. Su amor por ella habría sobrevivido intacto a la edad de hielo, como las bestias de épocas extintas que siempre acababan descongeladas en las páginas de los cómics y arrasando las calles de Metrópolis, de Gotham y de Empire City. Era un amor que, al descongelarse, desprendía un intenso olor a mastodonte venido del pasado. Le sorprendió encontrar aquellos sentimientos de nuevo: no porque hubieran sobrevivido tanto tiempo sino por su innegable intensidad y fuerza. Un hombre enamorado a los veinte se siente más vivo de lo que se sentirá nunca más, y encontrándose de nuevo en posesión de aquel tesoro enterrado, Joe vio con más claridad que nunca que en la última docena de años había sido en mayor o menor medida un hombre muerto. Su huevo frito y su chuleta de cerdo diarios, su colección de barbas y bigotes falsos, los baños apresurados con una esponja en el fregadero, aquellos elementos habituales y no cuestionados de su existencia reciente, ahora le parecían los rasgos del comportamiento de una sombra, las impresiones dejadas por una extraña novela leída bajo la influencia de una fiebre alta.

El regreso de sus sentimientos por Rosa —de su juventud— después de una ausencia tan larga tendría que haberle regocijado, pero Joe se sentía terriblemente

culpable. No quería ser un visitante habitual de mirada brillante, sombrero ascot y al volante de un Fiat como los que aparecían en las historias de Rosa, un destrozahogares. En los últimos días, era cierto, había visto disiparse todas sus ilusiones sobre el matrimonio de Sammy y Rosa (que, como solemos hacer con las oportunidades perdidas, Joe había idealizado a lo largo de los años). El sólido vínculo suburbano que había imaginado por las noches, desde la distancia, medio compungido y medio satisfecho, de cerca demostró ser bastante más complejo y problemático de lo habitual. Pero fuera cual fuera el estado de las cosas entre ellos, Sammy y Rosa estaban casados, y llevaban así unos cuantos años. Estaba claro que eran una pareja. Hablaban de forma parecida, usaban términos de jerga doméstica —«el monstruo de los calcetines», «la caja tonta»—, se adivinaban el pensamiento, terminaban las frases del otro y se hacían callar de forma amistosa. A veces los dos se ponían a hablar con Joe al mismo tiempo, le contaban versiones paralelas y complementarias de la misma historia y Joe se perdía en la complejidad marital vagamente tediosa de su conversación. Sammy hacía té para Rosa y se lo llevaba a su estudio. Ella le planchaba la camisa con precisión severa todas las noches antes de irse a dormir. Y los dos habían desarrollado un sistema notable para producir cómics en pareja (aunque casi nunca colaboraban abiertamente en una historia como Clay y Clay). Sammy aportaba productos del inagotable stock de ideas baratas, eficaces y fiables con que Dios lo había aprovisionado al nacer y después Rosa le explicaba un argumento, aportando un flujo continuo de refinamientos que ninguno de ellos parecía comprender que procedían de ella. Y Sammy repasaba las páginas de las historias de Rosa con ella, viñeta a viñeta, criticando sus dibujos cuando eran demasiado elaborados, convenciéndola para que mantuviera el trazo simple y grueso, estilizado y poco paciente para el detalle que era su fuerte. Rosa y Sam no estaban mucho juntos —salvo en la cama, un lugar que seguía siendo fuente de un gran misterio e interés para Joe—, pero cuando lo estaban, parecían estar muy unidos.

Así pues, era impensable que Joe se interpusiera y reclamara lo que su amor resucitado le pedía. Pero no podía pensar en nada más, y por eso rondaba por la casa en un estado continuo de vergüenza inflamada. En el hospital en Cuba, había sentido cierta pasión mezclada con gratitud por una de las enfermeras, una guapa ex mujer de sociedad de Houston conocida como Alexis de Texas, y había pasado un mes atroz en medio del calor árido de bahía de Guantánamo intentando contenerse y no tener una erección cada vez que ella pasaba para limpiarlo con la esponja. Ahora le pasaba lo mismo con Rosa. Pasaba todo su tiempo refrenando sus pensamientos, aplastándolos. Le dolía la articulación de la mandíbula.

Además, le parecía que ella lo evitaba, que vetaba de antemano los avances impertinentes que él no se atrevía a llevar a cabo, y eso le hacía sentirse todavía más canalla. Después de su conversación inicial en la cocina, a él y a Rosa parecía

costarles encontrar el momento de iniciar otra. A él le preocupaba tanto la torpeza de sus propios intentos para entablar charlas triviales que no conseguía percibir la reticencia de ella cuando estaban a solas. Cuando por fin la notó, atribuyó el silencio de Rosa a la animosidad. Durante días, recibió la ducha fría de la rabia imaginaria de ella, una rabia totalmente merecida. No solamente por haberla dejado embarazada y en la estacada para poder irse a la búsqueda fallida de una venganza imposible. Sino por no haber vuelto, no haberla telefoneado ni escrito una línea, y por no haber pensado nunca en ella —él imaginaba que eso era lo que ella imaginaba— en todos sus años de ausencia. La propagación del silencio como un gas entre ellos únicamente excitaba más su vergüenza y su lujuria. A falta de intercambio verbal, se volvió hiperconsciente de las demás señales de ella: el revoltijo de sus cremas y lociones en el baño, su delicada ropa interior colgando de la barra de la cortina de la ducha, el tintineo irritado de su cucharilla en la taza de té procedente del garaje y los mensajes escritos en la cocina con orégano, bacon y cebollas cocinadas en manteca.

Por fin, cuando ya no pudo aguantarlo más, decidió que tenía que decir algo, pero lo único que se le ocurría era «Por favor, perdóname». Presentaría una disculpa formal, tan larga y abyecta como hiciera falta, y se sometería a la compasión de ella. Lo meditó, lo planeó y ensayó lo que iba a decir, y cuando pasó por casualidad delante de ella en el pasillo, simplemente lo soltó.

—Escucha —dijo él—. Lo siento.

—¿Qué has hecho?

—Quiero decir que lo siento todo.

—Oh. Eso —dijo ella—. Bien.

—Ya sé que debes de estar enfadada.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho y se lo quedó mirando, con la frente lisa y los labios fruncidos en una mueca de duda. Joe no podía leer la expresión de su mirada porque no paraba de cambiar. Por fin, Rosa se miró los brazos pecosos, sonrosados y ruborizados.

—No tengo derecho a estarlo.

—Herí tus sentimientos. Te abandoné. Dejé que Sammy hiciera mi trabajo.

—No te recrimino eso —dijo ella—. En absoluto. Y él tampoco, creo que en realidad no. Los dos entendemos por qué te fuiste. Y lo entendimos entonces.

—Gracias —dijo Joe—. Tal vez un día me lo puedes explicar.

—Lo malo es que luego no volviste, Joe. Te tiraste por la borda o lo que fuera que hicieras.

—Eso también lo siento.

—Aquello me resultó muy difícil de entender.

Él le cogió la mano, asombrado de su propia osadía. Ella se la dejó coger durante nueve segundos, luego la reclamó de vuelta. Sus ojos adoptaron un matiz de

reproche.

—No sabía cómo volver a vosotros —dijo él—. Pasé años intentándolo, créeme.

A él le sorprendió encontrar de pronto los labios de ella sobre los suyos. Joe le puso la mano en uno de sus grandes pechos. Cayeron de lado sobre la pared revestida de madera, haciendo que se cayera de su gancho una foto de Ethel Klayman. Joe empezó a buscar con la mano la cremallera de los vaqueros de ella. El broche de metal se le clavó en la muñeca. Estaba seguro de que Rosa se iba a bajar los vaqueros y él se le iba a echar encima, allí mismo, en el pasillo, antes de que Tommy volviera de la escuela. Pero se equivocaba por completo. No era la rabia lo que Rosa había interpuesto entre ellos, sino el cristal de un anhelo inexpresable igual que el de él. Un instante más tarde volvían a estar los dos de pie en medio del pasillo: las diversas sirenas y señales luminosas de bombardeo que se habían desencadenado a su alrededor parecían haberse apagado de pronto. Ella volvió a colocar todo lo que habían revuelto, se subió la cremallera de los vaqueros y se arregló el pelo. Tenía el pintalabios corrido por las mejillas.

—Hum —dijo ella—. Tal vez todavía sea pronto.

—Lo entiendo —dijo él—. Por favor, avísame. —Quería que sonara paciente y cooperador, pero de alguna forma le salió abyecto. Rosa se echó a reír. Lo abrazó y él le limpió la pintura de labios corrida.

—¿Cómo lo hiciste, por cierto? —dijo ella. Tenía las puntas de los dientes manchadas de té—. Quiero decir, escaparte del barco en medio del océano.

—Nunca llegué a embarcar —dijo Joe—. Me fui en un avión la noche antes.

—Había documentos. No sé, certificados médicos. Sammy me enseñó fotocopias. Sonrió con un aire misterioso a lo Cavalieri.

—Siempre fiel al código —dijo ella.

—Fui muy hábil.

—Estoy segura de que sí, querido. Siempre fuiste un chico listo.

Joe le dio un beso en la raya del pelo. El pelo de Rosa despedía el intrigante olor a cerilla del té Lapsang que a ella le gustaba.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo Joe.

Rosa tardó en contestar. Se soltó y se alejó de Joe, con la cabeza inclinada a un lado, arqueando una ceja: una mirada provocadora que él recordaba bien de su primera época juntos.

—Tengo una idea —dijo Rosa—. ¿Por qué no intentas pensar dónde vamos a poner tus malditos cómics?

CATORCE

—Noventa y cinco, noventa y seis, noventa y siete. Noventa y siete.

—Ciento dos.

—Yo he contado noventa y siete.

—Has contado mal.

—Vamos a necesitar un camión.

—Ya te lo decía yo.

—Un camión y luego un puto almacén.

—Siempre he querido un almacén —dijo Joe—. Siempre ha sido el sueño de mí.

Aunque Joe prefería no precisar cuántos cómics poseía realmente, metidos en cajas de madera de pino de su propia fabricación —colecciones completas de *Action* y *Detective*, de *Blackhawk* y del *Capitán América*, de *El crimen no vale la pena* y de *La justicia atrapa al culpable*, de *Clásicos Ilustrados* y de *Historias Ilustradas de la Biblia*, de *Whiz* y *Wow* y *Zip* y *Zoot* y *Smash* y *Crash* y *Pep* y *Punch*, de *Historias Asombrosas* y *Emocionantes* y de *Relatos Tremendos* y *Populares*—, no había nada impreciso en la carta que había recibido de los abogados que representaban a Realty Associates Securities Corporation, los propietarios del Empire State. Cremas Evanescentes Kornblum, S.A., había sido desahuciada por violar los términos de su contrato de alquiler, lo cual quería decir que las noventa y siete o las ciento dos cajas de madera llenas de cómics que Joe había acumulado —junto con el resto de sus pertenencias— debían ser trasladadas o despachadas.

—Pues tíralas —dijo Sammy—. ¿Dónde está el problema?

Joe suspiró. Aunque todo el mundo los veía como basura —incluso Sammy Clay, que había pasado la mayor parte de su vida adulta haciéndolos y vendiéndolos—, Joe amaba sus cómics: por su separación de colores tosca, por su papel mal cortado, sus anuncios de rifles de aire comprimido y de clases de baile y de cremas antiacné, por el olor a sótano que despedían los más viejos, los que habían estado guardados durante los viajes de Joe. Por encima de todo, los amaba por los dibujos y las historias que contenían, por las inspiraciones y elucubraciones de quinientos niños mayores soñando durante quince años con todas sus fuerzas, convirtiendo sus inseguridades y engaños, sus educaciones públicas y sus perversiones sexuales, en algo que solamente la sociedad más cegata podía negar que se trataba de arte. Los cómics habían mantenido su cordura durante su estancia en el pabellón psiquiátrico de Guantánamo. Durante todo el otoño y el invierno siguientes a su regreso al continente, que Joe había pasado temblando en una cabaña alquilada en Chincoteague, Virginia, con el viento filtrándose por las rendijas de los tablones, medio intoxicado por el olor a pelo quemado de una vieja estufa eléctrica, lo único que le había ayudado a vencer de una vez por todas la necesidad de morfina con que

había vuelto del Polo fueron diez mil cigarrillos Old Gold y un montón de *Aventuras del Capitán Marvel* (incluyendo la increíble lucha épica de veinticuatro meses entre el Capitán y una oruga telepática empeñada en conquistar el mundo llamada Señor Mente).

Después de perder a su madre, su padre, su hermano y su abuelo, a los amigos y rivales de su juventud, a su querido maestro Bernard Kornblum, su ciudad, su historia —su hogar—, a Joe le parecía que la acusación habitual que se hacía a los cómics, el hecho de que ofrecían una simple evasión fácil de la realidad, era en realidad un poderoso argumento a su favor. A lo largo de su vida se había escapado de cuerdas, cadenas, cajones, sacos y cajas, de esposas y grilletes, de países y regímenes, de los brazos de una mujer que lo amaba, de un avión estrellado y de la adicción al opio y de todo un continente helado decidido a acabar con su vida. La evasión de la realidad era, en su opinión —sobre todo después de la guerra—, un desafío que valía la pena. Durante el resto de su vida recordaría la media hora de paz que había pasado leyendo un ejemplar de *Betty y Veronica* encontrado en los lavabos de una estación de servicio: tumbado con el cómic a los pies de un abeto, en un bosque iluminado por los rayos sesgados del sol a las afueras de Medford, Oregón, completamente absorto en aquel mundo de colores primarios lleno de chistes malos, trazos gruesos de tinta, farsa shakespeariana y del misterio profundo, casi oriental, de las dos chicas-diosas de cintura de avispa y dientes grandes, siempre enredadas en su amistad teñida de animadversión. En aquella época lo acompañaba siempre el dolor de su pérdida —aunque nunca habría hablado de ella en esos términos—, como una bola fría y lisa alojada en su pecho, justo debajo del esternón. Durante aquella media hora pasada a la sombra de los pinos de Oregón, leyendo *Betty y Veronica*, la bola de hielo se había derretido sin que él se diera cuenta. Aquello sí que era magia, no los engaños del tipo con sombrero de copa que hace desaparecer cartas, ni los trucos arriesgados y brutales del escapista, sino la magia genuina del arte. El hecho de que semejante hazaña de evasión, nada fácil de ejecutar, tuviera que soportar un desprecio tan universal era una señal de lo hecho polvo y arruinado que estaba aquel mundo —la realidad— que se había tragado su hogar y a su familia.

—Ya sé que crees que no es más que porquería —dijo—. Pero precisamente tú no deberías pensarlo.

—Sí, sí —dijo Sammy—. De acuerdo.

—¿Qué estás mirando?

Sammy había ido alejándose poco a poco hasta entrar en el despacho de la señorita Smyslenka y ahora estaba desatando uno de los portafolios amontonados. A las nueve de aquella mañana, de camino a las oficinas de Pharaoh, había dejado aquí a Joe para que iniciara el laborioso proceso de borrar sus propias huellas. Ahora ya casi eran las ocho de la tarde y Joe había estado todo el día arrastrando,

empaquetando y volviendo a empaquetar sin pausa. Le dolían los hombros, tenía las yemas de los dedos llenas de rasguños y no se encontraba bien. Le había desorientado regresar allí, encontrarlo todo tal como lo había dejado y luego tener que empezar a dismantelar sus cosas. Y le había dolido la mirada de Sammy en el momento en que había entrado y lo había visto todavía ocupado, terminando la tarea. Sammy se había mostrado agradablemente sorprendido, no por ver el trabajo acabado, pensó Joe, sino al comprobar que seguía allí. Todos pensaban —los tres— que Joe los iba a abandonar de nuevo.

—Estoy echando otro vistazo a estas páginas que has dibujado —dijo Sammy—. Son estupendas, tengo que admitirlo. Tengo muchas ganas de leerlas.

—No creo que te gusten. Probablemente no le gusten a nadie. Son demasiado oscuras.

—Lo parecen.

—Demasiado oscuras para un cómic.

—¿Esto es el principio? Caramba, menuda viñeta página. —Con el abrigo echado sobre el brazo, Sammy se agachó en el suelo junto al montón de portafolios de cartón negro que habían comprado aquella mañana en Pearl Paints para que Joe pudiera empaquetar sus cinco años de trabajo. Su voz se volvió oscura y turbia— *¡El Gólem!* —Negó con la cabeza, estudiando la viñeta página (había cuarenta y siete viñetas página en total) que encabezaba el primer capítulo del cómic de 2.256 páginas que Joe había dibujado durante su época en Cremas Evanescentes Kornblum. Acababa de empezar a trabajar en el capítulo 48, el último, cuando Tommy lo delató a las autoridades.

Joe había llegado a Nueva York en otoño de 1949 con una intención doble: empezar a trabajar en una historia larga sobre el Gólem, que se le había estado ocurriendo, viñeta a viñeta y página a página, en sus sueños, mientras comía o en los largos trayectos en autobús por el sur y el noroeste, desde que había salido de Chincoteague hacía tres años. Y gradualmente, meticulosamente, al principio incluso a hurtadillas, su otra meta era volver a ver a Rosa. Había restablecido unos cuantos contactos tentativos con la ciudad —alquilar una oficina en el Empire State, reanudar sus visitas a la trastienda de Louis Tannen, abrir una cuenta en Pearl Paints— y luego se había instalado para llevar a cabo su doble plan. Pero aunque había iniciado de forma rápida y satisfactoria la obra que confiaba que transformaría la visión y el entendimiento de la gente de aquella forma de arte que en 1949 solamente él veía como un medio de expresión personal tan potente como un tema de Cole Porter en manos de Lester Young o como un melodrama sobre un rico infeliz en manos de Orson Welles, le costó mucho más volverse a colocar, incluso poco a poco, en la órbita de Rosa Saks Clay. *El Gólem* iba muy bien: absorbía todo su tiempo y su atención. Y a medida que profundizaba cada vez más en los poderosos temas

recurrentes de Praga y sus judíos, de la magia y del asesinato, de la persecución y de la liberación, de una culpa que no podía ser expiada y de una inocencia que no tenía nada que hacer, a medida que soñaba, noche tras noche frente a su mesa de dibujo con la historia larga y alucinada de un niño díscolo y antinatural, Josef Gólem, que se sacrificaba a sí mismo para salvar y redimir el pequeño mundo iluminado por farolas cuya seguridad le había sido encomendada, Joe llegó a creer que la obra —al contar aquella historia— lo estaba ayudando a curarse. Toda la pena y el asombro oscuro que nunca había sido capaz de expresar, ni antes ni después, ni a un psiquiatra de la marina, ni a un fugitivo como él en algún hotel barato cerca de Orlando, Florida, ni a su hijo, ni a ninguna de las pocas personas que quedaban para amarlo cuando finalmente regresara al mundo, todo ello quedaba inscrito en los ángulos vertiginosos y las composiciones descarnadas, en los sombreados y las enormes franjas de sombra, en las viñetas distendidas, fracturadas y finamente molidas de su cómic monstruoso.

En algún momento, había empezado a decirse a sí mismo que su plan no era meramente doble sino que tenía dos etapas: que cuando terminara con *El Gólem* estaría listo para ver otra vez a Rosa. La había dejado —había escapado de ella— lleno de pena, de rabia y de un espasmo irracionalmente acusatorio. Sería mejor, se dijo a sí mismo —¿no era cierto?— que regresara a ella purgado de todo aquello. Pero aunque al principio su explicación pudiera tener algún mérito, en 1953, cuando Tommy Clay lo vio por casualidad en la tienda de magia, hacía mucho tiempo que la capacidad de Joe para curarse a sí mismo se había agotado. Necesitaba a Rosa —su amor, su cuerpo, pero sobre todo, su perdón— para completar el trabajo que sus lápices habían iniciado. El único problema era que, para entonces, tal como le había explicado a Rosa, ya era muy tarde. Había esperado demasiado. Las sesenta millas de Long Island que lo separaban de Rosa parecían más infranqueables que la cordillera de un millar de millas que separaba la estación Kelvinator de Jotunheim y que las tres manzanas de Londres que separaban a Wakefield de su esposa.

—¿Hay guión de alguna clase? —dijo Sammy, dando la vuelta a otra página—. ¿Qué es esto, es como una película muda?

No había bocadillos en ninguna viñeta, no había más palabras que las que aparecían como parte de los dibujos —los letreros de edificios y carreteras, las etiquetas de botellas y los membretes de las cartas de amor que aparecían en la trama — y las dos palabras *¡El Gólem!* que aparecían en la viñeta inicial de cada capítulo, cada vez con una caligrafía distinta, las siete letras y los signos de admiración convertidos ahora en una hilera de casas, ahora en una escalera, ahora en nueve marionetas, en nueve manchas de sangre parecidas a arañas, en las largas sombras de nueve mujeres atormentadas y devastadas. En un momento dado Joe había tenido la intención de pegar bocadillos y de llenarlos de texto, pero nunca había tenido valor para estropear de aquella manera las viñetas.

—Hay un guión. En alemán.

—Esto tendría que ser un exitazo.

—No lo va a ser en absoluto. No se va a poner a la venta. —En los cinco años que había pasado trabajando en *El Gólem* había pasado algo paradójico: cuanto más había puesto en el cómic de sí mismo, de su corazón y sus penas, cuanto más convincente era su demostración del poder del cómic como vehículo de expresión personal, menos dispuesto estaba a mostrarlo a los demás, a exponer el que se había convertido en registro secreto de su duelo, de su culpa y su retribución. El mero hecho de que Sammy estuviera hojeándolo ya le ponía nervioso—. Vamos, Sammy, ¿me oyes? Será mejor que nos vayamos.

Pero Sammy no lo estaba escuchando. Iba pasando lentamente las páginas del primer capítulo, descifrando la acción del flujo de imágenes mudas que recorrían las páginas. Joe notó un extraño calor en el vientre, debajo del diafragma, mientras miraba cómo Sammy leía su libro secreto.

—Su-supongo que podía intentar explicarte... —empezó a decir.

—No, tranquilo, lo voy entendiendo. —Sammy hurgó sin mirar en el bolsillo de su abrigo y se sacó la cartera. Cogió unos cuantos billetes de uno y de cinco—. Escucha —dijo—. Creo que me voy a quedar aquí un rato. —Levantó la vista—. ¿Podrías comer algo?

—¿Vas a leer esto ahora?

—Claro.

—¿Todo?

—¿Por qué no? He dedicado quince años de mi vida a escalar un montón de basura de dos millas. Puedo dedicar un par de horas a un metro de genialidad.

Joe se rascó un costado de la nariz, sintiendo que la calidez del halago de Sammy se extendía por sus piernas y le llenaba la garganta.

—Muy bien —le dijo por fin—. Puedes leerlo. Pero tal vez puedas esperar a llegar a casa, ¿no?

—No quiero esperar.

—Me han desahuciado.

—Que los jodan.

Joe asintió y cogió el dinero de Sammy. Hacía mucho, muchísimo tiempo que no dejaba que su primo le diera órdenes de aquella forma. Descubrió que, igual que en el pasado, le gustaba bastante.

—Ah, y Joe —dijo Sammy, sin levantar la vista del montón de páginas. Joe esperó—. Rosa y yo hemos hablado. Y ella, hum, nosotros pensamos que no pasa nada si quieres... O sea, que creemos que Tommy tiene que saber que tú eres su padre.

—Ya veo. Sí, supongo que tienes... Ya hablaré con él.

—Podemos hacerlo entre todos. Podemos hacer que se sienta un día. Contigo. Con su madre y conmigo.

—Sammy —dijo Joe—. No sé si tengo que decirlo, ni cuál es la forma correcta de decirlo, pero... Gracias.

—¿Por qué?

—Sé lo que hiciste. Sé que te costó algo. No me merezco un amigo como tú.

—Bueno, me gustaría poder decir que lo hice por ti, Joe, porque soy muy buen amigo. Pero la verdad es que en aquel momento yo estaba tan asustado como Rosa. Me casé con ella porque no quería ser, bueno, marica. Y resulta que parece que lo soy. Tal vez nunca lo hayas sabido.

—En cierta forma, tal vez sí.

—Es así de simple.

Joe negó con la cabeza.

—Puede que sea por eso que te casaste con ella —dijo—. Pero eso no explica por qué has seguido con ella. Tú eres el padre de Tommy, Sammy. Creo que lo mismo o más todavía que yo.

—Hice lo más fácil —dijo Sammy—. Inténtalo y verás. —Devolvió su atención al bastidor que tenía en las manos, parte de la larga secuencia final del primer capítulo que ofrecía una breve historia de los gólems a través del tiempo—. O sea —dijo— que fabrican una cabra.

—Hum, sí —dijo Joe—. El rabino Hanina y el rabino Oshaya.

—Una cabra Gólem.

—Con tierra.

—Y luego... —el dedo de Sammy fue siguiendo el hilo del episodio por toda la página—. Después de tomarse tantas molestias... Porque parece que es peligroso, eso de hacer un Gólem.

—Lo es.

—Y después de todo... ¿van y se lo comen?

Joe se encogió de hombros.

—Tenían hambre —dijo.

Sammy dijo que sabía cómo se sentían, y aunque pareció que lo había dicho en sentido literal, Joe tuvo una repentina visión de Sammy y Rosa, los dos arrodillados junto a un crisol parpadeante, trabajando para fabricar algo que los pudiera alimentar con los materiales que tenían a mano.

Fue al vestíbulo y se sentó en la barra del drugstore del Empire State, en su taburete de siempre, aunque por una vez sin las habituales gafas oscuras, la barba falsa ni la gorra de vigilante calada más abajo de las cejas, hasta las órbitas de los ojos. Pidió un plato de huevos fritos y una chuleta de cerdo, como siempre. Se reclinó en el asiento e hizo crujir los nudillos. Vio que el camarero le miraba raro. Se levantó

y, en un gesto teatral, se trasladó dos taburetes más allá, hasta sentarse junto a la ventana que daba a la calle Treinta y tres, donde todo el mundo pudiera verlo.

—La hamburguesa, que sea con queso.

Mientras escuchaba el chisporroteo del corte de carne blanquecino sobre la parrilla, Joe miró por la ventana y meditó sobre lo que Sammy acababa de revelar. Nunca había pensado mucho en los sentimientos que durante unos pocos meses, en el otoño y el invierno de 1941, habían unido a su primo y a Tracy Bacon. En la pequeña medida en que lo había pensado, Joe había dado por sentado que el coqueteo juvenil de Sammy con la homosexualidad no había sido más que eso, un extraño devaneo nacido de una combinación de exuberancia y soledad que había muerto de repente, con Bacon, en algún lugar de las islas Solomon. A Joe le había parecido que la forma repentina en que Sammy se había lanzado, tras el alistamiento de Joe, a casarse con Rosa —como si llevara todo aquel tiempo esperando, atormentado por una impaciencia sexual al mismo tiempo mal reprimida y sumamente convencional—, determinaba el final decisivo del breve experimento de Sammy con la rebeldía juvenil. Sammy y Rosa habían tenido un hijo, se habían trasladado a los suburbios, habían sentado la cabeza. En la nítida fantasía de Joe habían vivido muchos años como marido y esposa enamorados, con el brazo de Sammy alrededor de los hombros de ella, con el brazo de ella rodeando el antebrazo de Sammy, enmarcados en un enrejado de rosas americanas enormes y rojas. Solamente ahora, mirando el tráfico parado en la calle Treinta y tres, fumando al mismo tiempo que daba cuenta de una hamburguesa con queso y de un vaso de ginger ale, comprendió toda la verdad. No solamente Sammy nunca había querido a Rosa: no era capaz de quererla, más que con el afecto medio burlón y fraternal que siempre había sentido hacia ella, una estructura modesta y nada adecuada para ser ocupada de forma permanente, sepultada desde hacía mucho tiempo bajo las pesadas zarzas de la deuda moral y ahogada por la hiedra de la frustración y la culpa. Solamente ahora Joe entendía el sacrificio que había hecho Sammy, no solamente por Joe o por Rosa o por Tommy, sino para sus propios fines: no era un mero gesto galante sino un acto deliberado y consciente de emparedado de sí mismo. Joe estaba horrorizado.

Pensó en las cajas de cómics que había acumulado en el piso de arriba, en los dos cuartuchos donde, durante cinco años, se había acurrucado en el falso fondo de la vida de la que Tommy lo había liberado, y luego, a su vez, en los miles y miles de viñetas, amontonadas en bastidores o colocadas en hileras en páginas apolilladas de cómics, que él y Sammy habían llenado durante la última docena de años: cajas rebosantes de los materiales en estado bruto, de los pedazos de chatarra con los cuales, cada uno de ellos a su modo, habían intentado construir sus diversos gólems. Tanto en la literatura como en el folklore, la importancia y la fascinación de los gólems —desde el del rabino Loew hasta el de Victor von Frankenstein— residía en

su falta de alma, en su fuerza incansable e inhumana y en su asociación metafórica con una ambición humana desmesurada, y en la facilidad aterradora con que se ponían bajo el control de sus creadores a la vez horrorizados y fascinados. Pero a Joe le parecía que ninguna de aquellas razones —y mucho menos la hubris faustiana— estaba entre las razones verdaderas que de vez en cuando impelían a los hombres a arriesgarse y fabricar gólems. La fabricación de un gólem, para él, era un gesto de esperanza, ofrecido sin esperanza, en épocas de desesperación. Era la expresión del anhelo de que unas pocas palabras mágicas y cierta habilidad manual pudieran producir algo —un objeto basto, estúpido y poderoso— exento de las crueles restricciones, de las penurias, las brutalidades y los inevitables fracasos de la Creación del universo. En el fondo, era la expresión de un deseo vano de escapar. De liberarse, como el Escapista, de las cadenas de la realidad y de la camisa de fuerza de las leyes físicas. Harry Houdini había pasado por los Palladium y los Hippodrome del mundo encumbrado por todo un cargamento de cajas y cajones, lleno de cadenas, piezas de hierro, bastidores y atrezzo de colores brillantes, movido todo el tiempo solamente por un mismo deseo nunca realizado: asomar la cabeza fuera de los límites de este mundo de rígidas leyes físicas y meterla en el misterioso mundo de espíritus que había más allá. Los artículos de prensa que Joe había leído sobre la próxima investigación del Senado sobre cómics siempre citaban la «evasión» entre la letanía de consecuencia injuriosas de su lectura y explicaban con detalle el efecto pernicioso en las mentes jóvenes de satisfacer el deseo de evasión. Como si pudiera haber un servicio más noble o necesario en la vida.

—¿Desea algo más? —preguntó el camarero, mientras Joe se limpiaba la boca y tiraba su servilleta al plato.

—Sí, un sándwich de huevo frito —dijo Joe—. Con extra de mayonesa.

Una hora después de marcharse, llevando una bolsa de papel marrón con el sándwich de huevo frito y un paquete de Pall Mall, porque sabía que para entonces Sammy se habría quedado sin cigarrillos, Joe volvió por última vez a la suite 7203. Sammy ya se había quitado la chaqueta y los zapatos. Su corbata estaba hecha un lío a su lado en el suelo.

—Tenemos que hacerlo.

—¿Hacer el qué?

—Te lo digo en un minuto. Creo que ya casi he terminado. ¿He terminado casi?

Joe se inclinó para ver cuánto había avanzado Sammy. El Gólem parecía haber llegado a la escalera retorcida y mal construida, toda madera astillada y clavos sobresalientes —casi parecía, de forma deliberada, algo salido de Segar o de Fontaine Fox— que había de llevarlo a las puertas en ruinas del Cielo.

—Ya casi has terminado.

—Se va más deprisa cuando no hay texto.

Sammy le cogió la bolsa a Joe, la desenrolló y miró dentro. Sacó el sándwich envuelto en papel de aluminio y luego el paquete de cigarrillos.

—Me inclino a tus pies —dijo, dando golpecitos con un dedo al paquete. Rasgó el cierre y sacó uno con los labios.

Joe fue hasta un montón de cajas y se sentó. Sammy encendió el cigarrillo y pasó —de forma algo distraída para el gusto de Joe— la última docena aproximada de páginas. Dejó su cigarrillo encima del sándwich todavía envuelto en aluminio y volvió a guardar las páginas en el último portafolio. Se devolvió el cigarrillo a la boca, desenvolvió el sándwich y mordió un cuarto, masticando mientras fumaba.

—¿Y bien?

—Bueno —dijo Sammy—. Te has montando un rollo muy judío.

—Ya lo sé.

—¿Qué te ha pasado? ¿Has tenido una recaída?

—Como una chuleta de cerdo todos los días. —Joe buscó en una caja cercana y sacó un libro sin sobrecubierta con las páginas ablandadas y el lomo agrietado.

—*Mitos y leyendas del antiguo Israel* —leyó Sammy—. Por Angelo S. Rappoport. —Hojeó el libro, mirando de reojo a Joe con cierto grado de escepticismo respetuoso, como si creyera que había encontrado el secreto de la salvación de Joe, que ahora se veía obligado a poner en duda—. ¿Ahora te interesan estas cosas?

Joe se encogió de hombros.

—Son todo mentiras —dijo con timidez—. Supongo.

—Me acuerdo de cuando llegaste a Nueva York. Del primer día que fuimos al despacho Anapol. ¿Te acuerdas?

Joe dijo que por supuesto que se acordaba de aquel día.

—Yo te di un cómic de *Superman*, te dije que hicieras un superhéroe para nosotros y tú dibujaste al Gólem. Y yo pensé que eras un idiota.

—Y lo era.

—Y lo eras. Pero eso fue en 1939. En 1954, no creo que el Gólem te convierta en idiota. Déjame preguntarte una cosa. —Buscó una servilleta a su alrededor, luego se cogió la corbata y se limpió los labios relucientes—. ¿Has visto lo que Bill Gaines está haciendo en EC?

—Sí, claro.

—Lo que hacen no es para niños. Tienen a los mejores dibujantes. Tienen a Crandall. Sé que siempre te ha gustado.

—Crandall es el mejor, sin duda.

—Y lo que están haciendo lo leen los adultos. Los adultos. Es oscuro. Y también creo que es perverso, pero mira a tu alrededor. Estamos viviendo en una época perversa. ¿Has visto *The Heap*?

—Me encanta *The Heap*.

—The Heap, vamos, hombre, ¿eso es un personaje de cómic? Es básicamente, no sé, un montón inteligente de barro y hierbas y, no sé, de sedimentos. Con esa boca. Lo rompe todo. Pero se supone que es un héroe.

—Ya veo lo que dices.

—Lo que digo es lo siguiente. Es 1954. Hay un montón de porquería que pasa por un héroe. Y a los chavales les parece genial. Imagina qué van a pensar del Gólem.

—Quieres publicar esto.

—Quizá no tal como está.

—Ah.

—Es espantosamente judío.

—Cierto.

—¿Quién se imaginaba que conocías este rollo? Se llama la Cábala, ¿no? Y todos estos ángeles y... ¿Es eso lo que son, ángeles?

—En su mayoría.

—Estoy pensando en lo siguiente. Todo esto tiene algo. No solamente el personaje del Gólem. Tus ángeles... ¿tienen nombres?

—Está Metatrón. Uriel. Miguel. Rafael. Samael. Es el malo.

—¿El de los colmillos?

Joe asintió.

—Ese me gusta. ¿Sabes que tus ángeles se parecen un poco a superhéroes?

—Bueno, es un cómic.

—Eso es lo que estoy pensando.

—¿Superhéroes judíos?

—Bueno, los superhéroes son todos judíos. ¿No crees que Superman es judío? Viene del viejo mundo, se cambia el nombre. Clark Kent. Hay que ser judío para elegir ponerse ese nombre.

Joe señaló el montón de portafolios abultados en el suelo entre ellos:

—Pero la mitad de los personajes de este cómic son rabinos, Sammy.

—Muy bien, pues aligerémoslo.

—¿Quieres que volvamos a trabajar juntos?

—Bueno... La verdad... No lo sé. Solamente estoy diciendo lo que me pasa por la cabeza. Esto es buenísimo. Me da ganas de... volver a hacer algo. Algo de lo que pueda estar un poco orgulloso.

—Puedes estar orgulloso, Sammy. Has hecho un gran trabajo. Siempre te lo he dicho, todo el tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso de «todo el tiempo»? Has estado fuera desde Pearl Harbor.

—Me imaginaba que te lo decía.

—No me extraña que no captara el mensaje.

Luego, asustándolos a los dos, alguien dio un golpecito seco y dubitativo. Alguien estaba llamando al marco de la puerta abierta del pasillo.

—¿Hay alguien? —dijo una voz de oboe, vacilante y extrañamente familiar para Joe.

—Benditas sean las radios enanas —dijo Sammy—. Mira quién hay.

—Me he enterado de que os encontraría aquí, chicos —dijo Sheldon Anapol. Entró en la sala y le estrechó la mano a Sammy, luego se acercó a Joe arrastrando los pies. Se le había caído casi todo el pelo, pero seguía igual de corpulento, y su mandíbula, que colgaba más que nunca, estaba fruncida en una mueca desafiante. Pero a Joe le pareció que su mirada brillaba, que estaba llena de ternura y remordimientos, como si no estuviera viendo a Joe sino los doce años que habían transcurrido desde su último encuentro—. Señor Kavalier.

—Señor Anapol.

Se dieron la mano y Joe se vio completamente envuelto en el abrazo feroz y rancio del hombretón.

—Majadero hijo de puta —dijo después de soltar a Joe.

—Sí —dijo Joe.

—Tienes buen aspecto, ¿cómo estás?

—No estoy mal.

—¿Qué fue todo ese *narrishkeit* del otro día, eh? Me dejaste en muy mal lugar. Tendría que estar furioso contigo. —Se volvió hacia Sammy—. Tendría que estar furioso con él, ¿no te parece?

Sammy carraspeó.

—Sin comentarios —dijo.

—¿Cómo está usted? —le preguntó Joe—. ¿Qué tal el negocio?

—Una pregunta mordaz, como siempre, viviendo de vosotros. Qué os puedo decir. El negocio no va bien. En realidad, va muy, muy mal. Como si la televisión no fuera bastante problema. Ahora tenemos hordas de lunáticos baptistas en Alabama, o en algún sitio de mierda, haciendo montañas de cómics y pegándoles fuego porque son una ofensa a Jesús o a la bandera americana. ¡Pegándoles fuego! ¿Podéis creerlo? ¿Para qué hicimos la guerra, si cuando se termina se ponen a quemar cómics en las calles de Alabama? Y luego este doctor Fredric Tocapelotas Wertham, con ese libro suyo. Ahora viene el comité del Senado a la ciudad... ¿te has enterado?

—Me he enterado.

—Se han acordado de mí —dijo Sammy.

—¿Te han convocado? —Anapol proyectó el labio hacia delante—. A mí no.

—Un descuido —sugirió Joe.

—¿Por qué te convocan a ti? No eres más que el director de una editorial de quinta fila, y me tendrás que perdonar.

—No lo sé —admitió Sammy.

—Quién sabe, tal vez tienen algo contra ti. —Se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó la frente—. Dios, qué chaladura. Nunca tendría que haber dejado que me convencierais para dejar los artículos de broma. Nadie me ha obligado nunca a hacer una montaña de cojines chillones y pegarles fuego, os lo aseguro. —Fue hasta el sillón solitario—. ¿Os importa que me siente? —Se sentó y dejó escapar un largo suspiro. Pareció arrancar de forma mecánica y teatral, pero al final llevaba un cargamento asombroso de infelicidad—. Dejadme que os cuente algo más —dijo—. Me temo que no he venido solamente para saludar a Kavalier. Me ha parecido que tenía que... Que os lo tenía que decir.

—¿Decir el qué? —dijo Sammy.

—¿Os acordáis de aquel pleito que teníamos? —dijo Anapol.

Al día siguiente —21 de abril de 1954— el Tribunal de Apelación del Estado de Apelación emitiría por fin un fallo en relación al caso de National Periodical Publications contra Empire Comics, S.A. Desde el principio, el pleito había ido de un tribunal a otro, se habían propuesto y rechazado acuerdos y se había tejido una madeja de revocaciones y maniobras legales demasiado complicada y tediosa para sacarla en estas páginas. En el ramo, por lo general se consideraba que el caso de la National carecía de fuerza. Aunque tanto Superman como el Escapista compartían los disfraces ajustados y el extraño impulso de ocultar sus verdaderas naturalezas bajo la apariencia de seres mucho más débiles y falibles, una legión de otros personajes aparecidos en los cómics desde 1938 compartía las mismas cualidades y rasgos. O en todo caso, las habían compartido hasta que aquellos personajes, uno tras otro y en lotes al por mayor, habían acabado desapareciendo en la gran quema de superhéroes que había tenido lugar tras la Segunda Guerra Mundial. Aunque era cierto que la National también había comprado al Capitán Marvel de la Fawcett y al Wonder Man de Victor Fox gracias a los tribunales, seguía habiendo montones de forzudos a quienes les gustaba llevar a cabo sus proezas, incluyendo volar, vestidos con algún tipo de calzoncillos —Amazing Man, Master Man, Blue Beetle, el Cóndor Negro y Namor— y a quienes se les había permitido trabajar sin ser molestados y sin que la National perdiera en apariencia ningún ingreso. De hecho, muchos aseguraban que los grandes avances en la hegemonía de Superman en el mercado habían sido favorecidos por los sucesores y los imitadores de la National —Hourman, la Mujer Maravilla, el Dr. Fate, Starman y Linterna Verde—, muchos de los cuales solamente eran distorsiones o malas imitaciones del original. Y lo que es más, tal como siempre decía Sammy, el propio personaje de Superman representaba una amalgama de ideas que aquellos tipos habían robado a otra gente, sobre todo a Philip Wylie, autor de Hugo Dann, el héroe sobrehumano a prueba de balas de su novela *Gladiator*; a Edgar Rice Burroughs, cuyo héroe huérfano, el joven Lord Greystoke, se convierte al crecer

en Tarzán, el noble protector de un mundo de seres inferiores; y a la tira cómica de Lee Falk *The Phantom*, cuyo héroe del mismo nombre había sido el primero en llevar calzoncillos largos de colores para combatir el crimen. En la mayoría de sus detalles, el Maestro de la Fuga —un artista de variedades humano, vulnerable y dependiente de su equipo de ayudantes— se parecía muy poco al hijo de Krypton. Con el paso de los años, una serie de jueces, entre ellos el gran Learned Hand,²⁹ había intentado, no siempre en tono totalmente burlón, esclarecer aquellas diferencias sutiles y cruciales. Incluso se había llegado a una definición del término superhéroe.³⁰ Al final, sabiamente, el jurado en pleno del Tribunal de Apelación, anulando el veredicto del Tribunal Supremo del estado, se volvería en contra de la opinión dominante en el ramo de los cómics y fallaría a favor de los demandantes, sellando la condena del Escapista.

Resultó, sin embargo, que para cuando llegara la noticia del fallo del tribunal, los acontecimientos ya se le habrían adelantado, como cuando la noticia del Tratado de Gante llegó al general Lambert en Biloxi.

—Hoy —dijo Anapol— he matado al Escapista.

—¿Qué?

—Lo he matado. O digamos que se ha jubilado. He llamado a Louis Nizer y le he dicho, Nizer, tú ganas. A fecha de hoy, el Escapista se jubila oficialmente. Me rindo, lo dejo. Firmo su pena de muerte.

—¿Por qué? —dijo Joe.

—Llevo unos años perdiendo dinero con los títulos del Escapista. El material seguía teniendo cierto valor, ya sabéis, por los acuerdos de cesión de licencias, así que tenía que seguir publicándolo, solamente para que la marca siguiera en vigor. Pero las cifras de circulación llevan tiempo cayendo en picado. Los superhéroes han muerto, chicos. Olvidaos de ellos. Ninguno de nuestros éxitos —*Piloto salvaje*, *Fauces de horror*, *Corazones y flores* o *Bobby Sox*— son cómics de superhéroes.

Joe se había enterado de lo mismo por Sammy. La época del superhéroe disfrazado había terminado. The Angel, The Arrow, The Comet y The Fin, Snowman, Sandman, Hydroman, el Capitán Courageous, el Capitán Flag, el Capitán Freedom, el Capitán Midnight, el Capitán Venture y el Mayor Victory, The Flame, Flash y The Ray, el Monitor, The Guardian, The Shield y The Defender, Linterna Verde, The Red Bee, The Crimson Avenger, The Black Hat y The White Streak, Cat-Man y The Kitten, Star-Spangled Kid y Stripesy, Dr. Mid-Nite, Mr. Terrific, el Ametrallador, Mr. Scarlet y Mrs. Victory, Doll Man, The Atom y Minimidget, todos habían caído bajo las cuchillas giratorias de la trilladora de los gustos cambiantes, unos lectores cada vez mayores, la llegada de la televisión, un mercado saturado y el enemigo invencible que había arrasado Hiroshima y Nagasaki. De los grandes héroes de los años cuarenta, solamente los inquebrantables de la National —Superman, Batman, la

Mujer Maravilla y unos pocos de sus cohortes— continuaban luchando con regularidad o con cierto peso comercial, e incluso ellos habían tenido que sufrir la humillación de ver sus ventas de los años de guerra recortados a más de la mitad, de estar de segundones en títulos donde antes habían sido cabezas de cartel, o de que una serie de guionistas cada vez más desesperados les impusieran diversos accesorios y cacharros para llamar la atención, desde quince sabores y colores distintos de kriptonita hasta batiperros, batimonos y un pequeño incordio con orejas de duende y poderes mágicos conocido como el batichiquitín.

—Ha muerto —dijo Sammy con asombro—. No puedo creerlo.

—Creedlo —dijo Anapol—. Toda la industria ha muerto después de estas vistas judiciales. Sois los primeros en oírlo, chicos. —Se puso de pie—. Y por eso me rindo.

—¿Se rinde? ¿Quiere decir que vende Empire?

Anapol asintió.

—Después de llamar a Louis Nizer, he llamado a mi abogado y le he dicho que empezara a preparar los papeles. Quiero que algún capullo se lo quede antes de que se hunda el techo. —Miró los montones de cajas que había a su alrededor—. Mirad este sitio —dijo—. Siempre has sido un guarro, Kavalier.

—Es verdad —dijo Joe.

Anapol se dirigió a la salida, luego se dio media vuelta.

—¿Os acordáis de aquel día? —dijo—. ¿Cuando llegasteis con aquel dibujo del Gólem y me dijisteis que me ibais a hacer ganar un millón de pavos?

—Y lo hicimos —dijo Sammy—. Mucho más de un millón.

Anapol asintió.

—Buenas noches, chicos —dijo—. Buena suerte.

Cuando se hubo marchado, Sammy dijo.

—Ojalá tuviera un millón de dólares —lo dijo con cariño, viendo algo invisible y maravilloso delante suyo.

—¿Por qué? —dijo Joe.

—Compraría Empire.

—¿En serio? Creía que odiabas los cómics. Te avergüenzas de ellos. Si tuvieras un millón de dólares, podrías hacer cualquier otra cosa que se te antojara.

—Sí —dijo Sammy— Tienes razón. ¿Qué estoy diciendo? Lo que pasa es que me has trastornado con este rollo tuyo del Gólem. Siempre has tenido la capacidad de enredar mis prioridades así.

—¿En serio? ¿La tengo?

—Siempre conseguías que me pareciera bien creer en todas estas chorradas.

—Yo creo que estaba bien —dijo Joe—. Creo que ninguno de los dos tendría que haberlo dejado.

—Estabas frustrado —dijo Sammy—. Querías poner tus manos encima de unos

cuantos alemanes de verdad.

Joe se quedó callado tanto rato que pudo sentir cómo su silencio empezaba a hablar con Sammy.

—Ajá —dijo por fin.

—¿Has matado alemanes?

—Uno —dijo Joe—. Fue un accidente.

—¿Y cómo...? ¿Cómo te sentiste...?

—Me sentí el peor hombre del mundo.

—Hum —dijo Sammy. Había vuelto al último capítulo de *El Gólem* y se había quedado mirando una viñeta en la que se revelaba que el badajo de la campana de las jambas del Paraíso era una calavera humana sonriente.

—Tiene gracia lo del Escapista —dijo Joe, sintiendo ganas de que Sammy lo abrazara pero frenado por la idea de que era algo que nunca había hecho—. O sea, no es gracioso, pero vaya.

—Sí lo es, ¿no?

—¿Estás triste?

—Un poco —Sammy levantó la vista de la última página de *El Gólem* y frunció los labios. Parecía estar enfocando con una linterna algún rincón oscuro de sus sentimientos, para ver si quedaba algo por allí—. No tanto como cabría esperar. Ya sabes. Ya hace mucho tiempo. —Se encogió de hombros—. ¿Y tú qué?

—Igual que tú. —Dio un paso hacia Sammy—. Hace mucho tiempo.

Rodeó los hombros de Sammy con el brazo, algo incómodo, y Sammy agachó la cabeza, y los dos se balancearon un poco hacia atrás y hacia delante, recordando en voz alta aquella mañana de 1939 en que habían llevado al Escapista y a su séquito de aventureros a la oficina de Sheldon Anapol en el edificio Kramler, Sammy silbando *Frenesí* y Joe con el embeleso y la furia del puñetazo imaginario que acababa de propinarle en la mandíbula a Adolf Hitler.

—Aquel fue un buen día —dijo Joe.

—Uno de los mejores —dijo Sammy.

—¿Cuánto dinero tienes?

—Un millón no, eso seguro —Sammy se escurrió del abrazo de Joe. Guiñó los ojos y de pronto adoptó una expresión calculadora que recordaba a Anapol—. ¿Por qué? ¿Cuánto tienes tú, Joe?

—No llega a un millón —dijo Joe.

—¿No llega? ¿Quieres decir que tú...? Oh. Aquel dinero.

Todas las semanas durante dos años desde 1939, Joe había guardado dinero en el fondo destinado a mantener a su familia cuando llegaran a América. Preveía que llegarían con problemas de salud y que sería difícil conseguirles trabajo. Por encima de todo, quería comprarles una casa, una casa no adosada con su propio jardín en

alguna parte del Bronx o de Nueva Jersey. Quería que nunca tuvieran que volver a compartir techo con nadie. A finales de 1941, estaba ingresando más de mil dólares cada vez. Desde entonces, aparte de los diez mil dólares que había invertido en condenar a quince niños a yacer para siempre en medio de los sedimentos de la Dorsal Medio Atlántica, apenas lo había tocado. De hecho, la cuenta había crecido, incluso en su ausencia, gracias a los royalties del programa de radio del Escapista, que se había estado emitiendo hasta 1944, y a los dos pagos abultados que había recibido como participación en el acuerdo para el serial de Parnassus Pictures.

—Sí —dijo—. Todavía lo tengo.

—Está...

—Ahí metido —dijo Joe—. En la Stage Crafts Credit Union del East Side. Desde... Bueno, desde que se hundió el *Arca de Miriam*. El 6 de diciembre de 1941.

—Doce años y cuatro meses.

—Ahí metido.

—Eso también es mucho tiempo —dijo Sammy.

Joe se mostró de acuerdo.

—Supongo que en realidad no hay ninguna razón para dejarlo allí —dijo. La idea de volver a trabajar con Sammy era muy atractiva. Acababa de pasar cinco años dibujando un cómic, haciendo una pausa de vez en cuando, lo justo para leer uno o dos cómics. Llegado aquel punto, se consideraba a sí mismo el artista de cómic más grande de toda la historia mundial. Podía dilatar un episodio crucial de la historia de un personaje durante diez páginas, hacer sus viñetas cada vez más estrechas hasta que el tiempo se detuviera por completo y que sin embargo la acción continuara avanzando movida por el impulso irreversible de la vida misma. O podía desplegar un solo instante sobre dos páginas en una sola viñeta gigante llena de bailarinas, equipo de laboratorio, caballos, árboles y sombras, soldados y juerguistas borrachos en una fiesta. Cuando la atmósfera lo requiriera, podía hacer viñetas que eran más que medias tintas; eran completamente negras, y sin embargo tenían algo visible y nítido, la acción era inconfundible y las expresiones de los personajes eran claras. Con su oído extranjero, había estudiado y había entendido, como siempre han hecho los grandes artistas de cómic, el poder de las onomatopeyas escritas —de palabras inventadas como *snik*, *plish* y *doit*— apropiadamente caligrafiadas, para darle realismo a una navaja, a un charco de agua de lluvia o a una media corona cayendo en el fondo de la taza de hojalata vacía de un ciego. Y sin embargo, se habían quedado sin temas para dibujar. Su *Gólem* ya estaba acabado, o prácticamente lo estaba, y por primera vez en años se encontraba a sí mismo —igual que en todos los niveles de su vida y sus emociones— preguntándose qué iba a hacer a continuación.

—Tú crees que yo podría —empezó—, que yo sería capaz.

Por encima de todo, lo que quería era hacer algo por Sammy. Le horrorizaba ver

lo derrotado y lo infeliz que Sammy había terminado. Menuda hazaña sería hurgar en la manga oscura de su pasado y sacar algo que alterara por completo el estado de Sammy. Algo que lo salvara, que le devolviera la vida. De un plumazo, y guiado por los misterios arcanos de la Liga, podría darle una llave de oro a Sammy; podría añadir a la cadena un acto de liberación, como la que le había sido conferida a él y que todavía no había transferido a nadie.

—Sé que debería —continuó Joe. Su voz se volvió ronca mientras hablaba y las mejillas le ardieron. Estaba llorando. No tenía ni idea de por qué—. Oh, tendría que librarme de todo ese dinero.

—No, Joe. —Ahora fue Sammy el que rodeó a Joe con el brazo—. Ya entiendo que tú no quieras tocar ese dinero. O sea, creo que lo entiendo. Creo que... Bueno, creo que representa algo que no quieres olvidar nunca.

—Me olvido todos los días —dijo Joe. Intentó sonreír—. ¿Sabes? Los días pasan y no me acuerdo de no olvidarme.

—Quédate tu dinero —dijo Sammy en tono gentil—. No necesito ser dueño de Empire Comics. Es lo último que necesito.

—No... No podría, Sammy. Me gustaría poder, pero no puedo.

—Ya lo entiendo, Joe —dijo Sammy—. Quédate con tu dinero.

QUINCE

El día después de que el Escapista, el Maestro de la Fuga, a quien ninguna cadena podía atar y ningunas paredes podía aprisionar, fue condenado a desaparecer por el Tribunal de Apelación del Estado de Nueva York, una furgoneta blanca de reparto de dimensiones modestas se detuvo delante del 127 de Lavoisier Drive. En sus costados, en letras azules como de etiqueta de botella de cerveza ponía: TRANSPORTE EN CARRO FUERTE — LICENCIADO BUTTON S.A. NUEVA YORK. La inscripción trazaba un arco encima de un ramillete pintado de florecillas azules. Ya eran casi las cinco de una tarde gris de abril, y aunque todavía había bastante luz, la furgoneta tenía las luces encendidas, como en un séquito funerario. Había estado lloviendo a rachas todo el día, y al acercarse el atardecer, el cielo encapotado pareció descender sobre Bloomtown como una manta, formando pliegues grises sobre las casas. Los troncos esbeltos de los arces jóvenes, los sicomoros y los robles de los pantanos de los jardines vecinos parecían blancos, casi fosforescentes, sobre el fondo de la oscuridad de la tarde.

El chófer apagó el motor, luego los faros y salió de la cabina. Soltó el grueso pestillo de la parte trasera de la furgoneta, echó la barra a un lado y abrió las portezuelas con un chirrido metálico. Era un hombre improbablemente diminuto para el trabajo que hacía, fornido y patizambo, vestido con un mono azul brillante. Rosa lo miró desde una de las ventanas delanteras de la casa y lo vio observar su carga con lo que parecía una expresión perpleja. Si tenía que hacer caso a la descripción de Sammy, suponía que las ciento dos cajas de cómics y los demás trastos que Joe había acumulado debían de causar una fuerte impresión incluso en un encargado de mudanzas veterano. Pero tal vez el tipo únicamente estaba intentando decidir cómo demonios iba a meter todas aquellas cajas en la casa él solo.

—¿Qué está haciendo? —dijo Tommy. Estaba al lado de Rosa frente a la ventana de la sala de estar. Acababa de comerse tres cuencos de pudding de arroz y el aliento le olía a leche infantil.

—Probablemente se está preguntando cómo va a meter toda esa mierda en esta caja de zapatos —dijo Rosa—. No me puedo creer que Joe se las haya apañado para no estar aquí en este momento.

—Has dicho «mierda».

—Lo siento.

—¿Yo puedo decir «mierda»?

—No. —Rosa llevaba un delantal salpicado de salsa y tenía en la mano una cuchara de madera embadurnada de la misma salsa roja—. No me puedo creer que quepa todo dentro de una furgoneta tan pequeña.

—Mamá, ¿cuándo vuelve Joe?

—Estoy segura de que está al caer. —Era probablemente la cuarta vez que lo decía desde que Tommy había regresado de la escuela—. Estoy haciendo chile con carne y pudding de arroz. No se lo querrá perder.

—Le encanta tu comida.

—Siempre le gustó.

—Dice que si nunca más vuelve a ver una chuleta de cerdo, por él encantado.

—Yo nunca haría chuletas de cerdo.

—El bacon es cerdo y nosotros comemos bacon.

—El bacon en realidad no es cerdo. En el Talmud hay un pasaje que lo dice.

Salieron al porche.

—¿Kavalier? —dijo el hombre, haciendo rimar el apellido con su equivalente francés.

—Como Maurice Chevalier —dijo Rosa.

—Traigo un paquete.

—Eso es un eufemismo, ¿no?

El hombre no contestó. Se subió en la parte trasera de su furgoneta y desapareció un momento. Primero salió una rampa de madera de la furgoneta, como una lengua, se extendió en dirección al Buick de los vecinos y se posó finalmente en el suelo. Después hubo un montón de estruendo, como si el hombre estuviera arrastrando un barril de cerveza. Por fin salió, forcejeando por la rampa con una carretilla cargada con un cajón de madera alargado.

—¿Qué es eso? —dijo Rosa.

—Nunca lo he visto en el apartamento de Joe. ¡Uau, debe de ser parte de su equipo! Parece un, oh, cielos, ¡es un cajón para fugas! Oh, caramba. ¿Crees que va a enseñarme a escaparme de él?

Ni siquiera sé si va a volver, pensó ella.

—No sé qué es lo que va a hacer, cariño.

Cuando Joe y Sammy volvieron de la ciudad la noche anterior con la noticia de la defunción del Escapista, los dos parecían meditabundos, y hablaron muy poco antes de irse a sus camas respectivas. Sammy parecía inseguro, casi arrepentido, con Joe: le hizo unos huevos revueltos, le preguntó si estaban demasiado líquidos, si estaban demasiado secos, se ofreció a hacerle unas patatas fritas. Joe hablaba en monosílabos, casi en tono cortante, o eso le pareció a Rosa. Fue a acostarse en el sofá sin haber intercambiado más de una veintena de palabras con Rosa o Sam. Ella vio que algo había pasado entre los dos hombres, pero como ninguno de ellos dijo nada al respecto, dio por sentado que debía de tratarse simplemente de la desaparición de su criatura. Tal vez se habían enzarzado en recriminaciones por todas las oportunidades perdidas.

Ciertamente, la noticia había sido un shock para Rosa. Aunque no lo había leído

con asiduidad desde la época de Kavalier y Clay —Sammy no quería cómics de Empire en la casa— seguía echando un vistazo a *Radio Comics* o a *Las aventuras del Escapista* de vez en cuando, matando media hora en un quiosco de la estación Grand Central o mientras esperaba que le prepararan una receta en el drugstore de Spiegelman. Hacía mucho que el personaje había caído en la irrelevancia cultural, pero por lo que ella sabía, los títulos que él protagonizaba se continuaban vendiendo. Había dado por sentado, de forma más o menos inconsciente, que la jeta heroica del Escapista siempre iba a estar, en fiambreras, en toallas de playa, en cajas de cereales y hebillas de cinturón y en esferas de despertador, incluso en la Mutual Television Network,³¹ provocándola con la riqueza y la satisfacción inimaginable que, aunque no se engañaba, nunca podía evitar pensar que ahora poseería Sammy si hubiera sido capaz de recoger los frutos del único momento irrefutable de inspiración que se le había concedido en su carrera llena de altibajos. Rosa había estado hasta muy tarde intentando trabajar, preocupándose por ambos, y luego había dormido hasta más tarde todavía que de costumbre. Para cuando se había despertado, no estaban ni Joe ni el Studebaker. Toda su ropa estaba en su maleta de mano y no había ninguna nota. A Sammy todo aquello le parecían buenas señales.

—Habría dejado una nota —dijo cuando ella lo llamó a la oficina—. Si lo hubiera hecho. O sea, si se hubiera marchado.

—La última vez tampoco hubo ninguna nota —dijo Rosa.

—No creo que nos hubiera robado el coche.

Pero todas sus cosas estaban allí y Joe no. Parecía que les había hecho un truco de sustitución, el viejo cambiazo.

—Supongo que tendremos que meterlo en el garaje —dijo ella.

El empleado pequeño y recio de mudanzas empujó el cajón hacia su puerta delantera, resoplando y haciendo muecas y casi aplastando los pensamientos. Cuando llegó frente a Rosa y Tommy empujó la carretilla hacia delante para hacerla descansar sobre su soporte. El cajón se tambaleó y pareció considerar la posibilidad de volcarse antes de asentarse con un temblor sobre su extremo.

—Pesa una tonelada —dijo, flexionando los dedos como si le dolieran—, ¿Qué hay dentro, ladrillos?

—Probablemente cadenas de hierro —explicó Tommy con aire de entendido—. Y no sé, candados y cacharros.

El hombre asintió:

—Un cajón de cadenas de hierro —dijo—. Normal. Encantado de conocerla. —Se limpió la mano en la pechera de su mono y se la ofreció a Rosa—. Al Button.

—¿Es usted licenciado de verdad? —dijo Rosa.

—Es el nombre de la empresa —dijo Al Button en tono genuinamente compungido— está un poco anticuado. Hurgó en su bolsillo trasero y sacó un fajo de

formularios y papeles de calco, luego se sacó un bolígrafo del bolsillo de la pechera y lo destapó—. Necesito su autógrafo aquí.

—¿No tengo que revisar cada cosa a medida que las va trayendo? —dijo Rosa—. Es lo que hicimos cuando nos mudamos de Brooklyn a aquí.

—Puede revisar esto si quiere —dijo, señalando el cajón con la barbilla mientras le hacía la entrega a Rosa—. Es lo único que le traigo hoy.

Rosa comprobó el recibo y vio que solamente había un artículo, descrito escuetamente como Cajón de madera. Miró las demás hojas de papel, pero no eran más que calcos de la primera.

—¿Dónde está el resto?

—Esto es lo único que yo sepa —dijo Button—. Tal vez usted sabe más que yo.

—Se supone que de la ciudad han salido más de cien cajas. Del Empire State. Joe, el señor Kavalier, organizó el envío ayer por la tarde.

—Esto no viene del Empire State, señora. Lo he recogido esta mañana de la Penn Station.

—¿De la Penn Station? Espere un minuto. —Volvió a examinar los impresos y las copias de papel carbón—. ¿Quién envía esto? —El nombre del consignador no se leía, pero parecía que empezaba con «K». La dirección, sin embargo, era un apartado de correos de Halifax, Nueva Escocia. Rosa se preguntó si Joe había llegado tan lejos en su periodo de trotamundos, después de la guerra, y se había dejado allí su cajón de lo que fuera.

—Nueva Escocia —dijo ella—. ¿A quién conoce Joe en Nueva Escocia?

—¿Y cómo ha sabido que está aquí? —dijo Tommy.

Era una muy buena pregunta. Solamente la policía y unos pocos empleados de Pharaoh sabían que Joe estaba en casa de los Clay.

Rosa firmó la entrega, luego Al Button empujó el cajón y lo metió en la sala de estar, donde Rosa y Tommy lo ayudaron a bajarlo de la carretilla y a subirlo a la alfombra de pelo corto.

—Un cajón lleno de cadenas —repitió Button estrechando la mano de Rosa con la suya áspera y callosa—. Jesús, María y José.

Después de que se marchara, cerrando su camioneta y alejándose con su aire funerario, Rosa y Tommy se quedaron en la sala de estar examinando el cajón de madera. Era casi medio metro más alto que Rosa y casi el doble de ancho. Estaba tallado en una sola pieza de pino, lleno de nudos y sin barnizar salvo por la abrasión de su viaje, de color amarillo oscuro y sucio como los dientes de un animal. De alguna forma se notaba, al verlo, que había venido de muy lejos, que había sido tratado sin delicadeza y expuesto a los elementos, y que sobre él se habían derramado cosas innobles. Había sido usado como mesa, tal vez como cama y como parapeto. Tenía rozaduras negras y las esquinas y los bordes estaban erizados de astillas. Por si

aquello no era bastante señal de largos viajes, también estaban sus abundantes etiquetas: sellos de aduanas y calcomanías de compañías de transporte, adhesivos de cuarentenas e impresos de reclamación y certificados de peso. En algunas partes había distintas capas y pedazos de nombres de lugares, colores e inscripciones a mano todos mezclados. A Rosa le recordó un collage cubista, una obra de Kurt Schwitters. Claramente, Halifax no era el punto de origen del cajón. Rosa y Tommy intentaron rastrear su origen, arrancando las capas de sellos y adhesivos, al principio tímidamente y luego con menos contemplaciones a medida que retrocedían de Halifax a Helsinki, a Murmansk, a Memel, a Leningrado, de vuelta a Memel, a Vilnius, Lituania, y por fin, rascando con la punta de un cuchillo de cocina un carbúnculo particularmente recalcitrante de papel adhesivo situado en el centro aproximado de lo que parecía la tapa del cajón, a:

—Praga —dijo Rosa—. Increíble.

—Ya ha llegado —dijo Tommy, y Rosa no entendió a qué se refería hasta que oyó el ruido del Studebaker parando frente a la casa.

DIECISÉIS

Esa mañana Joe había salido de casa muy temprano.

Durante horas después de decir buenas noches a Rosa y a Sammy, y bastante después de que se fueran a la cama, Joe se había quedado despierto en el sofá de la sala de estar, atormentado por sus pensamientos y por la risita breve y ocasional del tanque del retrete al otro lado del pasillo. Había dispuesto reintegros mensuales para pagar el alquiler de las oficinas de Cremas Evanescentes Kornblum, S.A., y durante mucho tiempo no se había permitido a sí mismo considerar la suma total de dinero que tenía guardada. La variedad de planes grandiosos y hogareños que había intentado sufragar tiempo atrás era extravagante —había derrochado de forma desmesurada con la imaginación— y después de la guerra, el dinero siempre le parecía una deuda que tenía y que no podía pagar. Había declarado quiebra en el nivel de los planes: una casa para su familia en Riverdale o Westchester, un piso para su viejo profesor Bernard Kornblum en un bonito edificio del Upper West Side. En sus fantasías, se encargaba de que su madre obtuviera los servicios de un cocinero, tuviera abrigo de pieles, tiempo libre para escribir y para ver tan pocos pacientes como deseara. El estudio de su madre en la gran casa Tudor tenía una ventana en saliente y pesados tablones, que pintaba de blanco porque odiaba las habitaciones oscuras. Tenía mucha luz y no estaba nada recargado, con alfombras Navajo y cactus en macetas. Para su abuelo había un guardarropa entero de trajes, un perro y un tocadiscos Panamuse como el de Sammy. Su abuelo se sentaba en el conservatorio con tres amigos de su edad y cantaba canciones de Weber con el acompañamiento de sus flautas. Para Thomas había lecciones de equitación, lecciones de esgrima, viajes al Gran Cañón, una bicicleta, una colección de enciclopedias y —el objeto más codiciado a la venta en las páginas de los cómics— un rifle de aire comprimido, para que Thomas pudiera disparar a los cuervos, las marmotas o (lo más probable, dada la amabilidad del chico) a latas, cuando salieran de la ciudad, los fines de semana, a la casa de campo de Putnam County que Joe iba a comprar.

Aquellos planes lo avergonzaban casi tanto como le entristecían. Pero la verdad era que, mientras estaba allí tumbado fumando, en calzoncillos. A Joe lo atormentaba, más que las ruinas de sus sueños fatuos, la idea de que incluso ahora, en la misteriosa factoría de insensatez que era más o menos sinónimo de su corazón, se estaba trabajando para producir toda una línea nueva de pamplinas. No podía parar de tener ideas —diseños de trajes y decorados, nombres de personajes, argumentos— para una serie de cómics basada en la *haggadah* y el folklore judíos. Parecía que llevaran todo el tiempo allí, esperando un golpecito de Sammy para salir dando tumbos de forma caótica. La idea de gastarse los 974.000 dólares que continuaban creciendo de forma constante en el Stage Crafts Credit Union del East Side para sacar a flote la recién

reformada sociedad de Kavalier y Clay lo turbaba tanto que empezó a dolerle el estómago. No, turbación no era una forma sincera de explicarlo. Lo que sentía era excitación.

Sammy había acertado con los héroes con calzoncillos largos en 1939. Joe tenía la sensación de que también acertaba en 1954. William Gaines y su EC Comics habían trabajado todos los géneros convencionales del cómic salvo uno —los cómics románticos, el western, las historias bélicas, el crimen, lo sobrenatural, etcétera— y les habían insuflado emociones más oscuras, argumentos menos infantiles, bocetos elegantes y entintados tenebrosos. El único género que habían omitido o evitado (salvo para ridiculizarlo en las páginas de *Mad*) era el de los superhéroes disfrazados. ¿Y si la misma clase de transformación —no estaba seguro de que aquello fuera lo que Sammy tenía en mente, pero después de todo, el dinero era suyo— se intentara con el superhéroe disfrazado? ¿Y si trataban de hacer historias sobre superhéroes disfrazados que fueran más complejos, menos infantiles y tan falibles como los ángeles?

Por fin se quedó sin cigarrillos y renunció a dormir aquella noche. Se volvió a poner la ropa, cogió un plátano de la fuente de la encimera y salió fuera.

Todavía no eran las cinco de la mañana y las calles de Bloomtown estaban desiertas, las casas eran oscuras, furtivas y prácticamente invisibles. Una brisa salada y continua venía procedente del mar, a ocho millas de allí. Más tarde, traería la lluvia esporádica y la oscuridad que el señor Al Button intentaría disipar encendiendo los faros pálidos de su furgoneta, pero por el momento no había nubes, y el cielo, que de día en aquella localidad de casas de un piso, arbolitos raquíticos y jardines estériles podía parecer tan insoportablemente alto e inmenso como el cielo sobre alguna pradera devastada de Nebraska, se entregaba ahora a Bloomtown como una bendición, llenando el vacío de velvetón azul oscuro y estrellas. El ladrido de un perro a dos manzanas de allí le puso a Joe la piel de los brazos de gallina. Había estado en el Atlántico y en las costas del mismo muchas veces desde el hundimiento del *Arca de Miriam*. La cadena de asociaciones que relacionaba en la mente de Joe a Thomas con la masa de agua que se lo había tragado se había disipado hacía mucho tiempo. Pero de vez en cuando, sobre todo si, como sucedía ahora, ya tenía a su hermano en mente, el olor a mar podía desplegar el recuerdo de Thomas como una bandera. Sus ronquidos, el soplido casi animal de su respiración procedente de la otra cama. Su aversión a las arañas, a las langostas y a cualquier cosa que se arrastrara como una mano sin cuerpo. Una fotografía manoseada de él con siete u ocho años, con albornoz a cuadros y alpargatas, sentado junto a la enorme Phillips de los Kavalier, con las rodillas pegadas al pecho, los ojos fuertemente cerrados, balanceándose de delante a atrás mientras ponía toda su voluntad en escuchar una ópera italiana u otra.

Aquel albornoz, con las costuras de las solapas de grueso hilo negro; aquella radio, con las líneas góticas y el dial, como un atlas del éter, con nombres de capitales del mundo impresas; aquellos mocasines de cuero con sus tipis bordados en el empeine: nunca más volvería a ver nada de todo aquello. El pensamiento era banal, y sin embargo, como pasaba de vez en cuando, lo cogió por sorpresa y lo decepcionó profundamente. Era absurdo, pero subyaciendo su experiencia del mundo, en algún estrato profundo pre-cambriano, estaba la esperanza de que algún día —¿pero cuándo?— regresaría a los capítulos iniciales de su vida. Todo estaba allí —en alguna parte— esperándolo. Regresaría a las escenas de su infancia, a la mesa de desayuno del apartamento junto al Graben, al esplendor oriental del vestuario de la Militär und Civilschwimmschule. No como un turista entre sus ruinas, sino de verdad. No por medio de algún sortilegio, sino simplemente por medios naturales. No era una convicción racional y ni siquiera creía en ella en serio, pero de alguna forma estaba presente, como un error temprano y fundamental en su comprensión de la geografía —como por ejemplo que el Quebec estaba al oeste de Ontario— que ninguna corrección ni experiencia posterior podía eliminar del todo. Se dio cuenta ahora de que aquella clase de convicción fútil pero imposible de erradicar estaba en el núcleo de su incapacidad para desprenderse del dinero que llevaba tantos años ahorrando en el Stage Crafts Credit Union del East Side. En alguna parte en su corazón, o dondequiera que fuera que aquellos errores se alimentaban y se cuidaban, creía que alguien —su madre, su abuelo, Bernard Kornblum— todavía podía aparecer a pesar de todo. Aquellas cosas pasaban todo el tiempo. Gente que supuestamente había sido fusilada en el gueto de Lodz o había muerto de tifus en el campo de deportación de Zehlendorf aparecían de pronto como propietarios de tiendas de alimentación en Sao Paulo o llamando a la puerta de un cuñado en Detroit pidiendo limosna, más viejos, debilitados —cambiados hasta resultar irreconocibles o asombrosamente inalterados—, pero vivos.

Volvió a entrar en casa, se anudó la corbata, se puso una chaqueta y cogió las llaves del coche de su gancho en la cocina. No estaba seguro de adónde iba a ir, al principio, pero el olor del mar permanecía en su nariz y tenía una vaga idea de coger el coche, conducir hasta Fire Island en una hora y volver antes de que nadie se diera cuenta de que se había marchado.

La idea de conducir también lo excitaba. Desde la primera vez que lo había visto, el coche de Sammy y Rosa le había llamado la atención. La marina había enseñado a Joe a conducir y se había puesto a ello con su aplomo de costumbre. Sus momentos más felices durante la guerra habían sido tres breves viajes que había hecho al volante de un jeep en Bahía de Guantánamo. Hacía doce años de aquello. Confiaba en acordarse todavía.

No tuvo problema en encontrar el camino a la ruta 24, pero por alguna razón no

vio el desvío de East Islip, y antes de reconocerlo ya estaba de camino a la ciudad. El coche olía al pintalabios de Rosa y a la crema capilar de Sammy y también conservaba cierto aroma residual a sal y lana del invierno. Durante mucho rato no encontró a casi nadie en la carretera, y al cruzarse con otros viajeros tuvo una vaga sensación de agradable intimidad con ellos mientras se adentraban siguiendo la luz de sus faros en la oscuridad del oeste. En la radio, Rosemary Clooney estaba cantando *Hey There* y cuando cambió de emisora se la volvió a encontrar cantando *This Ole House*. Abrió la ventanilla y empezó a oír ocasionalmente un ruido de hierbas y de insectos nocturnos y a veces el mugido de un tren. Joe soltó el volante y se dejó llevar por las secciones de cuerda de aquellas canciones de éxito y por el rugido del motor Champion de ocho cilindros en línea. Al cabo de un rato se dio cuenta de que había conducido muchas millas sin pensar en nada, y mucho menos en qué iba a hacer exactamente cuando llegara a Nueva York.

Al acercarse al puente de Williamsburg —no del todo seguro de cómo había conseguido llegar allí— experimentó un momento extraordinario de optimismo y de gracia. Ahora había mucho más tráfico, pero el cambio de marchas iba muy suave y aquel coche pequeño y robusto cambiaba de carril con habilidad. Cogió el puente que cruzaba el East River. Sentía cómo el puente zumbaba bajo las ruedas y notaba a su alrededor toda la obra de ingeniería, las fuerzas, tensiones y remaches que conspiraban para mantenerlo en vilo. Al Sur, pudo vislumbrar el puente de Manhattan, con su aire parisino, refinado, elegante, con las faldas levantadas para revelar sus patas de acero en punta, y más allá, el puente de Brooklyn, como un haz enorme de fibras musculares trenzadas. En la dirección opuesta estaba el puente de Queensboro, como un par de enormes zarinas de hierro con las manos unidas para bailar. Y delante suyo, la ciudad que lo había amparado y se lo había tragado y le había reportado una modesta fortuna se cernía, pardusca y gris, engalanada con guirnaldas y boas de una sustancia gris y neblinosa, un compuesto de niebla portuaria, rocío primaveral y de los humos que la propia ciudad expelía. La esperanza había sido su enemiga, una debilidad que tenía que controlar a cualquier precio, y había sido así durante tanto tiempo que tardó un momento en admitir que él la había dejado instalarse de nuevo en su corazón.

En Union Square West se detuvo delante del edificio Workingman's Credit, sede del Stage Crafts Credit Union del East Side. Por supuesto, no había dónde aparcar. El tráfico se empezó a acumular detrás del Studebaker mientras Joe patrullaba en busca de un sitio, y cada vez que aminoraba la marcha empezaba de nuevo la fanfarria furiosa de bocinas. Un autobús vino rugiendo desde detrás de él, y las caras de sus pasajeros se lo quedaron mirando desde las ventanillas o bien se burlaron de su ineptitud con sus expresiones indiferentes. En su tercera vuelta a la manzana Joe aminoró una vez más delante del edificio. La acera allí estaba pintada de rojo oscuro.

Joe se detuvo, intentando decidir qué hacer. Dentro de la mole mugrienta y magnífica del edificio Workingman's Credit, en las oficinas oscuras iluminadas con montantes del banco Crafts Union, su cuenta yacía profundamente dormida bajo años de intereses y polvo. Lo único que tenía que hacer era entrar y decir que quería retirar dinero.

Alguien golpeó su ventanilla con los nudillos. Joe dio un respingo y pisó el acelerador. El coche avanzó unos centímetros antes de que pudiera pisar el freno y se detuvo con una especie de eructo desagradable de los neumáticos.

—¡Uau! —gritó el policía, que había venido a preguntarle a Joe qué pretendía reteniendo el tráfico de la Quinta Avenida de aquella forma, a la hora de más tráfico de la mañana. De un salto se apartó del coche, a la pata coja, agarrándose la bota izquierda reluciente con las dos manos.

Joe bajó la ventanilla.

—¡Me ha atropellado el pie! —dijo el policía.

—Lo siento mucho —dijo Joe.

El policía volvió a poner el pie en la acera, con cuidado, luego volvió a apoyar su peso considerable sobre él de forma gradual.

—Creo que no pasa nada. Me ha atropellado la punta donde no llega el pie. Ha tenido suerte.

—He cogido prestado el coche a mi primo —dijo Joe—. Tal vez no lo conozco tan bien como debo.

—Sí, bueno, no se puede parar ahí, joven. Lleva diez minutos. Tiene que marcharse.

—Eso es imposible —dijo Joe. No podía llevar mucho más de uno o dos a lo sumo—. Diez minutos.

El policía se dio unos golpecitos con el dedo en el reloj.

—He mirado el reloj en cuanto se ha parado.

—Lo siento, agente —dijo Joe—. No consigo decidir qué tengo que hacer en este momento. —Señaló con el pulgar al edificio Workingman's Credit—. Tengo mi dinero ahí —dijo.

—Por mí como si tiene la nalga izquierda ahí —dijo el policía—. Tiene que largarse, caballero.

Joe empezó a discutir, pero mientras lo hacía se dio cuenta de que, en cuanto el policía había golpeado su ventanilla, había sentido un alivio enorme. La decisión había sido tomada por él. No podía aparcar allí. No podría sacar el dinero hoy. Tal vez no fuera tan buena idea después de todo. Puso el coche en marcha.

—Muy bien —dijo—. Me voy.

Mientras intentaba encontrar el camino de vuelta a Long Island, consiguió perderse de veras en Queens. Casi llegó a los viejos terrenos de la vieja Feria

Mundial antes de ver su equivocación y dar media vuelta. Al cabo de un rato, se sorprendió a sí mismo conduciendo por una extensión verde y enorme de cementerios, que reconoció como Cypress Hills. Las lápidas y los monumentos salpicaban las colinas como ovejas en un cuadro de Claude Lorrain. Había estado una vez allí, hacía muchos años, poco después de volver a la ciudad. Era la noche de Halloween y un grupo de chicos de la trastienda de Tannen lo habían convencido para unirse a ellos en su visita anual a la tumba de Harry Houdini, que estaba enterrado allí en un cementerio judío llamado Machpelah. Se habían llevado sándwiches, petacas y termos llenos de café y habían pasado la noche cotilleando sobre la vida amorosa sorprendentemente arrebatada de la señora Houdini después de que muriera su marido y esperando a que se apareciera el espíritu del misteriarca, tal como Houdini habría prometido que haría si resultaba ser posible. Al amanecer el día de Todos los Santos, habían bromeado y silbado y habían fingido estar decepcionados por el hecho de que Houdini no hubiera aparecido, pero al menos en el caso de Joe —y él sospechaba que no había sido el único— aquel fingimiento únicamente había servido para enmascarar la decepción real que sentía. Joe no creía en absoluto en el más allá, pero deseaba creer con todas sus fuerzas. Un viejo chiflado cristiano había intentado reconfortar a Joe en la biblioteca pública de Halifax diciéndole, en tono tranquilizador, que había sido Hitler y no los aliados quien había liberado a los judíos. Desde la muerte de su padre —desde el día en que había oído por primera vez en la radio una información sobre el gueto prodigioso de Terezin—, Joe no había estado tan próximo al consuelo. Lo único que habría tenido que hacer, para encontrar alivio en las palabras del cristiano, era creer en ellas.

No tuvo muchos problemas para encontrar de nuevo Machpelah —estaba señalado por un edificio funerario fastuoso de un modo lúgubre de diseño vagamente inspirado en el Oriente Próximo que a Joe le recordó la casa del padre de Rosa—, entró en su recinto con el coche y aparcó. La tumba de Houdini era la más grande y espléndida del cementerio, completamente desproporcionada en relación a la modestia, e incluso la austeridad, de las demás losas y lápidas. Era una estructura curiosa, como un balcón espacioso despegado de la fachada de un palacio, una balaustrada de mármol en forma de letra «C», con columnas como pies de letra en ambos lados que sostenían un banco largo y bajo. Las columnas tenían inscripciones en inglés y hebreo. En el centro, encima de la inscripción lacónica HOUDINI, un busto del difunto mago fruncía el ceño, con cara de acabar de lamer una batería. Una curiosa estatua de una mujer vestida con una túnica y llorando estaba posada sobre el banco, con los brazos extendidos sobre el mismo en una especie de eterno desvanecimiento de pena. A Joe le pareció torpe e inquietante. Había ramilletes y coronas de flores desperdigados en varios estados de descomposición y muchas de las superficies estaban llenas de piedrecitas, dejadas por la familia, supuso Joe, o por

admiradores judíos. Los padres y los hermanos y hermanas de Houdini estaban todos enterrados aquí: todo el mundo salvo su difunta esposa, Bess, a quien no se había admitido porque era católica y no había querido convertirse. Se preguntó qué habría puesto en las lápidas de sus padres si hubiera tenido oportunidad. Solamente los nombres y las fechas ya resultaban bastante extravagantes.

Empezó a recoger las piedras que la gente había dejado y las fue colocando cuidadosamente en la barandilla, por llamarla de algún modo, del balcón, formando líneas y círculos y estrellas de David. Se dio cuenta de que alguien había metido una notita en una fisura del monumento, entre dos piedras, y luego vio otros mensajes diseminados, allí donde había una ranura o una grieta. Los fue sacando, desenrollando las cintas rojas y viendo lo que había escrito la gente. Todos parecían ser mensajes dejados por devotos del espiritismo y estudiantes del más allá que ofrecían disculpas póstumas al gran desacreditador por haber impugnado la Verdad que a día de hoy seguro que había descubierto ya. Al cabo de un rato, Joe se sentó en el banco, a una distancia segura de la estatua de la mujer que lloraba. Respiró hondo, negó con la cabeza y extendió una mano imaginaria en busca de algún residuo espiritual de Harry Houdini o de Thomas Kavalier o de quien fuera. No, puede que la esperanza lo volviera a vencer, pero nunca sería capaz de creer.

Por fin se hizo una almohada con su abrigo y se acostó encima del banco de mármol. Oía el ronroneo del tráfico en la Interborough Parkway y el chirrido intermitente de los frenos de un autobús en Jamaica Avenue. Los sonidos parecían corresponderse exactamente con el cielo gris pálido al que Joe estaba mirando, oscurecido por moretones azules ocasionales. Cerró un momento los ojos, solamente para escuchar un momento el cielo. En un momento dado, oyó unos pasos en la hierba tras su espalda. Se incorporó y miró el campo de color verde resplandeciente —por alguna razón, ahora brillaba el sol— y las colinas con sus rebaños de ovejas blancas, y vio que se acercaba su viejo profesor Bernard Kornblum, con su chaqué. Tenía las mejillas irritadas y una mirada brillante y severa. Llevaba la barba atada en una redecilla.

—*Lieber Meister* —dijo Josef, extendiendo ambas manos hacia él. Las dos manos cruzaron el aire que las separaba hasta unirse como las agujas en forma de zíngaras danzantes del puente de Queensboro—. ¿Qué tengo que hacer?

Kornblum resopló con las mejillas peladas y negó con la cabeza, poniendo los ojos un poco en blanco como si aquella fuera una de las preguntas más estúpidas que le habían hecho nunca.

—Por el amor de Dios —dijo—. Vete a casa.

Cuando Joe llegó a la puerta del 127 de Lavoisier Driver, prácticamente fue derribado. Rosa se le colgó del cuello con un brazo y con la otra mano le dio un puñetazo bastante fuerte en el brazo. Tenía la mandíbula apretada y Joe se dio cuenta

de que estaba conteniendo las ganas de llorar. Tommy se apretó contra él un par de veces, como un perro, y se apartó de él como si estuviera avergonzado, dándose con el armario del tocadiscos y volcando un jarro de caléndulas secas. Después, los dos empezaron a hablar al mismo tiempo. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has llamado? ¿Qué hay en el cajón? ¿Te apetece un poco de pudding de arroz?

—He ido a dar una vuelta con el coche —dijo Joe—. Por el amor de Dios. — Comprendió que habían creído que los había vuelto a abandonar, ¡y que había robado el coche familiar! Se avergonzó de ser capaz de despertar semejantes sospechas en ellos—. He ido en coche a la ciudad. ¿Qué cajón? ¿Qué...?

Joe lo reconoció al instante, con la misma falta de sorpresa que si hubiera estado soñando. Había estado viajando en su interior, en sueños, desde otoño de 1939. Su compañero de viaje, su otro hermano, había sobrevivido a la guerra.

—¿Qué hay ahí dentro? —dijo Tommy—. ¿Es un truco?

Joe se acercó al ataúd. Extendió la mano en su dirección y le dio un empujoncito. Se movió un par de centímetros y luego se asentó de nuevo sobre su extremo.

—Es algo condenadamente pesado —dijo Rosa—. Sea lo que sea.

Así fue como Joe comprendió que algo iba mal. Recordaba muy bien que el cajón era muy ligero con el Gólem dentro cuando Kornblum y él lo habían sacado del 26 de Nicholasgasse, como un ataúd lleno de pájaros o como un esqueleto. Le pasó por la cabeza la idea terrorífica de que nuevamente pudiera haber un cuerpo en el interior junto con el Gólem. Acercó un poco la cara al cajón. Vio que en algún momento alguien había cerrado con un candado el panel de observación que Kornblum había fabricado para engañar a la Gestapo y a la guardia de fronteras.

—¿Por qué lo hueles? —dijo Rosa.

—¿Es comida? —dijo Tommy.

Joe no quería decirles qué era. Se daba cuenta de que estaban medio locos de curiosidad, ahora que habían visto cómo reaccionaba al ver el cajón, y que como era natural estaban esperando no solamente que les dijera qué había en el cajón sino que se lo enseñara sin más demora. Aquello era lo que no quería hacer. El cajón era el mismo, no le cabía duda, pero su contenido misteriosamente pesado podía ser cualquier cosa. Podía ser algo muy, muy malo.

—Tommy le ha dicho al tipo que lo ha traído que eran tus cadenas —dijo Rosa.

Joe intentó pensar en la sustancia u objeto más absolutamente anodino que pudiera contener el cajón. Se planteó decirles que era un montón de viejos exámenes de la escuela. Luego se dio cuenta de que en realidad las cadenas no resultaban en absoluto interesantes.

—Es verdad —dijo—. Debes de ser clarividente.

—¿Son tus cadenas de verdad?

—Solamente un montón de chatarra.

—¡Uau! ¿Podemos abrirlo ahora? —dijo Tommy—. Me muero de ganas de verlas.

Joe y Rosa entraron en el garaje a buscar la caja de herramientas de Sammy. Tommy hizo el gesto de seguirlos, pero Rosa le dijo:

—Quédate aquí.

Encontraron la caja de herramientas enseguida, pero ella no lo dejó volver a la casa.

—¿Qué hay en el cajón? —dijo ella.

—¿No te crees que sean cadenas? —Sabía que no era bueno para decir mentiras.

—¿Por qué sospechas que sean cadenas?

—No sé lo que hay dentro —dijo Joe—. No es lo que había antes.

—¿Y qué había antes?

—El Gólem de Praga.

Siempre había sido difícil dejar sin respuesta a Rosa. Simplemente se hizo a un lado, mirándolo, para dejarlo pasar. Pero él no volvió a la casa, al menos no de inmediato.

—Déjame preguntarte una cosa —dijo Joe—. Si tuvieras un millón de dólares, ¿se los darías a Sammy para que pudiera comprar Empire Comics?

—¿Sin el Escapista?

—Supongo que ha de ser así.

Ella estuvo un minuto pensando una respuesta, durante el cual Joe pudo ver cómo gastaba el dinero de una docena de maneras. Por fin negó con la cabeza.

—No lo sé —dijo ella aunque le dolía admitirlo—. El Escapista era como las joyas de la corona.

—Eso pensaba yo.

—¿Por qué se te ha ocurrido eso?

Joe no contestó. Llevó la caja de herramientas a la sala de estar y con la ayuda de Rosa y de Tommy, consiguió bajar el cajón al suelo. Levantó el candado, lo sopesó y le dio dos golpecitos con el índice. Las ganzúas que le había dado Kornblum —la única reliquia de aquella época que todavía poseía— estaban en su maleta de viaje. Era un cerrojo bastante barato y con poco esfuerzo no había duda de que sería capaz de sacarlo. Dejó caer el cerrojo de nuevo sobre el picaporte y sacó una palanca de la caja de herramientas.

Al hacerlo, se le ocurrió por primera vez preguntarse cómo habría conseguido encontrarlo el Gólem. Su reaparición en la sala de estar de una casa de Long Island había parecido extrañamente inevitable en un primer momento, como si hubiera sabido durante todo aquel tiempo que lo estaba siguiendo, y ahora finalmente lo hubiera encontrado. Joe examinó una de las etiquetas pegadas al cajón y vio que solamente hacía unas semanas que había cruzado el Atlántico. ¿Cómo había sido

capaz de encontrarlo? ¿Qué había estado esperando? ¿Quién podía estar siguiendo sus movimientos?

Fue al lado del cajón opuesto al candado y hundió los dientes de la palanca en la ranura del cierre, justo debajo de la cabeza de un clavo. El clavo crujió, se oyó un ruido seco como de una articulación descoyuntándose y la tapa se desprendió de una pieza como si la hubieran empujado desde dentro. Al instante el aire se llenó de un olor verde y mareante a barro y espuma de río, con un hedor a verano cargado de ternura y de pesar.

—Tierra —dijo Tommy, mirando ansiosamente a su madre.

—Joe —dijo Rosa—. No son... No son cenizas, ¿verdad?

Toda la caja estaba llena, con una profundidad de veinte centímetros, de un polvillo fino, de color gris paloma opalescente, que Joe reconoció de sus excursiones de niño al lecho cenagoso del Moldava. Se lo había limpiado de los zapatos un millar de veces y se lo había sacudido del culo de los pantalones. Las especulaciones de quienes temían que el Gólem se desintegraría, al alejarlo de las orillas del río que lo había engendrado habían resultado ciertas.

Rosa fue a arrodillarse al lado de Joe. Ella le pasó el brazo por el hombro.

—¿Joe? —dijo.

Ella lo atrajo hacia sí y él no opuso resistencia. Simplemente se dejó, y ella lo abrazó.

—Joe —dijo ella, al cabo de un momento—. ¿Estás pensando en comprar Empire Comics? ¿Tienes un millón de dólares?

Joe asintió.

—Y un cajón de tierra —dijo.

—¿Tierra de Checoslovaquia? —dijo Tommy— ¿Puedo tocarla?

Joe asintió. Tommy hundió el dedo en la tierra, como si fuera una bañera de agua, luego hundió la mano entera hasta la muñeca.

—Es blanda —dijo—. Da una sensación agradable. —Empezó a mover la mano dentro de la tierra, como si buscara algo. Estaba claro que no iba a renunciar fácilmente a aquella caja de trucos.

Era extraño, pensó Joe, que el cajón pesara mucho más ahora que cuando el Gólem estaba intacto. Se preguntó si habían añadido más tierra, tierra adicional, a la carga original, pero aquello le parecía improbable. Luego se acordó de que Kornblum, aquella noche, había citado algún aforismo paradójico sobre gólems, algo en hebreo que venía a decir que era el alma antinatural del Gólem lo que lo hacía tan pesado. Descargado de ella, el Gólem de tierra era ligero como el aire.

—Ups —dijo Tommy—. Eh. —Frunció el ceño. Había encontrado algo. Tal vez la ropa del gigante se había quedado en el fondo del cajón.

Sacó un rectángulo pequeño y manchado de papel con algunas palabras impresas

en un lado. A Joe le resultó familiar.

—Emil Kavalier —leyó Tommy—. Endikron... Endikrono...

—Es de mi padre —dijo Joe. Cogió la vieja tarjeta de visita de la mano de Tommy, recordando su tipografía arácnida y su central telefónica desaparecida. Debía de haber estado oculta, mucho tiempo antes, en el bolsillo del traje enorme de Alois Hora. Metió la mano y sacó un puñado del limo de color perla, cavilando, tamizándolo con los dedos, preguntándose en qué momento el alma del Gólem había vuelto a su cuerpo, o si era posible que hubiera más de un alma encarnada en aquella tierra que pesaba tanto.

DIECISIETE

El Subcomité para la Investigación de la Delincuencia Juvenil del Comité Judicial del Senado fue convocado en Nueva York el 21 y el 22 de abril de 1954, para examinar el papel jugado por el negocio del cómic en la creación de delincuentes juveniles. El testimonio ofrecido por los testigos el primer día es el que mejor se conoce. Entre los expertos, editores y criminólogos llamados el 21, tres destacan en la memoria colectiva si es que todavía se recuerda algo de aquellas vistas judiciales. El primero fue el del doctor Fredric Wertham, psiquiatra de talla y buenas intenciones y autor de *Seducción de los inocentes*, la fuerza motriz tanto moral como popular de la controversia sobre el efecto pernicioso de los cómics. El doctor ofreció un largo testimonio, algo incoherente, pero muy digno y lleno, o más bien inflamado, de indignación. Inmediatamente después de Wertham vino William Gaines, hijo del inventor reconocido de los cómics, Max Gaines, y editor de EC Comics, cuya línea gráfica de cómics de terror defendió con bastante elocuencia pero con una falta fatal de sinceridad. Por fin, aquel día, el subcomité oyó a una asociación de autores de tiras cómicas de prensa, representados por el autor de *Pogo*, Walt Kelly, y el antiguo ídolo de Sammy, el gran Milton Caniff, que, con humor, sarcasmo y desdén ingenioso, vendió sin tapujos a sus hermanos de tinta, entregándolos a los senadores Hendrickson, Hennings y Kefauver para ser pública y merecidamente aplastados si los senadores lo consideraban oportuno.

Los acontecimientos del segundo día de testimonios, el día en que se había convocado a Sam Clay, son mucho menos conocidos. Sammy tuvo la mala suerte de ir detrás de dos testigos extremadamente reticentes. El primero era un hombre llamado Alex Segal, editor de una línea de libros «educativos» baratos que anunciaba en las páginas de cómics, que primero negó y después admitió que su empresa había vendido una sola vez —y de forma bastante accidental— listas con los nombres y direcciones de los niños que habían contestado a los anuncios de su empresa a conocidos pornógrafos. El segundo testigo reticente era uno de los pornógrafos en cuestión, un desgraciado estrábico, sudoroso y con un aspecto cómicamente sospechoso llamado Samuel Roth, que se acogió a la Quinta Enmienda y luego se retractó con la excusa de que no podía testificar legalmente porque estaba acusado de vender material indecoroso por el Estado de Nueva York. Para cuando apareció Sammy, por tanto, la mente del subcomité estaba más que preocupada por pensamientos de vicio e inmoralidad.

La parte crucial de la transcripción del proceso dice lo siguiente:

SENADOR HENDRICKSON: Sr. Clay, ¿está usted familiarizado con los personajes de cómic Batman y Robin?

SEÑOR CLAY: Por supuesto, Senador. Son personajes muy conocidos y con mucho éxito.

HENDRICKSON: Me pregunto si podría usted intentar explicarnos la relación que tienen entre ellos.

CLAY: ¿Explicar? Lo siento... Yo no...

HENDRICKSON: Viven juntos, ¿no es cierto? En una gran mansión. Solos.

CLAY: Creo que tienen mayordomo.

HENDRICKSON: Pero por lo que tengo entendido no son padre e hijo, ¿no es cierto? Ni hermanos, ni tío y sobrino, ni tienen ningún parentesco.

SENADOR HENNINGS: Tal vez simplemente son buenos amigos.

CLAY: Hace tiempo que no leo esa historieta, senadores, pero por lo que recuerdo, se explica que Dick Grayson, o sea, Robin, es el pupilo de Bruce Wayne, o sea, de Batman.

HENDRICKSON: Su pupilo. Sí. Hay bastantes relaciones como esa en los cómics de superhéroes, ¿no es cierto? Como la de Dick y Bruce.

CLAY: Pues no lo sé, señor. Yo...

HENDRICKSON: Déjeme ver, no recuerdo exactamente qué prueba es, señor Clendennen, ¿usted...? Gracias.

El director ejecutivo Clendennen muestra la Prueba 15.

HENDRICKSON: Batman y Robin. La Flecha Verde y Speedy. La Antorcha Humana y Toro. El Monitor y Liberty Kid. El Capitán América y Bucky. ¿Conoce usted a alguno de estos?

CLAY: Sí, señor. Yo mismo inventé al Monitor y a Liberty Kid hace tiempo, señor.

HENDRICKSON: ¿De veras? ¿Los inventó usted?

CLAY: Sí señor, pero esa historieta ya la cerraron, hum, hace ocho o nueve años, creo.

HENDRICKSON: Y usted ha creado varias parejas más del mismo estilo, ¿no?

CLAY: ¿Parejas? Yo no...

HENDRICKSON: El —déjeme ver—, el Rectificador y Mack el Joven Agente de la Ley. El Leñador y el Haz de Leña. El Argonauta y Jasón. El Lobo Solitario y el Cachorro.

CLAY: Bueno, todos esos personajes —el Rectificador, el Leñador, el Argonauta— ya existían, ya habían sido creados por otra gente. Yo simplemente me hice cargo de los personajes, ¿sabe? Cuando empecé a trabajar para sus editoriales.

HENDRICKSON: Y automáticamente les proporcionó pupilos, ¿no es así?

CLAY: Bueno, sí, pero ese es el procedimiento estándar cuando se asume una historieta que no... Que tal vez ha perdido un poco de ímpetu. Hay que reanimar las cosas. Hay que atraer lectores. A los niños les gusta leer sobre niños.

HENDRICKSON: ¿No es verdad que usted tiene reputación en el mundo del cómic por gustarle en especial los ayudantes masculinos?

CLAY: No soy consciente... Nadie nunca me ha...

HENDRICKSON: Señor Clay, ¿conoce usted la teoría del doctor Fredric Wertham, que explicó aquí ayer, y a la que admito que le concedo cierto crédito después de haber ojeado anoche algunos cómics de ese Batman en cuestión, de que la relación entre Batman y su pupilo en realidad es una alegoría mal disimulada de la inversión pedofílica?

CLAY: [Ininteligible]

HENDRICKSON: Lo siento, señor, tendrá usted que...

CLAY: No, Senador, me temo que me pasó por alto esa parte del testimonio...

HENDRICKSON: Y sospecho que no ha leído usted el libro del doctor.

CLAY: Todavía no, señor.

HENDRICKSON: Entonces, ¿nunca se ha dado cuenta personalmente de que al vestir a esos jóvenes musculosos y fornidos con leotardos y enviarlos volando juntos por el cielo, de alguna forma estaba transmitiendo o intentando propagar sus propias... proclividades psicológicas?

CLAY: Me temo que no... Yo no estoy familiarizado con esa clase de proclividades, Senador. Con el debido respeto, si me lo permite, me ofende que...

SENADOR KEFAUVER: Por el amor de Dios, caballeros, cambiemos de tema.

DIECIOCHO

En toda su vida hasta aquella tarde, Sammy solamente se había emborrachado una vez, en aquella casa enorme situada en una playa azotada por el viento de Nueva Jersey, la noche antes del ataque a Pearl Harbor, la primera vez que se vio entre hombres primero hermosos y luego perversos. Aquella vez, igual que ahora, era algo que había hecho básicamente porque era lo que se esperaba de él. Después de que el actuario lo liberara de su juramento, se giró, sintiendo que el contenido de su cabeza se había vaciado como el licor de un huevo de Pascua escurriéndose por un agujerito, para observar aquella sala perpleja de americanos con los ojos como platos. Pero antes de tener la oportunidad de ver si —extraños y amigos por igual— apartaban la vista o se lo quedaban mirando fijamente, si tenían las bocas abiertas de horror o de sorpresa o bien si asentían con afectación presbiteriana o con complacencia urbana, puesto que todo el tiempo habían sospechado que Sammy albergaba aquel deseo oscuro de corromper menores y de deambular por su majestuosa mansión con un joven ayudante, vestidos con las mismas chaquetas de esmoquin; en otras palabras, antes de tener oportunidad de empezar a desarrollar la noción de quién y qué iba a ser en adelante, Joe y Rosa lo envolvieron en una combinación de abrigos y periódicos arrugados digna de un secuestro y lo sacaron a toda prisa de la Sala 11 del Tribunal. Lo arrastraron por delante de los cámaras de la televisión y de los fotógrafos de la prensa, bajaron las escaleras, cruzaron Foley Square y llegaron a una brasería, subieron al bar, donde lo colocaron con esmero de floristas delante de un vaso de bourbon con hielo, como siguiendo un conjunto establecido de protocolos a seguir, conocido por cualquier persona civilizada, en caso de que un miembro de la familia fuera identificado públicamente como un homosexual de toda la vida, en la televisión, por parte de miembros del Senado de Estados Unidos.

—Y otro para mí —le dijo Joe al barman.

—Que sean tres —dijo Rosa.

El barman se quedó mirando a Sammy con una ceja arqueada. Era un irlandés más o menos de la edad de Sammy, corpulento y medio calvo. Miró por encima del hombro hacia la televisión que había en un estante por encima de la barra. Aunque únicamente estaban dando un anuncio de cerveza Ballantine, la televisión estaba sintonizada en el canal 11, la WPIX, la cadena que había estado transmitiendo las vistas. El barman volvió a mirar a Sammy, con un malicioso brillo irlandés en los ojos.

Rosa hizo bocina con las dos manos.

—¡Hola! —dijo—. Tres bourbon con hielo.

—Ya lo he oído —dijo el barman, cogiendo tres vasos de debajo de la barra.

—Y apague esa televisión, ¿quiere?

—¿Por qué no? —dijo el barman, sonriendo de nuevo en dirección a Sammy—. El programa ya se ha terminado.

Rosa sacó un paquete de cigarrillos de su bolso y sacó uno del paquete.

—Hijos de puta —dijo—. Hijos de puta. Hijos de la gran puta.

Lo dijo varias veces más. Ni Joe ni Sammy parecieron capaces de añadir nada. El barman les trajo sus copas, se las terminaron en un momento y pidieron otra ronda.

—Sammy —dijo Joe—. Lo siento mucho.

—Sí —dijo Sammy—. Bueno. No pasa nada. Estoy bien.

—¿Cómo estás? —dijo Rosa.

—No lo sé, creo que estoy bien de verdad.

Aunque tenía tendencia a atribuir su percepción al alcohol, Sammy se dio cuenta de que parecía no haber ninguna emoción, por lo menos ninguna que él pudiera nombrar o identificar, detrás del asombro que le había producido su desenmascaramiento repentino y su incredulidad ante la forma en que había tenido lugar. Asombro e incredulidad: un par de bastidores pintados en un decorado detrás del cual había un desierto inmenso y desconocido de arenisca, lagartos y cielo.

Joe pasó una mano por los hombros de Sammy. Al otro lado de Sammy, Rosa se apoyó en él, puso la cabeza sobre la mano de Joe y suspiró. Se quedaron sentados de aquella manera, apoyados los unos en los otros.

—No puedo evitar fijarme en que no he percibido demasiado asombro en vosotros dos —dijo Sammy por fin.

Rosa y Joe se incorporaron, miraron a Sammy y luego se miraron entre ellos por detrás de su espalda. Se ruborizaron.

—¿Batman y Robin? —dijo Rosa, asombrada.

—Eso es una mentira asquerosa —dijo Sammy.

Se bebieron otra ronda y luego alguien, Sammy no estaba seguro de quién, dijo que era mejor que volvieran a Bloombtown, puesto que las cajas de Joe llegaban hoy y Tommy tenía que llegar a casa dentro de un par de horas. Hubo un movimiento general de abrigos y pañuelos, pintalabios, billetes de un dólar y el hielo vertido de una copa, y en algún momento Rosa y Joe parecieron darse cuenta de que estaban en la puerta de la brasería y que Sammy no estaba con ellos.

—Los dos estáis demasiado borrachos para conducir —les dijo Sammy cuando volvieron a por él—. Coged el tren en Penn Station. Yo llevaré el coche a casa más tarde.

Entonces fue la primera vez que miraron a Sammy con algo parecido a la duda, la desconfianza y la compasión que él había temido ver en sus caras.

—Dejadme tranquilo —dijo—. No me voy a tirar con el coche al puto East River. Ni nada parecido.

Joe y Rosa no se movieron.

—Os lo juro, ¿de acuerdo?

Rosa volvió a mirar a Joe y Sammy se preguntó si acaso lo que les preocupaba no era solamente que pudiera hacerse daño. Tal vez les preocupaba que tan pronto como se fueran él se iría a Times Square y trataría de ligar con un marinero. Y entonces Sammy se dio cuenta de que al fin y al cabo podía hacerlo.

Rosa se le acercó de nuevo y le dio un enorme abrazo tambaleante que estuvo a punto de hacerle caer de su taburete. Ella le susurró al oído, con el olor a tapón de corcho quemado en el aliento cálido.

—No nos pasará nada malo —dijo ella—. A ninguno.

—Ya lo sé —dijo Sammy—. Vamos, marchaos. Me voy a quedar aquí hasta que se me pase la borrachera.

Sammy se pasó la hora siguiente mirando su copa, con la barbilla apoyada en las palmas de las manos y los codos sobre la barra. El sabor marrón oscuro y cáustico del bourbon, que al principio le había parecido insoportable, ahora le parecía indistinguible del sabor de su propia lengua, del de sus pensamientos y del corazón que latía imperturbable en su pecho.

No estaba seguro de qué le hizo ponerse a pensar en Bacon. Tal vez fue el recuerdo revivido de aquella noche de alcohol en Pawtaw en 1941. O tal vez no fue más que la arruga rosada que rodeaba el cuello fornido del barman. Con el paso de los años, Sammy se había arrepentido de prácticamente todo acerca de su relación con Bacon salvo del hecho de que, hasta ahora, había sido un secreto. La necesidad de sigilo y ocultamiento era algo que siempre había considerado una condición necesaria tanto de aquel amor como de las sombras, cada una de ellas más tenue y furtiva que la anterior, que había proyectado tras de sí. En verano de 1941 habían podido perderlo casi todo, o eso parecía, por culpa de la vergüenza y la ruina del desenmascaramiento. Sammy no podía saber entonces que llegaría un día en que vería aquellas cosas que su amor mutuo había puesto en jaque —su carrera en los cómics, la relación con su familia y su lugar en el mundo— como los muros de una prisión, como una torre asfixiante y oscura de la cual no había posibilidad de escape. Hacía mucho tiempo que Sammy había dejado de apreciar la seguridad que un día había sido tan reticente a poner en peligro. Ahora había sido desenmascarado, junto con Bruce y Dick, con Steve y Bucky, junto con Oliver Queen (¡qué obvio!) y Speedy, y esa seguridad se había esfumado para siempre. Y no quedaba nada que lamentar salvo su propia cobardía. Recordó su despedida de Tracy en Penn Station la mañana de Pearl Harbor, en el compartimento de primera clase de la Broadway Limited. Su farsa de una silenciosa y ordinaria despedida masculina, el apretón de manos, la palmada en el hombro, ajustando y modulando cuidadosamente su conducta aunque no había nadie mirando, tan minuciosamente sintonizados con el peligro de lo que se arriesgaban a perder que no podían permitirse ver lo que tenían.

—Eh, señorita —le dijo el barman en un tono de amenaza no del todo burlón—. En este bar no se permite llorar.

—Lo siento —dijo Sammy. Se secó los ojos con la punta de la corbata y se sorbió la nariz.

—Le he visto esta tarde en la tele —dijo el barman—. ¿Verdad que sí?

—¿De veras?

El barman sonrió.

—¿Sabe? Siempre sospeché de Batman y Robin.

—¿Ah, sí?

—Sí. Gracias por sacarme de dudas.

—Eh, tú —dijo una voz detrás de Sammy. Sintió una mano en el hombro, se giró y se encontró a sí mismo mirando a la cara de George Debevoise Deasey. El bigote pelirrojo se había descolorido y ahora era del color de una rodaja de manzana oxidada. Debajo de las gruesas lentes, tenía los ojos legañosos y llenos de venas rojas. Pero Sammy se dio cuenta de que estaban inflamados por el mismo brillo de malicia e indignación.

Sammy se escurrió de su taburete y medio se posó, medio se cayó al suelo. No estaba tan sobrio como debería.

—¡George! ¿Qué haces...? ¿Estabas allí? ¿Lo has visto?

Deasey no pareció oír a Sammy. Su mirada se dirigía al barman.

—¿Sabes por qué tienen que follarse entre ellos? —le preguntó Deasey al tipo. A Sammy le pareció que había desarrollado un ligero temblor de la cabeza que le daba un aire más quejumbroso que nunca.

—¿Cómo dice?

—Digo: ¿Sabes por qué Batman y Robin tienen que follarse entre ellos? —Sacó su billetera y cogió un billete de diez dólares, con aire despreocupado, haciendo tiempo para soltar su chiste.

El barman negó con la cabeza, con una media sonrisa, esperando algo gracioso.

—No, ¿por qué? —dijo.

—Porque no pueden irse a tomar por el culo como tú. —Deasey dejó el billete sobre la barra—. Y ahora, ¿por qué no haces algo útil y me pones un whisky de centeno con agua y otra de lo que él esté tomando?

—Eh —dijo el barman—. No voy a aguantar esa clase de lenguaje aquí.

—Como quieras —dijo Deasey, perdiendo interés de repente en la conversación. Se subió al taburete de al lado de Sammy y dio una palmada en el asiento que Sammy acababa de dejar vacío. El barman languideció unos segundos al frío del vacío repentino en la conversación en el que Deasey le había dejado, luego se movió y cogió dos vasos vacíos del estante.

—Siéntese, señor Clay —dijo Deasey.

Sammy se sentó, un poco atemorizado de George Deasey, como siempre.

—Sí, he estado ahí, para responder su pregunta —dijo Deasey—. Resulta que he venido un par de semanas a la ciudad y he visto que actuaba usted.

George Deasey había dejado el mundo de los cómics durante la guerra y nunca había vuelto a él. Un viejo amigo de la escuela lo había reclutado para alguna clase de trabajo en la inteligencia y Deasey se había trasladado a Washington, se había quedado allí al terminar la guerra y había hecho cosas con gente como Bill Donovan y los hermanos Dulles, cosas que, las pocas veces que Sammy se había encontrado, no se había negado a explicar pero tampoco había explicado. Seguía vistiendo de forma pintoresca, con uno de sus trajes a lo Woodrow Wilson, de franela gris con cuello de clérigo y pajarita con dibujos bordados. Durante unos minutos, mientras esperaban que el barman les trajera sus copas —se tomó su tiempo— y se las bebían, Deasey no dijo nada. Y por fin:

—Es un barco que se hunde —dijo—. Tendría que dar las gracias de que lo hayan tirado por la borda.

—El único problema es que no sé nadar —dijo Sammy.

—Oh, bueno —dijo Deasey en tono despreocupado. Se terminó su copa y le hizo una señal al barman para que le pusiera otra—. Dígame, ¿es cierto que ha regresado mi viejo amigo el señor Kavalier? ¿Es posible que sea verdadera la historia fantástica que me han contado?

—Bueno, no iba a tirarse de verdad —dijo Sammy—. Si eso es lo que le han contado. Y no fue él quien escribió la carta. Fue... Mi hijo. Es una larga historia. Pero ahora está viviendo en mi casa —dijo Sammy—. En realidad, creo que él y mi mujer...

Deasey levantó una mano.

—Por favor —dijo—. Ya he oído bastantes detalles desagradables acerca de su vida privada hoy, señor Clay.

Sammy asintió. No iba a discutir eso.

—Ha sido tremendo, ¿eh? —dijo.

—Oh, usted ha estado bien, supongo. Pero el pornógrafo me ha parecido extremadamente conmovedor. —Deasey se giró hacia Sammy y se relamió, como si se estuviera preguntando si debía abandonar el tono burlón—. ¿Cómo lo lleva usted?

Sammy intentó una vez más decidir cómo se sentía.

—Cuando esté sobrio —dijo—, probablemente me quiera suicidar.

—Para mí es el pan de cada día —dijo Deasey.

El barman le puso delante con brusquedad otro vaso de whisky de centeno.

—No lo sé —dijo Sammy—. Sé que tendría que sentirme muy mal. Avergonzado o qué sé yo. Sé que tendría que sentirme como ese gilipollas —señaló al barman con el pulgar— intentaba que me sintiera. Y supongo que así es como me he estado

sintiendo más o menos durante los diez últimos años de mi vida.

—Pero no se siente así.

—No. Me siento... No sé cuál sería la palabra apropiada. Supongo que aliviado.

—Yo llevo mucho tiempo en el negocio de los secretos, Clay —dijo Deasey—. Créame, un secreto es una cadena muy pesada. No simpatizo mucho con esas proclividades de usted. De hecho, las encuentro bastante repugnantes, sobre todo cuando lo imagino a usted personalmente entregándose a ellas.

—Muchas gracias.

—Pero no me sorprendería si al final resultara que el senador Estes C. Kefauver y sus colegas le acabaran de dar a usted su llave de oro.

—Dios mío —dijo Sammy—. Creo que tiene usted razón.

—Por supuesto que la tengo.

Sammy no podía siquiera imaginar cómo era vivir un solo día que no estuviera alimentado o deformado por una mentira.

—Señor Deasey, ¿ha estado usted alguna vez en Los Ángeles?

—Una vez. Me pareció que allí podría ser extremadamente feliz.

—¿Por qué no vuelve?

—Soy demasiado viejo para ser feliz, señor Clay. A diferencia de usted.

—Sí —dijo Sammy—. Los Ángeles.

—¿Y qué haría usted allí, si puede saberse?

—No lo sé. Tal vez intentar trabajar en televisión.

—La televisión, sí —dijo Deasey dejando bien patente su desdén—. Sí, a usted se le daría muy bien.

DIECINUEVE

Al final resultaron ser ciento dos. Lo dijo el hombre de la empresa de mudanzas. Él y su socio acababan de terminar de amontonar las últimas en el garaje, alrededor del cajón que contenía el polvillo que quedaba del Gólem de Praga, encima y al lado del mismo. Joe había salido de la casa para firmarlo todo. Miró a Tommy con una cara un poco rara, como despeinada por el viento o algo parecido, y ruborizada. Tenía los faldones de la camisa por fuera y saltaba de un pie a otro porque iba en calcetines. La madre de Tommy miraba desde la puerta de la casa. Se había quitado toda la ropa de ir a la ciudad y se había vuelto a poner el albornoz. Joe firmó y puso sus iniciales en los impresos allí donde era necesario y los empleados de mudanzas se metieron en su camión y regresaron a la ciudad. Luego Joe y Tommy entraron en el garaje y se quedaron mirando las cajas. Al cabo de un momento, Joe se sentó en una de ellas y encendió un cigarrillo.

—¿Cómo te ha ido en la escuela?

—Hemos visto a papá en la tele —le dijo Tommy a Joe—. El señor Landauer ha traído su tele a la clase.

—Ajá —dijo Joe, mirando a Tommy con una expresión extraña.

—Estaba, bueno, sudaba mucho —dijo Tommy.

—Oh, no lo creo.

—Todos los niños han dicho que parecía sudoroso.

—¿Y qué más han dicho?

—Eso es lo que han dicho. ¿Puedo leer tus cómics?

—Por supuesto —dijo Joe—. Son tuyos.

—¿Quieres decir que me los puedo quedar?

—Eres el único que los quiere.

Al ver las cajas amontonadas como mampostería, el niño tuvo una idea. Se construiría un Nido para el Bicho.³² Cuando Joe volvió a la casa, Tommy empezó a arrastrar y a empujar las cajas de un lado para otro, y al cabo de una hora había conseguido que el espacio vacío ya no estuviera en los márgenes sino en el centro, consiguiendo de ese modo un refugio en el corazón del montón.

Una choza india de pino nudoso y astillado, con el techo abierto para dejar que entrara la luz de la lámpara del techo, abierto por un pasadizo estrecho cuya entrada estaba camuflada con un montón de tres cajas fácilmente desplazable. Cuando terminó, se puso de cuatro patas y se arrastró boca abajo por el Tubo de Acceso Secreto hasta la Celda Interior del Nido del Bicho. Allí se quedó sentado, mordiendo un lápiz, leyendo cómics y rindiendo tributo inconsciente en su iglú solitario a los túneles de hielo en los que su padre había sufrido tiempo atrás.

Mientras estaba sentado, mordiendo la arandela metálica de su lápiz, despertando

un dolor amargo y electromagnético en el empaste de una de sus muelas, el Bicho se dio cuenta de que una de las cajas que formaban las paredes de su Nido era algo distinta a las demás: ennegrecida por el tiempo, alfombrada de astillas y más alargada que las demás cajas salidas del refugio secreto de Joe. Se puso de rodillas y se acercó lentamente a la caja. La reconoció. La había visto mil veces los años anteriores a la llegada de las cosas de Joe; debajo de una lona al fondo del garaje, junto con un puñado de otros trastos antiguos, como por ejemplo un tocadiscos autorreversible Capehart fabuloso pero lamentablemente difunto y una caja inexplicable llena de peines. El cajón tenía una tapa de listones, toscamente sujeta por unos nudos de alambre grueso y un broche del mismo alambre retorcido, atado con un trozo de cuerda verde. En los costados tenía impresas, o tal vez estampadas a fuego, varias palabras francesas y el nombre de Francia. Supuso que alguna vez debía de haber guardado botellas de vino.

A cualquier niño, pero sobre todo a uno cuya crónica estaba contenida en el sonido de una habitación llena de adultos que se callaban de golpe, el contenido de la caja de vino, petrificada por el polvo y las inclemencias del clima hasta formar una unidad sólida de olvido, le habría parecido un tesoro. Con precisión de arqueólogo y recordando que después tendría que volver a ponerlo todo tal como lo había encontrado, fue separando las distintas capas, una tras otra, inventariando los restos de su prehistoria que habían sobrevivido por azar.

1) Un ejemplar del primer número de *Radio Comics*, metido dentro de una carpeta escolar de celofán verde traslúcido. Tenía las páginas amarillentas y al sostenerlas en la mano le parecieron infladas. Era la misma fuente, el corazón latente del olor a manta vieja que exudaba la caja.

2) Otra carpeta de celofán verde, está llena de viejos recortes de prensa, noticias y anuncios sobre el abuelo de Tommy, el famoso forzado de vodevil conocido como la Poderosa Molécula. Recortados de periódicos de todo el mundo, con tipografía excéntrica y un estilo de redacción vagamente apelmazado y difícil de entender, lleno de jerga oscura y de alusiones a canciones y celebridades olvidadas. Unas cuantas fotografías de un hombre diminuto en taparrabos, cuyo cuerpo musculoso tenía un aspecto compacto y rellenito, como el de Buster Crabbe.

3) Un dibujo, doblado y arrugado, del Gólem, más fornido y con un aspecto más rústico que el de la epopeya de Joe, calzado con botas de clavos y caminando por una calle iluminada por la luna. El trazo, aunque reconocible como el de Joe, era más vacilante e inseguro, más parecido al de Tommy.

4) Un sobre con una entrada de cine rota y una fotografía amarilla y granulada, recortada de un periódico, de la glamourosa actriz mexicana Dolores del Río.

5) Una caja de hojas de carta sin usar de Kavalier y Clay, de antes de la guerra, con el membrete consistente en un retrato de grupo de los diferentes personajes, con

superpoderes y sin ellos —Tommy solamente reconoció con certeza al Escapista, el Monitor y Polilla Luna— que el equipo de Kavalier y Clay había creado en aquella época.

6) Un sobre de papel Manila con una fotografía de gran tamaño en blanco y negro de un hombre atractivo con un cabello que brillaba como un casquete de cromo moldeado. Su boca era una línea nítida y fina, pero sus ojos tenían un matiz jocoso, como si estuviera a punto de sonreír. Tenía la mandíbula cuadrada y un hoyuelo en la barbilla. En la esquina inferior derecha de la foto había la siguiente inscripción escrita en letras amplias y rizadas: «Al hombre que me soñó, con afecto». Y una firma: «Tracy Bacon».

7) Un par de gruesos calcetines de lana con la punta de color naranja, dentro de una funda de cartón con dos franjas de color naranja brillante impresas. Entre las franjas había el dibujo esquemático de un fuego animado en una chimenea de casa de campo y la palabra «Calentitos» en grandes letras de color naranja.

Y por fin, dobladas y arrugadas y olvidadas en el fondo de la caja, una tira de cuatro fotografías de fotomatón, de su madre y Joe: sonrientes, sorprendidos por el flash; sacando la lengua y poniendo ojos saltones; con las mejillas y las sienes pegadas; y por fin besándose, dándose un beso heroico y con los ojos entrecerrados, como dos actores en un póster de cine. En las fotos parecían absurdamente delgados y jóvenes y tan estereotipadamente enamorados que resultó obvio incluso para Tommy, un chico de once años que nunca antes en su vida había mirado a dos personas y había pensado de forma consciente: Estas dos personas están enamoradas. Como por arte de magia, oyó sus voces, su risa y luego oyó que giraba el pomo de la puerta y sus goznes chirriaban. Rápidamente empezó a colocar de nuevo las cosas que había sacado de la caja.

Oyó que sus labios se unían y se separaban con un ruido húmedo. El ruido de sus dientes al chocar o de los botones de su ropa.

—Tengo que trabajar —dijo por fin su madre—. Estoy haciendo «Ridiculizada por el amor».

—Ah —dijo él—. Tu autobiografía.

—Calla.

—¿Y si te hago la cena? —dijo él—. Para que puedas seguir trabajando.

—Eh, eso estaría muy bien. Sería algo inédito. Mejor será que tengas cuidado. Me puedo acostumbrar.

—Pues acostúmbrate.

Estas dos personas están enamoradas.

—¿Has hablado ya con Tommy? —dijo ella.

—Más o menos.

—¿Más o menos?

—No he encontrado el momento.

—Joe. Se lo tienes que decir.

A Tommy se le cayó de la mano la carpeta llena de recuerdos de la carrera de la Poderosa Molécula. Las fotografías y los recortes salieron revoloteando por todas partes, y cuando intentó recogerlos, se golpeó contra la caja y la tapa cayó al suelo con un crujido de astillas.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Tommy? Oh, Dios mío, Tommy, ¿estás ahí?

Se sentó en la cavidad oscura de su santuario, sujetando el puñado de fotografías contra su pecho.

—No —dijo al cabo de un momento, consciente de que era incuestionablemente lo más patético que había dicho en su vida.

—Déjame —oyó que decía Joe. Se oyó cómo alguien arrastraba unas cajas, un gruñido y la cabeza de Joe se asomó a la Celda Interior. Había reptado boca abajo por el pasadizo. Se apoyó en los codos con los brazos debajo del pecho. De cerca, tenía la cara manchada y el pelo lleno de pasto de Cuaresma y dientes de león.

—Eh —dijo—. Hola.

—Hola.

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—O sea —dijo Joe— que tal vez has oído unas cuantas cosas.

—Sí.

—¿Puedo entrar? —Era su madre.

—Me parece que no hay sitio, Rosa.

—Seguro que sí.

Joe miró a Tommy:

—¿Tú qué crees?

Tommy se encogió de hombros y asintió. Así pues, Joe se metió hasta el fondo y se quedó allí encogido, embutido más bien, contra la pared de la celda, con las caderas pegadas a las de Tommy. Apareció la cabeza de la madre de Tommy, con el pelo recogido a toda prisa y de mala manera con un pañuelo, y los labios asomando bajo el carmín. Tommy y Joe extendieron sus manos respectivas y tiraron de ella. Ella se sentó, suspiró y dijo en tono jovial «Bien», como si todos acabaran de colocarse sobre una manta a la sombra en la orilla de un arroyo iluminado por el sol.

—Estaba a punto de contarle una historia a Tom —dijo Joe.

—Ajá —dijo Rosa—. Pues adelante.

—No es algo que yo... Estoy más acostumbrado a hacerlo... Ya sabes, con dibujos. —Tragó saliva, hizo crujir los nudillos y respiró hondo. Dejó escapar una pequeña sonrisa y se sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa— Tal vez tendría que

dibujarlo, ja, ja.

—Ya he visto las fotos —dijo Tommy.

Su madre se inclinó para mirar junto con Joe a las dos personas que habían sido una vez.

—Oh, Dios mío —dijo—. Me acuerdo. Fue la noche en que llevamos a tu tía al cine. En el vestíbulo del Loew's de Pitkin Avenue.

Todos se movieron un poco para estar más cerca y Tommy se tumbó con la cabeza en el regazo de su madre. Ella le acarició el pelo y él escuchó mientras Joe soltaba un discurso nada convincente sobre las cosas que uno hace cuando es joven y los errores que uno comete y del hermano muerto del que Tommy había tomado su nombre, aquel niño desafortunado e inimaginable, y contaba que por entonces todo había sido distinto, porque estaban en guerra, tras lo cual Tommy señaló que también había habido hasta hacía poco una guerra en Corea, y Joe respondió que era verdad, y fue entonces cuando él y Rosa se dieron cuenta de que Tommy ya no escuchaba nada de lo que estaban diciendo.

Simplemente estaba allí tumbado, en el Nido del Bicho, cogiendo la mano de su padre mientras su madre le apartaba los rizos de la frente.

—Creo que lo hemos arreglado —dijo Joe por fin.

—Muy bien —dijo Rosa—. ¿Tommy? ¿Qué te parece? ¿Has entendido todo lo que te hemos dicho?

—Creo que sí —dijo el chico—. Salvo una cosa.

—¿El qué?

—¿Qué pasa con papá?

Su madre suspiró y le dijo que ahora iban a tener que encargarse de aquello.

VEINTE

Sammy entró en casa. Era pasada la medianoche, estaba tan sobrio como una losa y en los bolsillos tenía billetes para el Broadway Limited y el City of Los Ángeles. Había una luz encendida en la sala de estar y vio que Joe se había quedado dormido en el sillón con uno de sus viejos volúmenes polvorientos sobre la Cábala o lo que fuera —el volumen 4 de las *Leyendas de los judíos* de Ginzberg— colocado sobre su regazo como si fuera una tienda de campaña. Había una botella medio vacía de Piels sobre un posavasos de rafia en la mesa de pino que tenía al lado. Cuando entró Sammy, Joe se movió un poco y se revolvió en la silla, levantando una mano para protegerse los ojos de la luz de la bombilla. Despedía un olor rancio y soñoliento a cerveza y ceniza.

—Eh.

—Eh —dijo Sammy. Fue con Joe y le puso una mano en el hombro. Le masajé los músculos de la espalda: eran duros y nudosos—. ¿Todo el mundo está bien? ¿Tommy está bien?

—Hum. —Joe asintió y cerró otra vez los ojos. Sammy apagó la luz. Fue al sofá, cogió una manta de punto de color melocotón y mostaza, una de las pocas cosas que había cosido su madre y el único recordatorio visible de ella en esta vida, la llevó al sillón y se la echó por encima a Joe, con cuidado de tapar los calcetines con la punta naranja que Joe llevaba en los pies.

Luego Sammy recorrió el pasillo y entró en el dormitorio de Tommy. Bajo la luz oblicua que entraba del pasillo, vio que Tommy se había movido en sueños hasta el extremo de la cama y tenía la cara aplastada contra la pared. Había tirado las mantas con las piernas. Llevaba un pijama de color azul químico con ribetes blancos en las solapas y los puños (naturalmente, Sammy tenía otro idéntico). Tommy tenía un sueño muy movido e incluso después de que Sammy le apartara la cabeza de la pared, el chico siguió resoplando y moviéndose, y su respiración era tan rápida que casi parecía el jadeo de un perro. Sammy empezó a taparlo con las mantas. Luego lo dejó y simplemente se quedó allí de pie mirando a Tommy, queriéndolo y sintiendo el habitual estremecimiento de vergüenza, al ver dormir al niño, que quería decir que se sentía un padre, o mejor dicho, feliz de serlo.

Había sido un padre indiferente, quizá mejor que el suyo, pero eso no era decir gran cosa. Cuando Tommy todavía era un pececillo desconocido dentro de Rosa, Sammy había decidido que aquel niño nunca se sentiría desatendido, que nunca lo abandonaría, y hasta ese momento, hasta esa noche, había conseguido mantener su promesa, aunque algunas veces —por ejemplo, la noche en que había decidido aceptar el empleo en Gold Star Comics— le había resultado difícil. Pero lo cierto era que, a pesar de toda su buena intención, si uno no contaba las horas en que el niño

estaba durmiendo, se había perdido la mayor parte de su infancia. Como muchos niños, suponía Sammy, Tommy había llevado a cabo la mayor parte de su crecimiento mientras su padre estaba ausente, en los intervalos entre las escasas horas que pasaban juntos. Sammy se preguntaba si la indiferencia que él había achacado a su padre no era después de todo el rasgo peculiar de un hombre sino una característica universal de todos los padres. Tal vez los «jóvenes pupilos» que asignaba rutinariamente a sus héroes —una tendencia que desde aquel día iba a pasar a formar parte de la historia de los cómics y nunca lo iba a abandonar durante el resto de su vida— no representaba la expresión de un error de su naturaleza sino de un deseo más profundo y universal.

El doctor Fredric Wertham era un idiota. Era obvio que Batman no intentaba corromper a Robin, ni de forma consciente ni inconsciente. Intentaba hacerle de padre, y por extensión reemplazar a todos los padres ausentes, indiferentes y desaparecidos de los niños lectores de cómics de América. Ahora Sammy quería haber tenido la presencia de ánimo para decirle al subcomité que añadir un ayudante a un héroe disfrazado de cómic garantizaba un aumento del veintidós por ciento en su circulación.

Pero ¿qué importaba aquello? Era mejor no haber presentado ninguna resistencia. Ya se había terminado. No tenía más opción que liberarse a sí mismo.

Y sin embargo no conseguía salir del dormitorio de Tommy. Se quedó allí junto a la cama durante cinco minutos largos, recordando la historia de aquel dormitorio, desde los días en que un bebé había dormido boca abajo en el centro de una cuna de metal esmaltado, con las piernas encogidas bajo el cuerpo y el trasero enfundado en un fardo abultado de pañales. Recordó una racha de lo que Rosa había llamado «los terrores nocturnos», cuando Tommy tenía dos o tres años, en que el niño se despertaba noche tras noche gritando como si lo estuvieran despellejando y cegado por el horror de lo que fuera que acababa de ver en sueños. Habían intentado aliviarlo dejando encendida una lamparilla, dándole el biberón, cantándole, pero al final había resultado que lo único que le aliviaba era que Sammy se metiera con él en la cama. Sammy acariciaba el pelo del chico hasta dolerle la muñeca y escuchando su respiración tumultuosa, hasta que los dos se quedaban dormidos. Aquel fue el punto álgido de su carrera como padre. Y también había tenido lugar en plena noche, mientras el niño dormía.

Se sacó los zapatos y se metió en la cama. Se dio media vuelta, se tumbó de espaldas y juntó las manos debajo la cabeza para que le sirvieran de almohada. Tal vez podía quedarse allí un rato antes de ir a buscar su maleta al garaje. Reconoció que había cierto peligro de quedarse dormido —había sido un día muy largo y estaba agotado—, lo cual estropearía su plan de marcharse aquella noche, antes de que su partida suscitara ninguna discusión. Y no estaba lo bastante seguro de su decisión

como para darle a Rosa o a Joe o quien fuera la oportunidad de intentar disuadirlo. Pero le resultó muy agradable tumbarse junto a Tommy y escucharlo de nuevo mientras dormía, después de tanto tiempo.

—Hola, papá —dijo Tommy, aturdido y en tono perplejo.

—Oh —dijo Sammy—. Eh, hijo.

—¿Has cazado al mono?

—¿De qué mono hablas, hijo? —dijo Sammy.

Tommy dibujó un círculo con la mano, impaciente por tener que explicarlo todo de nuevo.

—El mono que tiene el chisme ese. La espátula.

—No —dijo Sammy—. Lo siento. Continúa suelto.

Tommy asintió.

—Te he visto en la tele —dijo. Parecía cada vez más despierto.

—¿Sí?

—Has estado bien.

—Gracias.

—Pero estabas un poco sudoroso.

—Estaba sudando como un cerdo, Tom.

—¿Papá?

—¿Sí, Tom?

—Me estás aplastando un poco.

—Lo siento —dijo Sammy. Se apartó unos centímetros de Tommy. Se quedaron así. Tommy se dio la vuelta con un gruñido de fastidio o de exasperación.

—Papá, eres demasiado grande para esta cama.

—Muy bien —dijo Sammy, sentándose—. Buenas noches, Tom.

—Mmm noches.

Sammy recorrió el pasillo hasta el dormitorio. A Rosa le gustaba dormir muy a oscuras, con las persianas bajadas y las cortinas cerradas, y Sammy tuvo que buscar a tientas y tropezar varias veces para encontrar el armario. Rápidamente sacó una maleta de cuero blanco ajado y la llenó con ropa que fue sacando del perchero y de la cajonera empotrada. Metió ropa de verano: camisas de popelina y trajes de textura tropical, un chaleco, camiseta, calzoncillos largos, calcetines y ligas, un bañador, un cinturón marrón y uno negro. Lo metió todo en la maleta de forma apresurada y descuidada. Cuando terminó, apagó la luz y salió de nuevo del dormitorio, cegado por las formas geométricas borrosas parecidas a dibujos de alfombras persas que le llenaban los ojos. Regresó por el pasillo, felicitándose por no haber despertado a Rosa, y regresó arrastrándose a la cocina. Pensó en hacerse un sándwich. Ya tenía la mente ocupada en la redacción de la nota que planeaba dejar.

Cuando llegó a pocos pasos de la cocina, sin embargo, olió humo.

—Ya me lo has vuelto a hacer —dijo.

Rosa estaba sentada allí, en albornoz, con su vaso de agua caliente con limón, su cenicero y las ruinas de un pastel entero delante. La luminiscencia nocturna de Bloomtown, los faros de los coches que pasaban, el brillo de la carretera estatal, y el resplandor difuso que la ciudad situada a sesenta millas proyectaba en las nubes bajas, entraba por las cortinas de algodón moteado y se posaba sobre la tetera, el reloj y el grifo que goteaba en el fregadero.

—Llevas una maleta —dijo Rosa.

Sammy miró la maleta, como para confirmar su información.

—Cierto —dijo, sonando un poco sorprendido incluso a sus propios oídos.

—Te marchas.

Sammy no respondió.

—Supongo que tiene sentido —dijo ella.

—¿Verdad que sí? —dijo él—. O sea, piénsalo.

—Si eso es lo que quieres. Joe iba a intentar convencerte para que te quedaras. Tiene algunos planes. Y por supuesto, está Tommy.

—Tommy.

—Le vas a romper el corazón.

—¿Eso es pastel? —dijo Sammy.

—Por alguna razón, he hecho tarta de chocolate y queso —dijo Rosa—. Con baño de merengue.

—¿Estás borracha?

—Me he bebido una botella de cerveza.

—Te gusta hacer pasteles cuando estás borracha.

—¿Por qué será? —empujó por encima de la mesa los restos caídos de la tarta de chocolate y queso, con baño de merengue—. Por alguna razón —dijo—, también me da por comérmelos todos.

Sammy fue al cajón de la cocina y sacó un tenedor. Cuando se sentó no tenía nada de hambre, pero luego dio un bocado al pastel y antes de poder contenerse se había comido todo el que quedaba. El azúcar le crujía y el merengue se le fundía entre los dientes. Rosa se levantó y le sirvió un vaso de leche, luego se sentó detrás de él mientras se lo bebía, despeinándole el pelo de la nuca.

—No lo has dicho —dijo Sammy.

—¿Qué es lo que no he dicho?

—Lo que tú quieres que haga.

Se apoyó en ella y reclinó la cabeza en su vientre. De pronto estaba cansado. Había planeado marcharse enseguida, hacer que su marcha fuera fácil, pero ahora se preguntó si no debería esperar a la mañana.

—Ya sabes que quiero que te quedes —dijo ella—. Confío en que lo sepas.

Maldita sea, Sammy, nada me gustaría más.

—Para demostrar algo, ¿no es verdad?

—Sí.

—Que nadie puede decirnos cómo hemos de vivir y que puede haber de todo y que se metan en sus malditos asuntos. ¿Te refieres a eso?

Ella dejó de acariciarle el pelo. Le parecía haber oído cierto matiz de sarcasmo en su voz, aunque él no tenía ninguna intención de ser sarcástico y de hecho la admiraba por lo que estaba y siempre había estado dispuesta a hacer por él.

—Lo que pasa —dijo Sammy— es que creo que tengo otra cosa que demostrar.

Se oyó un carraspeo. Se giraron y vieron que Joe estaba en el umbral, con todo el pelo alborotado, la boca abierta y parpadeando como si no se quisiera creer lo que estaba viendo.

—¿Se va? ¿No te vas, verdad?

—Una temporada —dijo Sammy—. Como mínimo.

—¿Adónde vas?

—Pensaba en Los Ángeles.

—Sammy —dijo Joe, dando un paso hacia Sammy que resultaba vagamente amenazador—. Maldita sea, no puedes.

Sammy retrocedió un poco y levantó un brazo como para defenderse de su viejo amigo.

—Tranquilo, Joe. Aprecio tus sentimientos, pero yo...

—No son sentimientos, idiota. Después de que te fueras esta mañana, he ido a Empire Comics y les he hecho una oferta. Para comprarlos. Y Shelly Anapol ha aceptado.

—¿Qué? ¿Una oferta? Joe, ¿estás loco?

—Dijiste que tenías ideas. Dijiste que yo te había estimulado otra vez.

—Sí, y lo has hecho, pero no sé. Por Dios, ¿cómo has podido ir y hacer eso sin preguntarme primero?

—Es mi dinero —dijo Joe—. No tienes nada que decir al respecto.

—Ajá —dijo Sammy. Y luego—. Ajá. Bien. —Se desperezó y bostezó—. Tal vez pueda escribir los argumentos desde allí y enviártelos por correo. Ya veremos. Ahora estoy demasiado cansado para esto, ¿de acuerdo?

—Bueno, pero esta noche no te vas, Sam. No seas loco. No hay tren en el que irte ahora.

—Por lo menos quédate hasta la mañana —dijo Rosa.

—Supongo que puedo dormir en el sofá —dijo Sammy.

Rosa y Joe se miraron, sorprendidos y alarmados.

—Sammy, Joe y yo no estamos... ¿Todo esto no será porque...? No hemos...

—Ya lo sé —dijo Sammy—. El sofá ya me va bien. Ni siquiera tenéis que

cambiar las sábanas.

Rosa dijo que aunque Sammy pudiera estar totalmente preparado para vivir como un vagabundo, de ninguna forma iba a empezar su nueva carrera en casa de ella. Fue al armario de la ropa de cama, sacó sábanas limpias y una funda de almohada. Dejó a un lado el montón de sábanas usadas de Joe y colocó las limpias, metiéndolas bien, alisándolas y doblando la manta para dejar al descubierto el reverso de la sábana floreada con un doblez perfectamente en diagonal. Sammy permaneció a su lado, dando la paliza sobre lo apetecible que le resultaba aquella cama después del día que había tenido. Cuando ella lo dejó sentarse, dio una palmada al cojín, se quitó los zapatos y por fin se tumbó con el suspiro de felicidad de un hombre dolorido que entra en una bañera de agua caliente.

—Todo esto me resulta muy extraño —dijo Rosa. Tenía la funda de almohada llena de las sábanas sucias de Joe en una mano, como una bolsa, y con la otra se secaba las lágrimas.

—Ha sido extraño desde el principio —dijo Sammy.

Ella asintió. Luego le dio el hato de sábanas sucias a Joe y se marchó por el pasillo. Joe se quedó un momento junto al sofá, mirando a Sammy con expresión perpleja, como si intentara recorrer hacia atrás todos los pasos, uno por uno, del hábil truco de sustitución que Sammy acababa de llevar a cabo.

Cuando la familia se despertó a la mañana siguiente, muy temprano, la cama del sofá estaba deshecha, las sábanas estaban dobladas en la mesilla del café con la almohada apoyada encima y hacía mucho que Sammy y su maleta se habían marchado. En lugar de una nota u otro gesto de despedida, solamente había dejado, en el centro de la mesilla de café, la pequeña tarjeta de visita que le habían dado en 1948, cuando había comprado la parcela en donde ahora estaba la casa. Estaba doblada y arrugada y sucia de haber pasado muchos años en la cartera de Sammy. Cuando Rosa y Joe la cogieron vieron que Sammy había cogido un bolígrafo y, apretando mucho sobre la cartulina, había tachado el nombre de la familia únicamente teórica impreso encima de la dirección, y en su lugar había escrito, precintadas en un rectángulo negro y envueltas por el grueso lazo de la y, las palabras KAVALLIER Y CLAY.

NOTA DEL AUTOR

Estoy en deuda con Will Eisner, con Stan Lee y en particular con el difunto Gil Kane por explicarme sus recuerdos de la Edad de Oro, y también a Dick Ayers, Shledon Moldoff, Martin «Linterna Verde» Nodell y a Marv Wolfman y a Lauren Shuler Donner por presentarme a algunas de sus brillantes creaciones. Gracias también a Richard Bensam y a Peter Wallace por sus opiniones expertas. Roger Angell, Kenneth Turan, Cy Voris, Rosemary Graham, Louis B. Jones, Lee Skirboll y el heroico Douglas Stumpf me permitieron disfrutar de su generosidad y de su inteligencia leyendo borradores o partes de este libro mientras se escribía. También estoy agradecido a Eugene Feingold, Ricki Waldman, Kenneth Turan y a Robert Chabon por los recuerdos de sus infancias en Nueva York; a Russell Petrocelli, coordinador de viajes en tren para grupos de N.J. Transit; y a los miembros pasados y presentes de la Kirby Mailing List (<http://fantasy.com/kirby-1>).

Quiero dar las gracias a la MacDowell Colony por proporcionarme los dones fantásticos del tiempo, el espacio y la calma, y a la fundación Lila Wallace-Reader's Digest por su apoyo.

La investigación para esta novela se llevó a cabo básicamente en la Doheny Memorial Library de la USC, en el UCLA College Library, en la Bancroft Library de la UC de Berkeley, en la McHenry Library de la UC de Santa Cruz y en la New-York Historical Society.

He intentado respetar la historia y la geografía cuando servían a mis propósitos como novelista y las he ignorado, con alegría o pesar, cuando no era así.

Me he servido de la labor previa de muchos escritores, pero por encima de todo de la de los autores colectivos de la *New York City Guide* de la WPA de 1939 (entre ellos John Cheever y Richard Wright), y de la obra de E. J. Kahn, Jr., Brendan Gill, E.B. White, A.J. Liebling, Joseph Mitchell, St. Clair McKelway y del resto de grandes retratistas urbanos, muchos de ellos anónimos, que nunca me fallaron cuando me puse a buscar su ciudad perdida en los volúmenes polvorientos de viejos números encuadernados del *New Yorker*. Otros libros de ayuda, algunos indispensables, han sido: *Letters from Prague: 1939-1941*, compilado por Raya Czerner Schapiro y Helga Czerner Weinberg, *The Nightmare of Reason*, de Ernst Pawel, y *Elder of the Jews*, de Ruth Bondy; *The World Almanac and Book of Facts for 1941*, editado por E. Eastman Irvine, *No Ordinary Time*, de Doris Kearns Goodwin, *The Glory and the Dream*, de William Manchester, *The Lost World of the Fair*, de David Gelernter, y *Delivered from Evil*, de Robert Leckie; *The Secrets of Houdini*, de J.C. Cannell, *Blackstone's Modern Card Tricks*, de Harry Blackstone, *Professional Magic Made Easy*, de Bruce Elliot, *Houdini on Magic*, de Harry Houdini; *Houdini: The Man Who Walked Through Walls*, de William Lindsey Gresham, y *Houdini!!!*, de Kenneth Silverman;

Little America y *Discovery*, los dos de Richard E. Byrd, *A History of Antarctic Science*, de G. E. Fogg, *The White Continent*, de Thomas R. Henry, *Quest for a Continent*, de Walter Sullivan, y *Antarctic Night*, de Jack Bursey; *New York Panorama* del Federal Writers' Project de la WPA, *The Empire State Building*, de John Tauranac, *The Gay Metropolis, 1940-1996*, de Charles Kaiser, y *The Encyclopedia of New York City*, editada por Kenneth T. Jackson; *The Great Comic Book Heroes*, de Jules Feiffer, *All in Color for a Dime*, de Dick Lupoff y Don Thompson, *The Great Comic Book Artists* y *Great History of Comic Books*, los dos de Ron Goulart, *Superhero Comics of the Golden Age: The Illustrated History*, de Mike Benton, *The Art of the Comic Book*, de Robert C. Harvey, y *The Comic Book Makers*, de Joe Simon con Jim Simon; *On the Kabbalah and its Symbolism*, de Gershom Scholem, y *Gates to the Old City*, de Raphael Patai; *The Big Broadcast*, de Frank Buxton y Bill Owen, *Don't Touch that Dial*, de J. Fred McDonald, y *The Book of Practical Radio*, de John Scott-Taggart; así como las siguientes páginas de Internet: *Lev Gleason's Comic House*, de Michael Norwitz (<http://www.angelfire.com/mn/blaklion/index.html>), *Houdini Tribute*, de Bob King (<http://www.houdintribute.com>), y *Levittown: Documents of an Ideal American Suburb*, de Peter Bacon Hales (<http://www.uic.edu/pbhailes/levittown/index.html>).

Llevo quince años intentando llegar al nivel de la asombrosa Mary Evans, y solamente estaré satisfecho con esta obra en la medida en que lo pueda alcanzar. Kate Medina bendijo este viaje cuando yo no tenía más que un mapa ficticio para guiarme y me ató al timón cuando el mar se encrespó. Estoy en deuda con David Colden por hacer que Sheldon Anapol se ensuciara los pantalones. Estoy en deuda con Scott Rudin por su fe y su paciencia, con Tanya McKinnon, Benjamin Dreyer, E. Beth Thomas, Meaghan Rady, Frankie Jones, Alexa Cassanos y Paula Shuster. Y una deuda eterna con Ayelet Waldman, por inspirar, alimentar y velar de un millar de formas por todas y cada una de las palabras de esta novela, hasta el mismo punto final.

Por fin, quiero reconocer la enorme deuda que tengo en este libro y en todos los demás que he escrito con la obra del difunto Jack Kirby, el Rey de los Cómics.

NOTAS

1. Nombre propio de un villano del cómic *Dick Tracy*. (N. del T.) ↵

2. El célebre cacahuete animado que sirve de logotipo a la Planter's Nut and Chocolate Company. (N. del T.) ↵

3. El recuerdo todavía fresco de Harry Houdini en la conciencia americana trece años después de su muerte —de su leyenda, de sus misteriosas habilidades, su físico, sus hazañas, su búsqueda incansable de los fraudes y las trampas y su revelación de los mismos— es una fuente poco mencionada de la idea de superhéroe en general; un argumento a su favor, por decirlo de algún modo. ↵

4. Estilo de historieta de línea gruesa, con poco detalle, sin elementos realistas y caracterizado por la exageración de ciertos rasgos corporales como la nariz y los pies. (N. del T.) ↵

5. En 1998, la sucursal de Sotheby's en Nueva York subastó un ejemplar raro del número 1 de *Amazing Midget Radio Comics* en muy buen estado. Se fijó una oferta mínima de diez mil dólares. Tenía las grapas brillantes, las esquinas rectas y las páginas blancas como teclas de piano. La portada tenía una larga arruga transversal, pero después de más de medio siglo —tres generaciones ya desaparecidas desde aquel año nervioso en aquella ciudad brutal pero inocente—, el placer y la rabia encarnadas en el puñetazo directo de Kavalier seguían asombrando. Se vendió, después de una animada puja, por 42.200 dólares. ↵

6. «Luchando contra el fascismo en calzoncillos», 17 de agosto de 1940. ↵

7. Asociación germano-americana pronazi de los años treinta. ↵

8. Frege, socialista, esquiador alpino y, como Love, becario de la Fundación Rhodes (se habían conocido en el Trinity College), fue despojado de su título como campeón nacional de descensos de Alemania y sentenciado a Dachau por «solicitar actos depravados» en el *Bahnhof* de Munich. ↵

9. Esta legendaria biblioteca de la automortificación se perdió y por lo general se consideró apócrifa hasta 1993, momento en que uno de sus volúmenes, el n.º 23 de *Racy Atorney*, apareció en una tienda IKEA en Elizabeth, Nueva Jersey, en donde servía silenciosamente como contenido distinguido de un estante modular Hjord, modelo para el suelo. Está firmado por el autor y lleva la inscripción probablemente

espuria pero fascinante *Para mi coleguita Dick Nixon*. ↵

10. Se refiere al poeta Ferdinand Cheval, que fue cartero en esa localidad. (N. del T.) ↵

11. Dos semanas después de que el artículo de Kahn apareciera en el *New Yorker*, dando algunos detalles sobre Joe Kavalier y las dificultades de su familia, Kahn le envió a Joe un cheque de doce dólares, otro de diez y una carta de una tal señora de F. Bernhard de la calle Noventa y seis Este, que le invitaba a una comida casera de *schnitzel* y *knödeln*. Es probable que Joe nunca aceptara la invitación. Los registros indican, sin embargo, que los cheques se cobraron. ↵

12. Probablemente fuera mejor así. El hombre era Max Ernst, no solamente un artista cuyo trabajo Joe admiraba sino también un antifascista comprometido, enemigo público de los nazis y exiliado como él. ↵

13. Cita del popular poema de Edwin A. Robinson «Richard Cory». (N. del T.) ↵

14. Pan trenzado de huevo que se come tradicionalmente en las fiestas judías. (N. del T.) ↵

15. *Radio, Muñecas y Freedom*. ↵

16. Los Libertadores, cuyas ventas durante los años de la guerra llegaron a igualar las del propio Escapista, eran cuatro adolescentes, Kid Einstein, Puño Americano O'Toole (conocido afectuosamente como «Puño»), Tommy Gunn y Mumbles, una pandilla reformada de «vándalos terminales» que había abandonado las peleas callejeras y los sombreros calados para encargarse de la amenaza del Eje y vestirse con trajes idénticos de calzoncillos largos tricolores. ↵

17. Treinta años después, cuando aquella obra se reimprimiera por primera vez, *Los extraños mundos de Polilla Luna* (Nostalgia Press, 1970 y la segunda edición en Pure Imagination, 1996), rápidamente se convirtió en un bestseller en tiendas hippies. ↵

18. Perdido. ↵

19. Popular pianista americano de origen polaco, famoso por la extravagancia de su indumentaria. (N. del T.) ↵

20. Work Projects Administration: Organismo federal americano creado por Roosevelt para fomentar el desarrollo de las artes. Funcionó entre 1935 y 1943. (N.

del T.) ↵

21. Legendario jugador de fútbol americano. (N. del T.) ↵

22. Juego de mesa basado en los cuentos infantiles de Howard R. Garis, cuya mecánica es muy similar al juego de la oca. (N. del T.) ↵

23. *Gargantúa y Pantagruel* y posiblemente *Vathek*. ↵

24. A Sammy le gustaba explicar una historia sobre un joven artista famélico llamado Roy Lichtenstein que una vez había entrado en su despacho de Pharaoh buscando trabajo. Sin embargo, no hay pruebas de que la historia sea cierta. ↵

25. *The Paris Bridge-Leap of 1921: A Memoir of Hardeen*, Nueva York, impresión privada, 1935. Ahora en la colección del profesor Kenneth Silverman. ↵

26. Después de la guerra Les Organes du Facteur se trasladó a la calle Cincuenta y siete, a tres puertas del Carnegie Hall, una mudanza inexorable a los barrios altos y a la irrelevancia cultural en los últimos momentos antes de que el surrealismo fuera arrollado por las tribus emergentes del accionismo, el beat y el pop art. ↵

27. En su excelente *The Art of the Comic Book: An Aesthetic History*. ↵

28. Entre una docena que se cree que utilizó a lo largo de los años. ↵

29. Billings Learned Hand (1872-1961), juez legendario del Tribunal Supremo de Estados Unidos, aunque se labró su fama en el Segundo Tribunal de Apelación de Nueva York. ↵

30. «Persona con una destreza física sin precedentes dedicada a proezas en beneficio del interés público.» ↵

31. *El Escapista*, con un joven Peter Graves en el papel protagonista, 1951-1953. ↵

32. En aquel momento de la historia de los cómics, tener una guarida secreta era una prerrogativa de los héroes más exitosos. Superman tenía su Fortaleza de la Soledad, Batman su Baticueva, los Blackhawks su Isla Blackhawk azotada por el viento, y el Escapista su morada aristocrática debajo de los tablonos del suelo del Empire Palace. Aquellos reductos eran mostrados, de vez en cuando, en viñetas que mostraban diagramas transversales detallados de la guarida secreta, con sus pantallas de televisión en 3-D, sus pistas retráctiles para helicópteros, sus salas de trofeos y sus

ficheros de delincuentes cuidadosamente identificados mediante flechas. Solamente uno de aquellos planos transversales fue publicado para la Cerradura, un dibujo especial de dos páginas en las páginas centrales del n.º 46 de *Las aventuras del Escapista*. ↩